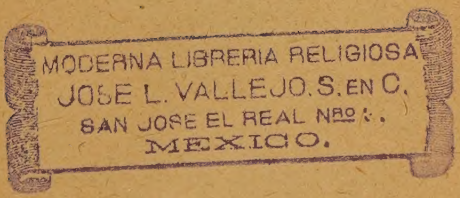
P. Garzón

Meditaciones Espirituales

FATHERS COLLEGE
ST. JOSEPH'S CHURCH,
LIBRARY
ALMA
Alma, California
SAN JOSE

MEDITACIONES ESPIRITUALES



MEDITACIONES ESPIRITUALES

SACADAS EN PARTE DE LAS DEL

V. P. LUIS DE LA PUENTE

DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

Y ACOMODADAS

Á TODOS LOS DÍAS Y FESTIVIDADES DEL AÑO

POR EL

P. FRANCISCO DE P. GARZÓN

DE LA MISMA COMPAÑÍA

Segunda edición notablemente corregida.

TOMO TERCERO

Contiene desde el día de Pascua de Resurrección hasta el último día de Junio.

ALMA COLLEGE
246.71
LIBRARY
G199
Alma, California
FATHERS LIBRARY
CHURCH,
ALMA COLLEGE
LIBRARY
Alma, California

MADRID
ADMINISTRACIÓN DEL APOSTOLADO DE LA PRENSA
14—Plaza de Santo Domingo—14

1905

44972

Imprimatur

Matriti 1 Januarii 1905.

JOSEPHUS MARIA PAGASARTUNDUA

Praepositus Provinciae Toletanae.

ES PROPIEDAD

Con licencia eclesiástica.

Tipografía del Sagrado Corazón.—Leganitos, 54.

TIEMPO PASCUAL

DOMINGO DE PASCUA

De la gloriosa resurrección de Cristo N. S.

Preludios.—Mira á Jesucristo al salir resucitado de la tumba, envuelto en tal gloria y majestad, que la luz y el sol, y toda hermosura creada son obscuridad y negrura en comparación de su claridad y belleza, y pídele resucitar con El á nueva vida y ser participonero de la inefable alegría de su triunfo.

PUNTO I

El milagro de la resurrección de Cristo N. S.

Considera cómo había por fin llegado la hora tantas veces pronosticada por Jesús. A la tempestad de su muerte, iba á seguirse eterna y felicísima bonanza; á las tinieblas del sepulcro, la luz de una gloria imperecedera, y á las ignominias del Calvario, el triunfo de una resurrección magnífica, divina y dignísima solamente de la sagrada Humanidad de Jesucristo.

Estaba el cuerpo sacratísimo de Jesús depositado en el sepulcro, envuelto en el santo sudario y sumido en la negra obscuridad de la muerte. Contempla la rigidez y frialdad de aquellos sagrados miembros en los que, horas

antes, circulaba la preciosísima sangre, dándolos calor y vida; mira lívido aquel divino rostro, antes embeleso de los ángeles y portento de hermosura, y ahora afeado y marchito por las salivas y golpes con que sus verdugos lo mancillaron; contempla, por último, todo aquel conjunto de perfecciones y de gracias convertido en frío despojo de la muerte. Todo es soledad, todo silencio en el tristísimo espacio donde yace el tesoro sagrado de aquel cuerpo precioso, formado por el Espíritu Santo con la sangre purísima de la Virgen inmaculada. Pero la hora tantas veces anunciada por el Salvador del mundo, en que al poder de las tinieblas había de suceder el de la claridad, la alegría á la aflicción, y los esplendores de la resurrección á las afrentas de la cruz, ha llegado ya. Los cielos y la tierra lo demuestran claramente con su inusitada alegría, y los seres creados, al revestirse de sus galas más preciadas, se aprestan á celebrar la victoria de su Señor y Criador.

Torna, pues, á fijar tus ojos en el sepulcro de tu Redentor, para regocijar tu espíritu con el grandioso y magnífico espectáculo que en él se prepara. Mira cómo el Verbo Eterno de Dios va á hermosear de nuevo la santa Humanidad de Jesucristo, difundiendo en aquel sér, al que está tan íntima y personalmente unido, la plenitud de su vida, de su belleza y de sus infinitas perfecciones. Contempla cómo va á galardonar los merecimientos de aquella santa Humanidad con premios proporcionados, y cómo va á poner el sello de su omnipotencia á la obra de la redención del mundo, confirmándola con un tan sorprendente y extraordi-

nario milagro que por sí sólo sirve á los cristianos de testimonio irrecusable de su fe y de inconmovible fundamento de sus esperanzas.

Considera de qué modo tan maravilloso obró la virtud de Dios al transformar el cuerpo muerto de Jesús, devolviendo á sus miembros el calor que les había robado la muerte, dándoles, no solamente su energía natural, sino una actividad más vigorosa que la que antes tuvieran. Mira cómo la sangre preciosísima de tu Salvador comienza á circular por las venas, coloreando su hermosísimo rostro y dando animación á sus yertos y abatidos miembros, y borrando en un instante las señales de los golpes y heridas que los habían obscurecido y mancillado. Contempla, en fin, cómo recobrando aquellos sagrados miembros su vigor y lozanía, desembarázanse de los lienzos blanquísimos que envuelven el cuerpo sacrosanto de Jesús, que se levanta de súbito resplandeciente y glorioso, rompiendo los sellos con que los judíos habían cerrado su sepulcro y volando la piedra que lo cubría para salir de nuevo á la luz del mundo tan lleno de gentileza y majestad que no hay lengua que acierte á ponderarlas, ni humano entendimiento que pueda formarse una idea aproximada de aquella hermosura celestial. Su resplandor obscurece al del sol, su claridad hace palidecer la de las galas todas de los cielos, que, vestidos de fiesta, aguardaban aquella divina aparición, y ante aquel conjunto de esplendores, de belleza, de majestad y de luz, los ángeles y serafines, arrebatados de amor, adoran extáticos al Verbo de Dios, hecho hombre por el hombre.

Imítalos tú, en aquello de que es capaz la flaca naturaleza humana, uniéndote en espíritu á los coros angélicos para alabar y entonar mil himnos al vencedor de la muerte, y á Dios N. S. en acción de gracia por los prodigios obrados en el misterio de la resurrección gloriosa de su divino Hijo y tu Salvador.

Punto II

La resurrección de Jesucristo N. S., recompensa digna de su Pasión y de su muerte.

Considera que la gloria con que el Eterno Padre honró á la santa Humanidad de su divino Hijo, tuvo muy principalmente el carácter de recompensa por los trabajos y méritos de la vida de Jesús y por las humillaciones del Calvario.

Esta glorificación y exaltación de Jesús en el misterio de su resurrección, fué anunciada por el mismo Salvador cuando dijo que convenía que padeciese para que así entrara en su gloria, porque como en su Pasión se había humillado hasta lo infinito, en su resurrección debía ser exaltado con una honra sobre toda honra, á fin de que á su nombre doblase la rodilla cuanto hay en el cielo, y en la tierra y en los infiernos, y toda lengua pregonase que Cristo N. S. está en la gloria del Padre.

Pondera luego que este triunfo de la santa Humanidad de Jesucristo tenía que ser completo y perfectísimo en todas sus partes y manifestaciones, porque si cuando esta santa Humanidad estaba consumando la obra de la Redención, representaba á todos los hombres en sí, de suerte que llevaba sobre sus hombros

el peso de todos los pecados del mundo, de modo que al subir Cristo S. N. á la cruz puede decirse que subían con El todos los hombres y en ella quedaron clavadas todas sus culpas y borradas y canceladas con la sangre del Cordero de Dios, del mismo modo al resucitar la santa Humanidad de Jesús, quiso Dios que resucitase también en El toda la naturaleza humana, purificada y santificada con la santidad y pureza del divino Salvador como efecto y complemento de la resurrección de Cristo, y además, como premio á los trabajos del Hijo de Dios y como herencia correspondiente á sus merecimientos.

Para penetrarte más de esta verdad, considera que Jesús vino al mundo con el fin de levantar al hombre del envilecimiento en que había caído con sus culpas, para iluminar su entendimiento obscurecido por las tinieblas del error, dirigir su voluntad por el camino del bien, infundir en su alma la vida de Dios y hacerla de este modo digna de su gloria. Jesús llevó á feliz término esta santa empresa con los ejemplos de su vida, con la eficacia de su predicación, y con los méritos de su Pasión y muerte, y le puso digno coronamiento con su gloriosa resurrección, de donde deduce San Pablo que Jesús fué entregado por nuestros pecados y resucitó por nuestra justificación.

Considera también cómo en aquella solemnísima ocasión se dió cumplido remate á la obra más sublime de la divina misericordia, quedando sellada eternamente la reconciliación entre Dios y los hombres, porque al salir Jesús de su sepulcro todo el mundo resucitó con El, pudiendo decirse, por lo tanto, que la

resurrección física de su divino cuerpo fué el símbolo y la causa de la resurrección moral y espiritual de todos los hombres. Porque Jesús al gozar de nueva vida, la comunicó también no sólo al hombre sino á todo el género humano, que de la miseria y abyección en que se hallaba pasó á la dignidad y á la grandeza, de la opresión del demonio á la libertad de los hijos de Dios, del pecado á la virtud y de la corrupción y de la muerte á la vida y á la gloria de la inmortalidad.

Admira, pues, la infinita justicia de Dios que premia la cruz de su Hijo con la gloriosa resurrección: que del sepulcro, morada de la obscuridad y de la muerte, hizo surgir los gérmenes de una nueva vida, del oprobio y de la ignominia, la santidad y la grandeza; y de este modo Cristo, fin de la Ley, es también su más acabado complemento, perfeccionándolo y llenándolo todo, reconciliando lo infinitamente grande con lo infinitamente pequeño y dando á todas las cosas la plenitud de vida, de virtud y de esplendor á que estaban destinadas. Ve cuáles son siempre los caminos de Dios para exaltar á las criaturas y cómo para la gloria no hay más sendero que el de la cruz.

Punto III

De los efectos maravillosos de la resurrección de Cristo N. S. en el mundo.

Considera cómo al morir Jesús en el hasta entonces ignominioso patíbulo de la cruz quedaron sus discípulos sumidos en imponderable aflicción, vacilante su fe, en mil zozobras su esperanza y expuestos á toda clase de escar-

nios y de ignominias. Deduce de aquí cuán grande sería su alegría y la feliz transformación que se obró en sus decaídos ánimos, cuando al tercer día de la muerte del Salvador, salió Jesús del sepulcro, resucitado y glorioso, y se manifestó á varios de ellos primeramente y luego á todos reunidos, demostrándoles de una manera evidente la verdad de su resurrección y por ella de cuanto les había anunciado.

Entonces los que antes dudaban ó no habían creído en las palabras de Jesucristo, se rendían á la evidencia con que venía á confirmarlas su gloriosa resurrección, infundiéndoles este glorioso misterio un valor extraordinario, que subió de punto al presenciar la gloriosa Ascensión del Señor á los cielos, para confesarle y propagar su doctrina, y llegó á toda su plenitud cuando el Espíritu Santo descendió sobre ellos en forma de lenguas de fuego, que al abrasar sus corazones en el amor divino, iluminó sus entendimientos y afirmó sus voluntades con sobrenaturales energías.

Admira aquí el poder de Dios y la eficacia de su amor, que convirtió en sabios y valerosos ministros de la palabra divina y propagadores ardentísimos de su evangelio á pescadores ignorantes y cobardes, sirviéndose para ello de la resurrección de Cristo Señor nuestro. Con ella cesaron todas las dudas, perplejidades y miedos en que á causa de su muerte habían quedado sumidos sus discípulos. Como testigos de vista podían ya ellos anunciar al mundo con entera certidumbre que habían visto, oído y tocado al Autor de la vida, muerto antes por nuestros pecados y resucitado después para nuestra justificación.

Considera también que estos maravillosos efectos de la resurrección de Cristo N. S. no se limitaron á sus discípulos, sino que se extendieron por todo el mundo, pues aquellos hombres rudos y sin letras, sin autoridad ni valimiento en la tierra, fortalecidos con el testimonio de aquella maravillosa resurrección, se convirtieron en Apóstoles de las palabras y de las obras de Jesús y en predicadores de su santa doctrina, y á la luz celestial que reverberaba en ellos quedó el mundo convencido de que aquel Jesús, pobre y despreciado de todos y muerto por añadidura en un patíbulo afrentoso, era el Hijo de Dios vivo, el Mesías verdadero, anunciado por los profetas para reparar todas las culpas del linaje humano y reconciliarle con su Padre Eterno, de modo que la conversión y transformación del mundo se debe al misterio de la admirable resurrección de Cristo.

De aquí has de deducir lo obligado que estás á honrar con santa alegría este inefable misterio de la resurrección como complemento de tu redención, y á humillarte hasta el polvo al verte objeto de tantas maravillas, pues por tu amor las obró Dios, aun sabiendo que habías de corresponder á ellas con negra ingratitud. Duélete de tus culpas con propósito firme de morir para el mundo con Cristo, á fin de resucitar con Cristo en las mansiones de la eterna bienaventuranza.

Coloquio.—¡Oh Rey de gloria, que como nuevo hombre salís otra vez al mundo, vestido de nueva luz para vivir nueva vida toda llena de grandeza: sea para bien este vuestro nuevo nacimiento, no menos admirable que el primero! En aquél salisteis del vientre de vuestra Madre, dejando la puerta

cerrada por conservar su virginidad; en éste salís del vientre de la tierra, dejando el sepulcro cerrado para manifestar vuestra sutileza y majestad; en aquél salisteis como nuevo hombre, libre de culpas, pero sujeto á penas; en éste salís del todo renovado, libre también de toda pena y coronado de grande gloria; ahora sí podemos decir á boca llena, que hemos visto las maravillas del Señor. Resucita, oh Jesús mío, en mi alma; vísteme de tu claridad y de tu hermosura, para que me parezca á ti resucitado, después de haberme parecido á ti muerto por tu amor en la cruz.

Propósitos.—Pasar este santo día llena el alma de espiritual alegría. Contempla con amor la divina hermosura de Cristo resucitado, y esfuérzate para entrar con El en una vida del todo nueva y espiritual.

LUNES

Gloria de Jesucristo en su resurrección.

Preludios.—(Los mismos de la meditación anterior.)

Punto I

El alma de Jesucristo glorificada en su resurrección.

Considera cómo aquella alma santísima de Jesús, sumida en el jardín de las Olivas y en el Calvario en un mar de tristezas y desolación, está hoy inundada en océano infinito de delicias celestiales. Cuando pidió Jesús que pasase de El el cáliz de la amargura, tuvo necesidad de ser sostenido y fortificado por un ángel. Contémplalo ahora en la plenitud de su poder y de su gloria, inundada su alma de nuevo de las corrientes todas de la felicidad y de la gloria de Dios, respirando dicha sin fin, esparciendo por todas partes el consuelo y la dulzura. ¡Mira cómo de la plenitud inmensa

de su gozo, cuánta alegría acaba de derramar en el corazón de aquellos justos que suspiraban en el limbo ardientemente por el día en que el divino triunfador había de abrirles las puertas del cielo, al anunciarles un ángel que aquel día había ya amanecido y que su redención gloriosísima ya estaba cumplida! Muchos de aquellos justos libertados por el divino Redentor de las cárceles obscuras de los infiernos, le acompañan en su triunfo y forman su séquito, cuando sube para reunirse con su cuerpo sacratísimo. Por su propia resurrección, son los primeros testigos de la resurrección de Jesús. El alma del Redentor les muestra su sacratísimo cuerpo, pálido, ensangrentado y sepultado en la tumba. ¡Cuánta es su compasión, su gratitud y su amor al considerar las profundas é innumerables heridas de aquel benditísimo cuerpo, que les hacen conocer lo que el Hijo de Dios ha sufrido para rescatarles! ¡Cómo adoran aquellos sagrados despojos, origen de su gloria! A semejante vista parece que dicen á Jesús lo que un piadoso doctor le dijo más tarde: «¡Oh Dios mío! habéis tenido tanto amor por mí, que parece que no lo habéis tenido por Vos!» Pero ya el alma santísima y gozosa se ha reunido á su cuerpo. ¡Qué júbilo glorioso experimenta al poder recompensarle de todos los sacrificios que de El ha obtenido y al procurarle más esplendor y delicias que oprobios y tormentos le ocasionara! No, Dios no humilla sino para elevar. Acepta, pues, ¡oh alma mía! todas las humillaciones que le plazca enviarte; consiente en ser sepultada en las tinieblas, despreciada, reducida á la nada, que ya llegará el día de

tu gloria. El sufrir dura poco, el gozar dura toda la eternidad...

Punto II

El cuerpo de Jesucristo glorificado en su resurrección.

Considera cómo yacía en el sepulcro ceñido con sus mortajas el cuerpo sacratísimo de Jesús. Helados por la muerte, afeados y marchitos por los ultrajes de la cruz estaban aquellos miembros en los que poco antes florecía la vida, y mancillada estaba aquella hermosura que había sido encanto de los cielos. Pero de pronto mira cómo abrazándola y fomentándola y derramando por todo él los rayos de su vida y de su calor divino, entra aquella beatísima alma en él, y con su entrada lo trocó y transfiguró mucho más excelentemente que en el monte Tabor. Desnudóle de las mortajas en que estaba envuelto, limpióle de la mirra con que estaba ungido, quitóle todas las fealdades y manchas que tenía, y comunicóle para siempre las cuatro dotes de gloria, claridad, inmortalidad, impasibilidad y sutileza, quedando el cuerpo sagrado mil veces más hermoso y resplandeciente que el sol. Cada parte era como un astro de inmensa claridad y belleza, especialmente las cinco llagas arrojaban rayos de admirable resplandor, que hermoseaban sus pies, y manos y costado; y las llagas que habían hecho las espinas, hacían una forma de corona gloriosísima que adornaba su sagrada cabeza. Envuelta en la gloria de Dios, y colmada y enriquecida de sus dones, brillaba la sagrada Humanidad de Jesús con los destellos de la más esplendorosa hermosu-

ra. Un arco de lumbre vivísima la cercaba por todas partes. Brillaban sus cabellos con inefables fulgores; sus ojos despedían rayos de luz, reflejos de la gloria celeste; abiertos sus labios en inefable sonrisa, destilaban suavidad y dulzura; una apacible claridad resplandecía por cada uno de sus miembros, particularmente en los puntos que habían sido abiertos con las llagas; y todo el cuerpo, en fin, hecho un mar de luz y de resplandores, destellaba rayos de sobrehumana hermosura, capaces de arrebatar de amor á los ángeles y á los serafines. Y al mismo punto, usando del dote de sutilidad, salió del sepulcro, que era lugar de muertos, penetrando aquella grande piedra que le cerraba, sin que pudiese estorbarle la salida. ¡Oh, qué gozo recibió aquella benditísima alma, cuando vió á su cuerpo tan glorioso, y tan resplandeciente, después de haberlo visto tan abyecto y abatido. Al unírsele otra vez el alma, no sólo queda libertado de las leyes de la mortalidad y del dolor, sino que además es adornado con todas las prerrogativas de un cuerpo gloriosísimo. Sus heridas todas se cambian en focos de luz, con un esplendor de hermosura que sobrepuja al que tendrán los cuerpos de los demás elegidos, de quien es modelo. ¡Con qué religiosos transportes, los ángeles que habían adorado á su Rey cuando entró en el mundo, y toda aquella muchedumbre de justos rescatados por el divino libertador, le adoran al verle renacer del seno de la muerte, triunfante y glorioso!

¡Cuán bueno y generoso es Dios N. S., y cómo recompensa con larga mano á los que sufren por servirle! Jesucristo muerto y resu-

citado, nos muestra en su Pasión, como dice San Agustín, lo que debemos sufrir ahora en defensa de la verdad, y en su resurrección, lo que debemos esperar en una eternidad sin fin. Se llora durante la breve noche de esta vida; pero á la mañana, esto es, á los primeros rayos de la eternidad bienaventurada, la alegría sin fin sucede á la tristeza de unas horas. Aquí es donde debemos aprender el verdadero amor de nosotros mismos. ¡De qué gloria y de cuántas delicias privaremos á nuestros cuerpos, si rehusamos hacerles participar por medio de la penitencia y del dolor, de la mortificación de Jesucristo!

Punto III

La divinidad del Salvador glorificada en su resurrección.

Considera cómo la divinidad de Jesucristo había estado como eclipsada durante la Pasión. Si por una parte, algunos destellos escapados por entre los oprobios que sufrió, habían indicado que era algo más que un hombre, por otra ¿cómo podía creerse que habitaba la divinidad en quien decía de sí que era gusano y no hombre, oprobio y desprecio de la plebe, en un hombre preso, molido á azotes como un esclavo, escarnecido, condenado á muerte y expirando en un patíbulo entre dos criminales? La suprema grandeza de su divinidad comienza á manifestarse en la salida milagrosa de la tumba. De ella salió por su propia virtud, mostrando de este modo el imperio absoluto que ejerce Jesucristo sobre la vida y sobre la muerte. Sale de ella sin levan-

tar la piedra que cerraba la entrada del sepulcro, como había salido del seno de su Madre sin romper el sello de su virginidad. Así manifiesta su omnipotencia, pues que da á su cuerpo la sutileza de los espíritus. Sale de la tumba como José de la prisión, para mandar en Egipto y dar parte á sus hermanos, que le habían vendido, de su dicha y de su gloria; como Moisés de las aguas del río, para convertirse en el Dios de Faraón y el salvador de su pueblo; como Daniel del lago de los leones, para elevarse sobre los envidiosos que habían jurado su pérdida; como Jonás del vientre de la ballena, para predicar la penitencia á los habitantes de Nínive y hacer que hallaran gracia á los ojos del Señor, y como Sansón de Gaza, donde se hallaba prisionero, arrancando las puertas de la ciudad y llevándolas como un trofeo á la montaña.

Revístete tu también de las dotes del cuerpo glorioso de Cristo. Sal de la tumba de tus imperfecciones, de modo que pueda decirse de ti: «Resucitó; no está aquí». Ya no está sumido en la tibieza, en la negligencia, tan funesta y culpable, de sus deberes; no está ya olvidado de Dios y de sí mismo, en esa disipación de espíritu, en esos arrebatos y desigualdades de un carácter no vencido, y en todas las demás inclinaciones viciosas que tantas veces han retardado tus progresos en la virtud y turbado el reposo de tu alma.

Coloquio.—Gracias os doy ¡oh Padre Eterno! por el cuidado que tenéis de glorificar á vuestro Hijo, cumpliendo la palabra que disteis, diciendo: «Yo te he clarificado y te clarificaré más y más». Gózome, Salvador mío, de que tus ángeles te adoren, y yo con ellos te adoro y glorifico en este día, que es

todo tuyo; porque es el día que hizo el Señor para tu triunfo y tu gloria. Que todo el mundo te felicite y se goce con la victoria de su Salvador, y participe de los despojos de tu triunfo gloriosísimo.

Propósitos.—En los trabajos y dolores acuérdate de que tras breve sufrir, si padeces como Jesucristo, vendrá el eterno gozar con El en la eternidad.

MARTES

La resurrección de Jesucristo fundamento de nuestra fe, motivo de nuestra esperanza y estímulo de nuestra caridad.

Preludios.—(Los mismos de la meditación del domingo.)

Punto I

La resurrección de Jesucristo fundamento de nuestra fe.

Considera cómo la fe de los Apóstoles parecía haber muerto con su divino Maestro. No era de extrañar, porque se necesitaba fe vivísima para creer que un hombre ajusticiado entre dos ladrones en una cruz afrentosa era Dios, Señor y Rey absoluto de cuanto existe. Pero esa fe muerta con Cristo, con El renace y resucita, y la resurrección gloriosísima de Jesús fué el restablecimiento de la fe de los Apóstoles y la base firmísima y la perfección de la nuestra. En efecto, considera, en primer lugar, que aunque la fe en sí misma es esencialmente obscura, hízola en cierto modo evidente la resurrección de Cristo, quien con las pruebas tan claras que dió de ella, hizo también, en cuanto cabe, evidente la fe en su divinidad. Considera, además, que todos los que habían contribuído á la ignominia de su Pa-

sión, contribuyeron á probar la verdad de la resurrección gloriosa. El Padre Eterno enviando ángeles para anunciarla; los judíos poniendo guardas en el sepulcro, imposibilitando así el que los discípulos llevasen el cuerpo muerto; los mismos Apóstoles con su miedo y su incredulidad dieron clarísimo testimonio de la verdad de la resurrección, obligando á su Maestro á darles pruebas clarísimas de la verdad de su resurrección para curarlos de su poca fe y prevenir nuestra incredulidad, siendo su fe tanto más segura cuanto fué mayor la dificultad que tuvieron en persuadirse de que su divino Maestro había resucitado.

Deduce de todo esto que si la resurrección de Jesucristo es un hecho histórico probado con la posible evidencia, como consta de las pruebas que de ella dió Jesús, también su divinidad es evidente, precisamente por su resurrección; y como la divinidad de Cristo N. S. es la piedra fundamental de nuestra fe, se deduce que dicha piedra fundamental es este gloriosísimo misterio, y por eso á él apelaba siempre Jesucristo, para probar su misión divina y confundir con ella á los que negaban que fuera Dios. Así lo dice el apóstol San Pablo, poniendo este misterio glorioso como columna y base de toda la fe cristiana: «Si Jesucristo no resucitó, vana es nuestra fe, y mi predicación una mentira». Luego, al contrario, si Jesucristo ha resucitado, nuestra fe es sólida y probadísima, y la verdad del Evangelio cierta y evidentemente creíble. En efecto, si Jesucristo resucitó, luego es Dios; porque si se mira su resurrección como efecto de la omnipotencia de su Padre, que le resucitó co-

mo hombre, habiendo traído su Hijo santísimo su admirable resurrección por prueba de su divinidad, si no fuera Jesús lo que El de sí mismo decía, igual en naturaleza divina al Padre, no lo podía Dios resucitar, porque era autorizar una falsedad, lo cual es imposible á Dios. Mas si se mira la resurrección de Jesucristo como efecto de su propia virtud, es claro que sólo Dios puede resucitarse á sí mismo y hallar en su muerte el principio de su misma vida.

Por eso los Apóstoles traían siempre la resurrección de Jesucristo como principal prueba de la divinidad de su divino Maestro, y verdaderamente es argumento irresistible de nuestra fe y de la verdad de la doctrina que profesamos, y todos los demás misterios estriban en este misterio, como en base inconmovible de la verdad de nuestra fe. Si no crees que Jesucristo es Dios, no eres cristiano, y por consiguiente ya estás juzgado. Pero creyendo, como crees, que Jesucristo es Dios, esa misma fe será para tu condenación, si vives como si no lo creyeras. Verdaderamente, si la mayor parte de los cristianos no creyeran que Jesucristo es Dios, ó estuviesen persuadidos de lo contrario, ¿vivirían de otra manera de como viven? ¿Tendrían menos respeto á los preceptos de la Iglesia? ¿Harían menos estimación de sus almas? ¿Tendrían menos amor á la persona de Jesucristo? ¿Menos fervor en su servicio? ¿Menos celo por su gloria? ¿Tendrían más vergüenza de declararse por El, y por su Evangelio? ¿Tendrían más asimiento al mundo, que saben es enemigo de Cristo? ¿Regularían como regulan sus acciones, por las

máximas del mundo? ¿Harían de éste, el objeto de su ambición y de sus deseos? Si no crees que Jesucristo es Dios, eres infiel; pero si lo crees y vives del modo que vives, eres un insensato. Dile á Jesucristo, con aquel padre del Evangelio: «Yo creo, Señor, yo creo; pero fortificad mi fe». Resucítame, Señor, á nueva vida, para que ponga en conformidad mi vida con mi fe.

Punto II

La resurrección de Jesucristo, motivo de nuestra esperanza.

Considera cómo la resurrección de Jesucristo es el más firme motivo de nuestra esperanza, porque es prenda segurísima y prueba de nuestra futura resurrección. «Habiendo resucitado Cristo, dice San Pablo, ¿cómo puede haber quien dude de nuestra resurrección?» En efecto, Jesucristo es nuestro Redentor, tanto en su resurrección como en su muerte, y en todos los misterios de su vida es perfecto Redentor; porque nos redimió, dice el Apóstol, «con una redención abundante». Jesús vino, en efecto, al mundo, para reparar con exceso todas las pérdidas y daños que el pecado de Adán nos había causado; siendo el segundo Adán más poderoso para salvarnos, que fué para condenarnos el primero. Habiendo, pues, el pecado de Adán inficionado con su veneno nuestras almas y nuestros cuerpos, Jesucristo, no solamente nos rescató la vida del alma con la gracia que habíamos perdido, sino también la vida del cuerpo con su resurrección. Este era el motivo que animaba la esperanza de

Job cuando decía: «Yo estoy cierto de que mi Redentor resucitará, y esto es lo que me hace tener una firme esperanza de resucitar un día con él. Esta esperanza, que conservo en mi corazón, es la que endulza mis penas y consuela mis trabajos».

Además, considera que Jesucristo es no sólo nuestro Redentor, sino que es nuestra cabeza, lo cual es segunda razón y nuevo motivo de nuestra esperanza. Una cabeza perfectísima de un cuerpo místico como es Jesucristo, ha de tener tres cualidades: la primera, debe estar unido con sus miembros; la segunda, debe comunicarles la vida y el movimiento; la tercera, debe sentir el bien ó el mal de todos ellos. Si no resucitásemos algún día, Jesucristo no cumpliría con la primera obligación de cabeza de nuestro linaje y familia, dejándonos en una separación eterna de nuestro jefe, que es El, que está eternamente en el cielo, y nosotros estaríamos perpetuamente en el sepulcro. También faltaría á la segunda, si no nos comunicase la gloria, que ha logrado por su resurrección. Los miembros, dice San Gregorio, deben seguir la suerte y gloria de su cabeza. Y en fin, parece que su gloria, como capitán nuestro, no fuera enteramente completa, si estando él en esta inmensidad de dichas, que posee, sus miembros estuviesen enterrados en la corrupción y miseria. Por eso San Pablo, dándonos á entender la certidumbre de nuestra resurrección, habla de ella como de cosa ya sucedida, diciendo: «Que Dios Padre nos resucitó con su Hijo». Deposita, pues, en tu corazón esta dulcísima esperanza, como Job, y en todas las penas y tribulaciones

acuérdate de que detrás de la tormenta viene la calma y en pos de las tinieblas la luz y la esperanza de una vida mejor, y de que lo que se siembra en dolor y en pena se recoge con Jesucristo en resurrección y en gloria, y esta dulcísima esperanza te animará y consolará para que te abraces con la abnegación de ti y la lucha perpetua con tus pasiones.

Punto III

La resurrección de Jesucristo estímulo de nuestro amor.

Considera que todo cuanto ocurrió en este gloriosísimo misterio nos debe servir, sobre todo, de incentivo para amar cada día más y más las cosas celestiales y despreciar las caducas y terrenas. La gloria de Jesús resucitado, que nos hace entrever la que nos espera, si seguimos sus huellas; la hermosura infinita del cuerpo glorificado de Jesús, ante la cual son negras fealdades todas las bellezas de la tierra; el premio con que galardona el Señor cuanto por El se hace, todos estos son títulos que deben encender nuestras almas en el amor de Dios y de todo lo divino. «Si habéis resucitado con Cristo, decía el Apóstol, amad las cosas de arriba», porque señal es de no haber resucitado y de seguir muertos en la lobreguez del sepulcro, el amar lo terreno y transitorio. «Donde está tu tesoro, allí está tu corazón», dice el Evangelio. La resurrección de Cristo nos dice que nuestro tesoro está en Dios y en el cielo, que es nuestra patria, y allí, por tanto, debe de estar nuestro amor. Mira lo que amas y verás lo que eres. Si amas la tierra,

serás tierra; si amas el cielo, serás celestial. Para amar lo celestial y divino, ningún estímulo más fuerte que ver en la resurrección de Cristo el inmenso peso de gloria que labran en nosotros las tribulaciones de la tierra, sufridas con Jesús y por Jesús.

Coloquio.—¡Oh Salvador mío! Que el misterio de tu resurrección sirva para que aumente en mi alma la fe, la esperanza y la caridad. Que viva yo de la fe del justo, que se manifieste en obras de vida nueva, que no ponga mi confianza más que en Dios, y que mi corazón, desprendido de la tierra, sólo aspire á los bienes imperecederos. Así resucitaré contigo á vida inmortal y divina, y tu divina gracia resucitará en mi corazón, trayendo á él consuelo y fuerza para proseguir el camino de la santidad.

Propósitos. -Procura cada día más desasirte de todo afecto que no sea digno de tu alma, y aspira á participar de la vida de Cristo resucitado.

MIÉRCOLES

La resurrección de Jesucristo modelo de la nuestra.

Preludios.—(Los mismos de la meditación del domingo.)

Punto I

Jesucristo en su resurrección modelo de nuestra resurrección espiritual.

Considera que es dogma de fe que hemos de tener semejanza con Cristo N. S. si hemos de ser del número de los predestinados. Preciso es, pues, conformarnos con El en la vida imitando sus virtudes y en la muerte crucificando en la cruz nuestros sentidos y pasiones. Esta doble conformidad producirá infaliblemente la más perfecta semejanza con nuestro divino

ejemplar, ó sea la semejanza con El en su resurrección y su gloria. Así nos lo asegura San Pablo, cuando nos dice, que si nos conformamos con Jesucristo crucificado, seremos conformes con Jesucristo glorioso; que si morimos con El, resucitaremos con El. Pero en vano pretendemos resucitar con Jesucristo, si no morimos antes al pecado y á nuestras malas inclinaciones. «Jesucristo ha muerto, dice San Pablo, para que los que viven no vivan ya para sí mismos, sino para aquel que ha muerto por ellos». Para amar, pues, á Jesucristo es necesario negarse, y morir á sí mismos, y esto es á lo que no te resuelves, aunque bien sabes que te es absolutamente preciso.

La resurrección, pues, de Jesucristo á vida gloriosísima, encierra dos cosas: la primera salir del sepulcro á vida espiritual y divina, y la segunda, la constancia y duración en ese estado perfectisimo; por eso nuestra resurrección á vida nueva, debe primeramente suponer la mudanza de vida; por lo cual, dice San Pablo, que para participar de la resurrección de Jesucristo, es menester vivir como El con nueva vida, vistiéndonos ó convirtiéndonos en el hombre nuevo. ¿Qué aprovecha, dice San Agustín, humillarte con la penitencia, si no mudas de vida? La segunda calidad que ha de tener nuestra resurrección á vida nueva, es la constancia en esta vida renovada imitando á Jesucristo, que, como dice San Pablo resucitado una vez, no morirá más: porque como murió una vez por el pecado, después de haber resucitado, vive siempre para Dios. Así tú, si has muerto para el pecado por tu arrepentimiento; si has resucitado verdadera-

mente á nueva vida, no debes vivir sino para Dios; pero si vives aun para el pecado, reincidiendo en él á cada paso, no evitando sus peligros y ocasiones, no tomando los medios que te aconseja tu confesor para no volver á caer, ¿no será tu resurrección bien dudosa y tu recaída cierta?

Punto II

Jesucristo modelo de perfectísima resurrección.

Considera que la Sagrada Escritura hace mención de tres géneros de resurrecciones. La primera aparente y falsa, como fué la de Samuel, cuya sombra se apareció por arte de encantamiento á Saúl. La segunda verdadera, pero imperfecta, como fué la de Lázaro, que resucitó verdaderamente, pero para morir segunda vez. La tercera verdadera y perfecta, que fué la de Jesucristo, que resucitó para no morir más. La primera nos representa la aparente resurrección á la gracia de algunos cristianos á quienes la necesidad y respeto humano hacen acercarse á la penitencia en el santo tiempo de Pascua. Esta es una resurrección aparente y falsísima; y así como es penitencia de ceremonia, desaparece cuando acaban las ceremonias de la fiesta, ó mejor, no ha empezado, porque aquellos corazones no resucitaron en realidad, sino que siguieron muertos y más muertos ahora, después de una penitencia sacrílega y unos sacramentos mal recibidos. La segunda nos explica la resurrección á la gracia de otros muchos cristianos, resurrección que, aunque verdadera, es imperfecta; resucitan, pero para morir se-

gunda vez; renuncian al pecado, pero para poco tiempo: es más una tregua que hacen con él, que un rompimiento total. Si queremos que nuestra resurrección sea verdadera y perfecta, es menester que sea parecida á la de Jesucristo, que resucitó para no morir más. ¡Cuán lejos está de esta perfección el que puede contar sus arrepentimientos por sus reincidencias, y sus propósitos por sus perfidias; el que cree que se arrepiente, y no huye la ocasión de pecar y de recaer; el que no toma los medios y consejos prudentes que le da su confesor para romper los lazos que le atan al pecado! En una palabra, el que no se resuelve de una vez á entrar en verdadera lucha consigo mismo y con sus vicios y pasiones, no resucita, como Jesús, para no morir más, sino, como Lázaro, para volver muy pronto á ser devorado por la muerte. Entra dentro de ti y mira despacio cuál es tu resurrección y á quién te quieres parecer.

Punto III

De tres causas que impiden que resucitemos verdaderamente con Cristo.

Considera que hay tres causas que impiden que nuestra resurrección espiritual sea perfecta, y que son las mismas causas que ocasionan nuestras reincidencias. La primera es que no estimamos ni conocemos bastantemente la gracia que recobramos en el sacramento de la Penitencia. ¡Si supiésemos el don de Dios, como decía Jesús á la Samaritana, si apreciásemos lo que es y lo que vale la gracia de Dios! Si pensásemos que el alcanzarla le

ha costado á Jesucristo toda su sangre, que es de un valor infinito, y que ella nos da un derecho incontestable á la posesión de Dios y á la eterna bienaventuranza, ¡cuánto la estimaríamos, cuánto temor tendríamos de perderla, y cuánto cuidado tendríamos de conservarla! La segunda causa de nuestras reincidencias es que nos exponemos con facilidad á perder la misma gracia. Esta es un tesoro, dice San Pablo, que llevamos en vasos frágiles y quebradizos. Con la carga de este tesoro, débiles y flacos, emprendemos temerariamente caminos difíciles y peligrosos adonde nada hay tan fácil como tropezar y, por consiguiente, caer en el precipicio y perecer, perdiendo el tesoro que llevamos. La tercera causa de nuestras reincidencias es que limitamos y ponemos término á la gracia del Señor. Esta es una cualidad activa que quiere obrar siempre, crecer por las buenas obras más y más en nuestros corazones; limitarla es impedir su acción; impedir su acción es quererla perder y, por consiguiente, perdernos con su pérdida. Poner límites á la gracia es ponerlos á la bondad y misericordia con que Dios nos mira, y al amor que le debemos tener. ¿A quién hacemos más injuria con nuestra poquedad y miseria, á Dios ó á nosotros mismos?

Coloquio.—¡Oh Jesús, victorioso vencedor de la muerte y del pecado! ¡Oh gloriosísimo triunfador! Hazme participante de tu Pasión, para que también lo sea de tu resurrección; resucite yo contigo, no como resucitó Lázaro y resucitaron otros para tornar otra vez á morir, sino como Tú resucitaste á una vida nueva para nunca más morir muerte de culpa; padezca mucho mi cuerpo, para que se haga impasible mi alma, cúbrame de ignominia ex-

terior, para que resplandezca mi espíritu con luz interior. y sea ágil y pronto en obedecerte, para que después de esta vida llegue á gozarte.

Propósitos.—Toma la resolución de romper enteramente con el pecado, y de no contentarte con hacer una tregua con él; es menester que este divorcio sea eterno, como es eterno Dios y eterna tu salvación.

JUEVES

De la resurrección espiritual de nuestras almas.

Preludios.—Represéntate á tu propia alma muerta por el pecado, y resucitada por la penitencia, y pide con fervor que esta resurrección sea verdadera y perfecta, como fué verdadera y perfecta la resurrección de Cristo S. N.

Punto I

De la resurrección de nuestras almas.

Considera, como has meditado ya, que la resurrección de Cristo S. N. ha de ser el modelo de nuestra resurrección espiritual, por virtud de la cual hemos de vivir una vida enteramente nueva, una vida llena de fervor y de santidad y enderezada en todo á las cosas divinas.

Jesucristo murió por nuestros pecados, y resucitó para nuestra justificación. Y así como El pasó de la muerte á la vida, debemos pasar nosotros del pecado á la gracia, de los vicios á las virtudes, del amor propio al amor divino, de las inclinaciones del hombre viejo á las virtudes del hombre nuevo. Y meditando sobre la resarrección gloriosa del Hijo de Dios, hemos de procurar que en nuestro espíritu broten virtudes y cualidades análogas á las cualidades de su santísimo cuerpo resucitado.

Su cuerpo es impasible é inmortal. Nosotros hemos de hacer que nuestra alma tenga tal señorío sobre las pasiones, que parezca que estamos exentos de ellas; esto es, que vivamos en una impasibilidad moral absoluta, no turbándonos, ni perdiendo la paz por cosa alguna criada, participando de la santa imperturbabilidad de los santos y sobre todo de la eterna inmutabilidad de Dios, señal característica de la verdadera y sólida virtud. La adversidad como la prosperidad, los elogios como los vituperios, encuéntrente y déjente siempre lo mismo; nada, ni aun tus mismas faltas te quiten la paz del alma, y entonces empezarás á participar de la impasibilidad del cuerpo glorioso de Jesús. La segunda cualidad de Jesucristo resucitado fué la agilidad. Con la rapidez del rayo y del pensamiento, dueño del tiempo y del espacio, pasa de un lugar á otro sin pesadez ni trabajo aquel cuerpo gloriosísimo, dotado ya de las cualidades del espíritu. Procura que al resucitar tu alma participe de la maravillosa agilidad de Jesucristo resucitado, para vencer la pesadez de tu tibieza y lo tardo de tu corazón para todo lo bueno. Tu espíritu debe ser igualmente ágil para volar á Dios, para ir derecho, sin pereza y sin temor, á todo lo que mira al servicio divino y práctica de las buenas obras.—Jesucristo resucitado gozaba el don de sutileza. En más de una ocasión, los Apóstoles ven aparecer á su divino Maestro en medio del cenáculo, estando cerradas las puertas. También tu alma resucitada debe participar de esa cualidad para pasar valerosamente á través de todas las dificultades que se oponen á la perfección y llegar á vivir vida

perfecta, más espiritual y angélica que corporal y humana.—El cuerpo de Jesús es luminoso y resplandeciente de hermosura. La lumbre interior del Espíritu Santo debe iluminar nuestro entendimiento, y con la lumbre exterior del buen ejemplo debemos iluminar á nuestros prójimos, y encender en ellos el amor á la virtud, y verlo todo á la luz de las verdades de la fe y de las máximas de Cristo, verdadera lumbre del mundo, no con las tinieblas del mundo y de los principios de la carne y de la sangre.

Tales serán también las propiedades y las admirables dotes de los cuerpos de los justos después de la resurrección, y durante toda la eternidad en el cielo. Llegará un día en que yo también participe de ellas; la esperanza, la seguridad de esto me ha sido dada por San Pablo: «Se siembra ahora un cuerpo animal», pero «resucitará un cuerpo espiritual» con tal de que yo me esfuerce en llevar una vida espiritual y divina, sometiendo el cuerpo al espíritu, ó como se expresa el mismo Apóstol, «domando con la mortificación los apetitos desarreglados de la carne». ¿Lo he hecho así hasta ahora? ¿Qué me dice mi conciencia?

Punto II

Que nuestra resurrección espiritual debe ser perfecta.

Considera que esta vida nueva de resurrección que, imitando á Jesucristo, hemos de vivir, debe ser perfecta, como es la de Jesús resucitado. Jesús, una vez que salió del sepulcro, no ha vuelto á morir más; murió solamente una vez por nuestros pecados, y desde entonces vive y vivirá por toda la eternidad.

Así nosotros que, no por los pecados de otros, sino por los nuestros, morimos, al resucitar por el arrepentimiento y el perdón de Dios, no hemos de morir más, sino vivir por toda la eternidad para Jesús y por Jesús, alimentados siempre con su gracia, sufriendo en este mundo por El, y de El gozando en la perdurable bienaventuranza.

Porque hay dos especies de resurrección espiritual, una imperfecta y otra perfecta. Acerca de lo cual considera, primero, que así como no todos los muertos que había en Jerusalén resucitaron con Cristo N. S. sino sólo aquellos cuyos sepulcros se abrieron en la Pasión, así también no todos los pecadores resucitan con Cristo á la vida de gracia, sino sólo aquellos que en virtud de su Pasión abren sus sepulcros, manifestando sus conciencias al confesor, y quebrantando sus corazones con la contrición; y de la misma manera no todos los justos llegan á participar de la alegría de la resurrección, sino aquellos que han roto sus corazones con el afecto compasivo de la Pasión, conforme á lo que dice el Apóstol: «Es justo que padezcamos con Cristo, para ser con El glorificados». Lo segundo, mira la diferencia entre la resurrección espiritual perfecta y la imperfecta; porque los imperfectos resucitan, sacando consigo sus mortajas, como salió Lázaro vendado con sus fajas y sudario; porque salen con las reliquias de la vida vieja, que son los hábitos y costumbres viciosas y pasiones desconcertadas, y por consiguiente salen con peligro de recaer y volver á morir si no se desatan y desnudan con la mortificación, de estas vestiduras de su mortalidad y vejez es-

piritual. Pero los muy perfectos, á imitación de su capitán Jesús que dejó la sábana y el sudario en el sepulcro, resucitan con nuevo fervor, dejando todas estas vestiduras de muertos y vistiéndose las nuevas de la vida eterna, «despojándose del hombre viejo y de sus obras, y vistiéndose del nuevo, renovados todos con perfecta santidad.»

No imitemos la torpe conducta de los que hacen de la resurrección del Señor un motivo de profanas alegrías, fuentes de pecado, no imitemos á los que pasaron la cuaresma en relativo recogimiento y relativa penitencia, y ahora, viendo llegada la fiesta de Resurrección, creen que todo les es ya permitido, y convierten esta festividad solemne en fiesta de disipación y de escándalo. ¡Qué ceguedad! Las gracias que hemos conseguido en la cuaresma, ahora es precisamente cuando deben de dar sus frutos, hemos de conservarnos puros, penitentes, morigerados y devotos para no morir otra vez por el pecado, para que la resurrección de nuestras almas sea perpetua, como fué la de Cristo S. N.; para que se desarrollen y crezcan en nosotros los gérmenes de virtudes que los sacramentos y ejercicios devotos depositaron en nuestros corazones; para que nuestra vida sea inmortal como es la de Jesús.

Punto III

Nuestra resurrección espiritual debe ser perpetua.

Considera que nuestra perseverancia en el bien, y por lo tanto nuestra resurrección espiritual, debe durar hasta la muerte. «Sed fieles

hasta la muerte, nos dice el Señor, y yo os daré la corona de la vida eterna». Y he aquí la gran diferencia que hay entre la resurrección de los cuerpos y la de las almas: los cuerpos no resucitarán hasta la consumación de los siglos; los espíritus resucitan por la gracia de Dios, por medio del arrepentimiento y penitencia; la resurrección de los cuerpos no se verificará más que una vez; la de los espíritus puede repetirse muchas, porque la misericordia divina es infinita; en cambio, todo cuerpo ha de resucitar y vivir eternamente, lo mismo el de los malos que el de los buenos; pero el alma que salga de esta vida mortal en la muerte del pecado, jamás resucitará ya á la vida de la gracia, sino que muerta quedará por los siglos de los siglos, sujeta eternamente á los padecimientos espantosos del infierno. Esta consideración debe movernos á procurar por todos los medios la conservación de nuestra vida espiritual para que la muerte no nos sorprenda en pecado. Dejemos á la Providencia el cuidado de nuestros cuerpos; no temamos por ellos, pero cuidemos mucho de nuestras almas, pensando que el tiempo está destinado para que las santifiquemos, que la muerte nos puede sorprender cuando menos pensemos y la eternidad es para que los que lograren su santificación en esta vida, gocen para siempre en sus cuerpos y en sus almas.

Coloquio.—¡Oh Jesús amantísimo que, muerto por nuestros pecados, resucitaste por tu propia virtud; yo que he muerto por mis propios pecados, y que he resucitado por la virtud de tu gracia soberana, te pido que me concedas el don de la perseverancia para que, ya que por Ti y en Ti resucité, no vuelva á morir como Tú tampoco has muerto de

nuevo! Que mi resurrección sea eterna como ha sido la tuya, para que sirviéndote fielmente hasta el fin de mi vida mortal, te goce y glorifique en la vida eterna por los siglos de los siglos. Amén.

Propósitos.—Saca de esta meditación, invariable constancia en tus buenas resoluciones, facilidad y prontitud para las cosas de tu espíritu y los secretos de la vida espiritual y ser para todos luz por tus buenos ejemplos y consejos.

VIERNES

De las condiciones de nuestra resurrección espiritual.

Preludios.—(Los mismos de la meditación anterior,

Punto I

La primera condición de nuestra resurrección espiritual es estar verdaderamente convertidos.

Considera que Cristo N. S. resucitó verdaderamente, *vere*, y no en apariencia, y que este es el principio fundamental porque has de regirte para concebir una idea exacta de tu resurrección espiritual. En efecto, es cosa extraña que sólo al tratar de este misterio diga el Sagrado Evangelio que Jesucristo resucitó *vere*, esto es, verdaderamente, cuando de todos los demás podríase decir lo mismo. Y es que quiere indicarnos que, como la resurrección de Cristo es imagen de la nuestra, así como El resucitó verdaderamente, así debemos resucitar nosotros. Así lo enseña San Pablo cuando instruyendo á los Corintios en el misterio de la resurrección de los cuerpos, les decía: «Mirad, hermanos míos, todos hemos de resucitar al fin de los siglos, pero no todos nos hemos de mudar». Con lo que daba á entender

que, aunque los réprobos han de tener parte en la resurrección venidera, no habrán de revestirse de la semejanza del cuerpo glorioso de Jesucristo. Eso mismo sucede hoy en nuestras almas respecto de la penitencia que en el sentir de los Santos Padres es el sacramento de la resurrección de los pecadores, pues por medio de ella el alma muerta por el pecado resucita á la vida de la gracia.

Mira, pues, si es importante que tu conversión sea verdadera, como lo fué la resurrección de Cristo, porque si no lo es, no lo será tampoco tu resurrección espiritual, ni se verificará en ti la dichosa transformación que anuncia San Pablo á los elegidos al resucitar al fin de los siglos.

Para ello considera si lo que has detestado con la boca en el santo tribunal de la penitencia, lo amas todavía con el corazón; si verdaderamente has renunciado al pecado y á sus ocasiones, como lo has prometido, y si has cumplido todas las palabras que has dado á Dios y estás resuelto á cumplirlas, guardando en esto siquiera la buena fe, respecto de Dios, que guardas respecto de los hombres. Mira que en ello estriba tu resurrección espiritual, porque si tu conversión no es sincera, si en ella no has procedido con fervor y generosidad, no habrás resucitado en espíritu como Cristo resucitó según la carne.

Para que tu conversión sea verdadera, ha de ser además sincerísima y sin miedo al respeto humano, ni sin otras miras más que la gloria de Dios y el deseo de tu salvación; pues, como dice San Bernardo, «¿de qué sirve querer disfrazarnos á los ojos de Dios, que,

habiéndonos hecho lo que somos, ve lo que hay y lo que no hay en nosotros mucho mejor que nosotros mismos?»

Ha de ser también sobrenatural, poniendo la vista en Dios, porque los respetos y las consideraciones humanas de nada sirven, cuando se trata de revivir para Dios y hacer que entre en nosotros el espíritu de la gracia. Tal conversión no lo es en el fondo, aunque en la forma tenga todos los resplandores de la vida más santa. Hay quien se aparta del mundo por un oculto despecho, por no poder salir con sus designios, ó desesperado de lograr en él ciertos puestos elevados que su ambición codicia; ó quien se aleja de una persona porque está cansado de ella ó porque ha descubierto su perfidia. En una palabra, dejan de pecar no porque huyan de la ocasión del pecado, sino porque esa ocasión les deja á ellos. De lo que resulta, que todos esos modos de convertirse quedan reducidos á una conversión que no es sincera, ni verdadera ni sobrenatural.

Cuida, pues, de que el móvil de tu conversión sea un principio sobrenatural, el deseo de salvarte, porque así como Jesucristo resucitó por una virtud divina, es necesario también que en tu conversión no quede resabio humano que mantenga tus imperfecciones y participe de tu natural corrupción, ni que en ella se mezcle la prudencia de la carne, ni ninguna clase de mundano interés, y que si la criatura es la ocación de convertirte, sea el motivo únicamente el Criador.

Punto II

La segunda condición de nuestra resurrección espiritual es aparecer convertidos á los ojos del mundo.

Considera que Jesucristo después de su resurrección no vivió como hombre mortal, sino como un hombre del todo celestial y divino. Tenía cuerpo, y este cuerpo revestido de gloria, parecía de la naturaleza y calidades de los espíritus. Por esto dijo el Apóstol: «Aunque antes conocíamos á Jesucristo según la carne, ahora no lo conocemos del mismo modo y según esa carne misma». Deduce de aquí la necesidad en que te hallas de mostrar á los ojos del mundo que tu conversión es verdadera, para lo cual procura con todo ahinco no ser conocido ya según la carne, ni según tus deseos mundanales, sino como hombre verdaderamente espiritual, á fin de que tu cuerpo tenga parte desde esta vida en la gloria de Jesucristo resucitado.

Considera, además, que si Jesucristo después de su resurrección aún se quedó cuarenta días en la tierra, fué para que le conocieran sus discípulos y quedasen convencidos de que había resucitado. En esto te dió un excelente ejemplo, porque así como no basta mostrar que uno está convertido, si su conversión no es verdadera, del mismo modo no basta estarlo sin parecerlo. Estar convertido y parecerlo son dos obligaciones inseparables, y cumplir la una sin aplicarse á satisfacer la otra es una justicia imperfecta.

Considera, en efecto, que si Jesucristo no se hubiera dado á conocer á sus discípulos des-

pués de la resurrección, hubiera dejado vacilante nuestra fe, y del mismo modo si no muestras con tus obras que estás convertido, además de no hacer lo que debes y lo que Dios quiere que hagas, sino á medias, se malograrán los frutos que el ejemplo de tu conversión puede producir en el prójimo.

Piensa que al proceder en esto de una manera imperfecta incurres en la maldición que intimó el apóstol Santiago cuando dijo, que el que quebranta un mandamiento, aunque guarde los otros, se hace reo de toda la ley, pues siendo el estar convertido y dar muestras de estarlo, dos obligaciones, aunque diferentes, inseparables, es imposible cumplir con la primera sin satisfacer la segunda; porque como advierte el angélico Doctor Santo Tomás de Aquino, es una parte de la misma conversión dar muestras de ella á tus prójimos por el buen ejemplo que les debes. Pide á Jesús luz para conocerte y para ver en el fondo de tu alma los motivos de tu conversión, para arrancar de ti cualquier afecto menos ordenado y enderezarlo todo únicamente á la imitación de Jesucristo, á la mayor gloria de Dios y á tu propia perfección.

Punto III

Motivos que tenemos para dar público testimonio de nuestra resurrección espiritual.

Considera que Jesucristo no se contentó con resucitar gloriosamente, sino que en seguida apareció resucitado á su Madre santísima, á las devotas mujeres, á Pedro y á todos los discípulos. *Surrexit dominus vere et apparuit Si-*

moni. Resucitar, pues, *verdaderamente* y *aparecer* resucitados son las dos condiciones de verdadera conversión.

Pondera que esta pública muestra de tu resurrección se la debes en primer lugar á Dios. Estás obligado á darle satisfacción por los pecados que has cometido, que esta satisfacción no puede ser otra más que devolverle la gloria que le has quitado al cometerlos. ¿Y cómo podrás devolvérsela sin dar muestras de que estás arrepentido en su presencia? Has despreciado públicamente su ley, pública ha sido tu vida licenciosa ó propia de un cristiano tibio, con que le has imitado, ¿y todavía pretendes que le desagravias con un oculto arrepentimiento?

No, dice San Juan Crisóstomo, este modo de proceder no es propiamente resucitar á vida nueva. Aunque jamás hubiéramos pecado y aunque hubiéramos conservado siempre la gracia del bautismo, quiere Dios que nos declaremos públicamente y sin respetos humanos por siervos suyos, y en vano le protestamos en nuestros corazones que le tenemos por nuestro Dios, si no estamos dispuestos á defender su honra y gloria delante de los hombres y aun de los mismos tiranos con una confesión noble y generosa. Necesario es, pues, concluye dicho santo, que la vida del pecador en el estado de su penitencia, sea en adelante como pública satisfacción que da á su Dios. Es preciso que se haga público su respeto y devoción en el templo; su recurso frecuente á Dios N. S.; su puntualidad en la observancia de la ley de Dios y de la Iglesia; sus palabras modestas y cristianas, y que su proceder ajustado y su

conducta nueva y cristiana, hablen por él y den á Dios públicas pruebas de la contrición de su alma.

El Hijo de Dios quiso que los Apóstoles que le habían desamparado en su Pasión, después le sirviesen de testigos de su resurrección; esto es lo que debes hacer en medio del mundo, para que tus pasados delitos den mayor fuerza á tu testimonio y le hagan más convincente.

Considera, también, que estás obligado á dar muestras de tu conversión por lo que debes á tu prójimo, á quien has escandalizado; y como lo que más escandalizó á tu prójimo no fué precisamente tu pecado, sino el conocimiento que de él tuvo, así tú, imitando á Jesucristo resucitado, que se mostró á unos para consolarlos, á otros para volverlos al buen camino y á aquéllos para reprender la dureza de sus corazones, te has de manifestar convertido para consuelo de los justos, por la conversión de los pecadores y para dejar convencidos á los licenciosos, de la verdad de la fe y de la influencia de la gracia de Dios.

Obligado estás, también, á manifestarte convertido por tu propio interés, porque esa prudencia de la carne que te hace encontrar tantos pretextos para no mostrarte otro de lo que fuiste, es un artificio de que se vale el enemigo de tu alma para tenerte siempre bajo sus garras, aunque te complazcas en pensar que has vuelto á la libertad de los hijos de Dios.

Algunos hay, y teme ser de ese número, que no quieren que se conozca que han mudado de vida, porque conocen bien que si se mani-

fiesta esa mudanza, quedan obligados á ser constantes en ella, pues viniendo el punto de la honra propia en ayuda de la obligación contraída al convertirse, pudiera impedirlos volverse atrás. Huye de ese escollo y anímete por el contrario á perseverar en tu conversión la idea del mal juicio que formarían de ti los que, viéndote hoy enmendado, te vieran mañana volver atrás.

En cuanto á lo que puedan decir las gentes acerca de tu conversión, nada te importe. Te acusarán, quizá, de inconstante, de vano, de hipócrita, de interesado; pero tú lograrás disipar sus sospechas, en lo de inconsiderado, con tu prudencia; en lo de vano, con tu humildad; en lo de hipócrita, con la sinceridad de tu penitencia, y en lo de interesado, con un total despego de cuanto hay en el mundo.

Y en último caso, piensa que lo importante para tu salvación es seguir la doctrina de Cristo, y que ésta te enseña en el misterio de la gloriosa resurrección del Salvador del mundo, que te conviertas y que muestres que estás convertido, y que seas y parezcas lo que debes ser, pues como decía San Agustín, el mundo hablará según sus máximas y yo viviré según las mías, y si es cristiano aprobará mi mudanza y sacará provecho de ella, y si no lo es, debo tenerle horror y despreciarle, y no hacer caso del miserable *qué dirán*, y pensar mejor en qué dirá Dios de mí, qué dirán los ángeles, los santos y los hombres de bien, mejor que temer *el qué dirán* de los mundanos, los perdidos y los enemigos de Dios.

Coloquio.—Oh Jesús mío, que saliste del sepulcro vivo y glorioso con tu cuerpo entero, inmortal, im-

pasible, resplandeciente, ligero; sutil y hermosísimo. Haz que yo me desnude de las vestiduras del viejo Adán, y de las mortajas en que solía estar envuelto, que son las pasiones y costumbres viciosas, y comience una vida de gracia perfecta, con estas condiciones: que sea entera en todas las virtudes; inmortal, con firmeza de no volver más á pecar mortalmente; impasible, sin admitir pasiones que causen enfermedad en el alma; resplandeciente, por la luz del conocimiento interior de las cosas celestiales; ligera, para cumplir sin repugnancia todo lo que fuere voluntad de Dios; y sutil ó espiritual, renunciando todo lo terrestre, y no tomando más de lo necesario, para que pueda tener mi conversación en los cielos. Así mi vida nueva será semejante á la tuya y me contarás entre aquellos santos que resucitaron para acompañarte en tu gloria.

Propósitos.—Vencer siempre y en todo los obstáculos que se opongan á nuestra perseverancia en el bien.

SÁBADO

Del gozo espiritual que debe obrar en nuestras almas el misterio de la resurrección de Cristo Nuestro Señor.

Preludios.—Mira á Jesucristo al salir del sepulcro alegrando á toda la naturaleza. Los cielos destilan leche y miel, saltan de gozo los montes y collados, y el sol y los astros brillan con luz más esplendorosa. Pide participar de esa alegría, y que la gloria de Jesús resucitado se refleje en tu alma.

Punto I

Motivos de alegría espiritual en este misterio.

Considera que este gloriosísimo misterio debe ser para toda alma amante de Jesús, motivo de inefable alegría. Ver á Jesús triunfador de la muerte y del pecado; verle coronado por su Eterno Padre con corona de infinita grandeza y de gloria imperecedera; conside-

rar como, pasada la tempestad, ha llegado para El y para nosotros el día eterno de la felicidad sin fin, todos estos son motivos de inefable alegría para los corazones cristianos. «Este es el día que hizo el Señor, alegrémonos y regocijémonos en El», decía el profeta David, prediciendo las dulzuras de este día que hizo Dios de un modo especial, porque en él se manifestó al mundo la divinidad de su Hijo por medio de su resurrección gloriosa. Por eso en este día dichosísimo, también según el mismo real profeta, dice el Eterno Padre á Jesucristó: «Tú eres mi Hijo. Hoy te he engendrado». Porque aunque el Verbo de Dios, fué engendrado por el Padre de toda la eternidad en medio de nubes de gloria y de esplendores de toda santidad, hoy por medio de su resurrección, obra maestra del poder de Dios, el Padre lo presentó y lo hizo adorar y reconocer en cuanto Dios y hombre como Unigénito suyo y Salvador del mundo y Hombre-Dios, por los ángeles y los hombres, para que toda rodilla se doble ante El en los cielos, en la tierra y en los abismos. Motivo, además, de alegría por ser la resurrección de Cristo N. S. modelo y prenda de la nuestra. Lo cual no es simplemente una piadosa creencia, sino una verdad de fe. «Sabed, dice el Apóstol, que Aquel que ha resucitado á Jesús, nos resucitará también con Jesús. Y seremos glorificados con El. Y reinaremos con El». Con este pensamiento, la muerte ya no es la muerte; ha perdido su aguijón y su amargura, y debe ser para nosotros motivo de consuelo y de esperanza.

Graba profundamente este pensamiento en tu mente; esté siempre presente en ella, y la

tristeza no se apoderará jamás de tu alma. En todos tus trabajos, ya sean del espíritu ó del cuerpo, di con aliento y alegría: «Creo en la resurrección de la carne, y en la vida perdurable». Creo que mientras más haya sufrido y trabajado por Jesucristo, más gozaré con El en el cielo, y ante esa idea toda nube de tristeza se disipará, como se disipa la tormenta ante los rayos del sol.

Punto II

Sobre el gozo espiritual.

Considera que es propio de las almas buenas el alegrarse siempre, porque tienen tranquila la conciencia, que como dice el sabio, es un banquete perenne, porque tienen siempre á Dios en el corazón; el cual es un manantial inagotable de consolaciones; porque viven siempre en su presencia, lo que hace un paraíso y un cielo de la tierra; porque se hallan bajo la protección divina, lo que los llena de paz y de seguridad; porque reciben continuos testimonios de la bondad de Dios, con los regalos que les hace; porque descubren señales casi evidentes de su predestinación, y una como certeza de ella, lo que produce en su corazón una sincera alegría. ¿De dónde viene, pues, que tú estás triste? ¿Dudas acaso de la bondad divina, de su amor, del precio y valor de la sangre de su Hijo? ¿Crees que querrá condenarte, habiéndole sido tan costosa tu salvación, pues por ella ha sacrificado á su Hijo único?

En cambio la alegría de los pecadores es falsa y aparente; es vana, loca y superficial;

no pasa de los sentidos; va mezclada de muchas penas; no es duradera, y produce lágrimas y gemidos eternos. ¿Has encontrado tú jamás una verdadera alegría en las criaturas? ¿La has encontrado en el pecado? ¡Oh Dios mío, Vos lo habéis dispuesto de esta manera para que el pecador halle en su pecado la pena de su culpa!

Considera luego, que aunque es verdad que los buenos son afligidos en este mundo; pero en sus aflicciones viven contentos, porque entonces es cuando Dios les da pruebas sensibles de su amor, y ellos acreditan á Dios también su fidelidad. No se conoce el amigo en la prosperidad, sino en la adversidad y persecución. Dios, para probar á sus siervos los conduce como Gedeón á sus soldados á las aguas de la tribulación; pero luego que ha experimentado su valor, su paciencia, su amor y su fidelidad, los hinche de alegría y llegan á exclamar, gozosísimos en la tribulación y no pudiendo ya con tantos consuelos, con San Francisco Javier: «Basta, Dios mío, basta». *Satis est, Domine, satis est.* O como los Apóstoles, que van gozosos porque han sido hallados dignos de sufrir afrentas por el nombre de Jesús.

¡Y qué mayor honra que sufrir alguna cosa por amor de Jesucristo! ¡Qué consolación más dulce que tener prenda de tu salvación, participando de las penas de tan buen Señor! Y esto es lo que tiene tan contentas á las almas en medio de sus trabajos, de sus dolores, de sus adversidades y aflicciones.

¿Eres tú siervo de Jesucristo, tú que lloras, te quejas y te consideras desgraciado cuando te sucede alguna cosa adversa? ¡Oh Dios mío,

cuán grande y abundante consolación has reservado para los que te aman! ¡Y cuán puro es el deleite de vivir sin ningún contento, y renunciar todos los gustos por amor de Jesucristo! Busquen los pecadores su satisfacción en las cosas sensibles, que yo sólo me alegraré en mi Dios, y en Jesús mi Salvador.

Punto III

Sobre las condiciones para poseer el gozo espiritual del alma.

Considera que para poseer este gozo espiritual, es necesario tener una buena conciencia, y que el corazón esté desprendido de las criaturas, porque su pérdida aflige al que mucho las ama. Es necesario, además, que nos abandonemos en la providencia de Dios, y que descansemos en ella; que no deseemos con ansia cosa alguna, sino que estemos indiferentes á todo lo criado. Conviene, además, que amemos el padecer; que no tengamos más voluntad que la de Dios, y que á él sólo aspiremos agradar. Debemos también huir las diversiones del siglo, no buscar la satisfacción de los sentidos, porque el deleite sensible extingue la alegría espiritual; y en fin, debemos pensar siempre en Dios, en los beneficios que nos ha dispensado, y en los que nos prepara en la eternidad.

Además, siendo Dios la causa del gozo espiritual, esa dicha es interior y se encuentra donde se encuentra á Dios, en la oración y trato íntimo con El. Ese gozo, pues, es como la gota de rocío que se seca apenas sale por de fuera. Si quieres, por tanto, gozar esa alegría inter-

na, vive con Dios y contigo y con los demás, sólo por Dios y por cumplir exactamente tus deberes.

Considera, por último, que la alegría de los buenos honra á Dios, porque muestran con su contento que sirven á un Señor bueno, dulce y amable, y así atraen á otros á su servicio, pues es natural amar la alegría tanto como la misma vida. Búscanla los pecadores en el contentamiento de sus pasiones, y como no la encuentran en el servicio de unos señores tan crueles, se acogen, al ver la alegría y la paz de los justos, al partido de los que viven á su vista y sirviendo á Dios tan alegres y satisfechos. Un siervo de Dios, que está triste y pesaroso, deshonra á su Señor, desacredita su servicio, inspira horror á la devoción, y desprecio á la virtud, haciendo creer á los mundanos, que el yugo de Cristo es insoportable, y que se gana más en servir al demonio que á Dios. ¿Qué te falta, siervo perezoso é infiel? ¿Qué es lo que causa tu tristeza? ¿Sirves acaso á un tirano? ¿No es bastante Dios para hacerte feliz? ¿Quién podrá satisfacerte, si Dios no te contenta?

Coloquio.—Dios mío, dame á gustar la paz y la alegría de las almas que te aman y sirven de veras. Séate yo fiel en lo grande y en lo pequeño, para que merezca oir de tu boca: «Entra en el gozo de tu Señor». Bien sé que el camino de esa alegría, que el mundo ignora, es vivir contigo en la cruz y no bajar de ella hasta después de la muerte. Dame, Jesús de mi alma, gracia y fuerzas para hacerlo así y acompañarte en la cruz, en el sepulcro y en la resurrección.

Propósitos.—Practica la sentencia del Apóstol: «Alegraos siempre en el Señor, otra vez os lo digo, alegraos». Pero procura que tu alegría sea la de los santos y rectos de corazón, no la alegría loca y efímera de los mundanos.

PRIMERA SEMANA DESPUÉS DE PASCUA

DOMINGO

De la aparición de Cristo á su santísima Madre.

Preludios —Presencia aquella divina escena de la aparición del Hijo resucitado y glorioso á la madre triste, desamparada y sola, y pide participar de los inefables consuelos de la Virgen, antes la más triste y hoy la más dichosa de todas las mujeres.

Punto I

Aparécese Jesucristo resucitado á su santísima Madre.

Considera cómo la primera visita y aparición que quiso hacer Cristo N. S. fué á su Madre santísima. En efecto, ¿á quién sino á su Madre había de aparecerse primeramente el Hijo resucitado? ¿A quién sino á la que mayores méritos tenía infinitamente para ser la primera? ¿La que mayores consuelos dió á Jesús durante su vida? ¿La que le había asistido en su muerte? ¿A la que amaba más que á todas las criaturas juntas? ¿La que le amaba más que todas las criaturas? Si hemos de medir los gustos por los dolores, ¿quién debía ser más consolada que aquella que fué más afligida? Debió con razón ser la primera en recibir este consuelo, habiendo sido la primera en el amar y padecer; y que habiendo amado á su Hijo desde el momento en que le concibió, estuvo traspasada de dolor hasta este momento felicísimo. Y si el sagrado Evangelio nada nos dice de esta soberana visita, es porque lo supone, como dice San Ignacio de Loyola, y haríamos una injuria al Hijo cariñoso y agra-

decido, si supusiésemos que pudo visitar á alguien antes que á su Madre santísima. Estaba, pues, esta gran Señora grandemente afligida por la Pasión de su Hijo, aunque con viva fe y esperanza de su resurrección; estaría la santa Virgen en aquella hora en su oratorio recogida, esperando esta nueva luz, y como vió que entraba ya el tercer día, puesta en una alta contemplación, con grandes ansias y suspiros le pediría que apresurase su venida. Diríale aquellas palabras del salmo: «Levántate, gloria mía, y resucita»; sal glorificado de este sepulcro para glorificarnos á todos. Tú dijiste, que resucitarías al amanecer del día. Ven, ¡oh Sol de Justicia! antes que nazca el sol de la tierra, y con tu luz destierra las tinieblas de ella.

Clamaba más y más en lo íntimo de su corazón, y daba voces al Hijo muerto, diciendo: Vuelve triunfador al mundo: recoge, buen Pastor, tu ganado: oye, Hijo mío, los clamores de tu afligida Madre, y pues éstos fueron parte para hacerte bajar del cielo á la tierra, éstos te hagan ahora subir de los infiernos al mundo. En medio de estos clamores y lágrimas resplandece súbitamente aquella pobre casita con lumbre del cielo, y ofrécese á los ojos de la Madre el Hijo resucitado y glorioso. No sale tan hermoso el lucero de la mañana, no resplandece tan claro el sol del mediodía, como resplandeció en los ojos de la Madre aquella cara llena de gracias, y aquel espejo sin mancilla de la gloria divina. Ve el cuerpo del Hijo resucitado y glorioso, despedidas ya todas las fealdades pasadas, vuelta la gracia de aquellos ojos divinos, y restituída y acrecentada su

primera hermosura. Las aberturas de las llagas, que eran para la Madre cuchillos de dolor, vélas hechas fuentes de amor: al que vió penar entre ladrones, véle acompañado de ángeles y santos: al que la encomendaba desde la cruz al discípulo, ve cómo ahora extiende sus amorosos brazos, y le da dulce paz en el rostro: al que tuvo muerto en sus brazos, véle ahora resucitado ante sus ojos. Tiénele, no le deja: abrazále, y pídele que no se le vaya: entonces, enmudecida de dolor, no sabía qué decir; ahora, enmudecida de alegría, no puede hablar.

¡Oh, qué dulce visita! ¡Qué tiernísima comunicación! ¡Qué alegría! ¡Qué deliquios tan celestiales! Virgen bienaventurada, me maravillo de que no hayáis muerto de dolor al pie de la cruz, y me persuado, que sin un portentoso milagro hubierais exhalado mil veces vuestra alma al expirar vuestro Hijo. Pero no menos me maravillo de que no hayáis muerto de alegría al verle resucitado. Vos decíais antes como aquella madre afligida: Ya no me llaméis la bella Noemi, porque el Señor ha henchido mi corazón de amargura: mas ahora te llamamos la venturosa y bella Noemi, porque Dios te ha colmado de gozo y consolación. Sea mil veces enhorabuena, al verte nadar hoy en un mar de delicias, la que antes te abismaste en un océano de penas y de dolores.

Punto II

De la alegría de la Virgen santísima al ver su Hijo resucitado.

Considera que no hay lengua ni entendimiento que pueda comprender hasta dónde

llegó este gozo. No podemos entender las cosas que exceden nuestra capacidad, sino por otras menores, haciendo como una escalera de lo bajo á lo alto, y conjeturando las unas por las otras. Pues para sentir algo de esta alegría, considera el gozo que recibió el patriarca Jacob cuando después de haber llorado con tantas lágrimas á José su muy amado hijo por muerto, le dijeron que era vivo y señor de toda la tierra de Egipto. Dice la Escritura divina, que cuando le dieron estas nuevas, fué tan grande su alegría y espanto, que como quien despierta de un pesado sueño, así no acababa de entrar en su acuerdo, ni podía creer lo que los hijos le decían. Y ya que finalmente lo creyó, dice el texto que volvió su espíritu á revivir de nuevo, y que dijo estas palabras: «Bástame este solo bien, si José mi hijo es vivo: iré, y veréle he antes que muera». Pues si quien tenía otros once hijos en casa, tanta alegría recibió de saber que uno solo, á quien él tenía por muerto, era vivo, ¿qué alegría recibiría la que no tenía más que uno, y ese tal y tan querido, cuando después de haberle visto muerto, le viese ahora resucitado y glorioso, y no Señor de toda la tierra de Egipto, sino de todo lo criado? ¿Hay entendimiento que esto pueda comprender? Verdaderamente tan grande fué esta alegría, que no podía sufrir su corazón la fuerza de ella, si por especial milagro de Dios no fuera para ello confortada. ¡Oh Virgen bienaventurada, bástate sólo este bien! ¡Bástate que tu Hijo sea vivo, y que le tengas delante, y le veas antes que mueras, para que no tengas más que desear! ¡Oh Señor, y cómo sabes consolar

á los que padecen por ti! No te parece ya grande aquella primera pena, en comparación de esta alegría. Si así has de consolar á los que por ti padecen, bienaventuradas y dichosas sus pasiones, pues así han de ser remuneradas.

Alma mía, ¿por qué lloras en el tiempo de la tribulación? Estoy triste, dices, estoy acongojada, me hallo en un mar de penas, no tengo ninguna consolación en la tierra. Alégrate, Hija de Sión, espera, pues resucitarás con tu Salvador, gloriosa, impasible, ágil é inmortal. Mira el gusanito de seda, que está encerrado en su capullo. Está triste, feo, negro y pesado, pero apenas sale de su encierro, véle pronto, hermoso, ligero, blanco como la nieve, y que con extraña ligereza vuela por el aire. Lo mismo te sucederá á ti bien pronto; estás hoy muerta por la penitencia y sepultada en la tribulación; mas el divino Espíritu te dirá que es tiempo de que descanses, luego serán enjugadas tus lágrimas y gozarás del fruto de tus trabajos. Anímate con el ejemplo de la Virgen, pues si hoy sufres con ella, pronto, como ella, gozarás de la vista de su divino Hijo.

Punto III

De los tres medios de que se vale N. S. para manifestarse á las almas y consolarlas.

Considera cómo después que Cristo N. S. resucitó, quiso manifestar al mundo su resurrección para que muchos gozasen los frutos de ella.

Esta manifestación hizo por tres vías. Una por medio de los santos que resucitaron con

El, los cuales, como dice san Mateo, «vinieron á la ciudad de Jerusalén, y aparecieron á muchos», predicándoles sin duda, cómo el que fué crucificado era verdadero Mesías y Salvador del mundo. Y es de creer que entre otros aparecieron á José de Arimatea y á Nicodemus, consolándolos y confirmándolos en la fe de su Maestro. Para esto también envió ángeles, los cuales manifestaron su resurrección á las devotas mujeres que iban á ungirle, dándoles nuevas de ella y mostrándoles el sepulcro. Pero no contento con esto, el mismo Cristo N. S., quiso por sí mismo manifestarse á sus amigos, para descubrir más la grandeza de su caridad. Por lo cual, aunque en resucitando habia de subirse al cielo empíreo, que era el lugar debido á los cuerpos glorificados, quiso quedarse en el mundo algunos días, y como buen pastor recoger su ganado sin fiar esto de otro, consolando á sus discípulos, enseñándoles muchas cosas del reino del cielo, y manifestándoles á sí mismo ya glorificado, para que como testigos de vista pudiesen predicar su resurrección. ¡Oh Rey de gloria, alábente los ángeles y los hombres por el grande amor que nos muestras! No era digno el mundo de que estuvieses en él un momento después de resucitado, pero la caridad que te detuvo casi cuarenta horas en el limbo, te detiene cuarenta días en la tierra para purificarla y honrarla con tu presencia, y descubrirnos que no has mudado la condición con la mudanza de la vida, ni te has olvidado en la prosperidad de los que te acompañaron en la adversidad.

De aquí he de sacar, espiritualizando lo que se ha dicho, cómo Cristo N. S. tiene tres cami-

nos para manifestarnos sus misterios y para consolarnos y enseñarnos. Uno, por medio de hombres santos que han resucitado con El, los cuales con santo celo descubren á otros lo que saben, para que Dios sea conocido y glorificado. Otro camino es por los ángeles, los cuales con secretas ilustraciones nos alumbran, enseñan y consuelan. El tercero es por sí mismo, hablándonos al corazón y dándonos interiores testimonios de su divina presencia; y esto hace con los mas queridos discípulos, cumpliendo con ellos en esta vida lo que dijo en el sermón de la cena: «El que me ama será amado de mi Padre, y yo le amaré y le manifestaré á mí mismo».

Coloquio. — ¡Oh amado mío! ¡Oh Jesús de mi alma, ámete yo de todo corazón, pues tan grande bien es amarte, que amas á quien te ama, y le descubres quién eres para encenderle más en tu amor! ¡Oh santísima Virgen! ¡Oh manantial de amor y de dolor! Cuando estabais en el calvario, os pedí que me hicierais participar de vuestros dolores; ahora, oh Madre de dolor y consolación, os suplico que me comuniquéis vuestra alegría. Enjugad mis lágrimas; despedid de mi corazón la tristeza, y hacedme ver á vuestro Hijo resucitado. Que entre en mi corazón, cerradas las puertas, y que me diga: la paz sea contigo; que me muestre sus llagas sacratísimas y que permanezca yo en ellas para no salirme jamás.

Propósitos.—En la tristeza y desolación confiar siempre en la bondad de Dios que nos consolará cuando lo merezcamos ó cuando sea su voluntad, á la que debemos siempre estar sometidos.

LUNES

De la visita de las santas mujeres al sepulcro de Cristo N. S.

Preludios.—Mira al ángel del Señor sentado sobre la piedra del sepulcro; su vista era como un relámpago, sus vestiduras blancas como la nieve, y pone tanto espanto á los guardas, que quedan como muertos. Mira cómo llegan las mujeres al sepulcro, y viendo quitada la piedra, entraron dentro atemorizadas con la vista del ángel. Este les dijo: "No queráis temer, ¿buscáis á Jesús Nazareno, crucificado? Ya ha resucitado, no está aquí; venid, y ved el lugar donde le habían puesto„. Pide saber buscar y encontrar á Jesús como estas santas mujeres.

Punto I

Las santas mujeres que van al sepulcro de Jesucristo nos enseñan cómo debemos amarle.

Considera que el amor que las santas mujeres tenían á Jesús era un amor firme y constante, pues iba más allá de la muerte. Fué amor verdadero y muy otro de lo que suele suceder con los amores del mundo, y en el que se verificó lo que dice el Sabio, «que el verdadero amigo ama en todo tiempo y aun más allá de los tiempos hasta la eternidad». Y no es de extrañar amor tan esforzado, porque Jesús era tan amable, que aquellos que habían amado al Hijo de Dios durante su vida mortal, no podían dejar de amarle después de su muerte. ¿Es así como amas tú á Jesucristo? ¿Te acuerdas frecuentemente de El, durante el día y la noche? ¿Y este recuerdo es activo? ¿Te conduce á buscarle por medio de la mortificación y de la práctica de las buenas obras? ¿Tratas de despertarlo en ti y en los demás? ¿Buscas para

ello ocasión ó te alegras de que alguien te la proporcione?

Se cree que María Magdalena fué quien invitó á las demás santas mujeres á ir con ella al sepulcro. El amor á Jesús simbolizado en esta amantísima penitente, debería prestarte igual servicio, animando á todos tus afectos y deseos para ir constantemente á buscar con fervor á tu dulcísimo Jesús. ¿Haces esa práctica familiar, diciéndole con frecuencia durante el día: Señor, vos sois toda mi alegría y nada me consuela más que el recuerdo de vuestro amor para conmigo?

Considera también que el amor de las santas mujeres á Jesús, fué un amor generoso y valiente; generoso, porque habiendo ellas mismas visto embalsamar el cuerpo de Jesucristo, compraron, sin embargo, aromas preciosos para satisfacer su devoción; valiente, porque no las detuvo la consideración de que el sepulcro estaba guardado por soldados, ni las dificultades que tendrían que vencer para remover la losa que lo cubría. El verdadero amor no discurre ni sabe de dificultades. Esto debe enseñarte á ser valeroso en las que se te ofrezcan en la práctica de la perfección. Un alma que confía en Dios y que ama de veras á Dios, no teme nada; y por el contrario, un alma que se fía de sí, lo teme todo y á la menor oposición desfallece. Si quieres servir á Dios, siempre has de encontrar alguna piedra en tu camino. En la mayoría de los casos, esa piedra será el respeto humano; la pereza, la inclinación que te lleva al mal; pero si amas de verdad á Jesucristo, su amor y su divino espíritu apartarán de tu camino esos obstáculos al pri-

mer paso que dés y aun al primer deseo de tu alma. Aprende también, imitando á las santas mujeres, á ser generoso con Dios. El amor divino no dice nunca basta. Quiere estar en todas las buenas obras y contribuir con la caridad al alivio de los pobres, que son los miembros dolientes de Jesucristo, sobre los que es necesario esparcir los perfumes más preciosos de la caridad cristiana. No economices, pues, ni tus bienes, ni tus comodidades, ni tus consuelos, ni tus humillaciones, cuando se trate del servicio del Hijo de Dios. Debes, por el contrario, decir á Jesús con San Pablo: «Señor, ¿qué queréis que haga?» Todo lo que tengo estoy dispuesto á darlo por agradaros, y aun me daré á mí mismo por la gloria de vuestro nombre.

Pondera, por último, que el amor de las santas mujeres á Jesús, estaba acompañado de un gran respeto y de una singular prudencia; pues aunque deseaban ardientemente ir á su sepulcro para embalsamarlo, esperaron á que pasase el día del sábado para cumplir la ley, y tan pronto como comenzó á nacer el día siguiente se pusieron en camino, para enseñarte que el celo que debes tener por Jesucristo no ha de ser precipitado, pero tampoco perezoso ni lento. Ten presente, pues, que el verdadero amor al Hijo de Dios es por igual fervoroso y discreto; todo lo hace, según el dicho del Apóstol, con orden y honestidad, y no emprende nada fuera de tiempo. Haz tú lo mismo y recurre á la oración antes de realizar cualquiera obra, para pedir la luz del cielo que te alumbre y el amor divino que te anime

Punto II

Los ángeles que se aparecen á las santas mujeres, nos enseñan cómo debemos buscar á Jesucristo.

Considera aquí, cuán bueno es nuestro Señor para los que le buscan. Los servicios que el ángel prestó á las santas mujeres, son pruebas ciertas de ello. Por ellas baja del cielo, remueve la losa del sepulcro y se sienta en ella á fin de instruirlas y prepararlas á recibir la primera visita de Jesucristo resucitado. Por ellas también hace huir á los soldados romanos, á fin de quitarlas todo temor y poderlas decir: «No temáis, yo sé que buscáis á Jesucristo crucificado».

Y realmente, ¿qué puede temer un alma que busca á Jesucristo? ¿La penitencia? Es, efectivamente, una pesada losa; pero el ángel del Señor, es decir, la gracia del Espíritu Santo la hace ligera. ¿La tentación? «Vos sois, Señor, dice el Salmista, quien hacéis lucir mi lámpara; vos, Dios mío, iluminái mis tinieblas y por Vos seré librado de la tentación; pues estando sostenido por mi Dios escalaré la muralla». ¿La pobreza, los desprecios y las demás miserias del mundo? Dios es tu refugio y tu fuerza y acude á tu socorro en todas las aflicciones, por muchas que sean las que te agobien. ¿El respeto humano y los enemigos que se oponen á tus buenos propósitos? El Señor está con nosotros; no temáis, decía Josué á los israelitas que estaban espantados porque los espías que habían mandado á Palestina volvieron diciendo que habían visto á unos gigantes de descomunal grandeza. El éxito

de tus empresas no depende de la fuerza de los hombres sino de la protección del Todopoderoso.

Considera también, cómo debes buscar á Jesucristo, imitando el ejemplo de las santas mujeres del Evangelio. Primeramente has de buscarlo crucificado, á fin de verle glorificado, pues son muchos los que buscan á Jesús, esto es, al autor de la salud, pero no á Jesús crucificado, porque aunque quieren salvarse, no quieren padecer, y como Jesús no se encuentra más que en la cruz, por más que le buscan, no le hallan. En segundo lugar, has de buscar á Jesús crucificado, con una gran pureza de intención, esto es, con un amor puro, sin mezcla alguna de interés temporal. El real Profeta dice, que buscó á Dios en el día de la aflicción y que no quedó engañado, y aunque su intención era buena porque recurría á Dios para buscar el remedio de sus necesidades, no estaba sin mezcla en cuanto se proponía conseguir un bien temporal. Más pura y más desinteresada era la de la esposa de los Cantares, pues buscaba á Dios no por interés, sino por amor, y ésta es la que debes tú imitar.

Por último, para buscar con pureza de intención á Jesucristo crucificado, es necesario que le busques con la luz de Dios, pues para buscar la cruz es necesario hallarse bien iluminado con la luz de la fe, y para amar á Jesucristo crucificado, has de poseer grandes luces de sabiduría que te hagan conocer cuán amable es hasta en los sufrimientos y en la muerte. En vano es que lo busques antes del día, dice un sabio escritor; la Esposa le buscó durante la noche y no lo encontró. Es necesario, pues,

aguardar á que el Espíritu Santo te ilumine, é imitar á las santas mujeres que dejaron pasar la noche y aguardaron á que amaneciera para ir al sepulcro.

Considera, finalmente, en la persona de las santas mujeres, cómo aquellos que buscan de veras á Jesucisto le encuentran al fin. Ellas buscaban á Jesucristo crucificado y le hallaron resucitado; le buscaban en el sepulcro, entre los muertos, y le encontraron vivo y glorioso. Este es el favor que debes esperar de la bondad del Hijo de Dios, si le buscas con todo tu corazón. Ama la virtud mientras Dios te dé vida, y encontrarás la gloria de tu nombre en el sepulcro; pero no la efímera gloria de los hombres mortales, sino la gloria eterna de los santos.

Punto III

Los ángeles hacen entrar á las santas mujeres en el sepulcro de Cristo, para enseñarnos que debemos sepultarnos con El, si queremos resucitar con El.

Considera ante todo, que la vista del sepulcro no debe espantarte, después que las santas mujeres entraron en el de Jesús para enterrarse en él y resucitar con El. Debes, por el contrario, pensar en el sepulcro frecuentemente y con alegría, pues el Hijo de Dios hizo de él un lugar de reposo y un puente para la eternidad bienaventurada.

Es, además, un lugar de gloria de donde los justos salen resplandecientes con los rayos de la inmortalidad; no de la gloria humana, que queda allí para siempre enterrada, como perecedera y mortal, sino de la gloria de los

santos que toma su principio en el sepulcro, porque es una participación de la gloria de Jesucristo, cuyo reino comenzó por donde los demás acaban y que no tendrá jamás fin. Es, además, un puente para la eternidad bienaventurada, que el Salvador te franqueó por la victoria que consiguió sobre la muerte. Después que pasó Jesucristo por él, el sepulcro se volvió tan glorioso como el mismo cielo, y los ángeles que anunciaron su resurrección dejaron gustosos el paraíso para sentarse en la losa de aquel bendito sepulcro, y allí estaban con tanto júbilo como en el trono de la gloria.

Pero considera que para que puedas participar de esa gloria, resucitando con el Hijo de Dios, no basta ir á ver su sepulcro como las santas mujeres; es necesario penetrar en él como ellas. No es bastante tampoco que pienses con frecuencia en la muerte de Jesús; es necesario además morir y sepultarse con El. Para que el grano de trigo dé fruto, es preciso que caiga en el surco y que el labrador le abra un sepulcro en el seno de la tierra para hacerle morir en ella. Debes, pues, morir y ser sepultado como Cristo, si quieres resucitar con Cristo, pero no una vez sola, sino todos los días y con una muerte mística, que te haga morir cada día á ti y al mundo por la continua mortificación. Porque así como el sepulcro consume el cuerpo que recibe, así es necesario destruir en nosotros el cuerpo del pecado, arrancando sus raíces, que son las malas costumbres, y todas las malas inclinaciones.

Ten presente, por último, que para resucitar con Cristo, es preciso que tu corazón sea el sepulcro de su Corazón preciosísimo y que su

Corazón sea el tuyo. El Cuerpo sagrado de Jesucristo que recibes en tiempo de Pascua como prenda de tu resurrección, está en el altar en un estado de muerte mística. Le hace falta un sudario para amortajarle, perfumes para embalsamarle, un sepulcro para enterrarle, un sello para cerrar el sepulcro y soldados para custodiarle; pero no quiere otro sudario que la inocencia de tu alma, ni otros perfumes que el olor de tus virtudes, ni otro sepulcro que tu corazón sellado con el sello de su amor, ni otra guardia que la de los ángeles que defiendan su entrada. ¿Deseas hacerlo así? Pues haz de suerte que el Corazón de Jesús repose en el tuyo y que no salga de él jamás. Vive en su Corazón, que es tu vida; guárdale en el tuyo, pues tu gloria consiste en que viva en él eternamente. Porque de este modo, de un sepulcro hará Jesucristo un cielo, según dice San Juan Crisólogo: «El corazón donde Jesús vive y reina es un cielo; aquel donde está muerto y sepultado es un sepulcro». Acuérdate de que el tiempo de Pascua es un tiempo de resurrección, como dice San Bernardo. No vuelvas otra vez á tus malas inclinaciones; sigue, por el contrario, el consejo del ángel, ve á Galilea, que quiere decir lugar de tránsito; pasa del vicio á la virtud, de las tinieblas á la luz, de la tierra al cielo. De este modo resucitarás con Cristo y le verás en su gloria con la seguridad de no perderle jamás.

Coloquio.—¡Oh dulce Jesús, Nazareno y crucificado, y nunca tan nazareno como cuando crucificado, porque en la cruz brotaron las flores de tus virtudes y los frutos de nuestra santificación, de los

cuales gozas en tu gloriosa resurrección! ¡Oh, quién te buscase con tanto fervor, que no se preciase de saber otra cosa «que á Cristo», y «ese crucificado!» Dame, Señor, la devoción, la diligencia, el valor y la confianza con que te buscaron esas santas mujeres, para que, buscándote siempre con afán en el sepulcro, merezca que tú me visites en tu gloria.

Propósitos.—En todas tus acciones é intenciones no busques otra cosa sino á Cristo N. S., y jamás la satisfacción de tu amor propio.

MARTES

De la aparición de Jesús resucitado á María Magdalena.

Preludios.—Imagínate á María Magdalena, ya buscando loca de amor y anegada en llanto el cuerpo de Jesús, ya conversando con su divino Maestro resucitado, y pide para ti una chispa del encendido fuego de caridad que abrasaba el corazón de esta santa penitente.

Punto I

María Magdalena mereció por su amor que Jesucristo se le apareciera antes que á las demás santas mujeres.

Considera que el amor que María Magdalena profesaba al Hijo de Dios, le hizo concebir un deseo ardiente de ir al sepulcro para embalsamar su cuerpo, y no habiéndolo hallado, este mismo amor le obligó á buscarlo con grandes ansias, creyendo que se lo habían robado y deseando ardientemente saber dónde lo habían puesto para cumplir con El sus últimos y piadosos deberes.

En estos deseos se echaba desde luego de ver la debilidad de su fe, pero como nacían de un corazón inflamado por las llamas de la más

ardiente caridad, le proporcionaban una excelente disposición para recibir la gracia que nuestro Señor quería concederle. Porque es muy propio de Jesucristo S. N. excitar en los corazones grandes deseos para satisfacerlos luego, y compara la bondad de tu Salvador, que se contenta con un buen deseo y hace de él la medida de sus beneficios, con la dureza de tu corazón, que ni aun desea siquiera los bienes del cielo. No te extrañe, pues, verte tan pobre; pero sí debes admirarte de que, pudiendo tener grandes riquezas espirituales, descuides adquirir esos bienes infinitos que no te han de costar más que el deseo eficaz de poseerlos.

Mira cómo María Magdalena, no hallando lo que buscaba, dió rienda suelta á sus lágrimas, que no tenían menos poder sobre el corazón de su Maestro que sus deseos, pues Magdalena obtuvo, llorando, la remisión de sus pecados, la resurrección de su hermano y el consuelo de ver á los ángeles y al Rey de los ángeles resucitado.

Considera luego cómo el amor de María Magdalena hacia Jesús era constante y fiel, cual era necesario que lo fuese para vencer todos los obstáculos que se oponían á sus deseos. El temor obligó á los discípulos de Jesús á volver al cenáculo después de haber visto el sepulcro de su Maestro; las otras santas mujeres siguieron su ejemplo y se volvieron á Jerusalén, pero Magdalena permaneció junto al sepulcro, detenida en aquel santo lugar por el amor y por el dolor. Por el amor, para buscar al que había perdido; por el dolor, para llorar la ausencia de aquel á quien no podía encontrar, haciéndola uno y otro senti-

Punto II

Cómo premió Jesucristo la constancia del amor de María Magdalena.

Considera la admirable dulzura de nuestro Señor Jesucristo al dejar á su bienaventurada Madre para ir á consolar á María Magdalena, y medita de qué modo procedió para hacerla más digna de su visita. Para ello represéntate á María Magdalena cuando inclinada para mirar al fondo del sepulcro, vió á dos ángeles vestidos de blanco, sentados en el lugar que había ocupado Jesús, uno á la cabecera y el otro á los pies. Ambos le preguntaron la causa de su llanto y María Magdalena les respondió: «Es que me han arrebatado á mi Señor y no sé dónde lo han puesto».

En estas dos cosas has de ver la causa de tus miserias y un motivo justo de tu llanto. Pero ¡oh ceguedad deplorable! Por la pérdida de una bagatela, de una nonada, te afliges y lloras, pero la pérdida de Jesucristo te deja insensible. No sabes dónde lo han puesto y no te turbas ni te inquietas. ¿Pero dónde lo pones tú mismo? ¿Quieres saber dónde está? Está en tu corazón, si la humildad, la paciencia y la caridad residen y reinan en él. Si esas virtudes te faltan, no tienes á Jesús. Tus murmuraciones, tu vanidad, tu amor propio lo arrojan de tu corazón, y bien puedes quejarte entonces de ti mismo, pues tus faltas son las que te han quitado á tu Maestro.

Considera también, que al mismo tiempo que María Magdalena respondía á los ángeles las palabras que quedan dichas, nuestro Se-

ñor se acerca al sepulcro y apenas los ángeles advirtieron su presencia, se levantan respetuosamente. La santa al verlo, mira detrás de sí para averiguar la causa. Entonces Jesús se presenta á ella sin darse á conocer, y le dice: «Mujer, ¿por qué lloras? ¿Qué buscas aquí?» Y María Magdalena pensando que quien le hablaba era el jardinero, le responde: «Señor, si sois vos quien se lo ha llevado, decidme dónde lo habéis puesto y yo me lo llevaré».

Admira aquí el amor vehementísimo de María Magdalena al Hijo de Dios, que la enloquece santamente, le hace hablar sólo de Jesús y pensar sólo en Jesús y figurarse que todos están tan enamorados de Jesús como ella, y su amor la impulsa á pretender lo que no podría realizar sino por milagro. Aparte de esto, fíjate en que no se engañó al tomar á Jesús por un jardinero. Jesús ha regado con su sangre el jardín de la Iglesia y resucitó para plantar la fe y todas las demás virtudes en el mundo.

¿Pero tienes tú las mismas disposiciones que María Magdalena para encontrar á Jesús? ¿Estás dispuesto á sufrirlo todo por hallar á Dios? ¿Estás dispuesto á dejarlo todo por seguirle? Mira cuánto te conviene hacerlo, porque de otro modo no serás digno de ver á nuestro Señor en el estado de su gloria como lo vió María Magdalena en premio de su amor.

Punto III

Cómo obra Jesucristo en los corazones que lo aman.

Considera el gran poder que Jesucristo tiene sobre los corazones y la admirable mudanza que su bondad hizo con una sola palabra en el

de María Magdalena. «María», le dijo, y ella volviéndose respondió: «Maestro». ¡Oh, si tú pudieras penetrar el maravilloso sentido que tienen estas dos palabras: «Maestro», «María»! ¡Cuántas maravillas de amor divino verías en esos dos corazones, si pudieras penetrar en ellos! ¡Cuánta ternura y dulcedumbre en el Corazón de Jesús! ¡Qué de alegrías y de amorosos transportes en el de María Magdalena! Se hallaba antes sumida en un profundo abismo de tristeza, que había paralizado todos sus sentidos y todas las potencias de su alma, pero en un instante la voz de su Maestro disipa todas las nubes de su espíritu y la llena de consuelos celestiales. Su corazón transportado de alegría, se hinche de dulzura á la vista de Jesús, mas al quererse arrojar á sus pies para besárselos, el Maestro la detiene, y le dice: «No me toques, porque aún no he subido á mi Padre: mas ve á mis hermanos y diles: Subo á mi Padre y vuestro Padre; á mi Dios y á vuestro Dios».

¡Ah Jesús mío! ¿Por qué impedís á María Magdalena que se postre á vuestros pies? ¿No es allí donde ha encontrado su felicidad y el perdón de sus pecados? Su corazón busca su centro; ¿no sois Vos todo su amor y su esperanza? ¿Adónde irá, si la alejáis de Vos? Ve, le dice, á mis hermanos, no te detengas aquí más tiempo, es necesario que moderes las ansias de un corazón demasiado sensible, basta con que sepas que he resucitado. Ve á darles tan buena nueva. Son mis hermanos por adopción; son hijos de Dios por gracia, como yo lo soy por naturaleza; no puedo dejarles por más tiempo en la aflicción en que se hallan. En

cuanto á ti, ya me verás todavía antes de que suba á mi Padre y no perderás el fruto de tu obediencia.

Aprende, pues, á moderar tu alegría por santa y espiritual que sea, y á que tu amor sea purísimo, sin que se mezcle nada de humano ni de sensible. Pero no pierdas de vista tampoco que es asimismo una flaqueza y un defecto turbarse y abatirse demasiado en la desolación, falta de confianza en la bondad de Dios, que no te manifiesta menos amor y ternura cuando te priva por algún tiempo de la dulzura de sus consuelos que cuando te los concede, porque no te los quita sino para obligarte á estar siempre vigilante y para inclinarte á tributarle el honor y la gloria que le son debidos.

Piensa que estas mudanzas te son más ventajosas que la calma continua que deseas; pues el mérito de un alma no consiste en tener más consuelos divinos, sino en estar más sometida á la obediencia, más firme en una sincera humildad y más llena del amor de Dios y del prójimo. No temas, pues, dejar á Jesucristo como María Magdalena, para consolar y socorrer á tus hermanos. El te devolverá con creces lo que por eso hayas perdido.

Coloquio.—¡Oh divinísimo Jesús, tesoro infinito de amor y de ternura y que así pagas el amor y las lágrimas de una santa penitente, prefiriéndola á todos y haciéndola objeto de tu predilección! Déjame que postrado á tus pies como ella, te los bese y riegue con las lágrimas de mi amor y de mi contrición, y que merezca oir de tus labios: «Se le perdonan muchos pecados, porque amó mucho.»

Propósitos.—Busca en todo á Jesús en tus deseos, en tus intenciones y en tus obras.

MIÉRCOLES

De los maravillosos efectos del amor divino, representados en María Magdalena.

Preludios.—(Los mismos de la meditación anterior.)

Punto I

El amor divino personificado en María Magdalena busca á Cristo.

Considera cómo pensando la Magdalena que el que estaba junto al sepulcro era un hortelano, le dijo: «Señor, si Tú le llevaste, dime dónde le pusiste, y yo le llevaré». En estas palabras descubrió la Magdalena el exceso de su ferviente amor, el cual la tenía como enajenada de sí misma, y la hacía hablar sin saber lo que se decía y ofrecerse á más de lo que podía. Y así se ven aquí pintadas las tres propiedades de la encendida caridad del corazón, que sólo vive por Jesús y para Jesús.

La primera propiedad es, que arrebata el corazón y la lengua del que ama, para que siempre piense en su amado, y hable siempre de él, imaginando que todos le entienden. Y así la Magdalena no dijo, si tú llevaste el cuerpo de mi Maestro, sino solamente si tú lo llevaste, porque imaginaba que el hortelano la entendía y sabía de quién hablaba por estar absorta en pensar solamente en su Jesús. Por esta señal conoceré yo si tengo grande amor de Dios; pues como El dijo: «donde está tu tesoro, allí está tu corazón», y por consiguiente allí está tu lengua, tus ojos, tus pies y manos, ocupándose todo tu espíritu en la vista y amor

del tesoro, en guardarle y acrecentarle con cuidado. ¡Oh Dios infinito! sé Tú mi tesoro, y arrebata mi corazón y cuanto tengo, para que donde estés Tú, allí esté yo, viéndote y gozándote sin fin.

La segunda propiedad de esta encendida caridad, es causar en el que ama olvido de sí y de sus cosas, y hacerle que se humille y sujete á toda humana criatura, y á veces dice y hace excesos que al juicio humano parecen locuras, pero son excesos de amor, al modo que David, olvidado de su real grandeza, saltaba y bailaba delante del arca, y burlándose de él su mujer Micol, él no hizo caso, antes se humillaba y saltaba más delante de Dios. Y la misma Magdalena, herida de amor, se fué al convite donde estaba Cristo, y se echó á sus pies, sin reparar lo que dirían los convidados, olvidada de todos, como si estuviera sola. Y en el caso presente, con el mismo enajenamiento, con grande humildad llama señor al hortelano, para acariciarle y persuadirle que la descubriese dónde estaba el cuerpo de su Maestro. Y le dice, si tú le llevaste, no reparando en que no llevaba camino que el hortelano hubiese desenterrado un difunto, y sacádole del sepulcro donde su mismo dueño le había puesto. Y por esta segunda señal conoceré yo la grandeza ó pequeñez de mi caridad, porque si el amor de la hacienda en los avarientos, y el amor de la honra en los ambiciosos, y el amor del deleite en los sensuales tiene tanta fuerza que los enajena de sí, ¿cuánto más hará todo esto y con mayor fuerza el encendido amor de Dios en aquellos que han entrado en los secretos divinos? Y si el mismo Señor no

ordenase en ellos la caridad, harían locuras y demasías; y si hace algo que parece locura al que no ama, es cordura en los ojos del que sabe qué cosa es amar. ¡Oh Rey eterno, éntrame en los secretos de tu corazón; embriágame con tu amor; sácame de mí para traspasarme en Ti; causa en mi alma olvido de mis cosas, para que solamente atienda á las que son tuyas, humillándome hasta ser tenido del mundo por loco, para ser delante de tus ojos sabio!

La tercera propiedad de esta ferviente caridad, es sacar fuerzas de flaqueza y hacer al que ama que se ofrezca á mucho más de lo que puede, confiando no en las fuerzas que tiene de suyo, sino en las que Dios le ha de dar. Y así la Magdalena, encendida en este amor, se ofreció valerosamente á ir por el cuerpo de su Maestro dondequiera que estuviese, sin exceptuar lugar alguno, y sin reparar en que era día solemne y el sol era ya salido, y ella mujer flaca, y la carga un cuerpo muerto, de un crucificado, aborrecido de los judíos, y sentenciado á muerte por el presidente, sin cuya licencia no se atrevió José de Arimatea á darle sepultura; pero ella rompiendo por este muro de dificultades, dice: «Yo le llevaré y volveré á su lugar». ¡Oh mujer, grande es tu confianza, grande es tu ánimo y esfuerzo, porque es grande tu amor! ¡Oh amor invencible, que vences todo lo dificultoso y áspero de esta vida, y de nada eres vencido! tú llevas al que te lleva, y haces ligera la carga del que ama; tú pones sobre nuestros hombros á Cristo, y haces que nos lleve Cristo, ayudándonos contigo á llevar toda la carga. ¡Oh

amor fortísimo, verdaderamente eres fuerte no menos que la muerte, pues te atreves á lidiar con muertos y á romper las dificultades de muerte por servir á tu Amado! ¡Oh Dios eterno y amador infinito, embriágame con la dulzura de tu amor, para que mudando con él mi fortaleza, corra en tu servicio sin parar, y camine sin desfallecer, llevando cualquier carga que me pusieres, fiado en que me darás fuerzas para llevarla!

Con este espíritu me tengo de ofrecer á llevar á Cristo muerto, sobre mí, esto es, su mortificación en mi cuerpo, del modo que El mortificó el suyo, conforme á lo que dice San Pablo: «Siempre traemos de una parte á otra en nuestro cuerpo la mortificación de Cristo Jesús. Mirad que habéis sido comprados con grande precio; glorificad y llevad á Dios en vuestro cuerpo».

Punto II

Las lágrimas de María Magdalena encuentran á Cristo.

Considera cómo las lágrimas de María Magdalena, nacidas de su amor ardentísimo á Cristo N. S., merecieron encontrarle. Contempla llorando sin consuelo y con un amor vehemente, solícito, perseverante y devoto á María Magdalena, hechos sus ojos dos fuentes de lágrimas, que ni los ángeles pueden consolar. Considera la razón de estas fervorosas lágrimas, que la misma Magdalena dió á los ángeles, diciéndoles: «Lloro porque llevaron á mi Señor y no sé dónde le pusieron». Como quien dice: ¿No os parece bastante causa para llo-

rar, haberme llevado á mi Señor y todo mi bien sin saber quién le llevó y dónde le pusieron? Antes lloraba su muerte, pero consolábame con tener su cuerpo; ahora me han quitado este consuelo que me quedaba, y por esto lloro, ni hallo para mis lágrimas remedio. En lo cual pondera, que las lágrimas son bien empleadas, principalmente por dos causas.

La primera, cuando nuestros pecados nos han quitado á Dios del alma, privándonos de su gracia y amistad, y estas lágrimas son semejantes á las que derramó la gloriosa Magdalena á los pies de Cristo, cuando echó de ella los siete demonios y la perdonó sus pecados. La segunda causa es cuando, sin saberlo nosotros, se nos ausenta Dios y nos deja en tinieblas y sequedad de espíritu, con tanta obscuridad, que apenas sabemos adónde y cómo buscarle. Y estas lágrimas son semejantes á las que derramaba la Magdalena en esta ocasión, buscando á su Maestro y Redentor, y ambas lágrimas son prendas grandes de que hallaremos á Dios N. S. si con ellas le deseamos y buscamos, diciendo con el real profeta David: «Las lágrimas fueron mi pan de día y de noche, oyendo á los que me dicen cada día: ¿Dónde está tu Dios?»

Considera también cómo cuando se convirtió la Magdalena y lloraba á los pies de Cristo N. S., no le preguntó Cristo: «¿Por qué lloras? ¿A quién buscas?» porque aquellas lágrimas se fundaban en profundo conocimiento de sus pecados y en viva fe y amor del Señor que tenía presente, el cual las conocía y aprobaba. Pero en este caso de la resurrección, como las lágrimas iban mezcladas de falta de fe,

llorando por muerto al vivo y buscando al vivo entre los muertos, dícele: «¿Por qué lloras? ¿A quién buscas?» Como si dijera: ¿Sabes por qué lloras y á quién buscas? Sin duda que no lo sabes bien, porque si lo supieras, no me lloraras de esta manera por muerto, ni buscaras como ausente al que tienes presente. En lo cual nos enseña Cristo N. S. cómo su voluntad es que examinemos bien las causas de nuestras lágrimas, y también qué es lo que buscamos y pretendemos en su servicio, porque no se mezcle algo que sea contrario á Dios, ó desdiga de lo que á su grandeza y á nuestra perfección conviene. Y porque muchas veces pensaré que lloro por mis pecados, y no lloro sino por la afrenta ó daño temporal que me resultó de ellos; y pienso que lloro por ir á ver á Dios, y no es sino por huir el trabajo que padezco. Y también acontece pensar que busco á Dios y su gloria, y verdaderamente me busco á mí mismo, á mi honra ó provecho. Y si busco á Dios, es con mezcla de estas imperfecciones. Y á esto con mucha razón me dirá Dios: ¿Por qué lloras? ¿A quién buscas?

Punto III

Cómo Jesús paga el amor y las lágrimas de María Magdalena.

Considera la infinita caridad del Redentor en honrar á los pecadores convertidos, escogiendo por primer testigo de vista de su resurrección á una mujer que había sido pecadora, para que se entendiese que no daña la muchedumbre y gravedad de los pecados pasados cuando se recompensan con amor y con lá-

grimas. Y cuán cierta es la palabra de Cristo: «Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados». La Magdalena se señaló, además, singularmente en amar y servir á Cristo N. S. haciendo por su amor muchas cosas generosísimas, como fué lavarle los pies con lágrimas, ungírselos con precioso ungüento, limpiarlos con sus cabellos, asistir á sus pies, oyendo su doctrina con mucho gusto, acompañarle en el monte Calvario, y madrugar para ungirle después de muerto con mayor fervor que todas sus compañeras; por eso fué digna de verle primero que los demás.

Considera luego cómo premió Jesús las ansias de la Magdalena en buscarle. Eran éstas grandísimas. No se sentó cabe el monumento, sino siempre estaba en pie, como á punto para buscarle á una y otra parte, inclinándose una y otra vez á mirar el sepulcro por ver si hallaba la segunda vez lo que no halló en la primera; porque quien mucho ama á Dios, no cesa de repetir las mismas oraciones y multiplicar las mismas diligencias para hallarle. De aquí procedió, que aunque sus compañeras se volvieron del sepulcro, contentándose con lo que los ángeles les habían dicho, y San Pedro y San Juan se tornaron á su posada, contentos con haber visto las mortajas; pero ella no se contentó con nada de esto, sino quedóse allí con gran perseverancia, como quien dice: aquí perdí lo que tanto amo, aquí lo hallaré, ó aquí moriré hasta hallarlo.

Mostró ese mismo fervor en las lágrimas que derramaba por esta causa, sin que fuese parte la vista de los ángeles tan hermosos y resplandecientes para enjugarlas, porque no hallaba

ningún consuelo en vista de criaturas la que tenía puesto todo su deseo en ver á su Maestro, que era el Criador. Pues estas ansias y ese fervor premia Jesús, no sólo mostrándose á Magdalena antes que á nadie, sino haciéndole además apóstol de su resurrección y de los mismos apóstoles.

Pondera la ternura de aquel recado tan amoroso que envió por medio de la Magdalena el Señor á sus discípulos. No se desdeña de llamarlos hermanos, para que entendiesen que la gloria de la resurrección no le había mudado la condición, antes les daba mayores muestras de amor con este nombre de hermanos; y lo que les mandó decir es: «Ya he resucitado para subir á mi Padre y á vuestro Padre, á mi Dios y á vuestro Dios». Mi Padre por la generación eterna, y vuestro por la adopción graciosa, y mi Dios por la unidad de naturaleza, y vuestro por la unión de caridad.

Coloquio.—¡Oh Dios de mi alma! concédeme que llore por mis pecados y por tu ausencia, de modo que Tú apruebes mis lágrimas, y que busque lo que deseo, de modo que merezca que me consueles con tu presencia como mereció ser consolada María Magdalena. ¡Oh amantísimo Jesús, gracias os doy, cuantas puedo, por este favor tan grande que nos hacéis en darnos á vuestro Padre por nuestro Padre, y á vuestro Dios por nuestro Dios! Que sea yo buen hijo vuestro por el sacrificio y las virtudes, como Vos sois Padre mío por los beneficios y el amor.

Propósitos.—Muestra que amas á Jesús como la Magdalena hablando de El, y procurando que todos lo conozcan y amen.

JUEVES

De la aparición de Jesucristo resucitado á las santas mujeres.

Preludios.—Mira cómo partiéndose la Magdalena con grande gozo, alcanzó á sus compañeras en el camino, y tratando con ellas de lo que le había sucedido, todas se encendieron en grande deseo de ver á su divino Maestro, el cual, atendiendo á este deseo, las salió al encuentro, y les dijo: *Dios os salve.*

Punto I

Jesús se aparece á las santas mujeres.

Considera con qué bondad se presentó el Hijo de Dios á las santas mujeres para premiar su fervor y diligencia en buscarlo. Y es motivo de grande consuelo ver la bondad de Cristo N. S., que no repara en nuestras imperfecciones cuando con sana y fervorosa intención deseamos agradarle, como sucedió á estas mujeres, las cuales con falta de fe, no creyendo en su resurrección, fueron á ungirle, pero con entrañable deseo de servirle; y mirando á esta intención, Jesús quiso consolarlas. ¡Oh, qué contentas y alegres quedaron con su vista, y por cuán bien empleados dieron los trabajos pasados! porque con aquella palabra *Avete,* que quiere decir «Dios os salve, gozaos y alegraos», quedaron todas llenas de salud espiritual y de alegría grandísima, porque la palabra de Cristo es eficaz y obra todo lo que significa. Y no sin misterio usó de esta palabra el Salvador, de la cual había usado San Gabriel cuando anunció á la Virgen la encarnación para confirmar lo que el ángel había dicho,

anunciándoles que por su resurrección se les quitaría la maldición de las culpas, que por una de ellas todos incurrimos. Después de haber admirado la dulzura de tu divino Maestro con estas santas mujeres y el amor que tiene á las almas, mira de cuántas maneras se presenta á ti para demostrar el cuidado que tiene de todas tus cosas.

Aplícate esto que dice San Juan Crisólogo de las tres Marías: «Cuando acudes con fervor adonde la obediencia te llama, Jesús se te aparece á fin de bendecir tus trabajos y coronarlos. Cuando acudes con fervor á la oración, cuando guardas las obligaciones de tu estado, cuando acuden á tu mente buenos pensamientos y fervorosos deseos, es que Jesús viene á ti y que te honra con su presencia». Preséntase como Señor, para gobernarte; como Maestro, para enseñarte; como amigo, para alentarte á servirle por amor, y no á huirle por temor, y para decirte: Soy tu salud, tu alegría y tu vida. Vive en mí y hallarás la paz. No temas, yo soy tu sostén y tu apoyo. Deja todo lo que pasa y no busques sino lo que es eterno. ¿Qué son todas las cosas temporales y perecederas, sino una ilusión y un sueño? ¿De qué te servirán todas las criaturas si el Creador te abandona?

¡Feliz el alma que escucha al Señor cuando El le habla, y que recibe de su boca la palabra que la consuela! ¡Felices los ojos que están cerrados á todas las cosas exteriores y sólo se abren para ver á Jesús cuando El se presenta!

Punto II

De qué modo correspondieron las santas mujeres á la aparición de Jesús.

Considera los diferentes movimientos de temor, de confianza, de amor, de alegría y de respeto, que la presencia inesperada de Jesucristo produjo en el corazón de las santas mujeres. La bondad les daba confianza, pero la gloria y la majestad que resplandecían en su rostro, les infundía temor. El amor y la alegría las impulsaron á acercarse al Salvador; el respeto que le tenían les obligó á arrojarse á sus pies, á besárselos y á adorarle con profunda humildad. Medita bien todo esto y trata de sacar de ello el debido fruto.

En primer lugar, se acercaron á Jesús. Esto es lo que tú debes hacer imitando este ejemplo, realizando todo cuanto sea necesario para adelantar siempre en el camino de la perfección; teniendo en cuenta, qué es acercarse á Jesucristo. Tomar ocasión de todo lo que nos sucede para lograr algún adelantamiento en la virtud. Luego le besaron los pies. «Esto es un efecto de su bondad», dice San Juan Crisólogo. Nadie conoce á Jesucristo, si El no se manifiesta primero; nadie se aproxima á El, si El no le atrae; nadie le posee, si El no lo consiente. A ti te toca corresponder fielmente á la gracia cuando ésta se presenta; de lo contrario, pasa y se pierde. El medio de hacer de ella un buen uso, es que te humilles delante de Dios y referir á El la gloria de todo el bien que hagas.

Por último, le besaron los pies y lo adora-

ron. No se arrojaron precipitadamente, como la Magdalena la primera vez, sino con grande reverencia se llegaron á El, y le adoraron, y dándoles licencia, tomaron sus pies sacratísimos y los besaron con grande amor. Y aquí alcanzó la Magdalena el cumplimiento de su deseo, tocando también los pies de Cristo. ¡Oh, qué dulzura sentirían besando aquellas preciosas llagas que con tanto deseo habían procurado ungir! Vinieron al sepulcro para ungir á Cristo, pero Cristo las ungió con la unción de que El estaba ungido, que era con óleo de alegría, y con la devoción del divino espíritu que derramó sobre ellas.

A imitación de estas santas mujeres, que, como cuenta San Marcos, fueron tres las principales, tengo de procurar que las tres potencias de mi alma se ocupen en alabar á Cristo N. S.: la memoria con santos pensamientos, el entendimiento con pías meditaciones, la voluntad con fervorosos afectos. Y la mejor manera de ungir á Cristo es por medio de mi mortificación, suplicándole me dé El estas especies aromáticas con que ungirle, pues de su mano me ha de venir todo lo bueno. ¡Oh Cristo Jesús, ungido por tu Eterno Padre con óleo de alegría! poca necesidad tienes de ser ungido por mí, pero es tan grande tu caridad, que tienes por gloria verme encendido en amor tuyo. Ves aquí te ofrezco las especies aromáticas que he comprado, que son afectos de alabanza y agradecimiento, de amor y confianza, con vivos deseos de tener todas las virtudes para ungirte con ellas. Pero tú, Señor, que previenes á los que te buscan, anticipa conmigo tus misericordias; dame licencia que

toque con el espíritu tus sacratísimas llagas, y con el licor preciosísimo que salió de ellas, unge mi corazón con la gracia de tu divino espíritu para que siempre se ocupe en tu amor y servicio.

Punto III

De las diferentes maneras que Jesucristo tiene de aparecérsenos.

Considera la conducta que nuestro Señor observó con las demás santas mujeres, tan diferente de la que momentos antes tuvo con María Magdalena. A ésta la dijo: «No me toques». Y á las demás santas mujeres: «No temáis». Prohibe á Magdalena que le toque y poco tiempo después, permite, tanto á ella como á las demás, que le besen los pies. ¿Cuál de las dos cosas vale más? ¿La negativa primera ó la posterior concesión de la gracia? Si juzgas seriamente, es tan buena la una como la otra, pues no es menor efecto de la bondad de Jesucristo el negarnos lo que nos es dañoso, que darnos lo que puede sernos útil. «Alaba fervorosamente al Señor y adora la huella de sus pies porque es santo», dice el real profeta. ¿Y por qué es santo? Es santo porque escucha nuestras plegarias, y es santo también porque castiga nuestros desórdenes. «Señor, Dios mío, vos les habéis sido favorable y habéis tomado venganza de sus faltas», dice también el profeta, para hacer ver que la santidad y la bondad de Dios aparecen igualmente en ambos casos, y que tan amable y adorable es cuando nos castiga como cuando nos acaricia, ya nos niegue ó ya nos conceda lo que le pedimos.

Aprende aquí, en primer lugar, que el fervor indiscreto y puramente sensible no agrada á nuestro Señor y que nunca has de olvidar el respeto que le debes, pues de otro modo te rechazará y te prohibirá que le toques. Pero piensa también que no quiere que te turbes por un temor excesivo, ni por ninguna otra pasión desarreglada; amigo es de la paz y de la tranquilidad del espíritu, y por eso al acercarte á El debes, ante todo, recogerte y disponer tu corazón de manera que con entera libertad pueda recibir las inspiraciones divinas. Has de aprender, además, á no creer que tu vida es perfecta, solamente cuando todo te sale á medida de tu deseo, ó que eres amado particularmente por Dios, porque te concede todo lo que le pides, ó porque sientes una gran ternura ó extraordinario fervor de devoción. No por esas señales se conoce quién es verdaderamente virtuoso, ni consiste en esto la perfección del hombre espiritual.

¿En qué consiste entonces? dirás. En consagrar enteramente tu corazón á la voluntad de Dios, sin buscar tu propio interés ni en las cosas grandes ni en las pequeñas; ni en el tiempo ni en la eternidad; de tal modo, que mires con los mismos ojos los bienes y los males, y que tributes á Jesucristo las mismas acciones de gracias en los unos y en los otros. Sólo entonces puedes prometerte que vuelva otra vez á tu alma para hacerla sentir una alegría celestial con la luz de su presencia.

Entonces también puedes esperar que te diga como á las santas mujeres: «No temáis. Id, dad las nuevas á mis hermanos para que vayan á la Galilea, allí me verán». Pues si

Jesús te colma de gracias es para que las comuniques á los demás, á quienes mira y ama como á sus hermanos, hijos adoptivos de su Padre y coherederos de su reino.

Imita, pues, su bondad y su dulzura hacia tus hermanos. No rechaces á nadie que te pida auxilio. Si puedes darle lo que te pida, dáselo de corazón; si no, muéstrale tu amor hacia él y trátale con dulzura. Porque donde el poder falta, Dios se contenta con una buena voluntad y reserva al que la tiene una riquísima corona. Jamás digas que no tienes nada, pues la caridad es un tesoro que nunca se agota. Sé, por lo tanto, misericordioso como nuestro Padre lo es. Haz bien á todos; da sin esperar nada en cambio, pues así tu recompensa será grande y serás hijo del Altísimo, que hace bien á los mismos ingratos y á los malvados.

Coloquio.—¡Oh alma mía! cierra todas las puertas de mis sentidos para no ver en adelante más que á Jesús en todas partes. Piensa en El, en todo lugar, en todo tiempo y en todas tus acciones y El te conducirá al fin, á la bienaventuranza de sus elegidos. ¡Oh Rey de la gloria, que mudáis nuestras tinieblas en luz y nuestras lágrimas en júbilo por vuestra divina presencia! ¡no os apartéis de mí en mi aflicción, ni me ocultéis vuestro rostro! Haced que os encuentre en todas partes para favorecerme; pero muy especialmente á la hora de mi muerte, cuando todas las criaturas me hayan abandonado y el mundo me arroje de sí. Estad siempre cerca de mí y no temeré á mis enemigos. Nada podrá dañarme si tengo la dicha de veros. ¡Oh dulcísimo Jesús! Cuán dulces son para mis oídos las palabras que salen de tu boca. Oiga yo que me dices «No temas» como á las santas mujeres y la paz del cielo vendrá á mi corazón. Déjame que te adore y bese esos pies divinos portadores de toda dicha. Muéstrate á mí resucitado y glorioso para que tu vista me arranque de todo amor caduco y perecedero.

[illegible]

[illegible]

**[illegible] [illegible] [illegible] [

Eterno justamente irritado me amenaza, yo me refugio en el Corazón de Jesús, traspasado por mi amor, como en asilo seguro, donde estaré defendido de sus iras. Si el Padre Eterno me quiere castigar, no lo podrá hacer sin herir al corazón de Jesús. Estando allí, ¿qué tendré que temer?

Con este espíritu tengo yo de mostrar al Padre Eterno las llagas de su divino Hijo, y suplicarle por ellas aplaque la ira que tiene contra mí y contra los hombres, diciéndole: ¡Oh Dios, protector nuestro, mira el rostro de tu Cristo! Mira también las llagas de sus benditas manos, de sus pies y de su costado. Por las llagas de sus sacratísimas manos concédenos que las nuestras hagan siempre buenas obras; por las de sus pies, que los nuestros anden siempre buenos pasos; y por la de su costado, que el nuestro esté siempre llagado de tu amor. ¡Oh alma mía! sigue el consejo de la divina Sabiduría, y levantando los ojos al cielo empíreo, «mira el arco que allí está, y bendice al Señor que le hizo, porque es muy hermoso con el adorno de sus colores, rodea el cielo con un círculo muy glorioso; las manos del muy alto le abrieron y pusieron como está». Benditas sean las manos que fabricaron este arco, verdadero iris de paz eterna entre Dios y los hombres. Bendito seas, Dios mío, por cuya ordenación tendió Jesús sus divinas manos en la cruz, para abrazar en señal de paz á todos los escogidos y cercarlos con el círculo de su protección, y después colocarlos en el trono de su gloria.

Punto II

Las llagas de Jesús motivo de amor para todos los hombres.

Considera que Jesús quiso conservar las llagas en su cuerpo glorioso para dar motivo á todos los hombres de que reconozcan su amor eternamente, por ser ellas memoria eterna de lo muchísimo que nos ama. Jesús hizo de las señales de su ignominia, señales de su gloria para hacernos conocer lo mucho que estimó el padecer por nosotros. Conservó sus llagas como memorial que, recordándole lo que hizo por nosotros, le moviese á hacer aún más, continuando en hacernos perpetuamente beneficios. Deduce de aquí que estas llagas son pruebas perpetuas de su amor, y deben continuamente animar el nuestro. Su costado abierto, y su corazón traspasado, deben abrir y traspasar nuestro corazón con la llama del amor divino. Estas llagas son como hornos encendidos, de donde salen llamas que abrasan toda la corte celestial: y no obstante, no han empezado á calentar mi corazón. ¡Tanto hielo entre tanto ardor! ¿Puede haber cosa más extraña? Estas llagas nos acuerdan lo que Jesucristo padeció por nosotros; pues qué, ¿no nos moverán á padecer por él?

Así, pues, como á Cristo le sirven sus llagas sacratísimas de memoria de lo que le costamos y le mueven á amarnos y perdonarnos y no nos puede olvidar porque, como dice el profeta, nos tiene escritos en sus manos y por los agujeros de los clavos se le escapan las gracias y bienes de que nos llena, así á nosotros

la vista de las mismas sagradas llagas debe provocarnos á que le amemos, conociendo por ellas lo mucho que nos amó, y lo que padeció por nosotros. Sea, pues, la vista espiritual de estas llagas, que están ahora en el cuerpo glorificado de Cristo, despertador eficacísimo de nuestras potencias, para que todas se ocupen en servicio de este Señor. Por estas llagas, entramos dentro de El á morar y estar unidos con El con unión de actual memoria, conocimiento y amor, imaginando que desde el cielo se nos dice: «Levántate y date priesa, amiga mía y paloma mía, vuela con un vuelo apresurado á los agujeros de la piedra y á la abertura de la pared. Entra en estas llagas de mi cuerpo, no ya feas y sangrientas, sino hermosas y glorificadas. Si te vieres acosada de los milanos infernales, huye á estas llagas, que ellas te defenderán de sus tentaciones. Si fueres perseguida de las vanidades del mundo y de las pasiones de tu carne, acógete á estas llagas, porque en ellas hallarás casa de refugio contra todos tus temores. Si te vieres alborotada con cuidados y negocios, húrtales el cuerpo y entra dentro de estas llagas, donde hallarás quietud y descanso para tu espíritu. Si deseas conocerme y amarme con todo tu corazón, llégate á estas llagas y entra dentro de ellas, y allí verás la estima que tuve de ti y lo mucho que te amé, y de mi corazón saldrán tales llamas de amor, que totalmente abrasen el tuyo y le junten y transformen en el mío. Mira las llagas de mis manos, y fortalece las tuyas para pelear por mi gloria, como yo peleé por tu salud. Mira la abertura de mi costado, y ábreme el tuyo dándome todo tu amor como yo te

di el mío. Mira las llagas de mis pies, y endereza todos tus pasos á mi servicio, imitando los míos con perseverancia hasta que alcances la corona».

Estas consideraciones y afectos tengo de ejercitar, acordándome de las llagas de Cristo N. S.: y para mirarlas más de cerca, avivaré la fe de que las tiene su cuerpo gloriosísimo, no solamente en el cielo, sino en el santísimo Sacramento del altar; y que allí son como cinco fuentes del Salvador, de las cuales manan aguas de gracias y consuelos espirituales para todos los que se llegan con espíritu á ellas

Punto III

Las llagas de Jesús, motivo el día del juicio de esperanza para los buenos y de desesperación para los malos.

Considera que Jesús conservó las llagas en su cuerpo glorioso, para dar al día del juicio motivo de desesperación á los condenados; para justificar lo que hizo por ellos y condenar lo que ellos hicieron con Jesús, que se manifestará, como su Salvador y su Juez. Saldrán entonces de sus santísimas llagas rayos de luces, que consolarán y encenderán por una parte á los predestinados, y por la otra espantarán y confundirán á los réprobos. «Veis aquí, les dirá, mi costado, que fué abierto por vosotros; ¿podéis dudar de mi amor? Fué abierto por vosotros, ¿puedo yo dudar de vuestra ingratitud, ni vosotros negarla? Mi costado estaba abierto para serviros de asilo; vosotros no habéis querido entrar, antes os habéis desterrado voluntariamente de él por vuestros peca-

dos. Yo os desterraré eternamente de él y del cielo para el que os había destinado». ¡Qué golpe tan rudo y qué confusión tan espantosa! ¿La dureza de tu corazón no te hace temer que caiga sobre ti esta desgracia?

Coloquio.—¡Oh Jesús dulcísimo! que como señales de tu victoria eterna y como prueba de lo que estimas los trabajos de tu cruz, dejaste en tu cuerpo glorificado tus preciosas llagas para alentarme á padecer y para que por esas heridas pudiese yo ver el amor que estaba encerrado en tu corazón; por esas tus llagas te suplico humildemente obres en mí los efectos para que las conservaste en tu glorioso cuerpo, admitiéndome á entrar por ellas con alas de paloma, y á morar en ellas como en nido y lugar de mi descanso; porque no quiero otro en esta vida sino pensar en lo mucho que por mí hiciste y padeciste, amándote por ello y obedeciéndote con perseverancia hasta gozar de Ti en la gloria por todos los siglos.

Propósitos.—Acostúmbrate en los temores, en las penas, y en las tentaciones, á refugiarte en las llagas de Jesús, como en un lugar de reposo, y de asilo seguro.

SÁBADO

De los frutos que se siguen de la meditación de las llagas gloriosas de Cristo N. S.

Preludios.—(Los mismos de la meditación anterior.)

Punto I

Primer fruto.—La necesidad de padecer con Cristo.

Considera que si Jesús S. N. quiso conservar en su cuerpo sacratísimo las llagas que había recibido en su dolorosísima Pasión, fué, entre otras razones, para enseñarnos que nadie re-

sucitará á la vida gloriosa y eterna sin llevar en su cuerpo ó en su espíritu señales de llagas; esto es, de aflicciones y dolores. Porque, en efecto, si alguno pudo eximirse de esta ley, fué Jesús, ya por la calidad de su divina persona, ya por la perfectísima inocencia de su vida, ya por la grandeza de su poder. Y á pesar de todo, no se eximió; antes, sufrió en su cuerpo y en su alma más que todos los hombres. ¿Quién puede presumir, pues, de eximirse? ¿Quién podrá evitar el ser llagado? ¿Quién podrá esperarlo, si conoce la flaqueza de sus fuerzas, la enormidad de sus crímenes y la ruindad de su condición, y compara todo esto con las excelencias de Jesucristo?

Podemos reducir todos los hombres á tres tipos; el Hombre-Dios, el hombre justo y el hombre pecador ó malvado. Pues mira al Calvario, que allí están los tres tipos, y los tres están llagados y crucificados.

El malvado no está exento de sufrir. «Si es pobre, dice San Juan Crisóstomo, la pobreza es su cruz. Si sale de la pobreza, el desarreglo de sus costumbres le hace sufrir todavía más que la indigencia. Si está enfermo, su enfermedad es su cruz; si está sano, la cólera, el espíritu de venganza, la avaricia, el orgullo, las concupiscencias, todas las pasiones, en fin, perturban su reposo, mientras que la conciencia es para él un suplicio intolerable».

Pues los justos no están menos combatidos por la adversidad ni menos crucificados que los hombres perversos. Los falsos amigos, los enemigos, las enfermedades, las calamidades públicas y privadas, mil géneros de males los combaten sin cesar, y el mismo Dios los prue-

ba y perfecciona por el dolor y el sufrimiento. Y cuando nada exterior los combate, buscan ellos voluntariamente la cruz y la penitencia, y se abrazan con ella, y les amarga la vida el constante suspirar por el cielo. Convenzámonos, pues, de que esta vida no es sino un tormento inacabable.

El Hombre-Dios, nuestro adorable Redentor Jesús, no sólo padece como los pecadores y los justos, sino muchísimo más, no ya de lo que los hombres pueden padecer, sino de lo que no podrán jamás imaginar. De suerte que el malvado, el justo y el Hombre-Dios, han venido á este mundo condenados al suplicio de la cruz. Abrázate, pues, con ella, procurando imitar en tu paciencia y alegría en el padecer los maravillosos ejemplos de Cristo N. S.

Punto II

Segundo fruto.—El consuelo de padecer como Cristo.

Considera, en segundo lugar, que las llagas que nuestro Señor conservó en su cuerpo resucitado, son para nosotros una prenda segura de que Jesús no nos abandona en nuestras tribulaciones. Sufrimos nosotros, sufrió El, y esta comunidad en el dolor es un vínculo fortísimo entre Jesús y nosotros. Nada estrecha la amistad tanto como la mala fortuna ó la tribulación padecida en común. Desconfiad del amigo que adquiristeis en la prosperidad, y que participó de los placeres ó de los esplendores de vuestra suerte; del que se sentó á vuestra mesa bien abastecida ó á la sombra del techo de vuestro palacio; pero no desconfiéis del amigo que sufrió con vosotros, que

con vosotros probó el amargo pan de la pobreza y bebió la copa de hiel de las adversidades. El amigo que no os abandonó en el dolor, ese es el verdadero y fiel amigo.

Tanto más si os acompañó en la mala fortuna, no siendo obligado á ello, y únicamente por amor vuestro. Pues Jesucristo es ese amigo, como no le hay en la tierra, ese amigo que sólo puede compararse á El, ligado á nosotros por el vínculo del dolor aceptado voluntariamente por amor nuestro.

Sus sacratísimas llagas son el símbolo y recuerdo eterno de lo que padeció por y con nosotros, y no ha querido que desaparezcan de su cuerpo, para que nunca olvidemos que está ligado con nosotros por el vínculo indestructible del sufrimiento.

Y demuestra esa comunidad que con nosotros tiene, y ese amor entrañable que nos profesa, acompañándonos y consolándonos cuando sufrimos y padecemos. Daniel en la fosa de los leones, los niños en el horno de Babilonia, José en la cisterna, de todos fueron abandonados, y sin remedio hubieran perecido; pero Dios estaba con ellos, y Dios los salvó. Dios, dice San Ambrosio, visita al preso en la cárcel, y añade San Pablo que en todas las aflicciones está junto á nosotros. En las enfermedades, en las calumnias que se levantan contra nuestra fama, ó en las faltas nuestras que se divulgan para hacernos odiosos y aborrecibles á los demás hombres; en la indigencia, cuando nos vemos mal alojados, mal vestidos, mal alimentados, teniendo que trabajar fatigosamente día y noche para atender á nuestras más perentorias necesidades; en las

persecuciones, cuando nos afligen penas interiores, cuando las tentaciones nos importunan, siempre que padecemos, en suma, Jesús está junto á nosotros, confortándonos, aliviándonos, refrigerándonos, dándonos ánimos y fuerzas para salir del mal paso y sacar de él nuevas y más hermosas virtudes.

Da gracias á Jesús por la infinita bondad que te demuestra queriendo siempre padecer contigo, y en todas tus penas recurre á El, acordándote de que «Cristo padeció por ti, dándote ejemplo para que siempre sigas sus pisadas».

Punto III

Tercer fruto.—La gloria de sufrir por Jesucristo.

Considérese finalmente, que el espectáculo de las llagas de N. S. Jesucristo debe persuadirnos de que nada es tan honroso para el cristiano, ni tan dulce y útil para su alma como padecer y sufrir por servir á Dios. Nada es tan honroso, porque las llagas de nuestras tribulaciones nos hacen asemejarnos á Jesús que quiso conservar las llagas de su Pasión aun después de su resurrección, como emblemas de su victoria, y eternos trofeos de su triunfo, y con ellas subió á los cielos, y está sentado á la diestra de su Eterno Padre, y vendrá como soberano Juez á juzgar á los vivos y á los muertos. La cruz ha glorificado á Jesucristo, y Jesucristo glorificó á la cruz, y la cruz de Jesucristo y las llagas glorifican á todos los santos.

Nada tan dulce, porque Jesús es la dulzura infinita, y todo lo que á El se une, participa

de esta dulzura inagotable. Tomando El las llagas y los sufrimientos les ha comunicado su dulzor, y por esas puertas del dolor han entrado en los humanos corazones la pobreza, la castidad, el perdón de las injurias y todas las virtudes evangélicas que antes parecían imposibles, y que hoy, por la gracia y el ejemplo de Jesucristo, son fáciles y dulces á los que las practican por amor de su Redentor y Salvador soberano.

Nada tan útil, porque en las llagas de Jesús encuentra el alma todas las gracias necesarias para lograr su salvación, y por sus méritos son meritorios todos los padecimientos, dolores y quebrantos que nos afligen en este destierro de la vida.

Coloquio.—¡Oh Jesús, que con tu pasión y muerte nos libertaste de la servidumbre del demonio, y nos conquistaste la libertad y la vida eterna; oh Jesús piadosísimo, que quisiste conservar en tu cuerpo glorificado por la resurrección, las señales de tu martirio en tus llagas sacratísimas para que todos aprendiéramos cómo se conquista la gloria, y para que las tribulaciones de la vida no nos acobarden ni desalienten, sino que las consideremos como imagen de tus llagas y herencia de dolor que nos asemeja á Ti; yo te ruego que me infundas espíritu de sacrificio, el amor á los trabajos de la vida para que pueda llevarlos al cielo, cual trofeos de mi victoria, y como llevaste tú tus llagas adorables!

Propósitos.—Ya que hemos de vivir llagados en el cuerpo ó en el alma, que nuestras llagas sean gloriosas por la resignación y el amor, como las llagas de Jesucristo.

SEGUNDA SEMANA DESPUÉS DE PASCUA

DOMINGO

El buen Pastor.

Preludios.—Oye aquellas palabras de Jesús: "Yo soy el buen Pastor, conozco á mis ovejas, y mis ovejas me conocen, y pongo mi alma por ellas„; y pide al Señor que seas tú siempre del rebaño bendito de la Iglesia, y oveja de Cristo, esto es, predestinado á su gloria y no presa del lobo infernal.

Punto I

El buen Pastor conoce á sus ovejas.

Considera cómo Cristo N. S. tomó el nombre dulcísimo de Pastor, y lo es efectivamente, siendo sus ovejas los fieles; su aprisco, la Iglesia; sus pastos, la gracia divina que nos da por medio de los santos Sacramentos; su cayado la cruz, y su voz, su palabra celestial; y así como el pastor suele cubrirse de la lana de sus ovejas, nuestro Señor se cubrió y vistió de la naturaleza humana.

Considera que la señal primera que distingue á este santísimo Pastor de todos los demás es el conocimiento perfecto que tiene de todas sus ovejas. Los otros pastores procuran también conocer á las suyas; pero sólo pueden hacerlo, juzgándolas por lo exterior, al paso que Jesús las llama á todas por su nombre y las conoce en su interior, que es el único modo de conocerlas bien.

Y este conocimiento es tan acabado, que según El mismo ha dicho, las conoce como su Padre celestial lo conoce á El. Esto es, que las

conoce con un conocimiento profundo, lleno de amor, y como suyas que son, no sólo por título de propiedad y de herencia, sino de paternidad también; porque este Pastor singular es el que ha criado sus ovejas, en cuanto Dios sacándolas de la nada, y en cuanto Dios y hombre libertándolas de las garras del lobo infernal y rescatándolas de la servidumbre del pecado y volviéndolas á la vida de la gracia que habían perdido por la culpa.

Y si este conocimiento lleno de amor es para las ovejas el signo cierto de predestinación, y lo que las ennoblece y dignifica, ¡qué terrible y horroroso será oir al Hijo de Dios pronunciar aquel tremendo «no os conozco» que caerá sobre los réprobos como la maldición definitiva y suprema! ¡Oh Dios y Salvador mío, que yo no os oiga jamás esas palabras, que me conozcáis siempre como á oveja vuestra, y que no me cerréis nunca las puertas del redil; os lo pido por los méritos de vuestra Pasión y muerte, y pongo por intercesores á María santísima y á todos los santos para que no me rechacéis nunca, ni me digáis: «no te conozco!» Líbrame del pastor mercenario y de las fauces del lobo infernal. Séllame con tu sello para que me conozcas siempre y me libres de ser devorado por mis enemigos, que son los tuyos.

Punto II

El buen Pastor apacienta sus ovejas.

Considera cómo Jesucristo da á sus ovejas pastos sanísimos, abundantes y sabrosos, con los que pueden tener fortaleza y salud, fuerza

y robustez para todos los trabajos y penalidades de la vida. Porque en primer lugar, el buen Pastor Jesús apacienta á sus ovejas con su divina palabra, que es palabra de vida eterna. En ella, como en el maná, encuentran las ovejas del divino Pastor toda clase de sabores y remedio para todos los males. La palabra de Jesús es consuelo en las penas, luz en las dudas, fortaleza en los trabajos y alimento solidísimo en el hambre de justicia y de santidad que han de tener las almas que desean ser del redil de Cristo.

En segundo lugar, alimenta á sus ovejas con su gracia, y esta gracia divina es la que trae al alma la paz de la conciencia, que es el perpetuo banquete de que nos habla la Sagrada Escritura. Manjar sin el cual el alma muere, pero que el Pastor divino nos ganó con su sangre y que nos da con tal abundancia, que por él no queda, que nos lo dé sin medida, como se lo dió á los santos. Manjar que el que lo prueba y saborea hace que le sean insípidos todos los manjares de los placeres y deleites del mundo; que harta de tal modo, que el que lo tiene nada más desea que no sea él, y que, sin embargo, produce siempre nueva hambre y deseo de justicia, hasta llegar á la cumbre de la santidad. Y no contento con eso este divino Pastor, cumplió tan soberanamente con su oficio, que dió á sus ovejas como pasto su propio cuerpo, y por bebida su propia sangre. Otros pastores se sustentan de la carne y sangre de sus ovejas: Cristo se da todo en alimento á las suyas. ¡Oh amor inefable! ¡Oh largueza nunca oída! Las madres sustentan á sus pequeñuelos breve tiempo con su leche; pero

¿qué madre hay que toda su vida alimente á sus hijos con su carne y con su sangre? Eso sólo lo hace este divino Pastor, con tal prodigio de caridad, que espanta á los mismos ángeles del cielo. Gózate en tener tal Pastor, y dale infinitas gracias por tan incomparable merced, y procura mostrarte agradecido á tan soberana bondad y á tan estupendos milagros de amor y de generesidad del todo divina.

Punto III

El buen Pastor da la vida por sus ovejas.

La tercera señal que distingue á este buen Pastor está significada y compendiada en estas palabras suyas: «Yo doy mi vida por mis ovejas». Y en efecto la da, y de una manera tal que sólo conviene á un Pastor divino, á un Hombre-Dios como Jesús.

Los Apóstoles y los Mártires murieron también por sus ovejas, pero su muerte no las rescató. Esta eficacia de la muerte es propia y singular de la de N. S. Jesucristo. Por otra parte, los Mártires dieron una vida que de todas suertes tenían perdida, y así su sacrificio se redujo á adelantar la ofrenda que no podían excusar; pero Jesús no debía morir nunca en razón de la unión hipostática, y así su muerte fué un sacrificio voluntario; murió, porque quiso morir.

Los Mártires, no sólo morían por los demás, sino, principalmente, por ellos mismos; su muerte les abría de par en par las puertas de la bienaventuranza. Pero Cristo-Jesús nada ganaba ni conseguía con morir; la bienaventuranza era suya antes que naciera, y lo sería

después; antes y después por toda la eternidad. Murió, pues, únicamente por sus ovejas.

Los Mártires, por último, no podían ofrecer por los otros sino una parte de su vida, porque no hay hombre sobre la tierra que no esté sujeto á muchas faltas, y, por consiguiente, que no pierda muchos momentos de su vida. Pero en la vida de Jesucristo no hubo un solo instante, ni una sola acción que no fuera enderezada á nuestra salvación. Nos lo dió todo; más aún que el esclavo, que sólo ofrece á su señor los actos externos; pero Jesús nos dió todos los actos, interiores y exteriores, de su santísima vida; todo lo empleó y consumió en nuestro servicio, y dió su sangre y su vida en la cruz por la salvación eterna de sus ovejas.

Coloquio.—¡Oh Pastor dulcísimo de mi alma! Vos me conocéis y me tenéis por vuestra oveja y me habéis encerrado en el redil de vuestra Iglesia para que no me despedacen los lobos; me alimentáis con la Sagrada Escritura y los santos sacramentos, especialmente con el de la Eucaristía, en que Vos mismo os ofrecéis por comida y bebida; me apacentáis con la gracia que brotó de vuestra cruz, y me llamáis blanda y regaladamente con vuestra divina palabra; para que yo conozca que soy vuestro, os dais á conocer á mi alma; y, como si nada de esto fuese bastante, dais por mí toda vuestra vida interior y exterior, vuestro cuerpo y vuestra sangre, vuestros pensamientos y vuestro amor. ¡Oh pastor amadísimo! ¿Cómo he de agradeceros yo tamaños beneficios? ¿Cómo he de corresponder á vuestra bondad adorable? Quiero, por mi humildad, docilidad, amor y mansedumbre, aparecer y ser buena ovejita de vuestro redil, oir siempre vuestro silbo cariñoso y ser completamente de Vos.

Propósitos.—No buscar ni querer más pastos que los sanísimos del buen Pastor, su palabra, su gracia, sus sacramentos, huyendo de los del mundo, placeres, lisonjas y vanidades.

LUNES

Sobre las cualidades de las ovejas del Buen Pastor.

Preludios.—(Los mismos de la meditación anterior.)

Punto I

Las ovejas conocen al buen Pastor.

Considera que la primera señal que distingue á dichas ovejas de Cristo, es que conocen á su Pastor. Sin este conocimiento no son estas ovejas suyas, ni pueden estar en su aprisco, ni salvarse en sus amorosos brazos de las acometidas del lobo rapaz.

Y no le conocen de cualquier modo, sino como El mismo conoce á su Padre celestial; esto es, como Dios en cuanto que es igual á su Padre, y como Hombre que le es inferior, y busca en todo, motivo y ocasión de agradarle y cumplir su voluntad soberana.

De la propia suerte, los elegidos, que son las ovejas de este Pastor divino, le conocen como á Dios y Hombre, le reverencian, le aman, le alaban y le sirven en la vida y en la muerte. Y este amoroso conocimiento de Cristo, es la señal más segura de predestinación. El que siente en su alma afectos de amor á Cristo, el que busca en todo agradarle, el que se desconsuela cuando le ha ofendido, el que todo lo refiere á su Salvador y Redentor, y le alaba siempre, y siempre le glorifica, ese puede tener la seguridad de que es oveja del místico rebaño, y de que, así como él jamás desconoce

á Jesús, Jesús no ha de desconocerle á él tampoco.

¡Oh Pastor adorable, yo no puedo dudar del amor que tenéis á los que os conocen y Vos conocéis, y me lamento de la espantosa desgracia de aquellos que no os conocen! ¡Que yo no sea nunca de estos infelices, ya que conoceros á Vos es conocer todo bien y toda verdad! Como ese conocimiento del Pastor divino ha de ser claro y discretísimo, las ovejas conocen no sólo al lobo que quiere devorarlas, aunque se cubra con piel de oveja, y al mal pastor ó mercenario que sólo busca su lana y su leche ó conducirlas á la perdición y la muerte, sino que saben distinguir y conocen perfectamente á cuantos las quieren engañar y separarlas de su buen Pastor. Son éstas las malas doctrinas y lecturas, pastos venenosos que pone en tu camino el demonio para que te pierdas, son las malas compañías y amistades peligrosas; es el mundo con sus máximas y ejemplos, siempre opuestos á los de Cristo, pero que á veces se presenta con apariencia de bien para no espantar á las ovejas del buen Pastor. ¿En qué conocen las ovejas de Cristo á su Pastor? En la humildad que les enseña con su divino ejemplo, en el amor que les infunde, en la pureza que les inculca, en el desprecio á las riquezas y placeres, y ante todo, en que él va delante de ellas, con la práctica de toda virtud y en la paz y tranquilidad que infunde en sus almas.

Al mercenario y al lobo que sólo las quiere y busca para perderlas y devorarlas, lo conocen en todo lo contrario: en que las induce al error, al pecado, á la sensualidad y á todos

los males, como hace el mundo, el demonio y la carne. Todo aquello, pues, que se opone á lo que te enseña y quiere de ti Jesús, Pastor eterno de las almas, es para tu mal. Conoce y estudia cada día más á Jesucristo, entra en su interior, y en el sagrario de su divino Corazón lo verás todo. A Dios, con todas sus infinitas perfecciones; al Hombre, con todas las virtudes, á cuya imitación debes aspirar, y á ti, como en tu modelo y divino ejemplar de todos los predestinados.

Punto II

Las ovejas de Cristo siguen al buen Pastor.

Considera que la segunda condición de las buenas ovejas de Cristo, es seguir siempre y en todo al buen Pastor, con las condiciones de las buenas ovejas: docilidad, mansedumbre y silencio. Siguen en primer lugar su voz, y la conocen, y seguros de ella, nada temen; porque saben que aquella voz es la voz de Dios y del cielo, y el que sigue aquella voz no se puede perder. Y porque aquella voz y palabra es infalible, la oveja no discurre, sigue á ciegas al Pastor, donde la lleva, se deja conducir con sencillez y nada teme en su compañía.

La voz del Pastor divino se oye sólo dentro de la Iglesia. Jesús confió á San Pedro y á sus sucesores el cuidado de su grey. Oye siempre y en todo la voz del Papa, Pastor de los pastores; de tus Prelados, siempre que estén en comunión con la Iglesia; síguela, no la desoigas ni la discutas, y nada temas. Y cree, además, firmemente que toda voz, sea de quien sea, que no sea esa ó no te diga lo mismo que

esa voz, absolutamente en todo, no es ni voz ni palabra del divino Pastor, sino del malo, que quiere perderte y extraviarte. Saca de aquí también que no debes seguir á nadie que no sea Pastor tuyo, y menos á ti mismo, ni tu propio juicio y dictamen. El hombre sabio desconfía siempre de sí mismo, porque el orgullo fácilmente nos engaña. La virtud sin obediencia más fácilmente nos descamina, y el que se hace maestro y director de sí mismo, se hace discípulo de un loco, como dice San Bernardo.

Las buenas ovejas de Cristo siguen además sus ejemplos y pisadas. El único principio de su conducta es el siguiente: Lo ha dicho Jesus, pues yo lo creo. Lo ha practicado así Jesús, pues yo debo hacer lo propio; que así como la doctrina de Jesús es la regla de su fe, sus divinos ejemplos son la norma de su conducta. Poniendo los pies en sus pisadas, están seguras las ovejas de no caer en las garras del lobo infernal; pero ¡ay de ellas si se separan de quien es camino, verdad y vida! Hallarán en seguida sendas que conducen al abismo y pastos envenenados que les producirán la muerte. Dite tú á ti mismo si quieres ser oveja del Pastor divino: Seré perfecto, si soy semejante á Jesús, que es la regla de mi perfección. Me amará Dios, como sea semejante á Jesús, porque ama á todos los que se asemejan á su Hijo. Obedeceré á Dios haciéndome semejante á Jesús, pues que me manda que le imite. Amaré á Dios, si imito á Jesús, porque no puedo hacer cosa que más le agrade. Me salvaré, si me asemejo á Jesús, porque todos los predestinados deben serle semejantes. Por otra

parte, ¡qué honor el ser semejante á Jesús! ¡Vivir, hablar, obrar, sufrir y morir como Jesús!—¿Es este el ejemplar que tú imitas? ¿A este modelo procuras conformar tus costumbres? ¿Cuando hablas, haces ó sufres alguna cosa, dices dentro de ti mismo: hablaba así Jesús? ¿Obraba así Jesús? ¿Sufría así Jesús? ¡Oh Dios mío! ¡qué divino ejemplar y qué copia tan ruin y tan pobre!

Punto III

La oveja de Cristo ama al buen Pastor.

Considera que así como el buen Pastor ama á sus ovejas y por ellas da la sangre y la vida, así también éstas aman á Jesús y en Jesús aman á sus amigos y aun á sus enemigos. El que ama á Jesús que es todo amor, sólo puede odiar al pecado por ser enemigo de Jesús, pero fuera de eso lo ama todo, como lo amó Jesús. La oveja no ofende á sus compañeras, es el más manso de todos los animales, nada tiene de feroz ni de temible, huye de la singularidad, busca la unión, ama la sociedad, y se goza de estar con las otras ovejas. La mansedumbre y la caridad son las señales de ser buenas ovejas de Jesucristo.

Pondera, sacando fruto práctico de esta consideración, que si eres verdadera oveja de Cristo, debes amar como Jesús, que dió la vida, no sólo por los que le amaban, sino aun por los que le llevaron al calvario, como mansísimo cordero, para darle la muerte. En segundo lugar, la oveja no tiene aversión á nadie, ni el discípulo de Jesús á su prójimo. Las heridas del corazón son mortales; el odio hace morir

la caridad. No hay más hermosa victoria que triunfar de las propias inclinaciones, y de las aversiones propias de nuestro miserable corazón. Amar á un amigo es virtud de un pagano; amar al enemigo, es la virtud del cristiano. El amor del enemigo, es el más fuerte, el más puro, el más divino, el más meritorio de todos los amores. Es el más fuerte, porque triunfa del más grande enemigo de la naturaleza. Es el más puro, porque sólo Dios puede hacernos amar á los que no tienen nada de amable. Es el más divino, porque la naturaleza no puede vencerse tanto, que ame á los que no son de su gusto. Es el más meritorio, porque no hay cosa más difícil, que amar contra la propia inclinación. Observa cuáles son tus inclinaciones y tus aversiones, y cómo practicas con tu prójimo las leyes de la caridad.

En tercer lugar, mira que Dios ama todas las cosas que ha hecho y sólo tiene aversión al pecado. Las criaturas, que fuera de Dios se hacen la guerra, en Dios están en paz y reposo. Dios no tiene antipatías naturales, porque su esencia es infinita, y su caridad sin límites. Las almas grandes no tienen enemistades; dominan todos los objetos, porque no aman según las inclinaciones de la naturaleza; en su corazón todo está en paz como en el de Dios; mas no aman el pecado, porque éste es contrario á la caridad. ¿Estás en paz con todos?

Muchas veces te habrás dicho á ti mismo ¡qué dichoso sería yo si tuviera alguna seguridad de que amo, y de que Dios me ama! No la puedo tener más, que si amo por Dios á mis enemigos. Si soy afable y complaciente con los que no son de mi genio; si hago bien á los que

me hacen mal; si amo á los que me aborrecen; si muestro afecto á los que me inspiran aversión, tengo ya toda la seguridad que se puede tener en este mundo de que amo á Dios, y de que Dios me ama; de que me ama, aunque yo no le agrade, pues que yo amo á los que me desagradan; y de que me ha perdonado mis pecados, pues que yo perdono á los que me han ofendido. Alma cristiana, ¿has amado jamás á Dios? ¿Quieres estar segura de que le amas? ¿Amas por su amor á tus amigos, y á tus enemigos; á los que te placen, y á los que te desagradan? Le darás pruebas de tu amor, si por amor suyo amas á los que no tienen nada de amable; si haces bien á los que te hacen mal; si conversas con los que te repugnan; si procuras la compañía de los que apenas puedes sufrir. En esto conocerás que eres oveja de Jesucristo, su discípulo, su hijo; que amas por motivo de caridad, y no por inclinación natural; que amas á Dios de todo tu corazón, y que obras por impulso de la gracia, y no del capricho.

Coloquio.—¡Oh divino Pastor de mi alma! Ya que tú me conoces, me apacientas y das la vida por mí, yo quiero ser buena oveja tuya. Quiero conocerte más y más, seguirte adondequiera que vayas, amarte hasta dar la vida por ti y en ti amar á todos los hombres. Tú diste la vida no sólo por tus amigos, sino también por tus enemigos; yo en esto quiero que conozcas que soy oveja tuya, en dar, si tú lo quieres así, mi sangre por aquellos que no me aman. Así mereceré el nombre de oveja tuya y tú me amarás y me llevarás al monte de la gloria.

Propósitos.—Vencer las naturales antipatías y tratar con dulzura y cariño á las personas que nos son contrarias ó desagradables.

MARTES

Aparécese Cristo resucitado al apóstol San Pedro.

Preludios.—Mira corriendo con santa emulación hacia el sepulcro del Señor á San Pedro y San Juan. Llegó éste primero como más joven, pero con santa humildad deja que entre delante San Pedro; pide á Jesús la fe viva simbolizada en Pedro y el amor significado por San Juan, para correr diligentemente en su busca y merecer verlo glorioso como lo vieron los Apóstoles.

Punto I

De la incredulidad de los Apóstoles en creer á las santas mujeres.

Considera cómo llegando las mujeres donde estaban los discípulos, tristes y llorosos, dándoles el recado de los ángeles, no les dieron crédito, antes pareciéronles desvaríos y sueños las palabras que les decían, y aun cuando después les dijo la Magdalena que había visto á Jesús, tampoco la creyeron. Pondera cuán dificultoso y heroico es el acto de fe que nos levanta á creer algo contra lo que hemos visto con los sentidos, y cuán mal correspondemos los hombres á lo que Dios hace por nosotros, págandole con incredulidad y con tenerlo por desvarío, siendo más desvarío no creer lo que Dios ha revelado. Porque habiendo dicho Cristo N. S. á sus discípulos que había de ser crucificado, y que al tercer día resucitaría; y diciéndoles ahora estas mujeres el recado de los ángeles, y las señas tan ciertas de que se fuesen á Galilea, donde le verían como El se lo había dicho la noche de la cena, con todo eso no lo creyeron, teniendo por desvarío pen-

sar que un hombre muerto en cruz hubiese resucitado, olvidándose de la revelación y de la resurrección de Lázaro, y de otros milagros que su Maestro había hecho. ¡Oh Maestro soberano! con mucho gusto cautivo mi entendimiento en obsequio de la fe y niego todos mis sentidos, por creer lo que Tú revelas; y estoy cierto que esta carne y estos huesos que ahora tengo, aunque se conviertan en polvo y ceniza, han de tornar á resucitar; y en ellos espero verte á Ti, mi Dios y Salvador, porque no dudo de tu omnipotencia, ni menos de tu voluntad, pues lo tienes revelado y prometido.

De aquí tengo de sacar, huir de dos extremos: uno, de los que ligeramente creen á cualesquier revelaciones y visiones, con peligro de creer muchas cosas que son sueños ó antojos de la imaginación. Otro, de los muy duros en creer y que todo lo tienen por desvarío, lo cual es grande yerro, pues por su devoción y fervor hay almas dignas de tener verdaderas visitas de ángeles y del Señor de los ángeles, como se ve en el caso presente; y deben ser creídas, especialmente cuando son en confirmación de verdades de nuestra santa fe. Y no es menor yerro llamar desvarío de la imaginación á la revelación de Dios, que llamar revelación de Dios al desvarío de la imaginación.

Punto II

Del fervor de San Pedro y San Juan en correr hacia el sepulcro.

Considera cómo entre los discípulos, los dos más fervorosos, que se señalaron más en el

amor de Cristo N. S., es á saber: Pedro y Juan se resolvieron de ir al monumento á ver por vista de ojos lo que las mujeres decían, y aunque Juan llegó primero al sepulcro, entró primero Pedro, y vieron á un lado la sábana en que se envolvió el cuerpo, y al otro lado, recogido el sudario con que se cubrió la cabeza, lo cual era cierta señal de que el cuerpo no había sido hurtado, sino que había resucitado, y creyeron lo que las mujeres les habían dicho.

Aquí se ha de ponderar, cómo estos dos discípulos no dieron en el extremo de los otros, teniendo por desvarío la revelación que contaban las mujeres, sino quisieron probar el fundamento y señales de ella, porque propio es de los fervorosos y discretos hacer diligencias para enterarse bien en las cosas de Dios, y como el amor vence grandes dificultades, así con saber estos dos Apóstoles la persecución que los judíos levantaban contra los discípulos de Cristo, y que habían puesto guardas al sepulcro, se resolvieron de ir á ver lo que pasaba. Pero no carece de misterio que no se les aparecieron ángeles como á las mujeres; quizá fué la causa, porque no era menester, pues por el dicho de ellas y por las señales que vieron de las mortajas que se quedaron allí recogidas, creyeron que Cristo había resucitado, acordándose con esta ocasión de las palabras que su Maestro les había dicho. Por donde se ve, que las visiones de los ángeles no son indicio de mayor santidad, pues algunas veces se conceden á los que tienen virtud más tierna y flaca.

También considera cómo por estos dos Apóstoles, Pedro y Juan, son figuradas las virtudes

principales con que hemos de buscar á Cristo N. S., que son fe y caridad; la fe descubre las verdades, y entra, como San Pedro, primero en el sepulcro, y luego entra el amor, como entró San Juan; y con esta entrada se aumenta y fortifica la fe y se perfecciona el conocimiento de ella. Y también son figuradas las dos vidas, activa y contemplativa, que nos llevan á Cristo: la activa entra primero disponiendo, y luego la contemplativa poseyendo y gozando. ¡Oh amantísimo Jesús! esclarece mi fe y enciende mi caridad, para que pospuesto todo temor humano, te busque y entre adondequiera que pueda hallarte; perfecciónname con los ejercicios de la vida activa en todo género de virtud, para que suba á los ejercicios de la vida contemplativa, y por medio de ellos entre en lo escondido de tu rostro para verte y gozar de la belleza y hermosura que tienes en tu gloria.

Punto III

De la aparición á San Pedro.

Considera cómo volviéndose San Pedro y San Juan á su posada, San Pedro se retiró aparte, «admirándose consigo mismo, y á sus solas, de lo que había sucedido», y estando así, se le apareció Cristo N. S.

Aquí se ha de ponderar cómo San Pedro se hizo digno, por su fe y por su amor, de esta aparición, disponiéndose para ella con la diligencia en ir al sepulcro, y con la meditación que tuvo dentro de sí de lo que había visto. Y aunque San Juan fué con él al sepulcro, con todo esto no se le apareció Cristo N. S.; para que

se vea cómo muchas veces se hacen mayores favores á los pecadores bien arrepentidos, que á los justos que no pecaron, como se declara en la parábola del hijo pródigo; y así escogió Jesús á la Magdalena para apóstol de su resurreción, y á Pedro, y no á Juan, para piedra fundamental de su Iglesia. Con lo cual me alentaré á confiar en Dios, aunque haya sido gran pecador, disponiéndome con la oración y fervor de la vida para recibir sus dones, pues por El no quedará.

Pondera la vergüenza que tendría San Pedro de verse delante de su Maestro, acordándose que le había negado; y es de creer se arrojaría á sus pies, llorando amargamente su pecado y pidiéndole perdón de él. Pero Cristo N. S., sin duda, le consoló y aseguró del perdón y llenó de alegría. ¡Oh, qué palabras tan tiernas le diría, y qué avisos tan saludables le daría! Podemos imaginar que le dijo: «Paz sea contigo, no temas; yo soy; perdonados te son tus pecados, confirma á tus hermanos». ¡Oh, qué gozoso quedaría el santo Apóstol con la vista y palabras de su Maestro, y cuán encendido en el amor! ¡Oh dulce Jesús, cuán grande es la muchedumbre de vuestra misericordia para todos los pecadores que de corazón lloran sus pecados! Sin duda recibierais á Judas y le aparecierais resucitado como á Pedro, si hiciera penitencia como Pedro la hizo. Bendita sea vuestra misericordia, por la cual os suplico me hagáis digno de vuestra soberana aparición en el reino de la gloria.

Ultimamente, pondera cómo San Pedro, con gran gozo, se partió adonde estaban sus com-

pañeros para confirmarlos en la fe, como Cristo N. S. se lo había encargado; y fué tan poderoso su testimonio, que muchos creyeron por él, como se saca de aquellas palabras que dijeron: «Resucitado ha el Señor verdaderamente y aparecido á Simón»; como quien dice: Resucitado ha, no con fingimiento ó apariencia, sino con toda verdad. Y esto lo sabemos, no porque se apareció á Magdalena ó á otras mujeres, sino porque se apareció á Simón, cuyo dicho es de grande autoridad. De donde sacaré, á imitación de este Apóstol, ser agradecido á las mercedes que recibiere de nuestro Señor, y aprovecharme de ellas para confirmar á mis hermanos en la virtud; y tanto más tengo de hacer esto, cuanto mayores títulos tuviere para persuadir y ser creído.

Coloquio.—¡Oh glorioso y divino Maestro mío, Jesús, que das luz á mis ojos y fuerza á mis manos para emplearme en tu servicio! Enciende en mi corazón el fuego de vuestro amor, que encendisteis en el del Apóstol San Pedro, para que, saliendo de mi tibieza, adquiera vigor nuevo para correr por el camino de vuestros mandamientos, y buscaros, no ya en el sepulcro entre los muertos, sino en el cielo, donde reináis con vuestros santos.

Propósitos.—Madruga, y no seas perezoso, por la mañana, para hacer tu oración, y así podrás en ella encontrar á Jesús.

MIÉRCOLES

De la aparición á los discípulos de Emmaús.

Preludios.—Imagínate á los discípulos tristes y desconsolados caminando de Jerusalén á Emmaús, conversando entre sí de las cosas ocurridas en Jerusalén; mira con cuánta docilidad oyen á Jesús, aunque no le conocen, y le toman por un pasajero. Oye tú con docilidad la palabra divina.

Punto I

De cómo se apareció Jesús á los dos discípulos de Emmaús.

Considera la causa de salirse de Jerusalén estos dos discípulos, que fué por alejarse de lugar que tenían por peligroso y tomar algún alivio en Emmaús, de donde era natural uno de ellos. Pero la causa mística fué, para que entendamos cómo el miedo y la tristeza suelen ser ocasión de salirse el alma de Jerusalén, que quiere decir visión de paz, y de la compañía de los discípulos de Cristo, que son los buenos, por buscar algún alivio y regalo en medio de personas mundanas, figuradas por Emmaús, que quiere decir pueblo despreciado, y con razón, pues merece desprecio por poner á riesgo el consuelo divino y buscar el terreno. Y así, he de procurar no rendirme á esta pasión, porque si la misericordia de Dios no ataja los consejos que nacen de ella, vendré á perderme por su causa.

Considera luego las causas porque Cristo N. S. se dignó aparecérseles en este camino. La primera, fué compasión que tuvo de ellos, deseando, como buen Pastor, recoger á estas

dos ovejas descarriadas y volverlas al rebaño de las otras, para que entendamos cómo no se descuida de este oficio, acudiendo con su misericordia á nuestra mayor necesidad y siguiendo por detrás los pasos del que se va alejando de él, hasta que le da alcance. La segunda causa fué, porque iban desconsolados, y es muy propio de Cristo asistir con los tales para moderar su tristeza y darles algún alivio en ella. ¡Oh alma mía, si vieses al que está contigo en tus trabajos, aunque disfrazado y encubierto, sin duda te alegrarías en ellos, teniendo por gran dicha ser afligida á trueque de estar tan bien acompañada! La tercera causa fué, porque iban hablando cosas buenas, y gusta Cristo N. S. de asistir con los que hablan cosas semejantes, terciando en medio de sus buenas pláticas, y así dijo: «Dondequiera que estuvieren dos ó tres juntos en mi nombre, allí estoy Yo en medio de ellos». De donde sacaré cuán acertado es hablar siempre de Dios y entretenerse en semejantes pláticas, especialmente en tiempo de trabajos, y al contrario, cuán malo es hablar de cosas profanas, porque Cristo N. S. no se juntará con los que las hablan, antes huirá de ellos. Ultimamente ponderaré, cómo los ojos de estos discípulos estaban impedidos para no conocer á Cristo por su poca fe; por lo cual N. S. permitió este impedimento, hasta que su fe se fuese perfeccionando. Otra causa fué la mucha aflicción interior que tenían, significándonos por esto N. S. que muchas veces está con nosotros en las tentaciones y trabajos, ayudándonos á pelear y sufrirlos con paciencia. Pero nosotros no le vemos ni reparamos en ello, antes pensamos que

está ausente, porque no sentimos el favor de la sensible consolación. ¡Oh buen Jesús, no permitas que mis culpas causen tales tinieblas en la vista de mi alma, que teniéndote presente no te vea, y hablándome Tú dentro de mi corazón no te conozca! mas si por tu secreta providencia te escondieres, no me falte la presencia de tu gracia, para que no falte yo en hacer lo que debo por mi flaqueza.

Punto II

Conversa Jesús amigablemente con los dos discípulos.

Considera la suavidad de Cristo N. S. en el trato con estos discípulos, para hacerles descubrir la llaga de su infidelidad y curársela de raíz; para lo cual les pregunta de lo que tratan, y se hace del que no lo sabe, porque gusta oirlo de su boca, y en especial se recrea con oir contar las cosas que por nosotros ha padecido.

De donde has de sacar cómo es propio del espíritu de Cristo, con sus inspiraciones, provocarnos á hablar para dos cosas, es á saber: para publicar las grandezas de Dios á gloria suya, y para descubrir nuestras miserias por ser curados de ellas.

De parte de los discípulos considera el magnífico concepto que tenian de su Maestro, aunque corto, en razón de su divinidad. Dijeron de El que era poderoso en las obras y en las palabras, delante de Dios y delante de todo el pueblo. Gózome ¡oh Rey de gloria! de que seáis poderoso en las obras, de heroica santidad y de grandes milagros, en las cuales se descubre vuestra infinita bondad y omnipoten-

cia. Gózome también de que seáis poderoso en la palabra, enseñando doctrina celestial, en lo cual mostráis vuestra infinita sabiduría. Gózome de que seáis poderoso delante de Dios, para aplacar su ira y alcanzar copiosa misericordia para todos los hombres, en lo cual descubrís la igualdad que con él tenéis. También me gozo de que seáis poderoso delante de todo el pueblo, mudando los corazones de los hombres y trayéndolos á vuestro servicio, en lo cual se descubre la eficacia de vuestra gracia. Mostrad ¡oh Señor Todopoderoso! este vuestro poder conmigo, para que yo, conforme á mi caudal, sea poderoso en la obra y en la palabra delante de Dios y de los hombres, obrando y hablando tales cosas que agraden á Dios y edifiquen á los prójimos para gloria vuestra.

En estas cuatro cosas tengo de procurar señalarme por el orden dicho, porque no seré poderoso en la palabra, si no lo fuere en la obra, ni lo seré delante de los hombres, si primero no lo fuere delante de Dios; y si delante de Dios fuere poderoso por medio de la oración y confianza en su omnipotencia, mucho más lo seré con los hombres, como lo dijo el ángel al patriarca Jacob.

Ultimamente pondera cómo estos discípulos descubrieron su flaqueza y la falta de fe que tenían, diciendo: «Esperábamos que había de redimir á Israel». Como quien dice: Con esta su muerte hemos perdido la esperanza. Aunque hoy es el tercer día, y algunas mujeres de nuestra compañía fueron al monumento, y no hallando el cuerpo volvieron diciendo qué habían visto ángeles que les dijeron que había

resucitado. Con lo cual se representa la flaqueza de los imperfectos, los cuales suelen perder presto la grande estima que tenían de Dios y de sus cosas, por un suceso adverso contrario á su imperfecta aprensión, por no saber las trazas que tiene Dios para salir con sus intentos, como estos discípulos que no entendieron que la muerte de Cristo era medio para la redención de Israel que ellos esperaban.

Punto III

Cómo Jesús les explicó las Sagradas Escrituras.

Considera, lo primero, la aspereza de la reprensión de Cristo á los discípulos, que no procedía de indignación, sino de celo, para avivar su fe y sacarlos de la ignorancia en que estaban. Llamólos necios é ignorantes, porque con haberle oído tantas veces hablar de este misterio, no acababan de entenderlo. Y tardos de corazón, porque teniendo indicios y motivos para creer, todavía estaban dudosos. ¡Oh Maestro soberano! con cuánta más razón podías reprenderme y decirme: ¡Oh necio y tardo de corazón en creer lo que han dicho los Profetas y Evangelistas, porque muchas cosas no entiendo como debo ni las creo con fe viva, de modo que obre conforme á lo que ellas me enseñan! Quita, Señor, de mí esta dureza de corazón, para que te conozca y sirva como conviene.

Considera luego aquella razón que les dió Cristo N. S. tan profunda y admirable: «¿Por ventura no convenía que Cristo padeciese estas cosas y así entrase en su gloria?» En lo

que les da á entender que su dureza de corazón consistía en no haber caído en la cuenta de esta verdad. ¡Oh alma mía, abre los ojos y considera que si fuese necesario que Cristo padeciese tantas y tan graves aflicciones para entrar en la gloria que era suya por título de herencia, como hijo natural del Eterno Padre, mucho más necesario será que tú padezcas algunas cosas para entrar en la gloria, que no es tuya, sino de Dios, á la cual por sola su misericordia te ha ordenado. Y si esto no te persuade, necia eres, tarda y dura de corazón y digna de ser reprendida. Pero si lo crees con viva fe, obra lo que crees, sufriendo los trabajos que te sucedieren; pues está escrito que todos los que desean vivir santamente en Cristo, han de padecer persecuciones por su amor.

Pondera, además, la eficacia con que Cristo N. S. comenzó á interpretar las divinas Escrituras, abriéndoles el sentido interior del alma para que las entendiesen, y encendiéndoles el corazón para que se aficionasen á ellas y al que se las iba declarando; y así, dijeron después: «¿Por ventura nuestro corazón no ardía en nosotros cuando en el camino nos hablaba y declaraba las Escrituras?» A esta declaración llaman abrir las Escrituras, que para ellos estaban cerradas, sacando á luz los misterios que allí estaban escondidos.

Coloquio.—¡Oh Maestro del cielo, que tienes en tus manos las llaves de David para cerrar y abrir á tu voluntad las divinas Escrituras, cerrándolas á los soberbios y abriéndolas á los humildes! Abrelas á este indigno siervo tuyo de tal modo, que mi entendimiento quede ilustrado con la verdad de sus misterios, y mi voluntad quede abrasada con la

caridad que descubriste en ellos. Háblame, Señor, en el camino de esta vida, para que mi corazón arda dentro de sí mismo, y mi alma se derrita con la dulzura de tu voz. Merezca yo como esos dichosos discípulos oirte á ti, divino Maestro, cuyas palabras son hachas que lucen y arden, alumbran y encienden á los que las oyen, para que encendido en el divino amor, sea digno discípulo de Jesús.

Propósitos.—Hablar siempre de Dios ó de cosas santas, para merecer que Jesús esté en medio de nosotros.

JUEVES

El misterio de la cruz, expuesto por Jesús á los dos discípulos.

Preludios.—(Los mismos de la meditación anterior.)

Punto I

El misterio de la cruz.

Considera que aquellos dos discípulos á quienes encontró nuestro Señor, después de resucitado, en el camino de Jerusalén á Emmaús, demostraron que amaban á Jesús y tenían de El una idea elevadísima, puesto que lo conceptuaban «hombre poderoso en obras y en palabras»; pero no entendían el misterio de la cruz, y así la muerte del Salvador los desconcertó y tenía perplejos y abatidos, y veían en ella el alejamiento indefinido de la redención de Israel.

¡Qué ceguedad la de aquellos dos discípulos! Pues nosotros mismos participamos de ella; creemos habernos formado una idea clara de Dios, esperamos en su bondad; nos figuramos que le amamos; pero cuando nos visita con las

tribulaciones, amarguras y sufrimientos, ya no le reconocemos, y nos desconcierta, y deja perplejos y abatidos su visita. Bajo el peso del dolor hasta desconfiamos de su adorable Providencia, y, como los discípulos de Emmaús, no acabamos de entender que por la tribulación y por la cruz es por donde se va á la definitiva y suprema glorificación.

Considera, en efecto, cuál y cuán grande fué la gloria que mereció Jesús con su muerte afrentosa y dolorosísima. Mereció, en primer lugar, el espléndido triunfo de su resurrección y de subir á los cielos en ascensión gloriosa. Mereció que todas las naciones reconociesen su divinidad por los méritos de su Pasión misma. Mereció la exaltación de su santa Humanidad sobre todos los coros de los ángeles que le reconocieron por Rey y Señor de la gloria. Mereció, por último, la conversión de los gentiles, el establecimiento de la Iglesia y la renovación del mundo, la santificación, por su gracia, de millones de almas; de todo lo cual ha sido causa meritoria su Pasión y muerte, y causa ejemplar su resurrección. Y así dice San Juan Crisóstomo, que Jesús fundó su Iglesia sobre la cruz, y Santo Tomás, apóstol, lo reconoció y proclamó por su Señor y su Dios, no cuando lo vió sano, sino cuando metió su dedo en sus sacratísimas llagas. Por su Pasión y muerte ha triunfado Jesús del mundo, del demonio y de la carne, de la Sinagoga y de la gentilidad, del pecado y de la muerte. ¡Oh benditos sufrimientos! ¡Oh salvadoras afrentas! ¡Oh regeneradores tormentos! ¡Oh dolores justificantes! ¡Oh muerte victoriosa!

Punto II

Por qué convenía que el Hijo de Dios sufriese y así entrase en su gloria.

Considera que la primera y principal razón de estas palabras que dijo Jesús á los discípulos, fué la voluntad de su Padre, que así lo había decretado desde la eternidad. La segunda fué la predicción que había hecho siglos antes el Espíritu Santo por medio de los profetas, y la tercera fué la voluntad de Jesús que, aunque pudo redimir al hombre por otras vías menos dificultosas y menos amargas para El, quiso hacerlo así llevado de su amor á las criaturas, por ser este medio que escogió el más excelente de todos los posibles.

Esta bondad del Hijo de Dios, este amor extraordinario é incomprensible que profesa al linaje humano, debe ser asunto continuo de nuestras meditaciones. Por nosotros, y nada más que por nosotros, ha querido exponerse á la muerte; ha buscado todas las ocasiones de sufrir; se ha humillado hasta lo indecible; ha sido blanco de todos los ultrajes; ha padecido en su alma y en su cuerpo; se ha dejado clavar en la cruz. Y nosotros ¿hemos de huir de los pocos sufrimientos y pesares que nos salen al paso, y no hemos de ofrecerlos á Jesús, siquiera en consideración á los infinitos y horribles que Jesús nos ha ofrecido? ¿Hemos de olvidar que el reino de Dios se conquista por la violencia, que la pobreza es signo de bienaventuranza, que para vivir cristianamente es preciso llevar la cruz y padecer persecuciones y dolores? Si no nos hacemos violencia, si no

peleamos contra nosotros mismos, si no nos mortificamos, enclavándonos espontánea y valerosamente en la cruz de Cristo, jamás conseguiremos extirpar de nuestro corazón las semillas del vicio, ni domar las pasiones, ni arrojar al pecado de nuestra alma, ni rechazar á Satanás, nuestro enemigo. No hay virtud sólida sin mortificación; no hay arrepentimiento sincero sin penitencia; no hay tranquilidad de espíritu en esta vida, ni bienaventuranza en la otra, sin la cruz de Jesucristo.

Punto III

La cruz y la gloria.

Considera finalmente que cruz y gloria, muerte y vida eterna, sufrir y gozar para siempre, que parecen términos contradictorios, son, sin embargo, correlativos, y se ordenan entre sí como el antecedente y la consecuencia ó como el medio y el fin. El hombre ha sido creado para la felicidad, para la vida eterna, para la gloria. Tal es la alteza del destino que desde la eternidad le ha asignado el Creador por un misterio inefable de su infinita misericordia. Todo lo que no sea esa felicidad sin término, esa dicha sin fin, esa bienaventuranza eterna, esa visión y contemplación de Dios en la majestad esplendorosa de su gloria, es poco para el hombre, porque para eso ha nacido él, y á eso están ordenadas sus facultades y sus sentimientos, su inteligencia que ansía por la verdad y su corazón que aspira constantemente á lo bueno y á lo hermoso.

El pecado desconcertó, sin embargo, ese

plan divino, abrió un ancho é infranqueable abismo entre la criatura humana y su natural fin, entre lo que es y lo que desea, entre sus esperanzas y lo único que puede satisfacerlas, en suma, entre Dios y el hombre. ¿Cómo franquear ese abismo? ¿Cómo pasarlo? No hay más que un puente: el del dolor ó sea el de la cruz. El amor de Cristo, S. N., á nosotros se ha revelado principalmente en tendernos ese puente, en darnos esa llave, y en ofrecerse El mismo, como viático de ese camino que hemos de andar. Sin pasar, pues, por la cruz no hemos de arribar á la otra banda, no hemos de conseguir nuestro destino, no hemos de llegar á las playas de la ventura eterna. Pasemos por la cruz con valor; el mismo Jesús nos sostiene, nos alienta y nos consuela con su ejemplo, con su gracia, con sus inspiraciones, con sus sacramentos; no somos en realidad nosotros los que pasamos, sino El que nos pasa. Lo único que nos pide es la resolución de querer pasar, de abrazarnos á la cruz en que sufrió El tantos dolores y humillaciones, y padeció tan cruel muerte.

Coloquio.—¡Oh Jesús santísimo, infundidnos el amor á la cruz que Vos tanto amasteis; infundidnos el amor al sufrimiento, á la humillación, á la pobreza, al dolor en todas sus formas; inspiradnos el santo espíritu de penitencia y la repugnancia á todos los vanos placeres y efímeras alegrías del mundo! Que no amemos más que vuestra cruz, para que crucificados en ella, resucitemos, como Vos resucitasteis, á la vida perdurable.

Propósitos.—Cuando el Señor te envíe alguna cruz, di siempre que así te conviene entrar en la gloria, y bendice la mano de Dios que por la cruz te bendice y purifica.

VIERNES

Los discípulos de Emmaús invitan á Jesús á quedarse con ellos.

Preludios.--Represéntate cómo Jesús iba caminando con los discípulos, sin que le conocieran éstos; y llegados al castillo ó granja de Emmaús, invitaron al Señor á que se quedase con ellos, y pide á Dios N. S. que te inspire siempre sentimientos de caridad con tus prójimos, y, sobre todo, de amor entrañable á Jesús.

Punto I

Invitan los discípulos á Jesús á quedarse con ellos.

Considera, en primer lugar, cómo aquellos excelentes discípulos que iban de Jerusalén á Emmaús, y que salieron de aquella ciudad tan ignorantes del misterio de la cruz, fueron instruídos en el camino por el mismo Jesucristo, que les enseñó la necesidad de que El padeciera para entrar en su gloria, y cómo, á pesar de no conocer al divino Maestro, recibieron con gran docilidad tan maravillosa doctrina. Llegando á su casa, ya cerca de declinar el día, Jesús hizo ademán de seguir su camino, dejándolos solos; pero ellos le invitaron á que se quedara en Emmaús, y aun dice San Lucas que lo detuvieron por fuerza; lo que, lejos de desagradar á Jesús, fué para este divino Señor motivo de singular complacencia, pues se detuvo, y aceptó el convite, y se quedó con los discípulos, y se sentó á su mesa, y comió con ellos.

Aquí se ha de ponderar cuánto, y con qué insistencia, y hasta con qué violencia hemos de rogar á Jesús que se quede con nosotros, y

entre en nuestra morada, y se siente á nuestra mesa, y tome de nuestros manjares, aunque los tengamos sazonados con la hiel y el vinagre de la tribulación y del dolor; y más gustan á nuestro Señor estos sazonamientos que otros, porque la felicidad mundana nos aparta de El frecuentemente; pero las penas y quebrantos de la vida nos llevan, como por la mano, al Señor, si las aceptamos con espíritu de resignación y sacrificio, y como nuestra parte de la cruz en que triunfó El del infierno y del pecado.

Considera cómo los discípulos, aunque no conocieron á Jesús, se movieron á invitarle á pasar á su casa, y comer con ellos, por dos razones: la primera, por la gratitud que les inspiró la divina enseñanza que les había dado en el camino, y aunque no estaban ellos muy preparados para esta enseñanza, porque esperaban un Mesías triunfador y poderoso, según el mundo, y el Señor les reveló el misterio de su cruz; con todo, la virtud les tenía dispuestos para recibir esta sublime doctrina del sacrificio y del dolor, y así no se escandalizaron de ella, y agradecieron al que se la dió. Y la segunda razón fué, que vieron en Jesús á un peregrino, y se movieron á misericordia, en lo que también demostraron que eran fieles discípulos de Cristo, y no habían olvidado la lección de que en todo pobre, en todo peregrino, en todo enfermo y en todo preso, debe el cristiano ver la sagrada persona del Hijo de Dios.

Punto II

Dé cómo y por qué no conocían á Jesús sus discípulos.

Considera que, aunque Jesús parece á veces que se esconde de nosotros, y no lo ve nuestra alma, su misericordia nos deja siempre alguna luz para que nos orientemos en la noche del desamparo, y podamos seguirle. Los discípulos no reconocían á Jesús en el que les hablaba, y sin embargo, era Jesús el que tenían delante, y les explicaba las Sagradas Escrituras, revelándoles los más encendidos y sublimes misterios de ellas, y también el que les inspiraba aquella obediente atención con que le oían, y el que les infundió aquel deseo vehemente y amoroso de practicar la misericordia, abriéndole las puertas de su casa y dándole puesto en su mesa.

Por eso, cuando después le hubieron conocido, exclamaron: «¿Cómo no ardían nuestros corazones dentro de nosotros, cuando nos hablaba en el camino y nos explicaba las Escrituras?»

Y en verdad que sus corazones ardían, si no con la llama que produce el conocimiento de Cristo, con la que causa su presencia, y enciende su gracia, que les infundía las virtudes de la docilidad en el aprender y la caridad que ejercitaron con el peregrino. De suerte que, aunque se figuraban ellos que no estaban con Cristo, lo estaban en realidad, y creyendo que Cristo estaba muy lejos de allí, lo tenían delante y á su lado, y aunque no creían tampoco que iban buscando á su Maestro, lo bus-

caban aprendiendo dócilmente la doctrina y ejercitando las obras de misericordia.

Y tan ardiente era esta llama de la caridad que había en sus corazones, que no contentos con invitar al peregrino, le hicieron fuerza para que aceptase su hospitalidad. Lo que indica que la llama esta no estaba alimentada del fuego de la compasión humana, sino que era fuego de amor divino, del que sólo Jesús puede prender en los corazones. Tenían, pues, á Jesús dentro de ellos, y lo tenían á su lado, y delante de sus ojos, y sin embargo no le conocían. ¿Por qué? Porque el mismo Jesús quiere á veces obscurecerse á sus escogidos para que no le vean, y así le busquen con más afán, y se excite más en ellos el amor con la ausencia, y quiere que le busquen, como aquellos discípulos de Emmaús, oyendo con docilidad la doctrina y practicando las obras de misericordia.

Punto III

Invitan los discípulos á Jesús á quedarse con ellos.

Considera, en último lugar, el misterio de aquellas palabras con que invitaron á Jesús los discípulos: «Quédate con nosotros, porque se hace tarde y está ya inclinado el día».

Para los discípulos que no conocían al Señor, éstos eran motivos que les movían á mayor misericordia con el peregrino, porque la noche que se venía encima era mala para caminar; pero ¡qué sentido tan profundo hay en esas palabras! Si siempre necesitamos á Cristo, en la noche de la vida aún lo necesitamos más; cuando declina el día, cuando se hace tarde,

cuando nos llama el sepulcro, nos es absolutamente indispensable que Jesús se quede con nosotros y entre en la morada de nuestro corazón. ¡Infelices de nosotros, si llega la noche, esto es, la muerte, y nos coge sin Jesús; si no tenemos entonces á Jesús dentro de nuestra casa y sentado á nuestra mesa! ¡Si no es nuestro huesped! ¡Si ha pasado de largo por nuestra puerta y no nos hemos cuidado de llamarle, de invitarle, de hacerle fuerza para que entre, y se siente, y se quede con nosotros!

¿De qué nos aprovechará entonces el haber hecho todo el camino con Jesús, el haberle oído explicar las Escrituras, ni siquiera el haberle escuchado con docilidad? De nada. Si Jesús pasa de largo, si no le obligamos á que descanse en nuestro corazón, si no compartimos con Él nuestro alimento, no llegaremos á conocerle, y vendrá la noche, y será para nosotros noche eterna.

Coloquio.—¡Oh buen Jesús, quédate conmigo, porque en mi alma se va obscureciendo la luz de la fe, y el resplandor de la virtud, y el fervor de la caridad se va enfriando y declinando; y si Tú te vas, quedaré convertido en noche obscura y fría! Quédate, Señor, conmigo, porque el día de mi vida se va acabando, y ahora tengo mayor necesidad de tu presencia, cuando está mas cercana la noche de mi muerte. Tú dijiste: «Si alguno me ama, guardará mi palabra, y mi Padre le amará, y ambos vendremos á Él y nos quedaremos con Él». Deseo amarte y obedecerte con todo el afecto de mi corazón. Quédate, Señor, conmigo, para que pueda cumplir mi deseo y llegar á la vida eterna, donde siempre esté contigo.

Propósitos.—Examina si das á los pobres todo lo que debes y todo lo que puedes.

SÁBADO

De cómo los discípulos de Emmaús reconocieron á Jesús en la partición del pan.

Preludios.— Represéntate aquella escena sublime de Jesús sentado á la mesa con sus discípulos, y el enajenamiento de éstos cuando, al verle partir el pan, reconocieron que era Jesús, y pide á Dios que más y más cada día reconozcas á Jesús y lo ames al recibir el pan eucarístico.

Punto I

Jesús en la casa de sus discípulos.

Considera la extrema bondad con que nuestro Señor entró en casa de sus discípulos y se puso á la mesa con ellos. Con esta misma infinita bondad se nos ofrece en la comunión, en la oración y en todas nuestras acciones buenas; porque ninguna podríamos llevar á cabo sin El.

Como entró en la casa de Emmaús, entra Jesús en nuestro interior y mueve suavemente nuestras potencias y nuestros afectos, y nos hace caminar en busca de la desgracia para socorrerla, y en pos de la cruz para seguirla y abrazarnos con ella; pone en nuestro entendimiento las buenas ideas, en nuestro corazón los afectos puros, en nuestros labios las palabras santas; suelta y derrama el torrente de nuestras lágrimas para que lloremos nuestras culpas, y nos enciende el deseo de hacer penitencia por ellas; nos presenta deseable y hermosísima la virtud, y El mismo se nos ofrece como modelo y ejemplo que imitar, y nos anima á que lo imitemos, y nos lleva cogidos de la mano por el camino estrecho y escar-

pado que conduce á la vida; nos sostiene cuando desmayamos, nos levanta cuando caemos, todo, en suma, lo hace por nosotros, y en cambio sólo nos pide el obsequio de nuestra voluntad. Quiere que queramos nosotros ir con El; que nuestra voluntad y la suya vayan unidas y enlazadas por vínculo de amor, no de fuerza, ni de violencia; porque como nos ama tanto, quiere que mucho lo amemos á El.

Para que entre en nuestro interior, y lo mueva todo y lo lleve á sí, no es menester más sino que le instemos á que entre, como le instaron á que entrara en su casa los discípulos dichosos de Emmaús. El pasa por delante, va con nosotros caminando y enseñándonos, y parece como que quiere seguir, y no entrar; pero no, esto es tiernísimo artificio del amor; lo que quiere en realidad es que le instemos á que entre, que le hagamos violencia para que acepte nuestra hospitalidad. Y cuando entra, se sienta en la mesa, y ya la casa es suya, y El lo hace todo, dándonos la felicidad interior en esta vida y la bienaventuranza en la otra.

Punto II

Cómo los discípulos conocieron al Señor en el partir del pan.

Considera cómo estando nuestro Señor sentado á la mesa con sus discípulos, tomó el pan, lo bendijo, y partiéndolo, dió los pedazos á sus felices huéspedes. Y en este momento, dice la Sagrada Escritura, que fueron abiertos los ojos de aquellos discípulos, y conocieron que el que había venido con ellos desde Jeru-

salén, era su Señor y Maestro, su Salvador y Redentor.

Aquí hay que ponderar que la partición del pan, por la que fué reconocido Jesús en esta ocasión, se toma en la Escritura en tres significados diferentes, que todos convienen á este maravilloso suceso, y deben aumentar en nosotros el conocimiento y amor de Jesucristo.

Significa, en primer lugar, la limosna y todas las obras de misericordia espirituales y corporales. «Partid vuestro pan, dice Isaías, y dadlo á los que tienen hambre». Este es el medio seguro de conocer á Jesucristo. En todos los pobres se nos debe representar su imagen. Por eso los discípulos que no conocieron personalmente á Jesús, pero vieron un peregrino, y tuvieron caridad de él, y lo socorrieron y ampararon con gran misericordia, realmente conocieron á Jesús, porque vieron su imagen en el desvalido, como El mismo había enseñado, y por eso los premió nuestro Señor revelándose á ellos, y permitiendo que contemplaran el divino resplandor de su rostro. Aunque no entendían el misterio de la cruz, habían entendido perfectamente el misterio de la misericordia, y no habían olvidado aquella lección del Maestro: «El que socorre á su prójimo, á Mí me socorre». Merecieron, pues, que el mismo Jesús completara su enseñanza en lo que era deficiente, y los consolase con la visión corporal de su sagrada Persona.

En segundo lugar, la partición del pan significa la palabra divina que reparte á sus hijos la Iglesia. Los discípulos de Emmaús recibieron directamente esta palabra del mismo Jesús, del Esposo, fundador, piedra angular

y cabeza invisible de la Iglesia. «¿Cómo, se preguntaban maravillados, no le conocimos, y no ardía nuestro corazón dentro de nosotros, cuando le oíamos explicar las Santas Escrituras?» Pero aunque no le conocieron personalmente, oyeron con docilidad su doctrina, por más que era tan diversa de la que se habían forjado ellos del Mesías; y esta docilidad demuestra que sus corazones eran puros, y estaban dispuestos por la virtud para recibir la verdad, y cuando el Señor les quitó la venda de los ojos, y vieron claro, por aquella misma doctrina le conocieron más y más, y se asombraron de no haberle conocido antes.

La partición del pan, finalmente, significa la Sagrada Eucaristía. «Los primeros cristianos, dice San Lucas, perseveraban en la doctrina de los Apóstoles, en la comunión de la fracción del pan y en la oración». Las almas fervorosas, como los discípulos de Emmaús, reconocen á Jesús en la fracción del pan, y por el conocimiento que adquieren en la sagrada mesa, comprenden el sentido de las Escrituras, y ven á Jesús entrando como soberano en sus corazones, iluminando su interior con luz de verdad, y se asombran y maravillan también de no haberle conocido antes, y de no amarle tanto como debieran.

Punto III

De la desaparición del Señor.

Considera cómo inmediatamente después de haber sido reconocido Jesús por los discípulos, desapareció, y ellos, sin mostrar pena por esta súbita desaparición, fueron corriendo á Jeru-

salén á publicar y divulgar el prodigio que acababa de consumarse, y á ser testigos de él delante de todos, con lo que corrigieron el error en que habían estado respecto del Mesías, y demostraron que la visita que les había hecho el Salvador había sido fecunda para ellos en bienes espirituales, y les había aprovechado para la virtud.

Tales son los efectos ordinarios de las visitas de Jesucristo. Deja este Señor en el alma una fragancia exquisita que se convierte en virtudes, y deja allí, en lo escondido, un fuego de caridad en el que se consumen las imperfecciones y los defectos, y se acrisolan y abrillantan las buenas cualidades, y el que antes era perezoso, se torna diligente, y el abatido animoso, y el tibio se enciende en fervores, y la tristeza se disipa en santa alegría espiritual. Todo lo cual se vió patente en estos dos dichosos discípulos; porque habiendo salido de Jerusalén tristes y desconcertados por haber sido testigos de la muerte del Señor que no esperaban, y sin saber una palabra del misterio de la cruz, volvieron á la santa ciudad del todo iluminados en lo tocante á este misterio, y con grandes bríos para proclamar esta enseñanza que habían recibido y para atestiguar delante de todos la gloriosa resurrección del Señor. Se habían preparado á la visita de Jesús con su docilidad en recibir la enseñanza y con su misericordia con el peregrino, y recibieron en la visita, como regalo precioso, otras dos virtudes excelsas: la santa conformidad con la voluntad de Dios, que no les permitió apenarse de la súbita desaparición del Consolador Supremo, apenas lo hubieron conocido,

y eso que le amaban tanto; y la santa diligencia que les hizo salir en seguida de Emmaús, aunque era de noche, y estaban cansados de la jornada que habían hecho, pero para el amor divino no hay obstáculos, ni miedo al peligro, ni cansancio; y además de estas virtudes recibieron un conocimiento acabado de las Escrituras, con lo que puede decirse que su buena voluntad y amor á Jesús, fué superabundantemente recompensado.

Coloquio.—Oh Jesús mío, yo os pido que me instruyáis en vuestro conocimiento y amor, y que aceptéis la hospitalidad que mi corazón os ofrece; venid á mí, y dadme vuestro Cuerpo santísimo y vuestra preciosa sangre y consoladme, si no con vuestra presencia corporal, que esta es gracia que yo no merezco en esta vida, con vuestras secretas inspiraciones y vuestros secretos consuelos, que yo os prometo amaros tanto como os aman vuestros dichosos discípulos.

Propósitos.—Examinar cómo te preparas para tus comuniones y qué frutos sacas de ellas.

TERCERA SEMANA DESPUÉS DE PASCUA

DOMINGO

El Patrocinio de San José.

Preludios.—Mira al bendito San José en un trono altísimo y resplandeciente de gloria, cobijando debajo de su manto á toda la Iglesia, y pide al glorioso Patriarca que sea siempre tu protector en la vida, y sobre todo en la muerte.

Punto I

Del valimiento de que goza en el cielo San José.

Considera la idea altísima que de este patrocinio nos da la Iglesia, por lo que fué San José y por los cargos de soberana importancia

que el glorioso Patriarca ejerció sobre la tierra.

Para ello medita que la liturgia sagrada no es solamente la oración pública y solemne de la Iglesia, sino también su enseñanza auténtica y divina. ¿Y qué advertimos en el oficio de las dos fiestas principales que se celebran en honor de San José, y principalmente en la de su patrocinio? ¿Cuál es, por decirlo así, su pensamiento dominante? Puede formularse de este modo: poder sin límites confiado en el cielo al casto esposo de María, figurado por el que fué dado al antiguo José para la salvación de todo un pueblo. Al recitar este oficio se cree escuchar al Señor decir á todos los hijos de su Iglesia, lo que Faraón decía á los egipcios que recurrían á él en sus desgracias: «Id á José, porque yo he puesto mi autoridad en sus manos; él es el dispensador de todas mis gracias, él mi defensor, apoyo y auxilio durante mi vida; él mi padre en la tierra; puede hacer por vosotros tanto como yo mismo». He aquí lo que la Iglesia nos repite en este día, rebosando de júbilo, al verse puesta por Dios bajo tan soberano patrocinio, y tal es el juicio que quiere que formemos acerca del crédito de este admirable Santo; crédito que, por otra parte, es la consecuencia de sus empleos en el mundo. Veamos cuáles fueron éstos.

En tiempo de San José, Dios tenía en la tierra un doble tesoro en donde estaba su corazón: Jesús, á quien proclamaba por su Hijo muy amado, objeto de sus eternas complacencias; María, que había dicho de sí misma por boca del Espíritu Santo: «Dios me ha poseído desde el principio de sus caminos». ¿Pues qué

hizo el Señor con San José? Le confió este doble é inapreciable tesoro, cosa que no hizo ni con los reyes ni con los mismos ángeles, y le constituyó cabeza de su familia, dueño de su casa, príncipe de toda su posesión. Sobre Jesús le dió los derechos perfectísimos de un padre sobre su hijo, y sobre María los derechos todos de un esposo sobre su esposa.

Jamás otros derechos fueron tan respetados, pues nunca hubo hijo más obediente ni humilde que Jesús, ni esposa más sumisa que María. Ahora bien: ¿quién podrá persuadirse de que esos títulos tan gloriosos de San José, á los que fué unido en la tierra un poder tan maravilloso como el de salvar á Jesús y María, sean desconocidos en el cielo? Pensar que no tiene cerca de Jesús, que le llamó padre, y de María, de quien era el verdadero esposo, otro crédito que el que resulta de un grado eminente de santidad, ¿no sería admitir que al entrar en la mansión de la gloria ha perdido José los más hermosos florones de su corona, y que para él ha sido una especie de disminución de gracia lo que para los demás ha sido magnífica recompensa? De aquí nace aquel sentir, tan bien fundado, que atribuye al padre nutricio de Jesucristo, como á su Madre, aunque en un grado inferior, una omnipotencia que llaman los doctores de intercesión. Y por esto, si santos y sabios doctores han pensado que María se aproxima al trono de su Hijo, menos como suplicante que como soberana, otros dicen, hablando de San José, que los ruegos de tal esposo y de tal padre son mandatos para su esposa y para su hijo, pues lejos de haberle despojado de los privilegios que le hicie-

ron feliz en su destierro, á pesar de tan penosas pruebas, Dios los ha completado y consumado en su vida gloriosa. Y de aquí también la invitación que nos hace la Iglesia para que nos dirijamos al segundo José con la confianza con que los egipcios se dirigían al primero. Mas ¿seremos dignos de obtener su amparo y su protección? No lo seremos si no imitamos las virtudes del Santo Patriarca, su fe viva, su devoción ardiente y su maravillosa humildad y silencio.

Punto II

Del uso que está dispuesto San José á hacer de su poder en favor nuestro.

Considera que para entender el vivísimo deseo que tiene el santo Patriarca de ejercitar en favor nuestro su poderoso patrocinio, sería preciso poder medir y apreciar el inmenso tesoro que encierra su corazón de bondad y de caridad para con sus devotos, y de celo por la salvación y bien de las almas. Todo, en efecto, está previsto en los designios de Dios; y por esto, cuando creó el corazón de José, creó un corazón digno del esposo de María y del padre nutricio de Jesús, pues quiso que hubiera en esta Trinidad visible, Jesús, María, José, una conformidad de afectos que se asemejara á la que une á las tres adorables personas de la Trinidad invisible y eterna. Sobre el modelo del Corazón de Jesús y del de María fué formado, pues, el corazón de José, y en este punto de vista es menester colocarse para concebir, cuanto sea posible, las perfecciones de que fué adornado el Corazón de San José.

Preguntar, pues, si debemos confiar en las

disposiciones favorables de San José hacia nosotros y si quiere ayudar con todo su poder á la salvación de sus devotos, es como si preguntáramos si somos amados de Jesús y de María, ó si un buen padre desea la felicidad de sus hijos. Es, en una palabra, poner en tela de juicio el celo de tan gran Santo. Por otra parte, es cierto que todo cuanto Jesucristo nuestro Señor hizo en la tierra, lo hizo por interés nuestro. Y pues quiso tener una madre y un padre, evidentemente puso en sus corazones tal amor hacia nosotros y tal poder cerca de El, que en cierto modo, se ve forzado á conceder á sus ruegos todo cuanto le pidan y todo lo que no hubiéramos podido obtener por nosotros mismos. Confía, pues, siempre y en todo en el poder del Santo Patriarca, que por eso tiene en sus brazos al Niño en señal de que dispone del amor y del poder de Dios.

Punto III

Cómo podemos asegurarnos más la protección de San José.

Considera cómo este gran Santo acude en auxilio aun de aquellos que no le conocen, ó que conociéndole, no le tributan ningún homenaje, y en esto, como en todo, es fiel imitador de Jesús y de María; pero, como Jesús y María, también tiene sus afectos particulares, y una protección más generosa por aquellos que le aman. Por esta razón, mientras más nos declaremos sus hijos, invocándole con una confianza cordial, más su corazón se mostrará á nosotros como el de un padre. Sabido es que el corazón de Santa Teresa rebosaba gratitud por los favores que de San José había recibido.

Hablando de ellos, añade: «Pido por el amor de Dios á los que no me crean que hagan la experiencia, y verán cuán ventajoso les es recurrir al glorioso Patriarca y honrarle especialmente».

Toma, pues, á San José en este día por el primero de tus patronos, por el más íntimo y el mejor de tus amigos, por tu más poderoso intercesor. Si Dios le escogió entre todos los hombres para su fiel cooperador y depositario de sus secretos en el cumplimiento del misterio de la Encarnación, considera cuán útil te será su concurso para emprender y terminar felizmente la obra de tu santificación.

Consagrémonos á él, ó renovemos con fervor esta consagración para nuestra felicidad y la de nuestros prójimos. Démosle por padre á nuestras familias. Señalemos un día determinado al mes ó á la semana para honrarle especialmente, en la seguridad de que si propagamos su culto con ardor y con celo, nuestra devoción le agradará especialmente y las bendiciones que derrame sobre todas nuestras obras serán la recompensa de nuestros trabajos. De esta confianza absoluta en el patrocinio de San José nos da ejemplo también la Iglesia que, al verse en estos últimos tiempos sola y abandonada, como su divino esposo en el huerto de Getsemaní, no busca por protector suyo especial ni á los santos, que han sido reyes, ni á los apóstoles ni á los doctores, sino al humilde San José. Sabe que se trata de defenderla de los Herodes del día, de los que buscan al *Niño Jesús* para arrancarle la vida, y nadie los conoce mejor que José, que fué el que libró á Jesús y á María de las garras del astuto monarca de

Judea. Porque quien fué cabeza, custodio y tutela y protección de la Sagrada Familia en Belén, Egipto y Nazaret, debía también ser por la amorosa providencia del Señor, patrono de la Iglesia universal. Y el Papa y los Obispos y toda la Iglesia se creen seguros de los embates de la impiedad, bajo el patrocinio de San José que sigue protegiendo la vida del cuerpo místico de Cristo, como durante su vida mortal protegió al mismo Jesús.

Coloquio.—José dulcísimo, bajo cuyo manto protector Jesús ha colocado á su Iglesia. Sálvala de todos sus enemigos interiores y exteriores. Salva al Pontífice, protege á los Prelados, enseña á los fieles las virtudes de que fuiste maravilloso modelo. Protégeme á mí del mundo, del demonio, de la carne, de mí mismo, para que experimentando tu patrocinio en la tierra, merezca verte en el cielo.

Propósitos.—Hacer todos los años con el consejo de tu confesor, los siete domingos de San José, como medio de conseguir tu adelantamiento en la virtud y conseguir por medio del Santo Patriarca las gracias que más necesites.

LUNES

De la aparición á los Apóstoles el mismo día de la resurrección.

Preludios.—Imagínate á los Apóstoles encerrados en su retiro del cenáculo, temerosos de que los matasen los judíos, y el consuelo grandísimo que tuvieron cuando inesperadamente vieron á Jesús en medio de ellos. Pídele á Jesús, que en tus tribulaciones te ayude el divino auxilio que consoló á los Apóstoles.

Punto I

Cómo Jesús se apareció á los Apóstoles.

Considera cómo Jesús, en la noche del día de su resurrección, se apareció á sus Apóstoles, que estaban juntos en su casa, cerradas las

puertas por miedo á los judíos. Las causas por qué dilató hasta la noche el visitar á sus discípulos, fueron: la primera, porque entre ellos había algunos muy duros en creer, y era menester disponerlos para que les fuera en provecho la visita. La segunda, para probar la paciencia de los más queridos, y con esta dilación disponerlos mejor para el favor que les pensaba hacer. La tercera, porque es costumbre de nuestro Señor acudir al consuelo de los suyos, cuando están más desconfiados de recibirle. Y así, cuando los Apóstoles se encerraron en el cenáculo desconfiados de ver aquel día á su Maestro, entonces entró de repente á visitarlos. De donde sacaré aviso para esperar con paciencia la visita de Dios y su consuelo, confiando que le dará en el tiempo que más conviniere.

Lo segundo, pondera las causas por qué entró estando cerradas las puertas. Una fué para manifestar cómo su cuerpo estaba glorificado, y por el dote de la sutileza podía penetrar por donde quisiese sin estorbo alguno. Y tambien significaba la eficacia de su omnipotencia, y que como Señor absoluto puede entrar dentro del alma á visitarla y consolarla con sus inspiraciones, y á mudarla como El quisiere, sin que haya cosa que le estorbe ni pueda resistir á su voluntad; y también para significar que gusta de que sus siervos cierren las puertas de su corazón, que son los sentidos, para que no entre por ellos la muerte, y entonces entra El, como autor de la vida, para llenarnos de alegría. ¡Oh Rey de gloria, tuya es mi alma con todas sus potencias! Casa es fabricada por tu omnipotencia para morada

tuya; entra en ella como Señor y haz en mí lo que quisieres, porque deseo no resistir á lo que ordenares; deseo cerrar todas sus puertas para que no entre cosa que te desagrade; mas si Tú, Dios mío, estás dentro, con tu presencia estarán más bien cerradas para todo lo terrenal y humano.

Lo tercero, pondera las causas por qué se puso en medio de ellos; quizá quiso que entendiesen la verdad de lo que les había dicho, que «dondequiera que estuviesen dos ó tres congregados en su nombre, allí estaría El en medio de ellos»; como sol, alumbrándolos; como maestro, enseñándolos; como pastor, rigiéndolos; como medianero entre Dios y los hombres, pacificándolos, y como protector, amparándolos y cubriéndolos con sus alas; porque todos estos oficios hace este Señor con los suyos cuando se pone en medio de ellos. ¡Oh alma mía! pues Cristo está donde están dos ó tres congregados en su nombre, procura que tus tres potencias, memoria, entendimiento y voluntad, se congreguen y junten en la oración, cerradas las puertas de los sentidos; porque luego vendrá tu Señor y se pondrá en medio de ellas, alumbrándolas como sol, enseñándolas como maestro, rigiéndolas como pastor y juntándolas consigo en perfecta unión de amor.

Punto II

De lo que dijo Jesús á sus Apóstoles.

Considera las tres palabras que Cristo N. S. dijo á los Apóstoles estando en medio de ellos, que son señales del buen espíritu. La primera fué: «Paz sea con vosotros»; como quien dice:

acordaos que os dije: «Mi paz os dejo y mi paz os doy»; esta paz he ganado ya con mi Pasión y muerte, y así ahora de nuevo os la comunico y saludo con ella. La segunda es: «Yo soy»; que fué decir: Yo soy el mismo que solía en la naturaleza, en la persona y en la condición. Yo soy vuestro Maestro, vuestro salvador, vuestro protector, vuestro hermano y vuestro Dios. Y díjoles esta palabra con un modo tan suave, que por ella les sosegó y se les dió á conocer. Y así, añadió la tercera, diciendo: «No queráis temer»; como quien dice: Ya que el temor os acomete, no queráis admitirle, ni darle entrada; no temáis la furia de los judíos, ni la ira de los gentiles, ni la rabia de los reyes y príncipes que se levantaron contra mí, porque estando yo en medio de vosotros, estáis seguros. ¡Oh Rey de gloria! venid á mi alma, poneos en medio de sus potencias, y decidles: Paz sea con vosotras. Dadme, Señor, la paz que el mundo no me puede dar; poned paz entre mi carne y mi espíritu, y entre mis potencias y sentidos; pacificadme con vuestro Padre y con mis hermanos. Decid, Señor, á mi alma: Yo soy, no temas; porque si yo tengo prendas de que estáis conmigo, no tengo por qué temer teniendo tal protector.

Pondera luego la benignidad de Cristo N. S., porque no contento con certificar á los discípulos de su resurrección con la vista y con el oído, dándoles á ver su propio cuerpo y hablándoles con su propia voz, les quiere certificar con el tacto, dándoles licencia que le toquen y palpen su cuerpo, especialmente los pies, manos y el costado donde tenía las llagas de los clavos y de la lanza, para sanar con

ellos las llagas de la pusilanimidad que tenían en sus corazones, porque para este fin entre otros las había dejado. Y así fué que, tocando los apóstoles las llagas con grande reverencia y amor, con aquel tocamiento quedaron ilustrados y confirmados en la fe, llenos de amor y gozo por la gloria de su Maestro. Gracias te doy, Maestro soberano, por el favor que has hecho á tus discípulos, y en ellos á todos nosotros. Bien se ve que has trocado la ley de temor en ley de amor, pues antiguamente quitabas la vida á los que con curiosidad miraban al arca del testamento ó con atrevimiento la tocaban. Pero ahora Tú mismo, arca del nuevo testamento, te das á ver y tocar, comunicando la vida y gozo á los discípulos que te ven y tocan. ¡Oh quién se hallara presente con esta dichosa compañía, y pudiera ver la hermosura y belleza de Jesús, oir su dulce voz y tocar sus preciosas llagas! ¡Oh dulce Jesús, con el espíritu me presento ante tu venerable presencia y adoro tu soberana Majestad, y postrado en el profundo de mi corazón, me llego á besar tus llagas preciosísimas, con grande confianza de que por medio de ellas quedaré sano de las mías.

Punto III

Cómo Jesús pidió de comer á sus discípulos y comió con ellos.

Considera la grandeza del amor de Cristo N. S., porque no contento con las cosas que había dicho y hecho para certificar á sus discípulos de su resurrección, añadió otra señal de grande afabilidad, pidiéndoles de comer y

comiendo con ellos, con ser esta una cosa muy ajena de su estado glorioso. De donde sacaré motivos de amar al que tanto se humilla y humana por nuestro bien; y también tomaré ejemplo para humillarme en razón de hacer bien á mis prójimos, aunque para esto sea menester hacer algo que no diga tanto con la alteza de mi estado, porque no será contra esta alteza lo que se hace para bien del prójimo.

Pondera, además, el misterio de esta comida, porque el pez asado representaba su sacratísima humanidad, que fué abrasado en la cruz con fuego de tribulaciones; y el panal de miel representaba su divinidad, que es la fuente de toda dulzura, y ambas cosas están juntas en el santísimo Sacramento del altar. Estas comió Cristo la noche de su Pasión; éstas le ofrecemos ahora en sacrificio, y éstas nos da El en sustento de nuestras almas, para abrasarnos en el fuego de su amor y llenarnos de espiritual alegría. ¡Oh Amado de mi corazón, si me pides de comer, ¿qué te podré dar que sea conforme á tu gusto sino este pez y este panal? Lo que tú me has dado, eso te doy, y de tu mano espero recibirlo para comer de ello y remediar mi necesidad; y si otras cosas quieres, vesme aquí que ando por el mar tempestuoso de este mundo, vagueando con libertad de carne y sujeto á los malos instintos de mi sensualidad. Sácame, Señor, de este mar, abrásame con el fuego de tu amor, purifica mis pecados abominables, y sazóname con la dulzura de tu gracia para que comó panal de miel sea sabroso á tu soberano gusto.

Finalmente, pondera cómo habiendo Cristo N. S. mostrado á sus discípulos que era El mis-

mo por las señales dichas, les trajo á la memoria cómo todo lo que había pasado había sido en cumplimiento «de lo que estaba escrito en la ley de Moisés, en los profetas y salmos. Y abrióles el sentido para que entendiesen las Escrituras», como lo hizo con los que iban á Emmaús. Y es de creer que su corazón también ardería dentro de ellos cuando se las declaraba.

Con este favor echó el sello á los testimonios de su resurrección alegando las Escrituras, las cuales ninguno entenderá, si el mismo Cristo no le abre el sentido para que las entienda. Y si las entiende no dejará de creer y admitir lo que ellas dicen.

Coloquio.—¡Oh Maestro del cielo, que dijiste á tus Apóstoles: «A vosotros es concedido saber el misterio del reino de Dios, y á los demás solamente en parábolas, para que viendo no vean y oyendo no entiendan!» Confieso que tus soberanos misterios están cerrados para mí, y mi sentido está cerrado para ellos, porque con mis pecados le tengo muy obscurecido; mas acuérdate que por los méritos de tu Pasión abriste el libro cerrado y sellado con siete sellos de modo que se pudiese leer. Abre, Señor, para mí el libro de tus sagrados misterios, y abre mi sentido de modo que pueda entenderlos, encendiéndome todo en el fuego de tu amor.

Propósitos.—No turbarte por nada, ni temer á nada, sabiendo que Jesús, por su gracia, mora en tu corazón.

MARTES

«La paz sea con vosotros.»

Preludios.—Represéntate á Jesús apareciéndose de súbito en medio de sus discípulos, y diciéndoles: "La paz sea con vosotros„, y pide á Dios que la paz reine por siempre en tu espíritu, sin miedos ni turbaciones.

Punto I

De la paz interior considerada en sí misma.

Considera que la paz interior, ó del espíritu, es un concierto y armonía entre todas las facultades del alma, y de esta misma con las de los demás hombres; por lo que se manifiesta de dos modos: en la unión de voluntades de varios, y en este sentido dijo San Pablo á los cristianos. «Vivid en paz»; y dentro de cada hombre, por la concordia de sus apetitos y movimientos internos, concordia que sólo se consigue, cuando los apetitos inferiores están subordinados á los superiores, lo que procede de la materia á lo que es propio del espíritu, la sensualidad á la razón y la razón á la fe. Sólo así, estando cada cosa en su puesto, guardando todo el orden debido, hay verdadera concordia y, por consiguiente, verdadera paz.

Piérdese la paz del espíritu por las maneras contrarias á como se consigue: ó por la disconformidad con nuestros prójimos, ó por el trastorno interior de nuestras facultades, esto es, cuando se insubordinan los apetitos inferiores y tratan de usurpar el puesto que á los superiores corresponde; cuando la razón se insubordina contra la fe, la voluntad contra la razón, la concupiscencia contra la voluntad. En-

tonces se acaba el orden, y con el orden la concordia, y con la concordia la paz.

Pero para mantener ese orden perfectísimo, del que dimana la paz espiritual, es menester que se funde en el bien, que el bien sea á la vez su base y su fin, y así no puede haber verdadera paz sino fundada en el verdadero bien. Los bienes del mundo, las riquezas, los placeres, la pompa y el poder, lejos de unir, desunen á los que los poseen ó los buscan; engendra entre ellos discordias, porque, siendo tan limitados y finitos, si los alcanzan unos, es preciso que los pierdan ó que no los disfruten otros, y en cada uno de ellos pone también espantosas discordias interiores, subleva unas potencias contra otras, los apetitos contra la voluntad, la voluntad contra la razón; de aquí que tales bienes perecederos, lejos de engendrar la paz espiritual, lo que engendran es cruelísima guerra entre los hombres, y aun más cruel desasosiego interior.

Sólo, pues, en el verdadero bien, que es Dios, hallan los espíritus la paz entre sí y con ellos mismos. Pero esta paz es perfecta é imperfecta; la paz perfecta sólo hemos de hallarla en el cielo, porque sólo entonces poseeremos perfectamente á Dios. La del mundo será siempre una paz imperfecta. Pero muy dulce y regalada, y don precioso, digno de la liberalidad de Jesucristo, que dijo repetidas veces á sus discípulos: «Os dejo mi paz, os doy mi paz, la paz sea con vosotros».

Punto II

Del principio de la paz espiritual.

Considera que el principio de la paz espiritual no es otro que la caridad, acompañada de todas las demás virtudes.

La paz es fruto de la caridad, porque la caridad es el amor á Dios sobre todas las cosas, y á todos los hombres y á todas las cosas por Dios; y la paz no es sino consecuencia de este amor sobrenatural, toda vez que el que ama, lo que primeramente busca es estar en concordia con el amado.

Amando á Dios sobre todo, lo amamos más que á nosotros mismos, y así el amor propio desaparece; con lo que se quita en nuestro interior la causa principal de discordia entre las facultades del alma, y se someten sin esfuerzo los apetitos inferiores á la voluntad, y la voluntad á los mandamientos divinos. Y amándolo todo por Dios, en nada se ven las imperfecciones que molestan y enfadan, sino el sello divino que todas las cosas llevan, y así se ama todo con un amor sobrenatural y perfecto, y sólo se aborrece el pecado, porque el pecado desagrada á Dios.

Además, habiendo caridad, enciéndense en el alma todas las virtudes que son como el cortejo de aquella virtud celestial, y todas contribuyen, cada una en su grado y medida, á producir y aumentar la paz espiritual en el alma. Así, por ejemplo, la virtud de la humildad arranca de nuestro corazón la cizaña de la soberbia, que es causa de casi todas las inquietudes interiores y de casi todos nuestros

disgustos y choques con los prójimos; porque el que á sí mismo se tiene y estima en mucho, fácilmente cree que le ofenden los demás, y fácilmente ve sus apetitos interiores rebelados contra el yugo á que deben estar sujetos para que se produzca la paz interior.

La paciencia nos hace sufrir resignados y alegres, por amor de Dios, las flaquezas de nuestros prójimos, viendo en todo la permisión de Dios, y se hace dulce la lucha que á veces nos causa la violencia que hemos de hacer á nuestros propios apetitos, para que se mantengan sumisos y rendidos.

La conformidad con la voluntad de Dios pone nuestra paz interior al abrigo de las adversidades y trabajos de la vida, que vemos bajar del cielo para nuestra prueba y merecimiento.

Todas las virtudes, en suma, dirigidas y animadas por la caridad, que es la reina de todas, producen, fortifican y mantienen la paz dentro del alma y entre los hombres que de veras las practican.

Pide á Jesús, Rey humilde y pacífico, que te enseñe el secreto de la paz del corazón. Y verás cómo te dice: «Aprende de mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallarás reposo para tu alma»; porque el origen y principio de esa paz está sólo en la práctica de la humildad y en el vencimiento de nuestras pasiones y apetitos.

Punto III

De los efectos de la paz espiritual.

Considera, finalmente, los efectos de la paz interior que son muchos, y todos excelentes, y que Santo Tomás reduce á dos principales. El

primero, es apagar en nosotros esos deseos vagos, esas imaginaciones tumultuosas que son los mayores enemigos de nuestro reposo. «¡Si yo consiguiera este puesto!» «¡Si yo saliera bien de este negocio!» Y con cuidados semejantes nos amargamos la vida, pasándola en continuo desasosiego y en turbación continua, sin reparar en que con Dios tenemos lo suficiente y sin Dios nada nos basta. La paz, dice San Agustín, trae consigo el reposo, y el reposo pone fin á todos los deseos y á todas las penas.

El segundo efecto de la paz es ponernos á cubierto de cuanto puede perturbarnos. Establece la paz en el espíritu, como enseña Santo Tomás, una tranquilidad perfecta, dimanada de la posesión del bien soberano, y esta calma es tan firme por lo mismo que es tan sólido y fuerte su fundamento, que nada es capaz de turbarla. En vano se agitan en el ánimo las pasiones y afectos desordenados, en vano nos prueban con sus flaquezas los prójimos, en vano caen en tropel sobre nosotros las adversidades de la vida, perdemos la fortuna ó los amigos, nos afligen las enfermedades y trabajos, nos agobian todas las tribulaciones; si el alma posee la paz de Dios, con su gracia y fortaleza, á todo se sobrepone, y todo resbala sobre ella sin dejar rastro. De lo que se deduce que la paz es el mayor de los bienes de que podemos disfrutar en este mundo, cuando es sobrenatural y va acompañada de la gracia de Dios, y puede ser considerada como un delicioso presagio de la eterna bienaventuranza. Pero para conseguirlo necesitas imitar á Jesús, que dijo: «Aprended de Mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis descanso para vues-

tra alma». Así, pues, solamente el corazón recto que vive en gracia con Jesús, y procura imitar sus virtudes, puede adquirir paz verdadera; porque para los impíos no hay paz. Sólo el corazón humilde, que se contenta con un lugar inferior entre los hombres, y que, desconfiando de sí, recurre á Dios en todo contratiempo, puede conservar ileso el sosiego del espíritu. Sólo el corazón abrasado en caridad, que se adhiere resignado á la divina voluntad, puede gozar de la dulcedumbre de una tranquilidad continua y perseverar con seguridad en ella. Y si te revistieras enteramente de los sentimientos de Jesús, de tal manera que por deseo de más perfecta semejanza con El, y para probarle más tu amor, quisieras padecer en su compañía conforme al divino beneplácito, entonces una paz suavísima se derramará con abundancia sobre tu corazón, y podrás gozar de perpetuo sosiego y de alegría de espíritu en medio de las vicisitudes del mundo, porque lo que en otros suele turbar la paz, eso mismo la afianzará en ti; y podrías probar que al que tiene en su corazón á Dios, fuente de paz, al que en todo ve su voluntad divina, nada le turba, nada le espanta, persuadido de que le basta Dios, y de que ni los trabajos, ni la pobreza, ni las calumnias, ni la misma muerte le pueden separar de la caridad de Cristo.

Coloquio.—¡Oh Jesús, Dios de paz y Padre de toda consolación, cómo deseo y anhelo tu paz, aquella paz santa y apetecible que dejaste á tus Apóstoles! Posean cuantos quisieren los demás bienes de la vida; á mí concédeme la paz, el mayor bien de la vida, que abraza todos los demás bienes. Concédeme, benigno, poner en práctica los medios

para alcanzarla, de manera que salga verdadero discípulo de tu Corazón, con espíritu siempre pacífico, lleno de humildad y mansedumbre. ¡Oh dulcísimo Jesús, Príncipe de la paz, cuyas delicias son reinar en un corazón puro y sosegado! afianza tu reino sobre mi corazón, de manera que nunca me perturbe, antes cada vez me consolide más en tu paz, hasta que me admitas á reinar contigo en la celestial bienaventuranza, donde entre ángeles y santos reinas con dicha sempiterna.

Propósitos.—Véncete siempre y en todo, y hallarás la paz de tu corazón.

MIÉRCOLES

Sobre las condiciones de nuestra paz.

Preludios.—(Los mismos de la meditación anterior.)

Punto I

La paz con Dios consiste en el cumplimiento de su voluntad.

Considera cuán feliz es el alma que se mantiene en la verdadera paz. En ella reside Dios como en su reino; en su corazón se deleita como en un trono de gloria. Porque Dios gusta de comunicar con un corazón tranquilo, puesto que allí se escuchan sus inspiraciones, se conservan y fructifican las gracias que el Señor comunica. Si quieres cometer los menos defectos posibles, si aun de los mismos defectos quieres aprovecharte para tu adelantamiento espiritual, si quieres ejercitarte en las virtudes sólidas, conserva la paz del corazón. Si quieres resistir provechosamente á las tentaciones del demonio y frustrar los malvados planes del infierno, permanezca en paz tu espíritu. Como el enemigo sabe que mientras el

alma está en paz, vale poco su astucia contra ella, se empeña en perturbarla por mil maneras. Con semejante fin, todo lo remueve, excita la imaginación, provoca las pasiones, sugiere á otros que hagan obras contrarias á tus deseos y propósitos: unas veces halaga, otras aterroriza, y de vez en cuando acomete con terribles tentaciones. Cuando algo de esto te aconteciere, no te turbes, no pierdas el sosiego. Mientras permanezcas en paz todo está seguro, pero si empiezas á turbarte, empiezas también á peligrar; y aunque con la divina gracia no des consentimiento voluntario, el enemigo se contenta por aquella vez con obtener la perturbación que deseaba. Porque no espera él poder derribarte á la primera acometida, sino poco á poco perturbar primero tu corazón, cansarte luego, debilitarte después, y á la postre perderte.

Cuidado, pues, con no turbarte ante ninguna tentación, por grande que sea la insistencia con que te acometa el enemigo. Para tener, pues, paz completa en el corazón, lo primero es tenerla con Dios, y con Dios se tiene cuando se cumple en todo su voluntad. ¿Puede haber paz con Dios cuando uno se complace en lo que á Dios desagrada y busca su contento en lo que á Dios hiere y ofende?

Remontémonos al principio. Dios es mi último fin, mi soberano bien y mi centro. Unido á este centro adorable, estoy tranquilo; separado de él caigo necesariamente en la agitación y en el malestar. Pero á Dios sólo estoy unido por la sujeción de mi voluntad á la suya; luego si me aparto de esta voluntad soberana, salgo del centro de mi descanso y me coloco

en una situación violenta. No puedo resistir á una ley que todo, en mi naturaleza y en mi fe, me obliga á respetar, sin que mi razón se vuelva contra mí, sin que mi fe me acuse y condene y sin que mi conciencia me desgarre con sus remordimientos.

La paz es la obra de la justicia; como que es la primera recompensa del orden observado, así como la inquietud es el primer castigo de todo desorden. De aquí se sigue que las faltas, aun las más leves, encierran una culpable infracción de las leyes de la justicia y del orden, y así no es de extrañar que el alma libre y negligente, viva en la turbación y en el sufrimiento. Por el contrario, cuando un alma tiene la pureza que da la justicia, nada le impide unirse á Dios, centro de su reposo.

Unete, pues, más y más con Dios, hazte una cosa con El por la unión de las voluntades, y la paz de Dios que «supera toda alegría» no se separará de tu corazón. Si en todo miras á Dios, nada te podrá robar la paz. Pídelo así al Señor, y El, si tú eficazmente lo deseas, te dará esa paz que el mundo ignora y cuyo origen es la buena conciencia.

Punto II

La paz con el prójimo consiste en la verdadera y sólida caridad.

Considera que si nuestra paz con Dios es el fruto de nuestro amor á Dios y de la guarda de su ley, nuestra paz con el prójimo es el fruto de esa caridad sincera que nos le hace amar á pesar de sus defectos y de las ofensas que nos haya podido hacer. Que cada cual

mire en su hermano la imagen de Dios; que trate á los demás como quiera ser tratado: que soporte, que tolere y que disculpe, como quisiera ser soportado, tolerado, disculpado; que no sea terco, ni disputador ni orgulloso, y no habrá entre los hombres división ni discordia posibles. El mar está tranquilo cuando ningún viento lo agita. Quien quitase del mundo ese *tuyo* y ese *mío*, tristísimas palabras, que ocasionan tantas guerras y encienden tantas pasiones, fundaría en la tierra el amable reinado de la paz.

Considera para animarte á ejercitar esta virtud tan propia de los fervorosos, que la dicha de nuestra vida depende en gran parte de la conservación de la paz con el prójimo, sea que la Providencia le haya colocado más alto, igual ó más bajo que nosotros. Que nada turbe la armonía de nuestras relaciones con nuestros superiores, con nuestros iguales y con nuestros inferiores, y Aquel que tiene por hijos á los pacíficos, será nuestro Padre. Pero es necesario que vivamos de los principios y máximas de la caridad, que nos haga ver en cada hombre un hermano nuestro, y que la paciencia vigile nuestro corazón, á fin de vivir en paz con los mismos que odien la paz. Fuerza es también declarar una guerra implacable al pecado, y amar siempre y no herir jamás al pecador. De esto sólo es capaz una caridad generosa y atenta, que tenga en cuenta que no hay que buscar en el prójimo, ni en sus pasiones y desórdenes, el obstáculo que se opone á nuestra paz, sino en nosotros mismos, que no queremos vencernos bastante, que no nos movemos por principios de fe, sino por

motivos de antipatía y simpatía puramente naturales. ¿Obraban así los santos? ¿Debes tú obrar así? ¿Qué te remuerde, ó qué te dice la conciencia en esta materia?

Punto III

La paz con nosotros consiste en la lucha constante con nosotros mismos.

Considera que la causa de la perturbación interior que nos roba la paz del corazón no se halla fuera de nosotros en las cosas que nos rodean, sino dentro de nosotros, en el desorden de las pasiones de nuestro corazón. Si con la guerra constante acabásemos con los afectos torcidos de nuestra alma, las causas todas exteriores cesarían de sernos ocasión de turbación. Mira, en efecto, que hay tantas causas para perder la paz como afectos desordenados llevamos dentro de nosotros. Pues como la paz no se alcanza sino por la guerra, así la pacificación interior del alma sólo se logra con la victoria sobre nosotros mismos.

Sólo, pues, haciendo ùna guerra continua á nuestras inclinaciones, enemigos domésticos que forman parte de nosotros mismos, es como podemos adquirir esa tranquilidad y esa igualdad de ánimo que nos haga superiores á todos los contratiempos de la vida. La paz es el fruto de la victoria, como la victoria el fruto del combate. Dueños de nosotros mismos, lo seremos en cierto modo de todo lo que existe. Cuando el hombre no doma sus deseos, se convierte en esclavo de ellos, y éstos en verdugos del hombre. Por el contrario, el hombre vencedor de sus pasiones se eleva sobre sí mismo, y á nadie busca sino á Dios. Pero ¡cuántas lu-

«Paz sea con vosotros». La primera fué en entrando, para disponerlos y hacerlos capaces de conocer el misterio de su resurrección, porque el corazón turbado no está bien dispuesto para conocer á Cristo y contemplar sus misterios; y así, es menester que nuestro Señor primero le sosiegue, ayudándonos también nosotros á quitar los cuatro impedimentos de la contemplación, que llama San Bernardo «culpa que remuerde, sentido que codicia, cuidado que punza y tropel de imágenes corporales que se apoderan de la imaginación».

La segunda vez les dijo: «Paz sea con vosotros»; para disponerlos al misterio que pretendía encargarles de ir por el mundo á conversar con los hombres y convertirlos, lo cual no se puede hacer si no es teniendo en sí mismo paz y cuanto es de su parte, estando muy dispuesto á tenerla con todos, con deseo de ponerlos á todos en paz entre sí y con Dios.

Medita aquí, principalmente, aquellas palabras que dijo luego á los Apóstoles: «Como mi Padre me envió, así os envío Yo». Con las cuales les encargó el oficio para que les había escogido de Apóstoles, y fué decirles: «Como mi Padre me envió al mundo para que le enseñase el camino de la verdad y de la virtud, así Yo os envío para que llevéis adelante lo que yo he comenzado». Contempla la dignidad altísima que Cristo N. S. dió á sus Apóstoles, haciéndoles sus legados en el oficio de la conversión del mundo, en la cual dignidad suceden otros y sucederán hasta el fin del mismo mundo, para que nunca falte quien atienda á su conversión. Y tiene grande énfasis aquella palabra *como*, que aunque no denota igual-

dad, pero dice grande semejanza; como quien dice: Yo que soy igual á mi Padre, os envío como El me envió, concediéndoos muchas gracias y dones de los que Yo tengo, para que hagáis el oficio que Yo hice. Mas porque no entendamos que el oficio es descansado, en las mismas palabras les avisa la carga de El, diciendo: «Como mi Padre no me envió á honras y regalos, sino á padecer afrentas y trabajos en razón de cumplir con mi oficio, así Yo, aunque os amo, os envío á padecer graves persecuciones como Yo las padecí; porque no ha de ser más privilegiado el Apóstol, que el que le envía por su legado». ¡Oh Apóstol y pontífice supremo Cristo Jesús, á quien por excelencia conviene el nombre de Apóstol, enviado por el Eterno Padre para salvar al mundo! justo es que todos nos conformemos con tu vida y sigamos los pasos de tu misión, pasando por los trabajos que pasaste en razón de cumplir la voluntad del que te envió. Vesme aquí ofrecido á tu servicio; envíame donde quisieres, que aparejado estoy á padecer lo que ordenares, pues siendo Tú el que me envías, tu gracia me ayudará para cumplir lo que mandares.

Punto II

«Recibid el Espíritu Santo.»

Considera primeramente que Jesucristo N. S. sopló sobre los Apóstoles para significar que el Espíritu Santo que les daba era espíritu que procedía de El, así como el soplo procede del que sopla. De suerte que, no solamente nos da Cristo sus dones, sino al Espíritu Santo con ellos, el cual aunque es distinto en la persona,

pero no en la substancia. ¡Oh, bendito sea tal dador, que con tanta liberalidad y con tanta facilidad nos da tan soberano don, tan precioso como el mismo que le da!

Lo segundo, sopló para significar que El mismo era el que sopló en el rostro de Adán, formado del lodo, un soplo de vida, con el cual quedó con ánima viviente, y que este soplo hacía los mismos efectos en el alma, que el otro hizo en el cuerpo, vivificándola, hermoseándola y dándola movimientos, sentidos y obras proporcionadas á la vida sobrenatural que la comunica, y por consiguiente, que cual queda un cuerpo sin alma, tal queda un alma sin la gracia del Espíritu Santo que la vivificaba. De donde sacaré un entrañable deseo de este divino espíritu, diciéndole á Cristo N. S. con gran fervor: ¡Oh dulce Jesús, sopla en mi alma este soplo del Espíritu Santo, para que viva nueva vida de gracia y haga obras dignas de la vida eterna para tu gloria!

Demás de esto, el soplo es un aire que arrojamos de la boca con fuerza y con él solemos quitar algo que está en la ropa ó en otra cosa limpia. A este modo también el Espíritu Santo se da á los que ya son justos, como lo eran los Apóstoles, en forma de soplo, para que con fuerza interior se muevan á lo bueno y se purifiquen y limpien de culpas é imperfecciones, aunque sean muy ligeras, sin que permanezca en ellos cosa que desdiga de su pureza.

Finalmente, la dádiva de este día fué como señal de la que se debía de dar el día de Pentecostés, en forma de viento vehemente, muy más copiosamente cuanto excede el viento

vehemente al soplo, porque la de este día fué para un solo efecto de perdonar pecados; la del día de Pentecostés para otros muchos efectos, como en su lugar meditaremos.

Punto III

Da Jesús á sus discípulos potestad de perdonar los pecados.

Oye aquellas consoladoras palabras: «Aquellos cuyos pecados perdonareis serán perdonados, y los que retuvierais serán retenidos».

Considera que la potestad de perdonar pecados es propia de sólo Dios, porque sólo al injuriado pertenece perdonar la injuria que se le hace, y como el pecado es gravísima injuria contra Dios, á sólo Dios pertenece perdonarle, ó á quien El da sus veces para ello. Estas no las dió á los ángeles, sino á los hombres; ni las dió á los hombres que precedieron antes de su venida al mundo, esto es, á los sacerdotes de la ley vieja, los cuales, como no podían sanar la lepra del cuerpo, sino declarar que estaba sana, así tampoco podían limpiar la lepra del alma. Pero á los sacerdotes de la ley nueva dióles potestad por medio de los Sacramentos, para limpiar real y verdaderamente las almas de la lepra de los pecados en su nombre y como vicarios suyos. Y así les hace participantes de su infinita dignidad de Salvador, porque en su virtud salvan y libran de los pecados, por lo cual debemos darle innumerables gracias. ¡Oh liberalísimo Jesús! ¿con qué te pagaremos una merced tan señalada como ésta? ¿Qué hubiera sido de mí sin tu largueza y generosidad? Ya que que-

rías dar á otros tal potestad, ¿no fuera mejor darla á los ángeles, que eran limpios de pecado, celosos de tu honra y que supieran bien volver por ella? ¡Oh inmensa liberalidad! ¡Oh liberalísima misericordia! A los hombres pecadores das tus veces para perdonar los pecados, para que con más largueza perdonen cuanto más conocen su propia necesidad, y aunque es justo miren por tu honra, pero también gustas miren por su provecho.

Pero grandemente campea esta misericordia y liberalidad, en no haber puesto tasa ni límite á esta potestad en muchas cosas. Porque lo primero, se extiende á todos los hombres del mundo, de cualquier estado y condición que sean, sin excluir á ninguno mientras vive esta vida mortal, de suerte, que si por él no queda negociar el perdón de sus pecados por medio del Sacramento, no quedará por falta de potestad para perdonarlos. Lo segundo, se extiende á todos los pecados, por graves y enormes que sean, de tal manera, que el pecado contra el Espíritu Santo, del que se dice que no se perdonará en este siglo, ni en el otro, por ser dificultoso de perdonar de parte del que lo comete; con todo eso, si él quiere arrepentirse, hay potestad en la tierra para perdonarle. Lo tercero, se extiende á todo el número de veces que son posibles durante la la vida; de suerte, que «no solamente siete veces, sino setenta veces siete»; y setecientas mil veces sin cuento puede ser perdonado el que peca, y esto con admirable suavidad; porque como Cristo N. S., con el soplo que salió de su boca, dió á los Apóstoles el Espíritu Santo, así los confesores con la palabra de

absolución, que sale de su boca en virtud de Cristo, le dan á los penitentes, librándolos de sus pecados. Y para que esta potestad durase para siempre en la Iglesia, quiso Cristo N. S. que los obispos, sucesores de los Apóstoles con el mismo soplo, diciendo las mismas palabras que El dijo, diesen el Espíritu Santo á los que ordenan de sacerdotes con potestad de perdonar pecados.

Coloquio.—¡Oh amantísimo y liberalísimo Jesús! Si os hubiera costado poco el perdón de los pecados, no me admirara tanto de que fuerais liberal en dar facultad tan copiosa para perdonarlos; pero habiéndoos costado el precio de vuestra sangre, derramada con tan terribles dolores y desprecios, ¿quién no se admirará y saldrá de sí para predicar vuestra inmensa misericordia? Bendita sea mil veces vuestra infinita caridad, por la cual os suplico humildemente me ayudéis á mí y á todos los pecadores, para que nos aprovechemos de ella y alcancemos el perdón que de vuestra parte se nos ofrece.

Propósitos.—Saca de todo esto el espíritu y fervor con que debes llegarte al santo sacramento de la Confesión, como quien va á recibir el Espíritu Santo, mediante la palabra de la absolución, que, como soplo divino de Cristo, sale de su corazón por medio del sacerdote.

VIERNES

De la bondad de Jesús en dar á los Apóstoles el poder de perdonar los pecados.

Preludios.—Mírate á los pies de Cristo como la Magdalena contrito y lloroso, y oye que Jesús te dice: "Perdonados te son tus pecados„ y pide que, en efecto, sea así cada vez que te acercas á recibir el sacramento de la Penitencia.

Punto I

De la bondad de Cristo N. S. en la institución del sacramento de la Penitencia.

Considera la grande merced que hizo Dios á su Iglesia y á ti, como miembro de ella, en

haber instituído el santo sacramento de la Penitencia, ponderando algunas cosas que descubren la grandeza de este beneficio y te animen al uso de él. Lo primero, siendo propio de sólo Dios perdonar los pecados, quiso poner esta potestad en manos de los sacerdotes, asegurándonos que aprobaría en el cielo la sentencia que ellos diesen en la tierra. Y ordenó que estos sacerdotes fuesen hombres sujetos también á pecados, y necesitados del mismo remedio, para que se compadeciesen más de los pecadores. Y la potestad que les dió fué tan amplia, que ningún pecado reservó para sí solo, por grave que fuese, ni les limitó el número de los pecados, ni las veces que habían de perdonar; antes dijo á San Pedro que «no solamente perdonase siete veces, sino setenta veces siete», esto es, sin número ni tasa. En todo lo cual resplandece la bondad de este gran Dios, y las ganas que tiene de perdonarnos.

Pondera luego, cómo este Juez soberano, habiendo de hacer juicio estrechísimo de nuestras vidas al fin de ellas y al fin del mundo, quiso misericordiosamente conmutar este juicio riguroso de nuestros pecados, en el juicio misericordioso, que hiciéremos de ellos en este sacramento; de modo que, como dice el Apóstol, si aquí fuéremos juzgados y absueltos, no seremos más juzgados ni condenados por aquellos pecados, pues por esto dice la Escritura, que «no juzga ni castiga una cosa dos veces».

Finalmente, este sacramento, conforme á la profecía de Zacarías, es una fuente de agua viva que tiene Dios en su Iglesia para lavar

las inmundicias de nuestras culpas, para sanar las enfermedades y llagas de nuestros vicios, para restituirnos la vida de la gracia, la hermosura de la caridad y el resplandor de las virtudes, y para reparar los merecimientos perdidos y remediar los demás daños de nuestros pecados. Y es fuente perenne y patente, porque nunca se agota, ni Dios la cerrará mientras vivimos; antes desea que, luego en pecando, acudamos á lavarnos en ella. ¡Oh, bendita sea la fuente de la divina bondad, de donde nace esta fuente de tanta misericordia! Acude, alma mía, por agua á esta fuente del Salvador; ve con tristeza, por razón de tu culpa, y con gozo por la esperanza de lavarte en ella.

Punto II

De las virtudes excelentísimas que se ejercitan en este sacramento.

Considera cuán excelente obra sea el acto de la confesión, para aficionarnos más á ejercitarla y frecuentarla, ponderando cómo Cristo N. S. instituyó este sacramento en su Iglesia, para que los fieles tomasen ocasión de sus mismos pecados para ejercitar excelentes actos de virtudes, con los cuales reparasen los daños que les vinieron por ellos y aun sacasen nuevas ganancias. Estos actos principalmente son siete.

El primero es de fe, creyendo firmemente que el perdonar pecados, que es propio de sólo Dios, se ha comunicado á los sacerdotes, poniendo en sus manos las llaves del cielo, con las cuales abren sus puertas, para que de allá

bajen las gracias y dones celestiales que justifican los pecadores, y los pecadores puedan entrar dentro á gozar del reino que se promete á los justos. El segundo acto es de esperanza sobre toda esperanza humana, porque la confesión de su propio delito, que en los tribunales del mundo es medio para condenar al reo, en este tribunal del cielo es medio para absolverle. El tercer acto es de caridad, á quien pertenece dolerse grandemente, por haber ofendido á la infinita bondad de Dios, y perdido su gracia y amistad, deseando repararla, para amarle y servirle muy de veras. El cuarto es de heroica humildad, humillándose, no solamente delante de Dios, sino delante de los hombres; descubriendo á sus ministros las cosas secretas que le han de humillar y causar grande vergüenza y confusión; abrazando este desprecio por amor de Dios, y gustando de que otros le tengan en la opinión que él mismo se tiene. El quinto, es de excelente obediencia en materia tan ardua, como se ha dicho, y en sujetarse al confesor, como á superior, con ánimo de obedecerle en lo que para este fin ordenare. El sexto, es de justicia muy levantada, ejercitando sus actos al modo que se dirá, de acusador, reo, testigo, juez y ejecutor; y sujetándose al juicio del ministro de Dios, no por fuerza, sino de grado, con ánimo de pasar por su sentencia, y con celo de vengar en sí mismo las injurias que hizo contra Dios, y de reparar y restituir los daños que hubiere hecho al prójimo. El séptimo es de esclarecida fortaleza, venciéndose á sí mismo, y la vehemente inclinación que tienen los hombres á encubrir sus culpas, defenderlas y excu-

sarlas, como Adán, de quien todos la heredaron. Por lo cual, como apunta el Santo Job, quien se vence en esto, es más que hombre; y á veces no es menester menos fortaleza para confesar con humildad el pecado cometido, que para no cometerle; porque, como dice San Gregorio, se suele padecer mayor guerra en manifestar la culpa cometida, que se padeciera en resistir para no cometerla; y así no es menos admirable quien con humildad confiesa bien sus culpas, que quien ejercita otras virtudes.

Estos siete actos tan heroicos acompañan la confesión, y la hacen de grande merecimiento delante de Dios, y grande gloria delante de los ángeles y de los cuerdos confesores; y he de procurar ejercitarlos con gran espíritu, para que el fruto y la gracia sea más copiosa, diciéndome á mí mismo aquello del «Eclesiástico: Da y recibe para justificar tu alma»; y pues Dios te quiere dar perdón de los siete pecados mortales, y la gracia con sus siete dones, dale tú estos siete actos, con que te dispongas para recibirlos.

Punto III

De las gracias que concede Dios N. S. en el sacramento de la Penitencia.

Considera las gracias y mercedes que hace Dios á los que se confiesan, recibiendo el sacramento con la disposición debida. Las cuales podemos reducir á tres, en que San Pablo pone el reino de Dios, diciendo que es justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo, el cual reino se promete á los que hacen verdadera peni-

tencia. Primeramente les concede la justicia, que es la gracia de la justificación, justificándolos de todos sus pecados, haciéndolos sus amigos é hijos adoptivos, herederos de su cielo. Y con esta gracia les da la caridad y las virtudes infusas, y los dones del Espíritu Santo, y la verdadera hermosura del alma, la cual anda junta con la humilde confesión. Y si llegan á la confesión con justicia, allí se la aumenta, comunicándoles mayor gracia, cumpliendo lo que se dice en el *Apocalipsis:* «El justo justifíquese más, procurando no cesar de justificarse más hasta la muerte».

Lo segundo, les concede la paz sobrenatural, no solamente porque los reconcilia consigo mismo, sino porque en premio de la gloriosa victoria que alcanzan de sí mismos, venciendo las dificultades de la confesión, les da tres victorias de sus enemigos, destruyendo unos, haciendo huir á otros, y sujetándoles los demás. Destruye los pecados, «arrojándolos en el profundo del mar»; huyen los demonios y sus tentaciones, porque no hay cosa que más les espante que manifestar las llagas de la conciencia al médico que las ha de curar; y las pasiones de la carne comienzan á rendirse al espíritu, porque, como dice el Sabio: «Cuando los caminos del hombre agradaren á Dios, hará que sus enemigos tengan con él paz». Y así es gran medio para vencer las tentaciones y pasiones, manifestarlas al confesor y padre espiritual; porque, mientras están encubiertas, el demonio está en paz, y nosotros en terrible guerra; pero, en descubriéndolas, él huye y nosotros quedamos en paz.

Lo tercero, concede el gozo en el Espíritu

Santo, desterrando los temores y tristezas que nacen de la mala conciencia, llenándolos de alegría con la nueva del perdón, conforme á lo que dice David: «Darás á mi oído gozo y alegría, y se regocijarán los huesos humillados»; porque quitándoles la carga pesadísima de los pecados que les oprimía, y el espíritu de la tristeza que los secaba y consumía, reverdecen y levantan cabeza con la esperanza del perdón y con las prendas que reciben de la vida eterna.

Con esta consideración he de resolverme á ejecutar todo lo necesario para la confesión, por muy penoso, vergonzoso y trabajoso que me parezca; acordándome que todo es poco en comparación del grande bien que Dios me promete y del eterno mal de que me libra. Y si considero lo que Cristo N. S. hizo por el perdón de mis pecados, qué dolores, qué afrentas y qué trabajos sufrió por ellos, luego me parecerá poco lo que Dios me pide para perdonarlos. Y si también pondero lo mucho que Dios pudiera pedirme, si quisiera usar de su rigor, pues merecía dolores, afrentas y trabajos eternos, luego veré que me pide muy poco. Y así puedo imaginar que me dicen aquellas palabras que dijeron á Naamán, leproso, sus criados: «Padre, si alguna cosa muy pesada te mandara el profeta Elíseo, fuera razón hacerla por sanar de la lepra, ¿cuánto más habiéndote dicho una cosa tan fácil como lavarte siete veces en el Jordán?» ¡Oh alma mía! Cuando Dios te mandara muchas cosas muy ásperas y pesadas para sanar de la lepra de tus culpas, era justo que las hicieras con gran presteza y prontitud,

¿cuánto más diciéndote una cosa tan hacedera, como es: Confiesa tus pecados y sanarás? Lávate, pues, siete veces en el Jordán de la penitencia, acompañando tu confesión con los siete afectos que se han dicho, y quedarás limpio de la lepra de tus pecados. Préciate, á semejanza de Job, de no esconder como hombre frágil tu pecado, ni encubrir dentro de tu seno la maldad. Toma el consejo del Sabio, que dice: «Por la salud de tu alma, no te avergüences de confesar la verdad, porque hay una vergüenza que trae nuevo pecado, y otra que trae grande honra y gloria». Si vencido de la vergüenza callas tu pecado, le aumentas; pero si con vergüenza le confiesas, alcanzarás coronas de grande gloria por la victoria que ganaste confesando la culpa.

Coloquio.—¡Oh Padre misericordioso! Setenta y siete veces, y millares de veces más te alaben los ángeles del cielo, por el favor que haces á los pecadores que vivimos en la tierra. Cuantas veces podemos pecar, tantas veces nos quiere perdonar si te pedimos perdón, porque tu misericordia es mayor que nuestra miseria. Confiadamente acudiré á pedir perdón de la injuria, pues tan liberalmente me lo ofrece el mismo que es injuriado.

Propósitos.—Acércate siempre á confesar como si aquella vez fuese la última de tu vida.

SÁBADO

Del modo de recibir dignamente el sacramento de la Penitencia.

Preludios.—(Los mismos de la meditación anterior.)

Punto I

Del primer acto de la confesión, ó sea el dolor de los pecados.

Considera cómo Cristo N. S. quiso que nuestros mismos actos fuesen parte de este sacramento, conviene á saber: la contrición, confesión y satisfacción, que corresponde á los tres modos que hay de pecar: por pensamiento, palabra y obra, para que yo mismo concurra á la gracia de mi justificación; y pues yo pequé con mis actos, con ellos mismos me disponga para recibir el perdón; y pues nuestro Señor ha querido ennoblecer mis actos, haciéndolos instrumento de su gracia, razón es que yo los ejercite con la mayor excelencia que pudiere, procurando, como dice el Sabio, ser en ellos muy excelente, pidiendo á las tres divinas Personas particular favor para cada uno. Al Espíritu Santo, á quien se atribuye la caridad, pediré la contrición de corazón, suplicándole encienda mi alma en el fuego de su amor, del cual proceda tal dolor, que consuma toda la escoria de mis pecados. Al Hijo de Dios, que es palabra del Eterno Padre, á quien se atribuye la sabiduría, pediré luz para conocer mis culpas, y palabras humildes para confesarlas, de modo que quede limpio de ellas. Al Padre Eterno, á quien se atribuye la

potencia, pediré fuerzas para las obras de la satisfacción con perseverancia, hasta pagar todas las penas que debo por las culpas. ¡Oh Trinidad beatísima! asiste en mi corazón y en mis labios, para que dignamente confiese todos mis pecados y alcance cumplido perdón de ellos.

Luego considera todo lo necesario para ejercitar estos tres actos con gran perfección, discurriendo por cada uno.

Cuanto al primer acto, que es dolor de los pecados, he de procurar que sea el más perfecto que pudiere, no contentándome con el dolor imperfecto que llaman atrición, y procede del temor de las penas del infierno, sino procurando el dolor perfecto, que llaman contrición, y procede del amor de Dios sobre todas las cosas, como arriba se dijo. Y este dolor ha de ser el mayor que pudiere, porque es medida de la gracia que se da en este sacramento: de tal manera, que si el dolor es imperfecto y pequeño, la gracia será poca; si es perfecto y grande, la gracia será mucha, y cuanto más creciere el dolor, tanto más crecerá la gracia; y si ningún dolor hubiese, ninguna gracia se daría. Y así, la parte principal de esta disposición consiste en la perfección del dolor, al cual me tengo de mover con mil motivos y algunas semejanzas que trae la divina Escritura para movernos á lágrimas de amor.

Porque unas veces me dice que llore con amargura, como la madre llora la muerte de su Unigénito, en quien tenía puesto todo su amor y descanso; así lloraré la muerte espiritual de mi alma, que es única, y de razón ha

de ser muy querida, y yo mismo con crueldad la he muerto por la culpa y sujetándola á la muerte eterna. Y pues tanto siento la pérdida de las cosas que amo, mucho más he de sentir ésta, que es la mayor de todas, y aquí son bien empleadas las lágrimas, porque la madre, por más que llore, no dará vida al hijo muerto, pero yo, con lágrimas de contrición, alcanzaré vida para mi alma muerta.

También lloraré mis pecados, porque con ellos maté al Hijo unigénito, que por excelencia merece este nombre, Jesucristo mi Señor, á quien dentro de mí mismo he crucificado otra vez, y cuanto es de mi parte he dado ocasión para que fuese muerto. ¡Oh Hijo unigénito del Padre! pésame sumamente de mi culpa, por haber sido con ella causa de tu muerte. Vuelve, Señor, á vivir en mi alma con tu gracia, pues moriste por darle vida.

Otras veces me dice que llore como la esposa á quien se le murió su querido esposo, de quien estaba colgado todo su remedio, y queda viuda, pobre y desamparada. Así lloraré yo mis pecados, por los cuales perdí á Dios, esposo de mi alma, y con El perdí las joyas de su gracia y caridad y los dones que me había dado, y quedo como viuda, sin buenas obras merecedoras de la vida eterna, y desamparada, sin la protección especial de tan dulce Esposo.

Y si todavía viere que mi corazón está duro, y no se enternece con las consideraciones de amor, tomaré las de temor, para que el temor, como dice San Bernardo, me avive y abra la puerta al amor: «Despiértese el temor, para que me despierte». Teme, alma mía, el rostro

del Juez, á quien temen las potestades del cielo. Teme la ira del Omnipotente, la faz de su furor, el estruendo del mundo que ha de perecer, el fuego que le ha de abrasar, la voz del arcángel y la palabra asperísima de la sentencia final. ¡Oh, quién diese agua á mi cabeza y fuentes de lágrimas á mis ojos, para prevenir con ellas el llanto eterno, el crujir de dientes, las ataduras de pies y manos, el peso de las cadenas de fuego que oprimen, que aprietan, que abrasan y nunca consumen! Con estas lágrimas de temor he de disponerme para pasar á las de amor, porque, como dice San Agustín, el temor ha de ser como la aguja que entra por el paño, no para quedarse dentro, sino para que entre el hilo, con el cual se junten las partes que estén desunidas, así el temor ha de servir para que entre la caridad y junte los afectos del alma, empleándonos en amar á Dios y llorar la ofensa que le ha hecho.

Punto II

Del segundo acto, que es la Confesión.

Considera en orden al segundo acto, que es la confesión, que el primer propósito ha de ser confesarlos todos enteramente, por más afrentosos que sean, venciendo la vergüenza que te estorbare, diciéndote á ti mismo: «Más vale vergüenza en cara, que mancilla en corazón». Si no padeces ahora esta pequeña confusión, mayor la padecerás el día del juicio. Y pues Dios sabe bien todas tus maldades, ¿qué mucho las sepa su ministro, que en su nombre las ha de perdonar? Ea, pues, da

gloria á Dios y confiésate, porque tu confesión no será como la de Acán á Josué para morir, sino como la de David para vivir. Con este ánimo es bien, como advierte San Buenaventura, comenzar la confesión por el pecado que más vergüenza me causa; porque venciendo en el principio al mayor de los enemigos, será fácil vencer á los demás; como vencido el gigante Goliat, huyeron los filisteos.

El segundo propósito ha de ser manifestar mis pecados, no solamente con entereza, sino con toda la humildad que pudiere, haciendo una confesión de todos, clara, pura, sencilla, desnuda y bien intencionada; no excusando mis pecados, ni aligerándolos; no echando la culpa al prójimo, como Adán, ni al demonio, como Eva; sino á mí mismo, como David, confesando mi maldad contra mí, y diciendo que es muy grave. Pero también he de huir el extremo de exagerar tanto mis culpas, que parezca fingida confesión, para ser honrado y tenido por humilde: porque la vanagloria por muchas vías suele acometer estas obras de humildad, buscando en ellas su honra.

El tercer propósito ha de ser, de oir la reprensión del confesor con gran silencio y humildad, sin interrumpirle, aunque sea muy áspera, al modo que el Santo rey David oyó la terrible reprensión del profeta Natán reconociendo su culpa, y diciendo: «Pequé contra el Señor»; porque aquí se verificará lo que dice el *Eclesiástico:* «Oye callando, y por la reverencia que en esto muestras, se te añadirá buena gracia». Y ¿qué gracia más buena que la que aquí se me da, que es la gracia del mismo Dios?

Para todo esto me ayudará no mirar al sacerdote como hombre, sino como á lugarteniente de Dios, y al mismo Dios en él, respetándole con reverencia interior y exterior; pues por esto quiso Su Majestad que el confesor absolviese, no rogando por el perdón, sino mandando y sentenciando como Dios, diciendo: «Yo te absuelvo». ¡Oh alma mía! pues esperas oir esta palabra de vida eterna, ¿qué mucho padezcas alguna vergüenza temporal? Muestra en la corrección humilde arrepentimiento, y quedarás libre del pecado voluntario. Descubre una vez todos tus pecados, pues ha Dios prometido olvidarse de ellos.

Punto III

Del tercer acto, ó sea la satisfacción.

En orden al tercer actó, de la satisfacción, he de hacer un propósito muy eficaz de obedecer al confesor en todo lo conveniente que me mandare, así para medicina de mis enfermedades espirituales, como para satisfacer por las injurias que he hecho contra Dios; porque justo es que el enfermo obedezca al médico en las cosas que son necesarias para alcanzar la salud, y para salir del peligro y ocasión cercana de perderla; y también es justo que el deudor pague lo que debe á su acreedor. Y pues Dios me quiere perdonar la culpa, y mudar la pena eterna en temporal, razón es animarme á recibir de buena gana la penitencia que el confesor señalare para pagarla, diciendo con David: «Aparejado estoy para los castigos que merecen mis pecados, y mi dolor estará siempre conmigo, y yo

confesaré mi maldad, y tendré siempre cuidado de mi pecado, procurando que ni mi memoria se olvide de él, ni mis ojos cesen de llorarle, ni mis manos de castigarle, hasta que del todo esté borrado».

Para esto me ayudará considerar la terrible penitencia que Cristo N. S. hizo en satisfacción de mis pecados. ¿Qué disciplina más rigurosa pudo ser, que la de sus azotes? ¿Qué cilicio más áspero, que las púas de sus espinas y las puntas agudas de sus clavos? ¿Qué vigilia más penosa, que la de la noche de su pasión? ¿Qué cama más dura que la de su cruz? ¿Y qué ayuno más terrible que sufrir hambre y sed todo el día, y después desayunarse con hiel y vinagre? ¡Oh alma mía! pues tanto padeció Cristo para satisfacer por los pecados que no hizo, padece tú algo por los que tú hiciste. Haz frutos dignos de penitencia, porque el árbol que no lleva tales frutos, como Cristo, no tendrá parte con Cristo. También ayudará mucho la consideración de las penas del purgatorio, porque es grande locura no querer pagar la deuda hasta que el acreedor me ejecute y eche en la cárcel, pagando en el purgatorio con terribles penas lo que en esta vida puedo pagar con mis cortas satisfacciones y con grandes provechos. Finalmente, he de hacer otro propósito muy eficaz de enmendar la vida y no volver más á los pecados cometidos; porque si este propósito faltase, la contrición sería fingida, la confesión sacrílega; la satisfacción de poco provecho, y la absolución de ningún efecto; porque no se perdonan las culpas al que tiene propósito de volver á ellas, y aunque la culpa

fuese venial, no será perdonada si no hay propósito de enmendarse de ella.

Acabada la confesión, me recogeré delante del santísimo Sacramento en la iglesia, ó en otro lugar acomodado, y puesto en la presencia de Dios vivo, avivaré la fe de la merced que me ha hecho, en que con mis oídos corporales haya oído aquella favorable sentencia y muy dulce palabra: «Yo te absuelvo»; palabra poderosa para hacer lo que significa, y para dar gozo á mis oídos y regocijo á mis huesos humillados. Y confiando en la bondad y misericordia de Dios, que habrá dado por buena esta sentencia, procuraré ejercitar los tres actos de agradecimiento, que son: reconocer el beneficio, alabar á Dios por él y ofrecerle algún servicio.

Coloquio.—¡Oh Dios de mi alma! si tan grandes son las misericordias que me has hecho, ¿qué haré yo para no ser corto en agradecerlas? Deseo proseguir con tu ayuda, lo que has comenzado en mi por tu misericordia. Y pues me has perdonado los pecados, nunca más volveré á ellos; pues me has librado de la muerte, no me sujetaré otra vez á ella; pues me has coronado con misericordia, yo te daré la gloria de todas mis coronas. Añade, Señor, esta misericordia á las pasadas, que llenes mi deseo de tus bienes celestiales dándome gracia para cumplir lo que te ofrezco, y mudando mi fortaleza de tal manera, que con gran fervor camine, corra y vuele como águila renovada, hasta alcanzar la eterna corona de la gloria.

Propósitos.—Procurar que nunca entre la rutina en tus confesiones, sino que de tal modo las hagas que se vea el aprovechamiento de una confesión á otra.

CUARTA SEMANA DESPUÉS DE PASCUA

DOMINGO

Jesús se aparece á los Apóstoles, estando presente Santo Tomás.

Preludios.—Represéntate á Santo Tomás despreciando á sus compañeros de apostolado porque creían en la resurrección del Señor, y afectando una pertinacísima incredulidad que nada justificaba, y cayendo luego rendido á los pies de su Maestro, exclamando: "¡Señor mío y Dios mío!„ Pide á Jesús que te conserve vivísima la fe, y te libre de la dureza de corazón, hija de la presunción y de la ingratitud.

Punto I

De la incredulidad de Santo Tomás.

Considera la conducta del apóstol Tomás, no para su desprecio, sino para nuestro escarmiento y para que se vea mejor la misericordia de Cristo N. S. en curarle, y lo mucho que él mismo se aprovechó de la cura. Porque primeramente, Tomás se apartó de la compañía de los demás Apóstoles, por lo cual se privó de un bien tan grande, como ver á Cristo N. S. y gozar de los favores que hizo á sus compañeros. De donde sacarás cuán gran mal es apartarse de la compañía de los buenos, y dar en el vicio de la singularidad, porque Cristo N. S. asiste en medio de los que están unidos con amor, y deja á los que se hacen singulares con daño de la fraterna caridad.

Considera luego la incredulidad de Santo Tomás que fué verdaderamente inexcusable; porque había oído él á Jesús profetizar su resurrección, tenía el testimonio de San Pedro

que le aseguraba que Cristo había resucitado, y el de todos los demás discípulos que corroboraban el hecho maravilloso. No se trataba por consiguiente de la ligereza en creer que reprenden los Libros Santos, sino de la temeridad y rebeldía de no creer lo que debe ser creído. No quería creer, sino lo que viese; y en las cosas de Dios la fe ha de preceder á la vista. Los mismos bienaventurados si ven á Dios en el cielo, es porque antes creyeron en él en la tierra.

Esta incredulidad del Apóstol se fundaba, como la de todos los que no creen, en dos grandes pecados: la presunción y la ingratitud. Santo Tomás era presuntuoso, en el hecho de preferir su juicio al de San Pedro y todos los demás Apóstoles, á los que acusaba de simplicidad, y, hasta es posible, aunque no consta en la Sagrada Escritura, que este desprecio injusto fuese la causa de que se saliera del lugar donde los discípulos estaban congregados, poniéndose así en inminente peligro de perderse, y perdiendo desde luego la ocasión de ver á su Maestro.

Santo Tomás además era ingrato; porque sólo el recuerdo del lugar en que lo había puesto Jesús y las gracias especiales que le había concedido, debieran contenerle para que no dudase, y no exigir para creer, una prueba tan cruel, como la que exigió, de meter su mano en las llagas de su Maestro, exponiéndose á renovar, como dice San Juan Crisóstomo, los tormentos de la Pasión. Nada menos quería que se volviese á abrir el costado de Jesús, y todo para satisfacción de su vana curiosidad.

Mira por último, la pertinacia de este Apóstol, durando ocho días en esta disposición, sin quererse ablandar por el dicho de los condiscípulos, ni de Pedro, ni de los que le vieron en el camino de Emmaús, y quizá le diría lo mismo la Virgen nuestra Señora con las otras mujeres, y á todos se hacía sordo, permaneciendo en su dureza, en la cual durara muchos más días, y hasta el fin, si Cristo N. S. no viniera á curarle. Todo esto sucedió por especial providencia de Dios, que lo permitió, parte para que la dureza de Tomás en creer se convirtiese en mayor seguridad y abono de su testimonio, cuando creyó, parte para que echemos de ver la flaqueza nuestra, si Dios nos deja de su mano, y cómo ninguno puede venir á Cristo por fe, si no le es dado de arriba y si no es traído por su Padre. ¡Oh Hijo de Dios vivo! pues conoces la masa de que estoy compuesto, no me sueltes de tu mano, porque no me pierda; líbrame de las pasiones que hicieron caer á este Apóstol, para que no me combatan y echen por tierra la virtud de mi alma.

Punto II

Conducta de nuestro Señor con Santo Tomás.

Considera cómo esta conducta de Santo Tomás la sufrió Jesús con una dulzura sin ejemplo, y, lejos de castigar su infidelidad, se valió de ella para fortificar la fe, no sólo del Apóstol, sino de todos los hombres. ¡Qué admirable es esta divina paciencia!

La caridad de Jesús con su discípulo es tal, que hace por y para él solo lo que había hecho

ya por y para todos los discípulos. Le busca primero que á todos; entra en la cámara donde Tomás estaba, de una manera extraordinaria y milagrosa; su costumbre es llamar á la puerta del corazón, para que se le abra por nosotros; pero en este caso hizo un milagro: entró estando cerradas las puertas; porque los milagros son para los incrédulos.

Pondera la blandura y afabilidad con que Cristo N. S. habló á Tomás. Y para que entendiese que le conocía los pensamientos y sabía bien lo que había dicho, y con esto convencerle, díjole: «Pues has dicho que no creerás si no vieres y tocares las llagas de mis manos y costado, llégate y entra tu dedo por los agujeros de las manos, y entra tu mano por mi costado y no quieras ser más incrédulo, que no te lo tengo merecido; sé fiel, pues estas llagas te provocan á serlo». ¡Oh afabilidad infinita de Jesús! Ahora veo, Salvador mío, con cuánta razón dijo vuestro Apóstol: «Aparecido ha la benignidad y humanidad de Dios N. S., el cual, no por las obras de justicia que nosotros hicimos, sino por su gran misericordia, nos hizo salvos». Vuestra benignidad y humanidad, Salvador mío, apareció hoy, cuando aparecisteis á Tomás haciéndole salvo, no por obras, pues no lo merecían, sino por vuestra grande misericordia, dándonos prendas de que no se encubrirá á los que la buscan, pues tan patentemente aparece á los que no la creen y se descubre á los que no preguntan por ella. Despues reprendió á Tomás suavemente, diciendole con afecto de cariñosísimo padre: «No seas incrédulo, sino fiel».

Restableció nuestro Señor á Santo Tomás en

su primitivo estado; mejor aún, porque en sus sagradas llagas encontró el Apóstol mucho más de lo que había perdido con su incredulidad.

Había perdido el infiel discípulo, con la fe, todas las virtudes sobrenaturales que se fundan en aquélla, y todas las volvió á encontrar en las sacratísimas llagas de Jesús. Durante su ausencia, el Hijo de Dios había dado la paz á los discípulos y los había constituído en maestros del mundo, dispensadores de los divinos misterios, pastores de su Iglesia y ministros de su palabra. Santo Tomás no había recibido esta soberana investidura; estaba, pues, privado de los favores y gracias anejos á ella, y nuestro Señor se los concede todos generosamente, dando en él al mundo un pastor dignísimo, y á la Igesia un excelente obrero.

¡Oh Pastor amabilísimo, que así amas á una oveja como á muchas, y dejas de buena gana las noventa y nueve en el desierto por venir á buscar la una que andaba perdida fuera del rebaño! Ahora veo cómo siempre eres el mismo, pues el deseo de salvar esta oveja de tu Apóstol, que se iba perdiendo, te hace venir en su busca, y le tomas por la mano, deseando meterle dentro de tu corazón.

Pondera, por último, que pudiendo Cristo N. S. aparecer á Tomás á solas, como apareció á San Pedro, no quiso sino en presencia de los demás Apóstoles. Lo uno para que Tomás entendiese que esta gracia no se hacía por sus merecimientos, sino por estar en compañía de otros buenos y queridos discípulos. Lo segundo, para que los otros viesen más la caridad de su Maestro, pues por hacer bien á uno,

y ese incrédulo, les aparecía y consolaba á todos; y para que como todos habían sido testigos de la incredulidad de Tomás, también lo fuesen de su fe, y ésta les sirviese de confirmarse más en la suya. Por donde se ve la suave providencia de este Señor, que la falta de uno convierte en bien del mismo y de los demás escogidos, trazando la cura de modo que aproveche á todos.

Punto III

De la confesión de Santo Tomás.

Considera la ilustre confesión del Apóstol. No nos consta del Evangelio si tocó las llagas de Cristo ó si se contentó con haberle visto y oído las palabras que le dijo, convidándole á que las tocase. Creible es que por reverencia se detendría, arrojándose á sus pies; pero Cristo N. S. le tomaría por la mano y le haría que cumpliese su deseo, mostrando en esto la grandeza de su caridad. Y en tocando las llagas, quedó tan ilustrado, que con grande afecto de su corazón confesó que Cristo era su Señor y su Dios, confesando claramente su humanidad y divinidad, y entregándose totalmente á su servicio con ferviente amor, lo cual declaran aquellas palabras: «¡Señor mío y Dios mío!», que son palabras de amor tierno y de fe viva. Con mucha razón ¡oh Tomás! llamáis á vuestro Maestro, «*Señor mío y Dios mío*», pues os amó tan de veras, que por sólo vuestro bien se aparece á todos vuestros condiscípulos, y como olvidado de ellos, á vos sólo endereza la plática para encenderos en su amor.

Considera luego cuán perfecto fué el arrepentimiento de Santo Tomas, por su sinceridad y contrición, claramente manifestadas en aquellas únicas palabras que dijo: «¡Señor mío y Dios mío!»

«¡Señor mío y Dios mío!» en labios de Santo Tomás, quería decir que la fe más humilde y rendida era la que hablaba por su boca. Si faltó por su incredulidad, bien lo repara ahora con esta excelente confesión. El, el incrédulo de antes, es ahora el primer discípulo que claramente reconoce y proclama que Jesucristo es verdadero Dios y verdadero Hombre.

«¡Señor mío y Dios mío!» es una exclamación que parece gemido de paloma extraviada, llorando su perdición; es un grito de dolor que sale de lo más profundo del alma; es un lamento tiernísimo; es algo que no cabe definir, ni expresar, con el torpe lenguaje humano. Nada dice en concreto el Apóstol, sino esta afirmación rotunda de que Aquél, su Maestro, que tiene delante, es su Señor y su Dios, y se dirije á El, como hijo á su Padre, y le llama con voz entrecortada por el dolor, y queriéndole decir, y no diciéndoselo: «¡Señor mío y Dios mío! ¿Por qué te he sido tan infiel? ¿Por qué te he sido tan ingrato? ¿Por qué he sido tan cruel y tan irreverente, que he querido renovar con mi curiosidad los tormentos de tu Pasión? Y en vez de castigarme, me perdonas. Y no sólo me perdonas, sino que excedes tu misericordia para conmigo, y me concedes favores y gracias que ningún discípulo tuyo, ninguna criatura humana, ningún ángel merece, y menos yo, que acabo de dudar torpemente del misterio de tu resurrección, que Tú

mismo me habías enseñado tantas veces». Así la exclamación de Santo Tomás expresa la contrición perfecta; porque es pesar de haber ofendido á Dios únicamente por amor á Dios, sin mezcla, ni levadura de temor de castigo, ni de esperanza de premio. No temía Santo Tomás el castigo, porque ya estaba perdonado. No esperaba el premio, porque ya se le había concedido, y, sin embargo, siente haber ofendido á su Maestro, del que sabe que es su Dios y su Señor.

«¡Señor mío y Dios mío!» es, por último, un grito sublime de alegría y de amor. Santo Tomás está radiante de gozo por haber vuelto á ver á su Maestro.

Coloquio. Gracias te doy, Salvador mío, por el cuidado que tuviste de consolar á los que no merecimos gozar de tu dulce presencia; y pues no alcancé la bienaventuranza, de los que te vieron con ojos corporales, querría perfectamente alcanzar la que tienen los que te ven con los ojos espirituales. Esclarécelos, Señor, con tu celestial lumbre, para que avivada la fe y encendida la caridad, te confesemos por Dios y Señor nuestro. ¡Oh amabilísimo Jesús, también yo como Tomás, liberalmente confieso que sois mi Señor y mi Dios, porque vuestro amor es tan crecido, que estáis preparado á hacer por mí solo lo que hicisteis por él, porque me amasteis, y os entregasteis á la muerte por mí, aplicándome el fruto de vuestra muerte, como si la hubierais padecido por mí solo!

Propósitos.—Seguir siempre y en todo la vida común, huyendo de singularidades que te privan de las gracias y de las visitas de Cristo.

LUNES

De la aparición á los siete discípulos que pescaban en el mar de Tiberiades.

Preludios. — Imagínate ver á San Pedro gozosísimo arrojarse al mar al descubrir al Salvador en la orilla del lago, y pide que se te infunda una chispa del amor á Cristo que tuvo San Pedro.

Punto I

Los Apóstoles en el lago de Tiberiades.

Considera cómo estando juntos Pedro y Juan y otros cinco discípulos, díjoles Pedro: «Quiero ir á pescar». Respondiéronle los otros: «Vamos nosotros también»; y subiendo en el navío no pescaron cosa en toda aquella noche.

Aquí se ha de ponderar, lo primero, cómo estos discípulos fueron á pescar, parte por su pobreza para tener algo que comer, parte por huir la ociosidad, porque no era llegado el tiempo de ocuparse en pescar hombres; y en diciendo Pedro que quería pescar, los demás se ofrecieron á acompañarle, mostrando en esto la concordia y conformidad de voluntades que tenían en las obras de virtud. De donde sacaré deseo de imitar á estos santos discípulos en el ejercicio de estas tres virtudes: pobreza, caridad y amor al trabajo.

Lo segundo, considera cómo en toda la noche no pescaron nada, para significar cuán poca es la industria del hombre para hacer fruto en las almas y sacarlas del pecado. De suerte que Pedro y Pablo, y cualquier otro, aunque sean letrados, y santos, y grandes predicadores, trabajarán sin fruto si estriban en

sus fuerzas y si Dios no acude en su ayuda. Por lo cual nos hemos de fundar en humildad para hacer cualquier cosa buena si queremos que nuestro trabajo sea de provecho, acordándonos de lo que dijo Cristo: «Sin Mí nada podéis hacer».

También tiene misterio decir ambas veces que era de noche, para significar el miserable estado que tenía el mundo antes de la venida de Cristo, Sol de justicia, sin cuya luz no se hace nada de provecho. Además de esto se nos representa, que quien trabaja en la noche de la ignorancia y en las tinieblas del pecado mortal, no medra, ni sus obras son de merecimiento para la vida eterna. De donde sacaré la miseria grande del pecador que trabaja y no medra, cánsase trabajando toda la noche de su miserable estado, y no saca provecho alguno de merecimiento para la vida eterna; porque aunque pesque hacienda, honra y regalo, todo eso es nada y trabajar en vano, pues al mejor tiempo le ha de faltar.

Considera por último, lo que harían estos siete discípulos viendo que no pescaban nada; porque llevando su trabajo con paciencia, se acordarían de su Maestro y de la falta que les hacía su presencia; y es de creer que hablarían entre sí mismos de lo que otra vez les había sucedido en aquel mar con Cristo N. S., y suspirarían por El, diciéndole: ¡Oh Maestro soberano! ¿dónde estás? ¿Cómo nos dejas en este trabajo? ¿Cómo no acudes á remediar nuestra pobreza? ¿Qué maravilla huyan los peces de las redes, pues Tú huyes de los pescadores? Ven, Señor, y acércate á nosotros, porque con tu venida vendrá también la pes-

ca que deseamos. Estas palabras ú otras semejantes tengo de decir en el espíritu cuando viere que mi trabajo es sin provecho, confiando que seré oído, porque oye Dios el deseo de los pobres.

Punto II

Aparécese Jesús á los discípulos sin ser conocido de ellos.

Considera la caridad de N. S. en acudir al consuelo de sus discípulos, aunque haciéndose al principio el desconocido y oculto. Y así aunque sabía que no habían cogido nada en toda la noche, hízose de nuevas y preguntóles si tenían peces, para provocarlos con esto á que conociesen su necesidad y la poca parte que eran para hacer nada de provecho sin su ayuda. ¡Oh liberalísimo Jesús, qué de veces llegas á nuestras puertas y nos pides algo, no tanto por lo que hemos de darte, cuanto por lo que Tú deseas darnos! Pides á la Samaritana que te dé un poco de agua, porque Tú deseabas darle el agua viva de tu gracia. Pides que demos limosna al pobre, porque deseas dar limosna muy copiosa al que se la diere. ¡Oh, si te diese lo que me pides con tu inspiración, para que Tú me dieses lo que deseas darme con ella!

Considera luego cómo les mandó echar la red á la diestra del navío, para significar el próspero suceso de aquella pesca, que era figura de la pesca de las almas que han de salir del mar de este mundo para la eterna bienaventuranza, en virtud de Cristo, que es la diestra de Dios. Y obedeciendo los discípulos

á este mandato, pescaron gran muchedumbre de grandes peces, para que se vea la eficacia de la obediencia. Y es mucho de considerar que en la otra pesca conoció San Pedro que Cristo era el que le mandaba echar la red, y obedeciéndole le dijo: En tu palabra y por tu mandamiento tenderé la red; pero esta vez no conocía que era Cristo el que lo mandaba, y con todo eso rindió su juicio y obedeció, y sacó gran pesca, porque gusta mucho Cristo N. S. de que obedezcamos á toda humana criatura por su amor, y nos desnudemos de nuestro propio juicio y propia voluntad, por hacer la de los otros en cosas donde no se ve pecado, y á veces sucederá que esté Cristo donde no pensamos que está, y que obedeciendo al hombre obedezcamos á Cristo que habla por su boca, y nos asegura que si tendemos la red hacia tal parte, sacaremos pesca. Por lo cual esta virtud de la obediencia me ha de ser muy familiar, si quiero tener prósperos sucesos como San Pedro, el cual por esto se llamó Simón, que quiere decir obediente.

Punto III

Reconocen los discípulos á Jesús.

Considera cómo el discípulo á quien amaba Jesús, dijo á Pedro: «El Señor es»; en oyéndolo Pedro, ciñóse la túnica y echóse en la mar. Los demás llegaron con el navío, trayendo la red con los peces, y mandóles Cristo traer de los peces; trajo Pedro la red, y hallaron que eran ciento cincuenta y tres muy grandes, y, con ser tantos, no se rompió la red.

Pondera, lo primero, en los dos discípulos

San Pedro y San Juan, los efectos del fervoroso amor, así en la vida contemplativa como en la vida activa. El amor en los contemplativos aguza la vista interior del alma para que, como Juan, conozcan á Cristo cuando otros no le conocen, y les den noticias de El; pero el amor en los fervorosos de la vida activa, en conociéndole se abalanzan por seguirle. Y como San Pedro, en oyendo decir «el Señor es», dejó la red y el navío, y cubriéndose con su ropa se arrojó á nado por llegar pronto adonde estaba su Maestro, pareciéndole que era mucha dilación ir al paso del navío, así yo tengo de procurar seguir con fervor á Cristo N. S., y desear llegar pronto á la tierra de la eternidad, donde está, dejando por esta causa cuanto tengo, y arrojándome á todos los peligros y trabajos del mar tempestuoso de este mundo; y pareciéndome muy lento el paso de los que siguen la vida común, tengo de procurar apresurarme mucho más.

Lo segundo, se ha de ponderar la excelencia misteriosa de esta pesca, comparada con la otra que hizo San Pedro en su primera vocación, porque aquella fué figura de la pesca de las almas para entrar en la Iglesia y creer en Cristo N. S. y recibir su ley, y así no se hizo echando la red á la diestra del navío, sino á todas manos, diestra y siniestra, recogiendo buenos y malos, peces grandes y pequeños, y de ella se hinchieron dos navíos, figura de los dos pueblos hebreo y gentil, debajo de una cabeza Cristo y su vicario Pedro, y la red en que se cogieron se iba rompiendo, porque en esta vida padece quiebras y cismas la Iglesia y la predicación de Cristo; pero la

pesca de este día fué la pesca de los predestinados y escogidos para entrar en el cielo, y por esto se hace á la diestra del navío y no á la siniestra, porque los escogidos han de estar á la mano derecha del Juez; todos son peces grandes en santidad y pureza de vida, porque en el cielo ninguno es pequeño; la red se trae á la tierra, donde está Cristo, que es la tierra de los vivos, y no se rompe, porque no habrá entonces disensiones, ni cismas, ni cosa que lo perturbe, pues ya los ángeles habrán apartado los malos de los buenos, como dijo el Señor en la parábola de la red. ¡Oh, dichosos los pecadores que entraren en esta red para ser colocados en la vida eterna! ¡Dichosas las aguas vivas donde se criaron y sustentaron, alcanzando la perfecta salud y vida que Cristo les ganó! ¡Oh santo profeta Ezequiel, cuán bien cumplida está vuestra profecía con tanta muchedumbre de grandes peces, que los pescadores de Jesús han pescado en estas aguas que salen del lado derecho del templo celestial! Concédeme ¡oh dulcísimo Redentor! que viva yo en las aguas vivas de tu gracia de modo que sea sacado de ellas para la vida eterna.

Finalmente, considera cómo saltando en tierra los discípulos, vieron unas brasas y un pez sobre ellas y pan. Díjoles Jesús: «Venid y comed»; y tomando el pan repartiólo con ellos, y también del pez. En lo cual, resplandece grandemente la liberalidad del Redentor para con sus discípulos, convidándolos á comer con pan hecho de su mano milagrosamente, y con peces diferentes de los que ellos habían pescado, para significar, lo primero, cuán cuida-

doso es de dar comida y refección espiritual á los que trabajan por su amor y obediencia, dándoles manjar de ángeles y pan celestial que los conforte, echando con este regalo brasas sobre sus corazones, para que todos se enciendan en su amor. Y lo segundo, para significar que mientras trabajamos nosotros en la tierra, El nos está aparejando un convite regaladísimo en el cielo, donde El mismo nos convidará y servirá á la mesa, dándonos por manjar su sacratísima divinidad y humanidad.

Coloquio.—¡Oh Jesús, divino pescador de pecadores arrepentidos! ¡Oh generosísimo Salvador de las almas, que alimentas con tu cuerpo, con tu sangre y con el pan de tu divina palabra! ¡Oh bienaventurados los que comieren este pan en el reino de Dios! ¡Dichosos los que estuvieren con Cristo sentados á su mesa en el reino de su Padre celestial! ¡Oh, si fuese yo uno de estos siete discípulos, lleno de los siete dones del Espíritu Santo, con los cuales dignamente pudiese hallarme en este convite! Recibe, ¡oh buen Jesús! este mi deseo, y fortifícale con tu gracia para que llegue á cumplirse en tu gloria, y nunca más me separe de Ti!

Propósitos.—No confiar nunca en tus fuerzas ni trazas, sino sólo en el auxilio de Dios, sobre todo cuando se trata de la salvación de las almas.

MARTES

Jesús pregunta tres veces á San Pedro si le ama, y después de confiarle sus ovejas, le predice el martirio.

Preludios.—Mira cómo acabada la comida á orillas del Tiberiades, somete Cristo á San Pedro á aquel examen rigurosísimo de amor, antes de darle las llaves del reino de los cielos y el primado sobre toda la Iglesia, y pide á Jesús que te enseñe á amarle de modo que salgas aprobado en el riguroso examen á que te ha de someter.

Punto I

Jesús pregunta á San Pedro si le ama.

Considera, en primer lugar, que sabiendo el Hijo de Dios que se acercaba el tiempo de su subida á los cielos, y queriendo dejar en su lugar una cabeza visible para que gobernase su Iglesia bajo su autoridad, invistió á San Pedro de este elevado cargo, que le había prometido antes de su muerte, cuando le dijo: «Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia».

Pondera cómo antes de confiarle sus ovejas le preguntó tres veces si le amaba, y á las dos primeras le dijo: «Apacienta mis corderos»; y á la tercera: «Apacienta mis ovejas»; palabras que se extienden á todos los soberanos Pontífices romanos que la Iglesia católica reconoce por sucesores legítimos de San Pedro y vicarios de Jesucristo en la tierra. Y esta es la razón por la que San Bernardo, escribiendo al Papa San Eugenio, le dijo estas notables palabras: «A vos es á quien se han dado las llaves; á vos á quien han sido confiadas las ovejas. Cierto es que hay otros porteros del cielo y otros pastores de ovejas; pero vos lo sois de una manera tanto más gloriosa, cuanto que el uno y el otro nombre que habéis heredado son más excelentes que los de los demás pastores. Cada uno de ellos tiene el rebaño particular que les ha sido asignado; pero á vos han sido confiados todos los rebaños juntos, como un rebaño á su pastor, y no solamente sois pastor único de las ovejas, sino de todos los pastores».

Considera, además, que si Jesús preguntó á San Pedro si le amaba antes de confiarle sus ovejas, fué: Primero: porque el estado de pastor supremo, al que quería elevarle, es un estado de perfección, pues cualquiera que aspire al gobierno de las almas debe sobresalir en todas las virtudes, y sobre todo en la de la caridad y espíritu de sacrificio, que son los vínculos de toda perfección. Llegar al grado más elevado de los honores, y tener un corazón bajo y egoísta; ocupar el primer lugar en los cargos y ser el último en la santidad, es, como dice San Bernardo, una cosa monstruosa. Ahora bien: siendo la caridad la verdadera grandeza del alma, el que tiene poca, es muy pequeño, y el que no tiene ninguna, es nada delante de Dios.

Segundo: porque todo lo que es necesario á un buen pastor para ejercer su ministerio y cumplir dignamente las obligaciones de su cargo, depende de la caridad como de su principio y de su fuente. Si la paciencia le es necesaria para sostener el peso de su cargo, la caridad lo sufre todo; si tiene necesidad de dulzura para compadecer las debilidades de sus ovejas, la caridad es benigna, y, como dice San Gregorio, practica la paciencia soportando los defectos del prójimo, y la dulzura amando á aquellos á quienes soporta. Si la humildad es el más precioso ornamento de la dignidad pastoral, la caridad no se hincha ni conoce el orgullo. Si el desinterés es la señal que distingue al buen pastor del mercenario, la caridad no busca sus propios intereses. ¿Qué quieren decir estas palabras: «Si me amas apacienta mis ovejas?» Simón, apacienta á mis ovejas, y

no á ti mismo. Acuérdate de que apacientas mis ovejas, y no las tuyas; busca mi gloria, y no la tuya; mi interés, y no el tuyo. ¡Ah, cuán pocos lo hacen así! ¡Cuántos pastores buscan su interés, y no los de Jesucristo!

Tercero: porque el pastor que quiere cumplir con su deber, debe pensar con frecuencia en que ocupa el lugar de Jesucristo, que le ha confiado su rebaño, y que está obligado á imitar el amor generoso de que el Salvador nos dió ejemplo al dar la vida por nosotros. Por esto, dice San Agustín, interrogó á San Pedro, no para saber si le amaba, pues veía el fondo de su corazón, sino para instruirle en su deber, como vicario de su amor, al igual que de su pontificado, antes de subir al cielo.

Admira en esto la bondad del Hijo de Dios, que no se contenta con amarte, sino que inspira el mismo amor á los que te gobiernan. Dale gracias por el cuidado con que mira por tu salvación y por el socorro caritativo que recibes de tus superiores. Amalos recíprocamente, como ellos á ti; ruega por ellos, tenlos un gran respeto y no los hagas gemir bajo el peso de su carga, pues ellos velan por ti y deben dar cuenta de tu alma.

Punto II

Jesús pregunta tres veces á San Pedro si le ama.

Considera que no sólo no se contentó Jesús con preguntar á San Pedro una vez si le amaba, sino que repitió la pregunta hasta tres veces, para demostrar, en primer lugar, la gran necesidad que los superiores y pastores tienen de la caridad, para sobrellevar el peso de su

cargo. Las águilas que buscan su presa en el agua, se ahogan frecuentemente con ella si es demasiado pesada, y del mismo modo los que se encargan temerariamente del cuidado de las almas, sin medir ni su capacidad ni su virtud, se pierden miserablemente en el mar del mundo por el especioso pretexto de salvar á los demás. No se extraviarían con tanta facilidad si considerasen el peso, y no el brillo, de las dignidades Pero muchos no miran más que el honor de su ministerio, sin ver sus peligros y responsabilidades. No paran mientes en que, si preferimos ser grandes á ser virtuosos, buscamos un precipicio y no una recompensa de nuestros trabajos.

Le pregunta además tres veces si le ama para hacer ver hasta qué punto debe ir la caridad de un pastor imagen de Cristo; como si dijera: «Si tu conciencia no te da el testimonio de que me amas y de que me amas perfectamente, es decir, más que á tus bienes, más que á tus prójimos, más que á ti mismo, que á estos tres puntos se refiere el número de mis preguntas, no te encargues del cuidado de mis ovejas, por las que he vertido toda mi sangre». Ó como dice San Gregorio: «El Hijo de Dios pregunta á San Pedro si le ama; la primera vez para llevarle á la práctica de las obras extraordinarias; la segunda para elevarle á la contemplación, y la tercera para excitarle al fervor de una perfecta caridad y de un amor más ardiente á la hermosura del Creador».

Lo hace, en fin, para dar ocasión á San Pedro de reparar el pecado que había cometido al negar tres veces á su divino Maestro, y hace esta triple protesta por las tres veces que le

había negado, para que su lengua no sirva menos al amor que al temor, y para que la presencia de su muerte, que fué su pecado, no arranque más palabras de su boca que la presencia de la vida.

Admira aquí la bondad de Jesucristo que de vuelve á la penitencia de su discípulo, más de lo que había perdido por su pecado. No le reprende Jesús su falta, porque olvida de todo corazón el mal que Pedro ha hecho, con tal de que le pese, y deduce de esto que no debes desalentarte por los pecados cometidos, porque puedes borrarlos con tus lágrimas, y aun sobrepujar á los que vivieren en la inocencia, si amas á Jesucristo con más ardor que ellos. Procura, pues, reparar lo pasado con una santa y amorosa penitencia y ten para con Dios impulsos más generosos que los que has tenido para con el mundo. Debieras tenerlos mil veces mayores, pero hay que tener en cuenta la flaqueza de tu carne.

Ultimamente, pondera cómo le dijo tres veces: «Apacienta mis corderos y ovejas», para significar tres suertes de pastos que han de dar los pastores. Es á saber: «apaciéntalas con el espiritu, orando por ellas; con la lengua, enseñándolas, y con la obra, dándolas buen ejemplo». Apaciéntalas con doctrina, sacramentos y ejemplos de buena vida, ayudándolas con las obras de misericordia, apacentando, no sólo el espíritu, sino á sus tiempos el cuerpo. Todo esto encarga Cristo N. S. á los pastores, amenazando terriblemente por Ezequiel á los que no apacientan las ovejas, sino á sí mismos, buscando en el oficio su honra é interés, y no el bien de las almas.

Punto III

Jesús predice á San Pedro el martirio, para mostrarle á qué grado debe llegar su caridad.

Considera que después de haber Jesús constituído á San Pedro cabeza visible y piedra fundamental de su Iglesia, no le prometió grandes riquezas, ni grandes delicias, ni extraordinarios honores, y esto fué porque aquel que busca estas cosas, no es digno de poseer la cualidad de pastor del rebaño de Cristo. ¿Qué le prometió? ¿Qué le predijo? Las persecuciones, el martirio, la muerte de cruz. «Cuando seas viejo, le dice, extenderás tus manos y otro te ceñirá y te llevará donde no quieres ir» ¿Es posible? ¿Acaso los buenos pastores van á la muerte contra su voluntad? No; van gustosos, según el movimiento de la gracia, pero no según el movimiento de la naturaleza. Pues como dice San Agustín: «¿Quién es el que desea las aflicciones y las penas? No mandes amarlas, sino sufrirlas, pues aunque uno se regocije de sufrir lo que es necesario sufrir, quisiera mejor no verse obligado á sufrir».

Esta debe ser la resolución de los verdaderos discípulos de Jesucristo, y hasta ahí debe ir el amor generoso y constante, esto es, hasta dar gustoso su pena, sus trabajos, sus bienes y su vida misma, por la salvación de las almas.

Así es, dice San Bernardo, cómo deben honrar su ministerio; no por el lujo de sus vestidos, ni por el número fastuoso de sus caballos, ni por lo suntuoso de sus edificios, sino por el ornamento de sus virtudes, por el estudio de

las cosas espirituales y por la práctica de las buenas obras, y sobre todo de la caridad.

Pondera, por último, lo que dice el Evangelista, que San Pedro con este modo de muerte había de glorificar á Dios; porque Dios es muy glorificado de nosotros cuando de buena gana padecemos por El. ¡Oh, dichoso yo si mereciese extender mis manos como Pedro, y que otro me ciñese en tal modo de mortificación! ¡Oh, dichosa mortificación propia, con la cual se dilata y acrecienta tanto la gloria divina!

Coloquio.—¡Oh Pastor de los pastores! ¡Oh Jesús modelo de caridad y de humildad! ¡Oh amado de mi alma! concédeme que eche hondas raíces en la humildad y caridad, de modo que alcance el fin de tus preceptos, que es amarte «con puro corazón, con buena conciencia y con fe no fingida», perseverando hasta la muerte en la lealtad del verdadero amor. ¡Oh dulcísimo Maestro, di á mi alma como á Pedro, sígueme en la muerte de cruz, para que muriendo como Tú en la tierra, llegue á reinar contigo en el cielo!

Propósitos.—Sacrificarte por tus prójimos siempre y en todo. Esa es la única prueba de que amas con las obras á Cristo.

MIÉRCOLES

De nuestra adhesión inquebrantable á la cátedra de San Pedro.

Preludios.—(Los mismos de la meditación anterior.)

Punto I

La dignidad de San Pedro y sus sucesores pide nuestra veneración.

Considera que la dignidad del Pontificado es santa en su origen y está visiblemente señalada con el sello de la divinidad. La Iglesia ana-

tematiza á los que se atrevan á defender que la preeminencia de honor y de poder que pertenece á los sucesores de Pedro no es de derecho divino, y solamente la ceguedad y la obstinación pueden no ver esta verdad en las Escrituras. Mira cómo aparece San Pedro en el Evangelio con prerrogativas de honor y de superioridad y siempre como cabeza de los demás Apóstoles. Jesucristo le elige para piedra fundamental de su Iglesia; le confía con particularidad el cuidado de su rebaño, corderos y ovejas. Cuando pregunta Jesucristo, Pedro contesta en nombre de todos los Apóstoles; cuando les lava los pies, empieza por Pedro; cuando sale del sepulcro, se aparece á Pedro antes que á los demás; cuando llega el tiempo de publicar la nueva ley, Pedro es el primero que toma posesión del ministerio evangélico. Pedro hace el primer milagro en nombre de Jesucristo y ejerce el primer acto de autoridad, reprendiendo á Ananías y á Safira; es el primero que abre la puerta del Evangelio á las naciones y el que recibe las primicias de la vocación de los gentiles en la persona del centurión Cornelio. El es también quien manda y dispone la elección de un nuevo apóstol y preside en el concilio de Jerusalén.

En la división que del mundo hace el Espíritu Santo entre los Apóstoles, toca á Pedro Antioquía, capital de Oriente, Alejandría, segunda ciudad del mundo, y Roma, señora de todas las naciones. Además, en la sagrada Escritura siempre se ve á Pedro con unos distintivos de honor que le ensalzan sobre los demás Apóstoles. El evangelista San Mateo declara que la primacía corresponde á San Pedro y le

nombra el primero en la enumeración que hace de todos los Apóstoles.

¿De dónde le viene este honor, según dice San Gregorio, sino de haber sido esta la voluntad de Jesucristo? Pedro no era el más anciano, ni había sido llamado el primero al apostolado; ni era el discípulo singularmente amado; ni estaba unido á Jesucristo, como otros con los vínculos de la sangre, y no obstante todo eso, es el primero. ¿Por qué? Porque San Pedro es cabeza y pontífice de la Iglesia y pastor de los pueblos reengendrados en Jesucristo. La Iglesia no recibe en el número de sus hijos á quien no se sujete á la autoridad de Pedro; los pueblos deben obediencia á los reyes de la tierra, pero éstos llaman á Pedro Padre y le ofrecen un respetuoso tributo á su poder espiritual, y mientras Jesucristo reine, reinará Pedro espiritualmente sobre todos los reyes de la tierra.

Considera también que la dignidad del Pontificado es la más universal en su extensión. Las dignidades de la tierra tienen determinados límites; las más vastas monarquías se extienden tan sólo á ciertos lugares; existen muchos soberanos en el mundo, pero sólo Dios es el rey del universo, cuyo imperio, en el orden espiritual, comunicó también á San Pedro.

Pedro es, según la expresión del profeta, cabeza de esta Iglesia, que como un cedro llenará toda la tierra con sus raíces, cubrirá con su sombra todos los montes y extenderá sus ramas hasta las riberas del mar. Con el imperio de Jesucristo, crece y se aumenta el imperio de San Pedro, pues en todas partes donde se invoca el nombre de Jesucristo con espíritu

de verdad, es también glorificado el nombre de Pedro.

Pasó aquella grandeza romana á la que vió el Profeta tragándose la grandeza de otros infinitos estados; pasarán los siglos, y el trono de Pedro permanecerá siempre; porque la misma Providencia que permite la caída y ruina de los imperios más sólidamente fundados, prometió una estabilidad eterna al trono de Pedro. ¡Qué de guerras no ha padecido la Iglesia! ¡Cuántas potencias se han conjurado contra ella! ¡Cuántos soldados se han armado para arruinarla! ¡Ah! ¡Seguramente que si pudiera perecer ya habría perecido! Pero la espada de los tiranos, la impiedad de los bárbaros, la audacia de los novadores, la multitud de los pueblos engañados y todo el furor del infierno se ha reducido á inútiles esfuerzos. A los primeros enemigos se han sucedido otros no menos poderosos; pero la Iglesia los ha visto á todos destruídos. Toda piedra, todo error, se deshará contra esta piedra de Sión, destinada á confundir á los hijos de Babilonia. Podrás abandonar á la Iglesia; podrás perderte, separándote de ella; pero no por eso podrás perderla ni destruirla. Mientras dure la Religión, será San Pedro cabeza de la Iglesia y su poder durará tanto como el mundo.

Punto II

La dignidad del Pontificado pide nuestro amor más ardiente.

Considera que la dignidad de San Pedro y de sus sucesores reclama todo tu amor. Porque ¿qué sería de ti si no hubiera en la Iglesia

un centro de unidad en el que se reuniesen las almas y los corazones? Mira lo que sucede en las sectas separadas de la Iglesia romana: apenas abandonaron los novadores la unidad de creencia y la comunión de la Iglesia, cuando se vieron entregados á la inconstancia de su entendimiento, pasando de un dogma á otro, errando de opinión en opinión, de sistema en sistema, divididos entre sí, sin convenir en otra cosa que en impugnar á la Iglesia. Todos ellos saben muy bien cuál es la doctrina que impugnan, pero apenas saben cuál es la que siguen; no son católicos, pero si les preguntas lo que son, ni aun ellos mismos te sabrán responder.

Y pronto darás, á poco que en ello medites, con la causa de esta variedad y de esta inconstancia de su doctrina. El plan de gobierno y dependencia que sujeta el rebaño á los pastores y que une á éstos bajo el dominio de una sola cabeza, no puede ser trastornado, pues sólo bajo esta feliz unión se asegura la pureza de la enseñanza y de la disciplina.

«Hijo mío, dice el *Eclesiástico*, cuando oigas hablar á tus pastores, no te queda más remedio que creer y someterte.» Y así es, efectivamente; porque sin ese espíritu de fe y de obediencia faltará la paz, y todo será confusión. Esos espíritus de división que de todo disputan y en nada convienen, multiplican sus escritos sin que por eso cesen sus disputas, y en esa especie de combates brillará más el que tenga más talento y se valga de más ardides, pero siempre le quedará mucho que hacer y la guerra será eterna.

Contempla, si no, si hay alguna secta sepa-

rada de la Iglesia romana, en la que no se haya introducido el cisma y la discordia y cuántas veces esas divisiones. Piensa cómo en estos tiempos han surgido hombres falsamente amigos de la paz y del sosiego público, que se han quejado del celo, que ellos llaman indiscreto, de los que defienden la causa de la Iglesia, acusando á estos celosos defensores de la verdad, de espíritus inquietos que introducen la división. Acab, rey impío y protector de un culto sacrílego, argüía al profeta Elías de que él sólo turbaba la paz de Israel. «No, responde el profeta con un valor lleno de majestad; no soy yo quien turba la paz de Israel. ¿Por qué no dejas á la posteridad de Abraham que adore al Dios de sus padres? Tú, introduciendo las supersticiones extranjeras, eres quien ha encendido el fuego de la discordia».

Piensa á este propósito quiénes son los autores de las divisiones y escándalos, y verás que no son los hombres que sólo procuran mantener á los pueblos en la legítima subordinación, sino aquellos que los persuaden á que desprecien la autoridad infalible de Pedro. Nada tiene que temer el mundo de un pueblo dócil á la cátedra de Pedro; porque los que aman la obediencia aman la paz, y los que procuran sujetar los entendimientos á la sencillez y sumisión evangélica, trabajan por la conservación de los imperios. Los fastos de la Iglesia están llenos de las funestas guerras y revoluciones que ha producido el desprecio á la autoridad de Pedro; y en los tiempos presentes, ¿quién sino el racionalismo, el naturalismo, el materialismo, el liberalismo y todos

los errores condenados por la Iglesia en el *Syllabus*, han traído á los pueblos al estado de perturbación y de indisciplina en que se encuentran? Ningún espíritu recto ha mirado á los Atanasios, á los Basilios, á los Agustines, á los Franciscos, Domingos é Ignacios, en los pasados tiempos, ni á los hijos de todos estos atletas de la fe, que en los presentes tiempos predican la doctrina del Evangelio, como autores de las trágicas escenas y trastornos horrendos que en el mundo han causado esas perturbaciones. Sólo los impostores de todos los tiempos, esto es, los autores de esas hondas perturbaciones, han tenido la osadía de imputar á los predicadores de la verdad esas desgracias.

Lejos de ser tú de ese número, trabaja en la medida de tus fuerzas para disipar la nube de esas calumnias, pues á eso te obliga el amor y el agradecimiento que debes á la autoridad de San Pedro, en la seguridad de que cuanto más trabajes en defensa de ella, más bienes de paz y de tranquilidad conseguirás.

Punto III

La dignidad de San Pedro y sus sucesores, por la autoridad que en sí encierra, pide nuestra sumisión y obediencia.

Considera que la autoridad y dignidad de los sucesores de San Pedro no es una dignidad de fausto y pompa mundana que se limita á deslumbrar la vista con un vano espectáculo de grandeza profana, á la que solamente se deba un respeto puramente exterior. No, su dignidad es una dignidad de ministerio, de go-

bierno y de enseñanza infalible en la fe y en las costumbres. El Apóstol nos enseña que los pastores y Pontífices han sido establecidos para formar en los hombres el espíritu de Jesucristo y para trabajar en la edificación del cuerpo místico de Jesucristo, á fin de que así, unidos más estrechamente á la doctrina de Jesucristo, no seamos como unos niños que nos dejemos llevar del viento de las varias doctrinas.

En estas palabras del Apóstol has de ver que el destino y ministerio de los pastores de la Iglesia serían una imagen engañosa de una autoridad que en la realidad no poseerían, si estando obligados á enseñar á los hombres, éstos no estuvieran obligados á abrazar su doctrina; porque entonces, ni ellos serían pastores ni los fieles serían sus ovejas, ni tendrían más que una vana sombra de autoridad, y la dependencia de la grey sería imaginaria.

Debes, pues, obediencia y adhesión inquebrantable á la cátedra de Pedro, contra la que no prevalecerán las puertas del infierno, según la divina promesa; porque toda doctrina que esté en oposición con la cátedra de Pedro, está destituída del fundamento sobre el que Jesucristo edificó su Iglesia.

Eternamente subsistirán también aquellas otras palabras de Jesucristo á San Pedro: «Apacienta mis corderos, apacienta mis ovejas». Facultad que se extiende en cada pastor á los límites de su iglesia respectiva; pero que en San Pedro y en sus sucesores los romanos Pontífices se extiende á toda la Iglesia universal.

Todos los Santos Padres, todos los Concilios,

los Santos todos de la Iglesia, lo han entendido y creído así, y fortifica tu fe, hoy tan combatida por toda suerte de doctrinas, con estas verdades. Oye á San Ireneo y á San Cipriano, el primero de los cuales dice: «La Iglesia romana es la mayor y la más antigua de todas las Iglesias, y por razón de su primacía, todas las Iglesias particulares deben convenir con ella». Y el segundo dice también: «La Iglesia romana es el centro de la unidad, en donde deben reunirse todas las demás Iglesias; es ilusión creer que no se separa de la Iglesia el que abandona la cátedra de Pedro, sobre la cual está fundada la Iglesia».

Y de los Concilios, oye el anatema que el de Constanza fulminó condenando la siguiente proposición de un heresiarca sedicioso: «Para conseguir la eterna salud, no es necesario creer que la Iglesia romana es señora de las demás Iglesias».

Oye también aquel oráculo del Concilio de Florencia, en el que las dos Iglesias, griega y latina, se explican en estos términos: «Declaramos que el Pontífice romano es el verdadero vicario de Jesucristo, cabeza de toda la Iglesia, padre y doctor de todos los cristianos, y que en la persona de San Pedro recibió el soberano poder de gobernar la Iglesia universal».

Ten presente, por último, que nadie podrá manifestar en la sucesión de los siglos una sociedad separada de la cátedra de Pedro, en la que se haya conservado el depósito de la santa doctrina, y que el cisma y la separación siempre han ido acompañados del error.

Bajo la obediencia de la cátedra de San Pe-

dro derramaron su sangre los mártires de Jesucristo, lloraron los verdaderos penitentes, las vírgenes sabias adquirieron la corona de su virginidad, y fuera de esa sumisión á la cátedra de Pedro, las lágrimas de los penitentes han sido miradas como hipócritas; la castidad de las vírgenes, resultado de la soberbia; el martirio, como obstinación, y la más austera virtud como ilusión funesta. Jesucristo no reconoce otros santos que aquellos que se han santificado bajo la sumisión á la silla de Pedro, y no colocará en sus altares otros bienaventurados que los que le presente San Pedro.

Deduce, pues, de esta meditación, muy necesaria y práctica en los días que atravesamos, que si quieres ser verdadera oveja del buen Pastor Jesucristo, es preciso que tu amor á la Iglesia y al Papa, que es su cabeza visible y el centro de su unidad, sea un amor ardientísimo; que lo ames como á tu padre, más que á tu padre y más que á todo lo temporal; que lo defiendas siempre contra todo linaje de enemigos, sean francos como la impiedad y la masonería, sean encubiertos como el liberalismo católico y el regalismo volteriano; que defiendas sus derechos todos, á su reinado temporal, á intervenir en cuanto el Papa juzgue que debe y puede intervenir; que en la doctrina jamás, ni un ápice, te separes de él, órgano infalible de la verdad; que no busques jamás vanos subterfugios, indignos de la fe sencilla del buen católico y de la piedad filial del buen hijo, para sustraerte á sus enseñanzas; que como dice San Ignacio, estemos tan unidos y apegados en todo á la doctrina de la

Iglesia que «debemos siempre tener, para en todo acertar, que lo blanco que yo veo, creer que es negro si la Iglesia hierárquica así lo determina».

Coloquio.—¡Oh Jesús, divino fundador de la Iglesia, mi madre, en cuyo seno nací, y en el que deseo morir para poderme salvar! inspírame amor constante, firme, inquebrantable y práctico á esa Madre de mi alma, fuente para mí de toda luz sobrenatural y de toda gracia; jamás, ni en mis pensamientos ni en mis palabras me separe de ella, que sería separarme de Ti, antes creciendo cada día más en mi la fe viva, te veré á Ti en Pedro, y á Pedro en la Iglesia, y en los Pontífices los Vicarios.

Propósitos.—Defender siempre con mis palabras, obras y escritos los privilegios todos de la Iglesia y del Papa, y nada hacer ni leer en contra de ellos ni de sus decretos y prohibiciones.

JUEVES

De la aparición á todos los discípulos en el monte de Galilea, y de las cosas que les mandó y promesas que les hizo.

Preludios.—Mira á los discípulos adorando á Cristo y oyendo con suma reverencia sus mandamientos y consejos, y pídele oirlos tú y guardarlos según los deseos del divino Salvador.

Punto I

Jesucristo manda á los Apóstoles á enseñar á todas las gentes y á predicar el Evangelio á toda criatura.

Considera, lo primero, cómo los once Apóstoles, partiéndose para Galilea por mandamiento de Cristo N. S., iban por el camino con gran gozo, por la esperanza de ver á Jesús más despacio, y por inspiración del mismo Señor, iban dando noticia de su resurrección á todos

los discípulos, que estaban derramados por Galilea, de los cuales, como lo apunta San Pablo, se recogieron más de quinientos, y subieron al monte señalado, que se cree fué el monte Tabor, esperando allí la visita de su Maestro.

Pondera cuán liberalmente cumplió Cristo N. S. la promesa que hizo á sus Apóstoles de que se les mostraría en el monte de Galilea; y es de creer que les descubriría algo de su gloria y resplandor, como descubrió á los tres, delante de quien se transfiguró en aquel mismo monte. ¡Oh, qué contentos y hartos quedaron aquellos santos varones, y cuán de buena gana dijeron aquellas palabras que dijo San Pedro en la transfiguración: «Señor, bueno es quedarnos aquí contigo, sino es que otra cosa ordenes de nosotros». Todos los Apóstoles le adoraron y reconocieron por su Dios; y si algunos dudaron, fueron de los otros discípulos más imperfectos que al principio tuvieron alguna duda, pero con su presencia se la quitó, llenando á todos de alegría.

Oye á Jesús que acercándose á ellos, les dijo: «Dada me es toda potestad en el cielo y en la tierra. Id por todo el mundo, enseñad á todas las gentes y predicad el Evangelio á toda criatura».

Pondera, cómo Cristo N. S., por los méritos de su Pasión y muerte, alcanzó en cuanto hombre toda la potestad en el cielo y en la tierra; porque aunque era suya en cuanto Dios, y por otros muchos títulos se le debía por la unión hipostática y por ser cabeza de ángeles y hombres, pero también quiso ganarla con su muerte y Pasión, y por esto dijo á sus discípulos: «Ahora se me ha dado toda potestad en el

cielo y en la tierra». La potestad en el cielo es para abrir sus puertas y admitir dentro de él á los hombres, distribuyéndoles las sillas celestiales, y para mandar á los ángeles todo lo que quisiese en bien de sus escogidos. La potestad en la tierra es para perdonar los pecados, trocar los corazones y repartir sus gracias y dones espirituales con nosotros; y ambas cosas cumplió en subiendo al cielo, llevando consigo, como dice David, cautiva la cautividad de las almas justas, y repartiendo dones á los hombres.

Considera luego, cómo usando Cristo N. S. de esta potestad, mandó á sus Apóstoles que fuesen por todo el mundo y enseñasen á todas las gentes, no sólo á los hebreos, sino á los gentiles, y no sólo á los nobles y poderosos, sino á cualesquiera por viles que fuesen, predicando el Evangelio á toda criatura, dando á todos noticia de los artículos de nuestra fe. Así instituyó á los Apóstoles maestros universales de la doctrina, y todo hombre, sea rey ó vasallo, tiene obligación de escucharlos y obedecerlos. En lo cual se echa también de ver cómo la voluntad de Cristo N. S. es, como dice San Pablo: «que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad». Porque como la bondad del Padre celestial se muestra en que este sol corporal nazca para buenos y malos, y la lluvia caiga sobre justos y pecadores, así la caridad de su Hijo se descubre en que el sol de su Evangelio alumbre á todos los hombres del mundo y la lluvia de su doctrina riegue los corazones humanos de toda la tierra, sin hacer diferencia de unos á otros, ni sin aceptar personas, porque todas son sus criaturas.

Punto II

Manda Jesús á los Apóstoles bautizar en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

Considera, cómo Cristo N. S., después que mandó á sus Apóstoles que enseñasen las cosas de la fe á todos los hombres, que era como catequizarlos y disponerlos para el bautismo, les mandó otras dos cosas. La primera fué, que los bautizasen en nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, con lo cual trocó el rigor de la circuncisión en la blandura del bautismo, así como trocó las leyes cuya entrada eran, porque la circuncisión era puerta y entrada de la ley vieja, que era ley de temor y de siervos, y así los cauterizaba y señalaba con una señal exterior, dolorosa y afrentosa, cortando parte de su carne con derramamiento de sangre. Pero el bautismo es puerta y entrada de la ley nueva, que es ley de gracia y de amor, ley de hijos, escrita principalmente en sus corazones; y así los señala con un lavatorio blando de agua; en señal del lavatorio interior del alma, donde les imprime el carácter ó señal del cristianismo, y les comunica la gracia y caridad propia de hijos. De aquí es, que este bautismo se da en nombre de la Santísima Trinidad, porque todas tres Personas hacen maravillosos efectos en el bautizado. El Padre le toma por hijo adoptivo, heredero de su cielo, recibiéndole debajo de su protección. El Hijo de Dios le toma por hermano y compañero de su herencia, y de los merecimientos y frutos de su Pasión, recibiéndole por su discípulo y amigo muy querido. El Es-

píritu Santo toma el alma por esposa suya, adornándola con las dotes de las virtudes sobrenaturales, desposándola consigo en fe y caridad y misericordia muy copiosa. Y toda la Santísima Trinidad la toma por su templo y morada, entrando dentro de ella con deseo de permanecer para siempre en ella y de unirla consigo con unión de amor, á semejanza de la unión que tienen las tres divinas Personas en su divina esencia. Estos son los nombres gloriosos que Isaías llama nombres nuevos, que pone Dios al bautizado y al cristiano que está unido con Cristo, y es hijo, amigo, compañero y discípulo suyo, y su alma esposa de este Dios infinito. Alábente, Señor, todas las jerarquías de los ángeles, por las innumerables mercedes que has hecho á los hombres y les haces por medio de este soberano Sacramento. ¿Con qué te pagaremos la suavidad que tienes con nosotros, habiéndolas Tú comprado con tu preciosa sangre? Tu cuerpo fué cauterizado con terribles llagas para ungir mi alma en el bautismo con excelentes gracias, vistiéndola con la vestidura de tu gracia: mas, ¿qué digo de tu gracia? Tú mismo eres su vestidura: pues, como dice el Apóstol, todos los que hemos sido bautizados en Cristo nos habemos vestido de Cristo, y pues siendo sumidos en el agua, salimos renovados con tu gloriosa resurrección, confirma en mí lo que has comenzado, renovando la dignidad que me diste en el bautismo, para que llegue á gozarla cumplidamente en la gloria.

Punto III

Manda Jesús á los Apóstoles que enseñen á los fieles á guardar todo lo que El les había mandado.

Considera cómo luego les mandó que enseñasen á los bautizados cómo habían de guardar todo lo que El les había mandado; como quien dice: No se han de contentar con ser bautizados, sino también han de vivir vida digna de la fe y gracia que les doy en el bautismo, guardando, no los preceptos y ceremonias que mandó guardar Moisés en su ley escrita, porque todo eso está ya derogado, sino todas las cosas que Yo os mandé cuando publiqué mi ley evangélica. De suerte que, por este mandato, Cristo N. S. quitó de nuestras cervices el yugo pesado de la ley vieja, de quien dice San Pedro en nombre de todos los Apóstoles, que ni ellos ni sus padres le pudieron llevar, y en su lugar nos pone el yugo suave y la carga ligera de la ley evangélica, con obligación de que guardemos todos sus preceptos sin quebrantar ni uno solo. Gracias te doy, ¡oh dulcísimo Maestro! por haber trocado el yugo pesadísimo de Moisés en el yugo suavísimo de tu Evangelio, para descanso de nuestras almas. Justo es, Señor, que yo cumpla todos tus preceptos, pues son pocos y suaves, puestos por Ti, á quien tanto debo, por lo mucho que has hecho y padecido por mí. Deseo guardarlos y enseñar á otros que los guarden, pues Tú dijiste que «quien hiciese y enseñase sería grande en tu reino»; ayúdame con tu doblado espíritu para cumplir ambas cosas que aquí has mandado.

Escucha cómo Jesucristo añade: «El que creyere y fuere bautizado, será salvo; el que no creyere, será condenado»; lo que Cristo N. S. dice para alentarnos al cumplimiento de lo que manda. No promete ni amenaza bienes ó males corporales y temporales, como en la ley vieja, sino bienes ó males espirituales y eternos, que son gozar de la salvación que nos ganó con su pasión y muerte ó carecer de ella para siempre. El que creyere y fuere bautizado, y cumpliere lo demás que os he mandado, alcanzará perdón de sus pecados, salud espiritual de su alma por mi gracia, y después la vida eterna; y quien no creyere perderá todo esto; y asimismo quien cree con la fe, pero con las obras niega conocer á Dios, también será condenado. Porque no conforma la vida con la creencia, ni cumple con la obra lo que prometió en el bautismo. ¡Oh Dios de mi alma! Descúbreme los tesoros innumerables que están encerrados en esta palabra, *será salvo*, para que el amor de ellos me solicite á cumplir todo lo necesario para salvarme. Y también me descubre el abismo de miserias que está encerrado en esta palabra, *será condenado*, para que me aguije el temor de tan terribles males, cuando no me despertare el amor de los celestiales bienes.

También ponderaré la infinita caridad y liberalidad de Cristo N. S., que resplandece en no haber dicho: «Quien no creyere, ni fuere bautizado, se condenará»; sino solamente: «Quien no creyere»; para enseñarnos que, aunque es verdad que quien deja el bautismo por desprecio, ó notable descuido, se condenará; «porque quien no nace de agua y Espíritu

Santo, no puede entrar en el cielo»; pero cuando el hombre tiene deseo de recibirle, y sin culpa suya no puede, no se condenará, si tiene viva fe y dolor de sus pecados, porque ya espiritualmente está engendrado é incorporado con Cristo en virtud de la contrición y propósito del bautismo, y no quiso este Señor estrechar la entrada en el cielo á cosa que el hombre capaz de razón sin culpa suya, no pudiese recibir.

Coloquio.—¡Oh Padre amorosísimo! Pues soy criatura tuya, alumbra este mundo abreviado que criaste, dando luz á todas mis potencias, y riégalas con el rocío de tu soberana doctrina para que conozca á Ti, solo Dios verdadero, y al que enviaste al mundo Jesucristo tu Hijo, de tal manera que obrando conforme á este conocimiento, alcance la vida eterna.

Propósitos.—Guardar, hasta en las cosas más pequeñas, los mandamientos de la ley de Dios y de la Iglesia, para no poner en peligro mi salvación.

VIERNES

De la promesa que hizo Cristo N. S. á sus discípulos de estar con ellos hasta el fin del mundo.

Preludios.—(Los mismos de la meditación anterior.)

Punto I

De las causas porque Cristo N. S. hizo á sus discípulos tan regalada promesa.

Considera cómo dichas las cosas que quedan referidas, añadió Cristo N. S.: «Mirad que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo». Esta promesa es de las más regaladas y gloriosas que Cristo N. S. hizo á sus

Apóstoles, y en cada palabra de ella hay mucho que considerar, ponderando quién es la persona que hace esta promesa, qué causas le mueven, cómo la cumple; con qué personas, con qué continuación y por cuánto tiempo; porque todo esto se toca en las palabras propuestas, y la primera, que es «Mirad», nos convida á que las consideremos.

Lo primero, se ha de considerar las causas que tuvo Cristo N. S. para decir á sus discípulos que se quedaba con ellos. La primera, para consolarlos en la ausencia que había de hacer subiéndose al cielo, y en la ausencia que sentían no viéndolo sino de tarde en tarde en estos cuarenta días; como quien dice: aunque Yo me voy al cielo y aunque ahora os veo pocas veces, pero sabed y tened por cierto que estoy con vosotros invisiblemente. «No os dejaré huérfanos», sin padre y sin consolador, porque aunque no me veáis, estoy con vosotros siempre tan presente como si me vieseis. La segunda causa fué, para esforzarlos en la empresa que les encargaba, enviándoles por el mundo á predicar y bautizar y hacer milagros, asegurándoles que siempre andaría con ellos para su ayuda; como si les dijera: no desmayéis por veros flacos para tan alta empresa, porque Yo mismo estoy siempre con vosotros, fortaleciendo vuestra flaqueza; y Yo tengo de hacer estas obras en vosotros, y os acompañaré dondequiera que fuereis, sin apartarme de vuestro lado. La tercera causa fué, para avivarlos en la ejecución de todo lo que les mandaba, porque sabiendo que estaba con ellos presente, mirando cómo trabajaban en su oficio, esta memoria les haría cuidadosos

y diligentes en hacerle sin faltas é imperfecciones, antes con toda la perfección que pudiesen, como quien estaba á la mira de su Maestro y Señor, á quien deseaban agradar.

Estas tres razones tengo de aplicar á mí mismo, imaginando, como es verdad, que por ellas me dice Cristo N. S.: «Mira que Yo estoy contigo presente», como consolador y como ayudador, y como testigo de lo que haces; por tanto, nunca te olvides de mí, sino siempre acuérdate que estoy contigo en tus trabajos para consolarte, en tus ministerios y oficios para ayudarte, y en todas tus obras para juzgarte y galardonarte. ¡Oh dulcísimo Señor! si Tú estás conmigo, ¿qué me puede faltar? ¡Oh Dios invisible, concédeme que viva como si siempre te viera! No me dejes huérfano, pues eres mi padre, ni me dejes desconsolado, pues eres mi consolador; asiste siempre conmigo, pues sabes que sin Ti nada puedo, y contigo lo podré todo; y advirtiendo que me miras, se avivará mi tibieza con tu presencia.

Punto II

De la excelencia y grandeza de esta divina promesa de Cristo.

Considera la grandeza de la promesa que se encierra en estas tres palabras: «Yo estoy con vosotros».

Pondera, lo primero, quién es este que dice «Yo». No dice como á Moisés: «Yo enviaré mi ángel que vaya delante de ti y te guarde en el camino, y te entre en la tierra de los cananeos», sino Yo mismo, dice, estoy con vosotros, y os acompañaré en vuestra jornada, y os

guardaré y entraré en la tierra de los gentiles. Yo, Dios omnipotente, infinito y eterno, á cuya voluntad ninguno puede resistir. Yo, vuestro Salvador, que vencí al demonio, despojé al infierno, y he destruído el reino del pecado y la tiranía de la muerte. Yo, á quien ha sido dada toda la potestad en el cielo y en la tierra, os envío por el mundo como mi Padre me envió á Mí, asistiendo con vosotros como El asistió conmigo. Yo, vuestro maestro y protector, cuyo poder, liberalidad y amor habéis experimentado, y soy el mismo que solía. Yo estoy con vosotros, y soy vuestro compañero invisiblemente, como hasta aquí lo he sido corporalmente.

Y en decir con vosotros, abraza todos los modos que hay de estar con ellos. El primero, es común á todas las criaturas con las cuales está presentísimo, dándolas el sér, vida y movimientos que tienen. El segundo, es común á todos los justos, con los cuales está por gracia, dándoles la vida sobrenatural y las virtudes. El tercero, es especial á los muy escogidos, con los cuales está con particular providencia, cuidando de ellos, y obrando por ellos obras grandes y maravillosas. El cuarto, es por el Santísimo Sacramento del altar, en el cual asiste real y verdaderamente, en cuanto Dios y en cuanto hombre, para ser nuestra comida y sustento espiritual. De todas estas maneras está Nuestro Señor en su Iglesia cuidando de ella y gobernándola, como el rey está en su reino, el piloto en su navío, el padre de familias en su casa y el maestro en su escuela, y todo esto promete cuando dice: «Yo estoy con vosotros, esto es, con vosotros que repre-

sentáis mi Iglesia universal, y con vosotros que sois mis discípulos queridos, y con todos los que os imitaren y siguieren».

Gracias te doy, dulcísimo Jesús, por tan liberal y magnífica promesa como haces á tu Iglesia y á los discípulos de tu escuela. Dichosos aquellos con quienes estás con tan regalados modos de presencia. ¡Oh, si siempre estuvieses conmigo de esta manera, para que siempre yo estuviese contigo, sirviéndote y amándote, sin apartarme de Ti por todos los siglos!

Punto III

De la duración de esta promesa de Cristo N. S.

Considera la continuación y duración de esta promesa, que se declara en las dos palabras postreras: todos los días, hasta la consumación del mundo. De suerte que Cristo. N. S. está con nosotros, no días interpolados, sino todos los días y todas las horas y momentos del día; y no por tiempo limitado de mil ó dos mil años, sino hasta que el mundo se acabe; en lo cual nos asegura que su Iglesia durará hasta el fin del mundo, y por consiguiente, sus leyes, sacramentos y sacrificios; y así, que el día de hoy está con nosotros, y el de mañana estará también, hasta el día postrero; y acabado el mundo, estará con los suyos mucho mejor, por otro modo más excelente, que dure toda la eternidad. Por todo lo cual tengo de dar gracias á este Señor, y suplicarle me haga participante de esta merced, que siempre, en todo tiempo y lugar esté conmigo, sin apartarse ni un solo momento de mí hasta el fin de mi vida,

proponiendo no me apartar ni olvidar de El, en cuanto me fuere posible, acordándome de lo que dice San Agustín: «Como ningún momento de tiempo hay en el cual el hombre no goce y se aproveche de la divina piedad, así no ha de haber momento en el cual no le tenga presente en su memoria». Justo es, Dios mío, que pues Tú siempre estás conmigo y me tienes presente delante de Ti, yo también siempre esté contigo y te tenga presente delante de mí. Mas porque esto excede á mis flacas fuerzas, concédeme por tu gracia lo que deseo, pues con ella me será fácil lo que sin ella no puedo.

Saca de esta consideración fe vivísima y confianza sin límites en el triunfo de la Iglesia, esposa de Cristo, de todos sus enemigos. Aunque la veas perseguida por la herejía y la impiedad, no temas; las olas la podrán combatir y hacerla zozobrar, pero en la barquilla de Pedro está Cristo, que vela, aunque á veces parece dormido. Por eso, ni han prevalecido ni podrán prevalecer contra ella las puertas del infierno.

Coloquio.—¡Oh dulcísimo Jesús, que hiciste á tus Apóstoles tan dulce y consoladora promesa! Con ella me alentaré á luchar con los enemigos de la Iglesia y de mi alma, porque Tú estás conmigo. Con ella procuraré vivir en santidad y en perfección, porque Tú me ves y me has de juzgar; con ella me consolaré en las tribulaciones y trabajos. No me abandones, que yo tampoco quiero abandonarte; antes estar y vivir contigo en el tiempo y en la eternidad.

Propósitos.—En todas ocasiones, para consolarte, animarte y hacerlo todo bien, acuérdate de que Jesús está contigo, procurando á tu vez estar siempre con Jesús.

SÁBADO

Aparécese Cristo N. S. á los Apóstoles el mismo día de la Ascensión.

Preludios.—(Los mismos de la meditación anterior.)

Punto I

Despídese Jesús de sus discípulos.

Considera cómo llegado el día en que Cristo N. S. había determinado subirse á los cielos, se apareció á los discípulos en el cenáculo, comió con ellos y luego les dijo cómo aquel día se había de partir para su Padre. Es de creer, que para consolarlos de la tristeza que esta nueva les causó, renovó algunas de las razones que les dijo en el sermón de la cena.

Lo primero, puedes meditar que les diría: «Voy á preparar lugar para vosotros, y otra vez vendré y os llevaré conmigo». Como quien dice: Yo subo al cielo para abrir sus puertas y dar entrada á los justos para que gocen de las moradas que están preparadas en la casa de mi Padre; alegraos, que yo volveré por vosotros en la hora de vuestra muerte y os llevaré conmigo, poniéndoos en el lugar que mi Padre os tiene señalado.

Luego les diría: «Si me amáis, habéis de holgaros porque voy á mi Padre, porque mi Padre es mayor que Yo». Que es decir: Si me tenéis amor, habéis de holgaros de mi honra y de mi contento; porque subo á mi Padre que está en los cielos, el cual es mayor que Yo, en cuanto soy hombre, y me ha de honrar y glorificar, poniéndome á su mano derecha, en

donde goce con quietud del reino eterno que con mi Pasión he conquistado.

Añadiría también: «A vosotros importa que Yo me vaya, porque si no me fuere, no vendrá el Consolador; pero si me fuere, Yo os lo enviaré». Como quien dice: No sólo importa á mi honra subirme al cielo, sino también á vuestro provecho, para que se perfeccione vuestra fe, vuestra esperanza y vuestra caridad y venga del cielo la plenitud del divino Espíritu, porque si Yo no subo, no vendrá el Espíritu Santo. Está decretado que Yo suba primero, y desde allá os le envíe, y vosotros no estáis preparados para recibirle, porque estáis apegados á mi corporal presencia; y es menester que os descarnéis de ella, para recibir don tan soberano. Por tanto, alma mía, mira bien que tu Dios es espíritu y quiere ser amado con amor espiritual, desnudo de todo resabio de amor propio. Y si amar la presencia corporal de Cristo con amor algo interesado impide la venida del Espíritu Santo, ¿cuánto más la impedirá amarte á ti misma ó á otra criatura con amor desordenado?

Punto II

Promete Cristo N. S. la venida del Espíritu Santo.

Considera cómo habiendo Cristo N. S. consolado á sus discípulos, les dijo: «Estaos quedos en la ciudad, hasta que seáis revestidos con la virtud de lo alto». En estas palabras les promete la venida del Espíritu Santo, con modo muy misterioso. Porque les dice primeramente, que se sienten y estén quedos, para enseñarles que la quietud del cuerpo y del es-

píritu es importante para recibir este don celestial, y avisarles que le esperen con paciencia; y á esta causa no les quiso señalar el día en que les pensaba enviar el Espíritu Santo, porque cada día le esperasen y le pidiesen, y se prepararan para recibirle. Solamente les dijo que serían bautizados con el Espíritu Santo, «no de aquí á muchos días», para que tuviesen algún consuelo de que no sería muy larga la dilación. De donde sacaré aviso para esperar con paciencia la venida del divino Espíritu, con la plenitud que deseo, remitiendo á la divina Providencia el día de su venida.

Les dijo, después, que se estuviesen en Jerusalén, y aunque parecía más á propósito que se fueran al desierto para esperar allí con quietud la venida del Espíritu Santo, no quiso sino que le esperasen en la ciudad, porque el Espíritu Santo no se les daba para ellos solos, sino para bien de todos los hombres; y así convenía se les diese en lugar público, de donde pudiesen salir luego á predicar la ley de Cristo. Demás de esto, Dios N. S. más desea la soledad del corazón que la del cuerpo, y en medio del bullicio puede haber corazón quieto, pacífico y apto para recibir á Dios. Y quizá por esto, esta ciudad aunque populosa, se llama Jerusalén, que quiere decir visión de paz.

También les dijo que se estuviesen allí hasta que fuesen vestidos de la virtud de lo alto, esto es, de la fortaleza del Espíritu Santo; en lo cual les da á entender que están desnudos y desarmados, flacos, pusilánimes y vacíos del espíritu que es menester para predicar el Evangelio, y así que se han de estar quedos

hasta que venga el Espíritu Santo, el cual los vestirá con su gracia y dones y virtudes celestiales, dándoles fortaléza para esta empresa. Y esta virtud viene de lo alto, porque ella es superior á nuestras fuerzas humanas. De donde sacaré dos avisos: que importa fundarme en humildad, reconociendo mi flaqueza, y por esto Cristo N. S. no dijo estaos quedos hasta que os vistáis, sino hasta que seáis vestidos. Y que es temeraria presunción salir á estas graves empresas antes de ser vestido de la virtud de lo alto, porque quien sale á pelear sin armas contra fuertes enemigos, será destruído de ellos.

Punto III

Cómo Cristo sacó á sus discípulos fuera de Betania, y los llevó al monte de las Olivas.

Considera cómo Cristo N. S. dijo á todos los discípulos que estaban en el cenáculo que se fuesen luego á Betania, al monte de las Olivas, porque desde allí había de subirse al cielo. No consta si El mismo los sacó y acompañó algún rato, ó si se desapareció y ellos se fueron solos. Como quiera que haya sido, los Apóstoles cumplieron luego el mandamiento de Cristo N. S. Y es de creer que á la salida del cenáculo se acordarían de la salida que hicieron para el huerto de Getsemaní, que estaba á un lado del monte de las Olivas, y cómo fueron llenos de grandes tristezas y congojas, temblando de miedo por los trabajos que esperaban con la muerte de su querido Maestro. Pero ahora saldrían con ansias, mezcladas de tristeza y alegría, esperando su gloriosa subida

al cielo, y con este fervor caminarían con paso apresurado.

Cristo N. S. escogió para subir al cielo el monte Olivete, en donde oró á su Padre con agonía y sudor de sangre, y donde fué desamparado de sus Apóstoles, entregado por Judas á sus enemigos, atado con sogas, y de donde salió á padecer las ignominias de la cruz, para que se entendiese que por estos trabajos ganó el cielo, y yo entienda que, si tengo paciencia, lo que fuere principio de mi humillación lo será de mi exaltación, y de los trabajos temporales subiré á los descansos eternos. También para esta subida señaló á Betania, que quiere decir casa de obediencia, y al monte de las Olivas, que representa la cumbre de la misericordia y caridad, para significar que todas las cosas que hizo desde que encarnó hasta que subió á los cielos, fueron por obedecer á su Padre. Y todas también fueron por el supremo fin de la caridad y misericordia para bien de los hombres, por su amor, y por librarlos de su miseria. Y juntamente nos enseña que el camino para subir al cielo es Betania y el monte de las Olivas, casa de obediencia y cumbre de caridad y misericordia.

Coloquio.—¡Oh Hijo unigénito del Padre, que por los caminos de la obediencia y caridad subiste á sentarte á su mano derecha! Suplícote me favorezcas para que toda mi vida more en casa de obediencia, sin apartarme un punto de tu voluntad, procurando siempre subir á lo más alto de la caridad y misericordia. ¡Oh dulce Jesús mío! Llegada es para Vos la hora del triunfo eterno y de la recompensa. Subid, subid al cielo desde ese monte Olivete que presenció vuestra agonía, pero llevad con Vos mi corazón y mi mente para que moren en el cielo con Vos. Revestidme de la virtud de lo alto para que, apren-

diendo á sufrir como Vos, merezca un día acompañaros en vuestra gloria.

Propósitos.—Ama mucho y cada día más la soledad y el retiro, que sólo así sabrás disponerte para el trato y comunicación con Dios.

QUINTA SEMANA DESPUÉS DE PASCUA

DOMINGO

De los motivos que tuvo Cristo N. S. para dejar á sus discípulos y subir á los cielos.

Preludios.—Mira á Cristo N. S. saliendo con sus discípulos hacia Betania y deteniéndose en el monte Olivete, que está en el camino. Contempla cómo se despide de su dulcísima Madre, con afectos tan tiernos, que sólo podemos reverenciarlos en silencio, pero no comprenderlos. Pide á Jesús que arrebate tu alma y la lleve consigo.

Punto I

De las causas de la Ascensión de Jesucristo á los cielos.

Considera cómo después que resucitó el Salvador del mundo, ya impasible y glorioso, estuvo acá en la tierra cuarenta días; pero al final de ellos se determinó á subir á los cielos y volver al lugar de donde había bajado, para dar fin y cumplimiento á la obra que el Padre Eterno le había encomendado. Durante estos cuarenta días se mostró á los Apóstoles, probando que verdaderamente había resucitado, por muchos medios y señales, apareciéndoseles y hablándoles siempre del reino de Dios. No estaba el señor en este tiempo siempre con sus discípulos, ni siempre se les aparecía, sino de cuando en cuando, para que por una parte se confirmasen en la fe de la resurrección viéndole vivo, y que hablaba, comía y trataba con ellos, y por otra, para que poco á poco se

acostumbrasen á carecer de su presencia corporal y sintiesen menos la ausencia que, subiendo á los cielos, había de hacer el día de su maravillosa Ascensión.

Tomó cuarenta días para conversar con los suyos porque, como había estado cuarenta horas muerto, le viesen cuarenta días vivo, y por aquí sacásemos cuánto más liberal es Dios en los consuelos que en las penas, y en los gozos que en los trabajos, pues las penas se miden por horas, y los gozos y consuelos por días. En este tiempo habla el Señor con sus discípulos del reino de Dios, porque aunque todas las palabras que habló Cristo N. S. en su vida fueron enderezadas para enseñarnos en qué consiste el reino de Dios, y por qué camino hemos de ir á él, todavía después de su santa resurrección hablaría más claramente de la grandeza y excelencia del reino de los cielos, así porque El ya dejaba sus discípulos corporalmente y se iba á él, como porque los mismos discípulos estaban más hábiles para entender aquella doctrina que les enseñaba de cosa tan alta y que tanto excede nuestra capacidad, y asimismo les hablaba del reino de Dios, porque les declaraba el gobierno de su Iglesia, que es su reino, y sus vasallos son los fieles, los cuales el mismo Señor, como Rey soberano, gobierna por sus ministros exteriormente, é interiormente por los dones y gracias que infunde en las almas, justificándolas, santificándolas y guiándolas á la bienaventuranza.

Habiendo, pues, nuestro celestial Maestro enseñado á sus Apóstoles las maravillas del reino de Dios, y confirmádolos en la fe de su resurrección, determinó subir á los cielos en

cuerpo y en alma, y, como nobilísimo triunfador, entrar triunfando en aquella imperial ciudad, acompañado de aquel innumerable ejército de cautivos que con su sangre había rescatado, porque así convenía á su gloria y á nuestro provecho. A su gloria convenía, porque habiendo resucitado de una vida pasible y mortal á otra impasible é inmortal, no era decente que su cuerpo glorioso estuviese en la tierra, que es lugar de miseria y corrupción, sino en el cielo, que es incorruptible y lugar propio de los cuerpos glorificados. Convenía á la grandeza del Señor que se había humillado y abatido tanto por nosotros, que El mismo dijo de sí: «Yo soy gusano y no hombre, oprobio de los hombres y desecho y menosprecio de la gente», que fuese glorificado y ensalzado, no solamente sobre todos los hombres, pero sobre todos los coros de los ángeles, y colocado á la diestra del Padre. Convenía á su bondad que nos declarase que su reino no era de la tierra, sino del cielo, y que no consiste en los bienes caducos y frágiles de esta vida, que, por mucho que duren, con ella se acaban, sino en los espirituales y eternos; y que no tiene más parte en el reino de Cristo el más noble ni el más honrado, y más rico y abundante de los bienes temporales, sino el que con más ansia sube con Cristo al cielo y anhela á la bienaventuranza. Convenía asimismo que con esta subida á los cielos nos enseñase que no es este mundo nuestra patria, sino cárcel y destierro, y que las almas cristianas y puras, aunque el cuerpo esté en la tierra, deben morar por deseo donde está todo su bien.

Punto II

El misterio de la Ascensión debe aumentar la fe, la esperanza y la caridad de los amantes de Cristo.

Considera cómo siempre de tal modo hace el Señor su obras, que en ellas junta su gloria y nuestro bien, como se ve en esta Ascensión del Señor, de la cual se derivan á El mucha gloria, á nosotros muchas y muy grandes utilidades. Porque primeramente aprovechó esta gloriosa subida del Señor para mayor perfección de nuestra fe. En efecto, á la condición de la fe pertenece que no se vean las cosas que se creen, para lo cual fué conveniente que este Señor, que fué el objeto principal de nuestra fe, se ausentase de nuestra vista, para que así fuese nuestra fe de otra condición que la de Santo Tomás, á quien dijo el Señor: «Porque me viste, Tomás, creiste; bienaventurados los que no vieron y creyeron»; de suerte que nuestra fe, que no consiste en ver con los ojos corporales y tocar con las manos, sino en no ver y creer, con la subida del Señor al cielo se hizo más robusta y vigorosa. Demás de esto, fuénos provechosa la Ascensión del Señor, porque con ella se aviva y asegura nuestra esperanza; porque El mismo dijo que iba á prepararnos lugar, como lo hizo, subiendo al cielo; porque no subió solamente para sí, sino para todos nosotros, y como cabeza nuestra tomó la posesión de aquella gloria para sus miembros. Rompió los cerrojos con que habian sido cerradas las puertas del cielo por el pecado de Adán; abriónos el camino para que nosotros pudiésemos llegar á aquella ce-

lestial bienaventuranza; y para que tuviésemos más ciertas prendas seguras de este tan gran bien, llevó consigo las almas de aquellos Santos Padres que había librado del limbo. Y así dijo el Señor hablando con el Padre Eterno antes de su Pasión: «Padre, yo quiero que los que Vos me habéis dado, estén conmigo donde yo estoy». Porque aunque en su Pasión nos mereció Cristo este reino y nos adquirió el derecho que tenemos á él, mas en la Ascensión de hecho nos abrió el camino y nos mostró que ya el cielo está conquistado y la posesión está tomada en nuestro nombre.

Considera luego, cómo la caridad se enciende y se inflama con esta subida del Señor. Porque si donde está nuestro tesoro allí está nuestro corazón, y todo nuestro tesoro es Cristo, ¿dónde es razón que esté nuestro corazón sino donde está Cristo? Y que estando nuestro tesoro en el cielo, no esté nuestro corazón en la tierra. En el cielo ha de estar nuestro amor, nuestra esperanza, nuestra alegría, nuestros pensamientos y nuestros deseos. Allí está todo nuestro bien, y mucho más debemos estar colgados de él que este mundo inferior lo está de las influencias del cielo.

Punto III

De otros motivos de este soberano misterio.

Considera que también fué necesaria la Ascensión del Señor á los Apóstoles, á los cuales el mismo Jesucristo dijo que no podrían recibir al Espíritu Santo, si El primero no subiese á los cielos, porque con su presencia corporal estaban entretenidos y recreados y miraban

aquella sagrada humanidad con ojos de carne, y no subían á la consideración de la majestad inmensa de la divinidad como lo hicieron después que el Salvador subió á los cielos. También por otra razón fué de grandísimo provecho para nosotros esta subida del Señor, porque así como en la tierra hizo oficio de Redentor, así ahora en el cielo hace oficio de nuestro Abogado, como lo dice el amado discípulo por estas palabras: «Hijos míos, esto os escribo para que no pequéis; pero si alguno pecare, Abogado tenemos para con el Padre, á Jesucristo su Hijo, el cual es propiciación por nuestros pecados». Y no sólo es Abogado, mas también es gobernador y proveedor y defensor de su Iglesia, con la cual está y estará, como El lo prometió, hasta el fin del mundo, no solamente en la Eucaristía, en la cual, partiéndose de nosotros, se nos dejó para nuestro remedio y consuelo, sino asistiéndola y gobernándola con su admirable é inefable providencia; porque todos los dones y todas las gracias que continuamente se reparten del cielo á toda la Iglesia y á cada uno de los fieles, se reparten por medio de este Señor, que es la fuente de gracia, y así dice San Pablo: «que á cada uno se da la gracia según la medida con que Cristo la da y reparte». Así que la Ascensión del Señor fué muy gloriosa para El y muy provechosa para nosotros.

Subió, pues, al cielo Cristo N. S., para honrar con su presencia al Eterno Padre, para enviar á la Iglesia el Espíritu Consolador, para tomar posesión del cielo para todos sus hijos, para sentarse en la silla debida á su humildad y grandeza, para alegrar toda la

corte celestial con su vista, para llenar las sillas vacías que perdieron los malos ángeles y poblarlas de las almas santas que llevó libres y cautivas, y dar á cada una su lugar conforme á sus merecimientos; subió el Señor, para que su santísima Madre, viéndole subir á su casa, se olvidase de todos los trabajos y dolores que padeció en sus tormentos y penas, y para que sus discípulos, animados con estas prendas de esperanza tan seguras, se animasen y no temieran los peligros y tempestades que habían de pasar en la predicación del Evangelio. Subió el Señor, para que subiendo á lo alto, y llevando por cautivos suyos á los que antes lo eran del príncipe de las tinieblas, repartiese magníficamente sus dones á los hombres. Desde el cielo repartió su espíritu á toda su Iglesia, la caridad á los Apóstoles, la fortaleza á los mártires, la sabiduría á los doctores, la castidad á las vírgenes, la humilde penitencia á los confesores, la luz y prudencia á los superiores, y la obediencia y sujeción á los inferiores, y todos los estados enriqueció con su divina y larga mano. Finalmente, subió el Señor, para llevar consigo nuestros corazones desnudos y descarnados de todo amor y escoria de la tierra, y estando El, que es nuestro tesoro, en el cielo, allí estén ellos y moren con El.

Coloquio.—Subid, Señor: subid, amor, luz, vida y descanso de las almas limpias, y todo nuestro bien. Subid, no al monte Calvario para ser crucificado entre dos ladrones en un madero, sino del monte de las Olivas, para ser glorificado entre los coros de los ángeles y de las almas santas que invisiblemente os acompañan; no para ser enclavado y condenado, sino como libertador de condenados;

no para padecer y morir, sino para triunfar de la misma muerte y del pecado. Levantaos, Señor, para ir al lugar de vuestro descanso, Vos y el arca de vuestra santificación. Arca de donde se pagó la deuda de todo el mundo, en la cual están todos los tesoros de Dios escondidos, arca de santificación y de amistad, por la cual fueron los hombres santificados y reconciliados con Dios. Pero al levantaros, arrastrad mi vista y mi corazón para que no more ya en la tierra sino con Vos en el cielo.

Propósitos.—Seguir con el corazón á Jesús y procurar vivir de máximas y principios, no de la tierra, sino celestiales.

LUNES

De las lecciones maravillosas que nos da Cristo N. S. en su subida á los cielos.

Preludios.—Ver á Cristo N. S. subir al cielo y pedirle nos inspire tal manera de vivir que le sigamos en la gloria.

Punto I

Jesucristo en su Ascensión nos enseña que el término de nuestras aspiraciones debe ser el cielo.

Consideraré primeramente, que la Ascensión de Cristo me da motivo para meditar el fin para que fuí criado; porque en esta gloriosa Ascensión nos da á entender el Hijo de Dios, que el término á que debemos aspirar es el cielo. Después de su resurrección no se había dejado ver sino de cuando en cuando, ya de unos, ya de otros de sus discípulos; pero en este último día, en que había al fin resuelto dejar la tierra, los juntó á todos, y quiso que le viesen todos salir de este mundo y volver á su Padre. ¿Qué pretendía darles á entender con esto? Su principal fin fué convencerlos claramente de esta gran verdad, que después de ha-

ber pasado en esta vida mortal algún número de años, en el cielo es donde debe terminar nuestra carrera, y que en el tiempo presente debemos volver todos nuestros pensamientos y todas nuestras esperanzas hacia el cielo.

Habíales Jesús dado frecuentes lecciones de este asunto; pero parecía que no estaban persuadidos profundamente de esta verdad; faltaba, pues, otra lección última, más breve, más persuasiva que todos los discursos; y esta fué hacerlos testigos de su Ascensión, y subir en su presencia á aquella patria celestial adonde los llamaba. A la vista de este espectáculo, todas las dudas se desvanecieron: cuanto les había dicho del reino de Dios, todo se representó vivamente en su memoria; es á saber, que el cielo era su verdadera patria, que tenía en él sillas para cada uno de ellos, y que iba á preparárselas; que debía precederlos como su cabeza, y que siendo sus miembros, habían de seguirle algún día; por consiguiente, que no los dejaba en la tierra sino como en lugar de paso, y que se debían de mirar en él como peregrinos y caminantes. Todos estos pensamientos se les vinieron á la memoria, y movieron de suerte á los Apóstoles que concibieron un profundo desprecio del mundo, y no tuvieron en adelante otra pretensión ni otro fin, sino el de alcanzar aquella vida de que era prenda segura en el cielo su divino Maestro.

Todo esto no es para mí menos verdad que para los Apóstoles, y todas las seguridades que les dió Jesucristo me las dió también entonces á mí: es, pues, una verdad consoladora que el cielo debe ser toda mi esperanza, y no

debo proponerme otro término. Lo creo así, porque es un punto de fe; pero ¿cómo lo creo? ¿Estoy tan ciertamente convencido que esta verdad reina en mi alma y la posee toda? Si estoy tan convencido y tan persuadido de este gran principio de la fe, ¿cómo saco tan pocas consecuencias prácticas de esta verdad, cuando son tantas y tan generales las que de aquí se infieren?

Porque conocida esta verdad, se deduce que no debo hacer más que caminar al cielo; que no debo tener delante de los ojos en todas las cosas sino el cielo; que no debo ya, como el Apóstol, tener conversación sino en el cielo. Todo lo que se hace en la tierra, y que sólo tiene por fin la tierra, me debe ser indiferente; porque si la tierra no es más que un lugar de tránsito ¿qué me importa á mí todo lo que en ella se hace? Veo en la tierra grandeza y pompa, fortuna y prosperidad. En mi estado mismo veo grados, oficios, distinciones, diversidad de empleos, más ó menos agradables; pero ¿qué debo decir, en vista de esto, sino lo que decía un gran Santo: «Todo esto no es mi Dios; todo esto no es el cielo, ni mi fin?» Si así despreciara las cosas de la tierra, ¡con qué inocencia y con qué desasimiento de corazón viviría entonces! Viviría como hombre verdaderamente muerto al mundo, y como aquellos santos de la Ley antigua: «De los cuales no era digno el mundo». ¿Cuál era su continua ocupación? Pensar en el cielo, y dirigir á él todos sus deseos. Esto es lo que hacían en los desiertos y en sus hogares. ¿Qué otra cosa tengo yo que hacer en mi casa y en la casa de Dios?

Punto II

Jesucristo, en su Ascensión, nos enseña cuál es la felicidad del cielo.

Considera que no bastaría que el cielo fuese nuestro término, si la felicidad que nos está prometida en él, no bastase para llenar todos nuestros deseos; pues no bastaría á movernos para dejar lo presente limitado, por lo futuro, limitado también; pero la felicidad del cielo es una perfecta bienaventuranza, pues consiste en la posesión del sumo bien, que es Dios. ¿Qué idea de esta bienaventuranza comunicó el Salvador á sus Apóstoles, disponiéndoles para su partida, y consolándolos en la pérdida que iban á sufrir de su divina presencia? Les representaba aquella celestial bienaventuranza como un descanso inmutable, donde estarían exentos de todas las turbulencias y males de esta vida, como una gloria eterna que jamás les podría quitar ningún suceso, como el colmo de todos los bienes, donde nada les faltaría, y donde estarían del todo satisfechos. Es de creer que el día mismo que Jesús se apartó de sus Apóstoles les recordó todos estos pensamientos, y los confirmó en estas grandes promesas; de suerte que, después que una nube les quitó á Jesús de la vista no se apartaron del monte, ni podían apartar sus ojos del cielo, ni bajarlos hacia la tierra. ¡Tan arrebatados estaban de la idea de la gloria y de la belleza de aquella bienaventurada patria, que no veían entonces, pero de la cual tenían lleno el espíritu y el corazón!

Este mismo reino y esta misma gloria está

preparada para mí: no puedo tener ahora más que un imperfecto conocimiento de ella, porque ningún hombre en este mundo vió ni oyó ni comprendió la gloria que Dios tiene preparada para sus escogidos. Pero bastante me enseña la fe: este sólo conocimiento, y las seguras esperanzas que me da, deben tener ya bastante eficacia para hacerme renunciar al mundo, al mismo con el espíritu: pero ¿no soy digno de gran lástima, si teniendo reservado para mí el cielo, ocupa mi corazón alguna cosa de la tierra? Porque ¿no es verdad que tengo todavía el espíritu y el corazón del todo vertidos? ¿Adónde se encaminan comúnmente mis aficiones y todas mis pretensiones? Los ángeles reprendieron á los Apóstoles, porque se detenían demasiado en contemplar el cielo, y fué necesario que los hiciesen una especie de violencia para apartarlos de aquella profunda contemplación en que habían quedado. ¡Ay de mí! Yo puedo reprenderme por todo lo contrario, y decirme: ¿Para qué tanta atención á tantos objetos vanos, indignos de mi afecto, y que no pueden contentar mi corazón? Mi alma fué criada para una dicha sólida, para una felicidad completa. ¿Dónde está? ¿Dónde la he buscado hasta ahora? ¿La he encontrado? ¿La encontraré jamás? Toda mi vida se pasa, y se pasará si no pongo mayor cuidado, en frívolos entretenimientos; porque ¿puedo dar otro nombre á todo cuanto se tiene aquí en la tierra, como fortuna y honor? Y por el contrario, ¿cuántas inquietudes y tormentos no me ha causado su pretensión y posesión? ¡Qué feliz es en este mundo el alma que, desasida de todo bien humano y presente, no suspira

más que por la futura bienaventuranza, y de esta suerte se pone en estado de gustar anticipadamente la eterna dicha y la santa dulzura de la gloria!

Punto III

Jesucristo, en su Ascensión, nos enseña el camino por donde podemos y debemos subir al cielo.

Considera que después de habernos dado á conocer Jesús nuestro fin, y la bienaventuranza que nos está prometida en el cielo, le faltaba enseñarnos la condición con que nos está prometida esta santa felicidad, y el camino por donde podemos llegar á ella. Esto es, lo que nos enseña por último el Hijo de Dios en este misterio: sube al cielo, y entra en él como en ciudad conquistada; pero para ganarla le fué necesario verter su sangre y dar su vida. Verdad que nos declaran bien sensiblemente las cicatrices de las llagas sacratísimas que conservó siempre en su cuerpo glorioso; y en medio de su mismo triunfo, mostrándonos el Señor sus llagas, nos dice: «Este es el precio que me ha costado el reino que voy á poseer, y á este precio le debéis comprar vosotros, y por este título le habéis de poseer, porque no le conseguiréis de otra suerte de como yo lo conseguí».

¿Quién puede quejarse de una ley tan justa, y quién puede aspirar á la misma corona de Jesucristo, sin querer merecerla como la mereció El? No obstante, ¿qué es lo que yo hago por esta eternidad bienaventurada? ¿Vivo vida contrariada y penosa á los sentidos? Pero si no llevo mi cruz por Dios y con los ojos

puestos en la recompensa que me ha preparado, todo cuanto padeciere es como si nada padeciera: y todo cuanto hiciere como si nada hiciera; no camino propiamente en seguimiento de Jesús, y la maldición de San Bernardo cae sobre mí: «¡Infeliz del alma que lleva la cruz de la vida y no sigue á Jesucristo!» En todas mis obligaciones y en todos los ejercicios de mi estado, ¿qué espíritu me mueve á hacerlo? ¿Es un deseo verdadero de cumplir la voluntad de Dios y conseguir su gloria? Si no es así, es muy de temer que mi vida, aunque llena de trabajos, no sea para mí el camino del cielo.

¿Pero para quién lo es? Para el alma fervorosa. Por la vida eterna abrazó el alma la mortificación de Jesucristo y sus humillaciones, y esta esperanza, presente siempre en la memoria, le hace sufrir con constancia toda austeridad. Y en verdad, ¿hay pensamiento más á propósito para moverla y alentarla? Yo voy por el mismo camino que Jesucristo, para llegar al mismo término. Todas las virtudes que practico, son otros tantos pasos que doy hacia esta santa herencia, y otros tantos escalones para subir á ella. Con esta consideración, ¿qué habrá á que no se resuelva uno, ni qué nos podrá parecer demasiado riguroso? ¿Sería yo tan tibio y negligente si hubiera tenido siempre esta idea en mi memoria? ¡Oh, qué consuelo para un cristiano, que después de haberse vestido de la librea de su Salvador pobre y paciente, ha de participar de la misma bienaventuranza é inmortalidad de su Salvador glorioso y triunfante!

Coloquio.—¿Quién es el hombre, Señor, y quién

soy yo para tener parte en vuestra gloria? Vos sois Dios verdaderamente magnífico. Volvisteis al seno de vuestro Padre para prepararme un lugar en el cielo y confiado en vuestras promesas espero aquella suprema bienaventuranza; y á pesar de esta esperanza, mi corazón es todavía siervo del mundo. A mí también me comprende la reprensión de vuestro Profeta, cuando decía: «Hijos de los hombres, ¿hasta cuándo amaréis la vanidad y seguiréis la mentira?» Señor, apartadme de estas mentiras y hacedme comprender estas tres verdades: que sólo la bienaventuranza del cielo es la que puedo tener por verdadera bienaventuranza; que esta bienaventuranza no ha de ser sólo don de vuestra misericordia, sino también premio de mis obras; que para merecerla no basta ser cristiano, sino obrar como buen cristiano. Conforme á estas máximas arreglaré mi vida, y así alcanzaré la eterna bienaventuranza.

Propósitos.—Mírate siempre en la tierra como un peregrino que no tienes aquí ciudad permanente, y buscas siempre y en todo tu patria, que es el cielo.

MARTES

De las razones que nos obligan á desprendernos de la tierra para seguir á Jesucristo en el cielo.

Preludios.—(Los mismos de la meditación anterior.)

Punto I

Jesucristo nos invita y nos ayuda á que desprendiéndonos de la tierra, le sigamos con el corazón hasta el cielo.

Considera que el primer motivo que nos obliga á desasirnos de la tierra y el primer principio de nuestra elevación al cielo, es el Espíritu Santo que en el fondo de nuestra alma, como una fuente viva de gracia, como

una unción espiritual de la más pura caridad y como un fuego divino que da vida, acción y movimiento, nos aparta continuamente de este mundo y nos arrebata y suspende hacia la bienaventuranza.

El segundo motivo de esta nuestra ascensión espiritual que admirablemente se enlaza con el primero, es el mismo Jesucristo, que desde lo alto de su trono, movido de su amor á los hombres, nos llama á sí, como José llamó á sus hermanos, movido del amor que les tenía, á la tierra de Egipto, donde gobernaba como virrey ó lugarteniente de Faraón. Jesús sabe que, por nuestra corrompida naturaleza, el hombre tiende á lo bajo y grosero, que el pecado es como un peso que lleva encima, y que le obliga siempre á descender más y más. Aunque el alma tenga elevadas aspiraciones, aunque tienda á subir, la sensualidad, la concupiscencia y el pecado no la dejan ascender y remontarse á las alturas. Lo que no puede el hombre hacer por sí mismo, es lo que Jesús hace por nosotros con su infinito poder y su misericordia infinita. Para socorrer á la corrompida naturaleza envía su gracia, y con la gracia divina, el hombre, que nada podía naturalmente, lo puede todo; la gracia es una fuerza mucho más poderosa que la concupiscencia y la sensualidad; la gracia es un escudo contra el que se embotan las armas del demonio, del mundo y de la carne; la gracia es una fuente de aguas vivas de tan maravillosa eficacia, que limpia la suciedad de la naturaleza y del pecado; la gracia es como ala de ángel que hace subir al hombre hacia el cielo, á pesar del peso que lo sujeta á la tierra.

El hombre, que naturalmente es de la tierra, por la gracia es del cielo, y espontáneamente sube y asciende por ella hacia Jesús que es el autor de la gracia y el que nos la envía para socorro y ayuda de nuestra corrompida naturaleza. Mira si el no subir tú nunca arriba, sino descender abajo, es porque no correspondes á las inspiraciones de la gracia.

Punto II

Jesucristo, con su gracia, nos quita los obstáculos que impiden que le sigamos al cielo.

Considera cómo Jesús S. N., viéndonos tan apegados á la tierra, y que nuestros corazones no se rinden á su amor, emplea la violencia para obligarnos á seguirle y á buscar nuestra felicidad en el cielo. Por esto ha querido que toda la tierra esté cubierta de espinas, ha plantado la cruz en todas las partes del mundo, á fin de que no podamos volver los ojos á ningún paraje sin ver algo que nos sea desagradable y nos hastíe de la tierra.

Por lo mismo nos ha privado de su presencia visible, y ha querido permanecer con nosotros bajo los velos del Sacramento, para que la tierra no sea para nosotros un paraíso de delicias, sino un valle de lágrimas y de penas. En el cielo, su estado es de gloria, de riquezas, de purísimos placeres y de toda suerte de bienes; aquí, en el mundo, es Jesús el objeto de nuestras esperanzas. En el cielo triunfa, y con El triunfan los bienaventurados; en la tierra está humillado, y con El están humillados y abatidos sus escogidos, y todos los que lo imitan y siguen.

De suerte que, ya porque la tierra es lugar de miserias y dolores, ya porque no la ilumina El con su presencia visible, todo conspira á que nos consideremos aquí desterrados, y suspiremos por la bienaventuranza. El Espíritu Santo nos solicita hacia lo alto, llenándonos de deseos celestiales y divinos; Jesucristo nos llama también hacia el cielo, nuestra patria, con las suaves inspiraciones de su amor; nos quita todos los obstáculos que podían oponerse á nuestra ascensión; nos hace aborrecible la tierra, sembrándola de espinas y de cruces, y nos hace deseable el cielo, escondiéndose á nuestra vista bajo los velos del Sacramento. ¿Qué nos queda á nosotros que hacer? Una sola cosa: querer eficazmente que nuestra voluntad se incline al cielo; que queramos subir, ascender espiritualmente á la bienaventuranza; y aunque nuestras fuerzas son tan flacas, aunque nuestra naturaleza corrompida tire hacia abajo, no importa: el Espíritu Santo y Jesucristo nos llevan hacia arriba. *Sursum corda.* Jesús ascendió al cielo por su propia virtud; nosotros ascenderemos por la virtud de nuestro Redentor y Salvador soberano, con tal de poner de nuestra parte lo que Dios pide de nosotros. ¿Lo hacemos así? ¿Ponemos obstáculos á la gracia de Dios?

Punto III

Ceguedad y torpeza de los hombres, que se niegan á seguir á Jesús.

Considera, finalmente, que no puede menos de causarnos profundísimo asombro ver á los hombres tan ciegos y tan enemigos de su pro-

pio bien y de su eterna salvación, que ni el temor del infierno, ni la esperanza del cielo, ni las inspiraciones del Espíritu Santo, ni la gracia divina, ni nada, en suma, tenga eficacia para sacarlos del vicio, del pecado ó á lo menos de la tibieza y frialdad en que moran. El cielo no tiene delicias, ni el infierno tormentos capaces de mover á muchos hombres, y permanecen insensibles y fríos ante los atractivos del uno y ante las amenazas del otro.

¡Oh alma mía! ¿Serás tú también tan insensible que no te muevan el infierno, ni el cielo, ni el Espíritu Santo, ni Jesús, ni el amor que Jesús te tiene, ni lo que padeció por ti, ni lo que te llama suavemente hacia el cielo? ¿Preferirás al amor de Jesús, á la posesión de Dios, á la bienaventuranza eterna, la vil satisfacción de tu vanidad ó la grosería de estos efímeros placeres del mundo? ¿Cómo no te levantas de una vez valerosamente del sueño de la tibieza en que estás dormida, ó del pecado en que yaces abismada, y dices: Me levantaré é iré á mi Padre; este estado mío no es digno de mi naturaleza racional; esto no es digno de una criatura de Dios, y criada á su imagen y semejanza; esto no es digno de quien debe copiar á Jesucristo en cuanto hombre; esto no es digno del amor que Jesús me tiene, de lo que padeció por mí, de la muerte que sufrió, de los llamamientos continuos que me hace? Quiero ir resueltamente, y para siempre, á mi Dios y Señor; yo no me apartaré jamás de sus mandamientos, ni de los caminos que El me ha trazado; buscaré su cruz, y me abrazaré con ella, y lo sufriré todo por El y para El, y desprendiéndome de este mundo, ascenderé con El al

cielo, único lugar en que quiero vivir. Y no me espantará la flaqueza de mis fuerzas, porque Dios sólo me pide la voluntad; queriendo yo, Jesucristo me levanta y me atrae hacia El con los lazos de su amor y sus favores.

Coloquio.—¡Oh Jesús gloriosísimo, mueve mi voluntad hacia Ti para que, levantándome del polvo de la tierra en que yazco, vuele por tu virtud al cielo, en que estás sentado á la diestra de tu eterno Padre! Tú dijiste que cuando te levantares de la tierra lo atraerías todo á Ti; pues, atraéme, Señor; arranca de mí cuanto me hace pesado á mí mismo y me impide volar hacia Ti y contigo, que eres mi amor, mi vida y todo mi bien.

Propósitos.—Arranca de tu corazón aquel vicio ó pasión dominante que tú sabes que te impide poder seguir á Jesucristo, y tal vez te expone á que te pierdas para siempre.

MIÉRCOLES

(Rogativas.)

La oración nos es necesaria en todo tiempo, pero sobre todo, estando Cristo N. S. próximo á dejarnos para subir al cielo.

Preludios.—(Los mismos de la meditación anterior.)

Punto I

La oración es necesaria en todo tiempo.

Considera cómo el Hijo de Dios, próximo á separarse de sus Apóstoles, les dejó, antes de morir, la oración como un excelente medio de proveer á todas sus necesidades durante su ausencia. El discurso que les hizo en la última cena para enseñarles á orar, cuadra perfectamente con el tiempo de la Ascensión. Por esta causa se sirve de él la Iglesia, el domingo que

inmediatamente precede á dicha festividad, como de una enseñanza importantísima para prepararnos á recoger los frutos de su amor, que promete enviar á sus Apóstoles, después que haya subido al cielo.

«Hasta ahora, dice á sus discípulos, nada habéis pedido en mi nombre» (pues esta manera de pedir era nueva y desconocida de los judíos). «Pedid y recibiréis, á fin de que vuestra fe sea plena y perfecta. Viene ya el tiempo en que no os hablaré por parábolas, sino que os hablaré abiertamente de mi Padre, esto es, después de mi resurrección. En ese tiempo pediréis vosotros en mi nombre, y no os digo que rogaré á mi Padre por vosotros; pues mi Padre os ama porque me habéis amado y habéis creído que he salido de Dios. He salido de mi Padre y he venido al mundo: ahora dejo el mundo y me voy á mi Padre». Con estas y otras razones maravillosas y divinas les inculca cuán necesaria es la oración; mas á fin de que les sea útil y acepta á los ojos de Dios, les recuerda que la hagan en su nombre y así obtendrán del Padre todo lo que le pidan.

De todo esto puedes deducir la importancia suprema de la oración, y la necesidad que tienes de recurrir á ella por varias razones, que Cristo N. S. dió también á los Apóstoles.

Primera: para evitar los males que te pueden sobrevenir, y sobre todo, la muerte del alma. Diariamente encuentra el hombre muchos escollos en que puede naufragar. El demonio, como león rugiente, nos rodea para devorarnos. Siempre estamos en peligro de perecer durante el curso de esta vida, rodeada por todas partes de enemigos, de tentaciones

y de sorpresas de las que sólo la oración nos puede librar. «Velad y orad para que no caigáis en la tentación». Segunda: para obtener el auxilio divino, que nos es necesario á cada hora para nuestra salvación. Pues para que uno sea escuchado, dice nuestro Señor que es necesario orar, y no cansarse de hacerlo, á ejemplo de aquella viuda, cuya importunidad obligó á un mal juez á hacerla justicia. Parábola que propuso nuestro Señor, para enseñarnos que es necesario orar siempre y nunca desfallecer. Tercera: para hacer bien las buenas obras y huir aun de toda apariencia de mal. Ora sin cesar, da gracias á Dios por todas las cosas, pues Dios quiere que todo lo hagas en nombre de Jesucristo con intención de agradarle. Invoca y da gracias á Dios en los principios de cada obra, y cuando la hayas acabado vuelve á hacer lo mismo.

Y si preguntas cómo es posible orar siempre, has de tener en cuenta que hay tres clases de oración en las que es necesario que se pase toda la vida cristiana alternativamente: oración de palabra, oración de obra, oración de disposición.

La primera, comprende la oración vocal y mental; pues el pensamiento es una palabra interior, cuya palabra exterior no es más que una expresión que descubre los sentimientos y deseos de nuestro corazón. La segunda, comprende todas las buenas obras, y haciéndolas por Dios y en Dios, pueden ser perfecta oración. Así se dice que la sangre de Abel pide venganza, y la de Jesús misericordia; pues toda buena obra tiene tres cualidades.

Es meritoria, porque se hace en gracia; es satisfactoria, porque es penosa; es impetratoria, porque es como una especie de petición constante. En lo que tiene de meritoria es intransmisible y no puede servir más que á quien la hace. En lo que tiene de satisfactoria y de impetratoria, puedes hacerla servir en favor de aquellos por quienes la ofrezcas. La tercera clase de oración consiste en que el alma esté en disposición habitual de orar, volando con el pensamiento y como por una inclinación secreta á comunicar con Dios, tan luego como quede libre de toda ocupación de necesidad ó de caridad. Del mismo modo que el avaro, que aunque no se dedique siempre por completo á su tesoro, siempre está dispuesto á hacerlo en cuanto tenga tiempo, y á la menor ocasión que se le ofrezca de ganar dinero, piensa en ello y lo desea y nunca deja de volver á ese pensamiento, porque la avaricia está en su corazón y le domina.

Es, pues, evidente que un cristiano siempre está obligado á orar y en situación de hacerlo, si no actualmente con palabras del corazón ó de la boca, al menos virtualmente por el vivo deseo y por el peso de su inclinación. Y así como siempre debe hallarse en estado de ejercitar la caridad y la mansedumbre para con el prójimo y abrazar para sí el abatimiento, la confusión y las humillaciones, del mismo modo debe hallarse en habitual disposición de dirigirse á Dios por medio de la oración; de tal suerte, que tan pronto como oiga hablar de El, ó que la menor ocasión se le haga recordar, se vuelva á El como á su centro. ¿Es esa tu disposición? Mira si la sensualidad ó la

disipación ó cualquier otra falta ó pecado tuyo te impiden hacerlo así.

Punto II

La oración es necesaria, sobre todo en determinados momentos.

Considera que si la oración es siempre necesaria, lo es aún más en determinados momentos, como por ejemplo, en tiempo de tentación, de tribulaciones y por la mañana y por la noche. Por esto en la antigua ley se ofrecían todos los días dos corderos como sacrificio, uno por la mañana y otro por la tarde, y se quemaba incienso en el altar de los perfumes. Daniel y David, añadieron á estas dos oraciones la del mediodía, como lo demuestra este versículo: «Tarde, mañana y al mediodía cantaré y anunciaré sus alabanzas».

Es necesaria también en los peligros de alma ó de cuerpo, y por esto Moisés cuando conducía al pueblo de Israel en el desierto, decía al ponerse en camino por la mañana, mientras los sacerdotes levantaban el arca del Testamento: «Levantaos, Señor, y disipad á vuestros enemigos». Y por la noche, cuando llegaba la hora de acampar: «Vuelve, Señor, á la multitud de tu ejército». Y también decía David: «Que el Señor sea todos los días bendito: Dios que es nuestro Salvador, hará que se logre felizmente nuestro viaje». Y Tobías, al enviar á su hijo á lejanas tierras con su guía celestial: «Que sea feliz tu viaje; que Dios vaya contigo en el camino y que su ángel te acompañe».

Es igualmente necesaria la oración en los

asuntos importantes, y ninguno lo es tanto como el de nuestra salvación, en que tenemos necesidad de mayores luces para orientarnos y de mayor vigor para obrar. David, antes de atacar á los filisteos, se dirigió á Dios y le preguntó si debía acometer aquella empresa y no la intentó hasta después de haber recibido esta respuesta favorable: «Ve, y dales la batalla». Del mismo modo, Esther y Judith, recurrieron á la oración, la una para cortar la cabeza á Holofernes, la otra para mudar el corazón de Asuero, y de un león furioso transformarle en cordero lleno de mansedumbre. Nuestro Señor mismo pasó la noche en oración antes de proceder á la elección de sus Apóstoles, no porque tuviera necesidad de hacerlo, sino para enseñarnos á nosotros.

La oración es también muy necesaria en las persecuciones y en las tentaciones violentas. Por esto el rey Josafat, estrechado por un poderoso y terrible enemigo que venía sobre él con un numeroso ejército, recurrió prontamente al Señor y le dirigió esta plegaria: «En el extremo á que me hallo reducido, ¡oh Dios mío! Vos sois mi único refugio, y no sabiendo qué determinación tomar no me queda sino elevar mis ojos al cielo y mi corazón hacia Vos para implorar vuestro socorro». Oración que fué muy pronto escuchada y seguida de un favorable resultado.

Acuérdate de que nada puedes sin Jesucristo, y de que por no haber recurrido á El, los más sabios se engañan con frecuencia, y los más santos corren riesgo de perderse y se pierden, y vemos caer los cedros del Líbano. Examínate acerca de esta materia, y ve si el

caer con tanta frecuencia en faltas y pecados, y el no adelantar lo que debes, proviene de que no eres alma de oración, ó de tu tibieza y dejadez en las cosas del espíritu.

Punto III

Si hay algún tiempo en que más especialmente debamos dedicarnos á la oración, es el presente.

Considera que al decir nuestro Señor á los discípulos que va á dejar el mundo para volver á su Padre, sólo les dejaba la oración como vínculo y medio de comunicación entre El y sus discípulos, y el único medio de que éstos pudieran comunicarse con el Salvador. Además, que el mismo Jesús dijo á los Apóstoles, y en ellos á ti y á todos los hombres, que no tendrían de su parte al Espíritu consolador que Jesucristo quiere derramar sobre su Iglesia, si no estaban unidos á El por la gracia, y que nadie puede esperar obtener esa gracia si descuidaba el medio que á todos nos ha dado para conseguirla con estas palabras: »Pedid y recibiréis».

Y ¿á quién ha prometido su Espíritu consolador sino á los que le piden? ¿Qué gracia se nos da, según sus divinas palabras, que no sea por la oración? Retírate, pues, en todo tiempo, y siempre que puedas, del tumulto y de los embarazos del mundo, para dedicarte á la oración con el mayor recogimiento que te sea posible, y este día con mayor fervor, á fin de que el Señor, al partir, no te deje solo con el mundo que abandona, sino que le sigas en espíritu, no mirando ya la tierra más que como un lugar de destierro y de cautividad para ti,

teniendo tu corazón oculto en Dios con Jesucristo.

Considera lo que hubieras hecho si te hubieses encontrado entre los Apóstoles cuando nuestro Señor les dejó, y procura penetrarte de sus sentimientos. Mira cómo se ocultaron después de esta separación; y no pudiendo tomar ninguna parte en las cosas del mundo, perseveraron en la oración esperando al Espíritu Santo que les había sido prometido.

¡Oh, cuán santas eran sus disposiciones! ¡Con cuánto cuidado se preparaban para recibirle! ¡Cómo se habían despojado de todas las cosas de aquí abajo! ¡Cuán ardientes eran sus plegarias y cómo deseaban estar por completo llenos de Dios!

Medita todo esto con mucha detención. Quita, separa, echa al mundo fuera de ti, y Dios te llenará de su espíritu y hará de ti un hombre nuevo.

Coloquio.—¡Oh Jesús y Salvador mío! Bien ves mi miseria y mi torpeza para todo lo bueno. Veo cuánto necesito de Ti y de tu gracia, y ni siquiera sé pedírtelo, ni tengo fervor ni diligencia para hacerlo. Pues bien, Señor, dame de tu espíritu, enséñame á orar, á vivir contigo, á recogerme dentro de mí, y por la oración y el recogimiento interior y exterior, y por la unión contigo, merecer que envíes sobre mí las gracias y los dones del Espíritu Santo que prometiste á tus Apóstoles.

Propósitos.—Procura mayor diligencia en tus ejercicios de piedad y de oración, no dejándolos ni acortándolos por pretexto alguno. ¿Lo haces así?

JUEVES

De la gloriosa Ascensión de Cristo N. S. á los cielos.

Preludios.—Imagínate ver aquel acto solemnísimo de la Ascensión de N. S. á los cielos. Mira á Jesús subiendo majestuosamente Rey de los cielos y tierra, rodeado de gloria y por su propia virtud, mientras que los discípulos, arrodillados, lo veían ascender, siguiéndole con los ojos y con los corazones, hasta que una nube lo ocultó de la vista de los Apóstoles. Pide á Jesús que con tal vista quedes tú preso y encadenado de tanta gloria y hermosura.

Punto I

Despídese nuestro Señor de sus discípulos.

Considera cómo estando todos los discípulos y la Virgen santísima en el monte de las Olivas, mostróseles Cristo N. S. con un rostro muy resplandeciente y amoroso y por última despedida consintió que todos besasen sus sacratísimos pies y manos, saliendo de sus llagas un olor suavísimo que les confortaría el corazón. Llegaría primero la Virgen nuestra Señora, la cual con título de madre besaría la llaga del costado, deseando entrar dentro del Hijo para subirse con El al cielo, si le fuera concedido; mas como estaba muy resignada en la divina voluntad, no quería otra cosa más de lo que Dios quería. Llegó luego San Pedro y San Juan y los demás Apóstoles y discípulos, tocándole todos con grande reverencia y devoción. Luego, dice San Lucas que «levantando las manos los bendijo». Levantó las manos en alto, para significar que la bendición que pretendía echarles era en bienes del cielo, y que

había sido ganada por su Pasión y muerte en la cruz; y levantó ambas manos, porque ambas fueron clavadas en ella, y para significar la largueza de su bendición, ofreciéndonos á manos llenas los bienes de gracia y gloria. Luego los bendijo, declarando con palabras los bienes que deseaba y pedía para ellos. Y aunque no sabemos las palabras que dijo, ni los bienes que deseó y pidió para ellos, podemos meditar que repetiría parte de la oración que hizo en el sermón de la cena, que fué la suprema bendición que les podia echar, diciendo á su Eterno Padre: «Padre Santo, en tu nombre y con tu virtud guarda y ampara estos que me diste, para que sean una cosa como Tú y Yo lo somos, y después suban adonde yo subo, para que vean la claridad que me diste y el amor que me tuviste antes de la creación del mundo»; y como la bendición de este Señor no es de solas palabras, sino de obras, haciendo lo que dice, juntamente les llenaría de aquellos bienes celestiales que pedía para ellos. Y luego dirigiéndose á los discípulos podemos pensar que les hablaría de esta manera, como dice el Padre Fray Luis de Granada: «Vosotros, hijos míos, y ovejas de mi manada, fuisteis testigos de toda mi vida: visteis la doctrina que yo he predicado, los ejemplos que os he dado, las obras que he hecho, las contradicciones que he sufrido, los tormentos é injurias y la muerte que por el remedio del mundo he padecido; visteis mi resurrección y veréis ahora mi ascensión, después de la cual recibiréis el Espíritu Santo, para que eternalmente more con vosotros y con todos los que por vosotros creyeren. Pues id con la bendición de mi

Padre por todo el mundo y predicad mi Evangelio á toda criatura: predicad estas buenas nuevas al mundo, que yo, siendo natural Hijo de Dios, me hice hombre para hacer á los hombres dioses; que morí para matar su muerte; que resucité para reparar su vida, y que yo subo á los cielos para aparejar su gloria. Yo os envío de la manera que me envió mi Padre; desengañad á los hombres; perdonad los pecados y hacedlos participantes de mis merecimientos y trabajos: decidles que no amen la vanidad, las riquezas caducas, los bienes perecederos; que teman á Dios; que se les acuerde que hay juicio; que hay otra vida; que hay paraíso é infierno para buenos y malos, y que es Dios testigo y juez de las obras humanas». Dicho esto, volvió á darles su bendición, dejándolos abismados en tales afectos y pensamientos que las palabras no pueden explicar.

¡Oh dulcísimo Jesús, á quien todos los ausentes estaban presentes en aquella hora! dadme parte en esta vuestra bendición, pues de ella está colgado todo mi remedio; no sea yo como el desdichado Esaú, que no alcanzó la bendición cumplida de su padre Isaac. Bendecidme, Padre mío, por la despedida, no con bendición de la tierra, sino con bendición del cielo, porque no me hartan los bienes terrenos, sino solamente los celestiales.

Punto II

De la gloriosa Ascensión de Cristo.

Dada la bendición, comenzó el Salvador poco á poco á levantarse de la tierra, é iba subiendo al cielo, no como Elías, arrebatado de un

carro de fuego, sino por su propia virtud, llevado del fuego de su infinita divinidad y majestad, cuya inclinación es subir á lo alto, como á su propio lugar. Iban con El acompañándole todas las almas de los justos y muchos coros de ángeles que bajaron del cielo para subir con El. Los discípulos tenían enclavados los ojos del cuerpo y del alma en su Maestro, con tres afectos encendidísimos. El primero, de admiración, viendo una cosa tan nueva como subir un hombre por los aires con tanta suavidad y facilidad, y con muestra de tan soberana grandeza. El segundo, de alegría grandísima, gozándose de la gloria de su Maestro y de la divinidad que en El resplandecía. No rasgaron sus vestiduras por tristeza, como rasgó las suyas Elíseo cuando vió que su maestro Elías era llevado al cielo; antes, llenábanse de placer con el gusto de verle subir con tanta majestad. El tercer afecto, era un entrañable deseo de seguirle y subir al cielo con El, porque los corazones se iban tras su Amado. Dos suertes de cautivos llevaba Cristo N. S. consigo: unos real y verdaderamente en sus propias personas, como eran los justos que sacó del limbo, los cuales le siguieron hasta el cielo empíreo. Pero demás de éstos, llevaba cautivos los corazones de su Madre y de sus discípulos, los cuales le seguían con el deseo, atados con las cadenas del amor, sin poderse de El apartar. ¡Oh, quién me diese que fuese yo uno de estos cautivos de Jesús! ¡Oh dulcísimo Jesús, llevad con Vos mi corazón cautivo al cielo, para que esté allá siempre en vuestra compañía! Gózome de que subáis por esos aires volando como águila y provocando á vues-

tros hijos á que vuelen con Vos. Dadme, Señor, alas de águila con que vuele en vuestro seguimiento, poniendo mis pensamientos y deseos en sólo seguiros, pues fuera de Vos nada quiero sobre la tierra, ni deseo más que gozaros en el cielo.

Punto III

Cómo desapareció Cristo N. S. detrás de una nube que lo oculta de los discípulos.

Considera cómo estando los discípulos extasiados viendo la gloria y Majestad de su Maestro, una nube hermosísima púsose como trono y pedestal debajo de los pies del Salvador y se lo ocultó y robó de los ojos de los Apóstoles. ¿Qué sentirían entonces? ¿Qué dirían? ¿Qué lágrimas de devoción y de pena no derramarían?

Considera el misterio de esta nube, la cual, en llegando Cristo N. S. á las alturas, lo recibió dentro de sí á vista de los Apóstoles. Y es de creer que sería una nube muy hermosa y resplandeciente para significar la majestad del Señor que subía en ella, y la hermosura del cielo adonde iba, cumpliéndose lo que estaba escrito: «Pones tu subida sobre una nube, y andas sobre las plumas de los vientos»; que es decir: Sirveste de las nubes como de carros triunfales para subir volando por esos aires con grande pompa y majestad.

Considera cómo habiendo Cristo N. S. subido un rato en esta nube, ella misma le encubrió y quitó de los ojos de sus discípulos; en lo cual esta nube representa todo aquello que nos impide ver á Cristo, y nos hace perder de

vista á Dios, lo cual sucede en dos maneras: unas veces es por nuestra culpa, y entonces nuestras culpas son las nubes, las cuales ponemos entre nosotros y Dios, y son grande impedimento de la oración y contemplación. Otras veces se pone esta nube sin nuestra culpa, por providencia de Dios, el cual como á ciertos tiempos se nos descubre, así también á ciertos tiempos se nos encubre y quiere que no le veamos, por la suave contemplación de su presencia, para que acudamos á otras cosas de su servicio. Y generalmente la flaqueza de nuestra carne, la cortedad de nuestro entendimiento y la muchedumbre de cuidados y necesidades que padecemos en esta vida mortal, son como nubes que nos estorban poder contemplarle con la claridad y continuación que deseamos, como las nubes que pasan á menudo por el aire, nos quitan la vista del sol.

Después que los Apóstoles perdieron de vista á Cristo N. S., como estaban tan admirados y enajenados de sí, no por eso dejaban de mirar al cielo, y se estuvieran en aquel éxtasis mucho tiempo, si el Señor no proveyera quien los despertara. Porque «vinieron dos ángeles en forma de varones con vestiduras muy blancas, y les dijeron: Varones de Galilea, ¿qué hacéis aquí mirando al cielo? Este Jesús que se partió de vosotros, así volverá como lo visteis subir al cielo». En las cuales palabras los ángeles dieron dos maravillosos avisos á los discípulos, y en ellos á nosotros. El primero, que la suspensión y admiración y los demás afectos de la divina contemplación en esta vida, se han de tomar con medida y

tasa, porque no son fin último, sino medio para cumplir mejor la voluntad de Dios y las obligaciones de nuestro oficio. El segundo aviso fué, que juntasen la memoria de esta subida de Cristo al cielo con la memoria de la vuelta á juzgar, para que la vista de la primera confirmase la fe de la segunda, y para que las predicasen ambas juntamente á los hombres; porque si se descuidasen de vivir bien, con decir que su Señor estaba ausente y se había subido al cielo, se reformasen, acordándose que había de volver á juzgarles.

Oyendo los discípulos el aviso de los ángeles, «haciendo su adoración, se volvieron á Jerusalén con grande gozo», porque como entendieron que su Maestro estaba ya en el trono del cielo, postrados en tierra le adoraron con grande reverencia, supliendo con la vista de la fe lo que no alcanzaban con la vista del cuerpo; y volviéronse con grande gozo, porque aunque volvían sin su Maestro, volvían como gente perfecta que se goza más de lo que Dios quiere que de lo que su carne desea, y se alegra más de la gloria de Cristo que de su propio gusto. Las causas de este gozo fueron tres, es á saber: la firmeza de fe con que quedaron, viendo cuán glorioso fin habían tenido las cosas de su Maestro, la grande esperanza que cobraron de que les enviaría el Espíritu Santo que les había prometido, y finalmente, el grande amor que le tenían, de cuya gloria se gozaban como si fuera propia.

Estas tres cosas han de causar también grande gozo en mi alma, avivando la fe, esperanza y caridad con Cristo mi Señor, gozándome de su gloria y alegrándome con la

esperanza de subir donde El está; para lo cual tengo de procurar quitar de mí todo lo que me puede impedir esta subida, como son mis aficiones desordenadas á cosas terrenas, para poder más ligeramente volar adonde está Cristo, pues por esto dijo Su Majestad: «Que adonde está el cuerpo, allí se juntarán las águilas», esto es, adonde está el cuerpo de Cristo N. S. glorificado, subirán aquellos que se han renovado como águilas, y con la confianza en Dios mudaron su fortaleza, y tomando alas de águila, suben á contemplarle y vuelan con ligereza en las cosas de su servicio.

Coloquio.—¡Oh Rey del cielo, que como Rey soberano subes por los aires y pones tu trono en lo más alto del cielo, provocándome á que te siga con el deseo! renueva mi juventud como la del águila para que cobre nueva virtud y fortaleza y con ella pueda volar tras Ti, siguiendo tus pasos, imitando tus virtudes, traspasando mi corazón adonde está tu cuerpo glorificado, para que de tal manera viva en la tierra, que tenga mi conversación en el cielo.

Propósitos.—Procura acordarte constantemente de que Cristo N. S. que hoy sube á los cielos, ha de bajar un día á tomarte cuenta de todas tus acciones.

VIERNES

De la triunfante entrada de Jesucristo en el cielo.

Preludios.—Mira á Jesús sentado en trono de inaccesible gloria, á la diestra del Eterno Padre. Pídele que de la abundancia de sus dones derrame sobre tu alma los que más necesites, para conseguir un día subir á contemplarlo en el cielo.

Punto I

Del glorioso triunfo con que entró en el cielo Cristo nuestro Señor.

Considera el glorioso triunfo con que Cristo N. S. entró en el cielo empíreo; porque primeramente llevaba por brillantísimo acompañamiento á todas las almas que había sacado del limbo con los justos ya glorificados, si, como es de creer, los que resucitaron con Cristo no tornaron más á morir, cumpliendo lo que estaba escrito, que «subiendo á lo alto llevó consigo cautiva á la cautividad». Llevó, pues, las almas que habían estado cautivas en el limbo, tomándolas por sus prisioneras con prisiones de amor, y con sumo gusto y consuelo de ellas, porque cuanto es de malo y penoso ser cautivo del demonio, tanto es de bueno y glorioso ser cautivo de Cristo. ¡Oh, qué gozosa iba esta compañía de ilustres cautivos y prisioneros, siguiendo á su Capitán, deseando verse en el trono de su gloria, adonde habían de tener perfectísima libertad! Miraban la estrechura y obscuridad del limbo de donde salieron, y comparábanla con la anchura y claridad del cielo empíreo donde entraban; y admirados de la belleza de este lugar, diría cada uno aquello del salmo: «¡Oh, cuán amables son tus tabernáculos y moradas, Señor Dios de las virtudes! Mi ánima los codicia y desfallece mirando los palacios del Señor». ¡Oh, qué júbilos de alegría sentían aquellas almas acompañando á su Dios!

Con el coro de las almas entraba también un coro de innumerables ángeles, que vinie-

ron para acompañar á Cristo N. S., sirviéndole, como dice David, como de carros triunfales, y eran millares de millares, todos con grande alegría, cantando los triunfos de su victoria. Unos decían á los otros: «Abrid, príncipes, vuestras puertas; abríos, puertas eternales, y entrará el Rey de la gloria». Otros respondían por vía de admiración. «¿Quién es este Rey de la gloria que quiere entrar por estas puertas?» «El Señor fuerte y poderoso, poderoso en las batallas, el Señor de las virtudes: este es el Rey de la gloria». Otros le preguntaban por vía de regocijo: «¿Quién es Este que viene de Edón, teñidas las vestiduras de Bosra, hermoso en su vestidura, y que camina con la muchedumbre de su virtud?» Que es decir: ¿quién es Este que sube del mundo sangriento, y del lugar de la batalla, vestido con una humanidad bordada con señales de heridas, pero hermosa á maravilla, y con muestras de grande virtud y fortaleza? «Yo soy, dice, el que hago justicia, y el que peleo para salvar. Yo hice en el mundo justicia, pagando los pecados de los hombres, peleando contra el demonio para salvarlos. Ahora hago justicia, subiéndome á Mí y á ellos al cielo que les tengo merecido». Entonces, todos á una voz, dirían lo del *Apocalipsis:* «Digno es el Cordero que fué muerto de recibir la virtud, la divinidad, la sabiduría, la honra, gloria y fortaleza, y la bendición y alabanza, por todos los siglos». ¡Oh Salvador del mundo, gózome de este vuestro triunfo tan glorioso que tenéis bien merecido! Subid, Señor, á vuestro descanso, Vos y el arca de vuestra santificación, pues también habéis trabajado por nos-

otros. Levantaos sobre los cielos, subid sobre los querubines y volad sobre las plumas de los vientos, y poneos encima de todas las criaturas.

Mas sobre todo se ha de ponderar la alegría de Cristo N. S. en este triunfo, porque también por El mismo se puede decir: «Dios sube con grande júbilo», alegrándose su ánima santísima con gran regocijo por ver el dichoso fin de sus trabajos; y como el pastor que había hallado la oveja perdida y la traía consigo al cielo, de donde bajó en su busca, diría á los ángeles que se alegrasen con El y le diesen el parabién de haberla hallado. ¡Oh Pastor soberano, que tan á costa vuestra buscasteis y hallasteis el tan perdido linaje humano! gózome del gozo que tenéis subiendo con él triunfante sobre los cielos. Sea para bien la gloria de vuestro triunfo, por lo cual os suplico me hagáis participante de él, buscándome y hallándome en esta vida y subiéndome después á gozar con Vos en la otra.

Punto II

Siéntase Jesucristo triunfador glorioso á la diestra del Eterno Padre.

Considera cómo entrando de esta manera Cristo N. S. por los cielos, y habiéndolos penetrado todos, como dice San Pablo, y llegado á lo supremo del cielo empíreo, presentó al Padre Eterno aquella dichosa cautividad que llevaba consigo, y como quien le daba cuenta de lo que en el mundo había hecho en su servicio, le diría lo que dijo en el sermón de la cena: «Padre, yo he manifestado tu nombre á

los hombres, y te he glorificado sobre la tierra, acabando la obra que me encomendaste; ahora, Padre, clarifica á tu Hijo con la claridad que tuve delante de Ti, antes que criases al mundo». ¡Oh qué contento recibiría el Padre Eterno con el presente que su Hijo le hacía, y con grande regocijo le mandaría sentar á su mano derecha, cumpliendo lo que había profetizado David en un salmo: «Dijo el Señor á mi Señor; siéntate á mi mano derecha!» Dice que se siente, para significar su señorío absoluto y la dignidad infinita de su persona; dice que se siente á su mano derecha, para que se entienda que le da los mejores bienes de su gloria, entronizándole sobre los ángeles y arcángeles, sobre las potestades y dominaciones, sobre los querubines y serafines, como cabeza y Señor de todos, porque á ninguno de los ángeles dijo «siéntate á mi diestra», antes quiere que todos sean sus criados y ministros de su gobierno.

Aquí tengo de ponderar cuán bien premió el Padre Eterno á su Hijo los servicios que le hizo, ensalzando sobre todos al que se humilló más que todos. Por el trono de la cruz, le dió el trono de su majestad; por la corona de espinas, la corona de gloria; por la compañía de ladrones, la compañía de las jerarquías angélicas; por las ignominias y blasfemias de los judíos, las honras y alabanzas de los espíritus bienaventurandos; y porque bajó hasta lo más profundo de la tierra, le hizo subir hasta lo más alto del supremo cielo, y le dió un nombre sobre todo nombre, á quien todos se arrodillen y adoren, reconociendo que Jesús está en la gloria de Dios Padre. Aprende, oh alma

mía, á humillarte por Cristo, porque sin duda serás ensalzada por Cristo, pues la fidelidad que tuvo el Padre con el Hijo unigénito, tendrá con sus hijos adoptivos por el amor que tiene al Hijo natural, en cuyo premio está encerrado el nuestro. De aquí tengo de sacar afectos grandes de confianza, esperando subir con Cristo á los cielos, fiado en la misericordia y caridad del Padre, y en los grandes merecimientos del Hijo. Y también grandes propósitos de no buscar otra cosa que á Cristo N. S. y su santísima voluntad, acordándome siempre de lo que dice San Pablo: «Buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado á la diestra del Padre».

Punto III

Jesucristo, Rey y Señor de cielos y tierra.

Considera cómo sentado Cristo N. S. á la diestra del Padre, comenzó á hacer su oficio de Rey y soberano Señor, distribuyendo las sillas del cielo entre las almas que subió consigo. A unas puso entre los ángeles, á otras entre los arcángeles y principados y á otras entre los querubines y serafines, dando á cada una lugar conforme á sus merecimientos. En lo cual puedo discurrir, ponderando la silla que daría á los patriarcas y á los profetas, al glorioso San José y al gran Bautista, y también el lugar que daría á los que subieron con El glorificados en sus cuerpos. ¡Oh, qué contentas estarían aquellas almas cuando se viesen en tales tronos y entre tan gloriosa compañía! ¡Oh, qué alegres estarían los án-

geles cuando viesen llenas las sillas que sus compañeros por su soberbia dejaron vacías, reparando, como dice David, en los hombres las ruinas y caídas de los malos ángeles! ¡Oh, cuán bien cumplió el Padre Eterno la palabra que dió á su Hijo cuando le dijo: «Porque entregó su alma á la muerte, yo le repartiré muy muchos que le sirvan, y dividirá entre los fuertes sus despojos!» Gózome, oh dulce Jesús, de que esté á vuestro cargo repartir los despojos de vuestra gloria entre los que os sirven con fortaleza, y de que el Padre os haya constituído sobre el monte Sión de los cielos Rey y Señor de cuanto existe. Hacedme, Señor, fuerte en vuestro servicio, para que merezca participar de vuestros despojos y vuestra gloria.

También puedo considerar, cómo Cristo N. S. á la diestra del Padre comenzó luego á hacer su oficio de abogado por los hombres que quedaban en la tierra, mostrándole las llagas que recibió por redimirlos y por cumplir su precepto, en el cual oficio persevera siempre. De donde sacaré grandes afectos de amor y confianza, acordándome de lo que dice San Pablo: «Pues tenemos un gran Pontífice, que penetró los cielos, Jesús Hijo de Dios vivo, tengamos firme la confesión» de nuestra esperanza, no desfalleciendo en confesar lo que creemos, ni en pretender lo que esperamos, y especialmente cuando me viere caído en pecados, tengo de acordarme de lo que dice San Juan: «Hijuelos míos, estas cosas os escribo para que no pequéis; mas si alguno pecare, sepa que tenemos delante del Padre por abogado á Jesucristo justo, el cual es propiciación

por nuestros pecados; y no solamente por los nuestros, sino por los de todo el mundo».

Considera, por último, que la gloria de Jesucristo puede ser contemplada en tres estados: en su Encarnación, en su Resurrección y en su Ascensión. En su Encarnación, su alma era gloriosa; pero estaba unida á un cuerpo mortal y pasible. En su Resurrección, su alma estaba unida á un cuerpo inmortal é impasible; pero este cuerpo no estaba en el lugar conveniente á su estado. Era, pues, necesario que estuviera en este lugar, esto es, que subiese á los cielos.

Y no sólo para su gloria era esto menester, sino también para nuestra salvación. Jesús desde el cielo atrae hacia sí á la humanidad, y la eleva por la fuerza misma de su atracción; eleva nuestro entendimiento por la fe, eleva nuestra voluntad por la esperanza y el amor; todas nuestras facultades y potencias por el deseo de la eterna bienaventuranza; es el norte de nuestros deseos nobles, el término de nuestras hermosas esperanzas, el objeto condigno de nuestro culto y de nuestro amor. Dios y hombre, es nuestro Creador y nuestro amigo. Por El nos vienen todas las gracias, y á El van todos nuestros afectos puros. Siendo hombre como nosotros, y estando en lo más alto del cielo, por El es el cielo nuestra patria, el lugar adecuado de nuestra residencia; y este mundo en que hemos nacido, y de cuyo barro está formado nuestro cuerpo, y cuyas pasiones agitan nuestro corazón, no es, sin embargo, para nosotros sino lugar de destierro y camino de peregrinación. Con su unión con la humanidad, Cristo la ha deificado, nos ha deificado á todos, y así como El siendo Dios es hombre,

nosotros siendo hombres, por Cristo y en Cristo podemos ser como dioses.

Coloquio.—¡Oh dulcísimo Jesús, si donde está mi tesoro allí está mi corazón, donde Vos estáis he de estar siempre, por que Vos sois mi tesoro, y fuera de Vos nada tengo por precioso! Ea, alma mía, mira que eres peregrina y extranjera sobre la tierra; tu Padre y tu Redentor está ya de asiento en el cielo; date priesa á caminar adonde está. Ya se han abierto las puertas del cielo que tantos millares de años habían estado cerradas. Alégrate con estas nuevas, corre con ligereza de ciervo, vuela con alas de águila, sube con el corazón al trono de tu Señor, y mora siempre junto á su celestial estrado, porque si ahora moras allí con el espíritu, después morarás con El, glorificado también con el cuerpo por todos los siglos.

Propósitos.—Rompe con aquel lazo ó pasión que te pueda impedir el contemplar un día á Jesucristo en la gloria.

SÁBADO

De la felicidad inmensa de la gloria, á la que nos convida en su Ascensión Jesucristo nuestro Señor.

Preludios.—Mira con los ojos del alma aquella mansión bellísima y felicísima de la gloria, llena de todos los bienes de naturaleza y gracia que se pueden desear, y libre de todos los males de culpa y de pena que se pueden temer. Mira á los Santos dichosísimos en la casa de Dios, con una dicha incomprensible y sin fin. Pide al Señor te descubra la belleza infinita de su morada, que te muestre los bienes que te promete para que te animes á alcanzarlos.

Punto I

Felicidad eterna que gozan los santos con su memoria.

Considera, fijándote en esta meditación, en la felicidad solamente de las potencias del

alma, la dicha sin medida que tendrá la memoria de los bienaventurados. Porque, aunque es la inferior de las potencias del alma, hará allí maravilloso oficio y originará no pequeña alegría á los bienaventurados con la representación de las cosas pasadas. Acordaránse en primer lugar de los beneficios que recibieron de Dios, así naturales como sobrenaturales, temporales y eternos, espirituales y corporales, por todos los cuales darán infinitas gracias á N. S. y recibirán increíble gozo, viendo los medios tan singulares con que Dios los trajo á tan colmada felicidad. Allí recorrerán las edades y los oficios y lugares en que anduvieron, las personas con quien trataron, las ocasiones en que se vieron, así de caer en pecado como de condenarse, y no se hartarán de dar alabanzas á Dios, que los previno para que no cayesen, y, habiendo caído, les dió la mano para levantarse y los guió, por medios maravillosos y raros, hasta conducirlos á la posesión de la gloria, adonde se gozarán con Dios eternamente. No hay duda, sino que esta memoria les causará suma alegría, como la reciben acá de verse libres de los peligros los que se hallaron en ellos; y si les faltara esta recordación, no pudiera decir David: «Cantaré las misericordias de Dios eternamente». Sobre las cuales palabras dice San Agustín en el libro último de *La ciudad de Dios:* «¿Qué cantar será éste? No otro sino el de la gloria de Cristo, á quien darán los Santos continuas alabanzas por haberlos rescatado del cautiverio del pecado por medio de su sangre preciosísima».

Considera luego la dicha que les acarreará

el recuerdo de los tiempos y la variedad de sucesos. En todas edades, desde el principio hasta el fin, cuando, paseándolos todos con la memoria, vean los Santos la providencia de Dios inescrutable, la cual dispuso su bien por tanta variedad de cosas, y tan ocultas, que entonces se descubrirán y entenderán con inexplicable gozo de sus almas, reconociendo lo que no conocieron en el mundo, aprobando lo que acá reprobaban, dando gracias á Dios por lo que acá tenían por menos favor ú olvido suyo, viendo que por aquellos medios de pobreza, enfermedades, persecuciones y deshonras, les iba guiando á la corona, que por otros medios más suaves no habían de conseguir; cuando Dios N. S. les descubra los secretos de su providencia, y vean la que tuvo de su bien, prorrumpirán en millares de alabanzas, y no les cabrá el gozo en los corazones por el grande contento que recibirán con la memoria de estas cosas.

Considera, asimismo, que cuando suban al paraíso y les alumbre aquella luz inaccesible de la gloria, y á sus rayos conozcan los quilates tan subidos de la sabiduría del Altísimo y escudriñen los secretos de su providencia, se bañarán en un mar de alegría, gozándose de un Dios tan bueno, que tanto los amó y tan grande bien les hizo. Allí verán la razón por qué permitió Dios caer al primer hombre y al primer ángel, y por qué dió la mano para levantarse al hombre y no se la dió el ángel. Allí verán las razones por las cuales permitió padecer en esta vida tanto número de persecuciones y trabajos á los justos, para labrarles con ellos preciosísima co-

rona de gloria en la otra; y con esta memoria se alegrarán infinitamente, y bendecirán las cruces y los trabajos que padecieron, viendo que se han convertido en laureolas eternas de bienaventuranza, diciendo con el Profeta: «A la medida de los dolores que padecimos en nuestros corazones, han alegrado tus consuelos nuestras almas». ¡Oh lugar dichoso y bienaventurado! ¡Oh paraíso de deleites inefables y morada digna de nuestro Dios! ¡Oh, cuán amables son tus tabernáculos y moradas, Señor Dios de las virtudes! Mi ánima los desea, y por la grandeza del deseo desfallece pensando en estos palacios de mi Señor. ¡Oh, cuándo tengo de morar en ellos, gozando de su hermosura! Cerraos, ojos míos, y no miréis lo que hay en la tierra, porque todo es vileza respecto de lo que veréis en el cielo.

Punto II

De la felicidad del entendimiento.

Considera que el primero de los gozos que tendrán los bienaventurados será ver á Dios con los ojos del entendimiento, cara á cara, como dice San Pablo, y como es en sí, según lo afirma San Juan. Y cuán crecido sea este gozo, puédese colegir de lo que afirman Isaías y San Pablo, los cuales dicen que excede á cuanto los hombres vieron, oyeron y desearon, y aun pensaron jamás.

Considera igualmente, que aunque parece mucho decir que ni el hombre vió, ni oyó, ni deseó ó pudo desear bien alguno que se comparase con este, no es mucho; sino antes se quedó Isaías corto. Porque, lo uno, todos los

bienes criados son infinitamente menores que el increado Dios, el cual es el objeto esencial de la bienaventuranza; lo otro, porque todos son limitados y de cortísima duración, respecto de aquel divino, que encierra en sí todos los bienes y felicidades que hay y puede haber, como lo dijo el mismo Señor á Moisés cuando le pidió que le diese á ver su faz, y le respondió: «Yo te mostraré todo el bien». Porque en su vista sola, está todo lo bueno y toda la felicidad que se puede imaginar ó pedir.

Considera también, que Santo Tomás enseña que se requieren tres cosas para la delectación que se toma de cualquier cosa; conviene á saber: la potencia, el objeto y la unión del uno con el otro.

Colige de aquí con evidencia, que el deleite de la bienaventuranza que el hombre recibe de la vista clara de Dios, es el mayor y más perfecto que puede haber. Porque la potencia es el entendimiento, la más noble y más viva de todas cuantas tiene, y entonces tan dispuesta é iluminada con la luz de Dios, que llaman los teólogos *lumbre de gloria,* que no puede estar más. El objeto es el sumo Bien, infinito sobre todo cuanto se puede decir. La unión, la más íntima que se puede hallar, porque allí estará el entendimiento penetrado con la esencia de Dios, y como bañado de aquel mar inmenso de hermosura, que le cercará por todas partes y le tendrá presente íntimamente en todo tiempo y lugar. ¿Pues quién podrá dignamente ponderar la grandeza del deleite que recibirá el alma del bienaventurado con aquella divina visión? ¿Qué lengua podrá decir, ó qué entendimiento alcanzar el gozo y

la dulzura que sentirán los Santos con aquel abrazo amorosísimo de Dios, y con aquel ósculo de paz, por una parte tan casto, y por otra tan íntimo y lleno de suavidad? ¿Qué gozo podemos creer que será el que recibirán los Santos con la vista del sumo Bien y de la eterna verdad, tan deseada de sus almas, dicha tan segura y cumplida, que las de acá son menguadas, sin seguridad ni constancia, y suelen acarrear más de zozobra y miedo de perderlas, que gozo de poseerlas? Pero aquella de Dios es inamisible, estable, perpetua, segura y eterna por todos los siglos de los siglos sin fin.

Oído esto, entra ahora tú dentro de ti y en cuenta contigo, y pesa con fieles balanzas el deleite que el mundo te ofrece y el que te tiene Dios preparado en aquel divino paraíso, y mira desapasionadamente cuál pesa más, el temporal ó el eterno, y abre los ojos, y escoge el que mejor te estuviere. Considera despacio si te está bien dejar el eterno por el temporal, y el verdadero por el falso, y á Dios por gozar de las vanidades y sensualidades de este siglo, que traen más de escoria y de fastidio que de gusto verdadero, Ahora tienes tiempo para escoger lo mejor, y después no lo tendrás; y si piensas abrazarlos ambos, desengáñate que es imposible; porque no hay dos glorias ni dos felicidades cumplidas, ni puedes hallar otro camino para el paraíso diferente del que Cristo llevó; y pues Él fué por espinas, y entró en aquel verjel por trabajos y amarguras, siendo la gloria suya, no te engañe el amor propio, ni creas que has de ir por deleites y descansos, sino que forzosamente has de

ir por espinas, afrentas, dolores y cruz, como El fué.

Punto III

De la felicidad eterna de la voluntad.

Considera que se hallan en los bienaventurados dos cosas que aumentarán el gozo de su voluntad, fuera del que recibirán de la inteligencia del sumo Bien que poseen. La primera, el amor de Dios y del prójimo, ardentísimo é inextinguible, porque el amor es la miel que hace dulces todos los manjares, y no hay cosa que no sepa bien con él. Lo cual experimentamos en el mundo, adonde vemos cada día que no hay hijo que no parezca bien á su padre, por el amor que le tiene, y mejor que los mejores. Lo mismo sucede entre los amigos cuando llegan á tenerse amor fino y verdadero, que por ningún caso quisieran apartarse el uno del otro, ni tienen mayor deleite que en comunicarse, ni mayor sentimiento que en padecer ausencia y hallarse el uno sin el otro.

Pues considera cómo la voluntad estará llena de Dios, unida con su divinidad con una unión de amor que sea perpetua, continua, entrañable y amigable, con todos los géneros y títulos que hay de amor santo, porque todos caben en Dios claramente visto, á quien amará como á padre, amigo, esposo, bienhechor infinito, bien sumo, primer principio y último fin suyo. Y de este amor resultará un río continuo y perpetuo y caudalosísimo de deleites inefables, del cual beberá y se embriagará, y estará toda engolfada dentro de los infinitos

gozos de su Señor. De aquí es que el alma estará llena de todas las virtudes, ejercitando sus actos con sumo deleite.

Allí, además, se amarán los santos íntimamente, y se gozarán de verse juntos en aquel paraíso de deleites, y se alegrarán sumamente de la seguridad con que se gozan en amigable compañía. Y por el contrario, uno de los mayores tormentos que padecerán los condenados, será la vecindad de unos con otros, y hallarse obligados á morar con los que aborrecen y detestan.

La segunda cosa que deleitará sumamente la voluntad de los bienaventurados, será una quietud incomparable, y un gozo sin hartura, y una hartura sin fastidio, de que gozarán siempre con inexplicable deleite y paz del alma. Aquí no hay hombre contento con su suerte, todos andan fatigados de deseos. Y no es maravilla, porque todo lo terreno es corto y frágil, y por la parte que es corto no llena el corazón humano, y por la que es frágil trae infinitas zozobras de perderlo y no menor cuidado de conservarlo. Pero los bienes de aquel celestial paraíso, por una parte son tàn cumplidos, que llenan los corazones de los bienaventurados, y por otra parte, son eternos é inamisibles, con que engendran en los Santos una seguridad dulcísima y una tranquilidad suavísima, con que se gozan contentos en eterna felicidad.

Coloquio.—¡Oh Dios eterno, que para enamorarnos de la celestial Jerusalén, das noticia de ella á los que viven en la tierra! esclarece los ojos de mi alma para que conozca la soberanía de esta dichosísima Sión, su grande santidad, su vista de paz, su novedad nunca oída, su adorno maravilloso y

el desposorio inefable que contigo tienen allí las almas. ¡Oh, si sonase en mis oídos la voz de tu inspiración, que me dijese: mira la morada de Dios con los hombres, descubriéndome la belleza de esta morada y la unión que tienes con sus dichosos moradores! Ea, Esposo dulcísimo de las almas, muéstrame tu rostro, porque es bello; háblame con tu voz, porque es dulce, y descúbreme los bienes que me prometes, para que me anime á pretenderlos de modo que los alcance para gloria de tu santo nombre.

Propósitos.—Decir con frecuencia y con verdad como San Ignacio: ¡Qué vil y que baja me parece la tierra cuando miro al cielo!

NOVENA DEL ESPIRITU SANTO

DÍA PRIMERO

Del recogimiento de los Apóstoles en el cenáculo hasta la venida del Espíritu Santo.

Preludios —Mira cómo volviéndose los discípulos á Jerusalén, entraron en el cenáculo, y estuvieron allí Pedro, Juan y los demás Apóstoles, "perseverando todos con un mismo ánimo en la oración, juntamente con las devotas mujeres, y con María, Madre de Jesús„ y pide participar del mismo recogimiento para que el Espíritu Santo venga á tu alma.

Punto I

La oración de los Apóstoles en el cenáculo.

Considera cómo los Apóstoles, movidos del espíritu de Cristo, se recogieron diez días en el cenáculo, apartándose del bullicio de la gente y ejercitándose en oración fervorosa para conseguir la venida del Espíritu Santo. Porque aunque Cristo N. S. se la había prometido, sabían que las divinas promesas se cumplen por medio de la oración. Esta ora-

ción acompañaron con otras excelentes virtudes, que nos refiere San Lucas. Porque dice «que estaban todos muy unidos y conformes, teniendo un corazón y una voluntad, orando todos á una». Sabían los Apóstoles que la oración de muchos unidos con amor, es muy eficaz delante de Dios, según se lo había enseñado su Maestro. Y como Cristo N. S. les había encargado también el amor, procuraban señalarse en esta conformidad de voluntades que causa el mismo amor.

Pero, no sólo estaban unidos unos con otros, sino cada uno consigo mismo. De este recogimiento procede ser la oración devota teniendo unidas sus potencias para orar, el hombre exterior y el hombre interior, el cuerpo y el alma, concordando con verdadera mortificación y sujeción del cuerpo al alma, y ambos han de concordar con otro tercero, que San Pablo llama espíritu; de modo que para orar se aunen el cuerpo con los sentidos, y el alma con la imaginación y apetitos inferiores, y el espíritu con las potencias superiores, memoria, entendimiento y voluntad, y entonces estará Cristo en medio de nosotros, ayudándonos á orar.

Estaban, además, con gran perseverancia en su ejercicio, sin interrumpirle ó aflojar en él por tibieza, acordándose de lo que su Maestro les había dicho: «Conviene siempre orar y no desfallecer». Y como Cristo N. S. no les había señalado tiempo para darles el Espíritu Santo, cada día oraban y le pedían, multiplicando la oración con tanto fervor, como si aquel día le hubieran de recibir.

Finalmente, estaban orando en compañía

de la Virgen sacratísima, Madre de Jesús, á la cual sin duda tomarían por patrona é intercesora, sabiendo que podía Ella sola mucho más con su Hijo y con el Padre Eterno, que todos ellos. Y así, la Virgen oraba fervorosamente, y con su ejemplo animaba á los demás á que orasen con fervor y perseverancia; y su oración fué tan eficaz, que podemos decir de Ella que como alcanzó con sus oraciones la apresuración de la encarnación del Hijo de Dios, así también alcanzó la apresuración de la venida del Espíritu Santo para bien de los Apóstoles y de todo el mundo.

En estas cuatro virtudes tengo de procurar imitar á los Apóstoles, para conseguir que el Espíritu Santo venga sobre mí: oración recogida, unión de caridad con todos, perseverancia en pedir y devoción á la Virgen nuestra Señora, suplicándola como á Madre que ore por mí y abogue delante del Padre Eterno y de su Hijo para que me concedan la plenitud del Espíritu Santo.

Punto II

De las causas y motivos de la oración de los Apóstoles en el cenáculo.

Considera las causas y motivos que tuvieron los Apóstoles para este recogimiento y ejercicio de oración, aplicándolas á ti mismo, por tener en ti la misma fuerza. La primera fué, haberles mandado Cristo N. S. á la partida, que se estuviesen quietos en la ciudad hasta que fuesen revestidos de la virtud de lo alto. En cumplimiento de esto se recogieron al cenáculo, haciendo de él casa de oración y lugar

de refugio, acordándose de los misterios que allí se celebraron y de las razones tan divinas que allí oyeron á su Maestro. Y como Cristo N. S. antes de salir á predicar estuvo cuarenta días recogido en el desierto, así quiso que sus Apóstoles estuviesen siquiera diez días negociando el espíritu con que habían de salir á predicar su Evangelio.

La segunda causa fué, el conocimiento de su flaqueza y la experiencia que tenían de ella en las ocasiones pasadas, especialmente en el tiempo de la Pasión. Como se veían privados de la presencia de su Maestro que les enseñaba y consolaba, así lo uno como lo otro, les encendía un fervorosísimo deseo de la venida del Espíritu Santo para que los enseñase y fortaleciese en su virtud. Y así, no cesaban de orar y gemir y suspirar por El. Unas veces lo pedían al Padre Eterno, por los merecimientos de su Hijo unigénito Jesucristo; otras al mismo Jesucristo su Maestro; otras veces pedían al mismo Espíritu Santo se dignase de venir á visitarlos, enseñarlos y consolarlos, alegándole por título la necesidad que tenían de su presencia. Y es de creer que algunas veces todos juntos en comunidad, levantadas sus manos al cielo con gran clamor de corazón, oraban diciendo: «Ven, ¡oh Santo Espíritu! hinche los corazones de tus fieles, y enciende en ellos el fuego de tu amor. Ven, ¡oh Espíritu creador y consolador nuestro! visita las almas de tus siervos, llénalas de gracia celestial, consuélalas con la dulzura de tu amor, y fortalécelas con la potencia de tu virtud».

Pero quien con más fervor oraba y solicitaba á las tres divinas Personas, era la Virgen

nuestra Señora, porque pedía con más caridad, y no sólo para sí, sino para los Apóstoles; porque si en las bodas, cuando faltó el vino, luego acudió á pedirle á su Hijo, movida de compasión, ¿con cuánto más fervor pediría ahora el amor y fervor que proceden del Espíritu Santo, para aquella congregación que estaba de El necesitada?

A imitación de los Apóstoles, tengo yo de encender en mi alma semejantes deseos, pues me consta la grande necesidad que tengo de este divino Espíritu, procurando hacer á menudo coloquios con las tres divinas Personas, pidiéndosele á cada una, aprovechándome de los himnos y salmos en que se hace mención de esto. Hablando con el Padre Eterno ó con Cristo N. S., puedo decir aquellas palabras de David: «¡Oh Dios inmenso, cría en mí un corazón limpio y renueva en mí el espíritu recto; vuélveme la alegría de tu salud y confírmame con el espíritu principal. Envía, Señor, tu Espíritu y seré renovado, pues con El renuevas la sobrehaz de la tierra». Hablando con el Espíritu Santo, es muy á propósito el himno: «Ven, ¡oh santo Espíritu», y la secuencia que se dice en su misa, repitiendo con mucho fervor aquellas palabras: «Ven, Padre de los pobres; ven, dador de los dones; ven lumbre de los corazones. ¡Oh lumbre esclarecidísima, oh fuego encendidísimo, ven y penetra lo íntimo de mi corazón, purifícale, témplale, ilústrale y abrásale con las llamas de tu divino amor!»

Punto III

Por qué dilató Cristo N. S. diez días la venida del Espíritu Santo.

Considera las causas por qué Cristo N. S. dilató diez días el cumplimiento de su promesa y la venida del Espíritu Santo. La primera, fué para enseñarnos la longanimidad con que hemos de esperar y pretender tan soberano don. Quiere nuestro Señor que entendamos, que la venida del Espíritu Santo es tan soberano beneficio, que se ha de pretender y esperar muchos días, sin cansancio ni fatiga, porque todo tiempo es poco, y después se paga bastantemente con el don que se da en un día. De aquí sacaré resolución de pedir este don tan celestial con gran perseverancia, dure lo que dure la pretensión, aplicando á este propósito lo que dijo Habacuc profeta: «Si tardare, espérale, porque viniendo, vendrá y no tardará». Y aunque tarde conforme á tu deseo, no tardará conforme á lo que conviene á su grandeza, para que su venida te entre en provecho.

La segunda causa fué, para significar la perfección con que hemos de pretender este don, porque el número diez significa esta perfección, según aquello que dijo el profeta Baruch á su pueblo: «Diez veces más habéis de convertiros á Dios que os apartasteis de El»; así, quien desea recibir la plenitud del Espíritu Santo, ha de convertirse á Dios con gran fervor y perfección, animándose á cumplir los diez mandamientos de su divina ley y perseverar en este cumplimiento. ¡Oh dulcísi-

mo Jesús que dijiste á tus Apóstoles: «Si permaneciereis en Mí, y mis palabras permanecieren en vosotros, cuanto quisiereis pediréis y dárseos ha!» Concédeme que permanezca en Ti por verdadero amor, y tus palabras permanezcan en mí por entera obediencia, para que pidiendo lo que deseo, que es tu divino espíritu, me le des con grande plenitud. Algunos contemplan que en los nueve días después de la Ascensión, los nueve coros angelicales hicieron especial fiesta y adoración á Cristo N. S., cada coro en su día, y á esta causa vino el Espíritu Santo el día décimo. De donde puedo sacar deseo de imitar á estos nueve coros de ángeles en estos nueve días, pidiendo cada día á un coro de ellos que me negocie la venida del Espíritu Santo.

Pondera cómo el Espíritu Santo, cuyo es, como dice San Pablo, pedir por los justos «con gemidos que no se pueden decir», iba encendiendo estos deseos en los corazones de los Apóstoles, porque los deseos son como precursores y aposentadores de Dios en el alma en quien ha de entrar; y aunque todos estos diez días los iba encendiendo, pero en los postreros días los encendía mucho mayores; y así tengo de suplicarle sea servido de prevenirme con tales deseos, que me dispongan para recibirle.

Coloquio.—¡Oh Espíritu divino y Dios Eterno, de quien está escrito que el fuego precede y viene delante de Ti; enciende en mi alma el fuego de estos deseos, para que abrase todo lo que puede ser estorbo de tu entrada en ella! ¡Oh Apóstoles sagrados, á quien este divino Espíritu comunicó tales deseos, suplicadme me los comunique, para que sea capaz de recibirle como lo recibisteis, pues mi necesidad no es menor que fué la vuestra! ¡Oh Virgen

gloriosísima, mirad la falta que tengo de este vino con que el Espíritu Santo embriagó á los Apóstoles, y representádsela con gran fervor para que por vuestra intercesión me embriague como á ellos!

Propósitos.—Sé perseverante en la oración recogida, si quieres ser alma espiritual y devota.

DÍA SEGUNDO

De la elección de San Matías al apostolado.

Preludios.—Mira cómo estando en el cenáculo San Pedro, en medio de todos los discípulos, trató de elegir un apóstol en lugar de Judas; y habiendo nombrado dos, á Barsabás, por sobrenombre Justo, y á Matías, haciendo oración á Dios que conocía los corazones, para que declarase el que tenía escogido, cayó la suerte sobre Matías; pide quedar tú alegre y resignado totalmente y en todas las cosas con la suerte que el Señor te diese.

Punto I

De la providencia de Dios en el gobierno de su Iglesia.

Considera la providencia que tiene nuestro Señor de que nunca falte el número de sus escogidos para los oficios de la Iglesia; porque así como faltando Judas quiso que se escogiese á Matías, para cumplir el número que tenía señalado de doce Apóstoles, así también, cuando alguno falta en la fe y la piedad, ó en la religión ó en el grado que tiene en la Iglesia, llama y escoge otros en su lugar; por lo cual, dijo en el *Apocalipsis* á un obispo: «Ten lo que tienes, porque no reciba otro tu corona». De donde sacaré dos afectos importantes: uno de temor y humildad, viendo el peligro en que estoy de perder lo que tengo, y que otro entre en mi lugar, como sucedió al desventurado Judas. El segundo, es de grande confianza en la providencia que tiene Dios con su Iglesia y

con sus prelados, y con todas las comunidades dedicadas á su servicio, inspirando á muchos que sucedan en lugar de los que desfallecen y mueren. También tengo de ponderar cómo Cristo N. S. gobierna suavemente su Iglesia por medio de los pastores que puso en ella; porque pudiendo, en los cuarenta días que estuvo en el mundo después de su resurrección, escoger otro apóstol en lugar de Judas, como había escogido á los demás antes de su Pasión, perteneciéndole esto por razón de su dignidad y excelencia, no quiso hacerlo, sino remitirlo á San Pedro y al colegio apostólico, para que ellos lo nombrasen, y por su medio se hiciese la elección, asistiendo su Majestad invisiblemente á ella, lo cual ordenó así, para honrar á sus vicarios y ministros, y para enseñarnos que lo que ellos hacen, es por providencia suya, y han de ser obedecidos en ello, como si El mismo lo ordenara, pues por esto les dijo: «El que á vosotros oye, á Mí oye».

Punto II

De la maravillosa unión y concordia que hubo en la elección de San Matías.

Pondera lo que hicieron de su parte los Apóstoles en este caso. Lo primero, la solicitud que tenía San Pedro, como cabeza de aquella congregación, en cumplir las obligaciones de su oficio, inspirándole Dios lo que había de hacer, y aprovechándose de la luz que le dió para que entendiese las Escrituras: y así entendió muy bien lo que decían de Judas: «Reciba otro su obispado». También es de creer que en este caso y otros semejantes, consultaría lo que

había de hacer, con la Virgen nuestra Señora, como maestra de todos, ilustrada más que todos en los misterios de la fe y en el conocimiento de las divinas Escrituras.

Lo segundo, se han de ponderar algunas virtudes heroicas que ejercitó aquella santa congregación, como señales de lo que el Espíritu Santo había luego de obrar en ella. La primera, fué una grande obediencia y sujeción al parecer y juicio de San Pedro, sin haber quien le replicase ni contradijese; antes, todos rindieron su juicio al de su pastor, é hicieron lo que les proponía, enseñándonos el modo de obedecer á nuestros prelados con prontitud y rendimiento de juicio; el cual, tengo de imitar con mucho cuidado, disponiéndome con esta obediencia para recibir al Espíritu Santo que se da á los obedientes, y se niega á los rebeldes. La segunda virtud fué, grande unión y concordia en el nombramiento de las dos personas que señalaron para el apostolado, sin que hubiese entre ellos pretensión ambiciosa de esta dignidad, ni discordias y contrariedad de pareceres, porque todos con humildad se tenían por indignos del apostolado; y así, con paz y concordia y con gran acierto, nombraron los dos mejores que á su juicio había en la congregación para aquel oficio, á cuyo ejemplo he de procurar la concordia y humildad, con las cuales se atajan las ambiciones y bandos de las comunidades y se disponen para recibir al Espíritu Santo.

La tercera virtud fué, oración y recurso á Dios N. S., que conoce los corazones, para que declarase cuál de aquellos dos tenía escogido para aquella dignidad; en lo cual confesaban

que los hombres fácilmente se pueden engañar en estas elecciones, porque no conocen los corazones en los cuales está el bien ó el mal; y así fácilmente tienen por bueno al malo, ó por mejor al menos bueno; y también confesaban que Dios, en su eternidad, tiene escogidos y señalados algunos para las dignidades y oficios de su Iglesia; y así nuestro deseo ha de ser escoger á estos mismos para que nuestra elección sea conforme á la de Dios; y para todo esto ayuda la oración fervorosa hecha en unión y caridad.

Punto III

Por qué escogió Dios á San Matías para el apostolado.

Considera por qué Dios N. S. escogió á San Matías para el apostolado, dejando á Barsabás, por sobrenombre Justo. La primera fué, porque quiere Dios honrar á todos sus siervos; y como ya Barsabás estaba muy honrado y autorizado entre los discípulos, con la grande opinión que tenía de santidad, por la cual tenía renombre de Justo, y de todos era llamado así, quiso también honrar á Matías, que no tenía tal renombre, dándole otro muy glorioso de Apóstol suyo, para que todos también le honrasen con este nombre. A lo cual se llega que San Matías, con ser varón santísimo, era muy humilde; y procuraba encubrir su santidad, para fundarse más en humildad; y á esta causa no había alcanzado nombre tan honroso como es el de Justo. Y como es propio de Cristo N. S. ensalzar á los humildes, y sacar al pobre del estiércol de la tierra, para colocarle con los príncipes de su pueblo, así quiso en-

salzar y honrar á San Matías con la dignidad de príncipe de su Iglesia, la cual parece sentir esto, poniendo en la festividad de este Santo el Evangelio en que Cristo N. S. alaba á su Padre, porque escondió los misterios de la fe á los sabios soberbios, y los descubre á los pequeños y humildes, y convidó á todos á que aprendiesen de El la humildad de corazón.

La tercera causa fué, para que aprendamos á rendir nuestro juicio á los juicios de Dios, que van por muy diferentes caminos que los nuestros, porque en este nombramiento, como se colige del texto, pusieron en primer lugar á Barsabás, y en segundo á Matías; pero Dios N. S. cruzó los brazos como Jacob, para bendecir á estos dos hijos suyos, y escogió al postrero, dejando al primero, no porque Barsabás fuese indigno, sino para que entendamos quo en estos dones de gracia hace Dios lo que quiere, porque quiere y porque así le da gusto, y muchas veces los primeros son postreros y los postreros primeros, y ninguno tiene razón de quejarse, porque á todos da Dios lo necesario para que se salven; pero en otros favores extraordinarios y superabundantes, bien puede hacer lo que le da gusto.

De donde sacaré que, así como el justo Barsabás no se indignó, ni dió quejas, ni tuvo envidia de su compañero, sino en todo se conformó con la divina voluntad, porque era justo, y de la misma manera San Matías no se desvaneció con la dignidad, ni despreció á su compañero, antes con humildad se tuvo por inferior á él en la justicia y santidad, así yo, cuando me viere desechado y tenido en menos que otros, tengo de hacer lo que Barsabás, y cuan-

do me viere antepuesto á otros, tengo de hacer lo que Matías, conformándome con la voluntad de Dios, en cuyas manos están mis suertes, y por cuya providencia viene, así el ser desechado, como el ser escogido, y el ser tenido en menos ó más que otros, persuadiéndome que, cuando me hace Dios estos favores, no es por ser yo más santo, sino para que lo sea, y quizá porque soy más flaco y tengo necesidad de estas ayudas extraordinarias; y sobre todo, tengo de gozarme de todo lo que El hace, aunque sea con desprecio mío, pues ninguna cosa ha de haber para mí de mayor consuelo que la divina y eterna ordenación. Y esta es una de las más aventajadas disposiciones que hay para recibir la plenitud del Espíritu Santo, como la recibieron estos dos santos varones.

Coloquio.—Gracias te doy, ¡oh Padre soberano! por la secreta providencia con que repartes tus dones entre tus escogidos, honrando y enriqueciendo á todos, aunque á unos más que á otros. Yo venero tus ocultos juicios, y creo que son muy justos. Gózome de los favores que haces á todos tus siervos, y de que otros los reciban mayores que yo, pues así lo quieres. Lo que te suplico es, que mis culpas no aten tus liberales manos, y lo demás remito á tu divina providencia, pues cualquier cosa que me dieres, por pequeña que sea, es mayor de lo que yo merezco, y basta que venga de tu mano para que yo la tenga por grande y me anime á glorificarte por ella, por todos los siglos.

Propósitos.—Conformarte sinceramente con la voluntad de Dios en el puesto que te colocare, sea el que sea, sin ambiciones ni quejas.

DÍA TERCERO

Del soberano beneficio que nos hace Dios en darnos el Espíritu Santo.

Preludios.—Vernos á todos reunidos en el templo y al Espíritu Santo que desciende sobre nosotros. Pide que venga sobre nuestras almas para colmarnos de sus dones.

PUNTO I

Quién nos hace este soberano don de enviarnos al Espíritu Santo.

Considera cómo el Padre Eterno, llegado el día para esto señalado, se determinó enviar al mundo la persona del Espíritu Santo, por tres motivos. El primero, por su infinita bondad y caridad, la cual, así como le movió para que nos diese á su Hijo por Redentor, también le movió á que nos diese al Espíritu Santo por santificador, y esto sin merecerlo nosotros, antes desmereciéndolo por mil títulos, pues habiendo el mundo tratado tan mal á la persona del Hijo, no merecía recibir la persona del Espíritu Santo. El segundo motivo, fué los merecimientos de Jesucristo N. S., el cual con su pasión y muerte nos mereció este don, y estando á la diestra del Padre, abogaba por los hombres mostrándole sus llagas, y pidiéndole cumpliese la palabra que dió de darles este divino consolador. Y fué tan eficaz esta petición, que luego la oyó y aceptó el Padre Eterno, por premiar con esto los trabajos de quien tan bien le había servido. El tercer motivo, fué nuestra propia miseria, la cual movió á compasión las entrañas de este Padre, para enviar el último remediador de todos los

males, que era el Espíritu Santo. Gracias te doy, Padre soberano, por la infinita caridad que te movió á dar tan infinito don, dándonos todo lo bueno que de Ti procede. Dístenos al Hijo, que procede por tu entendimiento como Verbo y palabra tuya, y dasnos también al Espíritu Santo, que procede por tu voluntad, como amor é impulso tuyo: ¿qué te daré yo por dones tan preciosos? Toma, Señor, mi entendimiento y voluntad, con las obras que de ellos proceden, para que todas sean á gloria tuya por todos los siglos.

También nos envía el Espíritu Santo Jesucristo N. S. Y el motivo que tiene, demás de su bondad y misericordia y de nuestra necesidad, es para que el Espíritu Santo concluya y perfeccione con eficacia la redención del mundo y lleve adelante la obra que El comenzó. Con este afecto tengo de pedir á Cristo N. S. envíe sobre mí el Espíritu Santo, diciéndole: ¡Oh Redentor del mundo! pues tanto te preciaste de acabar la obra que comenzaste, dame tu divino Espíritu, para que acabe en mí la obra que has comenzado, aplicándome con eficacia los frutos de tu copiosa redención. Finalmente, se ha de considerar, que aunque el Padre y el Hijo nos envían al Espíritu Santo, pero también el mismo Espíritu Santo se nos da á sí mismo; El es el dador y el don, por el grande amor que nos tiene; y porque procede del Padre y del Hijo, como amor, dándonos su amor se nos da á sí mismo, y así, le hemos de pedir que se nos dé y se nos comunique. ¡Oh Espíritu divino, dáteme á Ti mismo, porque ningún don fuera de Ti me puede hartar! ¡Oh dador de los dones!

dame el mayor de todos ellos, que eres Tú, porque contigo me darás todas tus cosas; y pues tu propiedad es ser don, muéstrate conmigo don, dándome lo que Tú eres, para que te dé lo que yo soy.

Punto II

De los fines por los que la santísima Trinidad nos envía el Espíritu Santo.

Considera los fines para que el Padre y el Hijo nos envían al Espíritu Santo. Lo primero, viene el Espíritu Santo para que suceda á Cristo N. S. en el oficio de consolador, haciendo esto invisiblemente como El solía hacerlo visiblemente. «Yo rogaré á mi Padre y El os dará otro Paráclito» que quiere decir, patrón, abogado y consolador, el cual tendrá cuidado de vosotros, y os será protector en vuestros trabajos, consolador en vuestras tristezas, abogado é intercesor en vuestras necesidades, pidiendo por vosotros con grandes gemidos; en cuanto os impelerá y moverá á orar y pedir lo que os conviene. Y este Paráclito, como ha de venir invisiblemente, nunca se apartará de vosotros como Yo me aparto por la presencia corporal, sino permanecerá en vuestra compañía eternamente. Lo segundo, nos da Cristo N. S. el Espíritu Santo, para que le suceda en el oficio de maestro, enseñando y platicando dentro de nuestro corazón, la doctrina que El predicó por su boca; y así dijo á sus Apóstoles: «Cuando viniere el Espíritu Santo, que os enviará mi Padre en mi nombre», esto es, en mi lugar y por mi respeto, «El os enseñará todas las cosas y os traerá á la memoria

todo lo que os he dicho y os dijere». Y esta enseñanza no es árida y de pura especulación, sino jugosa y llena de devoción. Y por esto dijo San Juan Evangelista que la unción nos enseñará todas las cosas. Lo tercero, se dió el Espíritu Santo á los Apóstoles, para que se ofreciesen al martirio como testigos de la verdad, muriendo por el testimonio de ella si fuese menester. De suerte que entrando el Espíritu Santo en el corazón del justo, su oficio es darle testimonio de quién es Cristo N. S., ilustrándole con su luz, para que crea que es Dios y hombre, Salvador y único remediador suyo, y para que le ame de todo corazón y se anime á imitarle, incitándole á ejercitar obras santas y á veces milagrosas. Lo cuarto, viene el Espíritu Santo para reprender y corregir los vicios del mundo, y convencerle de ellos y de la victoria que el Salvador ganó contra el demonio. Y esto hace interiormente el Espíritu Santo en el breve mundo de cada hombre, descubriendo el juicio que es razón haga entre lo bueno y lo malo, entre Cristo y el demonio, para que abrace lo bueno, siguiendo á Cristo, y aborrezca lo malo, huyendo del demonio. ¡Oh Espíritu santísimo! ven á este mundo abreviado de mi alma, y convéncela de su pecado y de tu justicia, y enséñala á hacer recto juicio; porque no menos te muestras verdadero consolador y abogado mío, cuando con amor reprendes mis vicios, que cuando me regalas con tus consuelos.

Punto III

De la infinita grandeza de este soberano don.

Considera la infinita grandeza de este don que Dios nos da, dándonos el Espíritu Santo, el cual por excelencia se llama don de Dios altísimo, porque es el supremo de todos los dones y fuente de todos ellos. De suerte, que no contentándose nuestro Dios con darnos la gracia, la caridad y las virtudes sobrenaturales y los siete dones del Espíritu Santo, también nos da al que es principio y causa de todos ellos, como quien tiene una fuente y no se contenta con dar el agua de ella, sino da también la misma fuente de donde perpetuamente procede el agua. ¡Oh espíritu santísimo, río cristalino de agua viva, que procedes de la silla de Dios y riegas el árbol de vida, ven á esta breve ciudad de mi alma, riégala con tus copiosas gracias! Y porque no se seque ni marchite, asiste siempre conmigo, conservándola en su verdor y aumentando su perfección hasta la vida eterna.

De la consideración de esta grandeza del Espíritu Santo, tengo de sacar una grande confianza de que me dará Dios todo lo que le pidiere, pues quien me da lo más me dará lo menos. Con esta confianza juntaré un entrañable deseo de que el Espíritu Santo cause dentro de mí sus doce frutos, ponderando lo que es cada uno y pidiéndosele con especial petición.

Considera luego á quién se da este soberano don del Espíritu Santo, ponderando que, aunque fué grande largueza dar este don á unos

pobres pescadores, pero más admira que le ofrezca Dios á todas las naciones y pueblos del mundo, sin excluir á ningún hombre por vil y despreciado que sea, y por grande pecador que haya sido, como él quiera disponerse para recibirle, de suerte que quien antes era morada de Satanás y cueva de leones y dragones, sea templo de Dios vivo y morada de su divino Espíritu. ¡Oh inmensa caridad! ¡Oh incomprensible liberalidad! No quiere Dios dar su Espíritu al que es carne y quiere vivir según las leyes de la carne, repugnando á las leyes del espíritu; mas si el que es carne quiere mudar su vida carnal, doliéndose del tiempo que ha gastado en ella, Dios derramará sobre él su Espíritu, con el cual vivificará su carne para que viva vida espiritual, digna de tal Espíritu.

Coloquio.—Gracias te doy, Padre de las misericordias, por la infinita bondad que muestras en dar tal don á tan vil criatura como el hombre, y en juntar tu divino Espíritu con nuestra miserable carne; si quieres que tu misericordia resplandezca mucho en estas dádivas, aquí tienes un alma que es todo carne, pero deseosa de ser vivificada con tu Espíritu; dámele, Señor, graciosamente, para que more en mí, y mi alma te glorifique, por la soberana merced que haces al que tan indigno era de recibirla.

Propósitos.—Por la oración y el recogimiento prepárate á que el divino Espíritu venga sobre tu alma y te llene de sus gracias y de sus dones soberanos.

DÍA CUARTO

Sobre algunas circunstancias que acompañaron la venida del Espíritu Santo sobre los Apóstoles.

Preludios.—(Los mismos de la meditación anterior.)

Punto I

Sobre las circunstancias de lugar, tiempo y día de este maravilloso misterio.

Considera el misterio que está encerrado en el lugar, tiempo y día en que vino el Espíritu Santo, y en la reunión de las personas sobre quien vino. Lo primero, considera cómo por inspiración del mismo Espíritu Santo, el día de Pentecostés se juntaron todos los discípulos de Cristo con la Virgen nuestra Señora en la casa y cenáculo donde solían juntarse, y todos á una clamaban y pedían al Padre Eterno por los méritos de su Hijo, y al mismo Hijo, les enviase el Espíritu Santo que les había prometido, cuyas oraciones fueron presentadas delante de Dios, por medio de los ángeles, y juntándolas con la petición de Cristo N. S., en cuanto hombre, fueron oídas, resolviéndose que aquel día se les diese lo que pedían.

Pondera cómo esta casa y cenáculo representa la Iglesia universal, en la cual se recogen todos los que son discípulos de Cristo, unidos en una misma fe, y en la observancia de una misma ley. Y como en este día se dió el Espíritu Santo á los que estaban en esta casa, y no á los que estaban fuera de ella, así también el Espíritu Santo solamente se da á

los que viven dentro de la Iglesia, disponiéndose para recibirle, y ninguno que estuviere fuera de ella le recibirá. Y por esto dijo Cristo N. S. que el mundo no podía recibir el Espíritu Santo, llamando mundo á la congregación de los que niegan su fe, reprueban su doctrina y resisten á su santa ley. Esto me ha de mover á dar muchas gracias á nuestro Señor por haberme traído á esta casa de su Iglesia; en la cual, si por mí no queda, recibiré al Espíritu Santo, disponiéndome para recibirle con la oración y unión que los Apóstoles tenían dentro de ella.

Medita luego la causa por qué vino el Espíritu Santo en el día de Pentecostés, que era una fiesta de los judíos, instituida en memoria de la ley que les dió nuestro Señor en el monte Sinaí, y se celebraba cincuenta días después de la Pascua del Cordero. La causa fué para significar que el Espíritu Santo venía principalmente á imprimir en las almas la ley de gracia que Cristo había predicado, dando fin y cumplimiento á la ley vieja que había sido su figura, y así en el mismo día que se dió la una se promulgó la otra, aunque en diferente manera, porque la ley vieja era ley de temor, y así se dió con truenos y relámpagos y amenazas de muerte en el monte Sinaí; escribióse en tablas de piedra, porque era pesadísima y se daba á hombres de dura cerviz y de empedernido corazón; pero la ley nueva es ley de amor, y así con grande suavidad la escribió el mismo Espíritu Santo «en las entrañas de los hombres y en las tablas de su corazón», quitándoles el corazón de piedra, trocándosele en corazón de carne. ¡Oh Padre

soberano, que por el espíritu Santo escribiste tu santa ley en los corazones de los hombres! Escríbela en el mío con tanta fuerza que nunca más se borre, y pues Tú me mandas que yo también la escriba, cooperando con amor al cumplimiento de ella, dame lo que me mandas para que lo cumpla como quieres.

Punto II

De las circunstancias del sonido y viento impetuoso.

Considera que dice San Lucas que «de pronto vino del cielo un sonido como de espíritu y viento vehemente». En cada palabra de estas se declara algún misterio ó propiedad de la venida del Espíritu Santo al alma por medio de las inspiraciones que preceden á su entrada, las cuales son unos movimientos repentinos que sentimos dentro del alma, que, á modo de relámpagos, nos descubren alguna verdad de la fe, y á modo de centellas de fuego nos aficionan á lo bueno y santo.

Lo primero, viene de repente este sonido, para significar que la inspiración del divino espíritu no tiene día y hora determinada, sino que viene cuando el hombre menos piensa y cuando el Espíritu Santo quiere y como quiere, porque inspira por sola su misericordia; y así en todo tiempo tengo de suplicarle que venga, y esperar su venida, dejando á su paternal providencia el día y la hora en que ha de venir, que será la que más conviniere, aunque para mí será repentina.

Lo segundo, vino del cielo este viento, para significar que la inspiración del Espíritu Santo del cielo ha de venir; la dádiva por exce-

lencia buena es el Hijo, y el don por excelencia perfecto es el Espíritu Santo, y todas las dádivas y dones que de estos dos proceden son del cielo, enviados por el Eterno Padre, de quien proceden el Hijo y el Espíritu Santo.

Lo tercero, este sonido fué viento, para significar que el Espíritu Santo con su inspiración obra en nosotros algunos efectos maravillosos, significados por el viento, porque con ella nos da y conserva la vida espiritual de la gracia; con ella respiramos y se amortigua el ardor de nuestras concupiscencias; ella nos limpia y purifica, apartando en nuestras almas lo precioso de lo vil, y ella nos impele y mueve á huir del vicio y á seguir lo que es virtud. De suerte que como con el aire vivimos y respiramos, y sin él no podríamos vivir, así dentro del divino espíritu y «en su virtud somos, vivimos y nos movemos» en el sér de gracia, y sin El no podemos tener ni conservar tal sér y vida. ¡Oh espíritu de vida! Ven y sopla sobre las almas muertas por la culpa, para que las vivifiques con tu gracia; sopla en el huerto de mi alma, para que con tu inspiración los árboles de las virtudes broten sus olorosos frutos.

Lo cuarto, el viento fué impetuoso para significar el ímpetu y fervor con que el Espíritu Santo mueve á las obras de virtud, con una fuerza suave y amorosa, no contra nuestra voluntad, sino con grande gusto, y cuando El entra en el alma llévala como navío que navega viento en popa sin trabajo, y con gran velocidad, siendo El también el piloto que lo gobierna, enderezándole al puerto y lugar donde quiere llevarle.

Lo quinto, este viento vehemente causó un gran sonido y como trueno, que se oyó en toda la ciudad, para significar que la venida del Espíritu Santo hace en los justos y por ellos tales obras, que suenan en todo el mundo, por el admirable ejemplo de su vida, y en especial por la fuerza de su predicación y palabra.

Punto III

De otros misterios encerrados en lo que ocurrió en este día.

Considera los misterios que están encerrados en que un viento vehemente haya llenado toda la casa, donde estaban sentados los discípulos. El primero, fué para significar, que en la ley de gracia se da el Espíritu Santo con grandísima abundancia y plenitud, para todo género de obras, ejercicios y ministerios, estados y oficios de la Iglesia, mostrándose Dios mucho más liberal que en la ley de naturaleza, y más que en la ley escrita; entonces se daba el Espíritu muy tasado, mas después de la Pasión de Cristo N. S., abriéronse las cataratas y puertas del cielo y vino un diluvio de gracias que llenó toda la tierra, y la renovó y fertilizó.

Lo segundo, llenó este viento toda la casa, para significar la generalidad con que el Espíritu Santo, cuanto es de su parte, se da y ofrece á todos los hombres, en cualquier parte y rincón del mundo que estén.

Lo tercero, para significar que cuando el Espíritu Santo entra con esta vehemencia en un alma, llena toda su casa con todas sus potencias, sin dejar vacía alguna; llena su me-

moria de buenos pensamientos; su entendimiento de santos discursos; su voluntad de fervientes afectos, y sus apetitos de santas aficiones. Ultimamente, ponderaré cómo este viento llenó la casa donde estaban los discípulos sentados, para significar que si quiero que el Espíritu Santo llene la casa de mi corazón, no tengo de andar vagabundo fuera de ella, derramándome voluntariamente por las criaturas, sino procurar entrar dentro de mí mismo, y morar de asiento y con quietud dentro de mí, ocupado con buenos pensamientos, deseos y buenas obras, esperando la venida de este Espíritu, que lo llene todo y perfeccione con su abundante amor.

Coloquio.—Gracias te doy, dulcísimo Redentor, porque abriste las cataratas de tu sacratísimo Corazón, para derramar toda tu sangre por nosotros, y en virtud de ella abriste las cataratas y puertas del cielo para derramar tu copioso Espíritu sobre los que quisiesen aprovecharse de tu Pasión. Derrámale, Señor, de nuevo sobre toda la casa de tu Iglesia, para que de nuevo todos comencemos á servirte con fervor. ¡Oh Espíritu divino, desciende sobre mi corazón, límpiale, purifícale, santifícale, llénale con la abundancia de tus deseos é inflámale para siempre en tu amor.

Propósitos.—Vive dentro de ti y contigo para que el Espíritu Santo llene con sus inspiraciones y consuelos la casa de tu alma.

DÍA QUINTO

De otras circunstancias que acompañaron la venida del Espíritu Santo sobre los Apóstoles.

Preludios.—Mira al Espíritu en lenguas de fuego descender sobre los Apóstoles reunidos en el cenáculo, y pide que venga el Espíritu Santo sobre nuestras almas para enriquecerlas con sus dones.

Punto I

Aparecen lenguas de fuego sobre las cabezas de los Apóstoles.

Considera primeramente, cómo «aparecieron lenguas repartidas como de fuego, y sentóse una sobre cada uno de ellos». Pondera la causa por qué el Espíritu Santo se dió en forma de fuego visible: porque siempre ha tomado formas exteriores que representasen los efectos maravillosos que causa interiormente en los que le reciben. En el bautismo de Cristo tomó forma de paloma, para significar la inocencia y fecundidad de las buenas obras á que inspira. En la transfiguración apareció como nube resplandeciente, para significar la lluvia de la doctrina que comunica y la protección que tiene de sus escogidos. En el cenáculo se dió con un soplo, en señal de la vida espiritual que se nos da por medio de los Sacramentos. Pero este día apareció en forma de fuego, para significar que, así como el fuego purifica, alumbra, enciende, sube á lo alto y es muy unitivo y comunicativo de sí mismo y transforma en sí lo que se le junta, así el Espíritu Santo purifica las almas consumiendo la escoria de sus vicios y pecados, y apartando del oro y plata de las virtudes, la escoria y estaño de las faltas é imperfecciones que suelen mezclarse con ellas; alumbra los entendimientos con una lumbre sobrenatural, tan excelente, que los certifica de las verdades y misterios de la fe, más que si los vieran con los ojos corporales. Enciende las voluntades con el ardor de la caridad, abrasándolas en amor de Dios y

de sus prójimos; levanta los corazones de la tierra á las cosas celestiales, haciendo que tengan su conversación en los cielos y allí descansen por la contemplación como en su esfera y propio lugar. Finalmente, une las almas consigo mismo, comunicándoles sus virtudes y dones, de modo que sean un espíritu con El por unión de perfecto amor.

Pondera luego la causa porque vino el Espíritu Santo en forma de lenguas, más que en forma de corazones. Esta fué porque no se daba á los Apóstoles para que solamente ellos amasen, sino para que con sus lenguas, movidas de este divino Espíritu predicasen al mundo la ley de Cristo y haciendo oficio de fuego, purificasen los hombres de sus errores y pecados. Demás de esto, también el Espíritu Santo viene sobre nosotros espiritualmente en lenguas de fuego, cuando nos comunica los efectos de la devoción, y cuando el Espíritu Santo se comunica con plenitud, es lengua de fuego de la cual salen afectos encendidísimos de amor.

Pondera, además, aquella palabra, «sentóse sobre cada uno de ellos»; para significar que el fuego del Espíritu Santo, cuanto es de su parte, viene de asiento sobre nosotros con deseo de nunca nos dejar, si no le echamos por nuestra culpa. Por tanto, si quieres que el Espíritu Santo se asiente sobre ti y permanezca contigo para siempre, sacude de ti cualquier pensamiento y afecto desordenado, y no des entrada á la maldad, porque como es Espíritu purísimo, no quiere entrar en alma mal intencionada, ni habitar en cuerpo sujeto á pecados.

Punto II

Todos los discípulos fueron llenos del Espíritu Santo.

Considera la infinita bondad y liberalidad de Dios, porque con ser los que estaban en aquel cenáculo tan diversos en los merecimientos y en la dignidad, á todos llenó de sus dones. En su memoria estampó las divinas Escrituras, en su entendimiento infundió gran luz é inteligencia de ellas, en su voluntad imprimió de un golpe toda la ley de la caridad y amor. Y por concluir, de repente hizo con ellos todos sus oficios: porque como viento fresco, los llenó de suavidad; como sol, los hinchó de luz; como fuego, los llenó de calor celestial; como maestro, de su doctrina; y como médico, de perfecta salud; y en un momento los trocó de cobardes en animosos, de ignorantes en sabios, de ambiciosos en humildes y de imperfectos los hizo consumados en toda perfección. ¡Oh poder infinito del divino Espíritu! La mudanza que no hizo el mismo Jesús en tres años con sermones, ejemplos y milagros, la hizo el día de hoy en un instante el Espíritu Santo y la virtud que vino de lo alto. Envía, oh buen Jesús, sobre mí, esta virtud de tu divino Espíritu, para que me trueque en otro varón, hecho en todo á tu voluntad. Ven, oh Espíritu santísimo, y llénaME con tus dones, para que trueque mis costumbres, y no quiera ni pretenda otra cosa fuera de Ti, estando lleno y harto con tenerte dentro de mí.

Lo segundo, se ha de considerar que aunque todos fueron llenos de Espíritu Santo, unos recibieron mayores dones que otros; los que eran

más santos y estaban más bien dispuestos, recibieron mayor plenitud del Espíritu Santo con más copiosa gracia, y, por consiguiente, nuestra Señora recibió mayor alegría que todos los demás juntos, y los Apóstoles mayor que todos los otros discípulos, glorificando todos á Dios por la merced singular que les había hecho. Y yo también me gozaré, dando á la Virgen el parabién de los dones que recibió, y del contento que tuvo, viendo á todos los discípulos llenos del Espíritu Santo, y cumplida la promesa de su precioso Hijo con tanta perfección.

También sacaré un gran deseo de prepararme para recibir el Espíritu Santo con el mayor fervor que pudiere, pues se da con más abundancia al que está más bien preparado. Esta preparación la haré con estas cuatro virtudes: La primera, es pureza de conciencia. La segunda, es humildad de corazón. La tercera, es confianza en Dios. La cuarta, es oración. Cuando más aventajadamente ejercitare estas cuatro virtudes, tanto estaré más dispuesto para recibir el Espíritu Santo con mayor abundancia de sus dones.

Ultimamente ponderaré, cómo también quedaron todos llenos del Espíritu Santo en cuanto recibieron todo el caudal que habían menester para llenar su ministerio, porque Dios N. S. da tanta gracia á cada uno, cuanta es menester para que cumpla enteramente con el ministerio y oficio que le encarga y con el estado para que le llama. Y así, á nuestra Señora y al precursor San Juan y á los Apóstoles llenó de gracia, dando á cada uno tanta cuanta pedía la dignidad y oficio para que los había escogido, y lo mismo hace ahora con

los que llama para los estados y oficios de la Iglesia.

Punto III

«Y comenzaron á hablar en varias lenguas.»

En este hecho considera, lo primero, la gracia especial que hizo el Espíritu Santo á los Apóstoles, dándoles de repente facultad de hablar en varias lenguas, para que pudiesen predicar el Evangelio en todo el mundo, porque esta gracia no era tanto para su propio provecho cuanto para el provecho de todos los hombres de la tierra; y así, todos hemos de alabar á Dios por esa merced que les hizo para bien nuestro, advirtiendo que, así como los soberbios, queriendo edificar una torre cuya cumbre llegase al cielo, fueron confundidos con dividirles los lenguajes sin que uno entendiese al otro, así los humildes, deseando edificar la torre de la perfección, fueron ayudados con la unión de las lenguas, para que pudiesen unirse con todos los hombres y llevar adelante su edificio.

Pondera cómo los Apóstoles luego comenzaron á hablar en estas lenguas, movidos del Espíritu Santo, hablando de las cosas con el modo y fervor que les inspiraba; y así, sus palabras eran de cosas santas y con modo santo, lo cual conservaron toda la vida, guardando cuatro condiciones: La primera, que no eran por fin malo ni vano, sino con pura intención de la gloria de Dios y del bien de los prójimos. La segunda, que procedían de espíritu santo y reposado. La tercera, que eran en la presencia de Dios. La cuarta, que no eran de

cosas malas, ni vanas, sino todas de Cristo, ó de cosas enderezadas á Cristo.

Mira cómo estando el Espíritu Santo en el alma, luego la hace hablar en varias lenguas interiormente, que son varios afectos de devoción, cantándole himnos con afecto de alabanza y agradecimiento por las mercedes que nos hace, y también afectos de amor y gozo por ser quien es, haciendo grandes ofrecimientos de servirle. ¡Oh, quién oyera cómo hablaba la Virgen este día con estas varias lenguas, inspirada por este divino espíritu! ¡Qué afectos tan encendidos! ¡Qué alabanzas y acción de gracias brotaría, y cómo se derretiría en fuego de amor, hablando con su Amado!

Coloquio.—¡Oh dulcísimo Jesús, dame verdadero espíritu de humildad y perfecciona con el fuego de tu amor la lengua que me has dado, para que de mi parte ayude á levantar esta torre de la perfección, no sólo en mi alma, sino en la de mis prójimos, de modo que todos lleguemos á la cumbre de tu eterna gloria! ¡Oh Espíritu santísimo! ven á mi alma muda y enséñala á hablar con varias lenguas de encendidos afectos; y pues me pides que suene mi voz en tus oídos, aclárala y endúlzala, para que su música te sea dulce y agradable por todos los siglos.

Propósitos.—Purifica tu lengua con el fuego del Espíritu Santo para que hable siempre de Dios y nunca la emplees en cosa que lo ofenda.

DÍA SEXTO

De la vida excelentísima que el Espíritu Santo inspiró á los primeros cristianos

Preludios.—Mira á los primitivos cristianos unidos en gran caridad conversando en el cenáculo y pide á Jesucristo unión de caridad con todos tus prójimos.

Punto I

Vida de fervor de los primeros cristianos.

Considera ante todo, que dice la Sagrada Escritura que los que se bautizaron «perseveraban en la doctrina de los Apóstoles y en la comunión de la fracción del pan y en las oraciones». Pondera cómo es propio del Espíritu Santo inspirar á los justos, cuyas almas llena de sí mismo, tres principalísimos ejercicios de virtud con los cuales conserven y aumenten la santidad.

El primero, es perseverar en la doctrina de los Apóstoles, esto es, ocuparse en oir la palabra de Dios y en leer libros sagrados y santos para confirmarse más en la fe y penetrar más la doctrina evangélica y aficionarse más á ella, huyendo de toda doctrina que fuere contraria á la de los Apóstoles, ó nos entibiare en la fe y estima que debemos tener de ella.

El segundo, es perseverar en la comunión de la fracción del pan, esto es, en la comunión del santísimo Sacramento del cuerpo de Cristo N. S., que es el pan del cielo que se reparte á los hombres para conservar y aumentar la vida espiritual de la gracia.

El tercero, es perseverar en oraciones; y no dice en oración, sino en oraciones, esto es, en todo género de oración; «peticiones, acciones de gracias, himnos y cánticos espirituales», orando de todos modos para vivir siempre con Dios y en Dios.

Estas tres cosas hacían los primeros fieles con gran frecuencia y perseverancia, inspirándoles esto el Espíritu Santo, porque todas

tres son sustento espiritual de las almas y el medio más eficaz que hay para conservar la vida de la gracia, y para aumentar los dones de Dios y alcanzar la plenitud del Espíritu Santo. Y así, en el libro de los *Hechos apostólicos* leemos, que siempre se daba el Espíritu Santo cuando los Apóstoles predicaban y ponían sus manos sobre los fieles y oraban, de suerte que los fieles recibían el Espíritu Santo por una de tres maneras: oyendo los sermones, ó recibiendo los sacramentos, ó haciendo oración á Dios; pero esta oración era fervorosísima, tanto que, como dice San Lucas, «orando tembló el lugar donde estaban juntos», para significar el espanto que pondrían al mundo y la mudanza de los corazones que harían con su ejemplo y palabra en virtud del Espíritu Santo. ¡Oh Espíritu santísimo, mi alma está hambrienta y no tengo pan con que sustentarla! Dame estos alimentos de tu doctrina, comunión y oración con que la remedie, y aunque yo no los merezca por amigo, dámelos por necesitado, premiando en estos los trabajos de nuestro dulcísimo amigo Cristo Jesús, á quien sea honra y gloria por todos los siglos.

Punto II

Del espíritu de pobreza de los primitivos cristianos.

«Todos los que creían estaban juntos, y tenían todas las cosas comunes, vendían las posesiones y las haciendas, dividíanlas á todos conforme á la necesidad de cada uno.» Considera, cómo también es propio del Espíritu Santo inspirar á sus escogidos la perfección evangélica que Cristo N. S. predicó, estam-

pándola en estos primitivos cristianos, para que fuesen ejemplo de los religiosos que les habían de suceder Lo primero, les inspiró la vida de comunidad, con suma unión y caridad; y por eso dice San Lucas que estaban juntos, y mucho más con el espíritu que con el cuerpo. Y así, añadió otra vez, que «la muchedumbre de los creyentes tenía un corazón y una ánima», porque aunque eran muchos de diferentes naciones y complexiones, y de diversos caudales y talentos, todos estaban unidos con amor, y tenían una voluntad y un mismo sentir, porque todos tenían un mismo Espíritu Santo que los unía consigo y entre sí mismos, como lo hace el alma con los miembros del cuerpo, aunque sean muy diversos.

Además, inspiró el Espíritu Santo á estos fieles, que para conservar esta unión tuviesen todas las cosas comunes, guardando la pobreza evangélica con rigor. Porque lo primero, vendían todas sus posesiones para que el precio se repartiese entre todos, acudiendo á la necesidad de cada uno, con lo cual cumplían aquel consejo de Cristo N. S. que dice: «Si quieres ser perfecto, vende cuanto tienes y dalo á los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo».

Lo segundo, en la distribución de estos bienes no querían seguir su propia voluntad, sino la de los Apóstoles, á cuyos pies echaban el precio de lo que vendían para que ellos lo repartiesen; con lo cual se desnudaban de todo afecto de carne y sangre, siguiendo la de los ministros de Cristo.

Lo tercero, se desapropiaron tanto en el uso de todas cosas, que á lo que tenían no llama-

ban suyo, desterrando de sus pláticas aquella fría palabra, mío y tuyo, que es ocasión de discordias y de entibiar la caridad. De suerte que con el corazón, con la palabra y con la obra, se desapropiaron y renunciaron todo cuanto poseían para ser perfectos discípulos de Cristo. De aquí se seguía, que siendo todos pobres, ninguno de ellos padecía necesidad, porque lo que uno tenía era de todos, y lo que tenían todos era de cada uno, y todas las cosas tenían comunes para el uso de todos. Era común la casa, el vestido, la comida, los ejercicios de virtud, los trabajos, los premios y las coronas, porque siendo muchos, eran uno, y el uno, no estaba solo, sino en él estaban muchos, ayudándole todos. ¡Oh vida dichosa y bienaventurada, enseñada por Cristo, inspirada por el Espíritu Santo, aprobada por los Apóstoles y ejercitada por los discípulos, que fueron primicias del divino Espíritu! ¡Oh divinidad santísima, que siendo una en tu esencia eres común á tres Personas! concede á los fieles que llamaste á estado de perfección que sean todos unos, y cada uno con sus cosas sea común para todos, para que todos, sin poseer nada, lo tengan todo, y dejándolo todo, alcancen el cien doblado de lo que dejaron, poseyéndote á Ti, fuente de todos los bienes, por todos los siglos.

De todo esto que se ha dicho, he de sacar, si soy religioso, gran deseo de imitar á estos primitivos cristianos, á los cuales puso el Espíriritu Santo por dechado de religiosos, y muchos de ellos, por su inspiración, hicieron voto de esta pobreza, para que fuese más estable y agradable á Dios, á cuya causa Ananías y Sa-

fira, porque vendieron su heredad y se quedaron con parte del precio, fueron castigados severamente por San Pedro con muerte arrebatada, diciéndoles que habían mentido al Espíritu Santo, por cuya inspiración habían hecho el voto. Pero si soy seglar, sacaré deseos de imitar á estos discípulos en lo que fuere conveniente, según mi estado, desnudándome, siquiera con el corazón, de todas las cosas, pues con todos habla aquella sentencia del Salvador, que dice: «El que no renunciare todas las cosas que posee, no puede ser mi discípulo».

Punto III

Del espíritu de unión y caridad de los primitivos cristianos.

«Cada día perseveraban con un mismo ánimo en el templo, y partiendo el pan en las casas, tomaban el manjar con alegría y simplicidad de corazón, alabando juntos á Dios y siendo agradables á todo el pueblo.» Considera sobre estas palabras, cómo es también propio del Espíritu Santo inspirar á los escogidos otros varios medios para conservar la unión y perfección. El primero es, que con un mismo ánimo fuesen al templo y perseverasen allí haciendo los ejercicios para que se ordenó el templo, que son: oir juntos la palabra de Dios, orar y asistir á los divinos sacrificios y recibir los Santos Sacramentos, porque el templo es escuela de Cristo, casa de oración, propiciatorio de nuestros pecados y lugar dedicado al divino culto. Y en estos ejercicios perseveraban gran parte del día con sumo gusto, porque el Espíritu Santo asistía con ellos.

Cumplida esta obligación con Dios, luego por inspiración del mismo Espíritu, se iban unos á las casas de los otros, y allí se convidaban con caridad, tomando el manjar del cuerpo con alegría, no sensual, sino espiritual, y con esta alegría juntaban simplicidad de corazón sin dobleces ni fingimientos, ni murmuraciones de unos contra otros, sino con sincera intención, por agradar á Dios y conservar la fraterna caridad, dándonos ejemplo del modo cómo hemos de comer, espiritualizando esta obra que de suyo es tan material.

De aquí resultaba, que siempre andaban alabando y glorificando á Dios con grande edificación de todo el pueblo, que los amaba y veneraba por la santidad y caridad que en ellos resplandecía. Compara esta vida fervorosísima de los primeros fieles con la tuya. Su fervor con tu tibieza; su despego de todo lo terrenal con tu amor al dinero, al lujo y al regalo; su caridad y unión con tu espíritu de rencillas, de murmuración y de perpetua discordia. Confúndete y humíllate y procura cambiar de vida y parecerte más á los que fueron primicias y modelo de los verdaderos hijos de la Iglesia.

Coloquio.—¡Oh Espíritu divino! pues eres el corazón invisible de la Iglesia, arroja por todos sus miembros espíritus de vida que son tus divinas inspiraciones, con las cuales acudan con grande unión y fortaleza á todas las cosas de tu servicio, de tal manera, que llaguen tu corazón con llagas de amor, haciéndose dignos de que los ames, y aumentando en ellos el fuego del amor.

Propósitos.—Tener más caridad con el prójimo en tus obras y palabras, no juzgándole mal, ni usando con nadie palabras ó gestos mortificativos.

DÍA SÉPTIMO

De las obras maravillosas que por medio de los Apóstoles hizo el Espíritu Santo el día de Pentecostés.

Preludios.—Imagínate ver á los Apóstoles predicando, y á gran muchedumbre del pueblo oyéndoles y recibiendo el santo bautismo. Pide que el Espíritu Santo baje á nuestros corazones y los aliente á seguir, á pesar de todos los trabajos, en el camino de la perfección.

Punto I

De los efectos que causó la venida del Espíritu Santo en la muchedumbre.

Considera que «estaban aquel día en Jerusalén muchos judíos y varones religiosos de todas las naciones del mundo, y en oyendo el sonido del viento vehemente, juntóse grande muchedumbre; y oyendo cada uno hablar á los Apóstoles en su propia lengua las grandezas de Dios, quedaron admirados y pasmados, diciendo: «¿Qué será esto?» Pondera sobre estas palabras cuán propio es del Espíritu Santo, con el sonido de su divina inspiración, mover los ánimos de los hombres y traerlos adonde oigan la voz del Evangelio, para que por medio de la predicación conozcan á Cristo y se conviertan.

Pondera después, cómo los Apóstoles, que habían estado recogidos con silencio esperando la venida del Espíritu Santo, luego que le recibieron, salieron de su recogimiento á lo público y comenzaron á publicar y predicar las grandezas de Dios en presencia de todas las naciones del mundo, porque la fuerza interior del Espíritu Santo les movía á ello, el cual

no quiere que sus talentos estén enterrados ni que sus dones estén ociosos un momento, sino que luego salgan á la luz y se negocie con ellos la salvación de las almas.

Pondera, por último, la eficacia y espíritu con què los Apóstoles hablaban «grandezas de Dios», porque cada espíritu mueve á hablar como quien es: el espíritu de mundo, habla grandezas humanas; el espíritu de carne, grandezas carnales; el espíritu propio, grandezas propias; mas el Espíritu divino aborrece estas grandezas y no las quiere tomar en la boca, si no es para despreciarlas, y solamente inspira y mueve á hablar de las grandezas de Dios, de sus virtudes y excelencias, de sus beneficios y misericordias, de sus obras y misterios, sintiendo altamente de Dios y de cualquier cosa suya, y hablando de ellas cuando es menester, no con tibieza y caimiento de ánimo, sino con lenguas de fuego y con fervor admirable, de modo que provoque á los oyentes á grande admiración y espanto, reconociendo en el que habla la divinidad del Espíritu que le mueve.

Punto II

Escarnecen algunos á los Apóstoles, y son reprendidos por San Pedro.

Considera cómo «algunos, escarneciendo, decían: Estos están llenos de mosto; pero levantándose Pedro con los once Apóstoles, alzó la voz y habló les, declarándoles cómo no estaban tomados del vino, sino llenos del Espíritu Santo». Pondera, lo primero, cómo nunca faltan malos que escarnezcan de los buenos y

hagan burla de las obras de Dios, juzgando temerariamente de ellas y echándolas siempre á la peor parte, atribuyendo á embriaguez lo que era fervor de espíritu. Esto permite nuestro Señor para ejercitar á los justos en humildad y paciencia, y para que vean cuán errados son los juicios de los hombres, y no hagan caso de ellos, y aprendan á no juzgar temerariamente lo que no alcanzan, especialmente cuando lo hace gente santa, sino venerarlo con silencio y admiración, ó preguntar, como hicieron este día algunos: «¿Qué será esto?»

Lo segundo, pondera cómo los Apóstoles, movidos del divino Espíritu, tomaron de aquí ocasión para predicar la fe de Cristo N. S., respondiendo á la pregunta de los unos y deshaciendo el error de los otros; y así, tomando la mano San Pedro, como cabeza de los Apóstoles, les dijo que no estaban llenos de vino, porque era muy de mañana para haber bebido y no se había de presumir tal cosa de gente buena, y en tal día; pero que estaban llenos de aquel Espíritu que Dios había prometido por el profeta Joel; como quien dice: Llenos están de vino, no de ese vino corporal que vosotros pensáis, sino de otro vino más fuerte, que es el Espíritu de Dios y su encendido amor, porque los embriagó con la muchedumbre y dulzura de su amor.

¡Oh amador de las almas! Entra la mía en esta tu bodega y hártala con la variedad y abundancia de los vinos preciosos que tienes en ella, ordenando en mí la caridad y todos los actos y afectos que proceden de ella. Tú bebiste de este vino y convidas á los tuyos á

que beban de él, diciéndoles: «Bebed, amigos, y embriagaos los muy amados»; y aunque yo no merezca el nombre de amigo, para que lo sea te suplico me convides y des á beber de ella con tanta abundancia, que como embriagado de tu amor salga de mí, y, olvidado de todo, no quiera más que á Ti.

Punto III

Maravilloso sermón del apóstol San Pedro y conversión de muchísimos oyentes.

Considera el maravilloso sermón que hizo el apóstol San Pedro dando testimonio de Cristo crucificado, en el cual descubrió las grandes virtudes que el Espíritu Santo le había comunicado, y las que han de tener los ministros del Evangelio. La primera, fué grande sabiduría y destreza en proponer las verdades y misterios de Cristo N. S., probándolos con testimonios muy eficaces de la divina Escritura, de los profetas y salmos.

La segunda, fué grande libertad de espíritu con gran fortaleza de corazón; porque Pedro, á quien la voz de una esclava hizo temer y negar á su Maestro, ahora con la virtud y fortaleza que le dió el Espíritu Santo confesó y predicó delante de innumerables hombres que Cristo, á quien ellos crucificaron, había resucitado, y era su Dios y su Mesías y Salvador.

Y con la misma libertad testificó lo mismo delante de Anás y Caifás y de todos los príncipes de los sacerdotes; y admirándose ellos de su constancia, y mandándole con amenazas que no predicase más á Cristo, libremente respondió que era más justo obedecer á Dios que á los

hombres; y así lo hicieron todos los Apóstoles, ofreciéndose por esta causa á muchos trabajos y gozándose de sufrirlos por el nombre de Jesús.

La tercera, fué grande celo y fervor en sus palabras, penetrando con ellas los corazones de los oyentes de tal manera, que los que poco antes tenían á los Apóstoles por embriagados, luego compungidos se les rinden y preguntan qué harán para salvarse; y los que con terrible dureza pidieron que Cristo fuese crucificado, ahora con gran ternura piden ser bautizados. ¡Oh mudanza milagrosa de la virtud de Dios! ¡Oh poder inmenso del divino Espíritu! ¿Quién sino Dios pudiera dar tal sabiduduría y fortaleza con tal fervor á tan rudos y cobardes predicadores? Y ¿quién otro que su Espíritu pudiera mudar y ablandar los duros corazones de tales oyentes? Ven ¡oh Espíritu santísimo, sobre los predicadores de la Iglesia y sobre los fieles que los oyen, y obra en los unos y en los otros esta maravillosa mudanza, para que nuestro Redentor sea de todos obedecido y amado, y tu divina voluntad sea de todos conocida y venerada.

Ultimamente, pondera cómo los «que en aquel día se convirtieron y bautizaron, fueron cerca de tres mil almas». Así como en otro sermón se convirtieron cinco mil. ¡Oh, qué gozo sentiría Cristo N. S. cuando vió que su Padre había traído tanta gente á su servicio, cumpliendo la promesa que de esto le había hecho! ¡Oh, qué fiestas harían los ángeles en el cielo por la conversión de tantos pecadores, pues por la conversión de uno solo se gozan grandemente! ¡Oh, qué regocijada

estaría la Virgen sacratísima viendo tantos que reconocían la divinidad de su amado Hijo, en cuya conversión tuvo ella mucha parte, porque mientras los Apóstoles predicaban, ella oraba con gran fervor, negociando con Dios el próspero suceso de su predicación, y qué alegres estarían los Apóstoles con la copiosa pesca que sacaron de aquella redada, gastando todo aquel día en enseñar á los convertidos los misterios de la fe, y en moverlos á penitencia de sus pecados, y en bautizarlos, dándoles nuestro Señor, como les ofreció San Pedro, el don del Espíritu Santo, con el cual quedaron llenos de santidad y alegría espiritual! De todo esto he de sacar también afectos de gozo y alabanza, gozándome de que Cristo mi Señor sea conocido y venerado, y dándole el parabién de este copioso fruto.

Coloquio.—¡Oh dulcísimo Jesús, cuán bien comenzáis á cumplir lo que dijisteis: «Si fuere levantado de la tierra traeré á Mí todas las cosas». Ya, Señor, habéis subido á lo alto y dado dones á los hombres; y en recompensa de lo que dais recibís también dones de los mismos hombres, dándoseos ellos por vuestra gracia y tomándolos Vos para vuestro servicio. Dadme, Señor, vuestros dones y tomad de mí los que Vos me dais, para que todo yo sea vuestro por todos los siglos.

Propósitos.—Si tienes realmente el espíritu de Dios, trabaja cuanto puedas, según tu estado, con purísima intención por la salvación de las almas.

DÍA OCTAVO

De los siete dones que da el Espíritu Santo á las almas justas.

Preludios.—Considera tu alma como sagrario de Dios y de su Espíritu, y pide respetarla siempre y no profanar por el pecado el templo que Dios ha formado para sí.

Punto I

De los oficios y fines de los siete dones del Espíritu Santo.

Considera cómo el Espíritu Santo, con las virtudes teologales, fe, esperanza y caridad, infunde á los justos siete dones que llamamos don de sabiduría, entendimiento, ciencia, consejo, fortaleza, piedad y temor de Dios, cuyos oficios y fines son muy diferentes, porque el oficio de las virtudes es inclinar al hombre al ejercicio de las obras virtuosas por su propia elección y libre albedrío, ayudado de la divina gracia, y así puede obrar con ellas siempre, creyendo, esperando y amando, obedeciendo y humillándose como quisiere, porque el divino favor nunca le faltará. Pero el oficio de los dones es inclinar al justo á que se rinda y sujete al impulso y movimiento que le viene de fuera, esto es, del Espíritu Santo, cuando con el viento de la inspiración le mueve á bien obrar, como las velas sirven á los navíos para que sean fácilmente movidos de los vientos. Y por esto el profeta Isaías llama á estos dones espíritus, porque son instrumentos del Espíritu Santo, para las obras que hacen los justos movidos de su impulso. Por donde se ve los grandes deseos que tiene el Espíritu Santo de que obedezcamos á sus inspiraciones, pues para esto nos da tales dones. ¡Oh sagrados Apóstoles, que como palomas volasteis con las alas de vuestras virtudes, y como nubes fuisteis movidos del Espíritu Santo por medio de sus siete dones! suplicad á este divino Espíritu me los comunique, para que como paloma

vuele en su servicio, y como nube me deje llevar del viento de su santa inspiración.

De lo dicho se infiere que, como dice Santo Tomás, estos dones son necesarios á los justos para alcanzar la vida eterna, así porque andan siempre trabados con la gracia y caridad, de la cual no se pueden apartar, como porque el instinto é inspiración del Espíritu Santo es muy necesaria para conservar las dos partes de la justicia y santidad, que son apartarse del mal y seguir el bien, especialmente en muchas cosas arduas y dificultosas que suceden en esta vida; y como el Espíritu Santo desea tanto nuestra salvación y perfección, acude luego á favorecernos, habiéndonos prevenido con estos dones para que le obedezcamos. Gracias te doy, Espíritu santísimo, por el cuidado que tienes de ayudar mi flaqueza con tan excelentes dones de tu gracia; no permitas, Señor, que yo los pierda hasta que por ellos alcance la vida eterna.

Punto II

Los dones del Espíritu Santo son armas maravillosas contra las tentaciones.

Considera que estos siete dones, son armas ofensivas y defensivas que nos da el Espíritu Santo contra las principales raíces de las tentaciones que combaten la vida espiritual. Porque unas tentaciones proceden del tedio que tenemos de las cosas de Dios, porque la carne no gusta de las cosas del espíritu, ni tiene estima de las eternas, y las deja y busca los deleites sensuales. Contra estas tentaciones nos arma el Espíritu Santo con el don de la sabi-

duría, inspirándonos razones que nos aficionen á los bienes celestiales, pegándonos dulzura en ellos y hastío de los terrenos. Lo cual puede y suele hacer en un momento, cuando quiere hacernos este favor y nuestra necesidad clama por él.

Otras tentaciones proceden de la rudeza y obscuridad que tenemos de las cosas de la fe, de donde nacen dudas, perplejidades, nieblas, desconfianzas y tibiezas, así en el creer y esperar, como en el obrar; contra las cuales nos favorece el Espíritu Santo con el don del entendimiento, arrojando en nuestro espíritu ilustraciones y rayos de luz que deshagan estas nieblas y nos den paz y gozo en el creer.

Otras tentaciones nos vencen por ser indiscretos y precipitados en nuestras cosas, ó por la cortedad de nuestra prudencia, que no halla traza para salir bien de ellas, ó porque nos cogen de repente y desapercibidos, sin darnos tiempo para pensar lo que hemos de hacer. En tales casos suele acudir el Espíritu Santo con el don del consejo, inspirándonos con especialísima providencia el medio que hemos de tomar para vencerlas, como inspiró á José que dejase la capa en manos de la mujer que le solicitaba á pecar, huyendo de la ocasión por no perecer en ella.

Contra las tentaciones que nos pueden derribar por ignorancia ó por engaño, nos socorre el Espíritu Santo con el don de la ciencia, ilustrándonos con sus inspiraciones, para conocer las astucias de Satanás y los engaños de la carne. Y trayéndonos á la memoria las verdades que son más á propósito para vencerlos, aficionándonos á ellas con gran dulzor.

A otras tentaciones más terribles nos rendimos por flaqueza de ánimo, cuando nos ponen en tal aprieto, que si no hacemos lo que es pecado mortal, hemos de perder la hacienda, honra ó vida, ó padecer otro grave daño. Entonces acude el Espíritu Santo, con el don de la fortaleza, fortaleciendo con sus impulsos nuestro corazón y animándole á padecer cualquier daño temporal por huir el eterno, al modo que favoreció á Susana y á los gloriosos mártires en sus peligros. De la dureza de nuestro corazón procede no tener compasión de nuestros prójimos, ni aplicarnos á hacerles bien, ni querer sufrir el mal que nos hacen, antes brotan tentaciones de iras, impaciencias, injurias, injusticias, venganzas y crueldades, contra las cuales nos ayuda el Espíritu Santo con el don de piedad, ablandando nuestros corazones con el toque de su tierna inspiración y moviéndonos á usar de misericordia en las ocasiones que nos mueven á venganza.

Finalmente, contra las tentaciones que nacen de soberbia, presunción, ambición y vanidad, nos arma con el don de temor, arrojando con su ilustración algunos sentimientos de verdades que repriman nuestro orgullo y nos hagan temblar de sus espantosos y secretos juicios, ó nos humillen y deshagan la rueda de nuestra vanidad.

En todos estos casos ponderaré la grandeza de mi necesidad y la eficacia de estas ayudas; y comparando una con otra, glorificaré al Espíritu Santo, que con tan amorosa providencia proveyó de tales remedios al que tan necesitado estaba de ellos. Y cuando fuere molestado

con algunas de estas tentaciones, acudiré á El luego, pidiéndole que me ayude, pues por esta razón nos ofreció estos dones.

Punto III

Los dones del Espíritu Santo, medio admirable para lograr las virtudes.

Considera el modo cómo el Espíritu Santo, con estos siete dones, por medio de sus inspiraciones ayuda á ganar las virtudes, con excelentísima perfección, así en las obras de la vida contemplativa como de la activa.

Con los tres dones de entendimiento, sabiduría y ciencia, nos ayuda en las obras de la vida contemplativa, lección, meditación, oración y contemplación, moviéndonos con sus inspiraciones á ejercitarlas con gran fervor y perfección. Con el don del entendimiento, nos perfecciona en el conocimiento de los misterios de nuestra fe, ayudándonos con sus ilustraciones, para penetrar lo más íntimo y secreto que hay en ellos con tanta certeza como si lo viéramos. Con el don de sabiduría, nos perfecciona en el conocimiento de Dios, de sus excelencias y atributos, y de todas las cosas que tocan á su divinidad, imprimiendo grande estima de las cosas divinas, con gran sabor y dulzura en conocerlas. Con el don de la ciencia, nos perfecciona en el conocimiento de las cosas criadas, imprimiéndonos con sus inspiraciones el juicio verdadero que debemos hacer de ellas, así por lo que tienen de Dios como por lo que tienen de su cosecha. De donde procede que por esta ciencia, como otro San Pablo, las estimemos y tengamos

por estiércol y basura en razón de ganar á Cristo.

Luego considera cómo el Espíritu Santo, con los tres dones de piedad, fortaleza y temor, nos perfecciona en las obras de la vida activa, para con nuestros prójimos y para con nosotros mismos y para con Dios N. S. Con el don de la piedad, nos perfecciona en las obras que hemos de hacer con nuestros prójimos, imprimiéndonos espíritu de hijos para con los superiores, y espíritu de madre para con los inferiores, y espíritu tierno y compasivo para con los iguales, acudiendo con entrañas de caridad á remediar las necesidades de todos, así corporales como espirituales, y más á éstas por ser mayores. Con el don de la fortaleza, nos perfecciona en orden á nosotros mismos, fortaleciendo la flaqueza de nuestra carne, reprimiendo sus temores, y moviéndonos á emprender cosas gloriosas del divino servicio, pospuesto todo temor humano. Con el don del temor, nos perfecciona en orden á Dios N. S., imprimiendo en nuestro corazón espíritu de reverencia y humildad, teniéndonos por nada en su presencia, y atribuyéndole la gloria de lo que con estos dones hacemos, pues todo es suyo. De esta manera nos mueve á cumplir lo que dice el Sabio: «En todas tus obras sé preexcelente», y á veces mueve á cosas extraordinarias para darnos extraordinaria santidad.

Ultimamente consideraré, cómo el don del consejo está como solo en medio de estos siete planetas del cielo, dándonos luz de lo que debemos hacer en las obras de ambas vidas activa y contemplativa, para que acertemos á

escoger las más convenientes, y el modo, lugar y tiempo de ejercitarlas.

Coloquio. - ¡Oh Espíritu Santísimo! gracias te doy por las armas que me has dado contra mis crueles enemigos y por el cuidado con que me mueves, para librarme de ellos! Teniendo tal ayudador, ¿á quién temeré? Siendo Tú mi luz y mi ilustración, ¿de quién temblaré? «Ponme junto á Ti y pelee quien quisiere contra mí»; aunque vengan impulsos del demonio para derribarme, si los tuyos me previenen, no podrán vencerme. Prevénganme, Señor, en mis peligros tus santas inspiraciones, para que no me aneguen mis miserias.

Propósitos.—Estudia cuál es el don que más falta te hace y trabaja por conseguirlo.

DÍA NOVENO

(Domingo de Pentecostés.)

De las causas y efectos de la venida del Espíritu Santo.

Preludios.—Contempla al Espíritu Santo bajando en figura de fuego sobre los Apóstoles. Míralos llenos de espíritu celestial, y transformados en hombres nuevos, salir á anunciar y proclamar la ley de gracia. Pide quedar tú también transformado y renovado con el fuego del Espíritu de Dios.

Punto I

De las causas de la venida del Espíritu Santo.

Considera que la primera causa, porque Dios nos envió el Espíritu Santo, fué su bondad. Es propio de la bondad, el comunicarse, y de la bondad infinita, comunicarse infinitamente. Ya Dios lo había hecho, dándonos á su propio Hijo, y nosotros debíamos estar contentos, pero Dios aún no lo estaba. Quiso, después de habernos colmado de sus dones, dar-

nos el principio y origen de todos ellos; esto es, el Espíritu Santo. Aunque Dios sea infinitamente rico, ¿ha podido darnos más? Pues, en cambio, no pide más, sino que tú pongas de tu parte la disposición que El desea para llenarte de su Espíritu. Y ¿qué disposición es ésta? Dios es la plenitud de todos los bienes; la plenitud no puede llenar, si no halla vacío; es menester, pues, que tú le ofrezcas tu corazón vacío de sí mismo, y de las criaturas, para que lo llene Dios. La pureza y humildad, ponen al corazón en este estado. Estas fueron las dos disposiciones que tuvieron los Apóstoles para recibir el Espíritu Santo. Si no le has recibido, es porque no las tienes.

Considera que la misericordia de Dios, respecto de nuestra miseria, ha sido la segunda causa que le movió á enviarnos al Espíritu Santo. La misericordia de Dios no tuviera donde ejercitarse, si no hubiera miserables; cuanto mayores son nuestras miserias, tanta más materia dan á su misericordia y realce á su gloria. Nosotros somos todos pobres y miserables. El Espíritu Santo es el Padre de los miserables y de los pobres; ó por mejor decir, es la caridad y misericordia misma, y por esto nos lo envió el Padre Eterno. Este Espíritu es, el que nos hace conocer nuestras miserias, nos las hace sentir, y nos hace desear salir de ellas, nos hace orar con gemidos inefables, que El oye, dándose á nosotros, para consolarnos en nuestras aflicciones, para aliviarnos en nuestras miserias con tanta fuerza, que El sólo nos sabe hacer verdaderamente dichosos, aunque padezcamos los mayores males. Si estás en la aflicción, si estás en el descon-

suelo, ¿á quién debes recurrir, sino á este caritativo y poderoso Consolador?

Los ruegos y méritos de Jesucristo han sido la tercera causa de enviarnos el Padre Eterno al Espíritu Santo. «Si yo no me voy, decía el Salvador, no vendrá el Espíritu Santo; pero si yo me voy, yo rogaré á mi Padre y El os enviará otro Consolador en mi lugar, que no se apartará jamás de vosotros». Jesucristo nos lo alcanzó con sus ruegos, como nuestro mediador; nos lo mereció con su Pasión, como nuestro Redentor; y en fin, como Dios, de quien el Espíritu Santo procede, nos lo envió. Dios podía enviarle; pero no podía merecerle; como que sólo un Hombre-Dios pudo merecer y enviar al Espíritu Santo. ¡Qué exceso de bondad! ¡Oh Salvador mío, después de habértenos dado á ti mismo, nos mandas en tu lugar el Espíritu Santo! Estando tus discípulos afligidos, por la ausencia de un Hombre-Dios, nada les podía consolar, sino la posesión de Dios.

Emplea estos tres motivos para obligar á Dios á que te envíe el Espíritu Santo. A saber: su bondad y misericordia, tu miseria y los méritos de nuestro Señor Jesucristo. No dejarás de conseguir tu petición, cuando está fundada en estas razones.

Punto II

Para qué envió Dios al Espíritu Santo.

Considera que el primer fin porque envió Dios al Espíritu Santo, fué para que diese testimonio de su Hijo Jesucristo, haciendo que el mundo conozca perfectamente tres cosas en

Jesucristo, las cuales, según dice el Apóstol, contienen su perfecto conocimiento; estas tres cosas son: la primera, su divinidad y lo infinito de sus perfecciones. La segunda, las grandes obligaciones que le tenemos por los bienes que nos ha alcanzado. Y la tercera, las grandes esperanzas que debemos fundar en El para alcanzar los bienes que nos ha prometido. Este conocimiento perfecto de Jesucristo producirá en nosotros un amor y estimación de sus grandezas, que nos hará menospreciar todas las cosas en comparación de El; un agradecido reconocimiento por sus beneficios, que nos hará sacrificar todas las cosas por El, y una confianza perfecta en sus promesas, que nos hará esperar todas las cosas por su medio. Este es el testimonio que de Jesucristo nos da el Espíritu Santo, haciéndonosle conocer y haciéndonosle amar, de cuyo conocimiento y amor resulta la santidad perfecta.

El segundo fin porque vino el Espíritu Santo, fué para confirmar á los Apóstoles en las verdades que Jesucristo les había enseñado. Jesucristo les había enseñado los misterios más elevados; pero ellos no los entendieron. Si los entendían, ó se escandalizaban, como San Pedro se escandalizó de lo que su Maestro le dijo tocante á su Pasión y muerte, ó los olvidaban bien presto, como sucedió después de la sagrada Cena, en la que habiéndoles dado Jesucristo admirabilísimas lecciones de humildad, las olvidaron tan pronto, que un instante después disputaban entre sí sobre quién sería el primero entre ellos; pero luego que el Espíritu Santo vino sobre los Apóstoles, se mudaron del todo. Este divino Espíritu les trajo á

la memoria todas estas grandes verdades, y las entendieron perfectamente, gustaron de ellas, las practicaron y tuvieron la dicha de enseñarlas y persuadirlas á los hombres. Los mismos que se escandalizaron de los tormentos y humildad de su Maestro, se tenían por dichosos y ponían su mayor honra y gloria en padecer ultrajes y persecuciones por El. ¡Qué gran mudanza! ¡Qué milagro tan admirable!

El tercer fin porque el Espíritu Santo vino al mundo, fué para reprender, convencer y condenar al mundo por no haber creído en Jesucristo. Condenará, pues, el Espíritu Santo la infidelidad de tres géneros de personas. Primeramente condenará la infidelidad de los judíos, convenciéndolos del engaño en que estuvieron, escandalizándose de las pruebas más patentes que les daba el Mesías de su misericordia al morir por ellos, y á los cuales fué ocasión de reprobación la obra de su redención. En segundo lugar, condenará la infidelidad de los gentiles, haciéndoles conocer su ceguedad y sinrazón en tratar como locura los misterios que confirmaron tantos milagros. Y, en fin, en tercer lugar, condenará la infidelidad, ó por mejor decir, la fe muerta de tantos cristianos que, reconociendo á Jesucristo como Dios, no le glorifican como á tal, pues deshonran la misma fe con sus viciosas costumbres, y contradicen con el desarreglo de su vida, las verdades que hacen profesión de creer.

Punto III

De los efectos que produjo la venida del Espíritu Santo.

Considera que el primer efecto que produjo en el corazón de los Apóstoles la venida del Espíritu Santo, fué una sincera y ardiente caridad. El Espíritu Santo es el amor del Padre y del Hijo; por El ama el Padre Eterno á su Hijo, y el Hijo á su Padre; por El nos aman á nosotros el Padre y el Hijo, y por El amamos á la Santísima Trinidad. Nosotros no podemos amar á Dios, dice San Fulgencio, sino por Dios; por eso el Espíritu Santo bajó en figura de fuego, para darnos á entender que había venido á abrasar los corazones con el amor divino que Jesucristo había prometido hacer bajar del cielo á la tierra para encendernos á todos. Y así, inmediatamente que los Apóstoles recibieron el Espíritu Santo, se llenaron de fuego de amor divino, que fueron á repartir por todo el universo para encender aun los corazones más fríos. La tibieza y obstinación del tuyo, ¿no te hace conocer que no te has encendido aún en estas divinas llamas?

El segundo efecto, fué un ardiente celo de la gloria de Jesucristo, que llevó á los Apóstoles por todo el mundo, para hacer conocer y publicar en todas partes las grandezas de Jesús. Apenas San Pedro recibió el Espíritu Santo, empezó á predicar la fe de Jesucristo con tanto fruto, que en dos sermones convirtió á ella ocho mil personas. Entonces fué, cuando doce pescadores, sin crédito, sin estudio, sin elocuencia y sin talentos, pero llenos del Es-

píritu Santo, emprendieron su marcha por todo el mundo, á anunciar la gloria de su Maestro, y á persuadir á los filósofos, á los oradores, á los sabios del siglo, á los grandes del mundo, y á los emperadores mismos, que un hombre muerto en una cruz era Dios. ¡Admirable empresa, llevada á cabo por el ministerio de doce pobres, débiles á la verdad en sí mismos, pero animados y alentados con el vigor del Espíritu Santo, y llenos de aquella caridad ardiente, á la cual nada hay imposible! ¿De dónde nace en ti el poco celo de la gloria de Jesucristo, sino de tu poco amor? ¿Y se puede decir, que tengas alguno, cuando no se ve ninguno en el efecto? Y siendo así, ¿habrás recibido el Espíritu Santo?

El tercer efecto que produjo la venida del Espíritu Santo en el corazón de los Apóstoles, fué un valor admirable en los mayores peligros, y una constancia heroica en los mayores tormentos. Habían sido estos discípulos tan cobardes, que en la Pasión abandonaron todos á su Maestro; y aun el más valiente y principal de todos ellos tembló á la voz de una mujer, hasta negar á Jesucristo. Vióse, pues, en ellos, que apenas recibieron el Espíritu Santo, se trocaron en mártires valerosísimos, que exponiéndose gallardamente á los mayores peligros, desafiando los tiranos, despreciando los tormentos y predicando á Jesucristo, en el circo y en el cadalso, sufriendo la muerte, no sólo con constancia, sino con alegría, sellaron con su propia sangre la verdad de lo que habían publicado acerca de la divinidad de su Maestro. Este es el efecto que produjo el Espíritu Santo en el corazón de los Apóstoles. ¿Le

ha producido en el tuyo? Tu temor en declararte por Jesucristo, tu flaqueza cuando se ofrece ocasión de vencer un humano respeto, tu cobardía en superar los obstáculos de tu salvación, hacen ver claramente que no tienes la fuerza que es efecto y señal de la venida del Espíritu Santo sobre el corazón humano.

Coloquio.—¡Oh Espíritu divino! ¡Oh Rey amoroso de las almas puras! Ilustra la mía para que conozca las grandezas de Dios y mueva mi lengua como la de los Apóstoles para que hable de ellas sin miedo ni respeto humano, y con tal fervor que Tú quedes glorificado y mi alma encendida en tu amor. Ven y llena hoy el corazón de los fieles y enciende en todos el fuego de tu amor. Envía un rayo de tu fuego divino y seamos de nuevo creados y renovarás la faz de la tierra, y renovarás mi corazón.

Propósitos.—Sal de esta meditación valeroso como los Apóstoles, para defender siempre los derechos de Dios y de Jesucristo contra todos sus enemigos.

NOVENA DE LA SANTISIMA TRINIDAD

DÍA PRIMERO

Del sér de Dios.

Preludios.—Recogido en el interior de tu alma, contempla al sér adorable de Dios presente á todo y viviendo en todo, y á ti como una esponja rodeada y empapada en el inmenso océano de su divinidad. Pídele con fe sincera conocimiento de esta verdad, supremo fundamento de la Religión, para que conociéndole le ames, le sirvas y goces un día de su presencia visible en la gloria.

Punto I

Las criaturas todas nos hablan de Dios y cantan su gloria.

Considera cómo todas las criaturas del mundo son predicadores de esta verdad: que dentro de este mundo visible hay un espíritu so-

berano, supremo é invisible, principio y fin de todas las cosas, el cual con su omnipotencia las crió, y con su sabiduría las gobierna y las dirige á sí como á último fin de todas las cosas. Los cielos, con sus planetas y estrellas; el aire, con sus aves; el agua, con sus peces; la tierra, con sus animales y plantas, todas las criaturas están diciendo que no se hicieron á sí mismas, ni el orden que tienen fué acaso ni por traza suya, sino que Dios las hizo y concertó como ahora están, y si tuvieran lenguas, dijeran á voces aquello del salmo: «*Dios nos hizo, y no nos hicimos nosotros*». Y así como viendo una imagen muy hermosa, ó un palacio muy bien trazado, luego entendemos que hubo algún gran pintor y arquitecto que hizo y trazó estas obras para algún fin, y nos viene gana de saber quién es, así en viendo la hermosura de las criaturas y el concierto de ellas, podemos entender que hay un Dios que las hizo, y las gobierna con tanto orden y concierto para algún fin muy glorioso, y nos ha de venir deseo de conocerle y saber quién es para amarle y servirle como merece; y con este espíritu tengo de mirar á todas las criaturas y oir las voces que me dan. Unas veces levantaré los ojos del alma á las criaturas celestiales, y al orden que tienen en sus movimientos el sol y la luna y los demás planetas y estrellas, y, como dice David, entenderé que los cielos pregonan la gloria de Dios, y que la sucesión de días y noches, con la variedad de tiempos, declaran su infinita sabiduría. Otras veces haré lo que dice Job, que es preguntar á las bestias de la tierra, á las aves del aire y á los peces del mar, quién

los hizo y quién les dió su hermosura. Y luego imaginaré que me responden: «Esto que tenemos no es nuestro, un Dios hay que nos lo dió». Y con esta respuesta me regocijaré interiormente, suplicando al mismo Dios abra mis oídos para que oiga las voces de estas criaturas y por ellas me mueva á conocerle y amarle de todo mi corazón, y á las mismas criaturas provocaré á que alaben á este gran Dios, que está en medio de ellas, con aquel cántico: «Bendecid al Señor todas sus obras, alabadle y ensalzadle sobre todo por todos los siglos».

Punto II

La máquina maravillosa del hombre prueba también el sér de Dios.

Considera cómo dentro de nosotros mismos hay muchas cosas que nos predican y dan testimonio que hay Dios, de modo que si con la consideración entro dentro de mí mismo, por el conocimiento de lo que hay en mí, puedo subir á conocer que hay Dios; y quizá por esto dijo David: «Maravillosa es, Dios mío, la ciencia y conocimiento que puedo tener de Ti por lo que pasa en mí». Porque, lo primero, dentro de mí mismo tengo estampada la lumbre natural que, como dijo David, es lumbre y resplandor que sale del rostro de Dios y nos descubre lo que es bueno y al que es sumo bien, de quien todo lo bueno procede; y con esta lumbre anda una inclinación natural, que nos solicita á lo que es conforme á la razón y á la regla de toda bondad, que es Dios, inclinándonos á amarle, venerarle y obedecerle; y

cuando nuestros pecados no apagan los resplandores de esta lumbre, sentimos relámpagos que nos descubren esta verdad é hinchen nuestros corazones de alegría.

Lo segundo, en mí mismo hecho de ver tanta hermosura y variedad de potencias y sentidos exteriores é interiores, con tan admirable orden, que claman y dicen que ni son hechas acaso, ni se hicieron á si mismas, sino que hay Dios, artífice soberano, de quien todas procedieron.

Pero sobre todo, el espíritu nobilísimo que está dentro de nuestro cuerpo, da voces que hay otro espíritu soberano que está dentro de este mundo, aunque no estrechado á él; porque si entro con la consideración dentro de mí mismo, veré la nobleza de mi alma, por las obras admirables que salen de sus tres potencias, memoria, entendimiento, voluntad y libre albedrío, las cuales no están atadas á su cuerpo, sino salen fuera de él, paseando por toda la redondez de la tierra, mar y aire, y penetran los cielos; descubriendo los secretos de la naturaleza, que no perciben los sentidos, por lo que conocemos que nuestra alma es espíritu invisible é inmortal, sin dependencia en su ser del cuerpo, donde está encerrada. Todo esto pregona claramente que hay Dios, espíritu invisible é inmortal de quien proceden todos los demás espíritus, el cual está en medio de este mundo, dando sér y vida á todas las cosas, no como alma que informa al cuerpo, sino con otro modo más levantado, gobernando las criaturas y comunicándolas todas las artes y ciencias; pero sin dependencia de ellas, porque aunque el mundo se aca-

base, Dios siempre permanecería. ¡Oh Dios de inmensa majestad! ahora digo que es admirable el conocimiento que alcanzo de Ti por lo que conozco en mí; porque si en cosa tan grosera como mi cuerpo, está un espíritu tan noble como mi alma, que le da sér y vida, y le gobierna, ¿cuánto más necesario es que en medio de este mundo, estés Tú, espíritu soberano, por quien todos somos, vivimos y nos movemos? y pues Tú eres mi sér y mi vida, quiero también llamarte mi alma y gozarme de tenerte á Ti por Dios, amándote sumamente más que á mí.

Punto III

El mismo desorden moral y material del mundo nos habla de Dios.

Considera cómo no solamente la hermosura y concierto de este gran mundo, y del mundo abreviado del hombre, sino también todos sus desconciertos y desórdenes particulares, con todas las miserias y trabajos de que los hombres no podemos librarnos por nuestras fuerzas, son despertadores que nos acuerdan que hay Dios.

Los truenos, relámpagos y rayos del cielo, las tempestades y las olas del mar, los temblores de la tierra, las enfermedades, las guerras y todas las cosas que nos afligen, están dando voces que hay Dios, que puede remediar estos males. Y hasta los mismos pecados y las injusticias y agravios que padecen los buenos, dan voces que hay Dios, á quien pertenece castigar estas maldades y premiar las virtudes, pues en la tierra no hay quien haga esto cumplidamente.

Demás de esto, la guerra y contradicción que siento dentro de mí mismo, rebelándose mi carne contra el espíritu y las pasiones contra la razón, está diciendo que hay Dios, por cuya virtud podré rendir á los que no puedo con la mía. Con esta consideración tengo de consolarme y alentarme, así en mis trabajos como en los ajenos, y así en los propios como en los comunes, y de los males del mundo sacar el sumo bien que está dentro de El, á quien pertenece remediarlos. ¡Oh alma mía, abre tus ojos y tiéndelos por ese mundo y por lo que hay dentro de ti, mirando todas las cosas prósperas y adversas, y luego abre tus oídos para oir lo que te dicen, y oirás que están clamando cómo en medio de todas hay un Dios que puede dar las prosperidades y librar de las adversidades á los que no pueden librarse de ellas! Alégrate con esta buena nueva, y procura, como el Apóstol, mostrar tu fidelidad en lo próspero y en lo adverso, sirviendo en todo al que se muestra ser Dios en todo, y por ello merece ser alabado de todos.

De estas consideraciones sacaré cuánto importa tener viva fe, y luz cierta de esta verdad, y memoria continua de ella, porque es freno de todos los vicios y espuela de todas las virtudes; y al contrario, la falta de esta fe, ó el olvido de esta verdad, es causa de todos los pecados del mundo y de todas las tibiezas é imperfecciones que hay en el divino servicio. Y por esto dijo David, que en diciendo los necios dentro de su corazón, no hay Dios, luego estragan sus costumbres y se hacen abominables, y no hay entre ellos ni uno solo que obre bien.

De aquí también sacaré grande compasión de los pecadores que confiesan con la boca que hay Dios, y como dice San Pablo, lo niegan con las obras, ponderando cuán grave mal es un pecado mortal, pues cuanto es de su parte es negación de Dios; pero yo, al contrario, tengo de protestar esta verdad con el corazón, y con la lengua, y con las obras, y procurar tenerla siempre en mi memoria, tomando á las criaturas por despertadores de mi olvido, para que en viéndolas, luego me acuerde que hay Dios, por quien ellas y yo tenemos sér, á quien sea honra y gloria por todos los siglos.

Coloquio.—¡Oh alma mía, sube con la contemplación sobre el mundo, y mirando todas las criaturas, alaba, bendice y glorifica con grande gozo y júbilo de alegría al inmenso Dios, que está en medio de ellas! ¡Oh Dios inmenso, gracias te doy por el testimonio que das de Ti en todas las cosas que criaste! Abre, Señor, los ojos de mi alma, para que no se contenten con ver las cosas temporales que perciben los sentidos, sino que suban á contemplar las eternas que no se ven, y á Ti, Dios invisible, que eres sobre todas.

Propósitos.—Vivir vida de fe vivísima y hacer que todo te hable de Dios y te lleve á Dios.

DÍA SEGUNDO

De la infinidad é incomprensibilidad de Dios.

Preludios.—(Los mismos que en la anterior.)

Punto I

De la manera de formarnos alguna idea de la infinidad de Dios.

Considera que hay dos modos de formarnos dentro de nuestra alma un concepto propio

de Dios, que sea imagen aproximada de su divinidad. Uno por afirmaciones, poniendo en Dios las excelencias y perfecciones que hay en las criaturas con modo muy más perfecto, y otro por negaciones, quitando de Dios lo limitado que vemos en las criaturas, por ser cosas indignas de su grandeza; y por esto decimos que es infinito, inmenso, incomprensible, inefable.

Mira, pues, cómo Dios no es cosa alguna de cuantas se pueden percibir con los sentidos, porque todo esto es cosa indigna de la grandeza de Dios, el cual infinitamente excede á todo esto, y es grandísimo agravio compararle á ello con igualdad. Porque Dios es hermoso, no como las cosas de la tierra, sino con otra hermosura que no pueden comprender los ángeles del cielo; no resplandeciente como la luz de este sol visible, sino con otro resplandor y luz inaccesible; no es grande con la grandeza de cantidad que conviene á los cuerpos, sino con grandeza de virtud que excede á todos los espíritus.

Considera, además, cómo Dios N. S. no es tampoco cosa alguna de cuantas se pueden abarcar con la imaginación ó entendimiento, porque todo esto es limitado, y, por consiguiente, desdice mucho de la majestad de Dios, el cual es infinito é ilimitado; de suerte que Dios no es bueno ni sabio con la bondad y sabiduría que los hombres y ángeles pueden comprender, sino que tiene tal modo de bondad y sabiduría, que no la podemos abarcar ni ponerle nombre propio que del todo la cuadre, y por esto es incomprensible é inefable; y lo mismo di de las otras divinas perfecciones.

De aquí subiré á considerar cómo para conocer la grandeza del sér de Dios con este modo de conocimiento, tengo de dejar, como dijo San Dionisio, las cosas que se perciben con los sentidos y con nuestros cortos entendimientos, y dar de mano á discursos de la razón, entendiendo que Dios no es nada de lo que yo alcanzo, sino una cosa levantadísima sobre todo sér, el cual yo ignoro y todos ignoramos, y para mí, y para todas las criaturas, es como densa obscuridad y tinieblas. Y así, dice San Pablo, que «Dios mora en una luz inaccesible, á quien ninguno de los mortales vió ni puede ver». En esta ignorancia tan sabia, y en esta obscuridad tan clara, aunque inaccesible, tengo de procurar hallar descanso y quietud, sintiendo altísimamente de Dios, gozándome de que sea infinitamente mayor de lo que yo puedo imanar ni pensar, admirándome de esta grandeza incomparable y supliendo la falta del conocimiento con el exceso del amor, deseando con todo mi corazón amarle y servirle, y suspirando por verle.

Punto II

Las perfecciones de Dios son infinitas é incomprensibles.

Considera cómo el sér de Dios de tal manera es infinito, que todas las perfecciones que la divina Escritura dice de El son infinitas, sin que el entendimiento halle donde hacer pie, ni pueda imaginar fin y cabo de ellas; porque, como dicen los profetas, «grande es el Señor, y su grandeza no tiene fin». Y así también, ni tiene fin su duración, ni su bondad, ni su sabiduría,

ni su potencia, porque en todo es infinito. Y después de haber imaginado cuanto puedo imaginar, es infinitamente más de lo que hubiere imaginado. De suerte que después que imaginare que Dios llena con su inmensidad todo este mundo, aún puede llenar millones de mundos mayores que éste; y después de haber imaginado cuantos mundos pudiere, son infinitos más los que Dios puede llenar con su inmensidad. Y lo mismo es en la sabiduría y omnipotencia, sintiendo tan altamente de cada una de sus perfecciones, que crea ser mucho más lo que no entiendo que lo que entiendo; y en esta ignorancia descansaré, gozándome de lo mucho que hay en el sér y perfecciones de Dios que yo no alcanzo.

De donde se sigue, que el sér de Dios es incomprensible é inefable, de modo que ninguna criatura puede abarcar lo que hay en El, ni lo que hay en su bondad ó sabiduría, ó en cualquiera de sus atributos y perfecciones, ni puede ponerlas nombre propio que le cuadre del todo. Y por esto dijo Jeremías: «Grande es Dios en el consejo, é incomprensible á todo entendimiento»; y la razón es evidente, porque cualquier criatura es finita y limitada, y lo finito no puede comprender á lo que es infinito, así como no es posible que yo con mi puño abarque todo el mundo, ni que un vaso pequeño pueda recibir dentro de sí toda el agua del mar Océano. Y como dice el sabio: «Si con dificultad conocemos las cosas que pasan en la tierra, y con trabajo entendemos las que pasan delante de los ojos, las que están en los cielos, ¿quién las podrá buscar?» Así lo tengo de confesar y gozarme de ello, preciándome de tener

un Dios tan grande que ninguno le comprenda, porque si yo le pudiera comprender, fuera Dios muy corto y apocado, ó por mejor decir, no fuera Dios.

Punto III

Del beneficio que nos hizo Dios en revelarnos la infinidad de su sér.

Considera el sumo beneficio que Dios nos hizo en revelarnos los misterios secretísimos de su infinito sér y perfecciones, porque viendo que no era posible á los hombres ni á los ángeles alcanzarlos todos, ni rastrear muchos de ellos por lo que miraban en las criaturas, quiso por su infinita bondad y misericordia revelarnos algunos, para gloria suya y bien nuestro, entre los cuales hay muchos tan levantados que no podemos alcanzar á entender cómo son, porque sobrepujan á nuestra capacidad y á toda la razón y lumbre natural. Esto me ha de mover á sumo gozo, por ver que tengo un Dios tan excelente é infinito, que su sér y sus obras transcienden á todo cuanto los hombres y ángeles podemos alcanzar. Y demás de esto, tengo de sacar otros tres excelentes afectos y propósitos.

El primero, de agradecimiento á N. S., por habernos revelado en sus Escrituras, por medio de sus profetas, las cosas ocultas de su divinidad, y las escondidas y recónditas de su sabiduría; pero en especial, los que vivimos en la ley de gracia, hemos de darle mayores gracias por habernos dado á su Hijo unigénito, el cual, como dijo el glorioso San Juan, nos las reveló con más distinción, como quien las

había visto. Y así, tengo de darle gracias porque nos reveló el misterio de la santísima Trinidad, de la Encarnación, de la Eucaristía, del perdón de los pecados, de la resurrección de la carne, de la vida eterna, y otros misterios semejantes, los cuales no se pudieran saber sino por su revelación.

El segundo afecto ha de ser de fe muy cierta y muy rendida, cautivando mi entendimiento á creer lo que yo no alcanzo, porque Dios lo ha revelado. Y así en particular ejercitaré la fe cerca de los misterios que son más levantados y secretos, gustando de creerlos y de vivir con esta fe, y guiarme por ella.

El tercer afecto ha de ser una firme confianza con grande alegría de corazón, esperando firmemente que tengo de llegar á ver estos misterios que ahora creo, cumpliéndose en mí lo que dice San Pablo: «Ahora vemos á Dios por espejo y por enigma, después le veremos cara á cara», pues por esto me los reveló con obscuridad, para que creyéndolos con viva fe y obediencia á sus mandamientos, llegase á verlos con claridad. Y aun he de tener gran confianza, que también en esta vida esclarecerá mi fe, y me dará grande inteligencia de sus misterios, si yo me dispongo con limpieza de corazón para verlos, pues El dijo que «eran bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verían á Dios».

Coloquio.—¡Oh Dios invisible, cuándo tengo de verte, no por espejo y en enigmas con obscuridad, sino cara á cara con claridad! ¡Oh, si te conociese como me conoces, para amarte como me amas! Mas pues la ciencia es tan corta y se queda tan atrás, el amor será largo y pasará más adelante, amándote cuanto puedo hasta verte como deseo.

Propósitos.—Ejercitarse en actos de vivísima fe en los misterios de Dios y de confianza en su sabiduría y poder infinitos.

DÍA TERCERO

De la bondad infinita de Dios en comunicarse á sus criaturas.

Preludios.—Humillado ante la presencia de Dios, oye con reconocimiento profundo la voz divina que dice á tu alma: "Mis delicias son estar con los hijos de los hombres„. Y pídele que se comunique á ti con la plenitud de su santo Espíritu, para que le ames, sirvas y obedezcas con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con toda tu mente.

Punto I

De la suma inclinación que tiene Dios á hacer bien á sus criaturas.

Considera la suma inclinación que tiene la bondad de Dios á comunicarse y hacer bien á otros; porque, como dice San Dionisio, el bien es derramador y comunicador de sí mismo, y tanto es mayor su inclinación á esto, cuanto es mayor bien y cuanto puede más comunicarse; y como Dios es sumo bien, así tiene suma inclinación á comunicarse con todos los modos que puede. Y en esta comunicación muestra grandes excelencias.

La primera, que no se comunica por necesidad, sino por su sola bondad, porque es bueno, y quiere seguir la inclinación de su bondad en hacer bien. Con lo cual me obliga á que yo le ame y sirva de la misma manera.

La segunda, que no se comunica por su propio provecho, sino por el nuestro; porque de comunicarse á otros ningún bien se le acrece, pues tan bienaventurado era antes de criar el

mundo como ahora. Y así, dijo David: «Tú eres mi Dios, porque no tienes necesidad de mis bienes».

La tercera excelencia es, que no deja estar ociosa su inclinación, antes la cumple comunicándose con todos los modos que era posible comunicarse. De suerte que, si el bien es derramador de sí mismo, Dios se derramó todo cuanto podía según el orden de su sabiduría infinita; con lo cual, me obliga á que yo también me emplee todo en su servicio y bien de mis prójimos, haciendo todo el bien que pudiere y con la mayor perfección que me fuese posible. Y así cuando oro, derramaré como Ana mi alma en la presencia de Dios, ó como David, derramaré mi oración echando el resto de mis fuerzas en ella. Y cuando amo, derramaré mi corazón y mis afectos delante del Señor, ocupándolos todos en amarle. ¡Oh sumo bien, que sumamente deseas comunicarte, porque si Tú no te comunicas, no es posible que haya otro bien fuera de Ti! Comunícame estas excelencias con que te comunicaste, para que te ame, sirva y obedezca, no por fuerza ni temor, sino de grado y por amor; no por mi propio interés, sino por tu solo servicio; no con ánimo escaso y corto, sino largo y generoso, haciendo lo sumo que pudiere por mis prójimos y por Ti, como Tú lo has hecho por mí.

Punto II

De los modos cómo se comunica Dios á las criaturas.

Considera cómo Dios comunicó el sér y bondad natural á las criaturas, repartiendo por ellas cuatro grados de hermosura y perfec-

ción. A unas dió el sér corporal solo, aunque con grande variedad de perfecciones, como son los cielos y elementos. A otras dió la vida vegetativa, como son los árboles, flores y plantas; á otras la vida sensitiva, como son los animales, aves y peces; á otras el sér espiritual y vida intelectiva, como son los ángeles de las tres jerarquías. Y últimamente, todos cuatro grados los recogió en el hombre, compuesto de cuerpo y de espíritu, dándole sér como á los cielos y elementos, vida como á las plantas, sentido como á los animales y entendimiento como á los ángeles, por lo cual el hombre se llama toda criatura y mundo abreviado. De modo que estos cuatro grados de sér y perfección son como cuatro ríos que nacen de la fuente del paraíso, que es la infinita bondad de Dios, los cuales riegan por diversas partes la tierra y cielo, y después todos cuatro se recogen en el hombre, haciéndole en esto muy semejante al paraíso de donde salieron. De donde sacaré grandes afectos de admiración y gozo, de agradecimiento y amor por este maravilloso modo, como Dios N. S. se comunicó á los hombres, admirándome de la sabiduría infinita que mostró en esto, gozándome de su omnipotencia, agradeciendo su liberalidad y amando su infinita bondad. ¡Oh Bondad soberana! ¿qué gracias te daré por esta variedad de perfecciones con que adornaste mi naturaleza? Por aquí veo con cuánta razón me mandas que te ame «con todo mi corazón, con toda mi alma, con todas mis fuerzas y con toda mi mente», pues es razón que todo cuanto recibí de tu bondad, se ocupe en amarla sin fin; te amaré de todo mi corazón por el sér corporal que me

diste; te amaré con toda mi alma, por la vida que con ella vivo; te amaré con todas mis fuerzas, por los sentidos y potencias de que uso; en fin, te amaré con toda mi mente, por el espíritu y entendimiento que me has dado. ¡Oh, si saliesen de mis entrañas cuatro ríos de agua viva, llenos de fervientes afectos de amor y gozo, de agradecimiento y alabanza por los cuatro ríos de beneficios con que me has bañado todo!

Punto III

De otro excelentísimo modo de comunicarse Dios en su bondad á nuestras almas.

Considera cómo la divina bondad, no contentándose con estos modos de comunicación, escogió otro excelentísimo con otros cuatro grados, que exceden á todo lo sobredicho. El primero es, el sér sobrenatural de la gracia por el cual hombres y ángeles llegan á ser participantes de la divina naturaleza, hijos y amigos del mismo Dios: y con este sér anda la caridad con las virtudes sobrenaturales y dones del Espíritu Santo. El segundo, es el sér de la gloria, por el cual los justos se hacen perpetuamente semejantes á Dios en las propiedades gloriosas que tiene, reinando con El en su mismo reino. El tercero y supremo, es el sér personal del mismo Dios, el cual comunicó la segunda Persona de la Santísima Trinidad á la naturaleza humana. El cuarto modo es admirable, porque como no fuese conveniente que el Hijo de Dios comunicase su sér personal á muchas naturalezas, su bondad infinita le inclinó á comunicar aquel divino sér con sus dos naturalezas, divina y humana,

á todos los hombres en el santísimo Sacramento del altar, juntándolas con un modo inefable con las especies de pan y vino, y con ellas se nos comunica todo Cristo Dios y Hombre verdadero.

En estos cuatro grados de beneficios hay dos cosas señaladísimas que ponderar. La primera, que la infinita bondad de Dios quiso cumplir su infinita inclinación de comunicarse de estos cuatro modos al hombre, y en los dos postreros á solo el hombre y no al ángel; con lo cual descubrió bien «cómo sus deleites eran estar con los hijos de los hombres»; y que no solamente los crió á su imagen y semejanza, sino que hizo que uno de ellos fuese el mismo Verbo, que es la misma imagen y semejanza infinita del Padre, y un Dios con él.

La segunda cosa que se ha de ponderar es, que viendo la infinita bondad de Dios cómo no convenía comunicar su divino sér á todas las naturalezas criadas, para hartar su infinita inclinación, escogió comunicarle á una, en quien estaban todas y todos los cuatro grados de sér que estaban repartidos por las criaturas del mundo. Así, del modo que convenía, se comunicó y honró á todos; honró todas las naturalezas corporales, en comunicar su divino sér á nuestro cuerpo, y honró todas las naturalezas espirituales en comunicarse á nuestro espíritu; y por esto le debo gracias, convidando á todas las criaturas á que alaben al Señor por la parte que tienen en este soberano beneficio, y animarme yo á ser santo en el cuerpo y en el espíritu, pues la infinita bondad de Dios tanto quiso honrar y engrandecer al uno y al otro.

Coloquio.—¡Oh bondad infinita de nuestro soberano Dios y Señor! si tanto te debemos los hombres por haber juntado en nosotros los cuatro ríos de beneficios en el sér natural, ¿cuánto más te deberemos por haber juntado en nuestra naturaleza estos otros cuatro ríos de incomparables beneficios en el sér sobrenatural? Poco te pareció, Dios mío, comunicar los bienes que están fuera de Ti, y así quisiste comunicarnos también á Ti. ¡Oh, quién me diese tal modo de bondad, que tuviese vehemente inclinación á comunicarte cuanto tengo, empleándolo todo en amar y servir á quien tanto bien me ha hecho! Y pues los ríos que salen del mar vuelven al mar, de donde salieron, justo es que todos estos ríos que salieron del mar inmenso de tu bondad, vuelvan á él por el agradecimiento, atribuyendo á tu sola bondad infinita el bien todo que se halla en nuestra naturaleza.

Propósitos.—Darte totalmente á Dios en tu memoria, en tu entendimiento y en tu voluntad, así como El se da totalmente á ti.

DÍA CUARTO

De la inmensidad de Dios y su presencia en todas partes.

Preludios.—Mira á Dios como un océano infinito de todo sér y de toda hermosura: y á ti y á todas las criaturas rodeadas y penetradas de su gloria y de su esencia divina. Pide vivir tal vida de fe, que siempre estés delante de Dios.

Punto I

De la presencia de Dios en todas partes.

Considera cómo Dios es de tal manera inmenso, que llena el cielo y la tierra, y su espíritu, como dice el Sabio, llena la redondez del mundo, no siendo posible imaginar lugar ni punto donde no esté Dios. Y así dondequiera que fuere, he de imaginar que voy dentro

de Dios, diciendo con David: «Si subiere al cielo, allí estás Tú, y si bajare al infierno, allí te hallaré; si tomare alas para volar hasta lo extremo del mar, allí me llevará tu mano, y me conservará tu misma diestra». De suerte, que no es posible huir de Dios, ni esconderme de El, porque en el mismo camino por donde huyo, allí está, y en el lugar donde quisiera esconderme, allí le hallaré.

Pero mucho más tiene su inmensidad, porque de tal manera llena cielos y tierra y todo este mundo, que no está atado ni estrechado á este lugar, sino puede estar en otros millones de mundos, que puede criar sobre los cielos. Y el lugar que ahora llena, es como un punto en comparación del inmenso lugar que puede llenar; por lo cual, dijo Salomón á Dios: «Los cielos de los cielos no te pueden abarcar». Ponderando esto, á imitación de Moisés, de quien dice San Pablo que «esperó y trató con el invisible como si le viera», yo he de mirar á Dios con la fe, hablar con El en la oración y esperar de El mi socorro, como si le viera con los ojos corporales, pues aunque sea invisible á éstos, real y verdaderamente está donde yo estoy, y los ojos de la lumbre natural y de la fe han de suplir la falta de los ojos corporales.

Avivada, pues, mi fe de esta manera, prorrumpiré en afectos de admiración y gozo, admirándome de la inmensidad de Dios y gozándome de que sea tan inmenso que no quepa en todo el mundo, diciendo con el Profeta: «¡Oh Israel, cuán grande es la casa de Dios y cuán extendido el lugar de su morada y posesión! Grande es, y no tiene fin; levantado es é

inmenso». ¡Oh Dios inmenso, cuya silla es el cielo y cuyo estrado es la tierra, y ambos no te pueden abarcar, porque eres más alto que el cielo, más elevado que las estrellas y más profundo que el abismo! Gózome de tu inmensidad, junta con tanta gloria, que la bajeza del lugar no te envilezca; esclarece, Señor, mis ojos interiores, para que te vean en todas partes con más certeza que si te viera con los ojos exteriores.

Punto II

Del modo cómo está Dios en todas partes.

Considera el modo cómo Dios está en todo lugar y en todas las cosas criadas, conviene á saber: por esencia, presencia y potencia. Lo primero, está en ellas por esencia, porque real y verdaderamente está allí toda su divinidad con todo cuanto tiene y obra dentro de sí: y así, he de creer que aquí donde estoy yo, está todo Dios: el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo. Aquí está su infinita bondad y caridad, su misericordia y justicia, su sabiduría y omnipotencia, y todas las grandezas y perfecciones de su divinidad; y éste que está aquí, es el mismo que está en el cielo, y el que crió el mundo y le gobierna. ¡Oh alma mía! si avivases tu fe cuando estás sola, verías que no estás sola, pues contigo están las tres divinas Personas. Si quieres estando sola ocupar todas tus potencias, aquí tienes la suma bondad, á quien puedes amar; la infinita majestad, á quien debes adorar; la soberana sabiduría, con quien puedes conversar, la omnipotencia divina, en quien has de confiar, y

la infinita alegría, en quien te puedes regocijar.

Está Dios en todo lugar por presencia, viendo y conociendo todo lo que hay en cada cosa. Y aunque el lugar sea muy obscuro, para Dios es claro, porque las tinieblas no le ocultan nada. Por tanto, ¡oh alma mía! mira que está aquí Dios y que te mira. Si quieres orar en lo secreto, allí está Dios, que te ve en lo escondido y atiende á tu oración. Si la tentación te molestare, mira que te mira Dios, á cuyos ojos es aborrecible la maldad y el que se rinde á ella. Si te vieres afligida, mira que Dios mira tu aflicción y que sabe el tiempo de remediarla. Si quieres hacer alguna buena obra, no mires á que te miran hombres, sino á que te mira Dios, y á Este solo desea agradar, pues El solo te ha de juzgar.

Lo tercero, está Dios en todo lugar, y en cada cosa por potencia, porque está dándole el sér que tiene, y ayudándole en cuanto hace, conforme á lo que dijo San Pablo: «No está lejos de nosotros, porque en El vivimos y nos movemos y somos». De suerte, que el lugar no sustenta á Dios, sino Dios sustenta su lugar y conserva todas las cosas donde están; y si viven, es porque Dios está en ellas dándolas vida; si se mueven, es porque está en ellas dándolas movimiento, y si tienen sér, es porque allí está Dios dándosele y conservándosele siempre.

De aquí es, que en todas las cosas del mundo he de mirar á Dios que está en ellas por esencia, presencia y por su omnipotencia, dándoles sér y todo cuanto tienen y hacen; sacando de aquí afectos de amor y gozo y alabanza,

alegrándome de ver la unión que tiene Dios con sus criaturas, y el modo cómo está dentro de ellas; y de esta manera las hermosas no me llevarán tras sí, para que las ame con desorden, y las terribles no me atemorizarán tanto que huya con demasía, y cuando me viere junto á mis enemigos, puedo y debo creer que estoy junto á Dios, que está en todas las cosas, y con esto cobraré grande ánimo.

Punto III

Del modo especialísimo cómo está Dios en el alma de los justos.

Considera cómo Dios está especialmente en los justos por fe y gracia, obrando en ellos y con ellos obras sobrenaturales, dignas de vida eterna. Por razón de lo cual, dijo San Juan: «Quien está en caridad, está en Dios, y Dios está en él». Y así, quien ama á Dios está en Dios, y porque Dios le ama, Dios está en él. Y además de esto, el justo está en Dios por estar dentro de sus entrañas, rodeado y amparado de su protección, y Dios está en él, porque asiste dentro de su ánima, causando en ella el sér, vida y obras de la gracia y caridad.

Pero viniendo más á mí mismo, he de considerar en particular el modo cómo Dios está dentro de mí, y yo estoy y vivo y ando dentro de Dios. Lo primero, Dios me rodea y cerca por todas partes, como el agua del mar cerca y rodea al pez que está en ella; y como la niñeta está dentro del ojo, así estoy yo dentro de Dios; y como el mismo Señor dice, El nos trae dentro de sí, como la mujer que ha concebido trae al niño dentro de sus entrañas y ella le

sirve de casa, de litera, de muro, de sustento y de todas las cosas. ¡Oh alma mía, cómo no te alegras y das saltos de placer, mirándote de esta manera dentro de tu Dios! El es tu casa, de la cual no puedes salir, y dentro de la cual has siempre de vivir; El es tu litera, en la cual vas dondequiera que caminas, porque si El no te lleva, no te podrás mover; es tu muro que te cerca, sin el cual no tendrás seguridad; es tu sustento y vida, porque en El la tienes y de El la recibes, mucho más que el niño que está en las entrañas de su madre la recibe de ella.

Esta consideración puedo particularizar, discurriendo por los divinos atributos: unas veces puedo imaginar que Dios es como un fuego consumidor, y que todo este mundo está lleno de este fuego, dentro del cual yo vivo, admirándome cómo no ardo y cómo no consume en mí todo lo malo, atribuyéndolo á la grande frialdad que tengo, por la cual le resisto. Otras veces imaginaré á nuestro Señor como una luz infinita extendida por todo este mundo, ó como sabiduría y hermosura inmensa, de cuya gloria y resplandor está llena toda la tierra, y á mí mismo dentro de esta luz y hermosura, suplicándole me dé parte en ella, y así en los demás atributos.

Lo segundo, Dios N. S. está dentro de mí mismo, junto conmigo, muy más íntimamente que mi alma está dentro de mi cuerpo, aunque con modo más excelente: por esencia, presencia y potencia, al modo declarado. Y, por consiguiente, conmigo está unida su infinita bondad, comunicándome el sér y vida que vivo, y su sabiduría, dándome la luz y conocimien-

DÍA QUINTO

De la providencia de Dios.

Preludios.—Imagínate cómo Dios N. S., con las alas de su Providencia, cobija al universo y á todo lo que en él vive y alienta, y pídele que te acoja bajo su soberana dirección y encamine tus acciones, para que sean siempre agradables á sus divinos ojos y te conduzcan á tu altísimo fin.

Punto I

De la providencia de Dios y de sus maravillosas cualidades.

Considera que la providencia es una disposición y orden de todos los medios que tiene Dios para salir con sus intentos, y de todos los medios de que provee á sus criaturas para que alcancen los fines para que fueron criadas. En lo cual he de ponderar tres cualidades principales de la maravillosa providencia de Dios. La primera, que Dios N. S., desde la eternidad, conoce todos los fines que pueden tener y pretender sus criaturas, y todos los medios necesarios y convenientes que hay y puede haber para conseguir estos fines, y todos los estorbos que pueden suceder, y los medios que hay para atajar estos impedimentos de modo que, con efecto, salga el mismo Dios con su intento y las criaturas alcancen su fin en el modo y forma que quisiere. De donde se sigue, que por ignorancia no puede la providencia de Dios ser falta y defectuosa, como lo es la providencia de los hombres, porque con nuestra poca ciencia dudamos si es verdadero ó falso lo que pensamos, y si será bueno ó malo, seguro ó peligroso lo que proveemos.

La segunda cosa es que Dios, con su infinita bondad y caridad, de todos los fines y medios quiso y escogió los más proporcionados á sus criaturas, conforme á la naturaleza y capacidad de cada una. Así primeramente quiso ordenarlas todas á sí mismo para su gloria y para manifestación de su bondad y perfección, que es el supremo fin que puede haber. Demás de esto, á cada criatura quiso dar su propio fin y medios proporcionados para alcanzarle; pero sobre todas quiso levantar á los ángeles y á los hombres al más alto y soberano fin que era posible, incomparablemente mayor de lo que su naturaleza pedía, que es para ser bienaventurados como el mismo Dios lo es, viéndole claramente, amándole y gozándose con El en su gloria.

La tercera cosa es, que Dios N. S., con su divina omnipotencia, desde el principio del mundo comenzó á poner por obra los medios que había escogido, y con la misma va prosiguiendo y proseguirá siempre, sin que su providencia pueda ser defectuosa por falta de poder, como lo es la nuestra. De donde consta que la providencia de Dios principalmente estriba en estos tres atributos de la sabiduría, bondad y omnipotencia, que son fuente de los divinos beneficios.

Estas tres consideraciones he de aplicar á la providencia que Dios tiene conmigo, ponderando cómo sabe todas mis necesidades y miserias, todos los medios que hay para librarme de los males y darme los bienes, y puede ejecutarlos y ponerlos por obra como quisiere, por ser Todopoderoso, y, por ser sumamente bueno y amoroso padre, quiere y pretende

que alcance mi último fin. Luego ciertísimo puedo estar que nada me faltará con tal providencia.

Punto II

De los infinitos bienes que se encierran en la providencia de Dios.

Considera los infinitos bienes que están encerrados en la divina providencia, para aficionarte á ella y arrojarte por completo en sus brazos amorosos, haciendo una suma de los que iremos diciendo. Lo primero, pondera cómo la divina providencia es tu madre, porque te da el sér que tienes y te trae dentro de sus entrañas, y te cría y sustenta, y te trae en sus brazos, y siempre anda á tu lado y te acompaña en todos tus caminos. Es tu reina y gobernadora, porque te rige y gobierna en todo el discurso de tu vida. Es tu maestra y consejera, porque te enseña lo que no sabes y te aconseja en lo que dudas, y te guía en lo que debes hacer para no errar. Es tu protectora y defensora en todas tus necesidades y peligros, porque para todas te da ayuda. Es tu consoladora en todas tus aflicciones y tristezas, porque para todas te da muchas razones de consuelo. Y, finalmente, cuantos oficios de caridad y misericordia se pueden imaginar, todos caben en la providencia de Dios con infinita eminencia, haciendo oficio de padre, de amigo, de médico, de juez y de pastor, y los demás. De donde sacarás que debes tener con la divina providencia todos los afectos de amor, confianza, gozo y alabanza que tales oficios merecen, amándola como hijo y acudiendo á ella

en todo como á madre, acompañándote con ella, pidiéndole dirección, consejo, ayuda, remedio y consuelo.

Lo segundo, ponderaré cómo la divina providencia es la primera fuente de todos los bienes de cuerpo y alma, temporales y eternos, que yo he recibido y espero recibir, y de todos los que ahora gozan las demás criaturas del cielo y tierra. Y por ella también somos librados de todos los males contrarios, ó preservándonos de caer en ellos, ó sacándonos de ellos después de haber caído, porque en lo uno y en lo otro quiere Dios mostrar su providencia y los varios modos que tiene de mostrarla. Por lo cual, de la divina Sabiduría se dice, que con toda providencia se hace encontradiza con los suyos, teniendo de ellos todo el cuidado posible, y con todos los modos de providencia que se puede tener con ellos para llenarlos de bienes, como luego iremos descubriendo. ¡Oh providencia soberana, que abres la mano de Dios para llenar á todas las criaturas de bendición! Yo te adoro y glorifico como á reina y madre mía, y te suplico hagas conmigo oficio de madre y de maestra, de protectora y consoladora mía, y de ayudadora universal en todas mis cosas; porque teniéndote de mi parte, tendré contigo todo bien, y si tú me dejas seré lleno de todo mal.

Punto III

De la bondad infinita de la providencia de Dios para con los hombres.

Considera cómo la divina providencia totalmente se emplea en mirar por las criaturas, ponderando, lo primero, la diferencia que hay

entre Dios y los hombres; porque los hombres que gobiernan tienen necesidad de tener providencia de sí mismos y de las cosas propias que les tocan, las cuales suelen ocuparles tanto, que no les dan lugar á mirar todo lo que era menester por las de los otros. Pero Dios N. S. no tiene necesidad de tener providencia de sí mismo, ni de las cosas que á El pertenecen, porque dentro de sí tiene todo bien, sin que le pueda faltar nada ni espere nada de fuera. Y así, toda su providencia la emplea en mirar por otros, esto es, por las criaturas, que crió para tener en quien mostrar su providencia, la cual, como es infinitamente perfecta, provee con grande perfección todo lo que está á su cargo, por haberse querido ella encargar de ello.

De aquí es que la divina providencia se extiende á todas las criaturas sin excluir ninguna, y á todos los hombres sin olvidarse de ninguno, por vil y bajo que sea, porque, como dice el Sabio: «Dios hizo al grande y al pequeño é igualmente tiene cuidado de todos». De aquí también procede que el mismo Dios por sí mismo es el ejecutor de su providencia, porque aunque es verdad que por medio de unas criaturas provee á otras, pero El por sí mismo asiste á todas en todo lugar y en todo tiempo, porque El está en todo el mundo y en todas las cosas por esencia, presencia y potencia, conociendo lo que se hace y ayudando á ponerlo en obra, y proveyéndolo todo con admirable gobierno. Y aunque deja á los hombres en su libertad, y, como dice el Sabio, en poder de su mismo consejo para que hagan lo que quisieren, no por esto deja de tener providencia de

ellos y de sus obras libres, enderezándolas ó permitiéndolas para los fines que tiene ordenados.

De aquí, finalmente, procede que ninguna cosa sucede en este mundo acaso, respecto de Dios N. S., aunque sea muy acaso respecto de los hombres, porque con su infinita sabiduría conoce todo lo que sucede aun antes de que suceda, y con su providencia lo tiene ordenado ó permitido para el fin supremo de su gobierno, que es su gloria y la manifestación de su misericordia y justicia, y de las demás divinas perfecciones. Y también para bien de los justos y escogidos, de los cuales tiene providencia con más excelente modo, convirtiendo, como dice San Pablo, todas las cosas que suceden en provecho de los que le aman. De todo lo cual concluyo, que para gozar de la divina providencia y enriquecerme con los tesoros infinitos que en sí encierra, ayudará mucho sentir altamente de ella, atribuyéndole todo el bien, como á fuente y principio de donde todo procede, creyendo con fe viva y muy cierta lo que de ella Dios ha revelado.

Coloquio.—¡Oh Padre amorosísimo y providentísimo, que con providencia tan admirable provees á todas las criaturas, y mucho más á los que con fe encendida en amor confiadamente se arrojan en tus manos! Yo me pongo en ellas, pues en ellas están mis suertes; endereza con tu providencia mis obras para que sean agradables á tus ojos, de modo que por ellas me caiga la buena suerte de tu eterna bienaventuranza.

Propósitos—En todo lo próspero y lo adverso mira siempre á Dios, y esa idea te dará paz y resignación en los trabajos.

DÍA SEXTO

Del infinito amor de Dios para con los hombres.

Preludios.—(Los mismos de la meditación anterior.)

Punto I

De la grandeza de este amor.

Considera el grande amor que Dios tiene á todas sus criaturas, ponderando en El algunas cosas muy señaladas. La primera, es la diferencia que hay entre nuestro amor y el de Dios, porque nuestro amor presupone el bien que ama; mas el amor de Dios es causa del bien que ama; y así, andan juntos en Dios los dos actos de amor que se llaman benevolencia y beneficencia, querer bien y hacer bien; porque viendo Dios en su eternidad con su infinita sabiduría la bondad de las criaturas que podía criar, pareciéndole todas bien, amó y quiso con eficacia el bien de algunas de ellas, determinándose á darles el sér y perfección que podían tener. Así, Dios me dió este cuerpo y esta alma, y me crió á su imagen y semejanza porque me quiso bien, y me conserva y gobierna y me da todos los bienes de que gozo porque me quiere bien; y quererme bien es darme estos bienes que me da, y esto de gracia y de balde; no más de porque quiere amarme.

Pondera, después, que Dios incomparablemente ama más al hombre que á todas las criaturas de este mundo visible, porque la semejanza en el bien es causa del amor, y como las demás criaturas solamente son una huella

y rasguño del sér de Dios, pero el hombre es á imagen y semejanza suya, con capacidad de tener amistad y trato con El, de aquí es que Dios ama mucho más al hombre que á todo el resto de las criaturas visibles, por esta semejanza que con El tiene; y así las crió para el hombre, ordenándolas todas á sí mismo como á último fin. De aquí sacaré la grande obligación que tengo de amar á Dios; porque si la semejanza es causa de amor, ¿cuánto debo amar al que me crió á su misma imagen y semejanza?

De aquí se sigue la tercera cosa señalada que resplandece en este amor, conviene á saber: que Dios N. S. ama á todas las criaturas de este mundo visible, fuera del hombre, no con amor de amistad, porque no son capaces de ella, sino con amor de concupiscencia, queriendo el bien que tienen, no por provecho del mismo Dios, porque como ellas no podían amar á Dios ni alabarle por los bienes que les daba, quiso ordenarlas para el bien y provecho de otra criatura, la cual supliese este defecto, amándole y glorificándole por el sér que da á todas.

De aquí iré sacando infinitos títulos para amar á Dios por infinitas obras de amor que acumula en mí mismo; porque amando Dios estas innumerables criaturas, me ama á mí en ellas, porque las ama para mí y les hace bien por hacerme á mí bien; y pues Dios me ama en todas las criaturas al modo dicho, razón es que yo le ame en todas ellas, amando á las criaturas por el bien que El les dió, y para gloria del que se las dió, y no usando de ellas sino para su amor y servicio. ¡Oh Dios

eterno, amador y bienhechor de todas las criaturas, confieso que por mil títulos estoy obligado á amarte de todo mi corazón; y pues amas innumerables criaturas que no pueden volverte retorno de amor por el que Tú las tienes, obligado quedo yo á amarte por todas ellas! ¡Oh, quién tuviera tantos corazones como criaturas me has dado, para que con todos ellos te amara y glorificara, cumpliendo la deuda que ellas no pueden pagar y de que yo estoy cargado por su causa!

Punto II

Universalidad de este amor.

Considera la universalidad de este generoso amor de Dios, del cual ninguna criatura está excluída por el sér que tiene, según aquello del Sabio, que dice: «Amas todas las cosas que son, y ninguna cosa aborreces de cuantas hiciste, porque ninguna ordenaste ni hiciste con aborrecimiento, ni puede perseverar sino es que Tú lo quieras». De suerte, que aunque Dios aborrece el pecado y al pecador en cuanto malo, pero no aborrece su naturaleza ni el bien que El mismo puso en él, y aunque sea ingrato y desconocido, no cesa de amarle con este amor, como á criatura suya, comunicándole los bienes naturales que da á los agradecidos. De donde sacaré tres avisos: El primero, es de este amor que Dios me tiene, por el bien natural que me dió, hacer título para pedirle me quite el mal que yo añado, diciéndole aquello de Job: «Tus manos me hicieron y formaron todo cuanto hay en mí, ¿y así de repente me despeñas?» Lo segundo, sacaré

una grande determinación de no aborrecer cosa alguna de cuantas Dios ama, conformando en todo mi amor con el suyo; y aunque aborrezca la maldad de mi enemigo, no aborreceré su persona, antes le amaré como Dios le ama, queriendo para él los bienes que Dios le da y desea darle, acordándome de lo que dijo Cristo N. S.: «Amad á vuestros enemigos y haced bien á los que os aborrecen, para que seáis hijos de vuestro Padre celestial, el cual hace salir su sol para buenos y malos, y llueve sobre justos y pecadores, en lo cual muestra que los ama».

Finalmente, como este amor generalmente acompaña á Dios en todas sus obras, por lo cual dijo el Sabio «que ninguna cosa hizo ni ordenó con aborrecimiento», porque como dice San Dionisio, el amor es causa de todas las cosas que hace el que ama, así yo, si amo á Dios con fervoroso amor, he de imitarle en que este amor sea principio, medio y fin de mis obras, de modo que todas comiencen con amor y vayan acompañadas con amor, y las haga por amor de este gran Dios que tanto me ama, y de este modo le amaré con todo mi corazón, alma, espíritu y fuerzas, como dice el precepto del amor.

Punto III

Perfección de este amor.

Considera la perfección de la caridad y amor que Dios N. S. tiene á los hombres, queriendo trabar con ellos verdadera amistad, con todas las perfecciones que puede tener la amistad entre el Criador y la criatura, discu-

rriendo por las más principales propiedades de ella, que arriba se apuntaron. La primera propiedad de la amistad, es que sea entre personas en alguna manera iguales. De donde procede que cuando un amigo es muy excelente, levanta al otro á la mayor excelencia que puede, y de este modo es la amistad que Dios tiene con nosotros, el cual, viendo la grande desigualdad que había entre nuestro sér natural y el suyo, quiso por su infinita bondad levantarnos á otro sér excelentísimo sobre toda nuestra naturaleza, en la cual se pudiese fundar verdadera amistad, dándonos, como dice San Pedro: «dones preciosísimos de gracia por los cuales seamos consortes y conformes con su divina naturaleza», con la mayor conformidad que es posible á puras criaturas; no solamente tomándonos por amigos, sino haciéndonos hijos suyos, herederos de su reino y bienaventurados, como El lo es.

De esta primera propiedad de la perfecta amistad nace la segunda, que es querer para su amigo el sér y la vida, y todos los bienes que puede darle, comunicándoselos liberalmente por el amor que le tiene, en lo cual es excelentísimo nuestro gran amigo Dios; porque demás de querernos bien y hacernos bien, dándonos el sér y vida natural, quiere para nosotros el sobrenatural, la vida de la gracia, y la vida eterna de la gloria, con los innumerables bienes que la acompañan, hasta decirnos: «Todas mis cosas son tuyas», porque á los amigos todos los bienes son comunes; y lo que Dios tiene, para sus amigos lo quiere.

De aquí procede la tercera propiedad de la perfecta amistad, que es la unión, por razón

de la cual se dice que el amigo es otro yo, y que los amigos son una alma en dos cuerpos. Esto resplandece mucho más en la amistad de nuestro Dios, el cual nos hace por el amor un mismo espíritu consigo, y nos tiene dentro de sí, y «tiene por regalo estar con los hijos de los hombres», y conversar familiarmente con ellos, y les da parte de sus secretos; y finalmente, los llevará á su cielo adonde será la comunicación más estrecha, porque continuamente estarán en su presencia, metidos dentro de su divinidad, viéndole cara á cara, conservando con El su íntima familiaridad.

Coloquio.—¡Oh Dios amantísimo, ahora veo con cuánta razón te llamas esposo de nuestras almas, y á ellas las llamas esposas tuyas, pues eres un espíritu y un corazón con ellas, tratándolas con tan tierno amor cual nunca tuvo esposo á su querida esposa! ¿Quién creyera tal modo de amor si Tú no lo revelaras? ¿Y quién podrá entender tal modo de conversación si Tú no le das parte de ella? ¡Oh Amado mío, ¿quién es el hombre, porque así le engrandeces, ó por qué pones en él tu corazón? Pon, Señor, mi corazón en el tuyo, y muéstrame la grandeza de este amor, haciéndome una cosa contigo para que te ame como me amas, y sea también la amistad perfecta de mi parte como es perfectísima de la tuya.

Propósitos.—Muestra la caridad que tienes á Dios en amar y hacer bien á todos tus prójimos, aunque ellos te devuelvan mal por bien.

DÍA SÉPTIMO

De la infinita perfección de Dios.

Preludios.—Puesto en la presencia del Señor, oye en tu interior la voz divina que clama: "Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto„. Y pide gracia para subir á esa perfección á que Dios N. S. te ordena aspirar.

Punto I

La perfección de Dios encierra la de todas las criaturas.

Considera cómo la primera y suprema perfección de Dios, es ser tan perfecto, que en su propio sér encierra todas las perfecciones y excelencias posibles, sin mezcla de imperfección alguna, de modo que no es posible imaginar verdadera perfección que no esté en El con todos los grados y quilates que puede tener, sin limitación alguna. Por eso dice la Escritura que el espíritu del Señor encierra en sí todas las cosas, y que todas proceden de El, y en El están todas con infinitas ventajas y sin la mezcla de las imperfecciones que tienen las criaturas. Así, pues, con grande afecto de admiración y gozo, di á nuestro Señor: «¡Dios mío, y todas las cosas!» ¡Oh Dios mío, Dios de infinita majestad, con gran firmeza creo que eres todas las cosas en cuanto tienes con infinita eminencia la perfección de todas, porque todas reciben de Ti la perfección que tienen en sí! Tú eres todas las cosas, porque eres principio y fin, idea y ejemplar de la perfección que de Ti reciben; y tanto son más perfectas, cuanto su perfección se llega más á la tuya; Tú eres para mí todas las cosas

que puedo desear; Tú eres mis riquezas, mis deleites, mis honras y dignidades, mis mayorazgos y tesoros infinitos; en Ti solo, sin otras cosas, las tengo todas, y sin Ti todas serán como nada para mí. ¡Oh alma mía, si pretendes perfección, abrázate con Dios, y en El la hallarás sin mezcla de imperfección! Si deseas hermosura, mira y contempla á Dios, porque en El está toda sin mezcla de fealdad. Si amas la bondad, ama á Dios, en quien resplandece sumamente sin mezcla de malicia. ¡Oh mi Dios y todas mis cosas, cuándo tengo de ir á verte claramente en tu gloria, adonde eres todas las cosas á todos, por todos los siglos!

Punto II

De qué modo están en Dios las perfecciones de las criaturas.

Considera cómo en Dios N. S. están con eminencia las perfecciones del primer grado de criaturas, que son las corporales que carecen de vida, porque todas estas cosas crió Dios, y El les dió la hermosura, propiedades y virtudes que tienen; y de la hermosura, belleza y propiedades maravillosas de estas cosas, sube á contemplar la hermosura y belleza de Dios y sus excelentes propiedades.

Pero de tal manera, que juntamente entiende y confiesa que todo cuanto hay en estas cosas criadas, es somo sombra ó figura y nada respecto de lo que hay en Dios, en cuya comparación los cielos no están limpios, el sol no resplandece, la luna no es hermosa y toda hermosura es como fealdad. Con cada una de

estas consideraciones he de mover mi corazón á los afectos de admiración, amor, alabanza y gozo de tener un Dios en todo tan perfecto. ¡Oh Amado de mi corazón! si tanto me alegro en ver la hermosura y perfección de estas criaturas, ¿cómo no me alegraré en ver la hermosura y perfección tuya, de quien procedieron ellas? Amete yo más que á todas, pues eres hermoso y perfecto infinitamente más que todas; y no ame á ellas, sino es por Ti, de quien reciben la perfección que tienen en sí.

En Dios N. S. están también con eminencia las perfecciones del segundo grado de las criaturas corporales que tienen vida vegetativa, cuyas propiedades se descubren por los frutos, hojas y semillas que proceden por la virtud que les dió su Criador, en quien están con infinita excelencia, y de ella se precia, diciendo: «Conmigo está la hermosura del campo».

De la misma manera están en Dios las perfecciones de los vivientes que sienten, como son, los animales de la tierra, las aves del aire, y los peces del mar; las cuales son innumerables y admirables, y todas se hallan en Dios con infinitas ventajas; y así, en la divina Escritura se compara á algunos de estos animales para que por las perfecciones que tienen, subamos á conocer las que El tiene. Llámase león, por la fortaleza; cordero, por la mansedumbre; ciervo, por la ligereza, etc. Pero de tal manera, que no hay en Dios las imperfecciones con que están mezcladas estas criaturas. Por donde consta que de todo lo que hubiere perfecto ó imperfecto, bueno y malo, hermoso y feo, puedo sacar la infinita perfección de Dios, quitando de El todo lo malo, im-

perfecto y feo, y poniendo en El todo lo bueno, perfecto y hermoso, con otro modo más excelente de infinita perfección.

Considera, por último, cómo están en Dios todas las perfecciones de las criaturas intelectuales, así hombres como ángeles, á los cuales crió á su imagen y semejanza, y les dió el sér espiritual que tienen, la memoria, entendimiento, voluntad y todo lo bueno que en ellos resplandece. Por consiguiente, todas estas perfecciones están en Dios con infinita mayor excelencia, pues quien les da la virtud y santidad, ¿estará sin ella? ó quien les comunica el poder que tienen, ¿quedarse ha sin potestad? De donde sacaré: que Dios N. S. es un dechado infinito de toda perfección, al cual tengo de mirar siempre, para adorar las infinitas perfecciones en que no puede ser imitado, y para imitar las que pueden ser imitadas. También sacaré que como el árbol se conoce por los frutos, así la perfección de Dios se conoce por sus obras; y todas son muy buenas y perfectas, y á su imitación procuraré yo también ser perfecto, mostrando mi perfección en todas las obras grandes y pequeñas, procurando, como dice el *Eclesiástico*, ser en todas muy excelente.

Punto III

De la simplicísima unidad de las perfecciones de Dios.

Considera, cómo todas estas perfecciones que ponemos en Dios, aunque son innumerables, según que están repartidas por las criaturas, pero en el mismo Dios no son más que una simplicísima, en la cual se encierran to-

das, como el valor de muchas monedas de plata se encierra en una de oro. Así en Dios una misma cosa es su sabiduría, su bondad, su caridad, su misericordia y su omnipotencia, su fortaleza y todo lo demás, sin género de composición ni división; y en cada perfección están embebidas todas, y todas en cada una; de suerte que su bondad es su misma sabiduría y omnipotencia, y su omnipotencia es su misma sabiduría, y así en lo demás. Y quizá por esto dice el Sabio, que el espíritu de Dios «es único y muchos, y abraza todos los espíritus». De aquí es, que no solamente en la máquina de este mundo, sino en cada obra de Dios por sí sola, resplandece la junta y unión de sus admirables perfecciones, y por ella podemos conocer que su Criador es poderoso, sabio, bueno, infinito y amable.

De aquí he de sacar dos afectos y propósitos muy excelentes. El primero, es un entrañable deseo de imitar esta infinita simplicidad del divino Sér, en la simplicidad y sencillez purísima de mi intención, procurando que en todas mis obras, aunque sean muchas, resplandezca una perfectísima intención de agradar á sólo Dios, por quien El es, en la cual están virtualmente incluídas grandes perfecciones.

El segundo propósito ha de ser de juntar en cada una de mis obras la variedad de las virtudes principales que pueden resplandecer en ellas, de modo que cada obra sea también á su modo una y muchas, y abrace muchos espíritus y afectos de Dios; porque si rezo ó ayuno, ó doy limosnas, esta obra puede ir acompañada con afecto de amor de Dios, de con-

fianza, de obediencia, de humildad, de temor filial y otros tales. Y quizá por esta causa Cristo N. S. llamó ojo á la intención, y á la obra cuerpo; dando á entender que, como el cuerpo tiene muchos miembros y partes, así cada obra ha de tener varios ejercicios de virtudes, enderezados todos por el ojo simplicísimo de la pura intención á gloria de solo Dios.

Coloquio.—¡Oh Dios mío, Dios de infinita majestad! Con gran firmeza creo que eres todas las cosas, en cuanto tienes con infinita eminencia la perfección de todas, porque todas reciben de Ti la perfección que tienen en sí. Tú eres todas las cosas, porque eres principio y fin, idea y ejemplar de la perfección que de Ti reciben; y tanto son más perfectas, cuanto su perfección se llega más á la tuya; Tú eres para mí todas las cosas que puedo desear; Tú eres mis riquezas, mis deleites, mis honras y mi tesoro; en Ti solo, sin otras cosas, lo tengo todo, y sin Ti todo será como nada para mí. ¡Oh alma mía! Si pretendes perfección, abrázate con Dios, y en El la hallarás sin mezcla de imperfección. Si deseas hermosura, mira y contempla á Dios, porque en El está toda sin mezcla de fealdad. Si amas la bondad, ama á Dios, en quien resplandece sumamente sin mezcla de malicia. ¡Oh mi Dios y todas mis cosas, cuándo tengo de ir á verte claramente en tu gloria, adonde eres todas las cosas á todos, por todos los siglos!

Propósitos.—Procurar que todo te hable de Dios y te lleve á Dios, hasta que consigas verlo todo en Dios y á Dios en todas las cosas.

DÍA OCTAVO

De la infinita santidad de Dios.

Preludios.—Imagínate ver la morada de la gloria, y escucha á los serafines que, abrasados en amor y cubriendo el rostro con sus alas, entonan sin cesar ante la Majestad divina el cántico de adoración suprema: "¡Santo, Santo, Santo el Señor Dios de los ejércitos!„ Pídele humildemente que te haga digno de subir al monte de la santidad, para que un dia puedas entonar en el cielo, en unión con los serafines, este mismo cántico de gloria.

Punto I

De las excelencias infinitas de la santidad de Dios.

Considera la infinita santidad de Dios N. S., por la cual es infinitamente bueno y santo, superando y conteniendo, con infinita eminencia, todas las virtudes que están repartidas en los santos, sin las imperfecciones y limitaciones que tienen en ellos. De modo que tiene infinita caridad, liberalidad y misericordia; infinita mansedumbre, clemencia y paciencia, con todas las demás, sin faltarle ninguna de las que no presuponen imperfección en el sujeto que las tiene. Y por esta razón se llama á boca llena «todo bien, y Dios de las virtudes», en quien está, no una ú otra virtud, sino todas juntas, porque todas pertenecen á la infinita bondad y santidad de Dios, y cada una trae consigo encadenadas á las demás.

La segunda excelencia es, que las virtudes de Dios N. S. son ejemplar y dechado infinito de todas las que hay y puede haber en los santos, cuyas virtudes tanto son más ó menos perfectas, cuanto más ó menos se parecen y son semejantes á las de Dios, las cuales son tan

infinitas, que otro que el mismo Dios no puede comprenderlas. ¡Oh Dios de las virtudes! «Tú solo eres Santo, y no hay otro fuera de Ti»; Tú solo prudente, Tú solo fuerte, Tú solo justo, y no hay quien se pueda igualar contigo, ni presumir de sí. ¡Oh Dios de las virtudes, gózome con sumo gozo de la infinita excelencia que tienes en ellas! Tú eres la misma prudencia, conociendo lo que en Ti tienes; Tú la misma templanza, conformándote contigo; Tú la misma fortaleza, asiéndote de tu inmutabilidad; Tú la misma justicia, guardando tu ley eterna, y Tú la misma caridad, amando tu bondad, y por ella á los que la participan. ¡Oh, quién me diese que participase algo de tus virtudes para glorificarte con ellas! ¡Oh dulcísimo Jesús que dijiste: Sed perfectos como vuestro Padre lo es, y Tú en cuanto hombre alcanzaste la suprema perfección de las virtudes, y la suma semejanza que puede haber con Dios en ellas! concédeme que imite las que ejercitaste en tu sagrada humanidad, para que juntamente imite las que resplandecen en tu soberana divinidad.

De aquí se sigue otra excelencia de Dios en estas virtudes, que es ser principio y causa de las demás, á quien se han de pedir como á su propio dueño y Señor, porque á El toca darlas, conservarlas, aumentarlas y perfeccionarlas en sus grados; y por esto se llama *Dominus virtutum*, Señor de las virtudes. Dios es Señor de la fe, del temor y esperanza; Señor de la castidad, humildad, obediencia y caridad: con las demás gracias y dones que la siguen. Y de este señorío se precia y de él he yo de hacer título para pedirle me dé estas vir-

tudes, y los demás dones de su gracia, diciendo como David: «Señor, Dios de las virtudes, conviértenos, muéstranos tu rostro, y seremos salvos». ¡Oh Rey de las virtudes, dame aquéllas en que tu reino consiste, para que reines en mí por ellas!

Punto II

De la pureza infinita de la santidad de Dios.

Considera la infinita pureza de Dios en todas sus obras, en las cuales descubre aquellas dos partes de la justicia, que llama David apartarse del mal y hacer bien. Porque primeramente las virtudes de Dios son tan puras, que no es posible admitir cosa que desdiga un punto de su infinita perfección. Y así, en Dios no puede haber ni defecto ni imperfección alguna, y tan propio es de su bondad ser impecable como ser Dios. No es posible que falte por ignorancia de lo bueno, porque todo lo sabe; no por olvido ó inadvertencia, porque de todo se acuerda; no por flaqueza, porque todo lo puede; no por pasión que le arrebate, porque todo lo previene; no por temor, porque á nadie teme; no por malicia, porque es la suma bondad y la primera regla, de la cual no puede desviarse.

De aquí es, que no solamente Dios no puede pecar por sí mismo, pero ni ser causa propia de que otros pequen, inclinándolos y moviéndolos á ello; porque esto desdice de su infinita pureza, y sería contrario á sí mismo y al orden de su infinita sabiduría y bondad. De aquí también es, que aunque Dios pudo tomar naturaleza humana sujeta á todas las penalidades

de esta vida, no le era posible tomarla con sujeción á pecado.

De todo lo cual concluyo, que la infinita santidad de Dios resplandece en la pureza y santidad de sus obras, y que sus virtudes no están en El ociosas, sino que se descubren en sus obras. Por lo cual dijo David, que «Dios es fiel en todas sus palabras, justo en todos sus caminos y santo en todas sus obras». Y en ello quiere Dios ser imitado de los hombres con gran cuidado; y así, dijo á su pueblo: «No queráis manchar vuestras almas... sed santos, porque Yo soy santo». Y con las mismas palabras exhorta San Pedro á los fieles á que en su vida y «conversación sean santos». ¡Oh Dios santísimo, que por tu sola bondad nos escogiste «para que seamos santos y sin mancha en tu presencia!» concédeme que yo lo sea, apartando de mí toda culpa y adornándome con toda virtud y santidad. ¡Oh serafines celestiales, que alabasteis á vuestro Dios con el nombre de Santo, de que tanto gusta! venid de ese cielo con alguna brasa de amor, y purificad mis labios como los de Isaías, y juntamente mi corazón, para que todo yo sea puro y santo en la presencia de mi Señor.

Punto III

Del origen infinito de la santidad de Dios.

Considera que esta santidad la tiene Dios N. S. por su misma esencia, de modo que ni es participada de otro, ni añadida á su divina naturaleza. Es santo porque es Dios, y sólo El es la misma santidad por su propia esencia. Por esta razón dijo la madre de Samuel: «No

hay otro santo como el Señor, ni hay otro fuera de El»; que es decir: No hay otro que pueda llamarse santo como Dios, porque sólo El llena el nombre de santidad.

De donde se saca el fundamento de la profunda humildad que tienen los santos en la presencia de Dios, la cual estriba en que toda la santidad de los hombres es añadida á su naturaleza, y mudable, y en comparación de la de Dios es como nada.

De esta consideración he de sacar, principalmente, un gran propósito de apartarme de todo género de culpa grave y pequeña, y de cualquier defecto, imperfección ó resabio de ella, en cuanto me fuere posible, acordándome de lo que nuestro Señor dijo á su pueblo: «Serás perfecto sin mancha delante de tu Señor Dios». Procurando también imitar en la tierra la pureza que hay en el cielo; lo cual, en su tanto, puedo cumplir si vivo con cuidado de no caer en cosas pequeñas; y en cayendo como flaco, luego limpiarme de ellas, para que siquiera en alguna hora y parte del día, pueda decir Dios á mi alma: «Toda eres hermosa, amiga mía, y no hay en ti mancha alguna». Y finalmente, sacaré de aquí una resolución grande de no preciarme en esta vida de honras, ni dignidades, ni de ingenio, letras ni otros talentos, sino principalmente de la virtud y santidad, acordándome que Dios N. S. se preció de éstas más que de todos sus atributos, en orden á nosotros, porque no habiendo nombre propio con que llamar á la tercera Persona de la Santísima Trinidad, la apropió el nombre de santidad, y no le llamó Espíritu eterno ó inmenso, sino Espíritu Santo. Y con

este nombre quiere Dios ser llamado de los hombres como lo fué de los serafines.

Coloquio.—¡Oh Dios santísimo, que por excelencia te llamas Santo de los santos! Gózome de la infinita santidad que tienes. Confieso, Señor, que no puedo tener santidad si Tú no me la das, ni puedo durar en ella si Tú no la conservas; y por mucha que me des, será tan pequeña respecto de la tuya, que cubriendo mi rostro con vergüenza, diré á voces como los serafines: «Santo, Santo, Santo el Señor Dios de los ejércitos». Te suplico me fundes en una humildad muy profunda, para que sea digno de subir á una santidad muy levantada.

Propósitos.—Cobra odio al pecado al ver cómo nada hay que repugne tanto á la infinita perfección y santidad de Dios.

FIESTA DE LA SANTISIMA TRINIDAD

De la unidad de esencia en Dios, y de la trinidad en Personas.

Preludios.—(Los mismos de la meditación anterior.)

Punto I

De la unidad de la esencia divina.

Considera el primer artículo de nuestra santa fe, por el cual confesamos que no hay más que un solo Dios, con una sola esencia y divinidad. De suerte, que no hay más que un Criador, un Gobernador, un Señor, un primer principio y un último fin de todas las cosas. Y en esta verdad se fundan los más principales mandamientos de nuestra ley. Porque primeramente, como Dios es un bien sumo é infinito, en quien están encerrados todos los bienes y perfecciones posibles, sin que le pueda faltar una, porque si una le faltase, sería imper-

fecto, síguese claramente que no es más que uno, porque si hubiera otros dioses, faltárale la bondad y perfección que tienen éstos, por la cual se diferenciara de ellos. Y en esto se funda mandarnos Dios que le amemos sobre todas las cosas, con todo nuestro corazón, porque es sumo bien, todo bien, y único bien digno de ser amado con sumo amor y con único amor, sin dividirle ni partir el corazón en otros amores que no sean en orden á su amor.

Lo segundo, como Dios es soberano y supremo Señor y gobernador de sus criaturas, á quien todas están sujetas, y á cuya voluntad eficaz ninguno puede resistir, síguese que no es más que uno solo, porque si fueran muchos dioses tuvieran diferentes juicios, voluntades y poderes y no fuera posible durar el mundo con la paz y concierto que tienen las criaturas. Y así, el concierto de los cielos, elementos y animales, pregonan que hay un solo Dios y gobernador de todo. Y en esto se funda mandarnos Dios que á El solo adoremos, temamos y sirvamos con todo nuestro corazón y con toda nuestra alma. Por lo cual todo mi cuidado tengo de poner en servir á este único y supremo Señor mío, y dar á El solo la obediencia, y á ningún otro si no es por El, y por estar en su lugar y quererlo El así.

Lo tercero, como Dios es nuestro supremo legislador, á quien pertenece darnos leyes, porque su dictamen y voluntad es regla de lo que hemos de hacer, y á El también pertenece ser juez de todos para dar premio á los obedientes y castigo á los rebeldes, y El mismo es nuestro último fin y bienaventuranza, en cuya vista y posesión hallaremos hartura y satis-

facción de todos nuestros deseos, síguese de todo esto evidentemente, que no puede ser más que un Dios, un legislador y supremo juez, y un último fin. Y en esto se funda la obligación que tenemos á que nuestra intención sea una, pura y sencilla, enderezando todas nuestras obras á sólo Dios como á nuestro último fin, buscando su sola honra y gloria en todas las cosas.

De todo esto tengo de sacar. Lo primero, grande compasión de los infieles é idólatras que multiplican dioses falsos con injuria del verdadero Dios, suplicándole que destruya tal vicio del mundo. Lo segundo, sacaré cuán grave mal sea el pecado que pretende destruir la unidad de Dios, admitiendo falsos dioses, pues, como dice San Pablo, los carnales tienen por Dios á su vientre, los avarientos al dinero, los soberbios á la honra vana, y cada uno toma por su Dios y último fin á la cosa por la cual deja el verdadero Dios; de donde procede, que cada día, como dice la Escritura, inventan dioses nuevos. Lo tercero, sacaré un entrañable deseo de reducir todas mis pretensiones, aficiones y deseos á este uno y supremo Dios, sin derramarme á otras cosas, contentándome con amar, reverenciar y servir á un solo Dios, criador de todas las cosas, de quien todas proceden, y á un solo fin, á quien todas se ordenan, en quien hallarás descanso y hartura sempiterna.

Punto II

De la trinidad de las Personas divinas.

Consideraré el otro artículo principalísimo de nuestra fe, que Dios N. S. de tal manera es

uno en esencia, que juntamente es trino en personas, Padre, Hijo y Espíritu Santo, cautivando mi entendimiento á creer esta verdad, aunque no alcance el modo cómo es; pero puedo discurrir que Dios N. S. junta en sí mismo todo lo bueno y perfecto que vemos en las criaturas, sin lo malo é imperfecto que hay en ellas. Y así tiene, lo bueno de ser uno, sin lo malo que tiene ser solo; y tiene lo perfecto de ser en alguna manera muchos, sin lo imperfecto que tiene ser diverso; es uno en la esencia y en la divinidad; uno en la bondad, sabiduría, omnipotencia y en todos los demás atributos; y á esta causa las tres divinas Personas, como son un Dios, tienen un mismo sentir y querer, y un mismo poder y obrar, sin que haya entre ellas diferencia de pareceres, ni contrariedad de voluntades, ni encuentro en las obras, porque todas sienten lo mismo, quieren lo mismo y obran lo mismo fuera de sí, con suma paz y concordia. Pero juntamente son tres personas diversas, y no una sola; porque no careciese Dios de la perfección y gozo que trae consigo la comunicación y amistad perfecta entre iguales, y para que la bondad, sabiduría y potencia de Dios cumpliesen su deseo de comunicarse infinitamente con modo infinito. Y así, el Padre llena estos deseos, comunicando su divina esencia y toda su sabiduría y omnipotencia al Hijo; y el Padre y el Hijo comunican lo mismo al Espíritu Santo; y entre los tres hay infinito amor y amistad perfectísima, como entre personas iguales y semejantes, que llegan á ser una misma cosa real y verdaderamente en la substancia de su divino sér; y en esta comunicación y amistad

hay infinito gozo y alegría, gozándose infinitamente cada Persona del propio sér personal que tiene la otra.

De esta consideración tengo de sacar. Lo primero, una grande admiración y profunda reverencia á la majestad de Dios, uno y trino, venerando sumamente lo que no alcanzo, y animándome, como dice Isaías, á creerlo para entenderlo, y exclamando como San Pablo: «¡Oh alteza de las riquezas del sér y sabiduría de Dios!» Si tus juicios son incomprensibles y tus caminos investigables, ¿cuánto más incomprensible será tu sér, cuánto más investigable tu deidad? Aumenta, Señor, mi fe, para que crea tu soberana Trinidad de modo que la entienda, y para que la entienda de modo que la ame y llegue á gozar de ella para siempre jamás.

Lo segundo, sacaré de aquí un grande gozo de la perfectísima unidad que tienen entre sí las tres divinas Personas, con un entrañable deseo de tener parte en ella, é imitarla del modo que me es posible. ¡Oh Padre Eterno, gózome de la unión que tenéis con vuestro Hijo! ¡Oh Hijo Unigénito de Dios, gózome del amor que tenéis á vuestro Padre! ¡Oh Espíritu santísimo, gózome de la unión y amor que tenéis al Padre y al Hijo! ¡Oh Trinidad beatísima, gózome de la infinita amistad que resplandece dentro de Vos misma! ¡Oh Dios infinito, pues me disteis fe de esta soberana unión, dadme gracia para imitarla del modo que Vos queréis!

Luego tengo de aplicarme á considerar el modo cómo puedo imitarla, acordándome de que Cristo N. S., la noche de la cena, pidió á

su Padre para que nosotros fuésemos una cosa como los dos lo eran, de modo que como las tres divinas Personas tienen un mismo sentir y un mismo querer y obrar en todas las cosas; así yo procuraré unirme y hacerme una cosa con Dios por amor, teniendo un mismo sentir con el suyo en todas las cosas que me ha revelado y un mismo querer en todas las cosas que me ordena, haciendo todas mis obras del modo que me las manda, sin apartarme de su voluntad en cosa alguna, conformándome con ella con suma concordia y alegría.

Esta misma unión, en su tanto, tengo de procurar con mis superiores y con los que gobiernan mi alma, conformando mi juicio y mi voluntad y la ejecución de mis obras, con el juicio y voluntad de los que me gobiernan en nombre de Dios; y la misma unión tengo de procurar con todos los prójimos en todas las cosas que lícitamente puedo, conformándome con ellos, como dice San Pablo, en el sentir y hablar y en lo demás que la caridad ordena.

Punto III

De la unidad de la esencia y de la trinidad de las personas.

Considera el modo cómo pasa en Dios este misterio. Porque la primera persona, que es el Padre, conociendo y comprendiéndose á sí mismo y á su divina esencia, con infinita mayor claridad que yo me veo á mí mismo en un espejo, por este conocimiento forma dentro de sí un concepto é imagen viva de sí mismo. Y este concepto es el Hijo, el cual, como dice San Pablo, «es resplandor de la gloria de su Padre,

figura de su substancia, imagen invisible suya». Este es el que llama San Juan, Verbo y palabra de Dios, la cual habla dentro de sí exprimiendo en ella todo cuanto Dios sabe, y por esto se llama su sabiduría. En produciendo el Padre al Hijo, necesariamente le ama y se agrada en El con infinito amor y gozo, porque ve en El su misma bondad infinita; y el Hijo de la misma manera ama al Padre con infinito amor y gozo, por la infinita bondad que ve en El y recibe de El; y los dos juntos por este amor, producen un ímpetu ó impulso de su divina voluntad, que llamamos Espíritu Santo, comunicándole su misma divinidad y así es un Dios con ellos. Y todo está en Dios desde su eternidad, porque todas tres personas son eternas, sin que una sea primero que la otra, ni el Padre es más antiguo que el Hijo, ni el Hijo que el Espíritu Santo, porque no son Padre é Hijo como los de la tierra. Además todas tres son inmensas, sin que puedan apartarse una de la otra; y dondequiera que está el Padre está el Hijo y el Espíritu Santo; y todas tres son iguales, sin que una sea mayor que otra, porque tanta dignidad es ser Hijo como ser Padre, y ser Espíritu Santo como ser Hijo. Y así, todos tres tienen entera y cumplida bienaventuranza, con el conocimiento y amor de sí mismos y de su divinidad, de donde procede estar infinitamente gozosos y hartos sin fastidio, y sin tener necesidad de cosa alguna fuera de sí mismos. Y así, aunque Dios en su eternidad, antes de criar al mundo, estaba solo sin criaturas, no estaba ocioso ni sin gozo, porque su principal obra es la interior de conocimiento y amor, en la cual está

su inefable gozo, y de ella proceden las obras exteriores que son comunes á todas tres personas, porque todas son un Criador, Santificador y Glorificador, y un Bienhechor, de quien proceden las obras de naturaleza, gracia y gloria. Y así, todas tres oyen nuestras oraciones, cumplen nuestros deseos y nos llenan de sus misericordias.

Coloquio.—Yo creo, adoro y amo á la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, un solo Dios en tres personas. Yo creo lo que no comprendo, adoro lo que no concibo, amo lo que no veo. Yo creo, adoro y amo al Padre, que es mi Criador; al Hijo, que me redimió, y al Espíritu Santo, que me santificó. ¡Oh Trinidad adorable! No fueras mi Dios si no excedieses á mi discurso; mi corazón no podría amarte y adorarte como á mi Dios, si mi razón te pudiese comprender, porque no serías infinito si no fueses incomprensible, y no fueras Dios si no fueses infinito. Cuanto te comprendo menos, tanto más te debo creer y tanto más te debo adorar. Cuanto más excedes á mi discurso, tanto más mereces mi respeto y mi amor. Tú eres ahora el objeto de mi fe y de mi adoración, y serás algún día el objeto de mi bienaventuranza y mi único amor. Hoy eres la razón de mi mérito, pero un día serás mi recompensa y mi gloria. Hoy te me ocultas para aumentar mis méritos, entonces te descubrirás claramente para coronarme.

Propósitos.—Rendir constantemente tu razón al yugo suave de la fe, contentándote con saber que Dios, infinitamente sabio y santo, nos ha revelado claramente este admirable misterio.

NOVENA DE PREPARACIÓN

PARA LA FIESTA DEL CORPUS

DÍA PRIMERO

El Santísimo Sacramento de la Eucaristía es memorial de las grandezas de Dios.

Preludios.—Contempla al Santísimo Sacramento como un sol cuyos suaves rayos iluminan el cielo y la tierra, y pide conocer las grandezas de este Sacramento para recibirle con más reverencia.

PUNTO I

La Eucaristía, compendio de las grandezas de la divinidad.

Considera cómo este Santísimo Sacramento es un memorial de las grandezas maravillosas de la divinidad que en él están encerradas. Porque lo primero, aquí está la persona del Verbo divino, unida con su sacratísima humanidad, en quien, como dice San Pablo, mora la plenitud de la divinidad corporalmente. Y, por consiguiente, está en su compañía la santísima Trinidad, porque no es posible apartarse una persona de otra, por ser todas un mismo Dios. Y como Dios en todas partes es infinitamente activo, aquí también ejerce su infinita actividad. Aquí el Padre comunica al Hijo su substancia y vida; aquí el Padre ama al Hijo, y el Hijo al Padre, y de este amor mutuo resulta el Espíritu Santo. Así en el santísimo Sacramento ejercita la santísima Trinidad sus obras *ad intra*, y del mismo modo ejercitan las acciones que por apropiación se atribuyen á cada una de las Personas divinas. Desde este Sacramento, como desde el cielo,

el Padre crea, conserva y gobierna el mundo; desde este admirable Sacramento, el Verbo se ocupa especialmente en las obras de la gracia, purificando nuestras almas del pecado y preservándolas de toda falta, y el Espíritu Santo nos santifica, iluminándonos, moviendo nuestras almas á la más alta virtud, y, en fin, todos juntos nos deifican.

Y aunque todas las obras que en este Sacramento hace el Hijo á El especialmente se atribuyan, son también de toda la santísima Trinidad, con quien es una sola cosa por naturaleza. ¡Oh Trinidad beatísima! único Dios verdadero, infinitas alabanzas os sean dadas por todas estas operaciones; hacedlas todas en mí y reinad en mí para siempre.

Punto II

La Eucaristía, compendio de los atributos de Dios.

Considera cómo también en este Sacramento están todas las perfecciones y atributos de Dios, pues como dijo el mismo Apóstol, «en Cristo están todos los tesoros de la sabiduría y ciencia de Dios, y también los de su bondad y caridad», los cuales resplandecen admirablemente en esta obra. La sabiduría, en haber inventado tal medio, que Dios y hombre se haga manjar y bebida de los hombres; la bondad, en comunicarse á sí mismo de esta manera á sus fieles; la caridad, en unirse y entrañarse con sus amigos, y no negarse á sus enemigos; la misericordia, en darse por manjar de los hambrientos y bebida de los sedientos, y venir personalmente á visitar y curar los enfermos; la liberalidad, en darnos de pura gra-

cia cuanto tiene, y la omnipotencia, en hacer tantos milagros para la ejecución de todo esto; en cada una de estas perfecciones se puede hacer grande pausa, sacando de todas grande admiración por la mucha estima que tiene Dios de nosotros, diciéndole con David: «¡Oh Dios y Señor nuestro, cuán admirable es tu nombre en toda la tierra!» Admirable fué en la creación del hombre, más admirable en su reparación, y no menos admirable en su sustento, haciendo una suma de tus maravillas para sustentar al que es suma de tus obras.

Punto III

La Eucaristía compendio de las obras de la omnipotencia divina.

Considera cómo este divino Sacramento es sobre todo un memorial de las maravillas de la omnipotencia de Dios, la cual obra aquí muchos y muy grandes milagros invisibles á los ojos del cuerpo, pero admirables á los ojos del alma, que los mira con la lumbre de la fe.

El primero, es deshacer Dios con su palabra la unión natural que tenían los accidentes con su substancia, destruyendo la substancia y conservando los accidentes; de modo, que aunque percibo con los sentidos color, sabor y olor de pan y vino, pero realmente no está allí la substancia del vino ni del pan, sino la carne y sangre de Jesucristo, en quien milagrosamente se convirtió.

El segundo milagro es, convertirse una substancia tan pequeña de pan y vino, en un cuerpo tan perfecto como el de Cristo. De modo que debajo de los accidentes que permanecen

está todo con la entereza y gloria que tiene en el cielo. Allí está su sacratísima cabeza con aquellos divinos ojos que roban el corazón y con su vista destruyen todo mal. Allí están sus benditísimos pies y manos con las señales de las llagas que hicieron los clavos, y el costado con la llaga que hizo la lanza; y el corazón encendidísimo con el fuego de amor que le movió á recibirlas, y todo el cuerpo con las dotes de la claridad y hermosura que excede á la del sol, luna y estrellas.

El tercer milagro estupendo es, estar todo el cuerpo de Cristo en el Sacramento á modo de espíritu indivisiblemente. De suerte que todo El está en toda la hostia, y todo en cada parte de ella. De donde resulta, que aunque la hostia se divida, Cristo N. S. no se divide, sino todo El entero queda en cada parte de ella. Y de aquí es también que la vida que vive Cristo en el Sacramento, no es vida de carne, sino como vida de espíritu; porque allí, aunque tiene pies, no anda, y aunque tiene manos, no palpa, y aunque tiene lengua, no habla: solamente usa de las potencias espirituales propias del espíritu.

El cuarto milagro es, que estando Cristo N. S. en el cielo empíreo, ocupando el lugar que su soberana grandeza merece, sin dejar de estar allí, baja al Sacramento, y juntamente está en diferentes partes del mundo, dondequiera que fuere consagrado, sin exceptuar lugar alguno; y con tanta vigilancia atiende á la consagración de cualquier sacerdote, que en diciendo: «Este es mi cuerpo», en el mismo instante saca verdaderas las palabras y hace todos los milagros que quedan referidos. ¡Oh

omnipotencia soberana de Jesús, que así te empleas en provecho de los hombres, ofreciendo á darnos tu cuerpo y tu sangre por comida y bebida á costa de los mayores milagros de tu omnipotencia divina! ¿Qué te daré, Señor, por tan admirable beneficio, sino dedicarme en todo tiempo y lugar á servirte?

Coloquio.—¡Oh Padre amantísimo, gracias te doy por haber dado á tus hijos Pan tan soberano; Pan verdaderamente de ángeles, con el cual se sustentan, aunque de otro modo que los hombres; Pan por excelencia verdadero, en cuya comparación, el maná no fué más que figura! Y pues tan á costa tuya lo preparaste de modo que pudiese comerle, yo también con tu ayuda me prepararé para recibirlo, mi corazón vivirá con dolor de sus pecados y todas mis potencias trabajarán para prepararte una morada menos indigna de tu majestad y de tu amor.

Propósitos.—Comulgar cada vez con nuevo fervor, lo que conocerás si te preparas con esmero y si sacas el fruto que necesitas.

DÍA SEGUNDO

El santísimo Sacramento de la Eucaristía, memorial de los oficios, virtudes y beneficios de Cristo N. S.

Preludios.—Mira á Jesús silencioso y recogido en el sagrario, más aún y más humillado que en Belén y Nazaret. Pídele el vivir tú amante del recogimiento y la soledad para oir la voz de Dios.

Punto I

La sagrada Eucaristía, memorial de los oficios que en el mundo ejercitó Cristo N. S.

Considera cómo este divino Sacramento es un memorial de los oficios que Cristo N. S. ejercitó con los hombres viviendo en el mun-

do, renovándolos todos en este santo Sacramento con cada hombre en particular. Discurre por cada uno de estos oficios, ponderando tres cosas: el modo cómo Cristo lo hizo en la tierra, el modo cómo lo ejercita en el Sacramento y la grande necesidad que tienes de qne haga contigo este oficio, llegándote á la Comunión con este espíritu y deseo conforme á tu necesidad.

Considera, primeramente, cómo Cristo, viviendo en carne mortal, hizo con los hombres oficio de médico, dando vista á los ciegos, salud á los enfermos y vida á los muertos, y esto no con medicinas corporales, sino con sola su palabra ó tocándolos con la mano ó con su vestidura; y de la misma manera sanaba las enfermedades del alma, con la infinita virtud que de El salía para bien de todos. Luego ponderaré cómo se puso en este Sacramento para ser médico y medicina de cada uno de nosotros hasta el fin del mundo; porque con tocar su cuerpo y sangre mediante las especies sacramentales, sana las enfermedades espirituales del que le recibe, cura sus llagas, enfrena sus codicias y le da entera salud en el espíritu, y á veces también, si conviniere, se la dará en el cuerpo. Luego me miraré á mí mismo, ponderando la extrema necesidad que tengo de este soberano Médico por estar enfermo con graves y peligrosas enfermedades, contándoselas como lo hacen los enfermos, suplicándole que las cure con su divina presencia, pues para este fin me visita.

De este modo puedo también considerar, cómo Cristo N. S. hizo en esta vida mortal oficio de maestro. Y de esta manera le hace en

este Sacramento con el que le recibe; porque mientras está en el breve mundo del hombre, es también luz de ese mundo, y le alumbra interiormente, enseñándole dentro del corazón las verdades que están escritas en el Evangelio. Y mirando la necesidad que tengo de este divino Maestro, le diré con grande afecto: ¡Oh Maestro soberano, que vienes del cielo á enseñarme el camino de la perfección, destierra mis ignorancias y alumbra mis tinieblas, para que mi alma con tu presencia quede llena de tus verdades y virtudes!

Lo tercero, puedo también considerar cómo Cristo N. S. hizo oficio de Salvador y Redentor, sacando del poder y tiranía del demonio los cuerpos de muchos endemoniados, y las almas de muchos pecadores, dando su vida y sangre con terribles dolores y desprecios en precio de esta redención. Y de la misma manera hizo oficio de Pastor de su rebaño, cumpliendo todo lo que está á cargo de un buen pastor, hasta dar la vida por sus ovejas. Y los mismos oficios hace en este Sacramento; porque viene principalmente para aplicarnos el fruto de su copiosa redención, librándonos de la tiranía del demonio, de la esclavitud de la carne y de sus pasiones, y de la servidumbre de los vicios.

Y también hace oficio de pastor cuidando de cada alma como si fuera ella sola, apacentándola con su propio cuerpo y sangre. De suerte que, no solamente la oveja come de la mesa del Pastor, como dijo Natán á David, sino come de la misma carne de su Pastor; al contrario de los pastores de la tierra, que comen de las carnes de sus ovejas. Luego, mirándo-

me á mí mismo, ponderaré la servidumbre en que vivo, y los peligros grandes en que ando de perecer de hambre y de flaqueza, y de dar en manos de los lobos infernales; y con este sentimiento clamaré á mi Redentor y Pastor para que me favorezca, diciéndole: ¡Oh Redentor misericordioso y Pastor soberano, líbrame de las bocas de estos lobos y leones del infierno; y pues has puesto delante de mí esta mesa celestial contra los que me atribulan y persiguen, apaciéntame y fortifícame con ella de modo que alcance la victoria, y goce de la mesa que me tienes preparada en tu gloria!

Punto II

La sagrada Eucaristía memorial y suma de las virtudes de Cristo.

Considera cómo este divino Sacramento es memorial de las virtudes esclarecidas que Jesucristo N. S. ejercitó en la tierra, ejercitándolas también aquí; de suerte que como vino al mundo á darnos ejemplo de vida, y ponernos delante el dechado de virtudes que todos debíamos imitar, así también viene ahora en el Sacramento para darnos cada día nuevos ejemplos de estas mismas virtudes, especialmente de las que son más necesarias para nuestra salvación y perfección.

La primera es humildad, encubriendo su infinita grandeza y resplandor con una figura tan vil como es de pan y vino, de donde resulta que muchos lo desprecian y tratan como puro pan y puro vino. La segunda, es obediencia pronta y puntual al sacerdote que consagra, acudiendo luego que dice aquellas pala-

bras, aunque sea malo, y las diga con mala intención y para mal fin, y en cualquier lugar y hora que las dijere, sin réplica ni dilación alguna. La tercera, es mansedumbre y paciencia admirable en todas las injurias que se le hacen, así por los herejes é infieles, como por los pecadores que le reciben en pecado, ó por los descuidos de los sacerdotes tibios, sin que sea parte ninguna de estas cosas para que deje de estar en la hostia todo el tiempo que duran las especies sacramentales. La cuarta es, la caridad y misericordia con que viene al Sacramento, para ejercitar todas las obras de misericordia con todos los hombres, grandes y pequeños, sin aceptar personas, no mirando más que al bien de cada una de las almas, dándose todo á cada una en testimonio de que murió por cada una. La quinta es, perseverancia, así en permanecer en la hostia y cáliz hasta que se consuman las especies sacramentales, como también en cumplir todo lo dicho hasta el fin del mundo, sin que ningunos pecados sean poderosos para que deje de cumplir lo prometido.

En cada una de estas cinco virtudes se pueden hacer grandes consideraciones. Pero cuando fuere á comulgar he de pedírselas á nuestro Señor, poniendo los ojos de la fe en las cinco señales de las llagas que tiene allí su cuerpo glorificado, y diciéndole: «Dulcísimo Jesús, pues vienes á mi pobre morada con tus cinco llagas, por ellas te suplico me des estas cinco virtudes. Por las dos llagas de tus sagrados pies te pido humildad y mansedumbre; por las dos llagas de las manos, obediencia y perseverancia, y por la llaga del costado me llena

de tu encendida caridad, para que amándote y obedeciéndote con perseverancia, alcance la corona de la gloria.

Punto III

La sagrada Eucaristía memorial y suma de los beneficios de Cristo N. S.

Considera cómo este soberano Sacramento, en cuanto es señal de cosa sagrada, tiene una cosa especial sobre los demás sacramentos, que es ser señal y suma de los tres mayores beneficios que Dios ha hecho ni hará á los hombres: uno pasado, que es la redención; otro presente, que es la santificación, y otro futuro, que es la glorificación; todo lo cual representa con un modo singularísimo, asistiendo el mismo Cristo dentro del sacramento que lo significa, como consta de aquella antífona que canta la Iglesia: «¡Oh sagrado convite, en el cual se recibe Cristo, renuévase la memoria de su Pasión, el ánima se llena de gracia y se da en prendas de la futura gloria!»

Porque no sólo es señal y prenda de la gloria por encerrar en sí á Cristo S. N., Rey de la gloria, sino porque es medio eficacísimo para alcanzarla, pues no puede haber prenda más cierta para alcanzar un fin que el medio eficacísimo para alcanzarle. En efecto, lo necesario para alcanzar la gloria es perdón de las culpas pasadas, preservación de las futuras, sustento de la gracia recibida y perseverancia hasta la muerte. En todo esto tiene eminencia este sacramento, porque confirma el perdón de los pecados adquirido por la penitencia, admitiéndonos el mismo Rey, que

nos perdona, á su mesa en señal de habernos perdonado. También nos preserva de culpas, porque enfrena las pasiones de la carne, da fortaleza contra las tentaciones del demonio, previénenos contra todos los peligros del mundo y sustenta la vida de la gracia, como el manjar sustenta la vida del cuerpo, pero con tanta eficacia, que puede conservar el aumento que ha dado hasta la vida eterna. Todo lo cual se funda en la promesa de Cristo N. S., que dice: «Este es el Pan que bajó del cielo para que, si alguno comiere de él, nunca muera. Yo soy Pan vivo que bajó del cielo; si alguno comiere de este Pan, vivirá para siempre; y el que come mi carne y bebe mi sangre, tiene la vida eterna, y Yo le resucitaré en el día postrero». En las cuales palabras Cristo N. S. nos asegura que este divino Pan, con su virtud celestial nos libra de todo lo contrario á la vida eterna, porque nos libra de la muerte primera, que es la culpa, y de la muerte segunda del alma, que es la condenación, y á su tiempo nos librará de la muerte del cuerpo en la resurrección. Demás de esto nos concede todo lo que es vida eterna, porque nos da la vida de la gracia y la conserva hasta el fin, y después nos dará la vida de la gloria de que goza el alma, y al fin del mundo la vida gloriosa de que ha de gozar el cuerpo.

Coloquio.—¡Oh Médico misericordiosísimo! ¡Oh Redentor liberalísimo! ¡Oh Rey piadosísimo! ¡Oh Padre amantísimo! ¿Qué haré por tu servicio en recompensa de lo mucho que haces por mi provecho? ¿Cómo no amaré á quien tanto me ama? ¿Cómo no estimaré la gracia de mi santificación, pues el mismo Santificador viene en persona á comunicárme-

la? ¿Cómo no tendré hambre de tan soberano convite, pues el mismo Dios que me convida es el mismo manjar que tengo de comer para recibir con él la vida? Gracias te doy, Padre amantísimo, por esta merced tan soberana, y por ella te pido no sea corto en agradecerla, ni tibio en corresponder á ella.

Propósitos,—Procura ser alma de oración y de mortificación. Sin esas dos cualidades y la huída y odio de toda culpa venial deliberada, no puedes comulgar con frecuencia con las disposiciones debidas.

DÍA TERCERO

El santísimo Sacramento de la Eucaristía memorial de la Pasión y Muerte de Cristo N. S.

Preludios.—Mira á Cristo crucificado como estaba en el Calvario, dentro de la hostia consagrada, y pídele grande agradecimiento por este beneficio, que nos recuerda el beneficio de la Redención.

Punto I

De la bondad de Cristo N. S. en instituir este Sacramento en memoria de su Pasión.

Considera cómo deseando el Redentor que en su Iglesia hubiese perpetua memoria de su Pasión y muerte y del soberano beneficio que nos hizo en ella, instituyó para ello este sagrado convite, en que cada día nos da á comer y beber su cuerpo y sangre debajo de especies de pan y vino.

Sobre esta verdad de nuestra fe se han de considerar, primeramente, las causas porque quiso Cristo N. S. que, habiendo sido su Pasión y muerte afrentosa y dolorosa, la señal y memoria de ella fuese un convite lleno de dulzura y suavidad, pues parece que venía mejor

que la señal y memoria fuera algún sacramento en que derramáramos nuestra sangre, ó comiéramos alguna cosa amarga. Nada de esto quiso, sino que la memoria fuese en especies de pan y vino. Las causas principales fueron cuatro, todas llenas de suavidad.

La primera, para descubrirnos su infinita bondad y la caridad y amor que nos tiene como Padre, escogiendo para sí las cosas penosas y dando á nosotros las suaves en memoria de sus penas, y para aplicarnos el fruto y provecho que se nos sigue de ellas; porque propio es de padres tomar para sí lo trabajoso, y dar á sus hijos lo suave, y este espíritu quiere que tengamos todos sus hijos para con nuestros hermanos y prójimos. La segunda, para que por aquí viésemos el gusto con que padeció los trabajos de su Pasión en cuanto era en beneficio nuestro, y así quiere que su memoria sea en cosa de gusto y en banquete de regocijo, para que con más gusto nos acordemos de ella y se la agradezcamos. De suerte, que como el día de su Pasión fué para El día de desposorio con la Iglesia, así la memoria ha de ser convite de regocijo, como en las bodas se acostumbra. La tercera, para que viésemos la suavidad de su ley, de la cual había dicho que era carga ligera y yugo suave. La cuarta, para obligarnos con esto á que nosotros imitemos las cosas amargas y afrentosas de su Pasión, pues cuanto El se mostró más liberal en querer que su memoria fuese en convite lleno de tanta suavidad, tanto más nos obliga á que, á ley de agradecidos, nos acordemos de ella con cosas llenas de amargura, abrazando la penitencia, humillación y todo lo que es conforme

á Cristo crucificado y despreciado. ¡Oh Amado de mi corazón! ¿qué haré yo por Ti en recompensa de tan soberano beneficio y del amor tan excesivo que en él me muestras? Si te miro como Padre, eres amorosísimo; si como Redentor, eres dulcísimo; si como Legislador, eres suavísimo; por todas partes me coronas con misericordia y con innumerables obras que proceden de ella. Deseo por tu amor coronarme con innumerables espinas, pagando con trabajos tus tormentos, llenos de innumerables misericordias.

Punto II

Por qué quiso Cristo N. S. quedarse El mismo para ser memoria de su Pasión.

Considera las causas por qué quiso Cristo N. S. quedarse El mismo real y verdaderamente en este Sacramento, para ser memoria de su Pasión. La primera causa fué, para descubrirnos la estima grande que tiene de su Pasión, queriendo El mismo ser el memorial de ella, para obligarnos á tener grandísima estima y continua memoria de este beneficio, agradeciéndoselo mucho, pues Cristo se hace despertador de la memoria contra nuestro olvido, y del agradecimiento contra nuestra ingratitud.

La segunda causa fué, para descubrirnos más su infinita caridad y el deseo inmenso que tiene de padecer por nuestro bien, porque cada vez que se dice misa, como el mismo Cristo hace representación de su Pasión y muerte, así está dispuesto por nuestro amor á padecer y morir real y verdaderamente, si

fuera menester para nuestro provecho; pero como esto no es necesario ni conveniente, gusta de padecer y morir, siquiera con la representación. Con lo cual, nos obliga á que nosotros mismos, real y verdaderamente procuremos tomar parte en su Pasión y muerte, así por su amor como por el bien de nuestros hermanos.

La tercera causa fué, para suplir con su presencia la falta de agradecimiento que tienen los hombres, no sólo por el beneficio de su redención, sino por los demás beneficios que han recibido de Dios, los cuales por ser infinitos no pueden ser agradecidos bastantemente por pura criatura; y así El mismo quiere por su persona en este Sacramento ser el que agradece por nosotros todos estos beneficios. De donde vino á llamarse este Sacramento, Eucaristía, que quiere decir acción de gracias. ¡Oh Dios de amor! ¿qué es lo que haces? ¡Oh Bienhechor infinito! ¿qué es lo que ordenas? Si para agradecerte los beneficios recibidos me haces de nuevo otro tan grande como todos ellos, ¿con qué tengo de agradecer este nuevo beneficio? Alábate, Señor, Tú mismo á Ti mismo por este y por todos los demás, y este mismo beneficio te alabe por sí y por los otros, pues tu obra es confesión y engrandecimiento, dándote por manjar á los que te temen; y pues yo no puedo darte cosa nueva por las grandes mercedes que me has hecho, recibiré este cáliz de mi salud, alabando y glorificando tu santo nombre.

Punto III

Por qué quiso Cristo N. S. quedar en especies de pan y vino.

Considera las causas por qué quiso Cristo N. S. quedarse en especies de pan y vino para ser memorial de su Pasión, pues sin duda tienen con ella alguna semejanza.

La primera, fué para significar que así como en este Sacramento se junta Cristo con pan hecho de granos de trigo despedazados y molidos, y con vino hecho de granos de uva pisados y estrujados, así en su Pasión fué su cuerpo sacratísimo atormentado y molido con azotes, espinas y clavos, y también fué pisado con graves ignominias y estrujado hasta sacarle toda la sangre, y dejarle exprimido como uva en el lagar. Y así con la presencia de estas especies de pan y vino quiere que nos acordemos de los dolores y afrentas que representaban, y que como comemos el pan y bebemos el vino, así comamos y bebamos é incorporemos con nosotros las penas de su Pasión y muerte. Y en especial hemos de quebrantar y moler nuestro corazón con la contrición de nuestros pecados, y castigar nuestra carne con penitencias, y gustar de ser despreciados por imitarle.

Pero más adelante pasa la caridad de este Señor, porque en el bautismo el bautizado representa, como dice San Pablo, la muerte y sepultura de Cristo, cuando es sumido debajo de las aguas, como El fué sumido debajo de las olas de sus trabajos y aflicciones y colocado en el sepulcro debajo de una grande lo-

sa. Pero en este Sacramento el mismo Cristo representa su muerte y sepultura cuando es comido y puesto dentro del pecho en memoria de que fué desmenuzado por sus perseguidores y tragado de la muerte y puesto en una sepultura. Y á todo esto asiste el mismo Señor para que se haga con reverencia y espíritu, comunicando los frutos de su pasión y muerte al que dignamente le recibe.

Coloquio.—¡Oh alma mía, acuérdate cuando comulgas que eres sepulcro del mismo Jesucristo, recibiéndole dentro de ti, vivo en sí mismo, pero muerto en la representación! Mira que su sepulcro fué glorioso, nuevo y cavado en piedra, para que entiendas que también tú has de ser gloriosa por las virtudes, nueva por la renovación del espíritu y fundada en la imitación de la piedra viva que es Cristo. ¡Oh Cristo dulcísimo, santificad este sepulcro en que ahora entráis, para que mientras estéis en él sea digna morada vuestra! Y como en vuestro sepulcro ningún otro fué jamás sepultado, así en éste no entre de aquí adelante cosa que os desagrade, ni criatura que le profane, conservándole siempre nuevo y puro para vuestra gloria por todos los siglos.

Propósitos.—Huye de las comuniones tibias y rutinarias que tanto enfrían el corazón y tantísimo daño hacen á la piedad.

DÍA CUARTO

Amor que nos manifestó Jesucristo en la institución de la Eucaristía.

Preludios.—Oye en tu corazón la voz dulcísima de Jesús que te dice como á sus discípulos en la última cena: "*Toma y come, este es mi cuerpo*„, y pídele saber corresponder con amor y darte por amor al que sólo por amor se da á ti de manera tan admirable y divina.

Punto I

Ternura de este amor.

Considera que jamás un padre se muestra tan tierno y apasionado para con sus hijos

como en los últimos instantes de su vida, cuando los ve en torno de su lecho y piensa que muy luego ha de dejarlos en abandono sin esperanza de volverlos á ver sobre la tierra. Entonces con todo el aliento de un corazón moribundo y con el alma en los labios, tendiéndoles los brazos débiles y desmayados y mirándolos con un amor entrañable, hijos míos, les dice, dadme el último abrazo, venid al corazón de vuestro padre; y uno por uno los va estrechando contra su pecho, imprimiendo tiernos ósculos en sus mejillas, mezclando con sus lágrimas las suyas, y los bendice y les hace los últimos encargos; mandando en seguida que le traigan aquellas alhajas de más precio y estima, hijos, vuelve á decir, yo me muero, hijos míos; tomad, pues, estos recuerdos y acordaos de mí: cuando haya muerto, acordaos del amor que os he tenido.

No de otra suerte quiso portarse con nosotros Jesucristo, nuestro verdadero padre, y padre tan amante que otro como él no lo ha habido en la tierra, ni lo habrá en todos los siglos. Aunque en todo el tiempo de su vida mortal nos hubiese amado ardientemente y dádonos mil pruebas de su amor inmenso, pero cuando se hubo acercado al término de sus días, quiso darnos el testimonio más luminoso de lo mucho que nos amaba.

En aquella memorable y última noche de su vida mortal reunió en su derredor á sus discípulos, y les dijo con un corazón amante y apasionado: He aquí llegada la hora, amados mios, la hora en que he de dejaros y volver á mi Padre... Pero no temáis, ni se turben vuestros corazones, porque además de otro abogado que

os enviaré, que es el Espíritu de verdad, el cual estará siempre con vosotros, y os enseñará lo que aún no estáis en estado de entender, Yo mismo no os dejaré huérfanos, sino estaré con vosotros y con aquellos que después de vosotros crean en mí hasta la consumación de los siglos. Acordaos de lo que tantas veces os he dicho predicando á las turbas y á vosotros, que os daría á comer un pan bajado del cielo, el cual, muy distinto del maná de que se alimentaron vuestros padres y murieron, preservaría de la muerte eterna á cualquiera que de él comiese. Ahora es, pues, llegado el tiempo de que Yo cumpla mis promesas y os dé una insigne prenda de amor. Tomad, pues, tomad, este es mi cuerpo; tomad, esta es mi sangre; tomad, comedlo y bebedla, y hacedlo en memoria de mí. Pero mi ternura para con los hombres no me permite el que tan grande regalo quede circunscrito á vosotros; quiero que en él tengan parte cuantos se declaren por discípulos míos en todos los siglos venideros. Por tanto, os creo sacerdotes y os confiero facultad de crear otros muchos, para que en memoria de mí se haga hasta el fin de los siglos cuanto yo he hecho ahora. Así quedará satisfecho mi corazón, cuya delicia es el estar con los hijos de los hombres.

¡Ah! ¡Qué prodigio de amor! ¡Aquel Dios tan poderoso que tiene el cielo por trono, la tierra por escabel, los ejércitos de los ángeles por ministros y las estrellas del cielo por corona! Ese mismo Dios está en medio de nosotros. Día y noche está sobre nuestros altares. El se ha hecho nuestro sustento, y en nuestra mano está comerlo todos los días. ¡Oh dignación

inaudita! ¡Oh amor incomprensible! ¡Ah, Dios mío, Dios mío! ¿Y qué es el hombre para que lo améis tan entrañablemente hasta darle todo vuestro corazón, como si no pudieseis ser feliz sin el hombre? ¡Y si al menos hubiese algo bueno en nosotros! ¿Pero qué somos sino polvo y ceniza, gusanos y podredumbre? ¡Ah, si al menos fuesen nuestras almas fieles á vuestro amor y gratas á vuestro hermoso corazón! ¡Mas, ay, que en la mayor parte no veis sino infidelidad, ingratitud, y vuestro amor pagado con un odio cruelísimo ó una fría indiferencia.

Ama á quien tanto te ama. Empéñate, te diré con las palabras de un Santo, en que crezca siempre tu caridad para con el Amado, esa caridad fuerte hasta la muerte, y de tal modo fuerte, que te separe de todas las criaturas, te haga superior á todos los respetos humanos, á todo lo que se estima en el mundo, á tus apetitos y á ti mismo, para que no haya cosa que te impida vivir todo para el Amado con el pensamiento, con el deseo y con el afecto.

Punto II

Grandeza de este amor.

Considera con San Agustín la grandeza del don que Jesucristo nos hizo en la Santísima Eucaristía. Sentíase el Santo tan arrebatado con este pensamiento, que nos dejó escrita aquella célebre sentencia de que Dios con tal don agotó, por decirlo así, sus inmensas perfecciones. Dios, dice el santo Doctor, es poderosísimo, y puede hacer lo que le plazca en

el cielo, en la tierra, en el mar y hasta en los abismos; y podría crear mil mundos con infinita mayor perfección de belleza. Y no obstante toda su omnipotencia, no puede darnos don más precioso que el de la Eucaristía. Dios es sapientísimo, y su sabiduría no tiene medida, límite ni número, y no obstante toda su sabiduría, no sabe darnos cosa más excelente que la Santísima Eucaristía. Dios, finalmente, es riquísimo, y sus tesoros son infinitos, y á pesar de todas sus riquezas, no tiene joya más preciosa y estimable que regalarnos. ¿Y qué mayor tesoro puede recibir ó desear un alma que el Santísimo Cuerpo de Jesucristo?

Santa María Magdalena de Pazzis solía decir que un alma después de haber comulgado, puede asegurar con sobrada razón que todo está consumado. *Consummatum est*. Habiéndoseme dado Dios enteramente á mí en esta comunión, su amor ha hecho conmigo los últimos esfuerzos, de modo que ya no tiene más que darme. Pondera, pues, la grandeza de este don. ¡Ah! si la fe no nos lo asegurase, ¿quién llegaría á creerlo? ¿Quién se hubiera atrevido á pedirlo á Jesús, si El no nos lo hubiese dado voluntariamente? ¿Quién le hubiera dicho: Señor, si queréis darnos á conocer el amor que nos tenéis, poneos bajo las especies de pan y vino para que podamos comer vuestra carne y beber vuestra sangre? ¿Y no parece locura el que Jesucristo nos diga como dijo en aquella noche feliz: hombres, para que veáis cuánto os amo, quiero que vengáis á alimentaros con mi carne y á beber mi propia sangre? Baste decir que cuando Jesucristo hizo tan gran promesa, algunos discípulos que le escuchaban,

dijeron murmurando que éste era un lenguaje muy duro, que no podían ni creer ni oir, por lo cual llegaron hasta á separarse de El. Pues aquello mismo que los hombres ni siquiera podían imaginar, lo ha pensado y ejecutado el inefable amor de Jesucristo.

Dice el Apóstol San Pablo que el Señor, con hacerse hombre, puso en claro hasta dónde llegaba su benignidad; pero con darse en manjar á nuestras almas nos hizo ver hasta dónde llegaba la ternura con que nos ama. ¿Y qué mayor prenda de su amor podía darnos de la que nos da en el divino Sacramento? En él nos da todo su cuerpo, toda su sangre, su alma y su divinidad. Nos da su humanidad sacrosanta con todos los méritos de su vida mortal, y su divinidad con todos los tesoros de su sabiduría, poder y bondad infinita. En suma, dice San Juan Crisóstomo, dándosenos Jesucristo en la Santísima Eucaristía, nos da todo lo que tiene de más hermoso y más rico, sin reservarse nada. ¡Oh amor infinito de Dios para con el hombre! ¡Oh caridad infinita de Jesús para con nuestras almas!

Razón tenía el Señor cuando, habiéndosele pedido en la bodas de Caná que convirtiese el agua en vino, respondió que todavía no era llegada su hora: *Nondum venit hora mea.* Llegó su hora cuando en la última cena no convirtió el agua en vino, sino el vino en sangre y sangre propia, con una transformación que hasta entonces fué inaudita para toda inteligencia creada. Esta es aquella hora que él había deseado tanto desde el principio, para depositar en nuestro seno, juntamente con su carne divinísima, todas las riquezas que su

Eterno Padre había puesto en sus manos con el fin de que enteramente quedásemos penetrados del exceso de amor que por nosotros ardía en su generoso corazón. Tanto fué lo que nos dió entonces, que si un alma aún le pidiese más en esta vida mortal, parece que se vería obligado á responderle: habiéndote dado mi cuerpo bajo las especies de pan y mi sangre bajo las especies de vino, ¿qué más puedo ya darte? No hay mayor don en los inexhaustos erarios de mi infinita beneficencia y mi poder inmenso, como que se ha agotado y no tiene que dar sobre la tierra una cosa de mayor precio.

Punto III

Exceso de este amor.

Considera que, hablando el profeta David del Santísimo Sacramento, dijo que el Señor ha en él compendiado las obras más prodigiosas de su infinita caridad. Para quedar convencidos de esto nos basta recorrer brevemente las muchas maravillas que Dios ha obrado en nuestro favor. Contempla el poderío de Dios, que con un solo acento saca de la nada tantos séres maravillosos. Pues aún es mayor el que ejercita muchas veces al día en el Sacramento Eucarístico, donde con un prodigio de todo punto inaudito se da á sí mismo un sér sacramental para hacerse nuestro alimento y bebida. Otra maravilla obrada por Dios en favor nuestro fué la de habernos dado su propia imagen, por la cual nos distinguimos de los brutos y participamos de la naturaleza divina. Pero aun ésta es muy inferior á la que El

obra en el Santísimo Sacramento, en el cual no sólo nos da su imagen, sino también á sí mismo en cuerpo, alma y divinidad. Finalmente, es gran maravilla en el orden de la naturaleza la conservación de nuestra vida temporal, que con razón puede llamarse una creación continua, pues si por un solo instante Dios apartase de nosotros su próvida mano, al momento volveríamos á la nada de que salimos. ¿Pero qué tiene que hacer esta maravilla con la que obra el Santísimo Sacramento, pues con él nos conserva, no ya la vida temporal, miserable y caduca, sino la espiritual, que tanto le aventaja en excelencia cuanto el cielo á la tierra y el alma al cuerpo? El manjar eucarístico tiene tal virtud, que cuando entra en nuestras almas las alimenta y las conforta para vivir en la misma vida de Dios.

Desde el orden natural levanta el pensamiento á un orden de cosas más elevadas, y que obró Dios por amor nuestro. Por nuestro amor se encarnó en el seno virginal de María Santísima y se abatió hasta el extremo de tomar forma de hombre, apareciendo en la tierra vestido de nuestra carne y conversando con nosotros. Es tan grande esta maravilla, que aun en el cielo llenó de asombro á los más encumbrados serafines. Pues otro tanto hace el Señor á cada instante en el Sacramento Eucarístico, donde, como dice San Agustín, se encarna en las manos de los Sacerdotes cuando consagran, y se abate hasta el extremo de tomar, no ya forma de hombre, sino la apariencia de pan, y de esconder su misma humanidad debajo de aquel velo.

Considera además cómo habiéndose encar-

nado el Hijo de Dios por nosotros, se hizo todo para todos. Para acomodarse á la condición de los pobres, nació pobre en un establo; para acomodarse á la de los grandes, escogió una madre de estirpe real; para granjearse el cariño de las clases más humildes, se hizo adorar en la cuna por los pastores; para atraerse á los ricos, llamó desde Oriente reyes que le ofreciesen dones riquísimos. El fué con los peregrinos fugitivo á Egipto, con los artesanos sudó trabajando en un taller, con los sabios disputó en medio de los doctores. Sin duda fué gran maravilla ver á la eterna Sabiduría del Padre empeñada en tomar mil formas para cautivarse el amor de los hombres y hacerse todo para todos. Mayor es, sin embargo, la maravilla que obra en el Sacramento Eucarístico, donde no por algún tiempo, ni solamente á algunas personas, sino hasta la consumación de los siglos, y á los fieles de toda condición se da todo El y se hace todo para todos para prenderlos á todos en las redes de su amor. En todas partes se halla, en todas partes se hace encontradizo, en el pueblecillo más despreciable, en la capillita más pobre, en todos los santuarios en donde está prisionero de amor. Desde allí se deja llevar á las cabañas más miserables, á los hospitales más fétidos, á los calabozos más obscuros. A nadie le está prohibido acercársele y tratarle con la franqueza y cordialidad con que se habla al amigo más entrañable. El grande y el pequeñuelo, el esclavo y el amo, el pobre y el rico, todos tienen el mismo derecho, y todos están convidados á su divino banquete.

Por último, Jesucristo, después de haber

gastado toda su vida en derramar á raudales sus beneficios y en padecer penas atrocísimas por nuestro amor, la sacrificó muriendo en el infame madero de la cruz. Tan grande fué este espectáculo, que mientras sucedía, tembló la tierra, se obscureció el cielo, y el infierno rugió despavorido. Pues este mismo espectáculo se repite en la Eucaristía, donde Jesucristo renueva sobre el altar el sacrificio que hizo de sí mismo sobre el Calvario. Y entre las obras maravillosas que al Señor plugo hacer por nuestro amor, descuella la de haberse hecho El mismo nuestra eterna merced y recompensa, si le servimos con fidelidad. No hay duda que es una insigne prenda de esta merced el Sacramento Eucarístico que recibimos cuando nos acercamos á la sagrada mesa con la debida preparación. El mismo nos lo asegura: El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene la vida eterna. Habla así el Señor por la seguridad que tenemos de la vida eterna comiendo su cuerpo y bebiendo su sangre con las debidas disposiciones, porque así como el que tiene en la mano la prenda, está seguro del capital por cuyo resguardo se ha dado aquélla, así el que recibe el Santísimo Sacramento (siempre que no haya alguna falta por su parte) está seguro de la vida eterna, de la cual se le ha dejado una prenda divina en el Santísimo Sacramento.

¿Cómo es posible que no cautive nuestros corazones tanto exceso de amor en nuestro Dios? ¿Tenemos corazón para no amar á quien tanto nos ama? ¡Amémosle; pero amémosle de veras! El amor le ha obligado á darse todo á nosotros; el amor nos obligue á consagrarnos

á El tan absolutamente, que de hoy en adelante ya no vivamos para el mundo ni para sus vanidades, sino sólo para El.

Coloquio.—¡Oh Jesús mío! ¡Cuán cierto es que, habiendo Vos amado á los hombres, los habéis amado particularmente al fin de vuestra vida, instituyendo este divino Sacramento! Conozco, oh Dios mío, vuestra suma amabilidad, y, por tanto, tengo un vehemente deseo de amaros y de complaceros; mas no tengo fuerza para ello si Vos mismo no me ayudáis. Conozca toda la tierra vuestro poder soberano y vuestra inmensa bondad. Si hasta ahora os he sido rebelde, haced que de hoy en adelante viva encendido en vuestro amor. Suplid todo lo que falta en mí para que llegue á amaros mucho, al menos á amaros tanto cuanto os he ofendido. Os amo, dulce Jesús, os amo sobre todas las cosas, os amo más que á mi vida. Dulce Jesús, antes que entréis en mi corazón, cerrad su puerta para que no entre en él criatura alguna á participar del amor que sólo á Vos se debe, y que yo quiero que sea sólo para Vos.

Propósitos.—Visitar diariamente el Santísimo siempre que tus deberes te lo permitan.

DÍA QUINTO

La Sagrada Eucaristía es la vida de nuestra alma.

Preludios.—Mira la Sagrada Eucaristía como un árbol puesto por Dios en el paraíso de la Iglesia, y cuyos frutos sirven para darnos vida, fortaleza y consuelo, y pide á N. S. saberte aprovechar de medio tan maravilloso para no morir jamás la muerte del pecado.

Punto I

La Sagrada Eucaristía conserva la vida del alma.

Considera que, según dice el Concilio de Trento, Jesucristo ha querido que lo recibamos en la Sagrada Eucaristía como manjar

que alimenta nuestras almas, y las conforta para vivir de su misma vida, y esto por dos razones: La primera, porque la Sagrada Eucaristía preserva al alma del pecado mortal, que es la verdadera muerte. En efecto: el Salvador instituyó el augustísimo Sacramento de la Eucaristía, que realmente contiene su carne y su sangre, á fin de que quien la coma viva eternamente. Y así cualquiera que con frecuencia lo reciba devotamente, de tal modo vigoriza su salud y la vida de su alma, que es casi imposible que sea envenenado por ninguna especie de pasión insana. Quien se nutre bien de esta carne de vida, no puede vivir de los afectos de muerte. De aquí es que, así como los hombres permaneciendo en el paraíso terrenal pudieron haberse librado de la muerte del cuerpo en virtud de aquel fruto de vida que Dios allí les puso, así pueden evitar la muerte del alma por la virtud de este Sacramento de vida.

La otra razón por la cual la Sagrada Eucaristía conserva y sustenta la vida del alma para que no perezca, es porque la aleja del pecado venial, que es la disposición más próxima para esta funestísima muerte del alma, según doctrina del Concilio de Trento, que á la Sagrada Eucaristía llama antídoto, con el cual nos preservamos del pecado mortal, y remedio con el cual nos libramos del venial. Por esto dice San Cirilo Alejandrino que la Sagrada Comunión no sólo arroja del alma la muerte, sino también todas sus enfermedades, porque en realidad los pecados veniales no son muerte, sino enfermedades del alma que la hacen lánguida, débil y dispuesta á morir,

Deplora aquí la ceguera de tantos cristianos, que poco ó ningún caso hacen de este manjar espiritual, mientras casi todo el día están pensando en lo que han de comer para conservar la caduca y miserable vida de sus cuerpos. ¡Infelices! ¡Algún día echarán de ver su gran ceguedad, y quiera el cielo que no sea demasiado tarde, cuando ya no sea tiempo de remediarla!

Punto II

La Sagrada Eucaristía aumenta y fortalece la vida del alma.

Considera que la Eucaristía, además de conservar la vida del alma, también la acrece y aumenta maravillosamente. Así como en nuestro cuerpo con la fatiga y ocupaciones exteriores va menguando el calor natural, de tal modo que poco á poco se acabaría la vida si no se reparase con la nutrición, asimismo en nuestra alma con las muchas distracciones que se nos ofrecen al día, se va resfriando el calor de la caridad, se van desmayando los sentimientos de devoción, el espíritu se va disipando insensiblemente, de manera que sin duda alguna nos perderíamos cayendo desmayados en un abismo espantoso, si para tales pérdidas no tuviéramos un remedio tan eficaz y divino. Mas demos gracias á Dios, que nos ha provisto de este maná celestial, que recoge el espíritu disipado y enciende los afectos entibiados, renueva el fervor de la caridad y da á la vida del alma más fortaleza y vigor para correr por las sendas de la perfección. ¡Cuánta es, pues, la bondad de nuestro

amoroso Señor al proveernos de un manjar tan provechoso á nuestras almas!

Considera además que la vida espiritual del alma consiste en la gracia santificante, por la cual participamos del sér de Dios y comenzamos á vivir en el orden sobrenatural una vida divina. Ahora bien, esta gracia se confiere á quien está privado de ella, primeramente, según nos lo enseña la fe, en el sacramento del bautismo y de la penitencia, no haciendo más que aumentarse en los demás sacramentos, para los cuales ya debe el alma estar en posesión de tan precioso tesoro. Pero en ningún otro sacramento se aumenta tanto como en la Sagrada Eucaristía, porque Jesucristo viene en persona á dárnosla; por lo cual es menester que nos la dé en mayor abundancia, así como un monarca que con su propia mano da limosna, preciso es que la dé más copiosa y espléndida que cuando la distribuye por mano de sus ministros. Por eso Santo Tomás escribe que el bautismo es el principio de la vida espiritual de nuestra alma, y la Sagrada Eucaristía su complemento. ¡Oh cuán precioso tesoro es la Sagrada Eucaristía, pues tamaño bien proporciona á nuestras almas! Pero ¡ay del que la mira con indiferencia, porque morirá espiritualmente, con un género de muerte que sea un funesto presagio de la muerte eterna en que gimen envueltos los míseros condenados!

Considera además que la Eucaristía es un arma poderosísima para combatir y avasallar nuestras pasiones juntamente con sus desordenados movimientos y afectos. Dice San Cirilo Alejandrino que morando Jesucristo en nosotros, extingue el fuego de nuestra concupis-

cencia, calma las desarregladas inclinaciones de nuestra carne y consolida la piedad. Y examinando este punto el angélico doctor Santo Tomás, afirma que aun cuando la Eucaristía no se haya hecho expresamente para disminuir y apagar el fomes de la concupiscencia, sin embargo, lo disminuye y apaga, encendiendo el fervor, despertando la devoción y acrecentando el ardor de la caridad.

Figúrate un caminante que, abrasado por una sed devoradora, ve una fuente de agua muy cristalina; á ella corre ansioso, y bebe ávidamente y refrigera sus secos labios en la frescura del agua y se regala con ella, se anima y templa sus internos ardores. Esta es una imagen de lo que sucede á los que con frecuencia y dignamente se acercan á la Sagrada Eucaristía. Llegándose á menudo á aquella fuente de vida que reside en el Sacramento, y bebiendo las aguas purísimas de la gracia, poco á poco se entibia el ardor de sus pasiones, se apaga el fuego de sus desordenados deseos y toman sus afectos el camino del cielo.

Entra en ti mismo y haz detenido examen de las pasiones de tu corazón. Si aún son vehementes y te subyugan con fiereza, di que hasta ahora no te has aprovechado de la Eucaristía, y que en adelante necesitas sacar más fruto de ella acercándote con frecuencia á recibirla dignamente. ¡Ay de ti si te alejares de este Sacramento! Tus pasiones, en viéndose libres de este freno, te dominarán y te arrastrarán al precipicio.

Considera también que la Sagrada Eucaristía es un arma muy poderosa para vencer al

mundo con todas sus vanidades. ¿De dónde crees que naciese en los primeros cristianos aquella heroica fortaleza con que desafiaban intrépidos la ferocidad de los tiranos, la crueldad de los verdugos? De que recibían con frecuencia la divina Eucaristía. De aquí tomaba incremento y ardiente vuelo aquella caridad que de todos ellos hacía un solo corazón y una sola alma; de aquí aquella modestia que adornaba sus costumbres; de aquí aquella santidad que era el asombro de los mismos infieles. Estimaban tanto la comunión en las persecuciones, que como refiere San Cipriano, nadie se creía dispuesto á sufrir el martirio si la Iglesia no le había armado con aquel pan de fortaleza. Nada alentaba tanto á los confesores de la fe á sufrir con invicta valentía la crueldad de los tiranos como el armarse con este pan eucarístico.

En suma: la Sagrada Eucaristía es el alimento de los grandes y el pan prodigioso, que robustece admirablemente el corazón del hombre para resistir cualquier asalto de sus enemigos. Acuérdate del cordero pascual que Dios mandó comer al pueblo hebreo para prepararse al viaje á la tierra prometida, en que había de luchar con enemigos muy fieros. Ahora bien, era éste figura del Cordero divino, que por nuestro amor continuamente se sacrifica á su Eterno Padre. Quien se alimenta de sus carnes inmaculadas y bebe su preciosa sangre, adquiere vigor y fuerza para continuar su peregrinación á la tierra prometida del cielo, peleando valerosamente y sojuzgando á todos los enemigos que se le oponen en el camino.

Si sientes languidez y debilidad en la práctica de las virtudes y en la lucha con tus enemigos, atribúyete á ti mismo toda la culpa y di: árido, frío y helado se ha puesto mi corazón, por haber descuidado fortalecerme con la Sagrada Eucaristía, que enciende, inflama, abrasa y vivifica.

Punto III

La Sagrada Eucaristía, riquísima fuente de consuelo para los hombres.

Considera aquellas palabras del Redentor: «Venid á mí todos los que gemís bajo el peso de la tribulación, y yo os daré aliento y consuelo». Estas palabras de ternura dirigía el divino Redentor á todos los afligidos de su tiempo, movido por su vivísimo deseo de enjugar sus dolorosas lágrimas y derramar en sus corazones el bálsamo de la paz y del consuelo. Y ¡oh cuán bien correspondieron sus hechos á sus palabras! ¿Se le acercó algún desdichado que no volviese á su casa con la gracia que solicitaba? Los hambrientos, los ciegos, los pecadores, todos los desventurados de cualquier género que fuese su dolencia ó su desgracia, todos hallaron en Jesús solaz y remedio para sus males. Hasta los que no lo conocían gustaban conversando con él una dulzura, que deliciosamente les embriagaba.

Este mismo oficio dulcísimo de consolador de las almas ejercita Jesús en el Sacramento de su amor. En él dispone para sus amantes un convite de inefable suavidad y dulzura, que es mantenimiento y delicia de la vida espiritual.

Esa es la verdadera fuente del consuelo y de la alegría, á la cual debes recurrir siempre. Mientras seas morador de esta mansión de infortunio, no te faltarán cuitas y tribulaciones; no en vano nos dice el Salvador que tomemos nuestra cruz si deseamos seguirle. Aprende, pues, á buscar á Jesús sacramentado á ejemplo de tantas almas desoladas, que en mayores tribulaciones acudieron á El y hallaron en su divino Corazón una paz celestial. ¡Ah! el llorar con Jesús es tan dulce, que en su comparación son nada todas delicias de la tierra.

Grande es y lastimosa la ceguedad de los hombres, que en vez de buscar el consuelo de sus penas en el amor inefable de Jesús sacramentado, pretenden hallarlo en diversiones y vanidades. ¡Infelices! ¿No saben por experiencia que son falaces las consolaciones del siglo, y que en vez de librar de su angustia al corazón afligido, lo oprimen más y más? Respiren enhorabuena el aire libre de campiña amena, deleiten el oído con la suavidad de la música más armoniosa, y la vista con la variedad de los teatros, pasen las horas ó entre la ruidosa alegría de los convites ó entre las festivas bromas de los amigos, ¿desaparecerá con esto el tormento interior que los devora? ¿Recobrarán por esto la paz del alma? Al menos, ¿tendrán consuelo? Los placeres que el mundo proporciona á los suyos, no son para consolar verdaderamente los corazones. En medio de las mesas más alegres, de los viajes más deliciosos, de las escenas más hermosas, de los juegos más divertidos se esconde la tristeza, que interiormente los consume. Sólo Dios pue-

de sacarlos de su angustia y volverles la paz, porque sólo El es centro de nuestros corazones y el Dios de toda consolación.

Coloquio.—Jesús mío dulcísimo, Vos sois la luz candidísima y yo soy como el centro de obscurísimas tinieblas. ¿Pues qué unión puede entablarse entre nosotros? ¿Cómo me atreveré á acercarme temerariamente al altar para recibiros en mi alma? ¡Ah benignísimo Redentor mío! Avergüénzome de venir al celestial banquete á vista de mi suma indignidad; pero me anima y dulcemente me impele á recibiros el saber cuánta es vuestra bondad y misericordia. Sí, Dios mío; vuestra benignidad es tal, que, aunque rodeado de gravísimas miserias y atormentado por tentaciones vehementes, me acerco á Vos para que me socorráis con la grandeza propia de vuestro generoso corazón. Tal es mi confianza en vuestra bondad, que creería ofenderos alejándome de Vos. Cuanta mayor es mi indignidad, tanto mayor será la gloria de vuestra misericordia si me admitís á la participación de aquel pan eucarístico, con el cual espero hallar remedio á mis enfermedades y fortaleza y vida y consuelo para mi alma.

Propósitos.—No comulgar nunca sin la debida preparación y sin dar despacio gracias por tan inmenso beneficio.

DIA SEXTO

De la humildad de Jesucristo en la Sagrada Eucaristía.

Preludios.—Oye en tu interior la voz dulcísima de Jesús que te dice desde el Sagrario: "Aprende de mí á ser manso y humilde de corazón„ y pide á N. S. no hacerte sordo con tu soberbia á las divinas lecciones que te da Jesús desde las infinitas humillaciones de este augusto sacramento.

Punto I

Infinita humildad de Jesucristo en la Eucaristía.

Considera que Jesucristo en este divino Sacramento aparece sin majestad alguna, é ima-

ginándote lo mejor que puedas la que le rodea en el cielo, advierte la infinita diferencia de uno y otro estado. Contempla su abatimiento. Oculta cuanto puede acarrearle honra. ¿Qué señales ves allí de su Divinidad? ¿Quién diría que es el mismo que rige y gobierna los cielos, las estrellas, el sol, los ángeles, los hombres y todo el universo? ¿Dónde están los esplendores, la majestad, la gloria? ¿Qué indicio se trasluce de aquella omnipotencia que hizo los cielos? ¿De aquella sabiduría que los gobierna? ¿De aquella soberanía que domina en la tierra, en los cielos y en los abismos? ¿Podría esconderse más, si temiese ser honrado en este Sacramento, como su Divinidad lo exige? Antes bien, ¿pudiera abatirse más si efectivamente desease ser olvidado y menospreciado? ¡Oh ejemplo de la más profunda humildad de corazón! ¡Y no lo hace por necesidad! Su corazón es quien libre y voluntáriamente ha buscado tanta humillación. ¡Oh pecho generoso y verdaderamente apasionado de la humildad!

Y tú, ¿qué aprecio haces de tan hermosa virtud? Examina las palabras y los actos de humildad de que acaso tú te vanaglorias; ¿son tan voluntarios, amorosos y sinceros como los de Jesús? ¿Te es tan indiferente que se te mire con amor ó con desprecio como lo es al Corazón de Jesús en el Santísimo Sacramento? ¿Dejas tu honor al arbitrio ajeno como El? Aquella delicadeza con que te resientes por el más leve desprecio, aquel celo quisquilloso con que miras todo lo tocante á tu reputación y amor propio, están diciendo que tu humildad no es sincera. El sufrir con paciencia humillaciones y oprobios es, según San Francisco

de Sales, la piedra de toque de la humildad y de la verdadera virtud; porque en esto puede hallarse la mayor semejanza con Jesús, que es el verdadero modelo de toda virtud verdadera. Y Santa Juana Francisca, amaestrada en tal escuela, escribe que el verdadero humilde, cuando es humillado, se humilla más, y cuanes menospreciado se goza en el menosprecio; destinado á oficios bajos y humildes, se tiene por más honrado de lo que merece y los desempeña con gusto; sólo huye y aborrece los empleos sublimes y honoríficos.

Punto II

Gloria de esta humildad en la Eucaristía.

Considera qué es lo que hace resaltar la profunda humildad de Jesucristo en este adorable Sacramento. Un corazón menos amante de la humildad que el suyo, acaso hubiera creído que para la mayor gloria de Dios y el mayor bien de las almas convenía no abatirse tanto sobre los altares y darse á conocer algo á los hombres de una manera sensible. El Dios sacramentado sería más fácilmente reconocido y respetado, si al menos de cuando en cuando dejase traslucir algún indicio claro de su escondida majestad. ¿Qué corazón resistiría á un breve y fugitivo resplandor de la bondad divinamente suave de esta adorable humanidad? Pero no pensó de esta suerte el Corazón de Jesús, creyendo su infinita sabiduría que era mayor gloria suya y mayor bien nuestro el darnos en la Sagrada Eucaristía un inaudito ejemplo de humildad.

Jesús ha encontrado en tu corazón tu amor

propio, tu orgullo y tu soberbia, declarándolos enemigos suyos y tuyos. Jesús, por darte con su ejemplo una lección tan importante, ha renunciado hasta la ventaja de cautivar más fácilmente nuestros corazones. ¡Oh Jesús admirablemente humilde! ¡Oh Rey de gloria infinitamente amable é infinitamente humillado! Sois para mí tanto más amable cuanto os veo más abatido por instruirme. Reflexiona ahora, que tal vez te engañe tu secreta vanidad de esta manera: «No es lícito callar, no te es lícito ceder, porque en esto se interesa el honor, la inocencia ó la justicia». ¡Ah! ¿No sabes que la mayor honra de la inocencia es el ser inocentemente desgraciada? ¿Que la mayor honra de la justicia es el ser injustamente oprimida? Dice San Felipe Neri, que quien verdaderamente desea hacerse santo, excepto en algunos pocos casos, jamás debe vindicarse, aunque sea falso lo que se le imputa. Así lo hizo Jesucristo. Se le echaba en cara el mal que no había hecho, y El no decía una sola palabra para librarse de aquella confusión. Santa Teresa nos dejó escrito que á veces el no disculparse aprovecha al alma más que diez sermones, porque así se principia á conseguir la libertad del espíritu y á no hacer caso de lo que se dice de uno, sea en pro ó en contra; acostumbrándose á no responder se llega á tal grado de indiferencia, que se oye hablar de uno mismo como si se hablara de un extraño.

Esta máxima ocupó un lugar muy distinguido en el humilde Corazón de Jesús y en el de muchas almas deseosas de la perfección; aun ahora es el móvil de algunos actos de humil-

dad grandes y heroicos hechos por personas virtuosas, que el mundo no conoce ó desprecia, pero que son conocidas y amadas por su dulcísimo Esposo Jesucristo.

Punto III

Debemos imitar la humildad de Jesucristo en la Eucaristía.

Considera cuánto importa imitar el ejemplo de humildad que Jesús nos da en el Santísimo Sacramento para agradar á su divino Corazón, enriquecernos de virtudes y conseguir la eterna salvación. En el incomparable libro de la *Imitación de Cristo* leemos que los humildes que se tienen en poco y gustan de ser poco estimados y aun despreciados, son muy gratos á Dios; por lo cual los visita con frecuencia, derrama sobre ellos los tesoros de su gracia, les descubre sus secretos, los convida y atrae dulcemente á sí. No hay duda. Cuanto más se abate uno delante de los hombres, tanto más se eleva á los ojos de Dios. El Señor mira desde lo alto de su trono á los míseros mortales que vivimos en este valle de lágrimas; mira al humilde, y el amor que tiene á la humildad le hace bajar á unirse con él; mira al soberbio, y la soberbia que advierte, le hace huir de él.

Tan persuadido estaba San Agustín de esta verdad, que tenía á la humildad por fundamento y fuente de todos los demás bienes. La humildad, dice, es el cimiento de todas las virtudes, y en el alma en que no reina, no se halla ninguna otra verdadera virtud sino es en la apariencia; asimismo es ella la disposición

más propia para recibir toda especie de gracias celestiales. Finalmente, es tan necesaria para llegar á la perfección, que entre todos los caminos que á ésta conducen, el primero es la humildad, el segundo es la humildad, el tercero es la humildad; si cien veces se me preguntase acerca de esto, cien veces respondería del mismo modo. Santo Tomás de Villanueva nos explica en los términos siguientes la manera con que la humildad produce en nosotros las demás virtudes: la humildad es la madre de muchas virtudes, porque de ella nacen la obediencia, la modestia, la paciencia, la mansedumbre y la paz, pues el humilde obedece fácilmente á todos, á todos teme ofender, conserva la paz con todos, se muestra afable con todos, está sujeto á todos, á nadie disgusta, á nadie ofende, no siente las injurias que se le hacen, y vive alegre y en suma paz. Por lo cual decía San José de Calasanz: Si quieres ser santo, sé humilde; si quieres ser santísimo, sé humildísimo.

Repara por último, que la humildad no sólo es necesaria para alcanzar la perfección, sino también para salvarse. En el cielo hay Santos que no han hecho limosna, y su pobreza los justifica; Santos que no han mortificado su cuerpo con cilicios ó ayunos; y la debilidad de su complexión los excusa; Santos que no fueron vírgenes, porque el Señor no les dió vocación para serlo; pero en la gloria no hay un solo Santo que no haya sido humilde. Dios arrojó del cielo á los ángeles porque se ensoberbecieron; ¿y nosotros pretenderemos entrar en él sin humildad? Sin humildad, dice San Pedro Damián, no hubiera entrado en el cielo

ni aun la Virgen María con su incomparable virginidad. ¿Quién más religioso en la apariencia que el fariseo del Evangelio? Oraba frecuentemente, ayunaba y hacía muchas buenas obras, y Dios, no obstante, lo reprobó, porque le faltaba la humildad, y se complacía sobremanera en sus buenas obras. Razón, pues, tuvo San Bernardo para decir: la humildad es necesaria no sólo para la consecución de las virtudes, sino también para salvarse; porque la puerta del cielo, por testimonio del mismo Jesucristo, es tan estrecha que no entran por ella más que los que se hacen pequeñuelos.

Coloquio.—¡Oh amado Jesús mío! ¿quién soy yo para que hayáis querido humillaros así por mí? Vos sois el rey del cielo y de la tierra, y yo un miserable siervo vuestro; vos el Dios de todas las perfecciones, y yo un vilísimo pecador. ¿Y por qué no me enciendo todo en vuestro amor y en el deseo de imitar vuestras humillaciones? ¿Por qué mi corazón no se abrasa en vuestras amorosas llamas? ¿Por qué no arde en mí un afecto correspondiente á vuestra caridad? ¡Ay de mí! ¡Cuántos años he perdido, en los cuales pude amaros y hacerme santo! Y los gasté en despreciaros y en perder mi alma. Pero vuestra bondad, ¡oh amado Jesús! me hace esperar que compensaré en adelante el tiempo perdido redoblando el amor que os debo y os he debido.

¿Qué os daré, oh Jesús mío, para mostraros mi agradecimiento por el magnífico don, que de vos mismo me habéis hecho en este divino sacramento? Os entrego mi cuerpo, mi alma, mi voluntad y mi libre albedrío, y os suplico, Señor, que me enviéis la muerte ahora que espero estar en vuestra gracia; que me la enviéis, si veis que en lo sucesivo me he de rebelar con mi inaudita soberbia contra Vos.

Propósitos.—Aprovecha hoy cuantas ocasiones se te presenten de ejercitar la hermosa virtud de la humildad.

DÍA SÉPTIMO

Ejemplo de perfecta paciencia que nos da Jesucristo en la Eucaristía.

Preludios.—Mira á Jesucristo en la Sagrada Hostia como crucificado por nuestro amor, en el tabernáculo figúrate ver el calvario de su Pasión y pídele amor á la cruz y saberle acompañar como las devotas mujeres en este divino y eterno sacrificio que ofrece por nosotros.

Punto I

Paciencia de Jesucristo en la Eucaristía.

Considera el ejemplo de perfecta paciencia que Jesucristo nos da en la Eucaristía, sufriendo tanto olvido, frialdad é irreverencia. ¿Qué no padece en este divino Sacramento por parte de aquellos mismos á quienes más ama y enriquece con sus inefables gracias? Trae á la memoria esa multitud de iglesias desaseadas, pobres y abandonadas, en que habita deseoso de comunicarse á las almas. ¿Y no es esta una herida profunda para su tierno corazón? ¡Oh Dios mío! Los palacios de los ricos están atestados de gentes que corren á hacerles la corte, y las moradas del soberano dominador de la tierra están desiertas, sin que nadie vaya á acompañarle durante el día. Y entre los que se le acercan ¡cuántos en vez de aliviarle el dolor de las injurias que aquí recibe, se lo exacerban! ¡Cuántos comulgan llenos de tibieza, sin amor y sin preparación, y después de recibir el cuerpo y sangre de todo un Dios, casi no dan señal alguna de gratitud, ni se detienen á dar gracias, como si hubiesen recibido no ya el pan de los ángeles, sino un pan y un alimen-

to ordinario! ¿Qué lengua dirá el sentimiento que producirá semejante ingratitud en el amoroso corazón de Jesús? Pero aún hay más. Mira cuántas irreverencias, cuántas profanaciones ante su adorable majestad. ¿No se le multiplican las afrentas en las mayores solemnidades cuando se le expone al público y durante el santo sacrificio? ¿No es vilipendiado en sus templos y aun en sus mismos altares? Y lo que debe serle más doloroso, manos impuras é inicuas le manejan muchas veces sobre sus aras.

Recorre con el pensamiento el olvido, las irreverencias, los desprecios, los insultos, los sacrilegios que sufre Jesús por parte de los cristianos en el Santísimo Sacramento. Considera las circunstancias del tiempo, del modo y del número de personas que agravan estos ultrajes. ¡Ah, qué cúmulo de infidelidades, de ingratitudes y de penas para el afectuosísimo corazón de Jesús!

Punto II

Amor paciente de Jesucristo en la Eucaristía.

Considera los sentimientos de Jesús hacia nosotros en la Santísima Eucaristía. Son los de la paciencia más divina, los del amor más vivo y más sincero. Así como el mediodía es el colmo de la luz, así este divino Sacramento es el colmo del amor paciente en que se abrasa el Corazón de Jesús. ¿Qué hace Jesucristo en la Santísima Eucaristía? Amarnos. He aquí una respuesta que lo dice todo y que satisface á cuanto pueda preguntarse acerca de esto. ¿Por qué viene á encerrarse en el sagrario?

Porque nos ama. ¿Cómo está allí? Como un Dios que ama. ¿Qué pretende? Lo que pretende el amor. ¿Por qué se multiplica tanto? ¿Por qué permanece allí tan largo tiempo? ¿Por qué se esconde de esa suerte? Porque ama. Sobre la cruz reinó el amor con la justicia, y sirvió á la justicia; aquí reinó sólo el amor, y todo sirve al amor.

En satisfacer al amor se emplean la sabiduría, el poder, la providencia, la inmensidad. Sus palabras, sus lamentos, sus reconvenciones y hasta sus amenazas nacen de amor. Almas tibias é imperfectas, ¿cuándo os ha arrojado de su presencia? Por el contrario, ¿no os ofrece luz, medicina, consuelo, auxilio y gracias eficaces y multiplicadas? Almas puras y fervorosas, vosotras mejor que nadie podéis hablar del entrañable amor de Jesús Sacramentado para con los hombres. ¡Qué dignación! ¡Qué olvido de su grandeza! ¡Qué palabras interiores! ¡Qué regalo! ¡Qué torrente de delicias! Nos ama tanto, que si no podemos ir á su santa casa, El mismo se hace llevar á la nuestra. ¿Y adónde se deja llevar muchas veces? Adonde apenas podríais entrar sin grima y sin horror, á la más vil y pobre cabaña, á la habitación más fétida, al más horrible calabozo. Reflexiona también, por qué manos se deja llevar algunas veces. ¡Oh lamentable indignidad de algunos de sus ministros! Pero el tierno corazón de este Dios amoroso como que no lo echa de ver. En los primeros siglos de la Iglesia se permitía á los cristianos tomar de la sagrada mesa y llevarse consigo el Sacramento, y lo guardaban en sus casas, y en sus viajes lo llevaban

donde querían. Y si no lo hubiese prohibido la Iglesia por las irreverencias que principiaron á cometerse, porque con el transcurso del tiempo la caridad y la fe se fueron entibiando, hasta ahora se dejaría tratar Jesucristo de semejante manera. ¿Qué respondéis á estas reflexiones? ¿Hasta ahora habíais comprendido bien la paciencia del amor que Jesús nos descubre en el Santísimo Sacramento?

Pero advertid su admirable condescendencia. Por mucho que desee estar siempre con vosotros no os impide ocuparos en vuestros intereses y deberes humanos. Sí; entregaos sin escrúpulo al trabajo, á vuestros negocios y empleos. Jesucristo consiente gustoso en quedarse solo, esperando que os desocupéis para volverle á ver. Ni aun quiere privaros de vuestros honestos pasatiempos. Os permite solazaros en la mesa, en la recreación, en las diversiones lícitas. Este es un amante en todo maravilloso. Parece que, buscando su propia satisfacción, se propone no molestaros ni fastidiaros en lo más mínimo. Además de pasar solo una gran parte del día, se queda solitario el largo tiempo de la noche, y mientras dormís, vela su corazón por vosotros y en vuestro amparo; vela y está orando por vosotros á su divino Padre; vela y defiende vuestra vida de innumerables peligros; vela y guarda fielmente vuestras casas. ¡Ah! si no os enternece un amor paciente, tan tierno, tan discreto, tan sufrido, tan constante, tan benéfico y misericordioso, decid que no tenéis fe, ó que tenéis un corazón indigno de vivir. Haceos, pues, las más fuertes reconvenciones, llorad vuestro desagradecimiento, y resolved lo que debéis hacer en adelante para

pagar á Jesucristo el inmenso beneficio de amaros entrañablemente.

Punto III

Debemos imitar la paciencia de Jesucristo en la Eucaristía.

Considera cuánto importa imitar el ejemplo de vida paciente que Jesucristo nos da en la Eucaristía para agradarle y conseguir nuestra salvación. El mismo reveló á Santa Teresa que aquellas almas que más tribulaciones sufren son las más gratas á su Eterno Padre, por lo cual esta Santa decía con frecuencia: El padecer por amor de Dios es el camino de la virtud. Así, pues, padezca más quien tenga más fortaleza para padecer, seguro de que será más dichoso, y nunca adelantará mucho quien á esto no se resuelve. San Ignacio de Loyola, decía: Si Dios te hace padecer mucho, es señal de que tiene grandes designios sobre ti y de que, seguramente, quiere salvarte. Y si tú deseas hacerte un gran santo, tú mismo pídele que te dé mucho que padecer, porque no hay un leño más á propósito para producir en nosotros el fuego del divino amor que el leño de la santa cruz.

Lo mismo nos dejó escrito San Juan de la Cruz. ¡Oh almas que tanto amáis la paz y el consuelo, si supiéseis cuán grato á Dios es el padecer y cuánto sirve para conseguir otros bienes, jamás buscaríais consuelo en cosa alguna! Dice el apóstol San Pablo que para salvarse es menester que nuestra vida se halle conforme á la de Jesucristo en el día en que se juzgue la gran causa de nuestra eterna salva-

ción ó condenación. ¿Y cuál fué la vida de Jesús sobre la tierra? Miradla por donde queráis; reparadla una y mil veces, no hallaréis más que una serie continua de padecimientos. La gruta de Belén lo vió humilde niño; Egipto lo acogió desterrado y errante; la casa de Nazaret lo vió crecer pobre y desconocido; la Judea, la Palestina y la Samaria lo contemplaron bañado de sudor y desfallecido de fatiga; desmayóse en Getsemaní ahogado en un mar de tristeza; en el Pretorio desangróse con inhumana flagelación; en el Calvario agonizó y murió crucificado. ¿Cómo, pues, será posible agradar á Dios y salvarse yendo nosotros por un camino de flores deliciosas y nuestro divino modelo por una senda de espinas? Registra los fastos de la Iglesia, y verás que para llegar al cielo todos los Santos han pasado por el estrecho sendero de las tribulaciones.

Coloquio.—¡Cómo te pago, oh Jesús, con frialdad increíble el vehemente deseo que tenéis de estar conmigo! Miro á los príncipes de la tierra sobre sus tronos. ¡Ah! cuán difícil es penetrar en sus palacios para hablar y tratar con ellos confidencialmente. No hay entrada para los pobres, y á duras penas consiguen que por medio de un tercero llegue á oídos de aquéllos el clamor de su infortunio. Aun los ricos son muchas veces despedidos con la excusa de que no es tiempo de audiencia. Y los que hallan la puerta abierta, ¿quién puede imaginar los gastos, los miramientos, las molestias que les cuesta el hacerles la corte? ¡No te portas así Tú, oh Rey del cielo! Te das todo á todos y en todos tiempos, de modo que para acercarse á Ti no son un obstáculo ni la pobreza, ni la fealdad, ni la bajeza del oficio ó empleo, ni lo vil de la persona, ni lo andrajoso del vestido. Basta amarte para tener derecho de ser recibido con infinita amabilidad y tratarte como á un amigo, con entera confianza. ¡Qué dignación! ¡Qué ternura! ¿Y yo cómo correspondo á

tan maravillosa bondad y paciencia? ¿Y yo qué hago por Ti? ¿Dónde están mis buenas obras? ¿Dónde las victorias de las tentaciones? ¿Dónde la derrota de mis enemigos? ¿Dónde el amor al retiro, á la mortificación, á la humildad? ¿Dónde los ejercicios piadosos? ¿Dónde la fervorosa frecuencia de Sacramentos? Aprenda yo de Ti, oh buen Jesús, la ciencia de amar y de padecer por Ti y como Tú, porque en ella se encierra toda la sabiduría y toda la santidad.

Propósitos.—No dejarte llevar ni de tu mal carácter ni de tu humor agrio y desigual, y tratar con más afecto á las personas que te son menos simpáticas.

DÍA OCTAVO

Vida escondida de Jesucristo en la Eucaristía.

Preludios.— Mira en la divina obscuridad del sagrario una copia perfecta de la casa de Nazareth, y allí al Dios escondido, al sol de eterna justicia que se oculta en las nubes de los accidentes eucarísticos, y pide á este divino Rey amor profundo y práctico á la vida interior y deseo de vivir oculto á los ojos de los hombres.

Punto I

Vida escondida de Jesús en el sagrario.

Considera la vida escondida de Jesús en el sagrario. ¿Quién diría, al verle en el estado en que aquí se halla, que es el Rey de los reyes y el soberano dominador del universo? ¿Quién creería que en el cielo habita en una luz inaccesible y que se sienta en un trono refulgentísimo, rodeado de innumerables legiones de ángeles y de almas santas, que lo alaban incesantemente? Aquí nada se ve del grandioso ejercicio de su providencia, sabiduría y poder infinito; parece que su única ocupación es derramarse amorosa y secretamen-

te en las almas. Todo es silencio, soledad, humildad, paciencia, absoluto retiro, vida secreta é interior. En vista de este ejemplo admirable, considera en qué consiste esa vida retirada en que tanto desea que lo imites. El fundamento de esta vida escondida es el espíritu interior, que debe ser el alma de todas tus acciones; espíritu que no obra al acaso ni por vanos fines, sino que en todo mira siempre á Dios; espíritu que no se afana por hacer mucho, sino por desempeñar bien sus obligaciones; espíritu al cual jamás parece de poca importancia lo que á Dios agrada; espíritu que nace del puro amor de Dios y sólo busca el puro amor de Dios, tanto por guía como por premio de sus obras.

Otra de las cosas que constituyen esta vida escondida, de que Jesús nos da ejemplo en el divino Sacramento, es la solicitud continua por escondernos del mundo y ocultarle nuestras acciones. Quien obra de esta manera no es un alma ilusa, que guiada por un espíritu falso se desentiende de las costumbres y consideraciones del mundo, sino un alma que fuera de aquellos casos en que la obediencia y la caridad exigen de ella otra cosa, ama tiernamente la soledad, el silencio y el recogimiento, y para sus acciones no quiere más testigos que su amorosísimo Esposo, que reina sobre los querubines. Teme ver y ser vista del mundo, á fin de que la mirada de los hombres no ejerza secretamente influjo alguno en sus acciones. No busca ni desea para sus virtudes y padecimientos más ojos que los de Dios, y renuncia á toda vana consolación del mundo, al cual oculta todas sus alegrías y penas interiores.

Aun en la práctica de las virtudes, por mucho que las ame y se esmere en revestirse de todo su esplendor, huye de toda ostentación innecesaria. Quisiera que nadie se acordase de ella; jamás se mezcla en asunto ajeno; siempre elige el puesto más humilde y menos codiciado de otros. Sólo la caridad y la obediencia tienen las llaves de su corazón; mientras éstas no la obliguen, años enteros sabe vivir sin dar motivo alguno á que se hable de ella.

Compara la pintura de esta vida escondida con la de Jesucristo en el Santísimo Sacramento, y la hallarás idéntica. Compárala con la tuya, y advierte lo que te falta: si vieres que te falta todo, guárdate muchísimo de la desconfianza. Pide al escondido corazón de Jesús que mueva el tuyo, dándote un vivísimo deseo, absoluta confianza, y eficaz resolución de imitarle.

Punto II

Debemos imitar esta vida escondida de Jesucristo en la Eucaristía.

Considera que cualquiera que sea tu estado, puedes y debes imitar el ejemplo de vida escondida que Jesús te da. En efecto, ¿qué es lo que se te exige en esta imitación? ¿Acaso que vayas á sepultarte en los desiertos de la Tebaida y de la Nitria con un tosco saco sobre las desnudas carnes, con un áspero cilicio, con una terrible cadena alrededor de la cintura, los pies descalzos y descubierta la cabeza? ¿Que hagas una vida solitaria como la de una Pelagia en el desierto, ó como una Magdalena en una cueva, ó como la de un Santiago escon-

dido en un sepulcro, ó como la de un Pablo entre las fieras? ¿Que pases la noche en vela y en oración y el día en silencio profundo, trabajando sin cesar, vertiendo continuas lágrimas, arrancando de lo íntimo del corazón suspiros angustiosos, muerto á todo consuelo y vivo solamente al arrepentimiento y al dolor? ¡Ah! no; no se te exige tanto.

Para imitar este ejemplo bastan dos cosas: recogimiento interior, ó sea, unión interna con Dios, y solicitud de esconderte á ti misma y de ocultar tus acciones á los ojos del mundo en todo lo posible.

Y bien, ¿no son hacederas estas dos cosas en cualquier estado? ¿Quién más cargado de negocios que San Francisco de Sales? Pues en medio de una multitud de ocupaciones humanas siempre conservó gran unión de espíritu con Dios. Retirábase de cuando en cuando en sí mismo y llamaba al centro de su alma el santuario de Dios, porque aquel era el lugar donde con frecuencia se recogía á hablar familiarmente con El. ¿Quién con más ocupaciones que Santa Catalina de Sena? Sin embargo, toda su vida tuvo gran espíritu de recogimiento. Hostigada por sus padres con multitud de trabajos, se formó una celda en su propio corazón, donde estaba continuamente retirada aun entre las mayores ocupaciones, contemplando á su Dios y hablando familiarmente con El. Así llegó á tener continua y duradera unión con su Divina Majestad, y solía decir que en nuestro corazón está propiamente el reino de Dios, donde El fija su asiento.

Pero aún no basta lo expuesto para practicar cumplidamente esta vida. Además, se re-

quiere que en lo posible te escondas del mundo y le ocultes tus acciones. Es cierto que no es la soledad del cuerpo la que constituye la vida escondida, pero también es verdad que le es muy provechosa. Por esto vemos que todas las almas amantes de Dios aman también el retiro, porque en él se les comunica más familiarmente el Señor, hallándolas más libres y desprendidas de los negocios y afectos de la tierra. No habla Dios á las almas en el estrépito y en el tumulto, sino que las lleva á la soledad para hablarles al corazón. Un día dijo el Señor á Santa Teresa: ¡Con cuánto gusto hablaría yo á muchas almas! Pero el mundo hace tanto estrépito en sus corazones que mi voz no puede ser oída. ¡Oh, si se apartasen algún tanto del mundo! ¿Qué ocupación mejor que la de los santos Apóstoles? Sin embargo, Jesucristo quiso que de cuando en cuando se retirasen á lugar solitario á dar algún reposo á su espíritu. No siempre se debe estar en soledad, pero siempre se debe aceptarla, cuando otra cosa no se pueda.

Pero lo que sobre todo has de procurar es ocultar, en cuanto te lo permitan la caridad y la obediencia, á los ojos ajenos el poco bien que hagas, si no quieres correr peligro de que se pierda con la infección del amor propio y de la vanagloria. Recuerda con frecuencia lo que dos grandes Santos para instrucción nuestra dejaron escrito. La vana complacencia, dice San Vicente de Paúl, y el gusto y afán por figurar, porque se hable de nosotros, porque se alabe nuestra conducta y se diga que salimos lucidos y hacemos maravillas, es un mal que aleja á Dios de nuestra memoria y

voluntad, mancha nuestras más santas acciones, y es uno de los vicios más perniciosos y contrarios al adelantamiento de la vida espiritual. ¿Qué provecho se proponen sacar los hombres, dice San Bernardo, de lucir ante las criaturas y de parecerles bien? ¿Qué importa que nos acriminen, que nos tengan por viles y despreciables, si somos grandes é inmaculados á los ojos de Dios. ¡Ah, nunca acabamos de penetrarnos de esta verdad, y así nunca llegamos á la perfección! Los Santos no tenían mayor gusto que vivir desconocidos y valer poco en concepto de los hombres.

Punto III

Frutos de esta vida escondida.

Considera los hermosos frutos que produce esta vida escondida de que Jesús nos da ejemplo en el Santísimo Sacramento. Es fácil y seguro medio de alcanzar gran pureza de conciencia y gran desprendimiento del mundo y de nosotros mismos. ¿De dónde nacen por lo regular tus defectos? De las ocasiones que hallan tus sentidos y tus malos hábitos en los objetos exteriores, como acontece en las impaciencias, en la curiosidad y en la vanidad. La afición á la vida escondida te quitará desde luego infinidad de estas ocasiones, enamorándote del retiro, induciéndote á pensar en ti mismo, y haciéndote prescindir de todo lo que no te atañe. Además, la afición á esta especie de vida nos acostumbra insensiblemente á reflexionar sobre nosotros mismos, sobre nuestras intenciones, y hasta sobre los movimientos de nuestro corazón; y con esta reflexión se

evitan muchos defectos, que casi no se advierten sino después de haber incurrido en ellos. Por este medio se disminuye poco á poco el apego al mundo y á nosotros mismos; porque va desapareciendo la costumbre de pensar y complacernos en los antiguos objetos de nuestro depravado gusto y de nuestras desordenadas inclinaciones.

El espíritu de oración es el segundo fruto de la vida retirada. Este espíritu de oración no lo alcanza un alma llena de sí misma, distraída en mil bagatelas y disipada todo el resto del día. He aquí el modo de hacer que cesen de una vez todos tus lamentos acerca de la oración. La vida escondida te hará admirablemente fácil este santo ejercicio.

Finalmente, las dulzuras interiores y los más escogidos favores de Dios suelen ser otro de los frutos de esta vida escondida. Quien no la practica la cree melancólica; quien la practica, no tarda mucho en hallar en ella placeres infinitamente superiores á todos los del mundo. Testigo San Jerónimo, que habiendo huído de Roma y encerrádose en la gruta de Belén, confesó haber hallado allí su paraíso. Cuando los Santos hacen este género de vida parece que están solos, mas no es así. Decía San Bernardo: Yo nunca estoy menos solo que cuando me hallo solo, porque entonces estoy acompañado con mi Señor, que me regocija más que la conversación de todas las criaturas. El mundo, viéndolos lejos de sus diversiones, los juzga tristes y desconsolados; pero ¡ah! cuánto se engaña, pues ellos gozan de una paz inmensa y no interrumpida. El Señor, dice el profeta Isaías, sabrá consolar al alma

retirada, haciéndole olvidar la pérdida de las satisfacciones temporales, y hará de su soledad un jardín de delicias divinas. Allí se hallará siempre la alegría, y no se oirán más que acciones de gracias y alabanzas á su bondad infinita.

Enciéndete en deseo de conseguir estos bienes y estimúlate á vencer la repugnancia de tu ciego amor propio. Proponte pensar en ellos con frecuencia, para reanimar todos los días tus buenos deseos. Ofrécete al Corazón divino de Jesús, implora su gracia, y resuelve hacer diariamente breve examen acerca de los propósitos que Dios te haya inspirado en esta santa consideración.

Coloquio.—¡Oh Dios encubierto y escondido por mi amor! Yo os adoro, y admiro los grandes prodigios de vuestra sabiduría, de vuestro poder y de vuestra bondad obrados en favor de tan miserable criatura. Creo firmemente que recibiendo aquella hostia sacrosanta recibiré á mi Jesús, á aquel Dios que por un exceso de amor se hizo hombre para tomar sobre sí todo el peso de mis pecados, y murió en una cruz para borrarlos con su sangre, y subió al cielo á esperarme allí con un trono de gloria. Creo todo esto y cuanto de Vos me enseña la santa Iglesia, porque se lo habéis revelado Vos mismo, Dios mío, que sois verdad infalible, y me gozo de mi dicha en entrar á parte de tan inefables misterios, teniéndome por muy afortunado si llegase á dar la vida por ellos, como lo han hecho millares de mártires, con los cuales espero reunirme en el cielo por la eficacia de este adorabilísimo Sacramento.

Propositos.—No tratar con el mundo sino lo absolutamente indispensable para el cumplimiento de tus deberes.

DÍA NOVENO

Preparación con que debemos acercarnos á la Sagrada Eucaristía.

Preludios.—Mira en la sagrada hostia con los ojos del alma al divino Niño Jesús que extiende hacia ti los brazos, ansiando entrar en tu corazón, y pídele la disposición debida para que, por amor vivo y purísimo, merezcas recibirlo como El lo desea y tú lo has menester.

Punto I

Pureza de corazón.

Considera con cuánta limpieza de corazón debemos acercarnos á recibir en el Santísimo Sacramento á Jesucristo, que según la expresión de la Escritura, es el cordero inmaculado que se apacienta entre blancos lirios. ¿Qué no merece un Dios tan santo que halla manchas hasta en los más encumbrados serafines? Reanima tu fe y transpórtate con el pensamiento á aquella santa ciudad donde ha establecido su trono. Allí no hay nada inmundo, nada manchado, nada que no se haya purificado con fuego de amor ó de dolor. ¿Ves aquel nobilísimo escuadrón de purísimos espíritus? Pues él es el que especialmente forma la corte del celestial Cordero, el que á todas partes le sigue, porque á todos excede en limpieza de corazón. Aquellos que ante su radiante solio están con la cabeza y los ojos bajos son los ángeles, que por respeto á su adorable majestad ni aun á mirarle se atreven.

Baja tu consideración de aquel trono celeste á aquel otro solio de amor, que por exceso de su bondad se ha formado en nuestros altares, y pondera con cuánta limpieza de cora-

zón debemos acercarnos á recibirle en aquella sagrada mesa. ¡Ay de aquel que se atreva á poner sus labios inmundos en aquel cáliz de Sangre divina! ¡Ay de aquel que reciba aquellas carnes sacratísimas en un corazón corroído por la culpa! Jesús es una paloma blanquísima, ¿cómo, pues, podrá habitar entre buitres pestilentes? Es un cristalino arroyuelo, ¿cómo, pues, podrá mezclarse y confundirse con aguas de cenagosos pantanos? Es un corderito candidísimo, ¿cómo, pues, podrá hermanarse con animales inmundos? ¡Ah! Sólo pensarlo sería execrable delito. ¿Quién más pura que María Santísima, que por todos es honrada cual espejo de pureza? Baste decir que no tuvo cabida en su pecho ni el más leve pecado venial. Sin embargo, nuestra madre la Iglesia, hablando de la Encarnación del Verbo divino, admírase tanto de que por nuestro amor no haya tenido reparo en escoger para morada suya aquellas virginales entrañas tan puras y tan inmaculadas. ¿Y no es este mismo Jesús el que recibimos en la sagrada Comunión? ¿No es esta una extensión de la Encarnación, como la llama San Agustín? ¿Y qué lengua dirá cuán limpio deba estar nuestro corazón para ser digno de esta estrechísima unión con Jesucristo?

Considera, además, cuán magnífico quiso el Señor que fuese su templo, cuando á Salomón permitió fabricarlo. Quiso que por su extensión, riqueza y magnificencia fuese el asombro del mundo. ¿Pero á qué fin ordenó el Altísimo este edificio magnífico y esplendoroso, sino para enseñarnos de cuánta belleza y ornato deben estar vestidos los templos espiri-

tuales de nuestras almas cuando á Jesús reciben en la Eucaristía? Pues si tan necesaria es la santidad á la casa material de Dios, ¿cuánto no lo será á nuestras almas, que recibiendo á Jesucristo en el Santísimo Sacramento, se hacen casas espirituales donde habita la divinidad? ¡Ah, Señor! ¿Por qué mandasteis que tan limpias fuesen vuestras iglesias, si no había de relucir igual limpieza en los que os reciben en su seno? ¿Por qué mandasteis á los sacerdotes que no consagren vuestro Cuerpo sino sobre blanquísimos linos, que no bendigan vuestra Sangre sino en cálices de plata y oro, si no debian ser limpios los corazones de los que os reciben? ¿Por ventura es tanto lo que os agrada habitar entre mármoles y bronces y sobre tronos de oro, sin cuidar de que más bien sean puros los hombres que se alimentan de vuestra Carne inmaculada? Este es, cabalmente, uno de los fines porque exigís que en vuestras iglesias reinen la limpieza, el decoro y la suntuosidad, para hacernos formar una gran idea de la interior belleza que han de tener nuestros corazones para recibiros en ellos.

Apresúrate, pues, á limpiarte de toda mancha antes de comulgar, que nunca será demasiado lo que en esta parte hicieres. A Moisés se le dijo que se descalzase, antes de acercarse á la zarza donde Dios estaba, para significar la pureza propia de quien habla con Dios en la oración; pero á los Apóstoles no bastó descalzarse, fué necesario que el mismo Salvador les lavase los pies, para denotar cuán limpios habían de estar los que le recibieran sacramentado. Sobre el terreno donde había de

caer el maná dejábase ver antes abundante rocío, como para hacerlo digno de sustentar aquel celestial manjar. Los panes de la proposición debían hacerse de harina extremadamente blanca, colocarse sobre una mesa purísima y cubrirse con incienso lucidísimo, para que esta gran limpieza los dispusiese á ser figura del Santísimo Sacramento y nos enseñase con cuánta pureza de conciencia debemos prepararnos á recibirle.

Punto II

Fe viva.

Considera cuán necesario es tener fe viva, para recibir á Jesucristo en el Santísimo Sacramento. Siendo la fe el primer movimiento del alma hacia Dios, es sumamente necesaria en todos los misterios divinos, pero aún lo es más en este, que por su propia excelencia se intitula Misterio de fe: *Mysterium fidei.* Pues en ninguna parte se ha escondido Dios tanto como en éste. En el mundo se esconde en verdad á los sentidos, los cuales no ven más que la superficie de las cosas; pero se manifiesta á los ojos de la razón, que mira á Dios en las criaturas como el Sol en el espejo. Mas esto no puede decirse de la Eucaristía, pues en ella, además de esconderse á los sentidos, se esconde á la misma razón natural, que por sí sola no puede penetrar los velos, bajo los cuales la Divinidad se oculta en la humanidad del Salvador, y ésta en la apariencia de pan. Reanima, pues, tu fe, antes de acercarte á la sagrada Mesa. Esfuérzate por concebir un alta estima de la majestad de aquel Dios, que

has de hospedar en tu pecho, para que le recibas con sumo respeto y veneración.

Cree que recibes á aquel Dios que habita en la luz inaccesible, y ante quien los ángeles mismos están con la cabeza inclinada por respeto á su infinita majestad, á aquel Dios á quien ni el inmenso ámbito de la tierra, ni los abismos del mar, ni los augustos tabernáculos del cielo pueden contener... Cree que recibes á aquel Dios que es tesoro de las almas, consuelo de los afligidos, luz de los ciegos, guía de los errantes, médico de los enfermos, aliento de los atribulados, fortaleza de los débiles, alegría de los escogidos, regocijo de la celestial Jerusalén. En suma: cree que recibes lo más hermoso y lo mejor del cielo; de modo que si se hubiese de alimentar la vida de un Dios mortal, no podría presentársele un manjar más exquisito que el que vas á recibir en el Santísimo Sacramento. Esta será una excelente disposición para recibir el fruto de la Sagrada Comunión, que, como dice Santo Tomás, es un secreto divino que sólo se manifiesta á la fe. Además de esto, prestarás al Señor uno de los mayores obsequios que puede hacerle una alma, sacrificándole el entendimiento y disponiéndole un trono digno de su inefable sabiduría con la sumisión de tu espíritu á su divina palabra.

Pero esta fe con que debemos acercarnos á recibir á Jesucristo en la Sagrada Eucaristía, no sólo ha de ser teórica y especulativa, sino práctica y activa. Figúrate á este fin, como lo hacía San Juan Crisóstomo, que ves multitud de ángeles en torno del sacerdote que celebra y en torno del altar en que reside Jesús Sa-

cramentado. Figúrate que los ves bajar del Cielo y honrar á su Rey con dulces cánticos y profundas adoraciones. O bien, en el tiempo en que se celebra el Sacrificio incruento, figúrate que ves abrirse los cielos y bajar á Jesucristo acompañado de muchos coros de ángeles con gran pompa de gloria y con todo el aparato debido á su Divina Majestad, como se lo imaginaba San Gregorio. Reflexionando luego sobre tu propia miseria, cotéjala con tanta grandeza y gloria de tu Señor, y humíllate con profundos sentimientos de reverencia, de veneración y temor, y repite estas palabras del Centurión: *Domine, non sum dignus ut intres sub tectum meum.* ¿Quién soy yo, Señor, para que queráis venir á visitarme? ¡Ah! no merezco semejante gracia.

Considera por último, que la fe para recibir á Jesucristo en la Sagrada Eucaristía, además de ser práctica, debe ser firme, de modo que excluya toda duda sobre tan gran Misterio. Hablando el Apóstol Santiago de la fe con que se debe orar, dice que se pida sin ninguna duda de alcanzar lo que se pretende; y al que en sus oraciones anda dudoso y vacilante, le compara á las ondas del mar, que el viento agita y lleva de una parte á otra, y concluye asegurando que quien así orare, no debe esperar de Dios gracia alguna. Lo que el Apóstol decía á los fieles con respecto á la oración se verifica puntualmente en orden á la Sagrada Comunión. Si con fruto quieres alimentarte de la sacratísima Carne de Jesucristo, acércate al banquete eucarístico, creyendo firmísimamente todo cuanto acerca de él nos enseña nuestra madre la Iglesia. Si tuvieres la menor

duda culpable de su omnipotencia y misericordia infinita, no esperes que tu comunión te sea fructuosa. El Misterio es profundo. ¿Pero quién se atreverá á señalar límites al poderío de la Divinidad? Bástenos saber que ha dicho Dios que bajo aquel velo se contiene su Cuerpo y su Sangre; aquel Dios, cuyo poder es infinito; aquel Dios, cuya sabiduría es infalible. Si el Misterio es profundo, esto mismo debiera aumentar nuestra fe, pues infinitas é incomparables deben ser las obras del Altísimo, que es infinito, incomprensible y eterno. De esta suerte discurría Santa Teresa, la cual, por el gran concepto que tenía de la alteza de Dios, solía decir que cuanto más sublimes y profundos fuesen para nuestro entendimiento los misterios de la fe, con tanta más firmeza y devoción los creía ella, estando bien penetrada de que el Dios omnipotente puede hacer prodigios mucho mayores.

Punto III

Amor encendido.

Considera que el Sacramento del altar es por excelencia el sacramento del amor; por tanto, la disposición más propia para recibirle dignamente, debe ser el amor. Para encender en ti este santo amor, trae á la memoria la amabilidad de Jesucristo, á quien vas á recibir, de aquel Jesús en quien eternamente se complace El Padre, de aquel Jesús que es el amor de todos los bienaventurados, de aquel Jesús por quien suspiran todos los justos sobre la tierra. Acuérdate de aquel rostro divino, que robaba los corazones y cual imán los

atraía é inclinaba á la virtud; de aquellas palabras de vida eterna, que consolaban á los más afligidos; de aquellas miradas afectuosas, que movían á compunción á los pecadores más obstinados; de aquellas manos bienhechoras, que con tanta abundancia derramaban gracias sobre todo menesteroso y enfermo.

Considera la fineza de su amor en dársete á sí mismo en la Sagrada Comunión. Podía haber guardado este favor tan grande para sólo aquellas almas, que conservaran inmaculada la inocencia de la niñez. Pero no; está pronto á venir aún á tu pecho, por más que antes de ahora se hayan albergado en él la culpa y el demonio. ¡Qué amor! ¡Qué caridad! Acuérdate de las injurias que de ti ha sufrido; acuérdate de aquel año, de aquel día en que le hiciste aquella horrible afrenta, anteponiéndole una criatura vilísima, renunciando á él y á su eterna compañía por una satisfacción infame. Sin embargo de todo esto, aunque conoce á fondo y penetra la malicia de tus pecados y de tus muchas ingratitudes, mira cómo te trata. Olvida tus extravíos y tu mala voluntad, se complace en tu arrepentimiento y viene á ti con el corazón lleno de la más solícita ternura. Con estas y otras reflexiones semejantes procura inflamarte en santo amor, y con la confianza más absoluta y deshecho de ternura prorrumpe en afectuosos suspiros.

Considera que cuanto mayor sea el amor con que recibas la sagrada Comunión, tanto mayor será el fruto que saques de ella. Santa Catalina de Sena decía: Así como encendiéndose muchos cirios, todos reciben luz y calor, pero más particularmente el que es mayor, lo

mismo sucede con los justos que participan del Pan eucarístico: todos reciben la gracia, empero toca más porción al que está mejor dispuesto.

Considera el modo práctico de recibir amorosamente á Jesús en la Santísima Eucaristía, sacando de ella muchísimo provecho. El día antes de la sagrada comunión principia por la tarde á prepararte con muchas aspiraciones y vuelos de amor: acuéstate aquella noche más temprano, para que al día siguiente te sea fácil madrugar. A cualquier hora que te despiertes, regala tu corazón y tu boca con amorosas jaculatorias, que dispongan tu alma á recibir al Esposo, que velando mientras tú duermes, se prepara á traerte mil gracias y favores, si por tu parte estás dispuesto á recibirlos. Por la mañana levántate con gran júbilo por la dicha que esperas, y ve con mucha confianza y humildad á tomar aquel manjar del cielo, que te alimenta para la inmortalidad; y lleno de fe, de esperanza y de amor, recibe á Aquel en quien esperas, en quien crees y á quien amas de todo corazón. Figúrate que como la abeja, que habiendo recogido de las flores el rocío del cielo y el jugo más exquisito de la tierra, vuelto miel lo lleva á su colmena, así el sacerdote tomando del altar al Hijo de Dios, que á manera de rocío ha bajado del cielo y es verdadero hijo de la Virgen, que cual flor ha salido de la tierra de nuestra humanidad, pone este manjar de celestial suavidad en nuestra boca y dentro de nuestro pecho. Cuando le hayas recibido, excita tu amor á agasajar á este Rey de salvación; trata con él de los negocios de tu alma; háblale una y

mil veces y medita en él dentro de ti, donde está suavemente reclinado como en un lecho de azucenas. En una palabra, acógele con la mayor ternura posible, y pórtate de modo que en todas tus acciones se conozca que Dios está contigo.

Coloquio.—Oh Jesús de mi alma, yo me doy todo á Vos para arder siempre en vuestro santo amor. Cúmplanse en mí los designios de vuestra misericordia. Entrad en mi pobre corazón como soberano dueño, y no permitáis que entre de nuevo el pecado y os arroje de él. No quede en mí nada que pueda desagradar á vuestros purísimos ojos. Suplid Vos todo lo que no sé hacer y deseara, sin embargo, hacer. Favoreced mis buenos deseos de ser todo vuestro, sostened mi flaqueza, iluminad mis tinieblas é inflamad este mi frío corazón en vuestro santo amor, para que todo él se derrita y se consuma en su dulcísimo fuego.

Propósitos.—Haz hoy cuantos actos de amor puedas en honra del Santísimo Sacramento de los altares.

FESTIVIDAD DEL SANTISIMO CUERPO DE CRISTO

Preludios.—Imagínate el sagrario como un horno encendido de donde salen intensísimas llamas de amor divino, y pide ser abrasado en aquellas llamas de caridad.

Punto I

De la generosidad infinita del amor de Jesucristo en la Eucaristía.

Considera cómo la propiedad de la bondad es comunicarse, y la propiedad de la bondad infinita, es comunicarse infinitamente. Dios para seguir esta inclinación había llenado al hombre de todo género de bienes en el orden de la naturaleza y de la gracia; pero todo lo que Dios había dado al hombre hasta entonces, no había podido contentar su corazón.

Por eso se hallaba el hombre con hambre de verdad, de bien y de vida, aun en medio de toda esta abundancia, porque aunque poseía algunos bienes, no poseía el origen de donde nacen. Para contentarle fué menester que Dios, después de haberle dado tantos bienes, se diese en fin á sí mismo, y esto es lo que hizo en la Encarnación, pero como el Verbo en la Encarnación, sólo se unió á la santa Humanidad de N. S. Jesucristo, sólo se dió propiamente á ella, y así para contentarnos perfectamente, fué menester que se diese á cada hombre, y esto es lo que hace en la Eucaristía, donde el mismo Verbo que se dió á la Humanidad de Cristo se da verdadera y realmente á cada hombre en particular. ¡Qué dádiva tan infinita!

Jesucristo S. N. se nos da en la Eucaristía y enteramente, porque nos da su cuerpo, su alma, su sangre y su divinidad. Todo esto nos lo da con el modo más perfecto, pues por la comunión poseo verdadera y realmente á Jesucristo, haciéndome sumamente rico; porque, como dice San Agustín, Dios se hace mi posesión: *De toto Deo dives es.* Es verdad, que el fiel posee á Jesucristo por la fe, según dice San Pablo, pero esta es una posesión de conocimiento, y de conocimiento muy obscuro. Es verdad, que el justo le posee por la caridad; pero esta es una posesión que se hace por la conformidad de las voluntades y no por la unión de las substancias, pero en la comunión nosotros poseemos á Jesucristo con una posesión muy íntima, muy verdadera y muy real. Le poseemos con un dominio tan absoluto, que podemos disponer enteramente de El como

nos agrade. ¡De modo, que Jesucristo nos es todo en la Eucaristía, y nos conviene para todo con propiedad; porque al mismo tiempo es nuestro Pastor y nuestra comida, nuestro Médico y nuestro remedio, nuestro guía y nuestro Viático, nuestro Redentor y el precio de nuestra redención.

¿Pues si Jesucristo se ha dado á nosotros enteramente en la Eucaristía, podemos dejar nosotros de darnos enteramente á El? El agotó sus tesoros para ganar nuestro corazón interesado; pero viendo que esto había sido inútil, quiso, en fin, darse á nosotros en la Eucaristía para ganar nuestro amor: después de haber resistido á todos sus beneficios, ¿podremos resistir al mismo Cristo? Si tuviera alguna cosa que darnos mejor que á sí mismo, nos la daría. Aunque es Dios, no puede darnos ninguna cosa mejor, que á sí. *Quid retribuam pro te ipso?* ¿Si yo era incapaz de reconocer todos tus beneficios, cómo podré, Señor, reconocer éste, en el cual Tú mismo te me das? Cuando tuviera todos los imperios y todos los corazones del mundo para ofrecértelos, ¿te daría algo que valiese lo que vale un Dios? Mi corazón vale muy poco, pero si te lo doy enteramente y de buena fe, estás contento. ¡Desgraciado de mí si no satisfago á un Dios que se contenta con tan poco!

Punto II

De la fortaleza del amor de Jesucristo en la Eucaristía.

Considera que la fortaleza del amor de Jesucristo se manifiesta en los prodigios que hace para dársenos en la Eucaristía. Sólo El, que

los hace, los puede comprender. David llama á este divino manjar compendio de las maravillas del Señor. Santo Tomás, el mayor de todos sus milagros, y San Agustín, el término de la omnipotencia de Dios. Por eso el Evangelista, antes de hablar de la institución de este sacramento, hace mención del supremo poder que el Padre dió á su Hijo, para dar á entender que lo necesitaba para instituir este sacramento. Y en efecto, la omnipotencia de Dios, ¿puede acaso manifestarse más que haciendo que un cuerpo esté al mismo tiempo en tantos lugares como hay hostias consagradas, y en cada parte de cada hostia? ¿Que un cuerpo esté sin extensión; que una substancia material esté en lugar, al modo de los espíritus; que una substancia se anonade, y que los accidentes subsistan sin sujeto y produzcan los mismos efectos que las substancias? Es menester todo el poder de Dios para obrar estos milagros, y los que los creen es menester que sean tan duros como Faraón para que no se muevan á amar á quien tanto los ama.

La Eucaristía, pues, es la invención más admirable de la sabiduría de Dios; porque ¿cómo podía manifestarse y brillar ésta más que uniendo las cosas que parecen más opuestas? Despojándose Dios, al parecer, de su inmensidad para encerrarla en un espacio casi indivisible, y dando una especie de inmensidad á su cuerpo para hacerle presente en tantos lugares tan distantes; ocultándose su majestad debajo de las especies para ser digno objeto de nuestra fe, y haciendo al mismo tiempo brillar su bondad para excitar nuestra caridad con un motivo tan poderoso; encubriendo su divi-

nidad en la carne como objeto capaz de atraer y ganar nuestros corazones carnales y materiales, pero revistiendo esta carne de las especies de pan para hacerse alimento nuestro; acomodarse á nuestra delicadeza, derogando todas las leyes de la naturaleza para vencer los obstáculos que le impedían darse á nosotros, y sujetando de tal manera su poder al poder del hombre, que pueda éste en un instante, y con sola una palabra, obrar todos estos milagros.

Tu poder, Señor, es infinito, y las invenciones de tu sabiduría y de tu amor son admirables; pero debe también causar espanto ver que una criatura tan flaca, como yo, pueda resistir á todo tu poder, y que mi corazón no ceda á las invenciones admirables de tu sabiduría y de tu amor. ¿No es un misterio sumamente espantoso, ver que á vista de los milagros del amor de Dios, el corazón del hombre, siendo tan débil, resista á todo el poder infinito, y que siendo nuestro corazón tan tierno y sensible en sí mismo, sea tan duro y tan insensible que no se deje mover de tantas maravillas como obra Dios en favor nuestro? ¡Ah, Señor! Después de tantos milagros de tu poder y de tu sabiduría, es propio de tu gloria hacer otro milagro de bondad, y es, vencer la insensibilidad de mi corazón, triunfando á mi pesar de todos los obstáculos que pongo á tu amor y á tu misericordia; pero esto no será ya á pesar mío, porque noto en el cambio de mi corazón que empiezas á ejecutar Tú conmigo este milagro.

Punto III

De la ternura del amor de Jesucristo en la Eucaristía.

Considerá que la ternura del amor de Jesucristo se manifiesta en el deseo que tiene y en los esfuerzos que hace para unirse con nosotros en la Eucaristía, con la unión más perfecta, más admirable y más incomprensible que pueda darse. Nada tenemos en la naturaleza que pueda dar una idea propia para concebir esta unión, porque no es unión puramente superficial, como la que la presencia local da á los cuerpos. No es unión intelectual, como la que el entendimiento tiene con su objeto. No es unión puramente de voluntad, como la que el afecto forma entre los que se aman. No es unión solamente de fe, aunque la supone. Esta unión tiene algo de todo esto, pero tiene aún más que todo esto. De la naturaleza de esta unión se puede decir como de la naturaleza de Dios, que se puede explicar mejor diciendo lo que no es, que diciendo lo que es; que se puede creer y sentir, pero no definir ni explicar; que es muy verdadera, aunque incomprensible; que es real y cierta, aunque no produzca efectos reales sino en aquellos que se acercan con una viva fe y una caridad sincera; que es según la carne, como dice San Cirilo, pero que sus efectos son espirituales.

Los Padres comparan la unión que tenemos con Jesucristo en la Eucaristía, con la que tiene un hierro ardiendo con el fuego de que está tan penetrado, que más parece fuego que hierro; ó con la que un injerto tiene con un

tronco silvestre, que le comunica toda su dulzura para hacer que lleve excelente fruto, sin tomar nada de su amargura; pero todo esto no se acerca á lo que es esta unión. Es menester que Jesucristo mismo nos ayude para formarnos una idea justa, como lo hace cuando compara esta unión tan admirable á la que el mantenimiento ó comida tiene con nuestros cuerpos, que es la más perfecta y la más íntima de todas las uniones, pues del mantenimiento y del que lo toma se hace realmente una misma cosa. «Mi carne, dice Jesucristo, verdaderamente es comida, y mi sangre verdaderamente es bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre, permanece en Mí, y Yo en él». ¿Puede haber explicación más eficaz? Pues aún la realza Jesucristo explicándola más, porque compara la unión que tenemos con El en la comunión, con la que El tiene con su Padre en la Trinidad. «Como en la Trinidad Yo vivo por mi Padre y de la misma vida que mi Padre, así el que come mi carne vivirá por Mí y de la misma vida que Yo». ¿Qué cosa puede haber mayor? ¿Qué unión más admirable?

Pues Jesucristo nos persuade la ternura de su amor uniéndose con nosotros en la Eucaristía, razón es que le manifestemos la ternura del nuestro, haciendo nuestros mayores esfuerzos para unirnos con El con una fe viva, con una caridad ardiente y con una perfecta conformidad de alma y espíritu con El. Este debe ser el efecto de una buena comunión y será un efecto infalible, pues se funda en la palabra de Dios que no puede engañarnos; pero si este efecto es infalible, ¿de dónde procede que falte tantas veces? Procede única-

mente de los obstáculos que ponemos á Dios. Dos cosas no pueden estar unidas mientras hubiere algún obstáculo, aunque muy pequeño, entre ellas; y por esta razón no puede haber perfecta unión entre Jesucristo y nosotros, mientras los pecados, las pasiones y el asimiento á las cosas del mundo reinen en nuestro corazón; porque se interponen entre El y nosotros.

Coloquio.—A Vos os toca, Señor, ayudarme á vencer estos obstáculos, porque es igualmente indigno de Vos y de mí, que vuestro poder quede vencido por mi resistencia. Separadme, Señor, separadme, ó despojad, si es necesario, mi corazón de todas las criaturas que pueden impedir la unión que deseo tener con Vos. Desposeído del todo, seré sobradamente rico si os poseo á Vos, que en la Eucaristía sois para mí todas las cosas.

Propósitos.—Examina tu corazón para ver si hay algún apego culpable que impida la unión íntima con Cristo, que es el efecto infalible de una buena comunión.

NOVENA EN HONOR DEL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

DÍA PRIMERO

El Corazón de Jesús, amigo del hombre.

Preludios.—Imagínate ver al divino Corazón de Jesús cual se apareció á la beata Margarita María, y pide luz para penetrar en los secretos de su corazón amantísimo y gracia para corresponder á su infinito amor.

Punto I

Jesucristo se hizo hombre para dar su Corazón al hombre.

Considera que aunque la amistad es un afecto propio de iguales, el Hijo de Dios quiso hacerse igual á nosotros para ser amigo nuestro,

tomando, como dice San Pablo, forma de siervo, «hecho á la semejanza de los hombres y hallado en la condición como hombre». Y todavía hizo más; pues sabiendo que la amistad requiere la presencia, el conocimiento y la familiaridad con el amigo, Jesucristo quiso permanecer entre los hombres, no sólo durante su vida mortal, sino hasta el fin de los siglos, para mantener entre su adorable Corazón y los hombres esa comunicación de afectos tan necesaria á la conservación de la verdadera amistad. Como Verbo divino, Jesús está en todas partes, y más unido á ti que tú mismo, y como Verbo encarnado, se comunica íntimamente contigo en el Sacramento de la Eucaristía. ¿Qué más familiaridad puedes desear? Le tienes siempre al alcance de tu corazón; continuamente está llamando á sus puertas para que se las abras y admitas á secreto coloquio, y cuantas veces lo haces, entrará en ti y cenará contigo y tu con El en la misma mesa, según lo declara San Juan en su *Apocalipsis*. Presente le tienes siempre en la divina Eucaristía para hablar contigo de corazón á corazón, y para que le trates con la mas íntima confianza; á ti viene para que goces de su presencia, para que como amigo puedas abrazarle y para que uses de todo lo que posee, según te plazca.

Claro está que la mutua comunicación de bienes entre Jesucristo y tú, es imposible, porque El lo posee todo y tu no posees nada; pero el exceso del amor que te tiene ha encontrado el medio de recibir de ti lo que desea. Desde luego te ha dado un corazón capaz de amarle sobre todas las cosas y tú debes ofre-

cérselo, que El lo aceptará como si fuese tuyo; después te ha revestido de dones preciosos de naturaleza y gracia, y como todo eso lo ha hecho tuyo, lo recibe de ti como si realmente te perteneciera.

Y aún ha hecho más; viendo que por tu malicia has perdido el tesoro de la gracia, El, después de haberlo reconquistado, ha unido á ese tesoro el de su satisfacción y sus méritos, y todo ello lo ha puesto á tu nombre como si de ti procediera. Y por último; no pudiendo tú darle cosa alguna, considera como hecho á El todo lo que haces en beneficio de tu prójimo, hasta un solo vaso de agua dado en su nombre.

Los ricos no son amigos de los pobres, y todo lo más son sus bienhechores; pero Jesucristo, infinitamente rico, es amigo tuyo á pesar de tu indigencia. Los poderosos no son amigos de los débiles, y únicamente, cuando son buenos, son sus protectores; mas Jesucristo es amigo tuyo, siendo como eres, la misma bajeza. Los sabios no son amigos de los ignorantes, si acaso son sus maestros; pero Jesucristo, que es la infinita sabiduría, es tu amigo, á pesar de ser tú la misma ignorancia.

La amistad de su Corazón, en suma, no está fundada en ninguno de los títulos en que se basa el interés humano; se funda únicamente en la altísima dignación con que ha querido humillarse hasta ti.

¡Oh sagrado Corazón, fuente divina de la más noble, leal, desinteresada y hermosa amistad que pueda pensarse! Si el que halló un fiel amigo halló un tesoro, el que halló la amistad de ese sacratísimo Corazón, ¿qué te-

soros de dicha, de paz y de dulzura no encontrará?

Punto II

Cualidades de la amistad del Corazón de Jesús.

Considera que de toda humana amistad puede en general decirse, según el Espíritu Santo, que sólo dura mientras el amigo es tu compañero de mesa, pero que no permanece en el día de la necesidad y de la tribulación. No es así la amistad que hacia ti tiene el sagrado Corazón de Jesús, pues no pudiendo recibir de ti ninguna utilidad, te la profesa únicamente por tu bien. Bajó á la tierra para aliviar tu miseria, vistió tu carne mortal para darte vida, y se inclinó hasta tu nada para exaltarte hasta su gloria. ¿Qué más pruebas puede darte Jesucristo de que su amistad es desinteresada?

Es también sincerísima esa divina amistad, pues Jesucristo, como amigo verdadero, toma tus penas como suyas, te consuela en tus aflicciones, te aconseja en tus dudas, te compadece en tus penas, te conforta en tus debilidades. Si caes en el error, lejos de adularte, como hacen los falsos amigos, trata amorosamente de volverte al camino de la verdad; jamás se cansa de tus peticiones; siempre, por el contrario, está dispuesto á correr en tu auxilio para llevar el remedio á todas las necesidades.

El niño le cuenta sus contratiempos infantiles; la doncella tímida le hace confidente de sus más íntimos sentimientos; la madre le encomienda el cuidado de los pedazos de sus entrañas; el padre de familia le representa sus cuidados y cavilaciones, y hasta el peca-

dor, cuando forma algún propósito de enmienda, acude á Jesús para que le libre del peso de sus pecados.

Pero no le basta á la amistad que Jesús siente por el hombre, ser desinteresada y sincera, sino que además es eterna. La amistad humana tiene siempre un principio ó en los estudios y juegos de la infancia, ó con ocasión de un viaje ó de un encuentro cualquiera; pero el principio de la amistad de Jesús hacia el hombre, no se encuentra ni puede encontrarse sobre la tierra. Piensa que ni habías nacido ni nadie sabía cuándo llegarías á nacer y ya te amaba; y en vano es que trates de investigar cuándo comenzó ese amor de Jesús hacia ti, cuando aun no existías, porque esa fecha se pierde en la inmensidad de los tiempos. «En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios. Este era en el principio con Dios». Y esto lo dice el evangelista San Juan multiplicando el verbo *era*, con lo cual quiere significar, según San Basilio, que era antes de que la tierra fuese creada, que era anterior á la creación de los ángeles y antes de todos los siglos. Antes de todo eso era ya Jesucristo tu amigo.

Y esa amistad, desde entonces no te ha abandonado ni un momento. Antes de que vivieras ya velaba por ti; no habías entrado en la tierra, y ya te tenía preparada una morada en los cielos, conquistada con toda su preciosísima sangre. Desde que naciste te acompaña á todas partes, y valiéndose de su inmensidad, no te pierde ni un momento de vista. Como es eterno, jamás se cansa de velar por ti; como es inmutable, su ternura hacia ti no sufre al-

teración: sólo en un caso parecerá experimentarla, y eso en beneficio tuyo. Cuanto mayor sea tu tribulación, más te demostrará su ternura; porque entonces es cuando vela más cuidadosamente por ti

¿Pero esa amistad, cuyo principio se pierde en la inmensidad de los tiempos, no tendrá fin? No le tendrá, si tú no quieres que lo tenga. Antes cesará Jesucristo de ser Dios, que su Corazón de profesar al tuyo amistad, si tú indignamente no le rechazas. Antes cesará de ser Dios, que quitarte los bienes que te ha dado, si tú de una manera villana no los desprecias. Y, sin embargo, muchos que fundan sus esperanzas en la mudable amistad de los poderosos de la tierra, desprecian la eterna amistad de Jesucristo, cuyo Corazón busca ansioso á los de los hombres, para colmarlos de bienes que nunca se acaban.

Punto III

Cómo debe corresponder el hombre á la amistad que el Corazón de Jesús le profesa.

Considera la diferencia que existe entre la amistad humana y la amistad que el Corazón de Jesús te pide en correspondencia á la suya. En aquélla, las consideraciones y favores son recíprocos; en ésta Jesús, aunque acepta todos los obsequios que queramos hacerle, principalmente quiere nuestra obediencia á todo lo que manda. Pero aun en esto, lejos de hacerte agravio, te favorece; porque así como no estás obligado á seguir los consejos de un amigo, porque siendo hombre falible no tiene sobre ti ninguna autoridad, por la razón opuesta te

hallas obligado á ejecutar lo que Jesucristo, que es Dios, además de amigo, te manda, pues no puede errar en lo que prescribe, y todo ello ha de redundar en tu provecho. Porque el Corazón de Jesús no busca en esto ninguna utilidad para sí, ni ambiciona tu protección, ni espera que lo favorezcas en nada. Todo lo contrario: todo lo bueno que hagas, ha de ser para ti y no para El. Esfuérzate, por lo tanto, no sólo en cumplir sus mandamientos en lo que tienen de común para todos los hombres, sino en conocer lo que especialmente desea de ti. Para este fin, tienen grandísima virtud los coloquios íntimos con su adorable Corazón. Visítale con frecuencia en el Sacramento de la Eucaristía, y recíbele á menudo en tu corazón para que se aumente la amistad que te profesa. Y si tu condición te lo permite, procura multiplicar el número de sus amigos, no sólo llevándole los que no están apartados de su adorable Corazón, sino muy especialmente aquellos cuyas culpas los tienen alejados de su amistad. Imita á Santa Teresa, cuando rogando por una persona que todavía no era de Jesús, pero en la que había encontrado buenas disposiciones para serlo, le decía: «Señor, atrae á Ti poderosamente á esa alma, que me parece formada para ser uno de nuestros amigos».

Finalmente, para mantenerte constante hasta la muerte en la amistad del Corazón de Jesús, conviene que conserves en el tuyo un sentimiento de temor filial de tener dentro de ti algo que ofenda á su dulce amistad. Porque el Corazón de Jesús no se ofende si eres de humilde condición y despreciado de los hombres, pues El lo fué también, ni porque seas

simple, ignorante y aun idiota. Se ofende únicamente si en tu corazón hay algo que sea enemigo del suyo. Cuida que esto no suceda, y de este modo conseguirás conservar la amistad del sagrado Corazón de Jesús en el tiempo y en la eternidad.

Coloquio.—¡Oh Jesús, único y solo verdadero amigo de mi alma, que para mostrarme tu amistad te has hecho caminante conmigo en mi destierro; para hacer mi suerte llevadera, has querido participar de mis penas; que naciendo, te me das por compañero; que para comunicarme la fuerza de que necesitaba, me allegas y juntas á Ti; que comiendo conmigo, te me das en comida, y que queriendo satisfacer por mis pecados, y tomar sobre Ti los castigos que por ellos había merecido, sufriste la muerte! ¡Cuántos motivos de amistad y de confianza! Has sufrido, como yo, más que yo, por mí.. ¿Podré quejarme? ¡Oh, no! Quiero sufrir con Jesús, como Jesús, por Jesús... ¡Oh alma mía! Mira la cruz, mira el altar, mira el Corazón de Jesús; esto basta; ánimo. Vamos también nosotros y muramos con El. Muéstrate con Jesús verdadero amigo. Para El sean tus afectos, tus deseos y tus secretos. Todo lo tuyo sea para Jesús, ya que todo lo de Jesús es para ti.

Propósitos.—No ser para Jesús desleal é infiel amigo, cosa que no permitirías tú ser con los amigos del mundo.

DÍA SEGUNDO

Jesucristo, hermano del hombre.

Preludios.—(Los mismos de la meditación anterior.)

Punto I

De la infinita misericordia de Jesucristo al hacerse nuestro hermano.

Considera que la mayor dificultad de la fe es el creer en la inmensidad de los beneficios

de Dios. Porque si no parece posible que un hombre por amor á un esclavo quiera hacerse esclavo como él, ¿cuánto más incomprensible es que un Dios, por amor al hombre, se haya complacido en hacerse hombre? Y aun entre el hombre y el esclavo la distancia es finita, mientras que entre Dios y el hombre es infinita. Porque si piensas lo que es el hombre en su cuerpo, verás que sólo es un poco de polvo animado, y en cuanto al alma, que es su único título de honor, ¿quién duda que de todas las criaturas espirituales es la menos perfecta? Y si de la consideración del hombre te elevas á la contemplación de Dios, ¿quién podrá imaginar que aquella inmensa majestad quisiera un día colocar sobre su trono á una cosa tan vil y abyecta como es la humana naturaleza?

Penetra aún más con los ojos de la fe en esa inmensidad divina, y mira al Padre gozando raudales infinitos de felicidad con el Hijo y con el Espíritu Santo. Mira después á este Hijo complaciéndose en revestirse de una naturaleza humana, como es la tuya, llena de enfermedades y de miserias, y realizando el singular portento de tomar todas las penalidades y dolores inherentes á esa humanidad. ¿Qué entendimiento humano es capaz de comprenderlo?

Esto, sin embargo, es lo que hizo el Verbo divino al tomar carne en el seno virginal de María, por obra del Espíritu Santo, para hacerse hombre como nosotros, con un alma semejante á la nuestra y un cuerpo semejante al nuestro unidos á su persona divina, para que se pueda decir con toda verdad que Dios es nuestro hermano. ¡Oh extremo de infinito amor

incomprensible! Los ángeles no pueden llamar á Dios hermano, ni tampoco los arcángeles, querubines y serafines; porque, segun San Pablo, «en ningún lugar tomó á los ángeles, mas tomó al linaje de Adán»; y tú, vil gusano de la tierra, puedes con toda confianza y amor llamar á Jesucristo tu hermano y esperar compartir con El la herencia paterna.

Punto II

Jesucristo, para hacernos hermanos suyos, nos ha comunicado su naturaleza divina.

Considera que Jesucristo, para hacernos hermanos suyos, después de tomar nuestra naturaleza humana, nos hizo particioneros de la suya divina. Porque cuando Dios quiere que el hombre realice algo para lo que no bastan las fuerzas de su naturaleza, le infunde en su alma un nuevo principio que le haga capaz de realizar dicho acto sobrenatural. Este don admirable de que, además de los naturales, dota Jesucristo al hombre, se llama gracia santificante, la cual le pone y le constituye en el orden sobrenatural, y en estado de realizar actos superiores á los de su naturaleza. Y ¿cuál es la naturaleza de este nuevo estado? El apóstol San Pedro enseña que es una participación de la divina naturaleza, por la cual Dios nos da parte de su santidad increada, y el divino Maestro la describe bajo la imagen de un nuevo nacimiento, de una regeneración que nos prepara para la vida eterna. Recuerda las palabras que dijo á Nicodemus: «Nadie puede entrar en el reino de los cielos, si antes no renace una segunda vez». Y Nicodemus,

que tomó al pie de la letra estas palabras, preguntó: «¿Y cómo puede renacer de nuevo lo que es ya viejo?» «En verdad os digo, replicó el Salvador, que aquel que no nace del agua y del Espíritu Santo, no entrará en el reino de Dios». Con lo que claramente dió á entender que no se trataba del temporal nacimiento del cuerpo, sino del nacimiento del espíritu, que es la gracia santificante que se recibe del Espíritu Santo en el bautismo, y que es, según San Pedro, una participación de la divina naturaleza, y, por tanto, nos hace hermanos de Jesucristo, primogénito de todos los hombres. Por esto el apóstol San Pablo llama á la gracia una nueva generación, una renovación del hombre por el Espíritu Santo; porque en la primera recibimos el ser hombres, y en la segunda el ser cristianos.

Y es tanto el valor de esta gracia, que si se pudiesen tomar diez grados de la gracia que adorna á un justo cualquiera, y se distribuyeran entre diez demonios, al punto se transformarían en otros tantos ángeles gloriosos del cielo; tanto esplendor tiene á los ojos de Dios, y tanto valor intrínseco posee un átomo de la gracia santificante.

Pues esta gracia es la que has recibido de Jesucristo al participar su divina naturaleza; porque si bien es cierto que la creación de la gracia, como todas las obras que los teólogos llaman *ad extra,* pertenece en común á la augustísima Trinidad, no es menos verdad, que sin Jesucristo jamás estarías en aptitud de poseer la gracia que te ganó por su Pasión y su muerte.

Jesucristo fué quien con sus méritos, con

sus oraciones y con su sangre la recuperó para el hombre, después de haberla perdido nosotros miserablemente por culpa de nuestros primeros padres. Jesucristo fué quien instituyó aquellos maravillosos medios que la suministran: el Bautismo, que la confiere la primera vez; la Penitencia, que la restaura una vez perdida; la Eucaristía, que la aumenta sin límites. Jesucristo fué quien la depositó de una manera inagotable en el tesoro de la Iglesia, para que, en beneficio de todas las generaciones, se perpetuase hasta la consumación de los siglos. Jesucristo fué quien preparó todos los caminos misteriosos de inspiraciones, oraciones y sacrificios, que sirven para conservarla. Jesucristo fué quien ordenó sacerdotes en la tierra que fueran sus perennes administradores, y ángeles en el cielo que nos ayudaran á guardarla contra los enemigos que de ella quieren despojarnos. Y, finalmente, Jesús es quien, después de haberla merecido, conferido, acrecentado y conservado, la corona, primero con la perseverancia aquí en la tierra, y luego con una gloria inmortal en el cielo.

Punto III

Jesucristo, al hacerse nuestro hermano, nos hizo coherederos de la gloria de su Eterno Padre.

Considera que Jesucristo por mil títulos tiene derecho á la herencia celestial. Posee tesoros infinitos de su Eterno Padre; ha reunido inmensos bienes de gracia, y lejos de parecerse á otros hermanos de la tierra, se apresura á comunicarnos todos los bienes de que disfruta y

á prometernos para la otra vida parte en su heredad. Admira la dignación con que Jesús se complace en llamarse tu hermano y en demostrártelo. Con ese dulce nombre te reconoce como miembro de su misma familia. ¿Y qué quiere decir ser de la misma familia de Jesús? Pertenecer á la familia de un monarca, implica participar de su dignidad, riquezas, estado, honores, privilegios y demás bienes de ella; y por tanto, ser de la familia de Jesús, quiere decir participar de todas sus prerrogativas.

Jesús tiene un Padre en el cielo, infinitamente bueno, y tú como hermano de Jesucristo, tienes el mismo Padre. Y así quiere Jesús que le llames. Jesús como Verbo encarnado tiene una Madre, que es la Virgen Santísima, y tú como hermano de Jesús, tienes la misma Madre. En esta divina familia son muchos los miembros, porque Jesús es un primogénito que tiene muchos hermanos menores y todos debemos tratarnos con tierna familiaridad para formar lo que se denomina Comunión de los Santos. En esta familia los bienes son inagotables porque el Padre de ella es la fuente infinita de todos ellos, y la dispensadora de esos bienes es la misma Madre. Y esos bienes están además indivisos y puestos por Jesús á disposición de sus hermanos menores.

Al revés de lo que ocurre en muchas familias, reina en ésta, como divina, la concordia, la confianza y el amor que todo lo une. ¿Has pensado alguna vez en lo que es y en lo que supone esta unión de corazones y esta familiaridad de trato con Jesús? Si en medio de tus miserias, de tus angustias y dolores tuvieras un hermano que te amase con todo su corazón,

¿no acudirías á él como el más seguro refugio contra todos los males? Pues ya lo ves, Jesús es tu verdadero hermano, te ama más que á sí mismo, pues por tu amor dió la vida; es omnipotente, y soberanamente rico, y divinamente bueno, y con su virtud se extiende á todos los bienes y puede poner remedio á todos los dolores, y á todas las aflicciones y calamidades de la vida presente y futura. ¿Acaso no te basta esto para inundar tu ánimo de júbilo? ¡Ah! ¿Cuándo acabarás de comprender una vez siquiera quién es Jesús? ¿Cuándo acabarás de estimar los tesoros infinitos de amor que tienes en El?

Mas para que puedas aspirar á esos tesoros has de tener en cuenta, que Dios, que tantos beneficios hizo al mundo por Jesucristo, ha decretado que sólo viviendo el hombre dentro del orden sobrenatural, puede obtener su eterna salvación.

Piensa que este es precisamente el escollo en que choca el mundo empeñado en no querer entrar en el orden por Dios establecido. Cuando el patriarca Loth, anunció á sus parientes la ruina de la Pentápolis, creyeron éstos que desvariaba y lo mismo sucede á los mundanos, cuando los ministros del Señor les anuncian, bajo pena de eterna condenación, la necesidad de la gracia y de la vida sobrenatural. Si se les dice que hay necesidad de creer en Jesucristo, pensar como El, obrar como El, porque El es el solo autor de la gracia, lo toman á fábula, y dicen que se puede ser del mundo y ser de Cristo, gozar de los placeres del mundo y de las delicias de la virtud. Si se les dice que deben vivir sometidos á la Iglesia,

contestan que no tienen necesidad de depender de autoridad ajena. Se les habla de los Sacramentos y sobre todo, de los de la Penitencia y la Eucaristía, y contestan que ellos no necesitan medios tan extraordinarios, ni aspiran á la santidad. Se les recomienda la oración, la asistencia al santo sacrificio de la Misa y la devoción á la santísima Virgen y á los Santos, como medios eficaces de adquirir, conservar y aumentar la gracia, y responden que les basta la honradez natural y la tranquilidad de su conciencia. Se les dice, por último, que hay necesidad de huir de los pasatiempos mundanos y de las amistades peligrosas y que deben conformar sus vidas con la de Cristo, ejercitándose en la paciencia, en la humildad, en la mortificación, porque sólo con estos ejercicios fructifica la gracia, y responden que les basta la probidad natural, el amor á la humanidad y el hacer el bien que puedan. Máximas son estas, mundanas, impías y enemigas del Corazón de Jesús y del Evangelio, que nos asegura, como dogma de fe, que sólo por obras hechas en gracia de Dios podemos salvarnos. ¡Desgraciado de ti si pretendes trastornar el orden escogido por la bondad divina y no vives de la gracia que brota del Corazón de Cristo y que te hace hermano suyo! Desgraciado, sí, porque eso equivale á corresponder al amor fraternal de Jesucristo, con la más negra ingratitud. O lo que es lo mismo: á hacer traición á un hermano divino.

Coloquio.—Divino Corazón de Jesús, que en tu amor hacia el hombre no te has contentado con nada menos, que con bajarte hasta mí haciéndote

hombre y con elevarme hasta Ti, haciéndome por la gracia semejante á Ti mismo. Ya que eres por tu bondad hermano mío, que lo sea, Señor, en la semejanza de tus virtudes, en el amor á la cruz y al sacrificio, que como hermano tuyo participe de tus afectos y tus deseos y después, de la herencia de nuestro Padre celestial.

Propósitos.—Pensar con frecuencia en lo que exige de ti la alteza del estado sobrenatural al que Jesús te ha elevado, y no degenerar de los altos pensamientos de hermano de Cristo.

DÍA TERCERO

Jesucristo, maestro de los hombres.

Preludios.—(Los mismos de la meditación anterior.)

Punto I

De la excelencia de Jesucristo como maestro.

Considera que aunque la doctrina no recibe su bondad y excelencia de la autoridad del maestro que la enseña, sino de su verdad intrínseca, no es menos cierto que mucho contribuye á acreditarla, la sabiduría del que la profesa. Y siendo esto así, ¿quién, por ejemplo, no se tendría por muy honrado si pudiera decir que habían sido sus maestros los hombres más sabios del mundo? De aquí has de deducir cuán grande es la ventura del pueblo cristiano que tiene por maestro, no á un hombre sabio, sino al Hijo de Dios, su Verbo y su misma sabiduría. ¿Quién podrá dudar de la certeza de una doctrina enseñada por semejante maestro? Los maestros de la tierra, lo son por arte y por estudio; Jesús es maestro por naturaleza, y así como el rayo del sol brilla para disipar las tinieblas del mundo, del

mismo modo Jesús descendió del cielo para enseñar la verdad. Jesucristo, en efecto, por virtud de su generación eterna, es luz de luz y del mismo modo, por virtud de su nacimiento temporal, es luz del mundo. Sólo El, por tanto, puede llamarse verdadero maestro, porque es el único que no está sujeto á error. Así pues, con sólo la autoridad de su magisterio quedan convictos de error cuantos mundanos se opongan á sus enseñanzas, y todos los soberbios y presuntuosos que levantando cátedra contra El, opongan sus delirios á la doctrina que El enseña. Es, además, Jesús, el único maestro verdadero del cielo, porque sólo El ha manifestado cosas por todos ignoradas, porque las había visto con sus propios ojos. Porque así como el que viene de la tierra es terreno y habla de la tierra, del mismo modo el que viene del cielo habla de cosas celestiales. Sólo el Verbo divino que mora en la esencia del Padre puede declarar la naturaleza y los secretos del Padre; sólo quien es el Hijo unigénito puede revelar la eterna generación del Verbo; sólo quien es una misma cosa con el Espíritu Santo puede conocer íntimamente su naturaleza. Conoce las promesas que le ha hecho su Padre, y viene á propósito á la tierra para cumplirlas; conoce los misterios de Dios, y viene para declararlos. Conoce el fin de recompensa ó de condenación que espera al hombre en la otra vida, y viene para que el hombre conquiste la primera y huya de la segunda. Como nada ignora, nada se le oculta, y es, por tanto, el único maestro que todo lo tiene presente.

Considera, además, que el hombre aprende

con mucha dificultad y no pocas veces cae en el error. Los sistemas de un siglo son derogados por los del siglo siguiente, y nadie puede prometerse no ser tratado, andando el tiempo, del mismo modo. Sólo Jesucristo es siempre el mismo y siempre inmutable, porque es la verdad. Como ve toda la verdad y todo lo manifiesta, no puede temer que nadie la cambie, y por esto los que siguen su doctrina no pueden temer tampoco ser engañados ni desmentidos por descubrimientos posteriores. Es más: si subsiste en el mundo, como verdaderamente subsiste, la infalibilidad del Soberano Pontífice, no es por otra cosa sino porque le asiste el maestro divino de que aquél es Vicario, y si esa infalibilidad subsistirá hasta el fin de los siglos, es porque la inspira el espíritu de Cristo que es inmutable.

¡Oh dignidad infalible del maestro divino! ¡Oh condición felicísima del pueblo cristiano, en el que se realiza la palabra del Profeta al anunciar que en la nueva Ley seríamos todos enseñados por Dios!

Punto II

De la excelencia de la doctrina que Jesucristo enseña.

Considera con gran pesadumbre la ceguedad de los que no escuchan la doctrina de Jesucristo, y el que haya en medio del pueblo cristiano quien se atreva á impugnarla, á dudar de ella y aún á condenarla.

El real Profeta, transportado en espíritu á la consideración de la doctrina que había de constituir la nueva Ley, delineó en pocas pa-

labras su naturaleza y perfecciones llamándola ley de Dios inmaculada. San Basilio de Seleucia cuenta que el apóstol San Pablo, predicando en la capital de la Licaonia, donde convirtió á Santa Tecla, comenzó su sermón con estas palabras: «Dos cosas tengo que deciros de parte de mi maestro y que siempre habéis ignorado: la una se refiere á la pureza del corazón y la otra á la virginidad». Y realmente, estas dos cosas bastan para demostrar toda la pureza de la doctrina cristiana, jamás conocida antes de que la enseñara el divino maestro. Y lo mismo que de la pureza, puede decirse de las demás virtudes.

Para penetrarte bien de ello, considera las palabras con que Jesucristo comenzó su predicación. Bienaventurados los pobres de espíritu; bienaventurados los que lloran; bienaventurados los que han hambre y sed de justicia; bienaventurados los que padecen persecuciones por la justicia, y dichosos, hasta el colmo de la felicidad, cuando los demás hombres les persiguieren y maldijesen. ¿Quién hasta entonces había dicho jamás que para ser verdaderamente valeroso era preciso padecer insultos de los enemigos y amarlos, que había que hacerse como niños para ser sabios, que la magnanimidad consiste en la pobreza y en la humildad; que el talento verdadero consiste en creer lo que no se comprende; que la libertad es la renuncia de la propia voluntad, y que la paz del corazón se consigue negándole lo que desea? ¿Quién entre los sabios expuso una doctrina tan celestial y divina?

¡Ley de Dios inmaculada! Su conocimiento

basta para demostrar la verdad que existe en este encomio que de ella hace el Espíritu Santo. Obsérvala, sin embargo, en su objeto principal, que es la noción de Dios. Compara lo que creía el mundo antes de Jesucristo con lo que Jesús enseñó á los hombres, y verás cómo aparece en El, en todo su esplendor la majestad del único y verdadero Dios, porque Dios, según lo enseña el Verbo divino, es la santidad, la justicia, la bondad y el amor por excelencia.

¿Por qué el mundo rechaza doctrina tan celestial? Porque es completamente la condenación del mundo y de todo cuanto el mundo ama y abraza. Pero tú, para quien Jesús es y debe ser camino, verdad y vida, no tengas ni quieras más maestro que á Cristo, pues los que le siguen son hijos de la luz y la verdad, y los que de El se separan vivirán siempre en tinieblas.

Punto III

Efectos de la enseñanza de Cristo.

Considera que, aunque la doctrina enseñada por Jesucristo va contra todos los apetitos de la carne y satisfacciones del amor propio, sus efectos fueron muy contrarios á los que produjeron siempre las falsas doctrinas de los enemigos de Cristo. Los sabios de todos los siglos, conquistaron algunos admiradores, fundaron tal ó cual escuela, pero no convirtieron ningún alma. La palabra de Jesucristo ha convertido el mundo y santificado millones de almas. Todo lo ha purificado, todo lo ha elevado la palabra de Cristo.

Y ¿cómo no había de suceder así, si cada una de las palabras del divino maestro ha producido en el mundo vocaciones maravillosas, instituciones amplísimas y virtudes jamás conocidas? Dijo una vez que su Iglesia quedaría edificada sobre Pedro, y aquellas pocas palabras dieron vida á una institución la más grande y gloriosa que conocieron y conocerán los siglos. A los que le seguían, les dijo un día: «Id y enseñad á todas las gentes», y al punto surgieron millares de apóstoles y misioneros, que arrostraron y vencieron todas las iras de los tiranos. «No temáis á los que matan los cuerpos», les dijo en otra ocasión; y todo el mundo, jóvenes y viejos, hombres y mujeres, grandes y pequeños, tuvieron por extraordinario honor verter por Jesucristo toda su sangre.

Otra vez dijo: «Si quieres ser perfecto, vende lo que tienes, dáselo á los pobres, y tendrás tesoros en el cielo. Ven y sígueme». Y se pobló primero el Oriente y luego el Occidente de santos anacoretas, que dieron después origen á las instituciones religiosas que han sido la gloria de la Iglesia y el refugio de la virtud y la ciencia. Con pocas palabras acerca del matrimonio, santificó la familia; con pocas palabras sobre la caridad, destruyó la barbarie, y nos hizo á todos hermanos, como hijos de Dios, nuestro Padre común. Dijo un día que tendría como hecho á sí lo que se hiciera por uno de sus pobres, y surgieron á millares los hospitales, los hospicios y asilos para toda clase de necesidades espirituales y temporales. Llamó á sí á los párvulos, y aparecieron las escuelas cristianas, dirigidas por discípulos suyos. Dijo que el pan consagrado en la

Cena era su carne, y de esto nació un torrente de adoración y de amor, que arrastró á todas las almas generosas. Dijo que María era su Madre, y el mundo profesa á María un tierno y ardiente amor. Como el *fiat* que el Verbo de Dios lanzó en el seno de la nada, así las palabras del Verbo encarnado produjeron creaciones nuevas, tanto más sublimes y elevadas, cuanto el orden de la gracia sobrepujó al de la naturaleza.

Pero no porque la doctrina de Cristo sea sublime, es menos accesible. El cristiano más indocto, con sólo el Catecismo, resuelve los problemas más difíciles. Pregunta á un niño cristiano de dónde viene y adónde va, y te dirá que es hijo de Dios y heredero de su gloria; que vino al mundo para servir á Dios, y después gozarle; que Dios es un espíritu purísimo, y que se le honra con fe, esperanza y caridad; que se le puede aplacar, una vez ofendido, con la penitencia. Y así te dará cumplida respuesta á todas las cuestiones que han agitado á los sabios del mundo.

Da gracias á Dios porque te ha proporcionado tan divino maestro, y piensa que sólo es bienaventurado aquel que conoce la divina ley y la practica. Examina por tus máximas y por tus obras, de quién eres discípulo: del mundo soberbio, regalado, sensual é iracundo, ó del Corazón de Jesús, manso, humilde y mortificado. Recuerda que sólo los que profesan y practican la doctrina del divino maestro, esos serán salvos.

Coloquio.—¡Oh Corazón lleno de infinita sabiduría! ¡Cuánto aprenden, y qué pronto, los que logran teneros por maestro! Enseñadme, amabilísimo Co-

razón, pues os habéis dignado admitirme por vuestro discípulo; haced á mi corazón dócil á vuestras divinas lecciones, y traed á Vos con eficacia á todos los que resisten á la verdad. Enseñadme todas las virtudes, y, sobre todo, encendedme en vuestro amor, que es la sabiduría verdadera. Enviad á mi inteligencia rayos de fe viva y de caridad ardiente, para que éstos infundan en mi corazón, y en el corazón de todos, especialmente de los que tienen cargo de enseñar á los demás, las luces de la ciencia de los Santos.

Propósitos.—No guiarte por otras máximas que por las del divino Maestro, completamente opuestas á las del mundo y la carne.

DÍA CUARTO

El Corazón de Jesús, ejemplar divino de los hombres.

Preludios.—Oye la voz del Corazón de Jesús que dice á todos los hombres: "Aprended de Mí„ y pídele saber copiar las divinas virtudes del ejemplar divino de todos los predestinados.

Punto I

Jesucristo se nos propone por ejemplo para que le imitemos.

Considera que es absoluta y estrechísima la obligación que tiene el hombre de imitar á Jesucristo, y que esa es condición indispensable para salvarse. No faltan muchísimos que descuidan esa importante obligación y aun hay algunos que creen que la imitación de Jesucristo no pasa de ser un mero consejo. Imitarle, dice San Agustín, es seguirle, y como seguirle es necesario para tu salvación, de aquí puedes deducir cuánto te importa saber de qué modo es Cristo tu ejemplar y cómo debes imitarlo. Para ello imagínate cómo su divina Ma-

jestad, viendo al hombre miserablemente encenagado en los vicios, quiso regenerarle y levantarle de tal miseria, presentándole en un perfectísimo modelo todo aquello que debía practicar. Y este modelo de todas las virtudes, fué su Verbo encarnado que vino al mundo para el perfeccionamiento del linaje humano, y por eso puso el Padre Eterno en el Corazón de su Hijo la fuente y el ejemplar de toda virtud.

Cuando nombro á Jesucristo, dice San Bernardo, me represento á un hombre manso y humilde de corazón, benigno, sobrio, casto, misericordioso, enriquecido con infinita pureza y santidad, y al mismo tiempo un Dios omnipotente que con su ejemplo me sana y con su gracia me conforta. Pero esto, con ser mucho, aún no es bastante para dar una idea de la grandeza de tan divino modelo, porque las virtudes del Corazón de Jesús son de tal perfección que exceden la comprensión humana y angélica. En El están como en su propia fuente y modelo, porque El es santísimo é impecable, ya por la luz de la gloria que le es natural, por la gracia de la unión que le es personal y por la santidad eterna que le es esencial. Para que hasta donde sea posible, te formes un concepto de este ejemplar divino, haz que acudan á tu pensamiento todas las virtudes que se practican en la Iglesia, y á poco que medites verás que todo el celo que animó á los santos Apóstoles, no es otra cosa que una chispa del que arde en el Corazón de Jesús; todo el sufrimiento de los mártires, un recuerdo de la paciencia de Cristo; todo el candor de las vírgenes, un olor de la

pureza de Cristo, y en una palabra, todas las obras de los justos, una sombra de las obras del Corazón de Jesús.

Por esta razón, siendo tantas y tan infinitas estas virtudes, los santos que han querido imitar á Jesucristo, no pudiendo copiarlas todas, se han propuesto cada uno cultivar una virtud especial, esperando imitar en ella á Jesucristo de la manera más perfecta que le fuera posible. Así Benito, Bruno y Gualberto, quisieron que sus hijos imitaran la oración de Cristo, jamás interrumpida; Francisco de Asís y Clara, quisieron seguirle en la pobreza; Santo Domingo, quiso imitarle en el fervor de la predicación; Ignacio de Loyola, en el celo por la salvación de las almas; José de Calasanz, en su amor á la infancia; Juan de Dios, en la caridad para con los enfermos, y así en las demás familias religiosas, cada una de las cuales ha encontrado en el estudio solícito de alguna de las virtudes de Jesucristo, la más heroica santidad.

Deduce de todo esto, que todas esas perfecciones de las virtudes de nuestro Señor han sido reveladas al hombre para que las imite, porque Jesucristo no es una hermosísima estatua levantada para alabanza y gloria de la santísima Trinidad, sino un modelo dado á los hombres para que le copiásemos. Dios quiso sacar al hombre del abismo en que yacía y restaurarlo, y pudo hacerlo por medio de una doctrina infalible que se grabase en la mente y con santísimos preceptos que fortalecieran el corazón. ¡Pero cuánta mayor eficacia no habrá de tener un ejemplo vivo y divino! Lo que el hombre ve con los ojos, penetra fácil-

mente en sus sentidos y fácilmente practica lo que ha visto practicar. Por eso toda la vida de Jesucristo fué un constante ejemplo. Para enseñar el respeto, la obediencia y la sujeción á la autoridad, vivió treinta años sometido á María y á José; para inculcar en los pobres la resignación y la laboriosidad, trabajó durante largos años en un taller; antes de predicar el amor á la pobreza, á la abnegación y desprecio de sí mismo, pasó muchos años en la mayor pobreza y en la humillación más incomprensible en un Dios; antes de predicar la guerra al mundo y á la carne, triunfó, como dice el Apóstol, del mundo con su divina pureza y la abstención de lo que el mundo ama y abraza. En una palabra: de todas las virtudes que ensalzó y predicó fué El el divino ejemplar. Mira, pues, cuán obligado estás, no sólo por deber sino por generosidad, á imitar á tan acabado modelo, y estudia cómo lo haces y cuánto distas aún de El.

Punto II

Efectos de la imitación de Jesucristo.

Considera que es propio de todo ejemplo ejercer una fuerza especial, sea para el bien, ó para el mal, en el corazón humano. Los santos ejercieron sobre los hombres una influencia maravillosa. Francisco de Asís, por no citar otros, formó un plantel de santos en torno suyo que inundaron el mundo y lo renovaron. De Santa Catalina de Sena se ha escrito, que nadie habló con ella que no se hiciera mejor; Santa Teresa infundió en multitud de almas el fervor de la santa contemplación. Y lo mismo

puede decirse de los demás santos, que con sólo su conversación familiar obtuvieron conversiones maravillosas. ¿Pero si tanta fuerza tienen los ejemplos buenos de los santos, cuánto mayor no lo tendrá el ejemplo de un Hombre-Dios, el Santo de los santos? Porque considera que Jesucristo es la suavidad y la dulzura por esencia, y que todo lo que de El dimana fortalece plenamente á las almas. Mira su persona, escucha su palabra, repasa en tu mente sus obras y piensa en su divina virtud. Y si todo esto contemplado en un hombre tendría ya algún valor, considerado en Jesucristo resulta un inagotable tesoro. La vista espiritual de Jesús, humilla y eleva, rebaja y exalta, mortifica y vivifica el alma de un modo inefable. Su palabra, decía Pedro, que le había oído, es palabra de vida eterna. Meditar una máxima de Jesucristo, una sentencia salida de sus labios y no sentir mudado el corazón, es imposible. Mi alma se liquida, decía la esposa de los Cantares, apenas habla mi amado. Eso mismo puede decirse de su ejemplo divino.

Piensa cómo se han formado los santos de la Iglesia. Todo ellos tuvieron delante de sus ojos este divino ejemplar, y contemplándole sintieron afluir á sus almas aquella sobrehumana virtud que endulzó toda la amargura de sus combates. No creas que los Casimiros, los Luises, los Estanislaos y otros innumerables jóvenes purísimos y santísimos, no sintieron los halagos del mundo. Los sintieron, sí, pero los vencieron porque el conocimiento y la imitación de Jesucristo los alentaba. No te imagines que los penitentes de la Tebaida, no sentían el rigor de sus penitencias; ciertamente

lo sentían, pero el ejemplo de Cristo en el desierto los fortalecía y consolaba.

Cuando Andrés anhelaba la cruz; cuando Ignacio suspiraba por los leones; cuando Lorenzo envidiaba á Sixto la palma del martirio, y cuando, en una palabra, todos los mártires corrían al sacrificio, no eran seres desnaturalizados que tuviesen odio á su carne, sino que tenían los ojos puestos en el divino ejemplar, y, viéndole crucificado, se sentían con valor para pagarle con su vida aquella sangre que antes había dado por ellos.

Considera con qué transportes de amor abrazó Francisco de Asís la pobreza; mira cómo Inés aspira la fragancia de la pureza de Cristo; cómo Catalina, llena de amor, toma la corona de espinas y la coloca en su cabeza, y cómo Bernardo abraza, valeroso, la cruz. Ninguno de éstos, ni los demás innumerables Santos, consideraron las humillaciones, las vigilias, los ayunos, los dolores y la muerte como son en sí, sino como son en el Corazón de Cristo, y esta irradiación de su divinidad les dió una fuerza sobrehumana para resistir los trabajos y dolores, una alegría secreta para desearlos y una confianza íntima para alentarse á padecerlos.

Inspírate en ese mismo ejemplo, y como ellos imitando á Cristo se transformaron en copias perfectísimas del divino original, así tú por el amor y la imitación podrás llegar á parecerte á Cristo.

Punto III

La imitación del Corazón de Jesús señal de predestinación.

Considera que para todo hombre no debe haber en el mundo más que una cuestión: saber si somos ó no predestinados. Pregunta pavorosa; dudas que acongojan aun á los santos; pero lo único cierto en este asunto es la respuesta á esa pregunta de la fe católica por boca de San Pablo: «Son predestinados todos aquellos que llevan la imagen del Hijo de Dios». Los que odien lo que Cristo ha odiado; los que amen lo que Cristo ha amado, y los que sigan lo que Cristo ha seguido, esos son los predestinados.

Atente á esta regla, y trata de seguir los ejemplos de Jesucristo con la mayor perfección que te sea posible; pero sin perder nunca de vista que la imitación de Cristo es un precepto, y no un consejo. Debes, pues, huir del mundo, tantas veces anatematizado por Jesucristo en el Evangelio y condenado con su ejemplo; imita á Jesús en el desprendimiento de los bienes terrenos, en el amor á la cruz, en la abnegación y mortificación, en dar á los pobres lo que te sobre de tus necesidades. En una palabra, debes resistir al mal que el príncipe de las tinieblas difunde sobre la tierra, y echarlo de ti como Jesucristo lo echó.

Ten humildad en medio de las grandezas, compasión de los indigentes en tu abundancia, castidad en medio de los incentivos de la culpa, desprendimiento del mundo en medio de sus bulliciosos atractivos.

No pierdas de vista que hay dos cosas que constituyen, por decirlo así, la esencia de la virtud y la vida de los verdaderos fieles, y son: el odio á la sensualidad del mundo y la piedad sincera y fervorosa hacia Dios: esfuérzate en tenerlas, pues en ello estriba muy principalmente el asunto de tu predestinación.

Huye con horror de esa sensualidad mundana que se manifiesta en los teatros en que son sensuales las comedias, los bailes y la música. Huye de esas lecturas muelles y corruptoras que al mundo agradan; de esos espectáculos y de esas pinturas que sólo sirven para excitar los sentidos. Y huye, sobre todo, de ese refinamiento de la sensualidad mundana que se vale, para saciarse, hasta de la piedad y de la beneficencia, y que no sabe socorrer á los pobres, ni fundar asilos, ni practicar ninguna obra de caridad como no sea bailando, ó representando comedias, ó dando otros espectáculos públicos de igual naturaleza, y que son escándalos de la piedad sólida y de la caridad cristiana.

No imites á aquellas personas que comulgan por la mañana y corren por la noche á presenciar espectáculos donde se crucifica de nuevo al Redentor del mundo, porque los que tal hacen han perdido todo sentimiento de religión verdadera en sus corazones, aunque en lo exterior no aparezcan como malvados. Persuádete de que antes se concertarán el agua y el fuego, y el paraíso con el infierno, que se unan cosas tan opuestas como la verdadera piedad y la afición al mundo, y piensa con gran temor de que si hoy pueden engañar á alguien esas falsas apariencias de piedad, no se

ocultarán á los ojos de Dios en el tremendo día del juicio.

Realmente hay muchos motivos para temer por la predestinación de gran número de cristianos, cuya vida no se conforma en nada con la del divino ejemplar que Dios envía á la tierra. Procura no ser tú de ese número, y ajusta tus actos á los de ese divino modelo. No olvides que la práctica de la verdadera piedad es un instrumento poderoso para impetrar la gracia y combatir las pasiones, y ten en cuenta que, según el dicho del Apóstol, Cristo debe ser formado en nosotros, y que sólo sucederá esto cuando en nosotros resplandezca la humildad del Corazón de Jesús, la paciencia de Jesús, la mortificación de Jesús, y, en una palabra, todas las virtudes del divino Corazón de Cristo.

Coloquio.—¡Oh divino Corazón, fuente perenne de toda gracia y ejemplar de toda santidad! Yo deseo vivísimamente parecerme á Vos en vuestros afectos, deseos y virtudes; transformarme en Vos, vivir de Vos y para Vos, copiaros en mi corazón para merecer que el Eterno Padre vea en mí vuestra divina imagen. Revestidme, Corazón amabilísimo, de vuestros sentimientos y de vuestros amores, para que no haya en mí nada que os ofenda ó desagrade.

Propósitos.—En todo lo que hagas, piensa cómo lo haría Jesús, y procura imitarlo.

DÍA QUINTO

Jesucristo, médico de las almas.

Preludios.—(Los mismos de la meditación anterior.)

PUNTO I

Jesucristo conoce nuestras enfermedades, y puede curarlas.

Considera que si para curar una enfermedad, la primera condición es conocerla, Jesús

conoce íntimamente todas nuestras enfermedades, porque nada hay oculto á sus divinos ojos. Conoce todas las pasiones que desde que tienes uso de razón han comenzado á solicitar tu corazón, y sabe el número y la malicia de todas las culpas que has cometido. No se le ha ocultado uno solo de los pensamientos que has tenido durante toda tu vida, ni el más insignificante de tus afectos, ni el más leve de tus suspiros. Conoce todos los estragos que la culpa ha hecho en tu alma, y todos los malos hábitos que has contraído por tus pecados.

Más todavía: muchas veces te engañas á ti mismo, creyendo que todo lo que te deleita es un bien, y que, por tanto, siguiendo tu pasión desordenada no estás enfermo y no necesitas, por consiguiente, llamar al médico divino de tu alma, Cristo-Jesús. Pero como éste no se engaña jamás, sabe que estás enfermo, aunque tú te juzgas sano, y aunque tu enfermedad sea grave y voluntaria, horrible y asquerosa, no por eso se indigna ni se niega á curarte, pues mientras más repugnante es tu dolencia, tanto más se enternece ese divino médico.

No teme tampoco lo que puedan decir, porque preste sus servicios á enfermos miserables, y bien lo demostró ante el escándalo de los fariseos que murmuraban de Jesús porque entraba en las casas de los más grandes pecadores, como eran los publicanos, y se sentaba con ellos á la mesa. ¿Qué partido tomó entonces para acallar aquel escándalo farisaico? ¿Se retrajo de visitar á aquellos desgraciados? Nada de eso. Proclamó en alta voz que,

por lo mismo que eran pecadores, tenían mayor derecho á su piedad y clemencia, y cuanto mayor era la enfermedad que padecían, mayores debían ser los cuidados que les prodigase como médico.

Pero, dirás tal vez: Jesús conoce mi enfermedad, pero ¿podrá curarla? Porque no todas las enfermedades tienen remedio, unas por su naturaleza, y otras porque el estado del enfermo no puede soportar la medicina. Desecha ese vano temor, porque no hay enfermedad que no pueda curar N. S. Jesucristo, y si algunos desgraciados han caído en los abismos de la desesperación, es porque, encenagados en la culpa, no osaron ni pensar en su conversión. Por una parte sienten una inclinación fortísima hacia el pecado, y, por otra, una voluntad sumamente flaca para todo lo que suponga resistencia. La larga costumbre ha creado en ellos una inclinación tal á la culpa, que les impide abstenerse de ella, y el amor que tienen al placer es tan vivo y tan intenso, que hasta el pensamiento de renunciar á él, lo reaviva. Almas infelices que acaban por perderse; pero se pierden por su culpa, pues el médico divino no cesa de ofrecerles el remedio de sus dolencias.

No vaciles en acudir á El para la curación de las tuyas, pues en un momento puede mudar tu corazón y hacer que odies lo que amas tan desordenadamente, poniéndote en el camino de la salvación. Si eres irresoluto y débil, piensa que Jesús puede conferirte la fuerza que te es necesaria para que salgas del letargo en que vives y formes resoluciones que te arranquen de los lazos que te sujetan al pe-

cado. La mano de Jesucristo, que ha sanado á las Thais, á las Pelagias, á las Margaritas y á los Guillermos, haciéndoles mudar su vida pecadora en vida santísima, no se cansa nunca de seguir sanando á los pecadores, que todos los días dan testimonio de sus numerosas y grandes curaciones.

Punto II

De qué modo procede Jesucristo en la curación de las almas.

Considera que el hombre es accesible al bien ó al mal por uno de estos dos lados. Como sér inteligente, escoge las luces con que ilumina su entendimiento, y como dotado de voluntad, da el impulso que desea á su corazón. Si su mente se inclina á lo falso, cae en el error, y si consiente en el mal con su voluntad, cae en el pecado. Para estas dos clases de males tiene el celestial médico Jesús los tesoros de su gracia, que aplica, según los casos, al entendimiento y á la voluntad. Muchas y muy complicadas son las operaciones de la gracia divina, mas para el objeto de esta meditación, bastará con que examines los medios ordinarios que Jesucristo emplea para sanar á las almas. Valiéndose del poder que tiene sobre el hombre, ilumina su entendimiento de muchas maneras. Unas veces por medio del amigo á quien pides consejo, hace brillar ante tu vista la luz de la verdad; otras es un sacerdote que te enseña ó predica, ó un libro que te advierte de tu error. La desgracia y la prosperidad, la salud ó la enfermedad corporal, la vida y la muerte, son también enseñanzas de

que Jesucristo se vale para tu curación. La Iglesia es todo un magisterio de altísimas verdades, aptas para producir admirables frutos de conversión, y cuando aún no bastan todos esos medios para sacarte del error en que estás, Jesucristo mismo, que es la luz increada, envía á tu entendimiento el conocimiento vivo de una verdad, de un principio, de una máxima que te ilumina y convence: tanta es la claridad que hace en ellas resplandecer.

Lo mismo hace con los impulsos de tu corazón. Habiendo sido formado para el bien, apenas palpita, siente horror hacia todo lo malo. Jesús aprovecha esta disposición representando, unas veces, al corazón humano los bienes inefables del orden sobrenatural, otras las maravillas del cielo, ya las terribles consecuencias del pecado en el tiempo y en la eternidad. Conociendo íntimamente la naturaleza de nuestros corazones, y la perversidad con que los hemos viciado con nuestros pecados, emplea su gracia según nuestra condición. A lo único que no toca es á nuestra libertad, porque su triunfo consiste en subyugarla, pero sin forzarla. A los de ánimo generoso les propone motivos de amor y de agradecimiento; á los tímidos y desconfiados les infunde sus alientos divinos, y los conforta; á los contumaces en la culpa los quebranta con la severidad de la amenaza; á los de ánimo noble los excita con la esperanza de la exaltación. En una palabra, emplea todos los recursos de una sabiduría infinita puesta al servicio del amor.

Para que pudieras darte cuenta de los maravillosos resultados obtenidos por Jesucristo

como médico de las almas, sería preciso que penetraras por un momento en el cielo y vieras la inmensa multitud de los santos que lo pueblan. Algunos pocos hallarías que, preservados por Jesús de las caídas graves, entraron allí por la senda de la inocencia; pero tocante á todos los demás, es decir, la mayor parte de ellos, observarás que son enfermos curados por este médico divino. Y los hay que, no sólo estaban enfermos, sino que eran ya cadáveres que apestaban al mundo con la corrupción de sus infidelidades. A todos ellos, sin embargo, los volvió á la vida, y vida eterna, con los remedios heroicos que brotan de su amantísimo Corazón.

Entra en ti mismo, examina cuidadosamente el estado de tu alma, y por muchas y graves que sean sus dolencias, no desesperes de su curación siempre que, con verdadero espíritu de fe y ardientes deseos de seguir en un todo sus prescripciones, llames en tu ayuda á ese Médico misericordioso que pasó su vida curando con su palabra, con sus manos poderosísimas y hasta con la virtud que salía de El, toda clase de dolencias, las leves, las graves é incurables de los ciegos, mudos y leprosos, hasta dar la vida á los muertos, simbolizando en estos milagros las curaciones de las almas.

Punto III

Lo que nos pide Jesucristo para curarnos.

Considera cuán errados caminan los que creen que Jesús impone á sus enfermos una cura muy penosa y difícil de soportar ó sacrificios muy costosos, midiendo al médico divino

por el mismo rasero que á los médicos de la tierra, que no teniendo dominio sobre la naturaleza, se ven precisados á emplear el hierro y el fuego para procurar al enfermo la salud.

No procede así el amantísimo Jesús, cuyas curaciones son suavísimas. Mira á María Magdalena á quien devolvió la salud del alma, no con recriminaciones ni amenazas, sino con palabras de inefable dulzura y con la gracia interior que la mudó de pecadora en amorosa penitente; mira á la Samaritana á la que transformó en apóstol con un suave coloquio, y á Zaqueo á cuya mesa se convidó para tratarle con más dulzura, y no sólo le perdonó, sino que le llenó su casa de bendiciones.

Una sola cosa te exige Jesús para curarte, pero tan natural y justa, que no se contentan con menos los médicos de la tierra para encargarse de la curación de un enfermo. Y esta cosa es que tengas fe y confianza en El, y que te sometas á las prescripciones que te ordene.

En el IV Libro de los Reyes, se lee que un gran general asirio, de nombre Naamán, se presentó al santo profeta Elíseo para que le curase de una asquerosa lepra que le cubría todo el cuerpo, y el profeta sólo le dijo: «Ve y lávate siete veces en el Jordán y quedarás limpio». Con lo que se indignó Naamán, á quien parecía el remedio demasiado vulgar, pues se imaginaba que Elíseo invocaría á su Dios y que en el mismo instante se le quitaría la lepra. Y con estos sentimientos exclamó: «¿Pues qué, no son mejores el Abana y el Pharpher, ríos de Damasco, que todas las aguas de Israel para bañarme en ellas?» Pero sus criados le hicieron notar que si habría obedecido al Pro-

feta en el caso de que este le ordenara una cosa difícil, con mayor motivo debía obedecerle tratándose de una cosa fácil, y siguiendo Naamán tan cuerdo consejo, quedó sano.

Aplícate esta enseñanza y haz lo que el divino médico te manda para curarte de tus dolencias. Examina para ello, cuál es la enfermedad que te domina. ¿Es la lepra de la concupiscencia? Pues Jesús te dice, como se lee en el Evangelio de San Lucas: «Ve y preséntate al sacerdote». Confiésale tu iniquidad y no dejes de frecuentar los sacramentos hasta obtener la curación que deseas. ¿Se ha debilitado tu fe? Apártate de aquellos amigos sin alma y sin Dios, que le ponen en duda, abandona aquella lectura llena de sofismas y de insidias, y aplícate con ahinco al ejercicio de la fe, hasta que la imprimas vigorosamente en tu corazón. ¿Te distrae el amor de los placeres del mundo? Pues considera las delicias inefables del cielo y las llamas eternas del infierno, y verás cómo se desvanece en tu corazón el humo de las vanidades de la vida presente. Toma, según sea la enfermedad que padezcas, la medicina que te ofrece Jesucristo por medio de la santa Iglesia, y te curarás infaliblemente.

Sin esta condición no podrás sanar, pero ten en cuenta que si pereces, no perecerás, según dice el Profeta, ni por falta de bálsamo, ni de médico que lo aplique, sino porque careces del deseo vivo de curarte, que era lo primero que pedía Jesús á sus enfermos. Tienes á Jesús y su divina sangre de virtud infinita; tienes á su amantísimo Corazón. En todo tiempo y en todo lugar está dispuesto á sanarte. ¡Desgraciado

de ti si le desprecias, porque corres voluntariamente á tu eterna ruina!

Coloquio.—¡Oh divinísimo Corazón, en quien están todos los tesoros de la salud de mi alma! Aquí me tienes, hecho un leproso, lleno de toda suerte de llagas y de miserias, pero dispuesto á obedecerte y á tomar cuantas medicinas me ordenares. Cúrame con la virtud celestial que de Ti sale. Toca las úlceras de mi corazón, que son mis pasiones y mis pecados, y quedaré limpio, sano y digno de Ti.

Propósitos.—Aplicarte las medicinas y consejos que en nombre de Jesús te da el confesor. No es extraño que no te cures y aun que cada día estés más enfermo, si no te aplicas los remedios que te prescribe.

DÍA SEXTO

Jesucristo, pastor divino de los hombres.

Preludios.—(Los mismos de la meditación anterior.)

Punto I

Jesucristo, como buen pastor, conoce á sus ovejas.

Considera lo que ocurre en todo rebaño entre el pastor y sus ovejas. Estas fijan continuamente sus ojos en el pastor para aprender á conocerle y distinguirle de los demás hombres, y el pastor, á su vez, las conoce tan particularmente, que las distingue por el color de su lana y á cada una la llama por su nombre. Del mismo modo Jesús, que á sí mismo se llama pastor, dice que conoce á sus ovejas. Muchos somos los hombres en el mundo, pero como, desgraciadamente, no todos le servimos, El distingue y reconoce á aquellos que le pertenecen. Y no vayas á creer que este cono-

cimiento lo tiene sólo como Dios, para quien nada hay oculto, sino que al decir que conoce á sus ovejas alude á un conocimiento más profundo y propio de su oficio de pastor. «Conozco—dice—á mis ovejas como el Padre me conoce á mí». ¿Y cómo conoce el Padre á su Hijo? Los santos responden que el Padre conoce de tal modo á su Unigénito, que por su conocimiento le comunica su vida y su misma substancia. Conoce á su humanidad tan clara mente, que por su conocimiento amoroso la colmó de perfecciones inefables que llegan hasta á la unión personal con el Verbo, y si el conocimiento que del hombre tiene Jesucristo no produce estos efectos, es, no obstante, un conocimiento rico en dones verdaderamente excelsos y maravillosos. Jesús con el conocimiento que tiene de sus ovejas, esparce sobre ellas una riqueza de gracias, un tesoro tan grande de dones, que vienen como á dar su sér y su forma á su rebaño.

San Agustín las llama, por esta razón, ovejas salidas de las manos divinas. ¿Se ha visto nunca un pastor formando con sus manos las ovejas? El pastor puede comprarlas, puede recibirlas en clase de don, pero formarlas por sí, no es posible. Y, sin embargo, así como el Padre, por el conocimiento que tiene de su Hijo desde la eternidad, es principio del Hijo porque lo engendra, del mismo modo el Hijo humanado, por el conocimiento que tiene de sus ovejas, da el sér á sus fieles; y como el divino Unigénito, por la perfecta semejanza que tiene con el Padre, es llamado por el Apóstol imagen y figura de su substancia, así, en la debida proporción, el conocimiento que Jesu-

cristo tiene de sus fieles, estampa en ellos el carácter de predestinados á la vida eterna. ¿Quién no arderá en deseos de ser conocido de esa manera? ¿Y quién no temerá, al mismo tiempo, que se le puedan aplicar estas palabras de San Agustín: «Te tienes por una oveja, ¿y quién sabe si Dios no te conocerá por réprobo?» «Si yo supiese, exclama San Bernardo, que era del número de los que Dios conoce por sus ovejas, saltaría de júbilo; pero no puedo saberlo, porque, como dice el Evangelio hablando de las vírgenes, espero entrar al festín del Esposo, y, sin embargo, quizá me vea excluído por aquella terrible voz: «No os conozco».

Punto II

Quiénes son las ovejas de Jesucristo.

Considera aquí, que si no puedes tener la seguridad de ser una de las ovejas de Jesucristo, puedes tener indicios fundados de serlo. Son ovejas de Jesucristo las que están en su aprisco, las que oyen su voz, las que frecuentan sus pastos; y todas estas condiciones, mediante la divina bondad, está en tu mano el cumplirlas. Porque, ¿es acaso tan difícil pertenecer al rebaño de Jesucristo? Hay, ciertamente, muchos que se presentan á los ojos del mundo como ovejas de Jesucristo porque de El toman el nombre; pero no es menos cierto que las ovejas de Cristo se distinguen fácilmente de las demás. Se llaman ovejas de Jesucristo muchas criaturas que sólo lo son de nombre, pero llevan estampado en sus frentes un signo que no es el de Jesucristo, sino el del error ó el pecado.

El rebaño de Jesucristo está gobernado por pastores que, por una serie no interrumpida, descienden de los Apóstoles. Su unidad de pensamiento y de acción es perfecta, por la sumisión á la cátedra de Pedro, como es perfecta la conformidad de corazones por la caridad. El rebaño de Jesucristo es excelente, por la gracia que le adorna, por las oraciones que lo sostienen, por las virtudes que lo alimentan, por los carismas que lo regalan, por los milagros y profecías que riegan sus pastos, y por la discreción de los espíritus y fecundidad del Apostolado, que hacen esos pastos sanos y abundantes.

Mas para pertenecer á este admirable rebaño es necesario oir dócilmente la voz de su divino pastor y no ser del número de aquellas ovejas indóciles, que se escapan del aprisco para oir las voces de los falsos pastores que desde los comienzos del mundo, según hace notar San Agustín, procuran atraerse á los hombres prometiéndoles los pastos de la vida para luego engañarlos miserablemente. Los filósofos de la antigüedad, dice el Santo, dijeron á los hombres: «Seguidnos y os haremos felices»; pero no fué verdad, porque aunque presentaron nobles pensamientos á la mente los contaminaron con multitud de errores y jamás pudieron proporcionar á los corazones un pasto que fuera saludable. Vinieron luego otros sabios, enemigos también de la cruz, y repitieron: «Seguidnos, y hallaréis la felicidad»; pero, lejos de encontrarla, cayeron los que los siguieron en mayor miseria todavía. Y, desde el tiempo de San Agustín hasta nuestros días, ¡cuántas veces los falsos pastores no

han repetido esa misma palabra con el mismo lamentable resultado!

Esto no impide, por desgracia, que en cuantas ocasiones hablan esos falsos pastores, muchas ovejas del rebaño de Jesucristo se dejan alucinar y abandonan al divino Pastor para correr tras de los lobos disfrazados de pastores, que concluyen por devorarlas. Para huir de ese peligro, pon en parangón los pastos que esos falsos pastores te ofrecen, con los de Jesucristo. Jesús tiene prados fértiles, pastos saludables, fuentes clarísimas, todo, en suma, cuanto puede servir para el regalo y salvación de tu alma. Tu entendimiento tiene hambre de verdad, ¿dónde la podrás encontrar más completa que en los pastos del que es la misma verdad? Tu alma tiene necesidad de conocer á Dios para acercarse á El; la tiene, igualmente, de conocer los designios de Dios sobre ti para coadyuvar á ellos; tiene necesidad de distinguir lo verdadero de lo falso, lo justo de lo injusto, el bien del mal, para seguir lo uno y apartarse de lo otro.

También tu corazón tiene necesidad de pastos saludables, que sólo puede encontrar en el Corazón amantísimo del Buen Pastor. Deseoso de amar, no puede saciarse con otro amor que con el amor al bien. ¿Quién, sino el Corazón de Jesús, le dará este necesario alimento, y dónde hallarás sino en El la fuente de aguas vivas que apague la sed de amor que te consume? ¿Qué suavidad puedes desear que en el Corazón de Jesús no encuentres? ¿Quieres ternura en el amor? Contémplale niño en los brazos de la santísima Virgen. ¿Quieres perseverancia en los trabajos? Considérale en el

retiro de Nazaret y en la predicación de la Judea. ¿Quieres heroísmo de caridad? Contémplale en el Calvario entre las agonías y angustias de la cruz. ¿Le quieres revestido de gloria? Mírale en los resplandores de su Resurrección. ¿Le quieres padre, amigo, hermano, esposo, amante? Jesús es todo eso en el sagrario, para quien le busca. ¿Le deseas hombre, Dios, redentor, mediador, glorificador? Todo eso es Jesús. ¿Le quieres pequeño? Míralo en la Eucaristía y en Belén. ¿Le quieres grande? Es infinito en la grandeza. ¿Quieres la confianza de Jesús? El se entrega á ti cuantas veces quieras recibirle. ¿Quieres su perdón? Jamás te lo niega. ¿Quieres verdad? El es la verdad por esencia. ¿Quieres amor sobre todas las cosas? Jesús es todo amor.

Todo cuanto puedes desear lo obtendrás, oyendo como oveja dócil la voz de Jesús. Resuélvete á hacer la experiencia, y verás cómo renaces á una vida dichosa. No imites á tantos desgraciados que se arrojan sobre esos pastos peligrosos que les ofrece el mundo, y decídete á seguir al Pastor divino que no cesa de llamarte, y, acogiéndote á su aprisco, una luz celestial iluminará tu entendimiento, y un júbilo inefable inundará tu corazón.

Punto III

Jesucristo buen Pastor, se da á sí mismo en alimento á sus ovejas.

Considera, que todos los pastores, aun queriendo á sus ovejas, no dejan por eso de servirse de ellas por su propio interés. Se sirven de su lana y de su leche y se alimentan con su

carne, y si las salvan del furor voraz de los lobos, no es por otra cosa que por comérselas ellos. No procede así el divino Pastor, que ha encontrado el medio maravilloso de hacerse nuestro alimento. ¿Cuándo se ha visto, exclama San Crisóstomo, que un pastor alimente con su propia sangre á sus ovejas? Muchas madres hay que dan á criar sus hijos á otras nodrizas. Pero el Corazón de Jesús no consiente hacer otro tanto, y como alimento se da á las almas, formando con ellas una sola cosa.

Santa Gertrudis vió una vez, hallándose en éxtasis, á un alma en el acto de recibir este alimento divino y le pareció un lago purísimo de oro inflamado, en medio del cual Jesús llevaba á término la santificación de aquella alma, de una manera tan delicada, que todo el cielo se hallaba pasmado de admiración.

No hay necesidad, sin embargo, de acudir á revelaciones particulares, porque el Santo Concilio de Trento ha declarado de un modo auténtico en qué consiste esta maravillosa operación. En el alma que recibe á Jesús, debe estar ya la gracia santificante que es como dicen los santos Padres, una irradiación de la belleza divina. Luego Jesús, con estos rayos de la hermosura divina, cuando entra en un alma adorna á ésta con tales resplandores que en ella se complace la augustísima Trinidad. El hombre tiene por naturaleza la corrupción, de tal modo, que todo él es como una pura llaga; mas al entrar Jesús en él, sana una á una todas aquellas úlceras, amordazando y comprimiendo la concupiscencia que ardía en el hombre. A causa de los sentidos y de la carne que lleva consigo el hombre,

vive sujeto á la sensualidad, pero del alimento que le da Jesús, surge el precioso licor que engendra vírgenes. El hombre está sujeto á muchas flaquezas diarias, aunque sólo sean veniales, y Jesús en la Eucaristía, borra los pecados veniales y preserva de los mortales. El hombre es flaco en el ejercicio, siempre penoso, de la virtud, y Jesús con un torrente divino de gracias actuales, lo conforta para que logre, venciéndose á sí mismo, sobreponerse á todas las dificultades.

Pero el efecto principal, de este pasto divino, es aumentar el amor. Lo más necesario para el corazón es amar y sin duda alguna amar á Jesús, en cuyo amor se resumen todos los amores, y este amor sólo puede satisfacerse en el augusto Sacramento, donde Jesucristo se entrega al hombre de una manera sensible Porque en la sagrada mesa se presenta Jesucristo como un Dios enamorado de su criatura, para derramar sobre ella los tesoros de su poder, de su sabiduría, de su bondad y de su misericordia. Es un Dios enamorado que pone toda su majestad, toda su grandeza y toda su magnificencia al servicio de su amor. Es un Dios enamorado que no se contenta con menos que con incorporarse y unirse á su criatura de una manera inefable.

Coloquio.—Divino Corazón de mi buen Pastor Jesús, en el que encuentro aprisco y refugio contra mis enemigos, consuelo en mis penas, dulzura en mis lágrimas, manjar de vida eterna, fuego para mis amores y un cielo anticipado. Yo quiero por mi humildad y mansedumbre ser buena ovejita del buen Pastor, nunca separarme de ti, Jesús mío, sino en tu corazón vivir y en él morir en el tiempo, para resucitar en la gloria. Tú ábreme esa puerta del

cielo, que es la llaga de tu costado, y allí encontraré la paz y la dicha que el mundo no puede darme. No quiero amar sino á ti, Corazón divino, para que El sea mi gloria, mi consuelo y mi único amor y esperanza.

Propósitos.—En las tentaciones y peligros todos, refúgiate en el Corazón de Cristo.

DÍA SÉPTIMO

Jesucristo, Rey de los hombres.

Preludios.—Mira al divino Corazón coronado de espinas en señal de que quiere ser Rey eterno de los hombres que ha salvado, y pídele que reine sobre el mundo y sobre ti, pues sólo en su reinado absoluto está la felicidad del mundo.

Punto I

De la naturaleza del reino de Cristo.

Considera que el gran fundamento de nuestra fe, consiste en creer que en Cristo N. S. está la naturaleza divina unida á la humana, y que el título de Rey le pertenece por razón de sus dos naturalezas. Porque claro es que en cuanto Dios es Rey y Señor de todo el universo; pero además Jesucristo es Rey y Rey absoluto, universal y eterno, también en cuanto hombre. Por eso dice San Juan en el *Apocalipsis,* que lleva escrito en la orla de su vestidura: «Rey de reyes y Señor de los que dominan». Por eso aun en la cruz lleva corona y con ella en el Corazón se apareció á la beata Margarita María.

Medita, en efecto, que por su estirpe, como descendiente de David, pudo reinar temporalmente sobre la Judea, y á haberlo querido habría podido reinar también sobre todos los pueblos de la tierra, que eran suyos; pero no

quiso reinar sino servir, pero sin renunciar por esto á ser el verdadero Rey espiritual de la Iglesia, con todos los derechos de verdadero y legítimo Soberano. Así lo anunció el profeta Daniel, al explicar la célebre visión de Nabucodonosor, figurada por aquella estatua de cabeza de oro, pecho y brazos de plata, de bronce los costados y de hierro y arcilla los pies, y que fué derribada por la piedrecilla no salida de mano de hombre, que descendió del monte, y la hizo pedazos. Esta piedra descendió de un monte tan vasto y extenso que cubría toda la tierra, y el mismo profeta Daniel declara que significaba el reino de Jesucristo, aquel reino á que se refería el arcángel, cuando dijo á María que el reino de Jesucristo no tendría fin. Este reino, dice también el profeta Daniel, destruirá y anonadará á todos los reinos precedentes; no sojuzgándolos temporalmente, sino destruyendo sus máximas, sus errores, sus principios y su idolatría, y atrayendo y sujetando á los pueblos y monarquías bajo el yugo del Dios verdadero y trayéndolos al conocimiento de la verdad y del bien que es Jesucristo. De aquí se deduce claramente que la Iglesia es un reino y que nadie más que Jesucristo puede ser su monarca, pues El la fundó y la ganó y conquistó con su sangre.

Considera, también, las propiedades de la realeza y reinado de Jesucristo. El real Salmista, puesto un día á contemplar lo por venir, vió á Jesucristo en calidad de Rey, vistoso en hermosura sobre todos los hijos de los hombres; su trono increado y eterno; su cetro, el cetro de la rectitud; el amor de su Corazón, es la justicia; sólo odia su alma á la iniquidad.

Y si de la persona pasas á la cualidad de su reino, Isaías te dirá que su duración se mide con la de los siglos.

Considerado el espacio de su dominación se extiende á toda la tierra y dominará de mar á mar y desde el río hasta los términos de la redondez de la tierra. Si miras á las personas que han de estarle sujetas, Jeremías te dirá que son todas las que respiran el aire, y su corte, lejos de estar solitaria, se ve poblada de millones y millones de ángeles que le exaltan y glorifican y penden de El como ministro de su voluntad. A su diestra se sienta una reina nobilísima, vestida con vestidura dorada y rodeada de variedad. Esta reina es la Iglesia á quien Cristo ha elevado al honor de su solio; la llama Esposa, porque así como Eva fué formada de una costilla de Adán, la Iglesia salió del costado de Jesucristo crucificado. La llama también hija, porque por la gracia de adopción la hizo tal; alaba su hermosura porque El la lavó con su sangre; la exalta como rica, porque le confirió los tesoros de sus méritos, y la trata como la única amada de su Corazón, porque es la sola que formó con su amor y por ella descendió del cielo.

De todo esto has de deducir cuán elevada es la naturaleza del reino de Cristo y cómo su reinado, sobre las inteligencias y los corazones de los hombres, lo tiene asegurado por mil títulos, y cómo su autoridad de Rey no puede ponerse en duda. Pídele que reine sobre ti, sobre tu entendimiento y tu corazón para que en adelante no tengas más rey que El, que reine en ti por el amor, ya que su reinado es el reino de su Corazón sacratísimo.

Punto II

Del reinado social de Jesucristo.

Considera que el título de Rey, en Cristo S. N., resume sus derechos sobre los individuos, como sobre los pueblos. El derecho eterno y absoluto que Jesús por su divina autoridad, por sus títulos de Redentor, legislador y Salvador del linaje humano tiene para reinar por su gracia y por su ley en todos los órdenes de la vida humana, de modo que todos los hombres le obedezcan y nada se haga en contra de su ley y de sus derechos y los de su Iglesia, es su reinado social. Ningún derecho se le niega hoy tanto, ninguno debe defenderse hoy más. Es como la piedra de toque que separa á los buenos y fervorosos católicos de los tibios é indiferentes. Los fieles defienden su reinado social, los malos lo niegan, los indiferentes y tibios ni lo niegan ni lo afirman. Y, sin embargo, no hay prerrogativa más solemnemente y como oficialmente atribuída al Salvador en la Sagrada Escritura. El ángel que lo anuncia á María como Salvador, lo anuncia como Rey de toda la tierra. Apenas nacido, los reyes vienen á poner las coronas á sus pies. El pueblo entero lo reconoce así, y se acuerda de que por el profeta Zacarías está escrito: «He aquí que viene tu Rey». Pilatos, obligado, como Caifás, por un espíritu profético de que no se da cuenta, escribe sobre la cruz: «Jesucristo-Rey». Y allí en aquel trono, es llamado Rey por el ladrón, que le pide que se acuerde de él cuando esté en su reino. Así, pues, el cielo y la tierra, el judaísmo y la gentilidad, se ponen

de acuerdo para saludar al Verbo Eterno con el título de Rey.

¡Y quién osaría negarle ese título, cuando el Padre, muchos siglos antes de su nacimiento, se lo ha concedido! «Pídeme, y te daré todos los pueblos por tu herencia». En estas palabras están encerradas dos promesas: la herencia, y la posesión de dicha herencia. La primera pertenece al Hijo en virtud de su filiación; la segunda, ó toma de posesión, puede ser más ó menos retardada. ¿Cuándo querrá el Hijo de Dios *de hecho* ejercer plena autoridad sobre la tierra? Eso no lo sabemos; pero sí podemos decir que tiene para ello plena autoridad, y no la podríamos negar sin negar su divinidad. Al unir la naturaleza humana á la persona de su Hijo, es imposible que Dios no le haya comunicado todos los derechos de su divina persona, en cuanto ella fuese capaz. Ahora bien, su reinado social en la tierra es una de las prerrogativas que no repugna á la humanidad del Salvador. Dice San Pablo, «que Dios le constituyó heredero de todas las cosas». Y en mil pasajes, procura mostrarnos la la vida terrestre de la Iglesia como el período belicoso de la vida del Salvador, mientras que la eternidad es el período de triunfo y de paz. Porque al partir del seno del Padre, el divino conquistador se obligó á someterle, aun á costa de su sangre, la tierra rebelde, y su Padre, á su vez, á coronar sus combates con una plena victoria.

Mas expresamente Jesucristo, en el momento de dejar á sus Apóstoles, les dijo: «Me ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra». No es, pues, sólo el soberano Pontífice

de la ley nueva; Jesucristo es el Rey de reyes. Si no tuviese más realeza que la espiritual, que se confunde con el sacerdocio, no tendría todo poder. Es, pues, Rey espiritual y absoluto de las almas y de los corazones, de los pueblos como de los individuos. Los otros reyes no tienen el poder sino de El, ni lo conservan sino en cuanto están obligados á obedecer á sus leyes, más aún que los súbditos de los reyes temporales. Luego reconocer á Jesucristo por su soberano Señor; dirigirse los pueblos, en sus relaciones civiles y políticas, según las máximas del Evangelio; recurrir á El en sus necesidades; darle gracias por sus beneficios; favorecer la extensión de su reinado; hacer que todos los hombres lo conozcan y sirvan, tales son, después de la Encarnación, los deberes esenciales de los soberanos y los pueblos. Dudar de ello sería dudar de la Encarnación. ¿Cómo creer que el Hijo de Dios ha entrado en la familia humana y que ha santificado la tierra con su sangre; que reina sobre el universo, y persuadirse que las naciones pueden mirarlo como un intruso, y arrojarlo de sus leyes y costumbres como un extraño? ¿Que ha promulgado leyes que relacionan á los hombres con Dios, y á los hombres entre sí y habían de ser esas leyes letra muerta, á ciencia y paciencia de Cristo? No; la misma ley que obliga á los pueblos, como tales, á glorificar á Dios, la misma obliga á glorificar á Jesucristo. El Padre, al enviarlo al mundo y constituirlo cabeza de los hombres, no le ha sometido menos los pueblos enteros que las almas aisladas; ó mejor: los hombres, no pudiendo vivir aisladamente, y siendo la socie-

dad condición de su naturaleza, el reinado individual de Jesucristo no se podría concebir distinto de su reinado social. Y lo mismo en el mundo antiguo que en el mundo moderno la Providencia no olvida ningún medio para enseñar á los pueblos, que la ley suprema de su existencia y de su grandeza es la obligación de servir á Jesucristo y de glorificarlo. Así lo comprendieron los legisladores y grandes reyes de los siglos cristianos, y ningún título más glorioso se atribuían que el de Vicarios de Dios. Ojalá todos hicieran lo propio. Así los hombres hubieran hecho una gran familia, de la que Jesús hubiera sido el corazón y la cabeza. Pero ¡ay! los reyes de hoy no lo han querido comprender así, y han preferido una política mezquina que regatea á Jesucristo todos sus derechos. Al pensamiento divino de la salvación de las almas han sustituído los cálculos mezquinos de Pilatos y de Herodes. La herejía que combate á Jesucristo ha llegado á ser, entre sus manos, un instrumento de gobierno. No han buscado el reino de Dios, y por eso, ni la paz ni la prosperidad se les da por añadidura.

Señor, vénganos el tu reino, que es reino de paz y de bienandanza. Ilumina á los que mandan para que la hagan como lo deseas Tú, todo por Ti y nada contra Ti, que eres Rey de los reyes; ilumina á los que obedecen para que en todo te obedezcan á Ti. Así vendrá á nosotros tu reino y se hará tu voluntad en la tierra como en el cielo.

Punto III

Los emblemas de Cristo-Rey.

Considera que los emblemas de la realeza son el trono, la corona y el cetro. Jesucristo los tiene, los tuvo en la cruz y los tiene en su Corazón. Como había de reinar desde la cruz y desde allí atraer á sí todas las cosas, allí en la cruz fija su trono, allí salva y condena, allí juzga al mundo, allí se muestra Señor del cielo y de la tierra, allí reina sin que nadie le pueda destronar. «*Regnavit a ligno Deus*» y el título que allí pone Pilatos, á pesar de los judíos, nadie se lo puede quitar, ni se lo quitará hasta la consumación de los siglos, pues se lo da el Eterno Padre y el mismo Cristo que huyó cuando lo quisieron hacer Rey las turbas, sólo lo acepta cuando está clavado en la cruz. Por eso también, la cruz corona al divino Corazón, y así coronado se aparece á la beata Margarita, para significar que El, Rey de dolores, salvó y salvará al mundo por la cruz, que es el emblema de su gloria y de sus grandezas, y que si tú quieres ser cortesano de ese Rey de todos los Santos y de todos los predestinados, es preciso que aprendas á vivir y morir crucificado como El.

Considera, después, cuál es la corona de tu Rey. En la cruz corona de espinas en la cabeza: en su vida gloriosa se aparece con una corona de espinas en el Corazón. Corona en la cabeza, porque quiere reinar por la verdad; corona en el Corazón, porque quiere reinar por el amor; y siempre corona de espinas porque es la corona más gloriosa, la más fija y

segura, la única que convenía á Jesús que venía á salvar al mundo por su Pasión y su sangre. Desdeña las demás coronas, las de flores que se marchitan en un día, y las de oro ó laurel, símbolos del orgullo ó de la vanidad. Todas las demás indicarían en Jesucristo debilidad, como lo indican en los reyes de la tierra, en los que todo es prestado, aun su misma autoridad, y necesitan el ornato y grandeza exterior que los autorice. En Jesucristo todo le viene de sí, todo es propio, y, por consiguiente, no le conviene más corona que la de espinas, símbolo de su triunfo y de su amor. Y con esa corona reina y reinará sobre los entendimientos y los corazones de los hombres, porque ella es la que nos dice cuánto nos ha amado.

Y por último, el cetro. Los soldados le ponen por cetro una caña vacía, en señal de lo vano de su reino. El mundo que rechaza el reinado de Cristo hace lo mismo que los soldados y le llama rey de burlas, y á lo más rey de las iglesias y de los conventos. Pero el Eterno Padre le da cetro de hierro y le dice que reine con él sobre sus enemigos y con su poder los deshaga como vasos de arcilla. Mira, para confirmarte en la fe, dónde están los infinitos enemigos que Jesucristo ha tenido en veinte siglos. Todos se han estrellado en esa piedra angular, Cristo, contra el que no pueden prevalecer las puertas del infierno.

Coloquio.—Divino Corazón que te apareciste á la virgen purísima Margarita, con esos símbolos de amor encendidísimo á los hombres, que muestran lo infinito de tu caridad. Abrásame en esas llamas, cíñeme con esa corona de espinas, única que conviene á los que te aman, ábreme esa llaga del cos-

tado, verdadera puerta del cielo. Que yo te ame, que no quiera más rey que Tú, que defienda tus derechos divinos á reinar sobre el mundo y que todos los corazones ardan en incendios de ardiente caridad.

Propósitos.—Puesto que la devoción al Corazón de Jesús es devoción de amor y de sacrificio, ofrécele á Jesús el de tu pasión dominante.

DÍA OCTAVO

El Corazón de Jesús es todo amor.

Preludios.—(Los mismos de la meditación anterior.)

PUNTO I

De la sublimidad del amor del Corazón de Jesús.

Considera que el Hijo de Dios está en el seno del Padre, desde toda la eternidad. En los infinitos goces de su divinidad, tuvo presente á todo el género humano; vió el uso que el primer hombre habría de hacer de su libertad y cómo habían de ser envueltas en su pecado todas las humanas generaciones. Desde entonces formó el designio de venir á salvarnos, y de su amor y caridad infinita resultó el misterio insondable de la Encarnación, la obra maestra del Corazón de Dios. ¿Y cuál fué la causa que le movió á obra tan extraordinaria? No su propio bien, pues suponer que Dios espera obtener ventajas de sus criaturas, es un absurdo. ¿Acaso bajó al mundo atraído por las súplicas del hombre? Antes de que el hombre creyera tener necesidad de El, ya el Hijo de Dios había determinado venir en nuestro socorro. ¿Fué obligado, ó por la fuerza ó la violencia? ¿Y quién podía usar de violencia

con un Dios? La causa no podía ser otra que el amor libérrimo, gratuito, generosísimo, inmenso del Verbo de Dios. ¿Pero qué amor es ese que se remonta á los siglos eternos que precedieron al mundo? Si hubieras encontrado un amigo que durante toda su vida no hubiera cesado un instante de amarte, ¿cómo le podrías tú pagar? Pues el Hijo de Dios ha hecho más por ti, porque te ha amado desde la eternidad. Y este amor no reconoce otra causa que su bondad y ternura. ¿Puede hallarse mayor sublimidad en el amor? Es, además, este amor gratuito, porque en ti no hay cosa que pueda parecerle amable. Es tan generoso y sublime, que sólo la fe puede hacerte creer que todo un Dios te ame así. Ahora bien. ¿Has parado mientes en ese fuego de amor que arde en el Corazón divino de Jesús? ¿Has sentido un momento siquiera, toda la alteza é inmensidad del amor que por ti siente un Dios tan grande, un Dios tan bueno, un Dios tan hermoso y magnífico, cual es nuestro dulcísimo Jesús?

Para medir en lo posible la sublimidad de este amor, considera además que el amor del Verbo divino ha de ser proporcionado á su grandeza, y como ésta es infinita, infinito ha de ser el amor que te tiene. Pero ¡oh misterio incomprensible! para manifestarte ese amor infinito, ¡comenzó por anonadarse á sí mismo, tomando la forma de siervo; abrevió lo que era para aparecer lo que no era, y ocultó todos sus divinos atributos en las debilidades de nuestra humanidad, introduciendo lo infinito de su esencia en la pequeñez de un cuerpo humano, la inmensidad de su morada en un

taller y luego en un sagrario, la inefable majestad y santidad de todas las perfecciones bajo la apariencia de un pobre artesano, y todo ello para dar salida á los desahogos de su amor. A fuerza de repetir que el Hijo de Dios se hizo hombre por nosotros, esa frase parece haber perdido para los hombres la profundidad inmensa de su sentido; pero si la oyeras por la primera vez y comprendieras el valor de la expresión, no podrías volver de tu estupor y admiración. ¿Qué dirías, por ejemplo, si oyeses contar que por amor á un vil esclavo, un gran monarca consintió en hacerse esclavo y en verter por él toda su sangre? Seguramente te parecería cosa tan inverosímil y tan extraordinaria, que te parecería una verdadera locura. ¿Pues qué dirás entonces del Hijo de Dios, del Rey del cielo y de la tierra, que se hace hombre por amor del hombre y para darle la vida? Y si te parece inverosímil lo primero, ¿cómo no te parece inefable lo segundo? Porque bien mirado, el que un príncipe de la tierra se convierta en esclavo, ¿qué es en comparación de un Dios que se hace hombre? Y sin embargo, ¿quién admira debidamente á Jesucristo, que llevado del ímpetu divinamente irrefrenable de su amor, salva la inconmensurable distancia que media entre Dios y el hombre y abraza, como á esposa amadísima, á nuestra mísera naturaleza? Mísera, sí, porque á su natural abyección hay que añadir la indignidad, harto más grave, de la culpa. Ante la luz de la razón es evidente que Dios merecía un culto de adoración, y el hombre, en vez de tributárselo, se lo dió al demonio en los ídolos y en los pecados. Por ley natural había

estampado en el corazón del hombre el amor á sus hermanos, pero el hombre le trató con crueldad que llegó al homicidio, le sojuzgó con la injusticia, con el fraude, con la violencia, con las persecuciones, hasta devorar su carne. Le había dado un cuerpo y un alma para que fuesen templo vivo de Dios, y habitación del Espíritu Santo; pero profanó su cuerpo y mancilló su alma con tantas torpezas, que la humana naturaleza debió inspirar horror á Dios, que es purísimo. La espada de la justicia de Dios flameaba sobre la mísera humanidad y entonces, precisamente, vió llegada la hora de la plenitud de los tiempos, y rasgó las nubes y descendió á la tierra y se hizo hombre. ¿Para llenar la tierra de los cadáveres de los hombres, tomando venganza de sus crímenes? ¿Para perseguirlos sin tregua ni descanso? ¡Ah! Sí. Para perseguirlos con sus dones, con sus caricias, con sus abrazos. Bien puedes exclamar, como los santos Padres: «¡Oh Dios de amor! ¡Oh Dios de amor!» y comprender en lo posible por qué le llaman con ese nombre, porque está visto que Dios es caridad.

Punto II

De la inmensidad del amor del Corazón de Jesús para con los hombres.

Considera que no sólo no se contentó Jesucristo con colmar á los hombres de beneficios, sino que tomó á empeño conquistar sus corazones con todas aquellas amorosas industrias que le sugirió su infinita ternura. Quería el hombre aproximarse á Dios; pero le detenía en

parte, la majestad divina y en parte su propia vileza, y Jesús de un solo golpe hizo desaparecer tan grave obstáculo haciéndose hombre, para que el hombre pudiera tratarle con toda confianza. Pero no se contentó con hacerse hombre sino que tomó, respecto del hombre, la forma más amable, la de la gracia de la inocencia en la niñez, con atractivos especiales para ganar los corazones de los hombres. La dulzura de un rostro amable ejerce gran influencia en el corazón humano y Jesús se mostró al mundo, cándido y rubicundo, como dice la esposa de los Cantares, y lleno de gracia verdadera y el más hermoso de los hijos de los hombres.

A una alma buena, que con frecuencia se afligía, mandó Jesucristo por medio de Santa Matilde, esta embajada: «¿Por qué se acongoja tanto esa alma? Yo soy su padre por la creación, su madre por la redención, su amigo en la herencia del reino celestial y su hermana en la compañía que la hago».

Y eso es Jesucristo para todos los hombres. Es padre por la creación, porque siendo la causa primera es asimismo la causa de todas las cosas. Es madre por la ternura. Porque ¿acaso no fueron de madre sus gemidos cuando vió á las turbas afligidas y extraviadas sin pastor? ¿No fueron de madre aquellas lágrimas que derramó sobre Jerusalén, pensando en el castigo que le esperaba? ¿No fueron de madre aquellas voces que dió en la gran solemnidad del tabernáculo invitando á todos á acudir á El, fuente de agua viva? Y en la división del reino celestial, ¿no es Jesús un amigo lleno de amoroso desprendimiento? Entre

los hermanos es común la herencia paterna, ¿y qué cosa de las que posee no ha repartido entre todos los hombres? Al reino de Dios, según dice San Bernardo, tenía Jesús un doble derecho: primero como Hijo unigénito de Dios, y luego por el precio de su sangre, con que de nuevo lo conquistó. Pues este segundo derecho lo cedió al hombre al cederle sus méritos, su satisfacción y el valor de su sangre divina. Y por la unión y dulzura de los afectos, ¿no es también Jesús hermano del hombre? Como es propio de los hermanos vivir siempre en grata compañía, Jesús ha querido estar siempre con los hombres, sin separarse de nosotros jamás, viviendo en nuestra compañía y haciéndonos gozar de su amable conversación.

¿Y piensas, acaso, que á estos afectos no ha correspondido la grandeza de las obras y lo inmenso de los sacrificios? Grave injuria haces á Jesucristo si tal piensas. Porque sus afectos han sido grandes, pero mayores han sido todavía sus obras. Todo el bien que Jesús quería hacer al hombre requería que se ofreciese á su Eterno Padre, como víctima en el altar de la cruz. ¿Dudó ni un instante en hacerlo? ¿No se ofreció con generosidad inmensa á beber el cáliz de la amargura hasta las últimas heces? Con su Pasión conquistó tesoros inmensos de gracia, de méritos y de satisfacciones; ¿pero qué cosa nos negó cuando puso á disposición nuestra toda su sangre? Pondera, si no, esta aplicación: nace un niño que, como concebido en pecado, es objeto de la ira de Dios y esclavo de Lucifer. Pero Jesús inmediatamente le lava con su sangre, le santifica y hace de él un objeto de amor para todo el

cielo. Más tarde, ese niño convertido en hombre, se aparta de Dios y se abandona al pecado, haciéndose merecedor de la condenación eterna. ¿Y qué hace entonces Jesús? Le asedia, con una verdadera plenitud de gracias internas y externas, hasta que arranca de su corazón un sentimiento de dolor, y esto basta para que lo vuelva á su gracia. Pero el infeliz recae una, dos, tres y más veces, mas al cabo del tiempo, dice: «Pequé»; y el dulcísimo Jesús otras tantas veces le vuelve á su Corazón.

Pero Jesús, dirás, también condena. Es cierto, pero aun condenando es todo amor. Piensa bien en ello. ¿Cuándo condena Jesús? Cuando el mismo amor que tiene al hombre lo requiere. Jesús tolera tanto y por tanto tiempo al pecador, que sólo conociendo su inagotable bondad puede concebirse su paciencia. ¿Y á quién tolera? Generalmente á aquellos pecadores empedernidos que son sus mayores enemigos, desde hace muchos años. Imagina los homicidios, rapiñas, lascivias y demás horribles pecados que se cometen todos los días y que Jesucristo tolera. ¿Y por qué los tolera? Porque ama á los pecadores, y, esperando su conversión, difiere el castigo que merecen sus culpas. ¿Pero al que no quiere arrepentirse le ha de llevar Jesucristo al cielo otorgándole una impunidad sempiterna? La misma sociedad humana, si esta impunidad se concediera al pecador, ¿no se convertiría en un antro de fieras? ¿Y qué amor tendrá Jesucristo á los hombres si tal consintiera?

Jesús es todo amor, y por el amor que tiene á los hombres se ve obligado á condenar á los pecadores obstinados. En el seno del Padre,

en los brazos de la Virgen, su Madre, en la cruz, en el cenáculo, en la Eucaristía, ofrece constantemente al hombre su amor. ¿Serás tú desnaturalizado que lo rechaces?

Punto III

Cómo debemos corresponder al amor del Corazón de Jesús.

Considera que si el amor de cualquier hombre que se manifiesta tu amigo, merece por tu parte correspondencia, mucho más obligado estás á tenerle con Jesucristo, que es para ti todo amor, y de tantas y tan extraordinarias maneras te lo ha demostrado. ¿Y de qué modo has de corresponder á su amor en la medida que es posible que corresponda la nada al todo, lo finito á lo infinito y la suma flaqueza é imperfección á la omnipotencia suprema y á la perfección inefable? Vas á saberlo. Ya que Jesús es tan bueno y tanto te ama, empieza por no ofenderle, y sea la causa de ello su mismo amor. Deja á un lado por un momento todas las demás consideraciones que deben apartarte del pecado, y di á Jesús desde el fondo de tu corazón: No por el temor del infierno; no por el terror del juicio divino, ni por el espanto de una muerte de réprobo, sino por gratitud y para corresponder á vuestro amor, propongo desde este instante ¡oh Jesús mío! nunca más ofenderos.

Un acto sincero de amor á Jesús y de perfecta contrición, hecho antes de presentarse ante el tribunal de la penitencia, basta para que Dios te perdone tus pecados, por grandes que sean, y para que Jesús te abra su amoro-

so Corazón, diciéndote con ternura: *Gusta y mira*. Guárdate á lo menos, por amor á Jesús, de los pecados graves, ya que tu flaqueza no puede preservarte de los veniales. Pero aun en éstos, ¿por qué no has de hacer lo posible para evitar siquiera los más voluntarios y los menos leves, como un sacrificio hecho en obsequio del amantísimo Corazón de Jesús? ¡Oh! si sintieras, como debieras sentirlo, el amor que Jesús te tiene, ¡cómo procurarías guardarte de tantas culpas, que si no son por sí de naturaleza propia para romper los vínculos que te unen á Jesucristo, los relajan y preparan su rompimiento! ¡Cuántas tibiezas en el servicio divino! ¡Cuánta vanidad en las palabras, en el adorno de la propia persona, cuánta sensualidad en las compañías! ¡Cuánta delicadeza en el trato del propio cuerpo, y qué exquisito cuidado en evitar lo que molesta! ¡Cuánta facilidad en violar la caridad debida al prójimo en actos y palabras!

Trata de evitar cuidadosamente esta y otras faltas en que diariamente incurres, y procura, en cambio, hacer algún obsequio á Jesús, para demostrarle que no eres insensible á su amor. Los Santos que más amaron á Jesucristo, huían con mayor solicitud de la sombra del pecado, y no se cansaban de alabar la infinita bondad del Salvador. Recuerda á este propósito las palabras admirables de la Beata Margarita: «El amor vive, decía, el amor reina, el amor triunfa». Y así es, verdaderamente, en la patria celestial. Vive, reina y triunfa en las angélicas jerarquías, entre los patriarcas, profetas, apóstoles, mártires, vírgenes y confesores, pues el reino celestial es un

reino de amor y de júbilo. Procura aquí en la tierra que Jesús sea el pensamiento de tus pensamientos, el afecto de tus afectos y el corazón de tu corazón, y el amor de Jesús te hará recorrer esta vida menos infelizmente, y te preparará para aquella otra vida que es la verdadera, porque es la vida de amor.

Coloquio.—¡Oh Jesús, todo amor para con los hombres! ¡Quién pudiera comprender la alteza y profundidad, la sublimidad y la anchura de ese amor! En tu corazón llagado, abierto, rodeado de llamas, leo cuánto me amas. Yo también deseo amarte, mi buen Jesús, á Ti sobre todas las cosas, y á todas las cosas en Ti.

Propósitos.—Pues que el amor consiste en obras, haz siempre lo que sabes agrada al Corazón de Jesús, y evita lo que le desagrada.

DÍA NOVENO

Festividad del sagrado Corazón de Jesús.

Preludios.—(Los mismos de la meditación primera.)

Punto I

Lo que es el Corazón de Jesús.

Dos objetos principales han de considerarse, según el espíritu de la Iglesia, en toda devoción propuesta á los fieles: uno, espiritual é invisible, que es su fin principal; otro visible y material, que es como el medio por el que se llega al fin propuesto. Sentado esto, ¿qué es lo que hace el cristiano fervoroso cuando, en la soledad de su estancia, toma en sus manos un crucifijo y besa sus llagas devotamente? Honrar las heridas amables del Redentor; y he aquí el objeto exterior y visible. Después, pasa

con el espíritu á venerar aquella caridad infinita por la que quiso sufrir Jesucristo tales heridas; y este es el objeto invisible y espiritual. Pues esto mismo que la Iglesia se propone en toda devoción, debe aplicarse de un modo especialísimo á la del sagrado Corazón de Jesús. ¿Qué es lo que nos presenta aquí la Iglesia? Nos muestra á ese Corazón dulcísimo y amable circundado de espinas, coronado de la cruz, traspasado y abierto con la lanza, y sumergido en un incendio de vivas llamas; he aquí el objeto, por decirlo así, visible y material. El santísimo Corazón de Jesús, representado de esa manera, ofrece al pensamiento y al afecto la caridad ardiente que inflamó al Corazón de Jesús en todos los actos de su vida, y este es el objeto espiritual, formal é invisible que reclama toda tu devoción. Sin esa exposición tan sencilla de la devoción al sagrado Corazón de Jesús no podrías, seguramente, contemplar con verdadera fe algo de la grandeza que en él se encierra, y reconocer con cuánto ardor debes adorarle.

Pondera ahora qué es el Corazón de Jesús, mirado desde el punto de vista que forma el objeto material del culto que se le tributa, y para ello recuerda que, en el lenguaje de la Sagrada Escritura, el corazón se toma por todo el interior del hombre, que el hombre no es su inteligencia, sino su corazón, y deduce de esto cómo será el Corazón sacratísimo de Jesús vivificado por el alma más santa que ha salido de las manos de Dios, y que, juntamente con su sacratísima humanidad, subsiste en y por la persona del Verbo divino.

Considera luego que, tratándose de un hom-

bre de la tierra, no son sus dotes exteriores las que estiman los sabios, sino las virtudes y afectos del corazón; ¿y qué cosa más noble puedes glorificar en el interior de Jesucristo que su Sagrado Corazón? Si pudieras conocer el alma sacrosanta de Jesús, en la que reposa con todos sus dones el Espíritu Santo, y en la que se encuentra la gracia consumada por la gloria, y donde habita la plenitud de la divinidad, quedarías por completo enamorado de tanta y tan divina hermosura. Si pudieses contar el cúmulo de virtudes divinas que reune, muy pronto comprenderías que allí está el manantial perenne de toda virtud y santidad.

Contempla los purísimos afectos de ese Corazón, el amor á la justicia que arde en aquel sagrario divino, y que lo llevó á la cruz por la gloria de su Padre, y el celo que le consumió durante treinta y tres años, y la caridad infinita que le hizo fundar aquellas instituciones de amor de que gozamos en la Iglesia. Pero, ¿á qué enumerar todos sus divinos afectos? El temor, el tedio, el dolor, la vista de nuestra ingratitud y de las ofensas hechas á Dios, y la inutilidad de su obra para tantas almas, laceraron durante largos años aquel Corazón sacrosanto, sin darle un momento de reposo. Sólo por esto, sería acreedor á eterna adoración. Aun considerado únicamente desde el punto de vista material, el Corazón de Jesús es la fuente de los mayores dones que Dios ha hecho á los hombres. Si lo has considerado con alguna detención, no puedes dejar de reconocer que esos dones son la fe y la Eucaristía. Sin la fe no tendrías la vida, y sin la Eucaristía no podrías mantenerla. Con la fe has reci-

bido los dones divinos, y con la Eucaristía recibes al donador. Con la fe has entrado en la Iglesia y con la Eucaristía entrarás en el cielo, y antes entra en tu corazón Jesús. Pero ¿de dónde proceden esas dos máximas efusiones del amor divino? Del Corazón de Jesús, traspasado en la cruz, y del que salió aquella agua misteriosa que es el lavatorio saludable del Bautismo, y aquella sangre divina que recibes en la Eucaristía.

Todo eso lo debes al Corazón santísimo de Jesús. ¿Serás tan ingrato que le niegues tu culto?

Punto II

Objeto principal de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús.

Considera que no hay cosa, no ya más justa, sino más delicada, más noble y más excelsa que el amar á Jesucristo por su caridad para con los hombres. Con cuánta razón decía la B. Margarita «que en el cielo y en la tierra, en la eternidad y en el tiempo, el amor reina y triunfa sobre todas las cosas». Pondera á este propósito, que si pudiera narrarse la historia del amor de Jesús al hombre, la mente desfallecería á la vista de tantas maravillas, y un incendio de amor divino consumiría todos los corazones. Pero esta historia es imposible de narrar, porque comenzó donde las cosas no habían tenido principio y terminará donde nada tendrá fin. Antes de que el mundo fuera mundo, ya el Hijo de Dios había formado el propósito de venir á la tierra para vivir entre los hombres y morir por los hombres; pero

como había de esperar para ello á la plenitud de los tiempos, su amor al hombre necesitó prevenir su venida y anunciarla. Como administradores que eran de la antigua Alianza, se apareció en espíritu á Abraham, á Isaac, á Jacob y á los Patriarcas que le esperaban; inspiró á los Profetas para que le anunciasen; ordenó los símbolos y figuras que le habían de representar; dispuso los ritos, las ceremonias y los sacrificios que le figuraban, porque no acertaba, si es permitida la expresión, á separarse en espíritu de los hombres.

Llegó la hora de tomar nuestra humanidad, y entonces comenzó á verse de una manera sensible el exceso de su amor. Nadie ama en el mundo desde el momento de nacer. Jesús, sí. Si Jesús es parvulillo; si tiene aquel rostro de cielo; si está en los brazos y sobre el seno de María; si de sus tiernos ojos brotan lágrimas; si extiende sus bracitos, todo esto es amor, porque sólo el amor ha reducido la sabiduría y omnipotencia infinita al estado de la infancia. Si Jesús vive en la casita de Nazaret dedicado á un oficio manual y rodeado de pobreza y privaciones; si se entrega á la predicación y funda la ley nueva, y escoge Apóstoles, y establece la Iglesia, y ordena sacramentos y sacrificios, y sufre humillaciones, y es preso, azotado y coronado de espinas, y muere en una cruz pidiendo al Eterno Padre el perdón de sus enemigos, es sólo por amor.

Posee un cuerpo, un alma y la divinidad, y todo esto se lo da á los hombres en la Eucaristía. Tuvo en el mundo una Madre, que es el honor de la tierra, el amor de los ángeles y las delicias del cielo, y nos la da por madre

para que nos prodigue, durante nuestra vida, todas las caricias maternales. Y todo esto que Jesucristo hizo por todos los hombres en general, lo hizo también, y lo sigue haciendo, por cada uno en particular. En ti mismo puedes hallar la prueba. ¿De cuántas gracias especiales no te ha hecho objeto? ¿Recuerdas los días de tu infancia y de tu juventud? ¡Qué de cuidados no te ha prodigado! Si no has muerto de aquella enfermedad, si te libraste de aquella desgracia, fué porque Jesús acudió en tu auxilio. ¿Por qué Jesús te ha esperado tantos años, mientras á otros pecadores ha castigado inexorablemente? ¡Ah! Si Jesús escuchara otras voces que las de su amantísimo Corazón, ¿dónde estarías ahora? Tal vez en el infierno, ardiendo en aquellas llamas sempiternas, si no fuera por el incendio de amor, aún más vasto, que arde en el santísimo Corazón de Jesús.

A su caridad inextinguible debes todos esos beneficios, y esa caridad infinita en favor de los hombres ingratísimos, es á la que, principalmente, has de honrar en la devoción al Corazón sacratísimo de Jesús, pues ese es el objeto invisible y espiritual que se ha propuesto la Iglesia al establecer ese culto tan tierno, tan dulce, tan llamado á renovar por el amor de Jesús, manifestado á los hombres, el antiguo fervor, la frecuencia de sacramentos y la unión de las almas con Jesucristo.

Punto III

Por qué ha sido reservada la devoción del sagrado Corazón de Jesús á nuestros tiempos.

Considera que para responder á esta pregunta que tanto hoy se repite en el mundo,

basta conocer las palabras que N. S. Jesucristo dijo á la beata Margarita Alacoque, que fué el instrumento providencial de que se valió para mostrar á los hombres lo que es su Corazón.

Para los tiempos de mayor tibieza, y aun frialdad, reservó un culto, que á la vez que sirviera de reparación á las ofensas que recibe, reanimase aquel fuego divino que había venido á encender en la tierra.

¿Y en qué tiempos, dejando á salvo la piedad de las almas buenas que hoy existen, ha sido más ultrajada la divina Majestad que en los presentes? La iniquidad impía que antes era una excepción, es hoy una regla general. General es la disolución que contamina á la juventud y el libertinaje que se advierte, no sólo en las clases más humildes del pueblo, sino en las más elevadas; general es la licencia en las palabras, la lubricidad en los teatros, la blasfemia de palabra y en los escritos, la profanación de los días festivos, la enseñanza sin Dios, y aun contra Dios, y mil otros pecados á cual más horrendos. Más aún, la fe, fundamento y raíz de todo cristiano y de toda virtud, se ve objeto de burla y de baldón de una manera pública y desenfrenada. Jesucristo sacó de su divino costado la Iglesia, la nutrió con su carne, la revistió con su autoridad, le confirió sus dones y la preparó para sí con su misma sangre. Hasta hace algún tiempo había entre los católicos quien la desobedecía, pero era tanta la veneración en que se la tenía que siempre se hablaba de ella con respeto. Hoy se la escarnece, y su augusto Vicario es objeto de la befa más vil y de los más groseros insultos. Su au-

toridad es desconocida y menospreciada, no sólo por las turbas soeces, sino por los jefes ó gobernantes de los Estados.

¿Qué más? Desde los tiempos de Arrio hasta el siglo XIX, ¿quién se atrevió á mancillar la sacratísima persona del divino Redentor Jesucristo? Pero hoy, con escándalo é indignacion de los buenos, se pone en tela de juicio ó se niega la divinidad de Jesucristo, único y divino Salvador de los hombres. Todo esto explica de una manera satisfactoria, por qué Jesucristo ha querido que los fieles de los tiempos presentes honren y glorifiquen á su divino Corazón, como devoción reparadora de tanta ingratitud y sacrilegio. Hazlo tú así y piensa que esta devoción tiende á dar á conocer mejor la grandeza de Jesucristo y de su amor á los hombres. La fidelidad te invita á ello, la generosidad te lo pide y la caridad te lo ordena.

Considera, también, que cuando Dios quiere introducir en la Iglesia un nuevo ejercicio de piedad, siempre ha solido acreditarlo con favores especiales otorgados á los que con más fervor lo practicaron. Eso mismo ha sucedido con el culto del sagrado Corazón de Jesús. ¿Y quieres saber cuáles son esos favores? Al sacerdote le promete la gracia de mover á penitencia los corazones más endurecidos; á los padres y madres de familia las gracias necesarias, no sólo para educar bien á sus hijos, sino para proveerles aun de los recursos materiales. A los que se hallan expuestos á los peligros del mundo, la seguridad de que no serán víctimas de las seducciones propias de la época presente, y á todos, en general, la bendición divina en todas sus empresas, la

constancia en la fe, la asistencia en la tribulación, una muerte santa en la llaga de su Corazón, y luego la vida eterna.

Coloquio. - ¡Oh Jesús mío! Haced que experimenten esos efectos todos los que acuden á vuestro Corazón amantísimo. Haced que los experimente yo, que bien sabéis la necesidad que de ellos tengo. Y ya que en la hora de la muerte á todos vuestros justos los lleváis escritos en vuestras manos, llevadme escrito en vuestro Corazón, porque el enemigo de las almas no sea capaz de arrancarme de vuestro costado. Y como nadie que acuda á vuestro Corazón tendrá una muerte de réprobo, ni experimentará el rigor del último juicio, ni arderá en las llamas infernales, en vuestro Corazón quiero refugiarme para abrasar mis pecados en las llamas de vuestro divino amor.

Propósitos.—Propagar por cuantos medios puedas la devoción al Sagrado Corazón.

Nota.—Si faltasen meditaciones para llegar al mes de Julio, háganse las que sobraron á fines del mes de Febrero y que hubieron de omitirse para hacer las de carnaval, con las que empieza el tomo II.

MEDITACIONES

PARA ALGUNAS FIESTAS

DE LOS MESES DE MAYO Y JUNIO [1]

Festividad del patrocinio de San José.

(Dominica tercera después de Pascua.)

Preludios.—Mira al santo Patriarca ó teniendo en sus brazos al Niño Jesús, ó cobijando debajo de su manto á toda la Iglesia, y pídele que te acoja á ti también debajo de su poderoso patrocinio.

Punto I

José es el santo que tiene mayor valimiento delante de Dios.

«Tomad á José por vuestro primer patrón», decía Gersón, el piadoso y sabio canciller. Después de Jesús y María, ningún santo disfruta de poder tan grande como José: sobre todos le ama Dios N. S., Jesús su Hijo divino, María la Madre de Dios. «En gracia y bienaventuranza supera á todos los santos», según opina Suárez; Jesús le llama todavía padre en el cielo, y María esposo; ya se dirija á Jesús, ya á María, sus peticiones son acogidas como

1 Ponemos aquí las meditaciones siguientes, que, ó por ser algunas de fiestas movibles, ó por coincidir otras con el tiempo pascual, no han podido ponerse en su lugar propio.

mandatos. De todos los santos que venera la Iglesia, el primero que haya sido canonizado es José, que lo fué por el mismo Espíritu Santo. Siendo Esposo de María, que nos fué dada por Madre al pie de la cruz, podemos llamar á José padre nuestro. Destinóle Dios á proteger en la tierra con sus cuidados y fatigas á la Sagrada Familia, cuya cabeza y jefe le constituyó, y quiere que desde el cielo cuide de esta gran familia cristiana que forma la Iglesia santa de Jesucristo. Así lo ha comprendido esta sociedad divina, esta gran familia de los hijos de Dios, enseñándonos por boca de sus Padres y Doctores, nuestros maestros en la fe, que así como el antiguo Faraón de Egipto hizo de José, hijo de Jacob, el superintendente de todos sus tesoros y dispensador de sus gracias, por lo cual decía á sus vasallos: «Id á José»; así también Dios N. S., Rey de cielos y tierra, quiso confiar la dispensación de sus favores y beneficios á su amado San José, que con solicitud, esmero y acierto tan grandes, supo cuidar de Jesús y María, sus tesoros más valiosos y preciados, y por esto nos dice á todos los que deseamos alcanzar las gracias divinas: «Id á José». Y no podía ser de otro modo. Si los santos tienen poder y patrocinio proporcionados á su santidad y á sus merecimientos, ¿qué santo habrá en el cielo que pueda tener tanto poder y patrocinio como José?

Punto II

El gran valimiento de San José debe inspirarnos muchísima confianza.

Considera que sabemos cuánto nos ama el bondadoso Patriarca, cuánto desea nuestra

salvación; sabemos cuán grande es su poder: ¡cuán grande no deberá de ser nuestra confianza en su patrocinio y valimiento! El posee el tesoro de todas las virtudes; él nos alcanzará fe viva; animará con la esperanza nuestra alma; encenderá en amor divino nuestro corazón; humilde, obediente, casto, devoto, paciénte y obrador de toda clase de buenas obras, nos alcanzará que sepamos imitarle. Sea cualquiera el apuro ó aflicción en que nos encontremos, José nos hará salir bien de todo. Nadie que fuese verdadero devoto suyo llamó jamás en vano á la puerta de su corazón. Su ternura es tan grande, que no hay pena que no le conmueva; su amor es tan desinteresado, que nada desea como nuestro propio bien y se complace en él. A José, juntamente con María, entregó Jesús las dos llaves del paraíso. Seamos devotos del santo Patriarca, confiemos en él, pidamos sin cansarnos, y José nos abrirá la puerta.

Punto III

Las grandezas de San José son la mejor prueba de su patrocinio.

Recuerda aquellas palabras de la sagrada Escritura: «Toda la gloria de la hija del Rey está dentro, con orlas de oro, recamada de variadas galas». Así pinta el real Profeta la gloria y hermosura de las almas amantes de su Dios, hijas de este Rey de reyes. En las orlas de oro podemos ver la caridad, reina de las virtudes, y estas súbditas suyas en las variadas galas que adornan á la Hija del Señor. ¡Cuán bella debió de ser el alma de José! De

allí salió la gloria con que brilló á los ojos del Señor y que más tarde debía ser manifestada á los hombres, que le habían de alabar como le había alabado antes, por su fidelidad en corresponder á la gracia, llegando así á tan alto grado de santidad. Con la gracia del Señor, que tan bien aprovechaba el Santo, iban brotando y creciendo en su corazón las virtudes más preciosas: humildad, pobreza, castidad, obediencia, mortificación, mansedumbre, devoción, contemplación, laboriosidad, paciencia, prudencia y cuantas otras forman un varón perfecto, sirviéndoles á todas de estímulo y dándoles mayor realce su ardentísima caridad, que tan unido le tenía con su Dios. El Padre le amaba por el esmero y cariño con que cuidaba en la tierra de su Hijo; el Hijo, por lo mucho que á su Madre quería y ayudaba; el Espíritu Santo le amaba también por las muchísimas atenciones y la veneración amorosa con que trataba á su divina Esposa; y todas las tres Personas de la Trinidad beatísima descansaban y se regalaban en el corazón de José, por verle tan aprovechado en toda clase de virtudes. ¡Cuánto no crecieron también éstas con las dulces y fecundas influencias de los santísimos ejemplos y fervorosísimas oraciones de Jesús y de María! Por esto llegó á ser el santo Patriarca el más perfecto entre los justos.

Coloquio.—Castísimo San José, esposo de María: me gozo de verte elevado á tan sublime dignidad y adornado de tan heroicas virtudes. Ya que fuiste escogido por el Eterno Padre para ser en la tierra protector de la Sagrada Familia contra las asechanzas y persecuciones de sus enemigos, protege, Santo mío, á la Iglesia, á su cabeza visible, á los obispos y

sacerdotes. Protégenos á todos los que acudimos á ti como amparo y sostén nuestro, esperanza y consuelo en la vida y en la muerte.

Propósitos.—En todos los peligros y tribulaciones acude á San José. Recuerda las palabras de Santa Teresa: «No me acuerdo de haberle pedido cosa que la haya dejado de hacer. Es cosa que espanta las grandes mercedes que me ha hecho Dios por medio de este Santo, los peligros de que me ha librado, así de cuerpo como de alma: que á otros santos parece les dió el Señor gracia para socorrer en una necesidad; mas este glorioso Santo tengo experiencia que socorre en todas, y que quiere el Señor darnos á entender, que así como le fué sujeto en la tierra, así en el cielo hará cuanto le pida».

PARA LA MISMA FESTIVIDAD

Tres virtudes de San José, especialmente propuestas á la imitación del perfecto cristiano.

Preludios.—(Los mismos de la meditación anterior.)

PUNTO I

La fe de San José.

Considera que cuando Dios predestina á un hombre para algún empleo extraordinario, dice San Bernardino de Sena, le adorna de todas las gracias que convienen á su vocación, y le pone en estado de cumplirla dignamente. Nada tiene, por tanto, de extraño que San José, antes de ser elevado á la incomparable dignidad de esposo de María, y á los ministerios propios de tal dignidad, estuviera preparado por el don de una admirable fe. La felicidad de María consistió en haber creído, y esa misma fué la felicidad de San José. Creyó que el poder divino, la maternidad más fecunda, no era incompatible con la virginidad más pura, y que María estaba destinada á realizar

esa maravilla. Creyó, que aquel pobre niño que acababa de nacer en un establo, tan débil, tan desprovisto de todo, era el Rey de los reyes, el Creador del universo, la alegría de los ángeles, el terror de los demonios. Creyó, que el Hijo de Dios, venido en medio de los hombres para salvarlos, se humillaba hasta querer, en cierto modo, ser salvado por un hombre y que él, escogido para tan asombroso ministerio, debía llevársele á Egipto, atravesando desiertos, aunque todo parecía demostrar que aquella fuga, no sólo estaba llena de peligros, sino absolutamente irrealizable. Creyó, á pesar de los obstáculos, á pesar de todas las imposibilidades aparentes, y la simplicidad de su fe obtuvo los vivos resplandores que son su recompensa. Dios se mostró casi sin velos á su fiel servidor y le reveló sus secretos, le comunicó sus designios, le hizo, en suma, entrar en la profundidad del misterio de su Verbo encarnado, y ser como su sombra protectora.

De aquí se derivó aquella fe perfecta que no le abandonó jamás en sus relaciones más familiares con el niño Jesús, ni cuando usa de la autoridad que ejerce sobre El; mandándole le adoraba, gozando así continuamente y por anticipado de las delicias de la vida futura, que comenzó á gustar en la presente. Así en María, su esposa, miraba á su Reina y Señora y á Dios en todo y en todas las cosas. Dichosa fe, que si en ti fuese viva como en el Santo Patriarca, haría de la tierra un cielo, pues siempre y en todo verías á Dios, y viendo á Dios se encuentra la dicha en medio de las penas y tribulaciones.

Punto II

Humildad de San José.

Considera cómo dos circunstancias, que en un alma menos iluminada ó menos fiel pudieran haber sido el escollo de esta virtud, sirvieron á San José para hacerla más sólida y ponerla más de manifiesto. Estas dos circunstancias fueron: las humillaciones á que Dios le sometió y los favores de que le colmó.

Salido de la familia más ilustre del universo, de aquella que había de dar al mundo un redentor y contando reyes entre sus antepasados, se vió reducido á la pobreza, y para no sucumbir bajo el peso de la miseria, obligado á ejercer un oficio obscuro en los mismos lugares en que reinaron sus antecesores. Fuerza le fué ponerse á merced de los caprichos, durezas y desprecios de los últimos de su nación, hasta tenerles que agradecer que se dignasen emplear sus brazos y pagar sus sudores; tal era la condición á que la Providencia le había sometido. Lejos de quejarse el Santo Patriarca, daba gracias á Dios, aceptando de buena voluntad las humillaciones de aquel estado. Jamás habló de su linaje, antes, por el contrario, quiso pasar como uno de tantos hombres de lo más humilde del pueblo y ser conocido únicamente como uno de los artes nos más vulgares; la única gloria, su sola ambición consistieron en ocultarse á los ojos del mundo, para ser más fiel á su Dios. Pero todavía los favores de que le colmó el cielo, fueron para su humildad más peligrosa prueba.

José era el depositario de un secreto que in-

teresaba en el más alto grado al género humano. Si se decidía á manifestar el misterio de un Dios encarnado, confiado á sus cuidados, ¡qué consideración podría adquirir ante el mundo, al mismo tiempo que proporcionaría á Jesucristo tan justos homenajes! ¿Por qué, al menos, no hacer esa confidencia á sus más discretos amigos? A primera vista parecía que debía hacerlo para la gloria de Dios y el cumplimiento de sus designios. Aquel Mesías, llamado por tantos votos, no había descendido á la tierra para vivir en ella ignorado; preciso era que, más pronto ó más tarde, fuera conocido, ¿por qué no darle á conocer lo más pronto posible? ¡Cuántos motivos para hablar! ¡qué de pretextos nos habría sugerido en caso semejante, un amor propio ingenioso! José, sin embargo, se calla. No está encargado de dar á conocer al Mesías; lo está, por el contrario, para cubrirle con su propia obscuridad, hasta el día señalado para su manifestación. José, pues, se encierra en los límites del ministerio que se le asigna y se contenta con gozar en silencio de su dicha. ¡Maravillosa humildad, profundísimo silencio! Aprende como San José á humillarte, á esconderte y callar, que en esas virtudes encontrarás la paz de tu alma y el principio de tu exaltación y grandeza.

Punto III

La esperanza de San José.

Considera que en San José las contradicciones y los reveses la hacen más inquebrantable. Puede decirse del santo Patriarca, como del padre de los creyentes, que espera contra

toda esperanza. La pobreza de su condición, fué la menor de sus pruebas: tanto le había elevado su fe viva, sobre las cosas de la tierra. Sólo le fué penosa por las privaciones y los sufrimientos que impuso á Jesús y á María. ¡Cuánto sufrió en Belén, al no poder ofrecer otro alojamiento que un establo abandonado, á la que el Mesías había escogido por madre y que estaba á punto de dar á luz al que iba á serlo del mundo! Esto no obstante, su confianza en Dios no le abandonó y jamás estuvo más justificada, pues aquella noche tan tristemente comenzada inundó de delicias inefables los corazones de María y de José.

Cuando el ángel le mandó marchar á Egipto, ni siquiera le pregunta quién le serviría de guía, ni quién le pagaría los gastos del viaje, ni de dónde sacaría los recursos para mantener al Hijo y á la Madre en un país desconocido. No; ni tampoco procura saber la duración de aquel destierro; le basta saber que Dios lo ordena.

La más dolorosa de sus pruebas, fué la cruel perplejidad en que le sumieron, respecto de María, las consecuencias de un misterio que ignoraba aún. ¿Qué hacer? ¿qué partido tomar? Recurre á la oración; se vuelve hacia Dios. No; no será abandonado en una aflicción tan profunda. ¡Qué momento más feliz aquel en que el ángel del Señor le dice: «José, hijo de David, no temas aceptar á María tu esposa, porque lo que ha concebido es por obra del Espíritu Santo!»

¡Oh santa esperanza, virtud de las grandes almas, tú eres particularmente la virtud de los que confían en Dios! Cuando estamos com-

prometidos por orden del cielo en alguna empresa, no son los peligros, ni las tribulaciones, lo que debemos temer; es nuestra pusilanimidad. José se cercioró de la voluntad de Dios y después se sobrepuso á todos los terrores y por encima de todas las pretendidas imposibilidades. Mas aún; experimentó un placer secreto al verse desligado de todo humano apoyo, pues esto le permite abandonarse con más confianza en los brazos de la Providencia.

Así debemos ser; así fueron un San Francisco Javier, un San Vicente de Paúl y tantos otros santos, quienes, por la confianza en Dios, hicieron tales cosas y tan grandes, que parecían participar de la omnipotencia del mismo Dios.

Coloquio.—¡Oh bendito Patriarca, modelo de fe viva, de humildad profundísima, de esperanza sólida! Enséñame á practicar esas virtudes, á imitarte en ellas, ya que el ser devoto tuyo consiste en imitar tu santidad. ¡Oh santo fidelísimo, á quien fueron confiados los secretos más recónditos del cielo! Tómame bajo tu amparo y protección, para que salga como tú, victorioso de mis enemigos.

Propósitos.—Dedícate á propagar la devoción de este gloriosísimo santo, que nada puedes hacer tan agradable á la Virgen, su esposa.

31 DE MAYO

María, Madre del Amor Hermoso.

Preludios.—Mira á la Virgen como la vió San Juan, vestida del sol, coronada de estrellas; la luna como escabel de sus plantas, y pídele enamorarte de tal modo de su hermosura, que sólo aspires á la belleza del cielo.

Punto I

María, Madre de la verdad.

Considera que de los amores nobles y hermosos, que hay en el corazón de los hombres,

tres son los que más lo elevan y engrandecen. El amor de la verdad, el de la bondad y el de la belleza. María es Madre del Amor Hermoso, porque los amores que su devoción engendra en las almas, traen consigo estos tres amores.

Considera, en efecto, primeramente, que siendo María Madre de la Verdad Eterna encarnada, su conocimiento y amor nos encamina á conocer y amar la misma verdad, que es Dios. Por eso vió á María el Evangelista, vestida del sol, coronada de estrellas y con la luna bajo sus pies. El sol es su hijo, simbolizado en la luz material, y Ella es la aurora que nos le dió. La luna no es fija como el sol, sino mudable, como símbolo del error, y por eso María la tiene bajo sus plantas, pues María fué creada para hacer triunfar la verdad y para confundir por medio de su Hijo á todas las herejías y al espíritu infernal, padre de la mentira. María, como la verdad, es la roca inconmovible contra la que se estrellan las olas siempre variables del error, y que representan á la mentira. Es la aurora precursora del sol que desvanece las sombras de la noche, que es presidida por la luna, puesta á los pies de María, como símbolo del pecado original, cuyas consecuencias funestas destruyó María como Madre del Hijo de Dios.

María es verdad en su entendimiento, por la fe viva que lo iluminó; verdad en sus palabras inspiradas por el Espíritu Santo, que desde la eternidad la había escogido por Esposa; y verdad en los sentimientos de su corazón, creado para formar en la parte humana y sensible el Corazón sacratísimo de Jesús, que

es la misma verdad. Verdad en su pureza, exenta de toda mancha, pues Dios no permitió que fuera contaminada con la culpa original; verdad en su humildad, llevada hasta el anonadamiento en los precisos instantes en que el ángel la anunciaba su elevación á una dignidad que por ningún mortal podía ser soñada, y siendo verdad en todo, verdad tiene que ser en su amor por su objeto, que es la verdad misma, y por la pureza de su intención, encaminada única y exclusivamente á hacer en todo la voluntad del sér amado.

¿Puede caber en alma alguna un amor más verdadero que aquel que tiene por objeto la verdad eterna, esto es, la única verdad, y ante el que se inmola todo el propio sér, incluso los sentimientos del amor maternal humano, como María inmoló los suyos consintiendo en el sacrificio de su único Hijo para dar cumplida satisfacción al amor de Dios, ultrajado por los hombres?

Punto II

María, Madre de la bondad.

Considera que aquí todo es bueno en María. Su bondad en cuanto se opone á la maldad, y su bondad en cuanto significa misericordia.

Como exenta y enemiga de todo pecado, es María opuesta á todas las malicias que dañan á la caridad para con Dios y para con el prójimo. Como Madre del Hombre Dios, que vino al mundo para dar la vida por los hombres, es la bondad misma, pues su misericordia la lleva á ser la redentora del género humano, á costa de toda la sangre de Jesús, que es su

propia sangre. Y esta bondad la lleva al extremo de convertirse en Madre de todos los hombres, aun sabiendo que después del sacrificio hecho por ellos, habrían de seguir ofendiendo á su divino Hijo, renovando todos los días con sus pecados de una manera incruenta, el cruento suplicio de la cruz.

Ni el recuerdo de los crueles tormentos padecidos por su Hijo en aquel amarguísimo trance, ni lo punzante de aquella espada de dolor que atravesó su amantísimo Corazón, viendo al fruto amado de sus entrañas azotado, coronado de espinas, escarnecido y escupido por la soldadesca, cargado con el madero de la cruz y muriendo en ella ente los aullidos y maldiciones de la plebe, la impiden ser el Refugio de los pecadores, á los que constantemente brinda con su protección y por los que intercede sin cesar ante el trono del Altísimo.

¿Dónde hallar un tesoro de bondad que iguale, ni siquiera se acerque á la magnitud de la bondad del amor de María? Madres que perdonen al matador de su hijo puede haberlas por un efecto de las virtudes cristianas. ¿Pero que le amen? Y sobre todo, ¿que sigan implorando en favor de los que un día y otro ofenden gravemente al hijo de sus entrañas? Sólo en la bondad del amor de María puede darse este exceso de misericordia, que sobrepuja á toda comprensión humana.

Punto III

María, Madre de la belleza.

Considera que el objeto de lo bello, es el mismo que el del amor. Pero así como hay dos

ciudades, según San Agustín, hay también dos amores, y por consiguiente, dos tipos de belleza. Uno, es el de la belleza humana y sensual, y otro, el de la espiritual y divina. El paganismo tuvo su ideal en el primero, y en él fué hasta donde no han llegado los pueblos modernos. El cristianismo á su vez lo tuvo en el segundo, y así como el mismo pincel é igual buril en manos de dos distintos artistas producen obras diferentes, del mismo modo siendo la belleza el objeto del arte y el del amor, las creaciones de ambos difieren entre sí como difieren el ideal pagano que sólo mira á la belleza terrena y el cristiano, cuyo objeto es la belleza celestial. Con el primero, fué arrastrado el mundo por el lodo de las sensaciones bestiales, y con el segundo se elevó el alma humana á la contemplación de las armonías celestiales.

Entre estos tipos diferentes de belleza se halla la mujer, símbolo de ella, bajo las diversas modificaciones de esposa, de madre y de virgen; pero, ¿dónde encontrar un tipo de belleza, según el ideal del amor, que llegue á la de María, considerada bajo esos tres aspectos? Porque en María se juntó la belleza de la virginidad con la fecundidad de la madre; por ella vino al mundo la belleza encarnada en Jesucristo, tipo de todas las hermosuras en el orden moral, porque es la fuente y manantial de la gracia, que es el origen del orden y la armonía en èl alma, en lo que consiste la belleza del corazón. Por eso todo lo bello y hermoso del mundo nos habla de María, que se ve retratada por todos los seres hermosos de la tierra y del cielo, y Dios al crear cuanto bello

existe, pensaba en María y copiaba á María, Madre de la eterna hermosura. Así la Virgen santísima, lo mismo en la pureza inmaculada de su Concepción que en el éxtasis de su Asunción, como en la sublimidad de sus dolores y en la soledad en que la dejó la muerte de su amado Hijo, es el tipo eterno de la belleza que nos encanta y eleva hasta el cielo.

Y es que en María se halla toda la belleza que procede del más puro amor. Como Madre, nos enseña á amar; dándonos á Jesús se hace objeto de nuestro amor, y además nos dice cómo hemos de amarla.

¿Y cómo has de amarla? De la misma manera que ella ama; esto es: con todo tu corazón, que en eso consiste el verdadero, el bueno y el hermoso amor de que María es Madre.

Coloquio.—¡Oh Virgen santísima, hermosura tal que sólo te supera la hermosura increada! Ya que he nacido para amar lo bello, yo quiero amarte sobre todo lo que no sea Dios. Hazme ver un rayo de esa belleza, que es el embeleso de los cielos y el encanto de los ángeles, para que nada quiera del mundo y sólo anhele las hermosuras celestiales.

Propósitos.—Estudia cada día más las virtudes de la Virgen, ellas constituyen su hermosura. Así las podrás imitar, ya que en eso consiste el amor práctico á la Virgen santísima.

21 DE JUNIO

Fiesta de San Luis Gonzaga.

Preludios.—Mira á este angelical mancebo macerando su inocente cuerpo como si fuera grandísimo pecador, y pídele que, ya que no lo has imitado en la inocencia, lo sigas en la penitencia.

Punto I

De los grandes progresos que San Luis en poco tiempo hizo en la virtud.

Considera cuánto se necesita para llegar á la santidad. Porque la gracia imita á la naturaleza, la cual camina á su perfección con un movimiento lento, gradual é insensible: por lo menos esta es la conducta ordinaria de Dios.

Es además muy difícil la santidad, porque es necesario extirpar los hábitos viciosos, y plantar en el alma todas las virtudes; lo cual no se consigue sino con mucho tiempo y trabajo, y como tenemos una grande inclinación al mal, que en nosotros se deriva de la corrupción de la naturaleza, y de los pecados que hemos cometido, nuestra alma se halla como torcida, y no la enderezamos sin hacernos grande violencia á nosotros mismos. Pocos son, en verdad, los que mortifican sus pasiones, los que se afanan por desarraigar los malos hábitos, y sostienen una guerra continua contra sus deseos desenfrenados. Por todo esto se requiere mucho tiempo para llegar á ser santo, y los hombres no llegan de ordinario á la perfección, sino después de muchos años, y hacia el fin de su vida.

Pues pondera que San Luis Gonzaga llegó en breve tiempo á la perfección de la vida cristiana y religiosa, por dos razones: Porque Dios le previno desde su infancia con gracias extraordinarias, dándole alas, por decirlo así, para volar á la santidad; mientras que otros caminan paso á paso, y con grandísima dificultad. A la edad de los siete años Luis rezaba de rodillas todos los días los salmos penitenciales y el oficio de María santísima. Á los ocho años hizo voto de virginidad, que conservó intacta toda su vida. A los trece hizo voto de ser religioso; y al llegar á los dieciséis, en la fiesta de la Asunción de la Virgen María, se resolvió á abrazar este estado en la Compañía de Jesús, en donde entró dos años después, y murió á la edad de los veinticinco. Este fué el curso de la vida de San Luis, corto, pero muy rápido en el camino del bien, diligente, prevenido y acompañado de gracias extraordinarias, que Dios concede á pocas personas, como se puede ver en la historia de su vida. Si no somos santos, dice San Bernardo, no nos quejemos de que nos falta la gracia; antes somos nosotros los que le faltamos. Recapacita un poco tu vida, y observa cuántas gracias te ha dispensado Dios.

La segunda ventaja que tuvo San Luis Gonzaga, para alcanzar tan pronto la santidad, fué que no encontró casi ningún enemigo que combatir; ningún vicio que exterminar; ningún hábito malo que destruir; habiendo vivido en tanta inocencia, que el Cardenal Belarmino, que conocía su conciencia á fondo, asegura que no cometió jamás pecado mortal en toda su vida. Tenía tan moderadas las pasiones y

el corazón tan dispuesto á los movimientos de la gracia, que parecía que la virtud le era natural, y que necesitaba violencia para no practicarla. En sus oraciones perseveraba tan tranquilo, y tan fuertemente unido á Dios, que durante seis meses no podía decir que se hubiese distraído un *Ave María:* así lo refiere su mismo confesor. Considera los progresos que hizo en la virtud, habiendo estado prevenido por la gracia, y no teniendo que combatir ningún vicio, ni aun el de la carne; de la cual, según atestigua el mismo Cardenal, no sintió jamás ningún estímulo. Conservó sin mancha el hermoso lirio de la pureza, porque, como diremos luego, le guardó entre las espinas de una rígida penitencia. ¡Qué pocos son los que han recibido esta gracia de nuestro Señor, y que se hayan reintegrado, por decirlo así, en el estado de la inocencia original! Si has perdido la inocencia, llora, y procura repararla con el ejercicio de la penitencia.

Punto II

Medios que tomó San Luis para llegar á la santidad.

Considera que aunque San Luis había sido prevenido por tantas bendiciones del cielo, y su alma estaba tan pura é inocente como la de un ángel, sudó y se fatigó por adquirir la virtud, como si fuera el mayor pecador del mundo. Y esta es la causa de haber hecho tan rápidos progresos en la santidad, no pudiéndose concebir ni mayor fervor, ni más constante fidelidad, ni más continua vigilancia sobre todos sus sentidos, ni odio más implacable de sí mismo, ni más asidua mortificación que la

suya; que estos son los motivos por los que el Señor se mostró tan generoso con Luis.

Era puro como un ángel, y maceraba su carne como si fuera muy culpada y rebelde á su espíritu. Aunque educado con delicadeza, como el primogénito de su ilustre familia, ayunaba tres días á la semana, y todos los viernes á pan y agua, siendo de edad de trece años, y tomaba tres disciplinas hasta derramar sangre; poco tiempo después empezó á tomarla todos los días, y á veces tres en un día. Colocaba en la cama una tabla, y sobre ella dormía, y en lugar de cilicio llevaba duras cadenas á raíz de la carne. Fueron tan grandes sus abstinencias, que no es fácil concebir cómo podía vivir comiendo tan poco. Este deseo insaciable de mortificaciones y de penitencias le duró toda su vida; y aunque afligido de un continuo dolor de cabeza, no desistió de servir á los enfermos de los hospitales, y de asistir á los apestados, entre los cuales contrajo la peste de que murió víctima de su caridad con los pobres. Cuando le aconsejaban que moderase sus penitencias, aunque tenía una alma recta, pura é inocente, respondía: «Que había venido á la Religión como hierro duro y torcido; que era necesario ablandarle en el fuego y enderezarle á fuerza de mortificaciones y penitencias».

Hay muchos que, habiendo dejado en el mundo grandes comodidades y riquezas, después en la Religión se aficionan á algunas bagatelas. San Luis, luego que halló el tesoro de la pobreza, cediendo con alegría todo lo que poseía, renunció sus estados y el derecho de primogenitura. Siempre pobre en su cuarto,

en sus muebles y en sus vestidos, se lamentaba de que vivía con sobrada comodidad, y le habían de dar siempre lo más vil y pobre, lo más usado é incómodo de la casa Ni hubiese dispuesto de un pliego de papel sin licencia expresa de su superior. Maravilloso ejemplo de desprendimiento y pobreza de espíritu que debes imitar si quieres conseguir el premio de los que á lo menos con el deseo siguen á Cristo pobre en la cruz.

Punto III

Humildad maravillosa de San Luis.

Tenía todas las virtudes en grado eminente; pero la que sobresalía con más brillo, y la que más evitaba Luis se trasluciera, era la humildad, que fué verdaderamente admirable en una persona de su nobleza. Con sólo alabarle se sonrojaba, y le brotaban las lágrimas de los ojos. Vemos con frecuencia cómo personas espirituales, lejos de ser humildes, á todos hablan, con razón ó sin ella, de su alcurnia y de sus parientes; se ocupan en contar su genealogía, en la que hacen entrar aun á la fuerza á las personas más distinguidas. ¡Oh Dios mío, qué necia vanidad! San Luis jamás hablaba de su parentela, y no podía sufrir que le hablasen, y procuraba disimular y encubrirse para que no supiesen que su padre era príncipe del imperio. «Su vida, dice el Cardenal Belarmino, toda fué humildad».

¿Quién se admirará después de esto, de que en tan corto tiempo llegase á tan alto grado de santidad, habiéndole Dios favorecido con gracias tan extraordinarias, que no hallaron

en él enemigos con que combatir, sino una alma pura para recibirlas, dócil para seguir su impulso, vigilante para aprovecharlas, fiel para conservarlas, diligente para aumentarlas, y, sobre todo, pronta, fervorosa y alentada para cooperar con firmeza á las inspiraciones de la gracia? Santa María Magdalena de Pazzis, habiendo visto la gloria de San Luis entre los santos en el cielo, exclamó, absorta de admiración: «¡Oh, qué gloria posee en el cielo Luis, hijo de Ignacio! Jamás lo hubiese creído, si mi esposo Jesús no me la hubiese mostrado».

¿Cuánto tiempo estás tú en el mundo? ¿Qué provecho has hecho en la virtud? ¿Qué vicio has desarraigado? ¿Qué victorias has conseguido? ¿No es cierto que eres menos devoto, menos fervoroso y menos mortificado cada día? ¿De dónde nace esto? No te atreverás á decir que de la falta de la gracia de Dios, porque las que has recibido bastan para formar grandes santos. Pues ¿de dónde procede esta tibieza tuya, y esta lentitud en el servicio de Dios? ¿De qué dimana que tienes las pasiones más violentas que al principio de tu conversión? Sin duda, de que has dejado de las manos las armas de la penitencia y mortificación interior y de los sentidos, y sólo piensas en contentar los deseos estragados de la naturaleza; y debiendo sostener la gracia contra los asaltos de tus pasiones, ayudas á tus pasiones para combatir la gracia. ¡Oh, qué cuenta tienes que dar á Dios! ¡Cómo te reprenderán los Santos! Ellos, como San Luis, practicaron tan grandes penitencias habiendo conservado el hermoso lirio de la inocencia; y tú

que le has perdido, ¿no quieres hacer ninguna?

Coloquio.—¡Oh Patrón y modelo mío! ¡Oh amadísimo Santo mío, puesto por Dios en el mundo para probarnos adonde puede llegar la virtud cuando correspondemos á las gracias del cielo! Yo os encomiendo la castidad de mi alma y de mi cuerpo para que os dignéis encomendarme al Cordero inmaculado, Cristo-Jesús, y á su purísima Madre, Virgen de vírgenes, guardándome de todo pecado. No permitáis, ángel mío, que yo manche mi alma con la menor impureza; antes bien, cuando me viereis en la tentación ó peligro de pecar, alejad de mi corazón todos los pensamientos y afectos impuros, despertad en mí la memoria de la eternidad y de Jesús crucificado, imprimid en mi corazón un profundo sentimiento de temor santo de Dios, y abrasadme en su divino amor, para que así, siendo imitador vuestro en la tierra, merezca gozar de Dios en vuestra compañía en la gloria.

Propósitos.—Imita á San Luis en huir del mundo, ó si no puedes, en guardar en él el recato en los ojos y sentidos que guardó él en medio de la corte y de las mayores grandezas de la tierra.

24 DE JUNIO

Fiesta de San Juan Bautista.

Preludios.—Mira á San Juan predicando penitencia en el desierto, ó bautizando á Cristo N. S., y pide imitar la humildad del santo precursor de Jesucristo.

Punto I

Sobre las grandezas de San Juan Bautista.

Considera que se puede ser grande de tres maneras: grande, delante de sí mismo; grande, delante de los hombres, y grande, delante de Dios. Ser grande delante de sí mismo es ser ciego, ignorante y soberbio, y, por con-

siguiente, ser nada. Ser grande delante de los hombres, es merecer su estima y aprobación; mas esta grandeza, aunque tiene mucha apariencia de tal, si se considera de cerca, no es ni real ni verdadera, ya porque los hombres suelen poner la grandeza en cosas viles y bajas, como son las riquezas y los honores falsos, engañándose á sí propios; ya porque se engañan estimando grande lo que no lo es; ya, finalmente, porque hacen de las cosas el aprecio que no merecen, juzgando de ellas por comparación, á la manera que el enfermo, al que no está tan malo como él, le tiene por sano. La grandeza, pues, fundada sobre la estimación de los hombres, es falsa y engañosa; y sólo es verdaderamente grande el que lo es delante de Dios, porque respecto á El todo es pequeño, y El sólo conoce el mérito de sus criaturas.

San Juan no fué grande delante de sí, porque se abatió en la presencia de Dios, considerándose el más despreciable de todos los hombres; y aunque fué grande á los ojos del mundo, que le tomó por el Mesías, como los hombres se engañaron en este juicio, San Juan despreció el juicio del mundo. Mas lo que lo presenta incomparable y digno de admiración, es el haber sido grande delante de Dios, grande en su misión de Precursor, grande en sus virtudes y grande en los servicios que prestó á Jesucristo.

Mírale, primeramente, como Precursor de Cristo. Dios reparte sus gracias, dice San Pablo, pero las ha reunido todas en San Juan Bautista. Fué Patriarca, Profeta, Apóstol, Evangelista, Doctor, Virgen y Anacoreta. Es

el último de los Profetas de la antigua ley y el primero de la nueva, y fué por Cristo N. S., por especialísimo privilegio, santificado antes de nacer. Visitóle Jesús en propia persona, cuando todavía estaba en el vientre de su madre; le llenó de su Espíritu; le constituyó su Precursor, su voz, y, si se puede llamar así, en cierta manera su santificador, queriendo que le bautizase en el Jordán y escuchando entre las turbas la palabra de San Juan. ¿Qué cargos hay más honoríficos que éstos?

Punto II

Grandeza de sus virtudes.

Considera que algunos en el mundo son grandes por las dignidades á que han sido elevados; mas no por esto son grandes en virtud ni en mérito. Por grande que haya sido San Juan por su misión divina, se puede decir con toda verdad, que ha sido más grande aún por sus virtudes. Nos lo persuade así el testimonio del Hijo de Dios, que asegura que entre los nacidos de mujer no ha habido otro mayor que Juan Bautista. Fué tan santo, que cuando vivía le tomaron por el Mesías; y después de su muerte tuvieron á Jesucristo por San Juan Bautista; pues Herodes, oyendo los milagros que obraba Jesús, creyó que había resucitado San Juan. Y para mayor admiración aún, los judíos sabían que el Mesías debía ser de la tribu de Judá, y que haría grandes milagros; y con todo creyeron que Juan era el Mesías, aunque no hacía milagros, ni descendía de la tribu de Judá. Y ¿por qué no tuvieron los mismos sentimientos respecto de Jesucristo que

era de la familia de Judá y hacía tantos milagros? ¿Acaso por que reprendía los vicios? También San Juan los reprendía. ¿Acaso por que tenía discípulos? San Juan los tenía también. Pues ¿por qué amaban al uno y aborrecían al otro? Porque los escribas y fariseos envidiaban la gloria y la estimación de Jesucristo; porque se hacía amar de los pueblos, y todos le seguían; porque conversaba y comía con los pecadores, y porque predicaba abiertamente la verdad; y como el demonio conocía que había venido á destruir su imperio, le movió por medio de los judíos una guerra mortal y sangrienta. ¡Qué detestable es la pasión de la envidia, y qué peligroso el impugnar la verdad, y ser víctima del resentimiento y de la venganza!

Pero no te contentes con considerar en común las virtudes de San Juan: contémplalas en particular, para aprovecharte de sus ejemplos. ¡Qué mortificado en su habitación, en su vestido, y en su comida! El fin de la penitencia es satisfacer por los pecados, sujetar la carne al espíritu, y merecer la gracia de Dios. San Juan no cometió jamás ningún pecado, por lo menos grave, y estuvo lleno de la gracia y del Espíritu Santo desde el vientre de su madre. ¿Pues por qué hace penitencia? Porque estaba lleno del Espíritu de Dios, que es enemigo de la carne; para tenerla obediente y sujeta; para ser digno ministro del Salvador; para merecer todos los días nuevas gracias, que de ordinario se obtienen por medio de la oración y la penitencia.

Después de haber admirado esta maravillosa unión de la penitencia con la inocencia,

considera las otras virtudes, libando como casta abeja de todas estas celestes flores la miel de la devoción al santo Precursor de Cristo. Considera el desprecio que hizo del mundo y de todas sus grandezas. Considera aquella espantosa soledad, en donde se mantuvo tanto tiempo, conversando con Dios, antes de tratar con los hombres. Considera aquella grande pureza de vida, que adquirió con oraciones continuas y con un silencio de treinta años. Considera su celo en reprender los vicios de los reyes y de los fariseos, á quienes llamaba raza de víboras. Considera, finalmente, y admira su profunda humildad, que le hizo rehusar la dignidad de Mesías, y confesar en alta voz que no era el Mesías, ni Elías, ni un Profeta, ni aun hombre, sino sólo una voz que clamaba en el desierto. Considera todas estas virtudes, y procura imitarlas. Ve al desierto, escucha la palabra del Precursor y tiembla al oir aquella sentencia que debes grabar en tu alma: «Si no hiciereis penitencia, todos sin remedio pereceréis».

Punto III

Grandeza de San Juan por su amor y fidelidad á Jesucristo.

Considera que puede uno ser grande en virtud sin serlo en dignidad, y ser grande en dignidad sin serlo en virtud; y también puede ser uno grande en dignidad y en virtud, y no serlo en los cargos que desempeña. San Juan, exaltado á grandes oficios ó ministerios, poseyó todas las virtudes en grado eminente. ¿Quieres ver ahora cuán fielmente amó y sirvió á Jesu-

cristo? Pues considera que San Juan fué quien lo bautizó; lo dió á conocer al mundo; protestó de que no era digno de desatar la correa de su zapato; luchó hasta la muerte contra sus enemigos; cuando querían reconocerle por el Mesías, declaró que él no lo era, que el cordero de Dios, que borraría los pecados del mundo, era Jesucristo; aunque deseaba verle se mantuvo en las márgenes del Jordán, sin ir á buscarle, porque su misión le tenía allí, hasta que le bautizase. Vió que le abandonaban sus discípulos, por seguir á Jesucristo, y se llena de júbilo, regocijándose de verle exaltado con su abatimiento, y aun les manda que le dejen, y que vayan en pos de Jesús; sufre finalmente las cadenas y la prisión, y sacrifica su vida por la justicia y por la verdad.

«¿Quién pensáis que será este niño?» decían las gentes en su nacimiento. «Será grande, porque la mano del Señor está con él». ¿Eres tú grande delante de Dios, ó delante de ti mismo? ¿Cumples sus preceptos, movido de su Espíritu? ¿No te fías de tus propias fuerzas cuando emprendes alguna obra buena? ¿Pones toda tu confianza en Dios? ¿Te abandonas enteramente en sus manos y bajo su protección? ¿Eres grande en el mundo? ¿Tienes los cargos que Dios te ha dado? ¿Cumples, y los desempeñas con decoro y fidelidad? ¿Qué penitencia haces, habiendo cometido tantos pecados? ¿Amas la soledad, el retiro y el silencio? ¿Huyes de las conversaciones peligrosas? ¿Te anima el celo por la gloria y por los intereses del Hijo de Dios? ¿Eres pequeño á tus ojos? ¿Huyes la vana gloria y buscas el menosprecio? ¿Te alegras cuando los otros prosperan y

tienen más acierto que tú? Examínate sobre estos puntos, principalmente sobre la humildad, y persuádete que no serás grande delante de Dios mientras no fueres pequeño á tus propios ojos.

Coloquio.—¡Oh santo Precursor de Cristo, más grande por la humildad que por los sublimes encargos que os confió la Providencia! Gózome en el alma de veros tan humilde con ser de Dios y de los hombres tan honrado. Suplicad al Señor, que os dió tan rara humildad, me dé alguna parte de ella para que no pierda por mi soberbia el bien que Dios me hubiere dado por su gracia. Alcanzadme de quien os quiso tanto, que os santificó en el vientre de vuestra madre, y se dejó bautizar por vos, amor á esa grande humildad que tan grande os hizo, para que, conociendo mi pequeñez, merezca ser grande á los ojos de Dios. ¡Oh alma mía, pues tienes dentro de ti bastante causa de humillación por la mucha pobreza y miseria de tu espíritu, reconoce lo que eres y apócate como mereces, porque cuanto agrada á Dios el rico humilde, tanto le desagrada el pobre soberbio! Y Vos ¡oh Jesús mío! despertad en vuestra Iglesia muchos imitadores de este soberano Precursor vuestro, que vayan delante de Vos, preparando un pueblo perfecto, predicando vuestra santa ley con celo y misericordia, confirmando con la vida lo que dicen con la palabra, para que cojan fruto copioso de muchas almas que alcancen la vida eterna.

Propósitos.—Persuádete que eres el último de todos, y obra como si lo fueras, y hallarás descanso en tu corazón.

29 DE JUNIO

Fiesta de San Pedro, Apóstol.

Preludios.—Oye á Cristo N. S. que pregunta á San Pedro si le ama, y escucha aquella tierna respuesta: "Señor, Tú sabes que te amo„. Pide que puedas decir tú lo mismo con la humildad y verdad con que lo dijo San Pedro.

Punto I

Humildad del amor de San Pedro.

Después de haber considerado las gracias y prerrogativas que concedió Jesucristo á San Pedro, de haberle llamado á su servicio mudándole el nombre; de haberle bautizado con sus sagradas manos; de haberle tomado por testigo de las maravillas que obraba, así en público como en privado; de haberle lavado los pies en el cenáculo antes que á los otros; de haberle establecido cabeza de su iglesia, dándole una potestad universal de atar y desatar, de abrir y cerrar el cielo; de habérsele aparecido primero que á los otros Apóstoles después de su resurrección; de haberle escogido para que uniese el pueblo gentil con el judaico; de haberle conferido el poder de hacer milagros, hasta curar los enfermos con su sombra: después de admirar el honor que Dios dispensó á este pobre pescador, de elevarle á la dignidad de Vicario de Jesucristo; pára la consideración en tres propiedades de su amor para edificación y aprovechamiento de tu alma. La primera, que fué humilde; la segunda, que fué ardiente; la tercera, que fué generoso. Refiere

todo cuanto hizo á su amor, el cual fué el alma de todas sus virtudes, el principio de todas sus acciones, el fundamento de su mérito, y la causa de su penitencia.

Considera que el amor sin humildad es imprudente, audaz y temerario. San Pedro amó más á Jesucristo, que los otros Apóstoles; y se puede decir, que fué también más amado de Jesucristo, pues á ningún otro le condecoró con tantas gracias y honores, habiéndole constituído Príncipe, Cabeza, Fundamento y Pastor de toda su Iglesia. Sin embargo, no se ensoberbeció, no se estimó en más que los otros; por el contrario, considerábase como un grande pecador, que no merecía estar en compañía de Jesús. Ya sabes lo que le dijo después de haber hecho aquella grande pesca: «Señor, apártate de mí, que soy un hombre pecador». Su humildad contrastaba maravillosamente con su caridad. Aquélla le hizo decir: «Señor, apártate de mí»; y ésta le unió de modo con Jesús, que le impelió á decir: «Señor, ¿á quién iremos?» «Tú tienes palabras de vida eterna». La humildad de San Pedro se resistía á que Jesucristo le lavase los pies, y de aquí la porfía de aquellas palabras: «Señor, ¿Tú me lavas á mí los pies?» «No me lavarás los pies jamás». Mas luego que su buen Maestro le amenazó con su desgracia, obedeció prontamente, y la humildad de un hombre, rindióse á la humildad de un Dios. Por esta misma razón, no quiso ser crucificado con la cabeza en alto, como su Maestro, para mostrarle así muriendo su sumisión y obediencia.

Manifestóse principalmente esta humildad, cuando habiéndole negado, parece que su co-

razón quería salirse del pecho, deshaciéndose todo en lágrimas, que San Agustín llama, la sangre de un corazón herido. Lloró todo el resto de su vida, haciendo tan rigurosa penitencia, que puede decirse en verdad, que fué para sí mismo el tirano más desapiadado. Los judíos, viendo llorar á Jesucristo en la muerte de Lázaro, se decían unos á otros: «¡Ved, cómo le amaba!» Si quieres saber lo que San Pedro amaba á su Maestro, mira la abundancia de lágrimas que derramó hasta su muerte.

Punto II

Amor ardiente de San Pedro.

Considera que el que no tiene celo, según San Agustín, carece de amor; y la grandeza del amor se conoce por la grandeza del celo, el cual, en San Pedro, llegó hasta el exceso. Quería saber en la última cena quién era el traidor que había de vender á su Maestro, para cogerle y sacrificarle á su celo por Jesucristo, como dice San Juan Crisóstomo. Este celo le impelió á sacar la espada en el huerto y herir á uno de los que venían á prender á Jesús. Con este celo convirtió tres mil personas en su primera predicación, despreciando la prohibición que le habían intimado los sacerdotes de predicar el nombre de Jesucristo. Este celo era su vida, y porque amaba mucho á su divino Maestro, todo su afán era que todo el mundo lo conociese y amase. Por ese amor sufre, y se cree dichoso en sufrir por el nombre de Jesús; y Pedro, el que antes temblaba á la vista de una criada, hoy desafía el furor

de todos los príncipes y grandes de la tierra. En fin, este celo le hizo emprender tantos viajes, instruir tantos pueblos, fundar tantas iglesias, sufrir tantos trabajos, y pasar á Roma para confundir á Simón Mago y plantar la verdadera fe, y dar, por último, la vida por su divino Maestro.

¿Es tu celo ardiente, como el de Pedro, por la gloria de Cristo? ¿Estás dispuesto á padecer por El? ¿Le niegas, con las palabras ó las obras, cuando la ocasión se presenta? Si así no amas, tu amor no es, ciertamente, el que se merece Jesús.

Punto III

Generosidad del amor de San Pedro á Jesucristo.

Considera, en suma, que su amor fué generoso, sufriendo cadenas, castigos, y el suplicio de la cruz, por semejarse á su Maestro y darle muestras de su valor. No cabe mayor generosidad. Empezó por dejarlo todo apenas oyó la voz de Cristo, y seguirle á ciegas y adonde quiera que iba. Ningún sacrificio le parecía duro, y de puro generoso rayó en la temeridad, y por eso cayó, para que no presumiese más de sí. Como su fe en Cristo era la más viva, su amor, hijo de la fe, fué el más generoso de todos los Apóstoles y Cristo N. S. premió su fe y su amor, haciéndole piedra fundamental de su Iglesia. Tres veces le examinó el Señor de la ciencia del amor, y señal de que le encontró firme en el amor, es que le encargó que apacentase sus corderos y sus ovejas.

Vuelve ahora á ti mismo. Después de hacer una protestación de tu fe, que debes querer sea enteramente conforme á la de San Pedro, obsérvate si también estás acorde en su amor. Escucha al Hijo de Dios, que te dice: «¿Simón, hijo de Juan, me amas más que éstos?» ¿Me amas tanto como este Apóstol? ¿Tu amor es humilde y obediente como el suyo? ¿Es tierno y sensible al dolor? ¿Es fervoroso y animado del celo? ¿Es generoso, constante y fiel hasta la muerte, y muerte de cruz? Puedes responder con este Apóstol: «Señor, vos sabéis que os amo». ¡Ah! eres soberbio; no amas, pues, á Jesús. Pecas y no haces penitencia de tu pecado; no amas, pues, á Jesús. Ves que le ofenden, y lo consientes, y no lo impides, y te unes á los que le ofenden, y sólo vives celoso de tu gloria y de tu reputación; no amas, pues, á Jesús. Eres cobarde, delicado; corres en busca de los deleites sensibles, y no quieres sufrir cosa alguna; no amas, pues, á Jesús. Pues mira que dice San Pablo: «Si alguno no ama á Jesucristo N. S., sea anatema».

Coloquio.—¡Oh glorioso Apóstol! ¡Oh Padre! ¡Oh Pastor de todos los cristianos! ¡Cuál es mi admiración, cuando os veo por las calles de Jerusalén curar con la sombra de vuestro cuerpo á los enfermos, que exponían por donde pasabais! Empero quedo absorto de asombro al considerar, que tan pobre y débil, vais intrépidamente á establecer vuestro trono en la capital del mundo. ¡Por cuán venturoso me tengo de contarme entre vuestros hijos, y por una de vuestras ovejas! Declaro y protesto delante del cielo y de la tierra, que os reconozco por el Vicario del Hijo de Dios, por la Cabeza y Pastor de toda la Iglesia; y pues, vuestra fe y vuestro amor, os han merecido una dignidad tan preeminente, hacednos sentir los efectos de vuestra caridad, ahora que se halla en su perfección en el

cielo, y no como la nuestra entre las tinieblas de la fe. Que yo protesto ante el cielo y la tierra, que siempre y en todo, quiero vivir y morir unido á la cátedra de San Pedro, que quiero seguir su doctrina, y morir en su santa fe y comunión.

Propósitos.—Muestra el amor que tienes á Cristo, no sólo con palabras, sino trabajando para Cristo, y muriendo si es preciso por Él, como el Apóstol San Pedro.

FIN DEL TOMO TERCERO

ÍNDICE

TIEMPO PASCUAL

DOMINGO DE PASCUA.—*De la gloriosa resurrección de Cristo N. S.* 5

I. El milagro de la resurrección de Cristo N. S.—II. La resurrección de Jesucristo N. S., recompensa digna de su Pasión y de su muerte.—III. De los efectos maravillosos de la resurrección de Cristo N. S. en el mundo.

LUNES DE PASCUA.—*Gloria de Jesucristo en su resurrección.* 13

I. El alma de Jesucristo glorificada en su resurrección.—II. El cuerpo de Jesucristo glorificado en su resurrección.—III. La divinidad del Salvador glorificada en su resurrección.

MARTES DE PASCUA.—*La resurrección de Jesucristo fundamento de nuestra fe, motivo de nuestra esperanza y estímulo de nuestra caridad.* . . 19

I. La resurrección de Jesucristo, fundamento de nuestra fe.—II. La resurrección de Jesucristo, motivo de nuestra esperanza.—III. La resurrección de Jesucristo, estímulo de nuestro amor.

MIÉRCOLES DE PASCUA.—*La resurrección de Jesucristo modelo de la nuestra.* 25

I. Jesucristo en su resurrección, modelo de nuestra re-

surrección espiritual.—II. Jesucristo modelo de perfectísima resurrección.—III. De tres causas que impiden que resucitemos verdaderamente con Cristo.

Jueves de pascua.—*De la resurrección espiritual de nuestras almas.* 30

I. De la resurrección de nuestras almas.—II. Que nuestra resurrección espiritual debe ser perfecta.—III. Nuestra resurrección espiritual debe ser perpetua.

Viernes de pascua.—*De las condiciones de nuestra resurrección espiritual.* 36

I. La primera condición de nuestra resurrección espiritual es estar verdaderamente convertidos.—II. La segunda condición de nuestra resurrección espiritual es aparecer convertidos á los ojos del mundo.—III. Motivos que tenemos para dar público testimonio de nuestra resurrección espiritual.

Sábado de pascua.—*Del gozo espiritual que debe obrar en nuestras almas el misterio de la resurrección de Cristo N. S.* 44

I. Motivos de alegría espiritual en este misterio.—II. Sobre el gozo espiritual.—III. Sobre las condiciones para poseer el gozo espiritual del alma.

PRIMERA SEMANA DESPUÉS DE PASCUA

Domingo primero después de pascua.—*De la aparición de Cristo á su santísima Madre.* 50

I. Aparécese Jesucristo resucitado á su santísima Madre —II. De la alegría de la Virgen santísima al ver su Hijo resucitado.—III. De los tres medios de que se vale nuestro Señor para manifestarse á las almas y consolarlas.

Lunes de la primera semana.—*De la visita de las santas mujeres al sepulcro de Cristo N. S.* . 57

I. Las santas mujeres que van al sepulcro de Jesucristo nos enseñan cómo debemos amarle.—II. Los ángeles que se aparecen á las santas mujeres, nos enseñan cómo debemos buscar á Jesucristo.—III. Los ángeles hacen entrar á las santas mujeres en el sepulcro de Cristo, para enseñarnos que debemos sepultarnos con El, si queremos resucitar con El.

Martes de la primera semana.—*De la aparición de Jesús resucitado á María Magdalena.* . . . 65

I. María Magdalena mereció por su amor que Jesucristo se le apareciera antes que á las demás santas mujeres.—II. Cómo premió Jesucristo la constancia del amor de María Magdalena.—III. Cómo obra Jesucristo en los corazones que le aman.

Miércoles de la primera semana.—*De los maravillosos efectos del amor divino, representados en María Magdalena.* 72

I El amor divino, personificado en María Magdalena, busca á Cristo.—II. Las lágrimas de María Magdalena encuentran á Cristo.—III. Cómo Jesús paga el amor y las lágrimas de María Magdalena.

Jueves de la primera semana.—*De la aparición de Jesucristo resucitado á las santas mujeres.* . 80

I. Jesús se aparece á las santas mujeres.—II. De qué modo correspondieron las santas mujeres á la aparición de Jesús.—III. De las diferentes maneras que Jesucristo tiene de aparecérsenos.

Viernes de la primera semana.—*Por qué Cristo N. S. conservó después de su resurrección las señales de sus llagas sacratísimas.* 87

I. Las llagas de Jesús motivo de confianza para los pecadores.—II. Las llagas de Jesús motivo de amor para todos los hombres.—III. Las llagas de Jesús motivo, el

día del juicio, de esperanza para los buenos, y de desesperación para los malos.

Sábado de la primera semana.—*De los frutos que se siguen de la meditación de las llagas gloriosas de Cristo N. S.* 92

I. Primer fruto.—La necesidad de padecer con Cristo.—II. Segundo fruto.—El consuelo de padecer como Cristo.—III. Tercer fruto.—La gloria de sufrir por Jesucristo.

SEGUNDA SEMANA DESPUÉS DE PASCUA

Domingo segundo después de pascua.—*El buen pastor.* 98

I. El buen Pastor conoce á sus ovejas.—II. El buen Pastor apacienta sus ovejas.—III. El buen Pastor da la vida por sus ovejas.

Lunes de la segunda semana.—*Sobre las cualidades de las ovejas del Buen Pastor.* 103

I. Las ovejas conocen al buen Pastor.—II. Las ovejas de Cristo siguen al buen Pastor.—III. La oveja de Cristo ama al buen Pastor.

Martes de la segunda semana.—*Aparécese Cristo resucitado al Apóstol San Pedro.* 110

I. De la incredulidad de los Apóstoles en creer á las santas mujeres.—II. Del fervor de San Pedro y San Juan en correr hacia el sepulcro.—III. De la aparición á San Pedro.

Miércoles de la segunda semana.—*De la aparición á los discípulos de Emmaús.* 116

I. De cómo se apareció Jesús á los dos discípulos de Emmaús.—II. Conversa Jesús amigablemente con los dos discípulos.—III. Cómo Jesús les explicó las Sagradas Escrituras.

Jueves de la segunda semana.—*El misterio de la cruz, expuesto por Jesús á los dos discípulos.* . 122

I. El misterio de la cruz.—II. Por qué convenía que el Hijo de Dios sufriese, y así entrase en su gloria.—III. La cruz y la gloria.

Viernes de la segunda semana.—*Los discípulos de Emmaús invitan á Jesús á quedarse con ellos.* 127

I. Invitan los discípulos á Jesús á quedarse con ellos.—De cómo y por qué no conocían á Jesús sus discípulos.—III. "¡Señor, quédate con nosotros!„

Sábado de la segunda semana.—*De cómo los discípulos de Emmaús reconocieron á Jesús en la partición del pan.* 132

I. Jesús en la casa de sus discípulos.—II. Cómo los discípulos conocieron al Señor en el partir del pan.—III. De la desaparición del Señor.

TERCERA SEMANA DESPUÉS DE PASCUA

Domingo tercero después de pascua.—*El Patrocinio de San José.* 137

I. Del valimiento de que goza en el cielo San José.—II.—Del uso que está dispuesto San José á hacer de su poder en favor nuestro.—III. Cómo podemos asegurarnos más la protección de San José.

Lunes de la tercera semana.—*De la aparición á los Apóstoles el mismo día de la resurrección.* . . 143

I. Cómo Jesús se apareció á los Apóstoles —II. De lo que dijo Jesús á sus Apóstoles.—III. Cómo Jesús pidió de comer á sus discípulos, y comió con ellos.

Martes de la tercera semana. —"*La paz sea con vosotros*„ 150

I. De la paz interior considerada en sí misma.—II. Del

principio de la paz espiritual.—De los efectos de la paz espiritual.

Miércoles de la tercera semana.—*Sobre las condiciones de nuestra paz.* 156

I. La paz con Dios consiste en el cumplimiento de su voluntad.—II. La paz con el prójimo consiste en la verdadera y sólida caridad.—III. La paz con nosotros consiste en la lucha constante con nosotros mismos.

Jueves de la tercera semana —*De cómo Cristo dió á sus Apóstoles el Espíritu Santo y la potestad de perdonar los pecados.* 161

I. "Como mi Padre me envió, yo también os envío„—II. "Recibid el Espíritu Santo„.—III. Da Jesús á sus discípulos potestad de perdonar los pecados.

Viernes de la tercera semana.—*De la bondad de Jesús en dar á los Apóstoles el poder de perdonar los pecados.* 167

I. De la bondad de Cristo N. S. en la institución del sacramento de la Penitencia.—II. De las virtudes excelentísimas que se ejercitan en este sacramento.—III. De las gracias que concede Dios N. S. en el sacramento de la Penitencia.

Sábado de la tercera semana.—*Del modo de recibir dignamente el sacramento de la Penitencia.* . . 175

I. Del primer acto de la confesión, ó sea del dolor de los pecados.—II. Del segundo acto, que es la confesión.—III. Del tercer acto, ó sea la satisfacción.

CUARTA SEMANA DESPUÉS DE PASCUA

Domingo cuarto después de pascua.—*Jesús se aparece á los Apóstoles, estando presente Santo Tomás.* 183

I. De la incredulidad de Santo Tomás.—II. Conducta de

nuestro Señor con Santo Tomás.—III. De la confesión de Santo Tomás.

LUNES DE LA CUARTA SEMANA.—*De la aparición á los siete discípulos que pescaban en el mar de Tiberiades*.. 191

I. Los Apóstoles en el lago de Tiberiades.—II. Aparécese Jesús á los discípulos sin ser conocido de ellos.—III. Reconocen los discípulos á Jesús.

MARTES DE LA CUARTA SEMANA.—*Jesús pregunta tres veces á San Pedro si le ama, y después de confiarle sus ovejas, le predice el martirio*. . . . 197

I. Jesús pregunta á San Pedro si le ama.—II. Jesús pregunta tres veces á San Pedro si le ama.—III. Jesús predice á San Pedro el martirio, para mostrarle á qué grado debe llegar su caridad.

MIÉRCOLES DE LA CUARTA SEMANA.—*De nuestra adhesión inquebrantable á la cátedra de San Pedro*. 204

I. La dignidad de San Pedro y sus sucesores, pide nuestra veneración.—II. La dignidad del Pontificado, pide nuestro amor más ardiente.—III. La dignidad de San Pedro y sus sucesores, por la autoridad que en sí encierra, pide nuestra sumisión y obediencia.

JUEVES DE LA CUARTA SEMANA.—*De la aparición á todos los discípulos en el monte de Galilea, y de las cosas que les mandó y promesas que les hizo*. 214

I. Jesucristo manda á los Apóstoles á enseñar á todas las gentes y á predicar el Evangelio á toda criatura.—II. Manda Jesús á los Apóstoles bautizar en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.—III. Manda Jesús á los Apóstoles que enseñen á los fieles á guardar todo lo que Él les había mandado.

Viernes de la cuarta semana.—*De la promesa que hizo Cristo N. S á sus discípulos de estar con ellos hasta el fin del mundo.* 221

I. De las causas porque Cristo N. S. hizo á sus discípulos tan regalada promesa.—II. De la excelencia y grandeza de esta divina promesa.—III. De la duración de esta promesa de Cristo N. S.

Sábado de la cuarta semana.—*Aparécese Cristo N. S. á los Apóstoles el mismo día de la Ascensión.*. 227

I. Despídese Jesús de sus discípulos.—II. Promete Cristo N. S. la venida del Espíritu Santo.—III. Cómo Cristo sacó á sus discípulos fuera de Betania, y los llevó al monte de las Olivas.

QUINTA SEMANA DESPUÉS DE PASCUA

Domingo quinto después de pascua.—*De los motivos que tuvo Cristo N. S. para dejar á sus discípulos y subir á los cielos.* 232

I. De las causas de la Ascensión de Jesucristo á los cielos.—II. El misterio de la Ascensión debe aumentar la fe, la esperanza y la caridad de los amantes de Cristo.—III. De otros motivos de este soberano misterio.

Lunes de la quinta semana.—*De las lecciones maravillosas que nos da Cristo N. S. en su subida á los cielos.* 239

I. Jesucristo, en su Ascensión, nos enseña que el término de nuestras aspiraciones debe ser el cielo.—II. Jesucristo, en su Ascensión, nos enseña cuál es la felicidad del cielo.—III. Jesucristo, en su Ascensión, nos enseña el camino por donde podemos y debemos subir al cielo.

Martes de la quinta semana.—*De las razones que*

nos obligan á desprendernos de la tierra para seguir á Jesucristo en el cielo. 246

I. Jesucristo nos invita y nos ayuda á que, deprendiéndonos de la tierra, le sigamos con el corazón hasta el cielo.—II. Jesucristo, con su gracia, nos quita los obstáculos que impiden que le sigamos al cielo.—III. Ceguedad y torpeza de los hombres que se niegan á seguir á Jesús.

Miércoles de la quinta semana.—*(Rogativas).—La oración nos es necesaria en todo tiempo, pero sobre todo, estando Cristo N. S. próximo á dejarnos para subir al cielo.* 251

I. La oración es necesaria en todo tiempo.—II. La oración es necesaria, sobre todo, en determinados momentos.—III. Si hay algún tiempo en que más especialmente debamos dedicarnos á la oración, es el presente.

Jueves de la quinta semana.—*De la gloriosa Ascensión de Cristo N. S. á los cielos.* 259

I. Despídese nuestro Señor de sus discípulos.—II. De la gloriosa Ascensión de Cristo.—III. Cómo desapareció Cristo N. S. detrás de una nube que lo oculta de sus discípulos.

Viernes de la quinta semana.—*De la triunfante entrada de Jesucristo en el cielo.* 266

I. Del glorioso triunfo con que entró en el cielo Cristo N. S.—II. Siéntase Jesucristo, triunfador glorioso, á la diestra del Eterno Padre.—III. Jesucristo, Rey y Señor de cielos y tierra.

Sábado de la quinta semana.—*De la felicidad inmensa de la gloria, á la que nos convida en su Ascensión Jesucristo N. S.* 274

I. Felicidad eterna que gozan los santos con su memo-

ria.—II. De la felicidad del entendimiento.—III. De la felicidad eterna de la voluntad.

NOVENA DEL ESPÍRITU SANTO

Día primero.—*Del recogimiento de los Apóstoles en el cenáculo hasta la venida del Espíritu Santo.* 282

I. La oración de los Apóstoles en el cenáculo.—II. De las causas y motivos de la oración de los Apóstoles en el cenáculo.—III. Por que dilató Cristo N. S. diez días la venida del Espíritu Santo.

Día segundo.—*De la elección de San Matías al apostolado.* 289

I. De la providencia de Dios en el gobierno de su Iglesia.—II. De la maravillosa unión y concordia que hubo en la elección de San Matías.—III. Por qué escogió Dios á San Matías para el apostolado.

Día tercero.—*Del soberano beneficio que nos hace Dios en darnos el Espíritu Santo.* 295

I. Quién nos hace este soberano don de enviarnos al Espíritu Santo.—II. De los fines por los que la Santísima Trinidad nos envía el Espíritu Santo.—III. De la infinita grandeza de este soberano don.

Día cuarto. — *Sobre algunas circunstancias que acompañaron la venida del Espíritu Santo sobre los Apóstoles.* 301

I. Sobre las circunstancias de lugar, tiempo y día de este maravilloso misterio.—II. De las circunstancias del sonido y viento impetuoso.—III. De otros misterios encerrados en lo que ocurrió en este día.

Día quinto.—*De otras circunstancias que acompañaron la venida del Espíritu Santo sobre los Apóstoles.* 306

I. Aparecen lenguas de fuego sobre las cabezas de los Apóstoles.—II. Todos los discípulos fueron llenos del Espíritu Santo.—III. "Y comenzaron á hablar en varias lenguas.„

Día sexto.—*De la vida excelentísima que el Espíritu Santo inspiró á los primeros cristianos.* . . 312

I. Vida de fervor de los primeros cristianos.—II. Del espíritu de pobreza de los primitivos cristianos.—III. Del espíritu de unión y caridad de los primitivos cristianos.

Día séptimo.—*De las obras maravillosas que por medio de los Apóstoles hizo el Espíritu Santo el día de Pentecostés.* 319

I. De los efectos que causó la venida del Espíritu Santo en la muchedumbre.—II. Escarnecen algunos á los Apóstoles, y son reprendidos por San Pedro.—III. Maravilloso sermón del apóstol San Pedro, y conversión de muchísimos oyentes.

Día octavo.—*De los siete dones que da el Espíritu Santo á las almas justas.* 324

I. De los oficios y fines de los siete dones del Espíritu Santo.—II. Los dones del Espíritu Santo son armas maravillosas contra las tentaciones.—III. Los dones del Espíritu Santo, medio admirable para lograr las virtudes.

Día noveno.—*(Domingo de Pentecostés.)—De las causas y efectos de la venida del Espíritu Santo.* 331

I. De las causas de la venida del Espíritu Santo.—II. Para qué envió Dios al Espíritu Santo.—III. De los efectos que produjo la venida del Espíritu Santo.

NOVENA DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD

Día primero.—*Del sér de Dios*. 338

I. Las criaturas todas nos hablan de Dios y cantan su gloria.—II. La máquina maravillosa del hombre prueba también el sér de Dios.—III. El mismo desorden moral y material del mundo nos habla de Dios.

Día segundo.—*De la infinidad é incomprensibilidad de Dios*. 344

I. De la manera de formarnos alguna idea de la infinidad de Dios.—II. Las perfecciones de Dios son infinitas é incomprensibles.—III. Del beneficio que nos hizo Dios en revelarnos la infinidad de su sér.

Día tercero.—*De la bondad infinita de Dios en comunicarse á sus criaturas*. 350

I. De la suma inclinación que tiene Dios á hacer bien á sus criaturas.—II. De los modos cómo se comunica Dios á las criaturas.—III. De otro excelentísimo modo de comunicarse Dios en su bondad á nuestras almas.

Día cuarto.—*De la inmensidad de Dios y su presencia en todas partes*. 355

I. De la presencia de Dios en todas partes.—II. del modo cómo está Dios en todas partes.—III. Del modo especialísimo cómo está Dios en el alma de los justos.

Día quinto.—*De la providencia de Dios*. 362

I. De la providencia de Dios y de sus maravillosas cualidades.—II. De los infinitos bienes que se encierran en la providencia de Dios.—III. De la bondad infinita de la providencia de Dios para con los hombres.

Día sexto.—*Del infinito amor de Dios para con los hombres*. 368

I. De la grandeza de este amor.—II. Universalidad de este amor.—III. Perfección de este amor.

Día séptimo.—*De la infinita perfección de Dios.* . . 374

I. La perfección de Dios encierra la de todas las criaturas.—II. De qué modo están en Dios las perfecciones de las criaturas.—III. De la simplicísima unidad de las perfecciones de Dios.

Día octavo.—*De la infinita santidad de Dios.* . . 380

I. De las excelencias infinitas de la santidad de Dios.—II. De la pureza infinita de la santidad de Dios.—III. Del origen infinito de la santidad de Dios.

FIESTA DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD

De la unidad de esencia en Dios, y de la trinidad en Personas. 385

I. De la unidad de la esencia divina.—II. De la trinidad de las Personas divinas.—III. De la unidad de la esencia y de la trinidad de las Personas.

NOVENA DE PREPARACIÓN

PARA LA FIESTA DEL CORPUS

Día primero.—*El santísimo Sacramento de la Eucaristía es memorial de las grandezas de Dios.* 393

I. La Eucaristía, compendio de las grandezas de la divinidad.—II. La Eucaristía, compendio de los atributos de Dios.—III. La Eucaristía, compendio de las obras de la omnipotencia divina.

Día segundo.—*El santísimo Sacramento de la Eucaristía, memorial de los oficios, virtudes y beneficios de Cristo N. S.* 397

I. La sagrada Eucaristía, memorial de los oficios que en

el mundo ejercitó Cristo N. S.—II. La sagrada Eucaristía, memorial y suma de las virtudes de Cristo.—III. La sagrada Eucaristía, memorial y suma de los beneficios de Cristo N. S.

Día tercero.—*El santísimo Sacramento de la Eucaristía, memorial de la Pasión y muerte de Cristo N. S.* 404

I. De la bondad de Cristo N. S. en instituir este Sacramento en memoria de su Pasión.—II. Por qué quiso Cristo N. S. quedarse Él mismo para ser memoria de su Pasión.—III. Por qué quiso Cristo N. S. quedar en especies de pan y vino.

Día cuarto.—*Amor que nos manifestó Jesucristo en la institución de la Eucaristía.* 409

I. Ternura de este amor.—II. Grandeza de este amor.—III. Exceso de este amor.

Día quinto.—*La Sagrada Eucaristía es la vida de nuestra alma.* 419

I. La Sagrada Eucaristía conserva la vida del alma.—II La Sagrada Eucaristía aumenta y fortalece la vida del alma.—La Sagrada Eucaristía, riquísima fuente de consuelo para los hombres.

Día sexto.—*De la humildad de Jesucristo en la Sagrada Eucaristía.* 427

I. Infinita humildad de Jesucristo en la Eucaristía.—II. Gloria de esta humildad en la Eucaristía.—III. Debemos imitar la humildad de Jesucristo en la Eucaristía.

Día séptimo.—*Ejemplo de perfecta paciencia que nos da Jesucristo en la Eucaristía.* 434

I. Paciencia de Jesucristo en la Eucaristía.—II. Amor paciente de Jesucristo en la Eucaristía.—III. Debemos imitar la paciencia de Jesucristo en la Eucaristía.

Día octavo.—*Vida escondida de Jesucristo en la Eucaristía.* 440

I. Vida escondida de Jesús en el Sagrario.—II. Debemos imitar esta vida escondida de Jesucristo en la Eucaristía.—III. Frutos de esta vida escondida.

Día noveno.—*Preparación con que debemos acercarnos á la Sagrada Eucaristía.* 448

I. Pureza de corazón.—II. Fe viva.—III. Amor encendido.

Festividad del Santísimo Cuerpo de Cristo. . . . 457

I. De la generosidad infinita del amor de Jesucristo en la Eucaristía.—II. De la fortaleza del amor de Jesucristo en la Eucaristía.—III. De la ternura del amor de Jesucristo en la Eucaristía.

NOVENA EN HONOR DEL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

Día primero.—*El Corazón de Jesús, amigo del hombre.* 464

I. Jesucristo se hizo hombre para dar su Corazón al hombre.—II. Cualidades de la amistad del Corazón de Jesús.—III. Cómo debe corresponder el hombre á la amistad que el Corazón de Jesús le profesa.

Día segundo.—*Jesucristo, hermano del hombre.* . . 471

I. De la infinita misericordia de Jesucristo al hacerse nuestro hermano.—II. Jesucristo, para hacernos hermanos suyos, nos ha comunicado su naturaleza divina.—III. Jesucristo, al hacerse nuestro hermano, nos hizo coherederos de la gloria de su Eterno Padre.

Día tercero.—*Jesucristo, maestro de los hombres.* . 479

I. De la excelencia de Jesucristo como maestro.—II. De

la excelencia de la doctrina que Jesucristo enseña.—III. Efectos de la enseñanza de Cristo.

Día cuarto.—*El Corazón de Jesús, ejemplar divino de los hombres.* 486

I. Jesucristo se nos propone por ejemplo para que le imitemos.—II. Efectos de la imitación de Jesucristo.—III. La imitación del Corazón de Jesús, señal de predestinación.

Día quinto.—*Jesucristo, médico de las almas.* . . 494

I. Jesucristo conoce nuestras enfermedades, y puede curarlas.—II. De qué modo procede Jesucristo en la curación de las almas.—III. Lo que nos pide Jesucristo para curarnos.

Día sexto.—*Jesucristo, pastor divino de los hombres.* 502

I. Jesucristo, como buen pastor, conoce á sus ovejas.—II. Quiénes son las ovejas de Jesucristo.—III. Jesucristo, buen pastor, se da á sí mismo en alimento á sus ovejas.

Día séptimo.—*Jesucristo, Rey de los hombres.* . . 510

I. De la naturaleza del reino de Cristo.—II. Del reinado social de Jesucristo.—III. Los emblemas de Cristo-Rey.

Día octavo.—*El Corazón de Jesús es todo amor.* . 519

I. De la sublimidad del amor del Corazón de Jesús.—II. De la inmensidad del amor del Corazón de Jesús para con los hombres.—III. Cómo debemos corresponder al amor del Corazón de Jesús.

Día noveno.—*Festividad del sagrado Corazón de Jesús.* 528

I. Lo que es el Corazón de Jesús.—II. Objeto principal

de la devoción al sagrado Corazón de Jesús.—III. Por qué ha sido reservada la devoción del sagrado Corazón de Jesús á nuestros tiempos.

MEDITACIONES

PARA ALGUNAS FIESTAS DE LOS MESES DE MAYO Y JUNIO

Festividad del patrocinio de San José.—*(Dominica tercera después de Pascua.)*. 537

I. José es el santo que tiene mayor valimiento delante de Dios.—II. El gran valimiento de San José, debe inspirarnos muchísima confianza.—III. Las grandezas de San José son la mejor prueba de su patrocinio.

(Para la misma festividad.)

Tres virtudes de San José, especialmente propuestas á la imitación del perfecto cristiano. . . . 541

I. La fe de San José.—II. Humildad de San José.—III. La esperanza de San José.

31 de mayo.—*María, Madre del Amor Hermoso.* . . 546

I. María, Madre de la verdad.—II. María, Madre de la bondad.—III. María, Madre de la belleza.

21 de junio.—*Fiesta de San Luis Gonzaga.* . . . 552

I. De los grandes progresos que San Luis en poco tiempo hizo en la virtud.—II. Medios que tomó San Luis para llegar á la santidad.—III. Humildad maravillosa de San Luis.

24 de junio.—*Fiesta de San Juan Bautista.* . . . 558

I. Sobre las grandezas de San Juan Bautista.—II. Gran-

deza de sus virtudes.—III. Grandeza de San Juan por su amor y fidelidad á Jesucristo.

29 DE JUNIO.—*Fiesta de San Pedro, Apóstol*. . . . 565

I. Humildad del amor de San Pedro.—II. Amor ardiente de San Pedro.—III. Generosidad del amor de San Pedro á Jesucristo.

A. M. D. G.

246.71
G199
44972

GARZÓN, S. J., FRANCISCO DE P.
AUTHOR

Meditaciones Espirituales.
TITLE

Segunda Edición. Tomo III.

DATE DUE | BORROWER'S NAME

STORAGE - CBPL

44972

PRINTED IN U. S A